

n. 5678

# ROB-ROY,

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR

## SIR WALTER-SCOTT,

Y PUESTA EN CASTELLANO

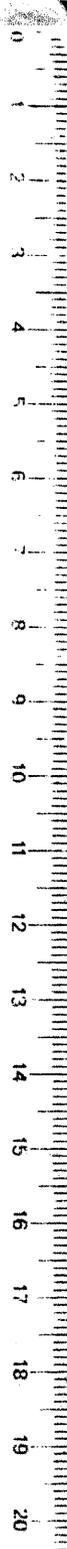
Por D. E. de C. V.

« Reinaba á la sazón la odiosa ley de  
« los primitivos tiempos, y declarando  
« el prepotente la guerra al desvalido,  
« le decía : Defiéndete si puedes. »  
WORDSWORTH. *El sepulcro de Rob-Roy.*



BARCELONA,  
IMPRESA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, N.º 36.  
1837.

3 480 40  
Halla



a. 5677

# ROB-ROY,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR

## SIR WALTER-SCOTT,

Y PUESTA EN CASTELLANO

Por D. E. de C. V.

« Reinaba á la sazón la odiosa ley de  
« los primitivos tiempos, y declarando  
« el prepotente la guerra al desvalido,  
« le decía: Defiéndete si puedes.»  
WORDSWORTH. *El sepulcro de Rob-Roy.*



111

Esta traduccion es propiedad del infrascrito. Todos los tomos irán firmados por él mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.



---

## ADVERTENCIA.

---

CUANDO el editor de los siguientes volúmenes publicó, habrá cosa de dos años, la obra titulada *El Anticuario*, anunciara ya de antemano que era la última vez que dedicaba al público producciones de este género. Sírvale no obstante de excusa el que todo autor anonimo no es mas que un fantasma como el famoso Junio; y que así, puesto que sea aparicion mas pacífica y de menos encumbrado vuelo, caeria en lo excusado responder, si le acusasen de inconsecuente. Mejor apolojía fuera por cierto imitar la confesion del buen Benedicto (1), quien pretende que cuando decia que moriría célibe, no pensaba vivir sino hasta el día en que se casase. Lo mas plausible sería, si, como acontece á algunos de mis ilustres contemporáneos, pudiera el mérito del libro absolver al autor del quebrantamiento de su promesa: sin que me atreva á esperarlo, diré tan solo que mi resolucion ha sucumbido, como la de Benedicto, á una tentacion, ó al menos á una estratagemas (2).

Habrán corrido seis meses desde

que recibió el autor, por medio de sus honorables librereros-editores, un manuscrito que contenia el plan de esta nueva historia, dándole permiso, ó mas bien, rogándole vivamente que la arreglase para poder publicarla. Las correcciones y variaciones que ha hecho han sido tantas, á mas de la supresion de ciertos nombres y sucesos que se acercaban sobrado á la realidad, que la obra puede considerarse como nueva. Probablemente se le habrán ocultado no pocos anacronismos en el discurso de tales variaciones; empero el editor sale responsable de ellos; otros errores habia en los papeles orijinales, aunque de poco bulto. El que quiera exigir minuciosa exactitud, objetará sin duda que el puente en el Forth, ó mas bien en el Avondhu (rio negro), cerca de la aldeilla de Aberfoil, no existia treinta años atrás. El editor no ha de ser el primero en denunciar sus defectos; y da gustosa y públicamente las gracias al anónimo y desconocido corresponsal, á quien deberá el lector la mayor parte del solaz que le proporcionen las siguientes páginas.

(1) Personaje de *Mucho ruido por nada*, comedia de Shakspeare.

(2) Con una estratagemas cónica hacen que cambie de idea Benedicto acerca de casarse ó no.

# ROB-ROY.

## CAPITULO I.

HABEISME inducido, mi querido amigo, á aprovecharme del ocio que la Providencia se ha dignado conceder á mi vejez, delineando el cuadro de las vicisitudes que señalaron mi juventud. Tales lances, como vos los llamais, han dejado en mi ánimo cierta memoria mezclada de placeres y dolor, á la cual se añade un vivísimo sentimiento de gratitud y de respeto al soberano Regulador de los destinos humanos, cuya benéfica mano guió mi juventud por medio de tantos riesgos y peligros, de modo que el contraste me da á conocer aun mas el precio del sosiego con que ha coronado mi senectud. Casi estoy por creer, como mil veces me habeis dicho, que la narracion de los acontecimientos que me han sobrevenido en medio de un pueblo, cuyos usos y costumbres se parecen todavía al estado primitivo de los hombres, ofrecerá algun interés á cualquiera que guste de oír narrar á un anciano la historia de otro siglo.

Debeis sin embargo tener presente que la relacion que hace un amigo á otro amigo pierde la mitad de su gracia cuando se confia al papel; y

que los acontecimientos que escuchasteis con interés, por referirlos quien en los mismos representaba un papel, apenas os parecerán dignos de atencion, retirado en vuestro gabinete. Pero vuestra vejez, mas verde que la mia, y vuestra robusta constitucion, os prometen, segun todas las probabilidades humanas, vida mas larga que la mia: desterrad pues estas hojas á algun secreto cajon de vuestro bufete, hasta que nos hayamos separado uno de otro, por un acaccimiento que puede sobrevenir á todas horas, y que no tardará indefectiblemente mas que un corto número de años. Cuando nos hayamos dicho á Dios en este mundo, para volvernos á ver, segun espero, en otro mejor, estoy cierto de que amaréis mas de lo que ella merece, la memoria de vuestro amigo, y en todos los pormenores que voy á trasladar, hallaréis materia de melancólicas pero nada desagradables reflexiones.

Hay algunos que legan su retrato á los confidentes de sus corazones: yo pongo en vuestras manos un fiel trasunto de mis pensamientos, ya

turbios y azarosos, ya tranquilos, de mis buenas prendas y de mis faltas, y cuento que las ligerezas é inconsecuencias de mi juventud hallarán en vos la misma indulgencia que habeis á menudo manifestado para con los yerros de edad mas madura.

Otra ventaja encuentro en dirijir estas memorias, si me es dado bautizar bajo tan imponente nombre á este manuscrito, y es que con vos podré pasar por alto no pocos pormenores que hicieran retardar objetos de mayor interés. Porque tengo delante mi pluma, tinta y papel, y porque estáis resuelto á leerme, ¿he de abusar de mi poder para fastidiaros á mis anchuras? No obstante, no me atrevo á prometeros que no me aprovecharé alguna que otra vez de la ocasion tan halagüeña que se me ofrece de hablaros de mí y de mis negocios, hasta recordaros circunstancias que sabeis perfectamente. La aficion á los pormenores, cuando es uno mismo el héroe de la historia que se refiere, nos hace perder de vista muy á menudo el tiempo y la paciencia de aquellos á quienes nos dirijimos: este es un encanto que estravia á los cuerdos y á los mas sabios. Bastará que os cite el singular ejemplo de esa edicion rara y orijinal de las memorias de Sully, que, con la veleidosa vanidad de un aficionado á libros, os aferrais en preferir á la que se reduce á la útil y ordinaria forma de las memorias. En cuanto á mí, la considero como una prueba curiosa de la flaqueza del autor, engreido en gran manera. Si mal no me acuerdo, aquel venerable guerrero, aquel gran político habia señalado cuatro jentiles hombres de su casa para escribir los acontecimientos de su vida, con el título de *Memorias de las reales transacciones políticas, militares y domésticas de Enrique IV*, etc. etc. Habiendo hecho su compilacion estos sabios analistas, redujeron las

Memorias notables de la vida de su dueño, á una narracion dirijida á él mismo. Así, en vez de referir su historia en tercera persona, como Julio César, ó en primera, como la mayor parte de los que, en palacios ó gabinetes, tratan de ser los héroes de sus narraciones, Sully gozó del placer refinado, aunque estraño, de hacer contar su vida á sus secretarios, siendo él propio el oyente, el héroe, y probablemente el autor de todo el libro. Era cosa de ver al ex-ministro, con su almidonada lechuguilla y encondonada almilla, sentado gravemente en su sitial, y prestando oido á sus compiladores, quienes le repetian con la cabeza descubierta y con grave continente: Ved lo que dice el duque.—Tales fueron los sentimientos de su señoría sobre este importante punto.—Tales fueron los consejos que dió al Rey en aquella ocasion.—Circunstancias que sabria sin duda mejor que nadie, y de las cuales, la mayor parte, no podian haber adquirido sino de él los secretarios.

Mi posicion no es tan divertida como la del gran Sully; y seria bastante ridiculo que Frank Osbaldiston diese gravemente á William Tresham pormenores acerca de su nacimiento, educacion y familia. Trataré de no deciros nada de cuanto sabeis tan bien como yo: sin embargo tendré que traer á vuestra memoria ciertas cosas, que tal vez se os habrán olvidado con el trascurso de los años, y que han sido la piedra fundamental de mi destino.

Sin duda os acordaréis de mi padre, pues estando el vuestro asociado á su casa de banco, le conocisteis en vuestra niñez; pero la edad y los achaques le habian ya entonces mudado, y no podia entregarse con el mismo ardor á aquel espíritu especulativo y emprendedor que formaba la base de su índole. Menos rico hubiera sido sin duda, pero tal vez mas feliz, si consagrara á las nobles artes y á la lite-

ratura aquella activa pujanza, aquella sutil observacion, á la par que la fantasia ardiente, con que se dedicó al comercio. Parece no obstante que, dejando aparte la esperanza de enriquecerse, el hombre osado y emprendedor se encariña hasta con las suertes y vaivenes de las operaciones mercantiles. Quien se embarca en este piélago tempestuoso debe hermanar la destreza del piloto con la intrepidez del navegante, y aun con esto se ve mil veces espuesto á naufragar, si el viento de la fortuna no le conduce felizmente al puerto. Tal mezcla de forzosa prevision y de inevitables casualidades, tal conflicto entre las combinaciones de los hombres y los decretos del destino, tal incertidumbre terrible por cierto é incesante que solo el resultado puede atajar; la imposibilidad de prever si la prudencia triunfará de la suerte, ó si esta dará al traste con los proyectos de la prudencia: todas estas ideas cuajan el alma al mismo tiempo que le dan frecuentes ocasiones para desplegar su enerjia; y tiene con esto el comercio todo el atractivo del juego, sin que le hicra el anatema moral que hace de este un delito.

Al principiar el siglo diez y ocho, cuando contaba yo como veinte y dos años, hallándome en Burdeos, llaméme de repente á Lóndres mi padre, que, segun me escribia, tenia nuevas importantes que comunicarme. No olvidaré jamás nuestra primera entrevista: os acordaréis del tono conciso y desabrido con que prescribia su voluntad á los que le rodeaban. Todavía me parece estar viendo su aventajada estatura, su andar firme y seguro, aquellos ojos que lanzaban tan vivas y penetrantes miradas, sus facciones arrugadas ya, menos por la edad que por las penas y zozobras que habia experimentado: todavía me figuro oír aquella voz que nunca pronunciaba palabras vanas, y cuyo sonido anunciaba algunas ve-

ces cierta aspereza de que estaba muy distante su corazon.

Apenas me apeé, corrí al gabinete de mi padre: hallábase en pié, y su ademán era sosegado y resuelto al mismo tiempo, sin que lo mudare al volver á ver á un hijo único separado de él hacia cuatro años: yo me arrojé á sus brazos. Sin que su ternura rayase en idolatría, era buen padre, y una lágrima brilló en sus negros ojos, aunque solo por un instante.

—Dubourg me escribe que está muy contento de tí, Frank.

—Me alegre, padre...

—Pero yo no tengo motivos para estarlo, añadió sentándose en su escritorio.

—Lo siento, padre.

—¡Me alegre! ¡lo siento! todo eso, Frank, no significa nada: he aquí tu última carta.

Al decir estas palabras, sacó un enorme legajo de papeles que estaban atados con un cordón colorado, y enhilados juntos sin mucho orden ni simetría. Allí yacia mi pobre carta, compuesta sobre la materia mas interesante para mí, y concebida en los términos que habia creído propios, sino para convencer, al menos para enternecer á mi padre: hallábase allí desterrada, en medio de un monton de cartas y papeles relativos á los negocios de comercio. No puedo menos de sonreirme cuando recuerdo cuán herida quedó mi vanidad, al ver mis patéticas exhortaciones en las cuales habia apurado toda mi elocuencia, y que miraba yo como un dechado de oratoria, sacadas de en medio de un almodrote de cartas de aviso, de crédito, en fin, de todos los lugares comunes de la correspondencia de un negociante. — En verdad que, pensaba yo en mis adentros, tan importante carta (no me atrevia á decir tan bien escrita) merecia un lugar á parte, y no debia barajarse con las que no tratan mas que de negocios mercantiles.

Pero mi padre no notó mi descontento, y aun cuando lo observara, no se dió por entendido, y continuó con la carta en la mano: — Hé aquí la carta que me escribiste el 21 del mes último: veamos, leámosla juntos. Me dices que en un negocio tan importante como el de elegir estado, y cuando de esta elección depende la dicha ó desventura de toda la vida, esperas de la bondad de un padre que te conceda al menos una voz negativa; que tienes aversion invencible... sí, invencible dice: quisiera que escribieses mas claro, y que te acostumbres á rayar las t, y á abrir mas las s.... aversion invencible á las medidas que te he propuesto. Todo el resto de tu carta no hace mas que repetir lo mismo, y has empleado cuatro pájinas para lo que, con una miaja de reflexion, pudiste encerrar en cuatro renglones; porque, en una palabra, Frank, la carta se reduce á decir que no quieres hacer lo que yo deseo.

— Quisiera hacerlo, padre, pero en esta ocasion no puedo. — Las palabras no ejercen ningun influjo en mí, mozo, ájijo mi padre, cuya inflexibilidad se ocultaba siempre bajo el exterior de la serenidad y del sosiego mas cabal; *no poder* es quizás un término mas político que *no querer*; pero estas espressiones son sinónimas cuando no media imposibilidad moral. No me gustan las medidas violentas, y es justo que tengas tiempo para reflexionarlo; hablaremos de esto despues de comer. — Owen!

Entró Owen; no tenia aquellas canas que le dieron despues á vuestros ojos tan venerable traza, porque no contaba entonces mas que cincuenta años. Pero le cubría el mismo vestido color de avellana que llevaba cuando le conocisteis, con los calzones y chaleco del mismo color, las mismas medias de seda gris de perla, iguales zapatos con hebillas de plata, é idénticas vueltas de batista cuida-

dosamente plegadas, que caian hasta la mitad de su mano en el salon, pero que ocultaba cuidadosamente bajo las mangas de su vestido en el escritorio, á fin de que se hallasen al abrigo de la tinta; en una palabra, aquella misma fisonomía grave y seria donde penetraba la bondad por entre cierto airecillo de importancia, y que distinguió durante toda su vida al primer oficial de la casa Osbaldiston y Tresham.

— Owen, le dijo mi padre, despues que el buen anciano me hubo apretado afectuosamente la mano, hoy comeréis con nosotros, para que sepais las noticias que trae Frank de nuestros amigos de Burdeos.

Owen hizo uno de sus guindados saludos para manifestar su respetuoso reconocimiento; porque en aquella época, en que se observaba la distancia que separa á los inferiores de sus superiores con una rigurosidad desconocida hoy día, semejante invitacion era una fineza extraordinaria.

Largo tiempo me acordaré de aquella comida: inquieto sobre la suerte que me estaba reservada, temiendo ser victima del interés, y buscando los medios de conservar mi libertad, no tomé en la conversacion una parte tan activa como quisiera mi padre, y daba á menudo respuestas poco satisfactorias á las preguntas con que me abrumaba. Dividido entre su respeto al padre y su afecto al hijo, á quien tantas veces hiciera bailar en sus rodillas, Owen, semejante al temeroso pero benévolo aliado de una comarca invadida, esforzábale en reparar mis faltas, suplir mi inaccion y cubrir mi retirada: maniobras que aumentaban el descontento de mi padre, cuyas severas miradas eran evidente señal de punto en boca para el buen anciano. Mientras habitaba yo la casa de Dubourg, nunca me vino en mientes conducirme como aquel mozo *que, engañando la visi-*

*lencia de los paternales ojos, guardaba una copia en vez de un finiquito.*

Pero la verdad que no habia frecuentado el escritorio, mas que cuando lo creyera absolutamente necesario, para merecer la buena opinion del Francés corresponsal de nuestra casa, y á quien habia encargado mi padre que me iniciase en los secretos del escritorio. En resolucion, mi principal estudio fuera el de la literatura y bellas artes. Mi padre no era enemigo de los conocimientos, pues poseía sobrado juicio para no conocer que forman el ornato del hombre, y dan nueva importancia en el mundo; pero, á su modo de ver, eran accesorios que no debian arrinconar los estudios provechosos. Quería que heredase yo, no solamente mi fortuna, sino tambien el espíritu especulativo que se la proporcionara, á fin de que pudiera yo en lo sucesivo desenvolver los planes y proyectos que él habia concebido, y que creía propios para doblar al menos su herencia.

Gustábale su estado, y tal era el motivo en que se apoyaba para incitarme á seguir la misma carrera; pero aun tenia otros que no supe hasta mas tarde. Tan hábil como emprendedor, dotado de fecunda y osada imaginacion, cada nueva empresa que colmaba sus deseos no era para él mas que un agujon que le escitaba á estender sus especulaciones al tiempo que le proporcionaba medios para ello. Vencedor ambicioso, volaba de conquista en conquista, sin mantenerse en sus nuevas posiciones, ni querer mucho menos gozar del fruto de sus victorias. Acostumbrado á ver sus riquezas colgadas de la balanza de la fortuna, fecundo en expedientes para hacerla preponderar en su favor, parecian subir de punto su actividad y energia cuando se entorpecía segun visos algun trato: pareciéndose en esto al marinero avezado

á arrostrar las olas y al enemigo, y cuya confianza se aumenta la vispera de una tempestad ó de un encuentro. No se le ocultaba con todo que la edad ó los achaques podian ponerle en breve fuera de servicio, é intentaba formar un buen piloto capaz de empuñar el timon, cuando se viera él forzado á abandonarlo, y capaz de dirigirle con ayuda de sus consejos é instrucciones. Aunque vuestro padre fuese su asociado, y tuviese todo su patrimonio en nuestra casa, sabeis que no quiso nunca tomar parte activa en el comercio; y Owen, que, por su probidad y profundos conocimientos en la aritmética, era un excelente primer factor, no tenia bastante ingenio ni saber para que se le pudiera confiar el timon de los negocios. A perecer repentinamente mi padre, ¿qué fuera de la multitud de asuntos que habia concebido, si su hijo, hecho con sus cuidados el Hércules del comercio, no se hallase en estado de sostener el peso de los negocios, y de reemplazar al vacilante Mercurio? ¿Y qué seria de este mismo hijo, si, ignorante de las operaciones mercantiles, se encontraba metido de golpe en un laberinto de especulaciones, sin poseer el precioso hilo, es decir, los conocimientos necesarios para salir de ellas? Decidido por todas estas razones, de las cuales me ocultó una parte, resolvió mi padre hacerme entrar en la senda que corriera él siempre con honor; y harlo sabeis que una vez habia tomado resolucion, nada en el mundo era capaz de mudarla. Por desgracia, habia tomado yo tambien la mia, y era absolutamente contraria á sus miras: poseía yo parte de la firmeza de mi padre, y estaba resuelto á no ceder en un punto que tanto interesaba á la felicidad de mi vida.

Paréceme que para disculpar la resistencia que en esta ocasion oprimía, puedo alegar que no veia claramente sobre qué cimientos se apo-

yaban los descos de mi padre, ni cuánto importaba á su honor que me sometiese á ellos. Creyéndome seguro de heredar en lo venidero cuantiosas riquezas que nadie me disputaría; nunca me ocurriera que, para recogerlas, fuese necesario someterme á no pocos afanes, y entrar en pormenores que no cuadraban ni con mi gusto ni con mi carácter. No veía en la proposición de mi padre mas que un deseo de aumentar aun mas aquel monton de riquezas que había acumulado. Persuadido de que nadie podía saber mejor que yo el rumbo que debía seguir para lograr la felicidad, parecíame que sería tomar mala dirección el querer aumentar un caudal que creía mas que suficiente para proporcionarme los goces de la vida.

En vista de la aversión que había cobrado desde un principio al comercio, no es de admirar, como tengo dicho, que durante mi residencia en Burdeos, no emplease enteramente el tiempo como mi padre deseara. Las ocupaciones que miraba él como mas importantes, eran para mí muy secundarias, y aun las hubiera orillado enteramente, á no mediar el recelo de descontentar al corresponsal de mi padre. Dubourg, que sacaba las mayores ventajas de los negocios que hacia con nuestra casa, era muy ladino para escribir al jefe de ella nuevas poco favorables sobre su hijo único, acarreándose de este modo las reconvenções de entrambos. Por otra parte, sobrabanle quizás, como veréis en breve, motivos de interés personal, dejándome descuidar el estudio á que quería mi padre que me entregase. Por lo tocante á costumbres, era irreprehensible mi conducta, y al sosegar á mi padre sobre este artículo, no era esto para Dubourg mas que hacerme justicia: pero aun cuando tuviera otras faltas que echarme en rostro, á mas de mi indolencia y aversión á los negocios, tengo motivos para creer que el as-

tuto Francés fuera igualmente condescendiente con ellas. Además de esto, como empleaba una buena parte del día en el estudio del comercio que me recomendaba, no llevaba á mal que consagrarse algunas horas á las musas, ni que prefiriese la lectura de Corneille y de Boileau á la de Savary ó de Postlethwayte, si hubiese sido conocida entonces la voluminosa obra del último, y si Mr. Dubourg lograra pronunciar su nombre. Dubourg había adoptado una expresión favorita, con la cual terminaba todas sus cartas á su corresponsal. — Vuestro hijo, decía, era cuanto pudiera desear un padre. —

Nunca censuraba el mio una frase, por mas que se la repitiesen, con tal que le pareciese clara y concisa. El mismo Addison no pudiera suministrarle mas satisfactorios términos que: — « Recibí la vuestra, y los vales en ella inclusos, etc

Suponiendo que sabía muy bien lo que deseaba que yo fuese, es decir, un Osbaldiston, no dudaba que, según la frase predilecta de Dubourg, era en efecto lo que anhelaba él verme, cuando en hora menguada recibió la carta en que trazaba yo mis elocuentes razones, y en que particularizaba, para rehusar un interés en la razón de comercio, un atril y una silla en un rincón de nuestra lóbraga casa de Crane-Alley, silla y atril que, superando en altura los de Owen y demás factores, no la cedían mas que al tripode de mi propio padre. Desde este momento corrió mala suerte mi juego; las cartas de Dubourg perdieron tanto crédito como si se hubiese negado á pagar sus plazos: yo fui llamado al punto á Londres, y ya os he referido mi recibimiento.

## CAPITULO II.

MI padre, que sabía dominar sus pasiones, permanecía siempre sereno, y era cosa rara que manifestase

con palabras su descontento; únicamente era entonces su voz algo mas desentonada y dura que de ordinario. Nunca empleaba las amenazas ni las expresiones de un profundo resentimiento: eran uniformes sus acciones, impelíalas todas cierto espíritu sistemático, y fuera su máxima ir siempre derecho al blanco, sin perder el tiempo en vanos discursos. Escuchaba pues con sardónica sonrisa las inconsideradas respuestas que le daba yo acerca del estado del comercio en Francia; y me dejó inhumanamente sumirme mas y mas en los misterios del ajotaje, de los derechos y de los aranceles; pero cuando vió que no podía explicarle el efecto que había producido el descrédito de los luisés de oro en la negociación de las letras de cambio, no pudo contenerse ya. — ¡ El suceso mas notable acontecido en mi tiempo, exclamó, (y eso que había visto la revolución (1) ), y no sabe dar mas razón de ello que un madero del muelle !

El señor Frank, observó Owen, con su tono apocado y conciliativo, no puede haber olvidado que por un decreto del Rey de Francia, su fecha 1.º de mayo de 1700, se mandó al *portador* presentarse en los diez días que siguiesen al vencimiento.... — El señor Frank, dijo mi padre interrumpiéndole, recordará al momento cuanto tengan la bondad de apuntarle: pero por mi alma, que no sé cómo ha podido permitir Dubourg... Decidme, Owen, ¿ estáis contento de Clemente Dubourg, su sobrino, que trabaja hace tanto tiempo en mi escritorio?

— Es, señor, uno de los factores mas hábiles de la casa, un mozo verdaderamente precioso para su edad, contestó Owen; porque la jovialidad y cortesía del joven Francés le habían prendado.

— Sí, sí, creo que entiendo *el muchacho* algo en cambios. Dubourg lo ha arreglado de modo que al menos

tenga yo á la mano un joven que entienda mis negocios; pero le calo la intención, y allá se lo verá cuando mire el saldo de nuestras cuentas. Owen, pagaréis á Clemente este trimestre, y le diréis que se disponga á partir á Burdeos con el bajel de su padre.

— ¿ Enviar al instante á Clemente Dubourg, señor? dijo Owen con voz trémula.

— Sí, señor, enviarle al instante: harto es tener en casa un Inglés sandio que caiga á cada momento en mil yerros, para que esté á su lado un Francés ladino que se aproveche de ellos.

Aun cuando el amor de la libertad y de la justicia no hubiera estado grabado en mi corazón desde la mas tierna infancia, había vivido bastante tiempo en el territorio del *gran monarca*, para contraer franca aversión á todos los actos de autoridad arbitraria; y no pude menos de interceder en favor del joven á quien querían castigar por haber adquirido los conocimientos que sentía mi padre no poseyese su propio hijo.

— Os pido perdón, padre, dije yo al punto que cesó de hablar el señor Osbaldiston; pero me parece que si he descuidado mis estudios, solo yo tengo la culpa, y que no es justo que sufra otro un castigo que solo yo he merecido. No puedo achacar á Mr. Dubourg el no haberme presentado mil ocasiones para instruirme, puesto que no he sabido utilizarlas; y en cuanto á Mr. Clemente Dubourg...

— En cuanto á él y en cuanto á tí, repuso mi padre, tomaré las medidas oportunas: no me disgusta, Frank, que te eches toda la culpa á tí mismo; en eso andas acertado, lo confieso. Mas no me cabe perdonar al viejo Dubourg, añadió mirando á Owen, el haberse contentado con dar á Frank medios para instruirse, sin notar ni advertirme que no los aprovechaba. Ya veis, Owen, que al me-

1) La de 1688.

nos atesora Frank los principios naturales de equidad que deben caracterizar á un negociante inglés.

—El señor Frank, dijo el viejo factor inclinando un poco la cabeza, y levantando ligeramente la mano derecha, hábito que debiera al uso que tenía de poner la pluma tras de la oreja antes de hablar; el señor Frank conoce al parecer el principio fundamental de todo cálculo moral, la gran regla de tres: que A haga á B lo que quisiera que le hiciese B; el producto será una conducta honrosa.

Mi padre no pudo menos de sonreirse, viendo reducir á formas aritméticas tan noble moral; pero continuó pasado un momento.

—Todo esto no significa nada, Frank, me dijo; has desperdiciado el tiempo como un niño, y ahora es fuerza que aprendas á vivir como hombre; encargaré á Owen que te ponga al corriente de los negocios, y espero que recobrarás el tiempo perdido.

Iba á responder, pero miróme Owen con ademán tan suplicante y espresivo, que guardé involuntariamente silencio.

—Al presente, dijo mi padre, volvamos á la materia de mi carta del mes último, á la que contestaste de un modo tan irreflexivo como poco satisfactorio; pero empieza por llenar tu vaso y pasa la botella á Owen.

Nunca adolecí de falta de tesón, ó de avilantez, si tal os parece. Respondí firmemente que sentía no hallarse satisfactoria mi carta, pero que era el fruto de las mas serias reflexiones; que habia meditado repetidas veces, y considerado bajo sus diferentes puntos de vista, la proposición que tuvo la bondad de hacerme, y que no sin pesadumbre me era imposible aceptarla.

Mi padre fijó en mí los ojos, y los apartó al punto: como no respondia, creíme obligado á continuar, aunque vacilando algun tanto, y no me in-

terumpió sino con monosílabos.

—Sé, padre, que no hay estado mas útil ni mas respetable que el del comerciante, ni carrera mas honrosa que la del comercio.

—Es verdad.

—El comercio reúne las naciones, mantiene la industria, esperece sus beneficios por todo el universo: es para el bien estar del mundo civilizado lo que las relaciones diarias de la vida para las sociedades aisladas, ó mas bien lo que el aire y el alimento para el cuerpo.

—Y á pesar de eso, señorito ...

—Y á pesar de esto, padre, me veo obligado á persistir en mi negativa, en punto á abrazar una profesion que no me siento capaz de ejercer.

—Yo cuidaré de instruirte: ya no eres ni huésped ni alumno de Dubourg; Owen será tu preceptor en lo sucesivo.

—Pero, mi querido padre, no me quejo de falta de instruccion, sino únicamente de mi incapacidad: nunca me podré aprovechar de las lecciones ...

—¡Tonterías! ¿Has escrito el diario que te encargué?

—Sí, señor.

—Enséñamelo.

Era este libro una especie de diario que habia escrito de orden suya, y en el cual me habia encargado que anotase cuanto aprendiese en el curso de mis estudios. Previendo yo que á mi vuelta querría verle, tuve buencuidado de insertar en él cuanto pudiera merecer sus aplausos: empero muchas veces escribia la pluma lo que no reflexionaba la cabeza; y como siempre tuviese á la mano el libro, escribia tambien en él cosas muy ajenas de los negocios. Fué preciso no obstante entregarlo á mi padre, y rogué fervorosamente al cielo que no lo abriese por algun capitulo que aumentase todavía su descontento contra mí. El semblante de Owen,

que se habia retirado un poco al pedirme mi padre el diario, volvió á tomar su redondez ordinaria viendo por mi respuesta que estaba corriente; y dejó entrever la sonrisa de la esperanza cuando saqué un registro que tenia todas las apariencias de libro de comercio, mas ancho que largo, con broches de cobre, y encuadernado en pergamino; era esto suficiente para confortar al buen factor acerca de su contenido, y en breve brilló el alborozo en su frente al oír leer á mi padre algunas pájinas y hacer al mismo tiempo sus observaciones críticas.

—*Aguardientes*, — *barriles y pipas*, — *toneles*, *Nanci*, 29. — *En Coñaco y en Rochela*, 27. — *En Burdeos*, 32. — ¡Muy bien, Frank! — *Derechos de aduanas y tonelada*, véanse las tablas de *Saxby*. — Esto no se hace así, hay que trasladar el pasaje entero, y esto ayuda á fijarle en la memoria. — *Lanas*, — *recibos*, — *plomos de la aduana*, — *lienzos*, — *Isingham*, — *Holanda*, — *Stock-fish*, — *tittling-cropling*, — *lub-fish* (1). — Debieras haber puesto que todos estos pescados han de hallarse comprendidos entre los *tittlings*. ¿Cuántas pulgadas tiene de largo un *tittling*?

Viendo Owen que me habia cojido, arriesgóse á apuntarme:

—Diez y ocho pulgadas, padre.

—Y un *lubfish*?

—Veinte y cuatro.

—¡Muy bien! Es de mucha importancia el tenerlo presente, á causa del comercio portugués. — ¿Pero qué viene á ser esto? — *Burdeos*, fundado en el año.... *Castillo-Trompeta*, *Palacio de Galieno*. ¡Ah! bien! ¡muy bien! Son notas históricas; no has hecho mal en tomarlas. Ved aquí una especie de repertorio jeneral, Owen, un sumario abreviado de todas las transacciones del día, compras, pagos, finiquitos, comisiones, cartas

(1) Estos diversos nombres indican variedades de bacalao.

de aviso, *mementos* de toda clase.

—Para copiarlas despues en el diario y en el gran libro de cuentas, respondió Owen: me alegro que sean metódico el señor Frank.

No sin pesadumbre me veía yo encomiado de este modo, porque temia que persistiese mi padre en su resolucion de hacerme entrar en el comercio; y como estaba decidido á no consentirlo jamás, principié á sentir el haber sido tan metódico, segun la espresion de mi amigo Owen. Pero en breve cesó mi inquietud, pues cayó del libro una hoja de papel llena de borrones. Recojióla mi padre; y Owen observaba que seria del caso pegarla al registro con oblea, cuando le interrumpió mi padre exclamando: ¡*A la memoria de Eduardo el principe Negro!* ¿Qué viene á ser esto? ¡Versos! por el cielo, Frank, que no te creía tan mentecato!

Sin duda os acordaréis de que mi padre, como verdadero comerciante, miraba con desprecio el afán de los poetas: como hombre piadoso, y siendo no-conformista, reputábalos por tan profanos como fútiles. Antes de condenarle, acordaos tambien de cuántos poetas prostituían su pluma, á fines del siglo diez y siete, no escandalizando menos á los hombres de bien con su conducta que con sus escritos. La secta á que pertenecía mi padre tenia, ó al menos aparentaba tener, la mas completa aversion á los partos lijeros de la literatura; de modo que se reunían muchas causas para aumentar la impresion poco favorable que debia hacerle el aciago descubrimiento de aquella malhadada pieza poética. Por lo que toca al pobre Owen, si la corta peluca que llevaba entonces hubiera podido rizarse sola, y todos los cabellos que la componian erizarse de horror sobre su cabeza, estoy cierto de que á pesar de todo el trabajo que le costaba por la mañana el ensortijarla, viérase desbaratada la simetría de su

tocado, por solo el efecto de su pasmo. Un déficit en la caja, un borron en su libro diario, una equivocacion de suma en sus cuentas, no le sorprendieran mas desagradablemente. Mi padre le leyó los versos, ya afectando no comprenderlos, ya con trájico énfasis, y siempre con aquella amarga ironía que raja cruelmente los nervios de un autor.

En acabando de leerlos, dijo: Buenos días, señores míos, os deseo felices pascuas (1). En verdad que el sacristan hiciera mejores versos, y así diciendo, ajó el papel entre sus dedos con el mas profundo desprecio, y concluyó con estas palabras: — ¡Por mi crédito, Frank, que no te creia tan loco!

¿Qué debía responder, mi querido Tresham? Permanecí inmóvil en mi silla devorando mi mortificacion, mientras que me lanzaba mi padre una mirada compasiva, en la cual se traslucía la mofa mas insultante, y que el pobre Owen, con las manos y ojos levantados al cielo, parecia tan herido de horror, como si acabase de leer en la gaceta el nombre de su patron en la lista de las quiebras. Por último me entoné cuanto pude, y rompí el silencio, cuidando de que mi voz no revelase la agitacion que experimentaba.

— Sé, padre, cuan inhábil soy para desempeñar en el mundo el eminente papel á que me destinais; por fortuna no ambiciono el caudal que en él pudiera adquirir. El señor Owen seria un socio mucho mas provechoso, y mas capaz de ayudaros. Añadí estas palabras, con maliciosa intencion, por parecerme que Owen se habia dado mucha priesa en desamparar mi causa.

— Owen, dijo mi padre, este jóven está loco rematado. — Y hacién-

(1) Frase proverbial para dar las gracias á los actores de las *mascaras* de navidad. Los ministros inferiores de la iglesia iban tambien á implorar la piadosa caridad de los vecinos con versos, etc.

dome volver friamente al lado de Owen: — Owen, continuó, me serviria sin duda mejor que tú. Señor mio, ¿qué haréis? ¿Cuáles son vuestros intentos?

— Yo me alegrara, padre, respondí con resolucion, de viajar dos ó tres años, si teneis la bondad de permitírmelo: sino, no tengo repugnancia en emplear el mismo tiempo en la universidad de Oxford ó de Cambridge.

— ¡Válgame el juicio! ¿habráun visto cosa semejante? ¿querer ir al colegio á juntarse con pedantes y jacobitas, cuando pudiera hacer fortuna en el mundo? ¿Porqué no te vas á Westminster ó á Eton, á estudiar la gramática y la sintáxis de Lylli, y á someterte, si te place, á los azotes?

— A pesar del deseo que me anima de perfeccionar mi educacion, si desaprobais la súplica que os he hecho, volveré de buena gana al continente.

— Sobrado tiempo has permanecido allá, Frank.

— Y bien, padre, si quereis que elija un estado, permitidme entrar en la carrera militar; iré....

— Ves al diablo, interrumpió áspicamente mi padre; y luego serenándose de repente: — En verdad, dijo, que me harás perder la cabeza. ¿No hay para volverse loco, Owen? El pobre Owen bajó la cabeza y no respondió una palabra.—Oye, Frank, añadió mi padre, voy á atajar toda discusion. Tenia yo tu edad cuando me cojió mi padre del brazo y me echó de casa desheredándome, para dejar todos sus bienes á mi hermanito. Partí de Osbaldiston-Hall, montado en ruin jaca y con diez guineas en el bolsillo: desde aquel día, no he vuelto á poner los piés en el umbral del alcázar, ni los pondré tampoco. No sé, ni me curo de saber, si vive todavia mi hermano, ó si se ha roto el cuello cazando zorras; pero tiene hijos, Frank, y adoptaré uno de ellos, si te opones á mi voluntad.

— Sois dueño, señor, respondí yo tal vez con mas indiferencia que respeto, de disponer segun os plazca de vuestros bienes.

— Sí, Frank, soy dueño de hacerlo, y lo haré. No debo mi caudal mas que á mí mismo, lo he adquirido á fuerza de afanes y desvelos, y no consentiré que un avispon se alimente con la miel que recojió á duras penas la abeja. Medítalo bien; no ignores mis intenciones, y son irrevocables.

— Mi querido señor, mi muy noble dueño, exclamó Owen con las lágrimas en los ojos, no acostumbrais por cierto tratar con tal precipitacion los negocios de importancia: no liquideis las cuentas antes que haya tenido tiempo el señor Frank para comparar los productos: él os ama, os respeta, y cuando haga entrar en cuenta la obediencia filial, estoy seguro de que no vacilará en satisfaceros. — Pensad, dijo mi padre con desentono, que le propongo ser mi amigo, mi asociado, mi confidente, y partir conmigo mis afanes y mi caudal. Owen, creia que me conociais mejor.

Miróme como si quisiera añadir algo, pero mudando súbitamente de idea, volvióme la espalda, y salió de la sala. Las últimas frases de mi padre me habian conmovido vivamente: todavia no habia considerado la cuestion bajo este punto de vista, y si hubiese empleado tal argumento al principio, es probable que no tuviera porqué quejarse de mí.

Pero era ya sobrado tarde: yo tenia tambien un carácter restielto, y habia tomado mi resolucion. Cuando nos hallamos solos, volvió Owen hácia mí sus ojos bañados en lágrimas, como para descubrir, antes de encargarse de las delicadas funciones de mediador, cuál era el flanco débil á que debía dirijir principalmente sus ataques. Por último principió sollozando, é interrumpiéndose á cada pa-

labra: — ¡O cielos, señor Frank! gran Dios! ¡señor!... ¡es posible, señor Osbaldiston! ¿Quién lo creyera jamás... de tan buen muchacho! En nombre del cielo, mirad las dos partes de la cuenta... ¡Qué *déficit*!... ¡Pensad en lo que vais á perder! Inmensas riquezas, señor; una de las primeras casas de la ciudad, que, conocida ya bajo la razon de Tresham y Trent, ha prosperado mucho mas aun con la de Osbaldiston y Tresham.... Apaleariais el oro, señor Frank.... y mi querido señorito, si hubiese alguna faena que os disgustase, ó bien el copiar las cartas, ó el estender las cuentas, yo lo haria, añadió bajando la voz, yo lo haria por vos, todos los meses, todas las semanas, todos los días si quereis. Vamos, mi querido Frank, haced un esfuerzo para complacer á vuestro padre, y Dios os bendecirá.

— Os doy gracias, Owen, os doy mil gracias por vuestras buenas intenciones; pero mi padre sabe el uso que ha de hacer de su caudal, y puesto que habla de uno de mis primos, disponga como quiera de sus riquezas, yo no venderé jamás mi libertad á peso de oro.

— ¡Ah! señor! ¡si hubieseis visto las cuentas del último trimestre! ¡qué productos tan brillantes! ¡seis guarismos; sí, señor Frank, seis guarismos al total del activo de cada asociado! y todo esto seria presa de algun badulaque del Norte, ó de un enemigo del gobierno!... Cuán duro seria para mí, que siempre me he afanado por la prosperidad de la casa, verla en manos de.... ¡ah! esta idea sola me traspasa el corazon! En vez de que si permanecéis con vuestro padre, qué lindo nombre de comercio tendríamos entonces! Osbaldiston, Tresham y Osbaldiston, ó tal vez será (bajando aun la voz), Osbaldiston, Osbaldiston y Tresham, porque el apellido de Osbaldiston puede superar aun al de Tresham.

— Pero, Owen, puesto que mi primo se llama tambien Osbaldiston, la razon de comercio será tan linda como podeis desear.

— ¡ Y os atreveis á decir eso, señor Frank, sabiendo cuanto os amo! ¿ qué es vuestro primo sino un católico como su padre, un enemigo de la casa de Hanover, otro *item* sin duda?

— Entre los católicos, Owen, hay muchos hombres de bien.

Owen iba á responder con una viveza que no le era ordinaria, cuando entró en la sala mi padre.

— Teneis razon, Owen, le dijo, yo hice mal: nos tomáremos mas tiempo para reflexionarlo. Muchacho, disponte á contestarme de aquí á un mes.

Yo me incliné silenciosamente, contento con este inesperado plazo, que me parecia de feliz agüero, y no dudando que mi padre alojase algo su primer rigor.

Trascurrió este mes sin que aconteciese nada de particular: iba, venia, disponia del tiempo á mi antojo, sin que mi padre me hiciese la menor pregunta, ni la mas mínima reconvenccion. Ello es cierto que no le veía mas que á las horas de comer, y entonces cuidaba de evitar una discusion, que á buen seguro no trataba yo tampoco de entablar. Reducíase nuestra conversacion á las noticias del dia, ó á aquellos lugares comunes, ordinario recurso de las jentes de pocas relaciones: nadie presumiera, al oírnos, que reinase entre nosotros la menor desunion, y que nos hallásemos en vísperas de entrar en juicio sobre un asunto que nos interesaba vivamente. Cuando estaba solo, abandonábame á menudo á mis reflexiones: ¿ era posible que mi padre sostuviese rigurosamente su palabra, y desheredase á su hijo único en favor de un sobrino á quien nunca habia visto, y de cuya existencia no estaba todavía seguro? La conducta de

mi abuelo, en ocasion semejante, debiera hacerme prever la que observaria su hijo; pero me habia formado un concepto equivocado del carácter de mi padre. Acordábame de la condescendencia con que miraba todas mis voluntades y caprichos antes de que partiera á Francia; pero ignoraba yo que hay algunos hombres que, llenos de induljencia y de bondad con sus hijos en la edad tierna, y prestándose entonces á sus fantasias, son muy severos en lo sucesivo, cuando aquellos mismos hijos, hombres á su vez, y acostumbrados á mandar, no quieren ya obedecer y se resisten á sus voluntades. Procuraba al contrario persuadirme de que lo único que podia temer, era perder momentaneamente la ternura de mi padre, y verme tal vez desterrado por algunas semanas de su presencia. Pero este destierro me vendría tan de molde, por cuanto me presentaria la ocasion de corregir y poner en limpio los primeros cantos de Orlando Furioso que habia principiado á traducir en verso: insensiblemente me empapé en esta idea en términos que recojí los borradores, é iba á señalar los pasajes que habia que retocar, cuando oí llamar muy suavemente á la puerta de mi sala. Encerré apresuradamente el manuscrito en mi escritorio, corrí á abrir y ví al señor Owen. Tal era el orden, tal la regularidad que observaba este hombre honrado en todas sus acciones, tal su costumbre de no desviarse jamás del camino que conducia de su estancia al bufete, que, segun todas las apariencias, era esta la vez primera que aparecia en el segundo piso de la casa, y todavía no sé cómo hizo para descubrir mi aposento.

— Señor Frank, me dijo, cuando le hube manifestado la sorpresa y el placer que me causaba su visita, no sé si acierto en venir á repetiros lo que acabo de saber: tal vez no deberia hablar fuera del bufete de lo que

pasa en él, segun el proverbio, *no hay que decir á las paredes del almacén cuantas líneas hay en el libro de cuentas*: pero el jóven Twineall ha estado ausente mas de quince dias, y no hace mas de veinte y cuatro horas que acaba de volver.

— Muy bien, mi querido Owen; ¿ pero qué tengo yo que ver con la ausencia ó con la vuelta del jóven Twineall?

— Oid, señor Frank: vuestro padre le encargó un mensaje reservado: no creo que haya ido á Falmouth por asuntos de la familia de Pilchard, porque el crédito que teníamos sobre Blackwell y compañía de Exeter, acaba en fin de liquidarse; los pleitos que habia entre nuestra casa y algunos asentistas de las minas de Cornualles se terminaron amigablemente, gracias al cielo. Por otra parte, hubiera sido forzoso consultar mis libros; en una palabra, creo firmemente que Twineall ha estado en el Norte, en casa de nuestro tío...

— ¡ Es posible! exclamé algo conmovido.

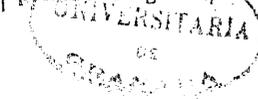
— Despues de su vuelta, señor, no ha hablado mas que de sus nuevas botas y de sus espuelas, y de una riña de gallos en York: esto es tanta verdad como la tabla de multiplicacion. ¡ Ojalá, mi querido señorito, os decidais á contentar á vuestro padre, y á ser como él un bueno y honrado negociante!

Sentí en este momento una violenta tentacion de someterme, y de llenar de alegría al buen Owen, rogándole que dijese á mi padre como estaba dispuesto á conformarme á su voluntad: pero el orgullo, este impulso algunas veces laudable, y con mas frecuencia reprehensible, el orgullo me atajó. Mi consentimiento espiró en mis labios, y mientras procuraba yo vencer cierta vergüenza, de la cual triunfara por fin la razon, oyó Owen la voz de mi padre que le llamaba: salió al punto de mi sala,

con la misma precipitacion y terror que si hubiese cometido un delito entrando en ella, y malogróse la ocasion.

Mi padre era metódico en todo. El mismo dia, á la misma hora, en el mismo aposento, con el mismo tono y de la misma manera que un mes antes, renovó la proposicion que me habia hecho de asociarme á su casa de banco, y encargarme de una rama de su comercio, invitándome á darle á conocer mi resolucion definitiva. Parecióme que habia tomado una via enteramente opuesta á la que debiera seguir para convencerme; y todavía creo ahora que faltó á la política hablándome con dureza. Una mirada bondadosa, una palabra benévola, me hicieran echar á sus pies, y rendirme á discrecion: un tono seco, una severa mirada, no sirvieron mas que para fortalecerme en mi obstinacion, y respondí con respeto que me era imposible aceptar sus ofrecimientos. Quizás, ¿ porque quién acierta á juzgar su propio corazon? quizás imaginaba yo que era manifestar sobrada debilidad el rendirse al primer requerimiento; quizás esperaba mayores instancias, á fin de que no pudieran acusarme al menos de inconsecuente, y dar mayor realce al sacrificio que hacia á la autoridad paterna! Si así era, me engañé en mis conjeturas; porque mi padre se volvió friamente hácia Owen, y añadió con voz sosegada: — Ya os lo dije. Luego dirijiéndose á mí: — Frank, me dijo, á tu edad, debes hallarte en tan buen estado como en cualquiera otra para juzgar en que carrera puedas ser feliz: así no te insto mas. Pero, aunque no tenga yo mas obligacion de conformarme á tus proyectos que la que tienes tú de condescender á mis miras, ¿ podré saber si tienes necesidad de mi asistencia?

Esta pregunta me aturdió, y respondí con alguna confusion que no



sabiendo ningun modo de vivir, y no poseyendo nada, me era evidentemente imposible subsistir, si no recibia ningun socorro de mi padre; que mis deseos eran muy limitados, y que esperaba que la invencible aversion que sentia á la profesion á que me habia destinado, no me privaria de su proteccion ni de su ternura.

— Es decir que quieres apoyarte en mi brazo, y sin embargo ir á donde te parezca. Esto es difícil de conciliar, Frank. Supongo al menos que tu intencion es obedecerme, con tal que mis órdenes no se opongan á tus proyectos.

Iba yo á hablar. — Silencio, si te place, añadió; si tal es tu intencion, partirás inmediatamente al norte de Inglaterra; será muy del caso que hagas una visita á tu tio. He elegido, de entre sus hijos (tiene siete, segun creo), el que me han dicho que era mas digno de llenar el lugar que te destinaba en mi casa: pero quedan todavía algunos arreglos que terminar allá, y para esto no será inútil tu presencia: recibirás instrucciones mas circunstanciadas en Osbaldiston-Hall, donde permanecerás hasta que tellame. Mañana á la madrugada todo estará dispuesto para tu partida.

Dichas estas palabras, salió mi padre de la sala. ¿Qué significa todo esto, señor Owen? dije yo á mi pobre amigo, en cuya fisonomía estaba estampado el mas profundo abatimiento.

— ¡Todo está perdido, señor Frank!... ¡Ah! si me hubieseis creído!... pero ahora ya no queda ningun recurso; cuando habla vuestro padre con ese tono sosegado y resuelto, es como una cuenta liquidada, de que ya no se vuelve á hablar.

Y el resultado lo probó; porque al día siguiente, á las cinco de la madrugada, me encontré en el camino de York, montado en un ca-

ballo bastante bueno, y con cincuenta guineas en el bolsillo, viajando para ayudar á mi padre á elegir un sucesor que viniese á tomar mi lugar en mi casa, á fin de robarle su ternura, y quizás tambien sus riquezas.

### CAPITULO III.

Un estudiante, que bien por atolondramiento ú por osadía se hubiese arriesgado á pasar el estrecho de Calés en frágil barquilla, no se hallara en medio de la corriente en situacion mas embarazosa que la mia, cuando me ví errante sin brújula en el océano de la vida. Habia aparentado mi padre tanta facilidad en romper el nudo que se mira como el mas fuerte entre los miembros de la sociedad; arrojárame, por decirlo así, de su familia con tan imprevista indiferencia, que todo contribuía á disminuir aquella confianza en mi mérito personal que hasta aquel entonces me sostuviera. El *Príncipe bonito*, tan pronto príncipe como hijo de un pescador, dejando el cetro por la caña, y su palacio por una choza, no podía creerse mas degradado que yo. Cegados por el amor propio, miramos de tal suerte como peculio necesario de nuestro mérito los accesorios con que nos rodea la prosperidad, que cuando nos hallamos entregados á nosotros mismos, con solos nuestros recursos, y obligados á reconocer que carecemos de valor, nos viene muy de nuevo nuestra poca importancia, y experimentamos suma mortificacion. Conforme me apartaba de Londres, la lejana voz de sus campanarios me hizo oír mas de una vez el consejo de:— *Fuebe*,— que oyó en otro tiempo su futuro corregidor (1); y cuando me volví desde las alturas de Highgate para contemplar por última

(1) Alusion á la historia del lord-maire Whittington.

vez la lóbrega magnificencia de aquella metrópoli, bajo su manto de vapores, parecióme que dejaba tras de mí el contento, la opulencia, el embelleo de la sociedad y todos los placeres de la civilizacion.

Empero el dado estaba echado ya, y no era probable que con una cobarde y tardía sumision, lograrse la merced de mi padre; antes al contrario, firme este é invariable en sus resoluciones, lejos de perdonarme, me hubiera despreciado, si en tal momento tornara bajamente á decirle que me hallaba dispuesto á entrar en el comercio. Mi natural terquedad vino tambien en mi ayuda, representándome en mi interior el orgullo, la triste figura que haria, y la meagua y sujecion á que me hallaría espuesto en lo sucesivo, cuando vieran que un viaje de cuatro millas habia bastado para destruir resoluciones alimentadas con un mes de reflexion. La esperanza misma, la esperanza que no abandona nunca al jóven imprudente, prestaba su encantador prestigio á mis nuevos proyectos. Mi padre no podrá pensar seriamente en dejar todos sus bienes á una rama colateral que nunca habia amado; sin duda era esto una prueba que queria hacer de mis sentimientos, y sufrirla con paciencia y firmeza era el medio de granjearme su aprecio y llegar á una reconciliacion. Hasta llegué á calcular las concesiones que podria yo hacerle, y en qué artículos de nuestro supuesto tratado deberia seguir inalterable; el resultado de mis combinaciones fué que seria al punto restablecido en todos los derechos que me daba mi nacimiento, y que espiaria entonces con exteriores muestras de obediencia, mi última rebelion.

Entretanto, era dueño de mi persona, y experimentaba aquel sentimiento de independencía que hace estremecer á un corazon jóven con alborozo mezclado de temor.

Mi bolsillo, sin hallarse muy provisto, bastaba para las necesidades de un modesto viajero: habiame acostumbrado mi permanencia en Burdeos, á no tener mas criados que mis propias manos; mi caballo era jóven y brioso; mi ardiente imaginacion y el gozo de hallarme momentáneamente libre, disiparon en breve los tristes pensamientos que me asaltaran al principio de mi viaje.

Sin embargo acabé por lamentarme de no viajar por un camino que ofreciese al menos algun aliciente á la curiosidad, ó por una comarca que presentara de cuando en cuando alguna observacion interesante: porque la derrota del norte era entonces, y tal vez tambien hoy día, muy pobre bajo este aspecto; creo que no es posible hallar en toda la Gran Bretaña un camino menos digno de llamar la atencion. Insensiblemente volví á mis reflexiones, y algunas de ellas no dejaban de ser en algun modo amargas: mi musa, esta presumida que me condujera á un pais tan montaraz; mi musa, tan fementida, tan veleidosa como la mayor parte de las hermosas, me abandonó en mi angustia, y no supiera como devorar mi fastidio, si no encontrase de vez en cuando algunos viajeros cuya conversacion, sin ser muy divertida, me ofrecia al menos ciertos momentos de distraccion. Párrocos campesinos, que, despues de haber hecho la visita de su parroquia, volvían á medio trate á su abadía; arrendadores ó traficantes que volvían del mercado vecino; mozos del comercio que corrian las ciudades de provincia para compeler al pago á los deudores atrasados; oficiales en fin que recorrían el pais en busca de reclutas: tales eran entonces las personas que daban ocupacion á los taberneros. Nuestras no muy sabrosas pláticas recaian sobre la religion y los diezmos, sobre los bueyes y el precio de los granos, sobre los jó-

neros y el caudal de los vendedores, variándola de cuando en cuando con la descripción de un sitio ú de una batalla en Flándes, que me hacia el narrador, tal vez de segunda mano. Los ladrones, asunto inagotable, llenaban todos los vacíos, y cada cual referia cuantas historias sabia de salteadores: el arrendador Deoro, el Ladron Agil, Jack Needham, y otros héroes de la ópera del Gueux (1) eran nombres familiares para nosotros. Al oír estas relaciones, como aquellos niños asustados que se agolpan al rededor del hogar cuando está cerca de concluirse la historia del aparecido, acercábanse unos á otros los viajeros, echaban al rededor pavorosas miradas, examinaban el cebo de sus pistolas, y juraban darse mutuo socorro y proteccion en caso de peligro; obligacion, que, como la mayor parte de las alianzas ofensivas y defensivas, se pierde de vista cuando hay algun asomo de riesgo.

De cuantos he visto en mi vida perseguidos por temores de esta naturaleza, un pobre diablo con quien anduve de camino por espacio de dia y medio, fué el que mas me divirtió. Llevaba encima de la silla una pequeña, pero al parecer muy pesada maleta: nunca la perdía de vista un solo instante, y cuando se detenía, y se acercaba á él una moza deposada para tomar la maletilla mientras se apeaba, repeláala con aspereza, y descendía con su balija en la mano. Con la misma precaucion se esforzaba en ocultar, no solamente el objeto de su viaje y el lugar de su destino, sino hasta la ruta que tomaría al día siguiente: su turbacion era sin igual, cuando alguien llegaba á preguntarle si contaba seguir por mucho tiempo el camino del norte, ó en qué posada hacia cuenta pararse. Deteníase en minucioso discurso

(1) En esta ópera, como es sabido, ha tomado, Gray por héroes algunos malvados de todas las cacuclas.

para la eleccion del lugar donde habia de pasar la noche, evitando con cuidado las posadas desiertas y las que le parecian de mala catadura. En Grantham no se acostó en toda la noche, porque habia visto entrar en la estancia inmediata á la suya, un hombre bizco que llevaba negra peluca y un viejo chaleco bordado de oro. A pesar de sus zozobras é inquietudes, mi compañero de viaje, si se atendía á su exterior, se hallaba tan en estado de defenderse como el primero: era alto, de buena estampa, y la escarapela de su sombrero galoneado parecia indicar que habia servido en el ejército, ó al menos que pertenecía al estado militar. Su conversacion, sin ser del mejor tono, era la de un hombre de juicio, cuando los terribles fantasmas que tenia siempre delante de los ojos cesaban por un momento de ocuparle; empero la menor circunstancia bastaba para motivar en él convulsivo temblor. Un matorral abierto, una cerca eran para él objetos de terror; y el silbido del pastor que reunía su ganado, era para sus oídos la señal del salteador que llamaba á su cuadrilla: la vista misma de un patíbulo, diciéndole que acababa de ser colgado un salteador, le recordaba que quedaban todavía muchos por colgar.

Presto me hubiera cansado de la compañía de este hombre, sin la diversion que proporcionaba á la tristeza de mis pensamientos: por otra parte, algunas de las trágicas historias que referia tenían de suyo una especie de interés, á que dieran no pequeño realce la buena fe y credulidad del narrador. Una nueva prueba de su estravagancia y excesiva desconfianza me presentó ocasion de divertirme un poco á sus expensas. En sus relaciones, muchos de los desgraciados viajeros que caían en medio de una gavilla de ladrones no experimentaban este de-

sastre sino por haberse dejado seducir por la elegante traza y agradable conversacion de un extranjero; este les habia propuesto caminar juntos, y su compañía parecia prometerles solaz y proteccion: cantaba y hablaba sucesivamente para que olvidasen el fastidio del viaje, cuidaba de que no los desollaran en las posadas, y hacíales observar los errores que se deslizan en las cuentas, hasta que por último, so color de enseñarles mas corto sendero, introducía á sus confiadas víctimas en algun bosque, donde reuniendo súbitamente á sus camaradas por medio de un silbido, echaba su capa y mostrábase con su verdadero vestido, el de capitán de la cuadrilla de ladrones; salían estos á tropel de su guarida pistola en mano, pidiendo á los imprudentes la bolsa ó la vida. Al concluir semejante historia, cuya relacion parecia aumentar aun el pánico terror del pobre, observé que me miraba con trazas de duda y desconfianza, como si reflexionase que tal vez se hallaba en este momento cerca de uno de aquellos hombres peligrosos, de que hablaba su historia. En el momento en que estas ideas se presentaban á su mente, apretaba fuertemente los hijares de su caballo, retirábase al otro lado del camino real, abría unos ojos desencajados, examinaba sus armas, y parecia disponerse á la fuga ó al combate segun lo exigiesen las circunstancias.

La desconfianza que manifestaba en tales ocasiones no pasaba, segun visos, de momentánea, y me parecia sobrado divertida para que pensase en ofenderme: á mas de que en estos tiempos cabe tener la apariencia de persona decente, y ser un ladrón de camino real. Como la division de las clases no estaba entonces tan señalada como despues de aquella época, la profesion del cortés aventurero que os mondara en casa

de White (1) á la baseta ó á la bocha, se rozaba muchas veces con la del malvado conocido que pedía la bolsa ó la vida á su compañero pisaverde, en los matorrales de Bagshot ó en la llanura de Finchley. Tenian tambien las costumbres de aquel tiempo cierto tinte de ferocidad, que se ha minorado despues ó desvanecido enteramente: paréceme que los desahuciados abrazaban entonces con menos repugnancia cualquier medio capaz de reparar los agravios de la fortuna.

Ello es cierto que no nos hallábamos á la sazón en el tiempo en que Anthony-a-Wood (2) se lamentaba de la ejecucion de dos bellos mozos honrados y valientes que fueron colgados sin piedad en Oxford, porque les obligaran sus queridas á exijir contribuciones de los caminantes. Siu embargo, la mayor parte de las cercanías de la metrópoli se veian cubiertas de matorrales, y los distritos de la provincia menos poblados se hallaban frecuentados por aquella clase de handidos (cuya existencia será algun día desconocida) que practicaban su oficio con cierta cortesía. Semejantes á Gibbet, en la *Astucia de los Señoritos* (3), jactábanse de ser la jente mas bien educada, y de usar de suma cortesía en el ejercicio de su vocacion. En mi lugar, no podía pues un jóven indignarse de una equivocacion que le comprendia en la honrosa clase de aquellos consumados rateros: al contrario, me divertía en despertar y adormecer sucesivamente los temores y sospechas de mi compañero, y solazábame en turbar y desarreglar aun mas una cabeza que la naturaleza no habia

(1) Una de aquellas casas de Londres llamadas *infiernos*, (casas de juego decentes).

(2) Antonio Wood, autor de *Athena oxonienses*, anticuario de Oxford.

(3) *The Beaux stratagem*, comedia de G. Farquhar.

organizado con la regularidad necesaria.

Cuando, seducido por la franqueza de mis modales, me parecía que gozaba de cabal seguridad, hacíale una ó dos preguntas sobre el objeto de su viaje ó sobre la naturaleza del asunto que lo ocasionaba; bastaba esto para alarmarle, y no tardaba en verme á algunos pasos de distancia.

Ved aquí, por ejemplo, una conversación que tuvimos los dos sobre la fuerza y vigor comparativo de nuestros caballos.

¡Oh! señor mio, dijo mi compañero, confieso que para el galope mi caballo no es tan bueno como el vuestro; pero permitid que os diga que el trote es el verdadero paso del caballo de posta, y que al trote os desafiara, si estuviésemos cerca de una ciudad. Apostaría una botella de Porto á que os venciera en la carrera (añadió acariciando á su bucéfalo con las espuelas).

— Quiero contentaros, señor mio; ved aquí una llanura que me parece al caso.

— Hem...hem...replicó mi amigo vacilando: no me gusta fatigar inútilmente mi caballo, y no sabemos lo que puede suceder en caso de apuro.... Por otra parte, cuando dije que estaba pronto á apostar, suponía que nuestros caballos se hallarian con igual carga: estoy cierto que el vuestro lleva cerca de treinta libras menos que el mio.

— ¿Pues qué, cuánto puede pesar esa maletilla?

— ¿Mi ma...ma...maletilla? repuso temblando; ¡oh! muy poco... nada... Aquí no van mas que algunas camisas y algunos pares de medias.

— A la vista diría que pesa mas; y apostaría la botella de Porto á que esa maleta forma toda la diferencia que va de la carga de mi caballo á la del vuestro.

— Os engañais, señor mio, os lo

aseguro. En verdad que os engañais, añadió retirándose al otro lado del camino, según acostumbraba en las ocasiones de sobresalto.

— Estoy pronto á arriesgar la botella, le dije siguiéndole; y lo que es mas, apuesto diez contra uno á que con vuestra maletilla en grupa, os paso delante todavía en la carrera.

Al oír esta proposición, que le parecía harto clara, mi hombre tembló como un azogado: su nariz, que era en extremo encarnada, se volvió pálida y amarillenta, y el miedo hizo desaparecer por un instante las huellas que el vino había dejado en ella: daban uno con otro sus dientes, y en la agonía del terror, esperaba al parecer que diese yo el silbido para reunir toda mi cuadrilla. Cuando ví que tenía embargada la voz, y que con dificultad se sostenía encima de su caballo, me apresuré á alentarle, preguntándole qué campanario era el que principiaba yo á divisar á alguna distancia, y advirtiéndole que nos hallábamos tan cerca de un lugar, que no había para qué temer ningún siniestro encuentro. Estas palabras le volvieron un poco en sí; ensanchóse al parecer su rostro, su nariz tornó á tomar el natural color; pero reparé que no sin dificultad podía olvidar mi temeraria proposición, y que todavía le parecía yo algo sospechoso. Os fastidio sin duda con todos estos pormenores; mas os hablo tan largamente del carácter de este hombre, y de la manera con que me divertí á sus expensas, porque estas circunstancias, frívolas como sean, ejercieron en lo sucesivo grande influjo en unos incidentes que estaba lejos de prever, y que os contaré cuando llegue á aquella temporada de mi vida. La conducta de este hombre no me inspiró entonces mas que desprecio, y me confirmó en la opinión de que, entre todos los sentimientos que menoscaban á la humanidad y hacen padecer á los que los experi-

mentan, ninguno hay mas molesto, mas penoso ni mas despreciable que la cobardía.

#### CAPITULO IV.

REINABA en aquella época una antigua costumbre, que, según creo, no se observa hoy día. Los viajes largos se hacían á caballo, y de consiguiente á cortas jornadas, siendo uso pasar el domingo en algun pueblo donde pudiera el viajero oír el oficio divino, y gozar su caballo del descanso, institucion igualmente laudable por ambos motivos. Había otra costumbre que recordaba la antigua hospitalidad inglesa, y era que el dueño de una posada algo considerable, despojándose de su carácter de publicano, á fin de celebrar tambien el séptimo día, invitaba á sus huéspedes á comer con su familia. Ordinariamente aceptaban con placer esta invitación: las personas de la mas alta jerarquía no creían degradarse sentándose á la mesa del posadero; y la botella de vino que les pedía despues de comer, para beber á su salud, era la única recompensa que se le daba, y el solo artículo que era lícito pagar.

Había yo nacido ciudadano del mundo, y mi afición me llamaba siempre allá donde podía instruirme en el conocimiento del hombre; por otra parte no habían llevado nunca mis modales la estampa aseñorada, y no dejaba nunca de aceptar la hospitalidad del domingo, ya me la ofreciesen en la *Charretera*, en el *Leon de oro*, ó en el *Ciervo Grande*. El honrado posadero, que en aquel día se creía gran personaje, viendo sentados en su mesa á los huéspedes á quienes servía en los demás días, daba á menudo rienda á su buen humor, y no perdonaba medio para divertir á sus convidados, que solían ser los hombres respetables del lugar; planetas secundarios que hacían

su revolución al rededor de su órbita superior. El maestro de escuela, el boticario, el procurador, y el mismo cura no se desdeñaban de tomar parte en el festín semanal. Los viajeros que llegaban de las diferentes partes del reino, y que no diferían menos de aquellos, por sus modales y por su lenguaje, formaban casi siempre una reunion atractiva que no podía menos de agradar al observador, ofreciéndole un bosquejo de las costumbres y carácter de diferentes comarcas.

En uno de estos solemnes días, y en ocasion semejante, hallábame yo con mi temeroso compañero de viaje en el lugar de Darlington, dependiente del obispado de Durham, é íbamos á sentarnos á la mesa del posadero del Oso-Negro, cuyo rubicundo rostro anunciaba un buen camarada, cuando nos informó nuestro huésped, con tono que tenía su parte de apolojía, como comería con nosotros un hidalgo escocés.

— ¡Un hidalgo!... ¿Qué especie de hidalgo es? dijo precipitadamente mi compañero, cuya imaginación, siempre dispuesta á alterarse, pensó sin duda entonces en los hidalgos de camino real.

— ¡Pardiez! un hidalgo escocés, replicó nuestro huésped: todos son nobles, como sabeis, aunque no llenen siquiera camisa; pero este tiene muy buena traza; hidalgo de tomo y lomo, y escocés tan franco, como el primero de los que hayan atravesado el puente de Berwick.

— Que me place, contestó mi amigo; y volviéndose á mí, me comunicó sus reflexiones.

— Respecto á los Escoceses, señor mio, estimo y venero á este pueblo á causa de sus excelentes principios. Dicen que es pobre y poco ascado, pero me gusta la probidad probada, aunque cubierta de andrajos, como dice el poeta; hombres de bien me han asegurado que no se conoce en

Escocia el robo de los caminos reales.

— Porque no tienen nada que perder, dijo mi huésped con la repimida risa del amor propio satisfecho.

— No, no, respondió una voz atronadora detrás de él, toda la culpa la tienen los inspectores ingleses, que habeis enviado allende el Tweed, y no han dejado un maravedí á las jentes del país.

— En el hito disteis, señor Campbell, repuso el posadero; no creía que anduvierais tan cerca, pero ya sabeis que es menester decir de cuando en cuando una que otra pulla para reir... ¿ Y cómo van los negocios en el mediodía?

— Como acostumbran, dijo el señor Campbell: los cuerdos venden y compran, y los locos son vendidos y comprados.

— Sí, pero los cuerdos y los locos comen, replicó nuestro jovial huésped; y ved aquí un trozo de vaca que dice cómeme.

Diciendo estas palabras, cojió su ancho cuchillo, tomó, segun antigua usanza, posesion del lugar preferente, sentóse en su sillón desde el cual dominaba toda la mesa, y principió á servir á sus convidados.

Era esta la primera vez que veía yo á un Escocés; y desde mi infancia había alimentado ciertas preocupaciones contra esta nacion. Mi padre, como no ignorais, era de una antigua familia del Northumberland, que había residido siempre en Osbaldiston-Hall, de donde no me hallaba entonces muy distante. Desheredado por su padre en favor de su hermano menor, había conservado siempre tan vivo resentimiento, que no hablaba casi nunca de la familia de que descendía, y no había cosa mas ridícula ni mas absurda para él que ensoberbecerse de sus antepasados. Toda su ambicion se reducía á que le llamasen William Osbaldiston, el primero, ó al

menos uno de los primeros comerciantes de Lóndres; y aunque descendiera en línea recta de Guillermo el conquistador, lisonjearse menos de esto su vanidad, que de oír el ruido y la agitacion que causaba su llegada á Stock-Alley. Deseaba que no llegase á mi noticia mi noble alcurnia, receloso de que mis sentimientos desafinasen con los suyos sobre esta materia: pero tales deseos, como sucede con los proyectos bien combinados, quedaron frustrados hasta cierto punto por una persona, de la cual nunca esperara su orgullo semejante oposicion. Su nodriza, una buena vieja del Northumberland que le quería desde la infancia, era la única persona de su país nativo á quien conservaba algun afecto; y cuando la fortuna le fué propicia, el primer uso que hizo de sus finezas, fué asegurar el bien estar de Mabel Rikets, y llamarla á su casa. Cuando murió mi madre, fué ella encargada de tener conmigo aquellos cuidados, aquellas fiernas atenciones que exige la niñez de la ternura maternal. No pudiendo hablar con su dueño, puesto que se lo prohibiera, de los malorales y de los valles de su querido Northumberland, desahogábase conmigo, y me contaba algunos lances de su juventud, y algunas tradiciones conservadas en el país. Escuchábala yo con el anhelo de la infancia; todavía me parece estar viendo á la vieja Mabel, con la cabeza levemente ajitada por el temblor de la ancianidad, su peinado tan blanco como la nieve, y sus facciones algo arrugadas, pero que conservaban aun aquel viso de salud que debía al hábito de las faenas campestres. Paréceme que la miro asomarse suspirando á la ventana, recorrer con ansiosos ojos las paredes de ladrillos y la angosta calle, cuando acababa su cancion favorita, que prefería yo entonces... ¿ y porqué no he de decir la verdad?... y que prefiero todavía á todas las arias que salen de

la cabeza de un doctor de música italiano (1).

Mabel declamaba siempre en sus leyendas contra la nacion escocesa con toda la animosidad de que era capaz: los habitantes de la frontera opuesta hacían en sus relaciones el papel que hacen de ordinario los ogros y los gigantes con botas de siete leguas de andadura en los cuentos de las nodrizas. ¿ Era cosa de admirar? ¿ No era Douglas el Negro quien había muerto personalmente al heredero de la familia de Osbaldiston, en el día en que este desgraciado acababa de tomar posesion de los bienes de sus padres, sorprendiéndole á él y á sus vasallos, en medio de una fiesta que celebraban por tan feliz agüero? ¿ No era Wate el Diablo quien se apoderara, en tiempo de mi bisabuelo, en los alrededores de Lanthorn, de todos los corderos de Lanthorn-Side? ¿ Y no teníamos mil trofeos, que, segun la version de la anciana Mabel, atestiguaban la terrible venganza con que nos desagraviáramos de aquel desmán? ¿ Sir Enrique Osbaldiston, quinto de este nombre, no robara alevosamente á la hermosa Jessy de Fairnington? y cual otro Aquiles, ¿ no defendiera su Briseida contra las fuerzas reunidas de los mas valientes caudillos de Escocia? ¿ No nos señalamos siempre en las batallas que la Inglaterra presentara á su rival? Las guerras del Norte habían sido la fuente de todas nuestras desgracias y de toda nuestra gloria.

A fuerza de oír repetir estas historias durante mi infancia, acabé por mirar á la Escocia como la enemiga natural de la Inglaterra; y mis preocupaciones se arraigaron aun con los discursos que oía algunas veces á mi

padre. Habíase empeñado este en dilatadas especulaciones, y comprado inmensos bosques que pertenecían á varios y ricos propietarios de Escocia: sin cesar repetía que los hallaba mucho mas dispuestos á concluir contratas y exigir considerables prendas, que á cumplir sus mismos empeños. También sospechaba que los negociantes escoceses que había tenido que emplear en clase de agentes en tales ocasiones, se apropiaban en los beneficios una parte mayor de la que les cabía. En una palabra, si Mabel se lamentaba de los guerreros escoceses de antaño, el señor Osbaldiston no clamaba con menos violencia contra los artificios de aquellos modernos Sinones; ambos me inspiraron, sin saberlo, sincera aversion á los habitantes del norte de la Gran Bretaña, y desde entonces los miré como á un pueblo cruel y sanguinario en tiempo de guerra, fementido en tiempo de paz, avaro, interesado, bellaco y de mala fe en los negocios, y que carecía de buenas prendas, á menos que se diera este título á una ferocidad que se parecía al valor en los encuentros, y á una doblez que hacía las veces de prudencia en los negocios. Para justificar, ó al menos disculpar á los que me inspiraran semejantes preocupaciones, he de advertir que los Escoceses no hacían entonces mas justicia á los Ingleses. Las dos naciones ocultaban secretamente las chispas de un odio nacional, con las cuales quiso un demagogo encender terrible incendio, que por poco no abrasó los dos reinos, y que, á mi entender, se ha apagado felizmente en sus propias cenizas (1).

Con impresion nada favorable miré

(1) En Inglaterra reciben en las universidades el diploma de *doctor de música*: los Italianos se contentan con el título de *maestro*, y lo mismo acontece en España.

(1) Este pasaje parece haber sido escrito en tiempo de *Wilkes y la libertad!* Esta nota del autor nos designa la época de 1761, en que el ministerio de lord Bute se valió de toda la antipatía de los Ingleses contra los Escoceses.

pues al primer Escocés que se me presentó: su exterior correspondía bastante á la idea que me habia formado de los hombres de su nacion: era de desabridos rasgos, con las formas atléticas que los caracterizan, y con aquel tono nacional y aquellos ademanes sosegados y pedantescos que usan al hablar, y que proviene del deseo de disfrazar la diferencia de su idioma ó dialecto. Observaba tambien la desconfianza y aspereza que usaba con sus compatriotas, al responder á las preguntas que le dirigian; pero no esperaba ver en un Escocés, cierto aire de superioridad no afectado al parecer, y que le hacia naturalmente superior á la compañía que la casualidad le deparaba. Su vestido era tan tosco como decirse pueda, aunque aseado y decente; y en un tiempo en que el hidalgo menos pudiente gastaba mucho en el vestir, anunciaba la medianía, si no la indijencia: su conversacion probaba que se dedicara al tráfico de ganados, oficio poco distinguido por cierto; sin embargo, á pesar de estas desventajas, parecia tratar al resto de la compañía con aquella fria política y condescendencia, indicio de cierta superioridad real ó imaginaria en el que sabe tomarla sin afectacion. Cuando manifestaba su parecer sobre algun punto, lo hacia con tono decisivo, como si no fuera posible refutar, ni aun poner en duda, lo que decia. Nuestro posadero y sus huéspedes de domingo, despues de hacer algunos esfuerzos para sostener su opinion, con la esperanza de arrollarle, ayudados de la fuerza de sus pulmones, cedian últimamente á la imponente autoridad del señor Campbell, que se apoderaba de este modo de la conversacion, y la dirigia á su antojo. Tentacion me vino, por mera curiosidad, de disputarle yo mismo el terreno, fiado en el conocimiento del mundo que habia adquirido durante mi residencia en Francia, y en la es-

merada educacion que recibiera. Bajo el aspecto literario, ví que no podia ni aun entrar en lucha, y que el inculto pero enérgico talento de que le dotara naturaleza, no habia sido cultivado por la educacion, pero le hallaba mucho mas enterado que lo estaba yo propio del actual estado de la Francia, del carácter del duque de Orleans que acababa de ser nombrado rejente del reino, y del de los ministros que le rodeaban; sus observaciones finas, maliciosas, y aun satíricas á veces, eran las de un hombre que habia estudiado atentamente el estado político de aquella nacion.

Cuando la conversacion recaia sobre la política, Campbell guardaba silencio, y mostraba cierta moderacion que le dictaba sin duda la prudencia. Las divisiones de los Wighs y de los Tories agitaban entonces la Inglaterra toda, y conmovianla hasta sus cimientos: un partido poderoso, apoyando reservadamente las pretensiones del rey Jacobo, amenazaba á la dinastía de Hanover, establecida apenas en el trono. Todas las posadas resonaban con los alaridos de los jacobitas y de sus adversarios; y como la política de nuestro huésped se cifraba en no contrariar nunca á sus parroquianos, sino antes bien en dejarles seguir su rumbo segun quisiesen, era su mesa todos los domingos teatro de tan violentas y animadas discusiones como si fuese el consejo jeneral del pueblo. El cura y el boticario, con un hombrecillo que no hablaba de su condicion, pero que, por ciertos jestos bastante espresivos, conocí que era el barbero, abrazaron la causa de los episcopales y de los Estuardos. El recaudador de las contribuciones, fiel á su deber, y el procurador, que ambicionaba un lucrativo destino dependiente de la corona, así como mi compañero de viaje, que tomaba el mayor interés en la discusion, no defendian con menos calor la causa del rey Jorje y de la suce-

sion protestante. Apurados los argumentos, pasaron á los gritos, luego á los votos, y despues á las querellas: por fin, ambos partidos apelaron al señor Campbell, deseando en gran manera cada uno de ellos obtener su aprobacion.

— ¡Vos sois Escocés! señor mio, clamaba un partido; un hidalgo de vuestra nacion ha de declararse por los derechos hereditarios.

— ¡Vos sois presbiteriano! señor mio, decia el otro partido; sin duda no seréis parcial del poder absoluto.

— Señores, dijo nuestro oráculo cuando obtuvo un momento de silencio; no dudo que el rey Jorje merece la prelección de sus amigos; y si logra mantenerse en el trono, hará tal vez al honrado recaudador intendente de la corona, dar á nuestro amigo el señor Quitan el destino de comisario jeneral, y concederá tambien alguna buena recompensa á ese buen señor que se ha sentado sobre su maleta, prefiriéndola á una silla; sin contradiccion, el rey Jacobo es tambien una persona benévola, y si se barajasen los naipes, y la suerte se volviera á favor suyo, podria, si así le pluguiese, elevar al reverendo cura al arzobispado de Cantorbery, nombrar al doctor Mixit primer cirujano de su casa, y confiar su real barba al cuidado de nuestro amigo Latherum. Pero como dudo mucho que ninguno de los dos soberanos enviase un vaso de vino á Roberto Campbell, aunque le viesen morir de sed, cedo mi voto á Jonathan Brown, nuestro huésped, y le proclamo rey de los escanciadores, á condicion de que nos traiga otra botella tan buena como la última.

Esta agudeza fué recibida con unánimes aplausos; y cuando el señor Brown hubo cumplido con la condicion puesta á su encubramiento, participó á sus convidados que, tan pacífico como veian al señor Campbell, no era menos valiente que un

leon. — ¿Creeréis que él solo ahuyentó á siete forajidos que le asaltaron en el camino de Wiston-Truste?

— Os engañais, querido mio, dijo Campbell interrumpiéndole; no eran mas que dos, y á mas eran dos cobardes que no sabian su oficio.

— Cómo, señor mio, dijo mi compañero de viaje, acercando hácia Campbell su asiento, ó mas bien su maleta, ¿es en realidad posible que solo vos hayais ahuyentado á dos bandidos?

— Muy posible, señor mio, repuso Campbell, y no veo nada extraordinario en esto; no tuviera miedo á cuatro como ellos.

— En verdad, señor mio, repuso mi amigo, que me alegrara muchísimo de viajar con vos; yo voy al norte, señor.

Esta gratuita y espontanea informacion acerca del camino que pensaba tomar, la primera que oí á mi compañero, no pareció hacer mucha impresion al Escocés, quien no correspondió á su confianza.

— No podemos viajar juntos, replicó secamente; vos vais sin duda bien montado, y yo viajo ahora á pié, ó en un jaco montañés que apenas anda dos millas por hora.

Diciendo estas palabras, echó sobre la mesa el precio de la botella de vino que habia pedido, y se disponia á salir, cuando le detuvo mi compañero, y cojiéndole de los botones de su vestido, llevóle hácia el alfeizar de una ventana. Oí como le reiteraba su peticion de acompañarle, á lo que se negaba al parecer el señor Campbell.

— Os lo costearé todo, señor mio, dijo el viajero, quien creia al parecer haber hallado un argumento irresistible.

— Es imposible, dijo Campbell con desden, me llaman mis negocios á Rothbury.

— Es que no llevo mucha prisa; me desviaré un poco del camino, y no hago caso de un dia por procurar-

me un buen compañero de viaje.

— En verdad, señor mio, dijo Campbell, que no puedo haceros el servicio que deseais: yo viajo, añadió levantando orgullosamente la cabeza, yo viajo por exigirlo así mis asuntos; si quereis seguir mi consejo, no os reunais con los extranjeros que encontréis por el camino, ni digais á nadie la ruta que seguís.

Entonces, sin mas ceremonia, desprendió sus botones, á pesar de los esfuerzos del viajero para retenerle, y acercándose á mí: — Vuestro amigo, señor mio, me dijo, es harto comunicable, atendida la naturaleza del depósito que le han confiado.

— El señor, repuse, no es amigo mio, sino un viajero que encontré en el camino: no sé ni su nombre ni sus negocios, y al parecer, vos poseéis mas que yo su confianza.

— Quise decir tan solo, replicó precipitadamente, que se apresura demasiado á ofrecer su honrosa compañía á los que no la desean.

El señor Campbell, sin hacer otras observaciones, contentóse con desearme un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al día siguiente me separé de mi apocado compañero de viaje, porque dejé el camino real del norte para seguir mas hácia poniente la direccion del alcázar de Osbaldiston, residencia de mi tio: como siempre parecia conservar algunas sospechas acerca de mi persona, no sabré decir si celebró ú sintió mi partida. En cuanto á mí, sus sustos habian cesado de divertirme, y á decir la verdad, me desembaracé de él con la mayor alegría.

### CAPITULO V.

AL acercarme á aquellos lugares que me habia representado como la cuna de mi familia, espermenté el entusiasmo que inspiran los sitios montaraces y románticos á los amantes de la naturaleza. Libre de la im-

portuna charla de mi compañero, notaba la diferencia que presentaba el pais, comparado con el que habia atravesado hasta entonces: en lugar de aguas encharcadas en medio de sauces y cañaverales, los rios, que merecian por fin tal nombre, corrian undosos bajo la sombra de un bosque natural, ya precipitándose desde lo alto de una colina, ya culebreando por los solitarios valles que de distancia en distancia se ofrecen en el camino, pareciendo brindar al viajero á examinar sus revueltas. Los montes Cheviots se encumbraban delante de mí en su imponente majestad, no con aquella variedad sublime de peñascos y de valles que caracteriza las montañas de primer orden, sino ofreciendo una inmensa mole de peñas de redonda cima, cuyo lóbrego aspecto é ilimitada estension tenian cierto carácter de grandeza propia para absorber la fantasía.

En medio de estas montañas, veíase el estrecho valle á cuyo extremo se elevaba el alcázar de mi familia: parte de las inmensas propiedades que de él dependian habia sido desde mucho tiempo enajenada por la prodigalidad ó desgobierno de mis antepasados; pero quedaba todavía lo suficiente para que fuese mirado mi tio como uno de los mas ricos propietarios del condado. Por algunos informes que me dieron en el camino, supe que, á ejemplo de los demás señores del pais, empleaba la mayor parte de su caudal en llenar con eminente fausto los deberes de una pródiga hospitalidad, lo que miraba como esencial para sostener el señorío de su familia.

Ya desde lo alto de una eminencia habia avistado el alcázar de Osbaldiston, antiguo y vasto edificio que se desprendia del medio de un bosque de druidicas hayas, y me dirijia hácia aquel lado con toda la actividad que permitian las sinuosidades y mal estado del camino, cuando

mi caballo, fatigado como se hallaba, enderezó las orejas á los repetidos ladridos de una jauría de perros que se oia á lo lejos. No dudé que la jauría fuese la de mi tio, y me retiré á un lado con el intento de dejar pasar á los cazadores sin interrumpirlos, persuadido de que seria poca discrecion presentarme á mi tio en medio de una cacería, y resuelto á ir, así que hubiesen pasado, á esperar su vuelta en el alcázar. Me detuve pues en una eminencia, y probando aquella especie de interés que inspira esta campestre diversion, aguardé con impaciencia que se acercasen los cazadores.

La zorra, arrojada violentamente de su guarida, desembocó de un soto que cerraba el lado derecho del valle: su cola, que arrastraba por el suelo, su pelo sucio, su penoso andar, todo anunciaba que iba á rendirse presto; y el carnívoro cuervo, inclinado sobre su cabeza, parecia que la miraba ya como su presa. La pobre *reynard* (1) atravesó el rio que divide el vallecito, y andaba arrastrando por la larga arroyada que habia la otro lado de sus agrestes márgenes, cuando salió la jauría fuera del soto con el azudador y tres ó cuatro caballeros. Los perros se precipitaron sobre sus huellas, y los cazadores los siguieron á galope tendido á pesar de la desigualdad del terreno: eran estos jóvenes altos y robustos, bien montados, y vestian todos chapas verdes, calzones de piel y gorros amarillos, uniforme de una asociacion de cacería formada bajo los auspicios de Sir Hildebrando Osbaldiston. Sin duda son mis primos, dije para mí, cuando pasaron por delante: ¿qué recibimiento debo esperar de estos dignos sucesores de Nemrod? Poco probable es que yo, que no he cazado en mi vida, me considere feliz en la fa-

milia de mi tio! Una nueva aparicion interrumpió estas reflexiones.

Era una jóven, cuya figura llena de gracia y de espresion, se veia animada con el ardor de la caza: montaba soberbio corcel, negro como el azabache, y salpicado por la espuma que saltaba del bocado: llevaba un vestido poco comun entonces, semejante al del otro sexo, y que han llamado despues traje de equitacion ó de amazona. Esta moda, que se habia introducido durante mi residencia en Francia, era enteramente nueva para mí: sus largos cabellos negros flotaban á merced del viento, habiéndose roto, en el calor de la caza, el lazo que los tenia sujetos. El terreno escarpado y desigual, por medio del cual dirijia su caballo con una destreza y serenidad admirables, la detuvo en su carrera, y tuve tiempo para contemplar sus brillantes y animadas facciones, á las que prestaba nuevo embeleso la singularidad de su traje. Al pasar por delante de mí, su caballo dió un salto irregular en el momento en que, habiendo llegado á terreno mas llano, le apretaba las espuelas á fin de reunirse á la cacería; me aproveché yo de esta ocasion para acercarme á ella, su color de socorrerla, aunque habia visto muy bien que no corría el menor peligro. La bella amazona no manifestó ni aun el mas lijero susto, dióme gracias con una sonrisa, y yo me sentí animado á igualar el paso de mi caballo al del suyo, y á permanecer á su lado. Los triunfantes gritos de los cazadores y el ruidoso sonido de la bocina nos anunciaron que no teníamos ya que darnos prisa, pues se habia acabado la caza. Uno de los jóvenes que habia visto ya, se acercó á nosotros, ajitando en el aire la cola de la zorra con muestra de triunfo, y como burlándose de mi hermosa compañera.

— Ya lo veo, dijo esta, pero no nuevas tanto ruido. Si Febé no se

(1) Epíteto inglés de la zorra, cuyo nombre comun es *fox*.

hallara en una senda cascajosa, añadió acariciando el cuello de su caballo, no cantarás victoria.

Hallábase entonces este jóven cazador muy cerca de ella, y advertí que ambos me miraron, y hablaron entre sí pasito, como si la jóven le rogase que hiciese algo que le desplacía, lo que manifestaba el cazador con cierta circunspeccion que casi oía á enfado. Al punto volvió ella la cabeza de su caballo á mi lado, diciendo: — Bien, bien, Thorncliff; si no te place, lo haré yo; adelante. Señor mio, añadió mirándome, pedia á este jóven, modelo de cortesía y de jentileza, que os preguntase si habeis oido hablar en vuestros viajes por esta comarca de un amigo nuestro, del señor Frank Osbaldiston, á quien esperamos hace algunos dias.

Túveme por muy feliz en hallar ocasion tan favorable para darme á conocer, y manifesté mi reconocimiento á pregunta tan obsequiosa.

— En ese caso, señor, repuso ella, como la cortesía de mi querido primo parece aun distraida, me permitiréis, aunque no sea esto muy conforme, que me constituya maestra de ceremonias, y que os presente al jóven *Squire* Thorncliff Osbaldiston, y á Diana Vernon, que tiene tambien el honor de ser parienta de vuestro primo.

Echábase de ver cierta mezcla de finura, de sencillez y de ironía en la manera con que pronunció miss Vernon estas palabras; yo le dí otra vez las gracias, y le manifesté cuanto me felicitaba por haber tenido la dicha de encontrarlos. Hablando con verdad, dirijí de tal modo el cumplimiento, que fácilmente podía miss Vernon apropiarse su mayor parte; porque Thorncliff parecia ser una especie de aldeano sin el menor viso de educacion. Díome con todo la mano, y manifestó entonces que me dejaba para ayudar á sus hermanos á contar los perros, y á reunir la jauría, di-

ciéndoselo á miss Vernon, sin que le ocurriese excusarse conmigo.

— Miradle, dijo miss Vernon, siguiéndole con los ojos, mirad al príncipe de los chalanes y de los palafreneros; y por este amable personaje podeis juzgar toda la familia. — ¿Habeis leído á Markham?

— ¿A Markham? Ni aun tengo presente haber oido hablar de autor alguno de este nombre.

— ¡No haber leído á Markham! ¡Pobre ignorante! ¿no sabeis que es el Alcoran de la tribu salvaje con la cual venis á residir? ¡Markham! el autor mas célebre de cuantos han escrito de cetrería! Voy desconfiando de vos, y mucho me temo que no conocais tampoco los nombres mas modernos de Gibson y de Bartlet.

— En verdad que no, miss Vernon.

— ¡Y no os avergonzais! Vamos, veo que nos será fuerza negar que sois primo nuestro: ¿no sabréis pues herrar un caballo, limpiarle y estrillarle?

— Confieso que mando tales faenas al albeitar ó al caballero.

— ¡Increible indolencia! ¿Y sabeis, al menos, quitar á los perros el nervio de bajo la lengua para que no muerdan, ó cortarles las orejas, llamar á un halcon y disponer la aña-gaza, ó bien....

— Por favor, evitad mi confusion, pues confieso que no poseo ninguno de esos raros conocimientos.

— Por el cielo, señor Frank, ¿qué sabeis hacer?

— Casi nada, miss Vernon; cuando está ensillado mi caballo, le monto, y ved ahí toda mi ciencia.

— Vamos tal cual, dijo miss Vernon haciendo correr el suyo á galope. Teniamos delante una especie de palizada que cerraba el camino, y adelantéme yo á abrirla, cuando la saltó miss Vernon sonriéndose; víme precisado á seguirla, y en un instante estuve á su lado.

— Vamos, no perdamos todas las

esperanzas; veo que aun podrémos hacer algo de vos: á decir verdad, temia no fueseis un Osbaldiston muy degenerado. ¿Pero qué os trae al alcázar de los osos? porque así llaman los vecinos á nuestra casa: supongo que estabais libre de permanecer en Londres.

El tono amistoso que usaba conmigo mi graciosa compañera, me animó á imitar su familiaridad, y contento con la intimidad que se establecia entre nosotros, le respondí en voz baja: — ¡Seria posible, miss Vernon, que miraseis mi residencia en Osbaldiston-Hall como una severa penitencia, en vista del retrato que me habeis hecho de sus habitantes, si no hubiese entre ellos una escepcion de que no me habeis hablado!

— ¡Ah! Rashleigh, dijo miss Vernon.

— No, en verdad, pensaba, perdonadme, en una persona que se halla mucho mas cerca de mí.

— Perdonad igualmente que hubiese tomado el arbitrio de hacer como que no os comprendia; pero ¿para qué tales rodeos? vuestra lisonja merece muy bien una cortesía; mas como estoy á caballo, tendréis á bien dispensármela por ahora, reservándoos para mas adelante hacer valer vuestros derechos. Hablando seriamente, merezco la escepcion, porque os aseguro que, en medio de vuestros osos de primos, apenas hallariais sin mí á quien hablar en el alcázar, exceptuando no obstante al viejo clérigo y á Rashleigh.

— Y en nombre del cielo, decidme, ¿quién es ese Rashleigh?

— Rashleigh es un personaje que quisiera que todo el mundo fuese como él, porque entonces seria él como todo el mundo. Es el mas jóven de los hijos de Sir Hildebrando, tendrá así vuestra edad, pero no es tan. No es tan bien parecido, en una palabra. En recompensa, le ha dado naturaleza algunos granos de sentido co-

mun, y la educacion ha añadido á ellos una buena dosis de instruccion: es lo que llamamos un hombre de entendimiento en este pais, en que son raros los de maduro caletre: parece que le destinan para la iglesia, pero no se da mucha prisa en tomar las órdenes.

— ¿De la iglesia católica?

— ¡De la iglesia católica! ¿Y de cuál habia de ser? Mas olvidaba que me han dicho que sois hereje; ¿es verdad, señor Osbaldiston?

— No niego la acusacion.

— Sin embargo habeis habitado fuera de Inglaterra y en paises católicos?

— Por espacio de cuatro años.

— Mas volviendo á Rashleigh, le juzgaréis el hombre mas amable que hayais nunca visto, durante una semana al menos: si quisiera tomar por querida á una mujer ciega, á buen seguro que la conquistara; pero los ojos destruyen el encanto que embelesa al oido. ¡Buen Dios! ya nos vemos en el patio del viejo alcázar, que parece tan salvaje y gótico como todos sus habitantes. La compostura que exige Osbaldiston no es gran cosa; pero estoy tan acalorada, que es preciso que me desembaraze de todos estos atavíos; y á mas ¡este sombrero es tan pesado é incómodo! continuó quitandóselo; y sus hermosos cabellos flotaron en bucles de ébano sobre su encantadora faz. Con ruborosa sonrisa apartólos á ambos lados de su frente, presentando su blanco y torneada mano: si habia en esto su parte de afectacion, estaba muy bien disfrazada con cierto aire de indiferencia. No pude menos de decir que si juzgaba la familia por lo que veia, estaba por creer que seria en efecto inútil toda compostura.

— Vaya otra lisonja, repuso miss Vernon, aunque no debiera comprenderos todavía; pero hallaréis mejor excusa respecto de cierta negligencia, cuando veais los osos con quie-

nes vais á vivir. Le resta mucho que hacer al arte para corregir en ellos á la naturaleza; empero tienen al menos la ventaja de no sentir su misma deformidad. Pero la vieja campana tocará á comer dentro de un rato; su sonido anuncia que está algo cascada, mas la tal campana es una maravilla. ¿Sabeis que tocó por sí misma el día que desembarcó el rey Guillermo? y mi tío, respetando su talento profético, nunca ha querido que la compusieran. Vamos, galante caballero, principiad vuestros buenos oficios y tened mi palafren, hasta que os envíe uno de mis escuderos.

Dijo, me echó su brida como si nos conociésemos desde la infancia, se apeó del caballo, cruzó corriendo el patio, y entró por una puertecilla lateral, dejándome admirado de su belleza y en extremo sorprendido de sus modales francos y desembarazados; parecían mas extraordinarios estos en una época en que la corte del gran monarca Luis XIV daba en el particular leyes á toda la Europa, y en que el bello sexo hacia exteriormente alarde de una reserva y circunspeccion admirables. Hacia yo por cierto harto triste figura en medio del patio del rancio alcázar, montado en mi caballo, y teniendo otro de la brida. El edificio no era de naturaleza tal que pudiese interesar á un extranjero, dado aun que me hallase yo dispuesto á mirarle con atención. Las cuatro fachadas eran de diferente arquitectura, y con sus grandes rejas, sus resaltadas torrecillas y macizos arquivtrabes, semejábase mucho el edificio al interior de un convento, ó á uno de los góticos colejos de Oxford. Llamé á un criado, pero en vano, y mi paciencia tenia que sujetarse, por cuanto veía á todos los domésticos, así varones como hembras, asomar por las diferentes rejas del alcázar, retirándose al punto, sin que ninguno me diera tiempo

para llamarle directamente. La vuelta de los perros y cazadores me sacó por fin de embarazo, y logré no sin dificultad poner las bridas en manos de un zoquete de criado, y hacer que me condujese otro á la presencia de Sir Hildebrando. Este patan me hizo semejante servicio con tanta gracia y buena gana como un campesino que se ve obligado á servir de guía á una guerrilla enemiga, y tuve que estrecharle de cerca para impedir que desertase, abandonándose en el laberinto de oscuros y angostos corredores que conducian al *Stun-Hall* (1), como lo llamaba Sir Hildebrando, donde debía ser admitido á la benigna presencia de mi tío.

Llegamos por último á una larga y abovedada sala, enlosada de baldosas, y que ostentaba luenga fila de mesas de roble, sobrado pesadas y macizas, para que fuese posible moverlas alguna vez, y en las cuales estaba servida la comida. Este venerable aposento, que desde algunos siglos era la sala de festin de la familia de los Osbalditons, ofrecia por todas partes pruebas de sus hazañas. Enormes palazones de gamos que pudieran ser los trofeos de la caza de *Chery-Chase* (2), se hallaban distribuidos por lo largo de las paredes entapizadas de pieles de tejones, de nutrias, de garduñas y otros animales. Entre algunos restos de añejas armaduras que probablemente sirvieran en otro tiempo contra los Escoceses, veíanse colgadas varias armas que servian para guerra menos peligrosa, como ballestas, escopetas de diferentes hechuras y tamaños, lanzas, venablos, en fin todos los instrumentos usuales, ya para cojer, ya para matar caza. Había colgados de distancia en

(1) *La sala del ruido*: sin duda á causa del estruendo y bulliciosos banquetes de que vamos á ser testigos.

(2) La acción del antiguo poema-balada de *Chery-Chase* pasa en aquella parte de las fronteras inglesas (*English border*).

distancia algunos cuadros viejos y ahumados, que representaban damas y caballeros, respetados sin duda y famosos en su tiempo; los héroes, con su luenga barba y pobladas pelucas, semejaban verdaderos rayos de guerra, y las damas miraban con dulce sonrisa el ramillete de rosas que tenían en la mano, el cual, con la lluvia de marzo que le habia algunas veces rociado, veíase cubierto de cierto tinte amarillo que aumentaba en gran manera el efecto que producía.

Apenas habia tenido tiempo para echar una rápida ojeada á todas estas maravillas, cuando entraron tumultuosamente en la sala doce criados con librea, y principiaron á moverse y atarearse, ocupándose mucho mas cada uno en dirigir á sus camaradas, que en operar él mismo. Los unos echaban leña en el chisposo fuego, el cual subía entre llamas y humo por lo largo de un inmenso cañon de chimenea, cerca del cual aparecía una pieza de maciza arquitectura, en que se veían grabadas las armas de la familia. Para que resaltaran mas, las habian pintado despues de encarnado, pero las sucesivas capas de humo, que se habian amontonado allí durante algunos siglos, enturbiaban no poco su color primitivo. Otros criados arreglaban las botellas, los vasos y las garrafas: corrían y dábanse codazos, haciendo, segun suelen, poca faena y mucho ruido. Por último, cuando al fin y postre se halló casi todo dispuesto para recibir á los convidados, anunciaron la llegada de estos los ladridos de los perros, el chasquido de los látigos, y el ruido de las grandes botas de caza, semejantes á las de la estatua en el *Convidado de piedra*. Aumentóse la confusión de los criados, de los cuales los unos gritaban que dejasen pasar á Sir Hildebrando, y los otros que cerrasen la puerta que daba á una especie de galería. La puerta de en-

trada se abrió por fin, y vi precipitarse confusamente á la sala ocho perros, el capellan del alcázar, el esculapio de la aldea, mis seis primos y mi tío.

## CAPITULO VI.

No se apresurara mucho por cierto Sir Hildebrando Osbaldiston á ir á abrazar á su sobrino, cuya llegada debía ya haber sabido por Thorncliff; escusábanle empero importantes ocupaciones. Me ha sido fuerza, sobrino, exclamó, hacer entrar antes mis jaurías en su perrera. Seas bien venido, muchacho. Oye, mira á tu primo, Percy, á tu primo Thorncliff y á tu primo John; y por aquí mira á tu primo Dick, á tu primo Wilfredo, y... espera, ¿dónde está Rashleigh? ¡Ah! vele aquí... Vamos, Thorncliff; apártate y déjanos ver un poco á tu hermano... ¡Ah! mira á tu primo Rashleigh... ¿Con qué tu padre ha pensado en fin en el viejo alcázar y en el viejo Sir Hildebrando? Mas vale tarde que nunca... Seas bien venido te digo otra vez, y basta esto... ¿Dónde está mi Dianita?... Ah! he!a aquí que entra... Esta es mi sobrina Diana, la hija del hermano de mi madre, la mas apuesta doncella de nuestros valles... Nada importa saber cual es la que viene detrás... ¡Hola! digamos ahora dos palabritas á la comida que nos aguarda.

Para tener alguna idea de la persona que usaba este lenguaje, representaos, mi querido Tresham, un hombre de unos sesenta años, con una vestimenta de caza, tal vez bordada ricamente en otro tiempo, pero deslucida ya por las sucesivas lluvias que sufriera. Sir Hildebrando, no obstante la aspereza, ó mas bien la sequedad de sus modales, habia pasado parte de su juventud en la corte; habia servido tambien en el ejército reunido en el matorral de Hous-

low (1), antes de la revolución que echó del trono á la casa de los Estuardos; y gracias quizás á su religion, hábale hecho caballero el desgraciado Jacobo II; pero si ambicionó otros favores, tuvo que renunciar á la esperanza de alcanzarlos en la terrible crisis que arrebató la corona á su protector; y desde aquella época habia vivido retirado en sus haciendas. A pesar de su tono rústico y grosero, Sir Hildebrando poseía todavía el exterior de un hombre bien nacido, y hallábase en medio de sus hijos como los restos de una columna de orden corintio, cubiertos de yerba y musgo, al lado de las moles de piedras toscas é informes de Stone-Henge (2), ó de cualquier otro templo de los drúidas. Los hijos eran aquellos toscos y pesados pedruscos que jamás pulió el arte: altos, vigorosos y de regular figura, los cinco mayores parecían estar privados del aliento de Prometeo y de las gracias exteriores que escusan algunas veces en el gran mundo la falta de inteligencia. Lo que mas dominaba en ellos era cierto aire de alegría y buen humor, y su única ambicion estribaba en que se les llamase los primeros cazadores del condado. El robusto Gyas y el vigoroso Cloanto no se parecen mas en Virjilio, que se asemejaban entre sí los robustos Percy, Thorncliff, John, Dick y Wilfredo Osbaldiston.

Para compensar sin embargo tan manifiesta uniformidad en sus producciones, la Señora Naturaleza habia echado de intento alguna variedad en el exterior y carácter del último de los hijos de Sir Hildebrando; y

(1) Hounslow está situado á cerca de diez millas de Londres, y en este campo se reunió un ejército contra el duque de Monmouth.

(2) El monumento de Stone-Henge está en la plaza de Salisbury (Wiltshire). Consiste en cuatro enormes piedras, colocadas una encima de otra: las dos exteriores son circulares, y las interiores ovaladas. Todavía no se ha decidido si era en efecto un monumento druidico.

Rashleigh formaba, bajo todos aspectos, así en lo moral como en lo físico, notable contraste, no solamente con sus hermanos, sino con la mayor parte de los hombres que habia yo visto hasta entonces. Cuando Percy, Thorncliff y compañía hubieron sucesivamente saludado, jestado y presentado mas bien su hombro que su mano, á medida que me los nombraba su padre, adelantóse Rashleigh, y me manifestó como se alegraba de conocerme, con le soltura y política de un hombre de trato. Su exterior no ofrecía en verdad muchos atractivos; era bajito, y todos sus hermanos parecían descender del gigante Anak; eran ellos bastante bien parecidos, y Rashleigh casi feo. A consecuencia de un accidente que le aconteció en la infancia, cojeaba de suerte que muchos pretendían ser este el obstáculo que se oponía á que tomase órdenes; pues ya es sabido que la iglesia de Roma no admite en la clerecía ninguna persona mal formada. Sin embargo no era esto, segun otros, mas que una mala costumbre que habia contraído, y el vicio de su andar no era suficiente para impedirle que se ordenase.

Las facciones de Rashleigh eran tales, que despues de haberlas visto una vez, ya no podiais borrarlas de la memoria jamás, y os acordabais sin cesar de ellas con un sentimiento de penosa curiosidad, mezclada de disgusto y odio. No era su figura de suyo la que producía tan profunda impresion; sus rasgos, aunque irregulares, no eran nada comunes; sus ojos centellantes y sus cejas negras y pobladas impedían que fuese de vulgar fealdad. Mas poseían sus ojos cierta expresion de malicia y disimulo, ó, cuando le provocaban, de ferocidad templada por la prudencia, que no se ocultaba al fisonomista menos penetrante, y que la naturaleza habia tal vez marcado hasta tal extremo por la misma razon que ha dado á la veno-

nosa serpiente el cascabel que la vende. Como en compensacion de sus esteriore desventajas, tenia Rashleigh la mas dulce y melodiosa voz que he oido en mi vida; y la manera con que se producía hacia resaltar aun mas la belleza de su órgano vocal. A penas habido dicho una frase, reconocí la verdad del retrato que me habia hecho miss Vernon, y no dudé que en efecto conquistaria á una querida que no pudiera juzgar de su mérito mas que por el oido. Iba á ponerse junto á mí en la mesa, pero miss Vernon, que estaba encargada de hacer los honores de la misma, halló medio de que me sentase á su lado y al de Thorncliff, y no necesito decir que favorecí este arreglo con todo mi poder.

—Tengo que hablaros, me dijo ella, y he colocado espresamente al honrado Thorncliff entre Rashleigh y vos. No olvideis que yo soy el conocido mas antiguo que teneis en esta ingeniosa familia: permitidme que os pregunte con este título ¿qué os parecen todos?

—Vaya una pregunta bien estensa, miss Vernon; ¿y cómo he de responderos cuando acabo de llegar al alcázar?

—¡Oh! la filosofia de nuestra familia es superficial. Hay muchos matices delicados que caracterizan á los individuos y que poco á poco va conociendo el observador: pero las especies, creo que es este el término técnico de los naturalistas, las especies se distinguen á la primera ojeada.

—A decir lo que siento, me parece que, á escepcion del señor Rashleigh, todos mis primos tienen poco mas ó menos el mismo carácter.

—Cabal: todos tienen su poco mas ó menos de borracho, de guarda-bosque, de quimerista, de jinete y de mentecato; pero así como dicen que es imposible hallar en un mismo árbol dos hojas enteramente semejantes, así tambien, no habiendo cabido igual parte á todos los individuos de

estos donosos ingredientes, forman una variedad agradable para los que gustan estudiar los caracteres.

—¿Y tendréis á bien darme un diseño de tales retratos?

—¡Oh! con mucho gusto, y voy á pintároslos todos en un gran cuadro de familia. Percy, el hijo mayor, tiene mas de borracho que de guarda-bosque, de quimerista, de jinete y de mentecato. Thorncliff se acerca mas á quimerista que á guarda-bosque, jinete, mentecato y borracho. John, que duerme semanas enteras en los bosques, tiene mas á guarda-bosque. El jinete por escelencia es Dick, que corre noche y dia á brida suelta, y anda mas de doscientas millas por ver un corrida de caballos. Y la necedad domina de tal modo sobre todas las otras cualidades de Wilfredo, que se le puede llamar mentecato verdadero.

—Vaya una preciosa coleccion, miss Vernon, y las diferencias individuales pertenecen á una clase muy interesante; ¿pero cómo Sir Hildebrando no halla lugar en el cuadro?

—Estimo á mi tio, me respondió, porque quiso hacerme buenos servicios, y haya ó no logrado su intento, no debo tener presente mas que su intencion: así es que le estoy agradecida, y os dejo el cuidado de trazar vos mismo su retrato cuando le conozcaís mejor.

—Vamos, dije para mí, siquiera ha esceptuado á alguno. ¿Quién esperaba jamás tan amarga sátira de parte de una jóven cuyas facciones respiran la dulzura y la bondad?

—¡Pensais en mí! dijo fijando sus penetrantes ojos en los míos, como si quisiera calar hasta lo íntimo de mi alma.

—Lo confieso, repuse algo turbado, y no esperando tal pregunta: y luego añadí, haciendo por dar un visomas galante á la franqueza de mi confesion: —¿Cómo es posible que piense en otra cosa, colocado como tengo

la dicha de estarlo?

Sonrióse miss Vernon con una espresion de orgullo reconcentrado que le era peculiar: — Debo deciros que le era peculiar: — Debo deciros de una vez, señor Osbaldiston, que dirijirme lisonjas es perder lastimosamente el tiempo: así, no prodigúeis en vano vuestros cumplimientos, útiles á los lindos mozos que viajan por las provincias: ellos son como las bujerías que llevan los navegantes para suavizar á los salvajes habitantes de los países nuevamente descubiertos. No apureis de golpe vuestra preciosa mercadería; tendréis útil despacho de ella en el Northumberland: vuestras lisonjeras frases agradarán mucho á las hermosas del país; con que guardadlas para ellas, porque conmigo las emplearais inútilmente, puesto que conozco á fondo su verdadero valor.

Yo permanecí mudo y confundido.

— Me recordais en este momento, dijo miss Vernon recobrando su alegría y jovialidad, aquel cuento de hadas, en el cual un tratante halla todo el dinero que llevara al mercado transformado de repente en piedras. Yo he desacreditado con una desgraciada observacion todo el jénero de vuestros graciosos cumplimientos; pero no se hable mas de ello: vuestra mina es muy falaz, señor Osbaldiston, si no me entreteneis con cosas mas agradables que esas *insulseces* que todos los jóvenes se creen obligados á recitar á las pobres doncellas. ¿Y porqué? porque ellas visten enaguas y gasas, mientras que ellos llevan lindos vestidos bordados. Haced por olvidar mi desgraciado sexo; llamadme Tom Vernon, si quereis, pero habladme como á amigo vuestro, como á compañero; no podeis formaros una idea de cuanto me alegraré.

— Me ofreceis un atractivo muy poderoso, respondí yo.

— ¡Otra vez! repuso levantando el dedo; ya os he dicho que no sufro

ni la sombra de una lisonja: y ahora, cuando bayais cumplido con mi tío que os amenaza con lo que él llama *uno hasta el colmo*, os diré lo que pensais de mí.

Como respetuoso sobrino, apuré el vaso que me presentaba mi tío; luego se entabló conversacion sobre la caza de la mañana, y cuando no se oia mas que el continuo ruido de los vasos y tenedores, y mi primo Thorncliff, que estaba á mi derecha, y el primo Dick, que se hallaba á la izquierda de miss Vernon, tenian esclusivamente fijada la atencion en el interesante negocio que los ocupaba, volvímos á emprender nuestra conferencia. — Ahora, la dije, permitidme que os pregunte francamente, miss Vernon, qué es lo que suponéis que pienso de vos: os diria lo que en realidad pienso, pero me habeis prohibido los elogios.

— No necesito de vuestra ayuda, pues soy bastante májica para deciros vuestros pensamientos: no es necesario que me enseñeis vuestro corazón, puesto que lo veo. Me reputais una doncella rara, algo caprichosa, muy inconsecuente, que deseo llamar la atencion con la libertad de mis modales y con la singularidad de mi conversacion, porque carezco de lo que llama *el Espectador* (1) las mas dulces gracias de mi sexo. Hasta pensais quizás que proyecto petrificaros de admiracion. Si tales son vuestros sentimientos, y no dudo que lo sean, siento deciros que por esta vez se engaña vuestra penetracion: toda la confianza que he puesto en vos, la usara con vuestro padre, si fuera posible que me oyese. En verdad que me hallo tan aislada en medio de esta dichosa familia, y tan falta de auditores inteligentes como Sancho en Sierra Morena; así es que cuando se me presenta ocasion, casi me es fuerza hablar ó morir. Os

(1) *El Espectador* de Addison.

aseguro no obstante que no os dijera una palabra de las curiosas noticias que os he dado acerca del carácter de vuestros amables primos, si no me fuera en un todo indiferente que sepan mi modo de pensar respecto á ellos.

— Sois muy cruel, mis Vernon, en no querer dejarme la menor ilusion, y en recordarme que todavía no tengo ningun derecho á vuestra confianza. Mas ya que no me permitís atribuir á vuestra amistad las comunicaciones que me habeis hecho, debo recibir las con el título que os plazca. No habeis comprendido al señor Rashleigh Osbaldiston en vuestros retratos de familia.

Parecióme que esta observacion la hacia temblar, y apresuróse á responder bajando la voz: — ¡No digáis ni una palabra de Rashleigh! tiene el oido tan fino, cuando se interesa su amor propio, que nos oiria á pesar de hallarse en medio la maciza persona de Thorncliff rellena de vaca y de jamon.

— Sí, repliqué; pero antes de hacer la pregunta, he mirado trás del tabique viviente que me separaba de él, y he visto que estaba vacia la silla de Rashleigh. Se ha levantado de la mesa.

— No os fieis de eso, repuso miss Vernon. Creedme, cuando querais hablar de Rashleigh, subid á la cima de Otterscope-Hill, de donde se ven veinte millas en redondo; colocaos á la punta misma de la peña, hablad bien pasito, y aun entonces no estéis muy cierto de que la indiscreta avecilla que vuela encima de vuestra cabeza, no le refiera lo que digais. Rashleigh emprendió mi educacion, y ha sido mi maestro por espacio de cuatro años; yo estoy tan cansada de él como él de mí, y ni uno ni otro sentimos que llegue el instante de nuestra separacion.

— ¿Luego partirá en breve Rashleigh?

— Sí, dentro de algunos dias; ¿y eso ignorabais? Parece que vuestro padre es mucho mas discreto que Sir Hildebrando. Ved aquí toda la historia. Cuando supo mi tío que veniais á residir por algun tiempo en su casa, y que vuestro padre deseaba que aquel de sus sobrinos que da tan bellas esperanzas, fuese á llenar el lucrativo lugar que dejais vacante por vuestra obstinacion, señor Frank, el buen caballero celebró consejo pleno de todos los de su casa, incluso el despensero, el mayordomo y el guarda-bosque. Segun presumiréis, no era necesaria tan venerable asamblea, compuesta de los pares y empleados de *servicio* de Osbaldiston-Hall, para elejir al que debia reemplazaros; porque como toda la aritmética de cinco de los concurrentes se limitaba á saber calcular los lances favorables ó adversos en una riña de gallos, Rashleigh era el único que reunia las prendas necesarias para el puesto indicado. Mas se necesitaba una sancion solemne para trasformar á Rashleigh, de pobre clérigo que debia ser, en opulento banquero, y permitirle enriquecerse en la Bolsa, en vez de morir de hambre en la Iglesia: no sin dificultad dió su consentimiento la asamblea á una degradacion tan manifiesta.

— Trasluzco esos escrúpulos: ¿pero cómo se superaron?

— Por el deseo jeneral de desembarazarse de Rashleigh. Aunque es el mas jóven de la familia, ha tomado, no sé cómo, irresistible ascendiente sobre todos los demás, los conduce á su antojo, y cada uno de por sí siente su dependencia sin poder librarse de ella. Si alguien se atreve á resistirle, está cierto de que tendrá motivo para arrepentirse antes de trascurrir un año; y si le haceis un servicio importante, aun os arrepentiréis mas.

— Si es así, repuse riendo, he de guardarme de él, puesto que soy la

causa involuntaria de la mudanza de su situación.

— Sí, y bien esté contento ú disgustado con vos, guardaos de él. Mas ved aquí los rabanitos y los quesos (1). Van á brindar á la salud del rey y de la iglesia; tal es la señal de retirada para los capellanes y las damas, y yo, que soy el único representante de mi sexo en el alcázar, me habré de retirar, según costumbre.

Dichas estas palabras, desapareció, dejándome sumamente admirado de la finura, malignidad y franqueza que desplegaba en la conversacion. Desespero de poder daros la menor idea de su carácter, aunque haya imitado su lenguaje, en cuanto me ha sido dable. Era una mezcla de injenua sencillez, de natural finura y de increíble osadía; todos estos diversos tintes, felizmente confundidos, y animados aun por la soltura de su encantadora fisonomía, formaban el mas perfecto conjunto. No hay que creer que, por extraños, por singulares que me pareciesen sus libres y familiares modales, sintiese un jóven de veinte años que una doncella de diez y ocho no guardara con él toda la reserva necesaria: lisonjeábame por el contrario la confianza de miss Vernon; y aunque me declarara que únicamente me la habia concedido por ser yo el primero en quien encontrara bastante inteligencia para comprenderla, persistia aun en atribuir la preferencia á diferentes motivos. Con la presuncion que mi residencia en Francia no habia ciertamente disminuido, imaginaba que una figura regular y un exterior recomendable, ventajas que tenia la jenerosidad de otorgarme, eran títulos bastante poderosos para granjearse la confianza de una beldad. Como mi vanidad abogaba con tanto calor por justificar la eleccion de miss Vernon, el juez no podia ser severo,

(1) Es un tercer plato que con la ensalada precede inmediatamente á los postres en Inglaterra.

ni afearle una franqueza que me parecia suficientemente justificada por mi propio mérito; y complacido ya de su figura, contentóme mas aun el discernimiento y penetracion que habia manifestado en la eleccion de un amigo.

En cuanto salió del aposento miss Vernon, la botella circuló ú mas bien voló al rededor de la mesa con increíble rapidez. Educado en nacion extranjera, concibiera yo la mayor aversion á la destemplanza, vicio harto comun entonces, y aun hoy dia entre mis compatriotas. Las palabras que sazocaban festines agradábanme tambien muy poco; y si algo podia aumentar mi disgusto, era oír las proferir por personas de mi familia. Aprovechéme pues de esta ocasion favorable, y viendo tras de mí una puertecilla entreabierta, que conducia no sé donde, zaféme cautamente, no pudiendo sufrir por mas tiempo ver á un padre dar por sí mismo á sus hijos el ejemplo de un vergonzoso esceso, y usar con ellos los mas groseros discursos. Persiguiéronme, como esperaba, y tratáronme como desertor de las banderas de Baco. Cuando oí los gritos de ¡eh! ¡eh! y el ruido de las pesadas botas de mis primos que, según trazas, ansiaban cojer al fujitivo, ví claramente que lo conseguirian, si no me alejaba lo bastante. Al punto abrí una ventana que percibí en la escalera, y que daba á un jardin tan gótico como el alcázar: y como su elevacion no escedia de seis pies, salté sin vacilar, y oí tras de mí los gritos de ¡eh! ¡eh! ¡Se salvó! ¡se salvó! Eché por una calle de árboles, luego por otra, luego por otra tercera, siempre apretando el paso, hasta que viéndome al abrigo de toda persecucion, me detuve para gozar de la frescura del ambiente, que tanto los humos del vino que habia tenido que beber, como la precipitacion de mi retirada, contribuian á que me pareciese mu-

cho mas agradable.

Paseándome de aquí para allá, encontré al jardinero que labraba un acirre con la azada, y me detuve para verle trabajar. — Buenas tardes, amigo.

— Buenas tardes, buenas tardes, respondió el hombre sin alzar la cabeza, y con acento que indicaba al mismo tiempo su estraccion escocesa.

— Vaya un tiempo hermoso para vos, amigo.

— No puedo quejarme, contestó con aquella circunspeccion con que suelen alabar los jardineros hasta el tiempo mas apacible. Entonces levantó la cabeza, como para ver quien le hablaba, llegó la mano á su gorro escocés (1) con ademan respetuoso, y añadió. — ¡Ah! ¡Dios me perdone! es cosa rara ver en el jardin á estas horas un lindo *jistocorps* bordado!

— ¿Un lindo...?

— ¡*Jistocorps* (2)! Es una chaqueta como la vuestra. Otra cosa tienen que hacer allá arriba, como es desabrocharse para que les quepa mas vaca y vino tinto; porque, válgame Dios, que no hacen mas que comer y beber durante la tarde entera.

— En vuestro pais no se comerá tan bien, y por eso no pasarán tantas horas en la mesa, ¿no es así?

— ¡Vamos, señor, bien se ve que no conocéis la Escocia! No es la comida la que nos falta: ¿acaso no tenemos los mejores pescados, la mejor carne, las mas escelentes aves, sin hablar de nuestros nabos y demás legumbres? La verdad del caso es que somos algo mas sobrios, mientras que por aquí, de las veinte y cuatro horas pasan mas de doce en la mesa. Hasta en los dias de ayuno y abstinencia.... ¿Y llaman ayunar á esto, cuando se comen los pescados que

(1) *Scotch bonnet*, el birrete, ó gorro azul, con bordadura ó tiras entreveradas.

(2) Sin duda de la palabra francesa *justaucorps*.

mandan traer de Hartlepool y de Sunderland, y luego truchas y salmones, y qué sé yo qué? Todos los dias ayunaria yo de este modo. Digo que es una abominacion, y luego las misas y maitines de esos infelices.... Pero ¡chiton! pues sin duda sois tan *romano* como ellos.

— No, amigo; he sido criado en la religion reformada; soy presbiteriano.

— ¡Presbiteriano! gritó, espresando sus groseras facciones el mayor contento; y para manifestarme con mas eficacia su gozo, y probarme que su amistad no se limitaba á solas palabras, sacó de su faltriguera una grande caja de cuerno, y me ofreció un polvo con el ademan mas fraterno. No quise rehusarle, y le pregunté en seguida si habia mucho tiempo que servia en el alcázar.

— Ya hace cerca de veinte años que estoy como los mártires en Efeso, espuesto á las bestias salvajes, dijo, mirando al rancio edificio. ¡Oh! por Dios, que es tan cierto como me llamo Andrés Listo-á-todo.

— Pero Andrés, si vuestra religion y templanza padecen tanto en ser testigo de los ritos de la iglesia romana y de los escesos de vuestros señores, paréceme que no debierais haber permanecido tanto tiempo en su servicio; fácil os hubiera sido encontrar amos mas ortodoxos y menos comilonos, y presumo que no por falta de disposicion y manejo dejais de hallaros colocado de modo mas satisfactorio para vos.

— No me está bien hablar de mí mismo, dijo Andrés mirando al rededor con mucha complacencia; pero soy hijo de la parroquia de Dreepdayly, donde se crian escelentes coles, y á buen seguro que entienden bastante el oficio... La verdad, ya hace veinte años que estoy á punto de despedirme; mas cuando llega el dia, sucede que hay alguna cosa que está floreciendo y que quisiera ver

en flor, ó algo que se sazona y que quisiera ver maduro, y pasa el tiempo, y no me voy. No obstante os aseguro que me iré á la Candelaria próxima; pero veinte años hace que digo lo mismo, y lléveme el diablo (¡Dios me guarde!) si no estoy hechizado en esta casa. Si he de decir á su Señoría cuanto hay en el caso, Andrés no ha podido hallar mejor colocacion; pero si su Señoría me proporcionase alguna donde tuviera una casilla, buena comida, y diez libras anuales de salario, y donde no hubiese mujeres que contasen las manzanas, se lo agradecería mucho.

— Está bien, Andrés, veo que sois muy moderado en vuestras pretensiones; mas cualquiera dirá que no amais á las mujeres.

— No, no, ¡Dios me guarde de ellas!... Son la peste de todos los jardineros, desde el padre Adán: ellas quieren manzanas, albérchigos, albaricoques, y verano ú invierno, porque esto les es igual, siempre le andan á uno á la zaga. ¡Pero loado sea Dios! lo que es aquí, no tenemos esa ralea de perras, á escepcion de la vieja Marta, y aun esta la tengo contenta con darles á los chicos de su hermana algunos racimos de grosellas, cuando vienen á tomar el té con ella los domingos, y llevándole de cuando en cuando una buena pera para postres.

— Olvidais á vuestra señorita.

— ¿Qué señorita?

— Vuestra señorita, miss Vernon.

— ¡Cómo! ¿miss Vernon? no es mi señorita, señor: ya quisiera ella serlo suya, y ojalá que no sea la señorita de cierta persona antes de mucho. ¡Oh! es gran martagona.

— ¡De veras! le dije yo haciendo por ocultarle el interés que sentia: ¿al parecer poseéis todos los secretos de la familia, Andrés?

— Si los sé, sabré guardarlos, y no se agitarán en mi lengua como la cerveza en la botella, yo os lo aseguro.

ro. Miss Diana es.... Mas sea lo que fuere, no se me da á mí un ardite.

Y en esto principió á azadonar con el mayor ardor.

— ¿Qué es miss Vernon, Andrés? Soy amigo de la familia, y me alegraré de saberlo.

— Muy otra de lo que debiera ser, segun me temo, dijo Andrés guiñando el ojo y sacudiendo la cabeza con grave y misterioso ademán... un poco ambigua, ya me comprende su Señoría.

— De veras que no, querido Andrés, y quisiera que os explicaseis con mas claridad. Y diciendo estas palabras, le puse en la mano una media corona, la cual produjo su efecto, porque Andrés me dió las gracias con una sonrisa ó mas bien con un visaje, y principió por meterse la moneda en la faltriquera de su chupa: entonces, como hombre que sabia no tener que restituirla, me miró apoyando ambos brazos sobre la azada, y dando á sus facciones la mas importante gravedad, me dijo con una seriedad que en cualquiera otra ocasion me pareciera cómica:

— Ello es fuerza que sepais, señor mio, puesto que os importa el saberlo, que miss Vernon es....

En esto se detuvo, alargando sus mejillas hasta que sus quijadas y barba tomaron á corta diferencia la figura de un cascanueces; rechinó fuertemente los dientes, guiñó otra vez el ojo, frunció las cejas, sacudió la cabeza, y creyó al parecer que su fisonomía habia acabado la explicacion que no principiara todavía su lengua.

— ¡Gran Dios! exclamé yo, ¿es posible? ¡Tan jóven, tan hermosa, y perdida ya!

— Si, perdida cuerpo y alma: ¡ya sabréis que es papista! y fuera de esto, es... guardó otra vez silencio como azorado de lo que iba á decir.

— Hablad, hombre, le dije con viveza; quiero saber absolutamente lo que significa todo eso.

— ¡Pues bien! es... Andrés miró al rededor, se acercó á mí, y añadió con el tono mas misterioso: ¡La mas rematada jacobita de todo el condado!

— ¡Cómo! ¿y no es mas que eso?

Andrés me miró como pasmado, oyéndome tratar de lijera una nueva tan importante; y luego murmuró entre dientes:

— ¡Dios me libre! con todo, esto es lo peor que sé de ella, y en esto volvió á tomar la azada, como el rey de los Vándalos en el último cuento que acaba de publicar Marmontel (1).

### CAPITULO VII.

No sin dificultad dí con el aposento que me habian destinado; y habiéndome bienquistado con los criados de mi tío, con los medios que eran mas capaces de apreciar, encerréme en mi estancia el resto de la tarde, sin curarme de buscar á mis amables parientes, quienes, segun eran los gritos y algazara que continuaban oyéndose en la sala del banquete, nunca fueran compañeros agradables para un hombre parco.

¿Cuál sería la intencion de mi padre al mandarme pasar mis dias en medio de tan estraña familia? En la situacion en que me veía, esta era la mas natural reflexion, y fué en efecto la primera á que me entregué. Segun el recibimiento que me habia hecho mi tío, no era dable dudar que sería larga mi residencia en su casa; su faustosa, pero mal entendida hospitalidad, hacia que le fuese harto indiferente el número de los que comian á su mesa; pero era claro que mi presencia ó mi ausencia no le causaba mas sensacion que la del último criado, y mucho menos que la enfermedad ó curacion de uno de sus perros. Mis primos eran verdaderos osesos, en cuya compañía podia perder, si que-

(1) El *Belisario* acababa en efecto de imprimirse en la época supuesta.

ria, el amor á la templanza y á la sobriedad, sin sacar otra ventaja que aprender á quitar á los perros el nervio de bajo la lengua, á limpiar los caballos y á perseguir las zorras. No hallaba mas que una razon que explicase la conducta de mi padre, y esta era probablemente la verdadera. Miraba él la vida que llevaban en Osbaldiston-Hall como natural é inevitable consecuencia de la ociosidad y de la indolencia, y queria, poniéndome á la vista un espectáculo, que debía, segun visos, escitar en mí la indignacion, decidirme, si era posible, á tomar parte activa en su comercio. Entre tanto, recibia en su casa á Rashleigh Osbaldiston; pero tenia cien medios para procurarle ventajoso destino, así que quisiera desembarazarse de él. En una palabra, aunque sintiese cierto remordimiento de conciencia al ver por mi obstinacion á Rashleigh, del cual me habia hecho miss Vernon un retrato tan poco favorable, á punto de trabajar en la casa de mi padre, y quizás de insinuarse en su confianza, acallábalo reflexionando que no era mi padre hombre que dejase entrometerse á nadie en sus negocios; que era difícil engañarle ó desvanecerle, y que por otra parte podia yo acaso albergar preocupaciones tal vez injustas contra aquel jóven: preocupaciones que me inspirara una doncella atolondrada, que hablaba sin reflexion, y que sin duda no se habia tomado el trabajo de profundizar el carácter del que pretendia condenar. Mis reflexiones cambiaban entonces de objeto, y deteníanse en miss Vernon, en su estremada belleza, en su crítica situacion, entregada á sí misma en medio de una especie de ranchería de salvajes, y en una edad en que al parecer necesitaria no poco de consejos; en su carácter por fin que ofrecia aquella variedad embelesante que mueve nuestra curiosidad y escita nuestra atencion á pesar nuestro. Habitar un mismo recinto con una muchacha

tan singular, verla todos los dias, todos los instantes, vivir con ella en la mayor intimidad, era diversion muy agradable para el fastidio que sin duda inspirarian los indolentes habitantes de Osbaldiston-Hall; pero ¡cuán peligrosa era semejante situacion! Sin embargo, á pesar de todos los esfuerzos de mi prudencia, no me fué dado lamentarme mucho de los nuevos peligros que iba á correr: acallé por otra parte mis escrúpulos, formando interiormente admirables proyectos: ojo alerta, Frank, decia entre mis barbas; andar lleno de reserva, observarse cuando me halle con miss Vernon, y todo saldrá bien. — Dormí me en estas reflexiones, siendo naturalmente miss Vernon la última cosa en que pensé.

No puedo deciros si me persiguió su imájen durante la noche; porque me hallaba fatigado, y dormí profundamente: pero fué la primera persona que me vino en mientes al dia siguiente, cuando al amanecer me despertaron con sobresalto los ruidosos sonidos de la trompa de caza. En un instante estuve en pié, hice ensillar mi caballo, y corrí al patio donde se hallaban ya prontos los perros y los caballos. Tal vez no esperaba mi tio hallar un diestrisimo cazador en la persona de su sobrino, que habia vejetado toda su juventud en las aulas ó en el bufete; sorprendióse de verme, y pareció que no me acogia con la misma cordialidad que la víspera. — ¿Ya estás aquí, muchacho? La juventud es temeraria, pero anda con cuidado.

A mi entender, hay pocos jóvenes, y estos pocos son moralistas muy austeros, á quienes no agradase mas que les afeasen alguna lijera faltilla, que no que pusiesen en duda su habilidad para montar á caballo. Como no me faltaba á mí destreza ni valor en este ejercicio, picóme la observacion de mi tio, y roguéle que suspendiese su juicio hasta despues de la caza.

— No es eso, muchacho; eres buen caballero, no lo dudo, pero anda con cuidado: tu padre te ha enviado aquí encargándome que te sujete, y creo que te habré de llevar de la brida, si no quiero que alguno te conduzca del cabestro.

Como tan elocuentes palabras fuesen ininteligibles para mí; como por otra parte me pareciese que la intencion del orador era que me aprovechase de ellas, segun las recitara en voz baja; y como por lo misteriosas, pareciesen contener alguna reflexion que le ocurriera á mi muy venerado tio, concluí ó que se referian á mi desercion de la víspera, ó que las altas rejiones de mi tio no se habian aun repuesto enteramente de la larga sesion que celebrara la víspera. Contentéme con resolver en mi interior que si llenaba mal los deberes de la hospitalidad, no seria por mucho tiempo su huésped, y me apresuré á saludar á miss Vernon, que se adelantaba por el lado donde yo estaba. Mis primos se acercaron tambien á mí; pero como los ví ocupados en criticar mi compostura, desde la presilla de mi sombrero hasta las espuelas de mis botas, por no poder sufrir en su ridículo patriotismo nada que tuviese visos de extranjero, no quise distraerlos; y sin darme por entendido de sus muecas y cuchicheos, sin honrarles siquiera con una mirada de desprecio, me reuní con miss Vernon, como á la única persona con quien fuese posible hablar. Cabalgando á su lado, partí con toda la tropa al teatro futuro de nuestras hazañas: era este un espeso matorral, situado al lado de un inmenso valle rodeado de montañas. En el camino observé á Diana que mi primo Rashleigh no se hallaba con nosotros.

— ¡Oh! me respondió, es gran cazador; pero caza como Nemrod, y su caza es el hombre.

En esto soltaron los perros en el matorral, y dábanles nuevo brio los

gritos de los cazadores: pronto se halló todo en movimiento en la llanura. Mis primos, sobrado ocupados en el importante negocio que iba á decidirse, dejaron en breve de fijar la atencion en mí: tan solo oí á Dick, que decia en voz baja á Wilfredo, el mentecato: — Veamos como cae nuestro primo francés.

— ¿Francés? contestó Wilfredo como mofándose, ¡ah! sí, pues lleva un demonio de presilla en el sombrero...

Sin embargo Thorncliff, que, á pesar de su rusticidad, no parecia enteramente insensible á las gracias de su parienta, resolvió sin duda acompañarnos de mas cerca que sus hermanos, no sé si por espiar lo que pasaba entre miss Vernon y yo, ó por tener el placer de presenciar mi caída: salióle, sin embargo, en esto último frustrada su esperanza. Habiendo salido una zorra á alguna distancia, á pesar del mal agüero de la presilla francesa de mi sombrero, fuí yo el primero en perseguirla, y escité la admiracion de mi tio y de miss Vernon; y el despecho de los que se prometieran reir á mis espensas. No obstante *reynard*, despues de hacernos correr muchas millas, logró escapársenos, y los perros no tuvieron presa. Fácil me era notar la impaciencia de miss Vernon, viendo que la seguia de tan cerca Thorncliff Osbaldiston; y como tan activa como resuelta, no vacilaba nunca en abrazar los medios mas prontos para satisfacer un deseo ó un antojo, le dijo con tono de reprimenda: — Me admira, Thorncliff, que permanezcáis toda la mañana á la zaga de mi caballo, cuando sabeis que no están cerradas las madrigueras de la parte del molino de Woolverton.

— No lo sé en verdad, miss Diana; porque ayer mismo me juró el molinero que las habia cerrado á medio dia.

— ¡Oh! ta, Thorncliff, ¿os fiaréis de la palabra de un molinero? Ya nos hemos quedado sin zorra tres veces

en ocho dias por culpa de esas malditas madrigueras; ¿quereis que suceda hoy otro tanto, cuando podeis ir en cinco minutos en vuestra yegua parda?

— Está bien, miss Diana, voy á Woolverton; si las madrigueras no están tapadas, os prometo que castigaré al molinero por su imprudencia, y á buen seguro que he de solfearle en las espaldas.

— Id, querido Thorncliff, dadle fuerte: Thorncliff partió á galope. — Ojalá amen te dices á tí mismo, y saldria yo con la mia.... Yo os enseñaré á todos la *sabordinacion* y *obediencia*... ¿Sabeis, señor Frank, que voy á formar un rejimiento? ¡Oh! Dios mio, sí. Thorncliff será el sarjento mayor; Dick, mi maestro de equitacion, y Wilfredo, con su farfullamiento, que dice tres sílabas á un tiempo sin pronunciar ninguna, será el tambor.

— ¿Y Rashleigh?

— Rashleigh será espía en jefe.

— ¿Y no hallaréis medio para emplearme á mí, encantador coronel?

— Vos seréis, si os acomoda, cuartel maestre del rejimiento. Mas ya veis que los perros han perdido hoy la pista; vamos, señor Frank, la caza no es digna de vos; con que seguidme, y os enseñaré mucho mas hermosa vista.

Condújome en efecto á la cumbre de una colina desde donde aparecia la mas estensa perspectiva. Principió por echar una ojeada al rededor para asegurarse de que no habia nadie cerca de nosotros; y haciendo internar su caballo algunos pasos por un bosquecillo que nos ocultaba á la parte del valle donde los cazadores perseguian su presa: — ¿Veis allá bajo, me dijo, una montaña que se encumbra en forma de pico á prodijiosa altura?

— ¡Al extremo de esa cordillera de colinas! La veo muy bien.

— ¿Y veis, un poco sobre la derecha, como una especie de mancha blanca?

—Muy claro, os lo aseguro.

—Aquella mancha blanca es una roca llamada Hawkesmore-Crag, y Hawkesmore-Crag está en Escocia.

—No creia en verdad que estuviésemos tan cerca de Escocia.

—No podemos estar mas cerca, y vuestro caballo os conducirá allá en dos horas.

—No le cansaré en ello: mas la distancia me parece cosa de diez y ocho millas á vuelo de ave.

—Tomad mi jaca, si la creéis menos fatigada: os repito que en dos horas os poneis en Escocia.

—Y yo os digo que tengo tan pocas ganas de ponerme, que si la cabeza de mi caballo pasase al otro lado de los límites, no daría á la cola el trabajo de seguirla. ¿Qué he de hacer yo en Escocia?

—Atender á vuestra seguridad, si he de hablar claro: ¿me entendéis ahora, señor Frank?

—Ni poco ni mucho: vuestras palabras son oráculos para mí, porque no las comprendo pizca.

—En ese caso, en verdad que ó me haceis la injusticia de desconfiar de mí, ó sois un hipócrita rematado, otro Rashleigh en una palabra; ó no sabéis nada de lo que os imputan. Mas no, en vuestra seriedad conozco que obráis de buena fe. ¡Justo Dios! ¡qué gravedad! no sé como puedo tener la risa al miraros.

—De veras, miss Vernon, le dije impacientado de su pueril alegría, no tengo la menor idea de lo que quereis decir: me alegro de proporcionaros alguna diversion, pero ignoro absolutamente en que consiste.

—Ello dista mucho de ser risible, dijo miss Vernon recobrando su seriedad, ¡pero hay personas que ponen tan graciosa figura cuando les pica la curiosidad! Hablemos seriamente: ¿conoceis á un tal Moray, Morris, ó no sé qué nombre que se le parece?

—No tengo presente.

—Reflexionadlo. ¿No habeis viajado ultimamente con alguno de este nombre?

—El único viajero que me ha acompañado algun tiempo en el camino es un hombre cuya alma parecia estar en su malelilla.

—Seria pues como el alma del licenciado Pedro García, que estaba entre los ducados que contenia su bolsa de cuero (1). Como sea, ese hombre ha sido robado, y os acusa á vos, suponiéndoos autor ó cómplice de la violencia que ha padecido.

—¡Os chanceais, miss Vernon!

—No, os lo aseguro: el caso es tal como digo.

—¿Y me creéis capaz, exclamé en un raptó de indignacion que no traté de ocultar; me creéis capaz de merecer semejante acusacion?

—¡Oh Dios! ¡qué horror! estoy por creer que me desafiárais si fuera hombre; pero esto no importa: hacedlo si quereis, pues me hallo tan en estado de batirme como de saltar una barrera.

—Dios me libre de faltar al respeto al coronel de mi rejimiento de caballería, le respondí avergonzado de mi cólera, y haciendo por volver la cosa en burla..... Pero formalmente, explicadme esta nueva chanza.

—No es chanza; os acusan de haber robado á ese hombre, y mi tío y yo creímos fundada la acusacion.

—En verdad que debo quedar agradecido á mis amigos por la buena opinion que les merezco.

—Vamos, cesad, si os es posible, de ajitaros tanto, y de respirar como un caballo espantadizo..... Antes de morder el freno, escuchad al menos hasta el fin..... No os han acusado de un robo vergonzoso..... muy al contrario. Ese hombre es un agente del gobierno: llevaba, así en metálico como en letras, el dinero para pagar las tropas que hay de guarnicion en

(1) Prólogo del *Gil Blas*.

el Norte; y dicen que le han quitado tambien pliegos de mucha importancia.

—Segun eso, se me acusa de un crimen de alta traicion, y no de un robo.

—Sí, sin duda, y de un crimen que, como sabeis, cubre muchas veces de gloria, á los ojos de muchos, al que tiene valor para ejecutarlo. Hallaréis muchísimas personas en este pais, y eso sin ir muy lejos, que miran como un mérito el perjudicar por todos los medios posibles al gobierno de la casa de Hanover.

—Mis principios de moral y de política, miss Vernon, no tienen tanto ensanche.

—En verdad que estoy por creer que sois presbiteriano, y lo que es peor, hanoveriano: ¿mas qué pensais hacer?

—Refutar al instante mismo tan atroz calumnia: ¿ante quién han presentado esa singular acusacion?

—Ante el viejo Squire Inglewood, que casi no queria recibirla, y ha enviado un espreso á mi tío, aconsejándole sin duda que os trasladaseis al punto á Escocia, donde os hallaréis fuera de la jurisdiccion de la ley. Pero mi tío sabe muy bien que su religion, lo propio que su adhesion antigua al rey Jacobo, le hacen sospechoso al actual gobierno, y que si llegase á saberse que habia favorecido la fuga de un reo de lesa-majestad, seria desarraigado, y lo que le fuera mas sensible, desmontado, como papista, jacobita y persona sospechosa.

—Conozco en efecto que antes de perder sus caballos, abandonaría á su sobrino.

—A su sobrino y sobrinas, á sus hijos é hijas, si las tuviera, y á toda su jeneracion, repuso Diana; no os fieis de él, ni un solo minuto; dad rienda suelta á vuestro caballo, y huid antes que ejecuten la captura.

—Sí, voy á partir, mas será para ir en derechura á la casa de ese Squire

Inglewood. ¿Dónde vive?

—Como unas tres millas de aquí; allá bajo; desde aquí podeis ver la torrecilla del alcázar.

—Dentro de algunos minutos estoy allí, dije dando el galope á mi caballo.

—Yo iré con vos para enseñaros el camino, dijo miss Vernon siguiéndome.

—¿Qué haceis, miss Vernon? no está bien... perdonad la franqueza de un amigo, no está bien que me acompañeis en semejantes circunstancias.

—Os comprendo, dijo miss Vernon poniéndose un poco colorada, eso se llama hablar con claridad; y despues de reflexionar un momento, añadió: —Y creo con efecto que vuestra objecion prueba amistad.

—¡Ah! miss Vernon, ¿acaso me suponeis insensible al interés que por mí manifestais? contestéle con calor: quedo sumamente agradecido á vuestro obsequioso ofrecimiento; pero no debo permitir que deis oidos á semejante jenerosidad. Es harto público el negocio, y equivale á presentarse ante un tribunal de justicia.

—Y aunque fuera un tribunal de justicia, ¿creéis que no me presentara en él para proteger á un amigo? No teneis nadie que os defienda, sois forastero, y en este pais, hácia las fronteras del reino, los jueces dan algunas veces sentencias singulares. Mi tío no desea en manera alguna borrararse en este asunto; Rashleigh está ausente, y aunque se hallara aquí, no sabemos qué partido tomaria: los demás son harto estúpidos para poder serviros de algo, aun cuando les impeliese á ello el deseo de favoreceros. En una palabra, yo soy la única persona que puede daros la mano, é iré con vos: no soy ninguna hermosa dama, para que me pongan miedo los bárbaros términos de los escribanos, ni las pelucas de tres martillos.

—Pero, querida miss Vernon...

—Pero, querido señor Frank, permaneced tranquilo, y dejadme hacer porque cuando yo me bebo el freno, no hay brida capaz de detenerme.

Lisonjeado del interés que tan encantadora persona parecía tomar en mi suerte, pero conociendo cuán ridículo sería llevar conmigo una doncella de diez y ocho años para que me sirviese de abogado, y no queriendo esponerme á los mordaces tiros de la maledicencia, esforcéme por combatir aun su resolución. Respondióme ella con tono resuelto que mis esfuerzos eran absolutamente vanos; que ella era Vernon, es decir, de una familia que por nada del mundo abandonaría á un amigo desgraciado, y que todos mis lindos razonamientos sobre la materia serían muy á propósito para convencer á no pocas *miss* (señoritas) muy bellas, prudentes, y reservadas, que hormigueaban en Londres, pero que de nada servían con una provinciala terca, acostumbrada á seguir siempre su albedrío, y á no dar oídos mas que á su antojo.

Acercábamonos en esto mas y mas á Inglewood-Place, y *miss* Vernon, para impedirme que continuase mis amonestaciones, principió á hacerme el retrato del majistrado y de su escribano. Inglewood era, segun su descripción, un jacobita blanco, esto es, un hombre que, despues de haber rehusado por mucho tiempo prestar juramento á la nueva dinastía, como la mayor parte de los hidalgos del condado, se habia últimamente sometido á fin de obtener permiso para ejercer las funciones de juez de paz. —Lo hace, me dijo ella, á ruegos de todos los Squires de los alrededores, que veían con pesar decaer el paladion de sus placeres, las leyes sobre la caza, por falta de un majistrado que las hiciese ejecutar, pues el tribunal de justicia mas cercano que habia era el del correjidor de

Newcastle, que, como gustaba mas de comerse la caza en su mesa que de perseguirla en los bosques, protejía al cazador furtivo en detrimento de los demás. Viendo pues que era urgente que unos ú otros sacrificasen sus escrúpulos al bien jeneral, los hidalgos del condado de Northumberland pusieron los ojos en Inglewood, quien, con un carácter apático de suyo é indolente, era muy natural que se prestase sin mucha repugnancia á todos los *credos* políticos. Despues de tener á Inglewood por juez, era necesario buscar alguién que llenase sus funciones: aquello era en verdad el cuerpo del tribunal, pero se necesitaba á mas una alma que dirijiese y animase sus movimientos. Un maligno escribano de Newcastle, llamado Jobson, pareció muy capaz de conducir la máquina. Este Jobson, que, variando mis metáforas, reputa oficio muy bueno el vender la justicia á nombre del Squire Inglewood, y cuyos emolumentos dependen del número de negocios que pasan por sus manos, saca cuanto dinero le es posible de los pobres pleiteantes, y es tan celoso en citar por la menor causa á las partes ante el tribunal, que el honrado juez no sabe donde volverse. En fin, no hay una revendedora de manzanas, á diez millas á la redonda, que arregle su cuenta con la frutera sin una audiencia, que le concede el juez á pesar suyo, y que le obliga á dar mal su grado el maligno escribano señor José Jobson. Ello ha de ser cosa de ver cuando los negocios que se han de juzgar, tal como el vuestro por ejemplo, tienen alguna relacion con la política. El señor José Jobson (y sin duda tiene motivos para ello) es zeloso defensor de la relijion protestante y ardiente partidario de la nueva dinastía. Por otra parte, el juez, que conserva por instinto una especie de afecto á las opiniones que profesara antes de desistir algun tanto de

sus principios, con la patriótica mira de hacer ejecutar la ley contra los destructores sin patente de las liebres y perdices, encuéntrase muy embarazado cuando el zelo de su escribano le arrastra á procedimientos judiciales que le recuerdan su antigua creencia; y en vez de favorecer los esfuerzos de Jobson, opónele siempre un espíritu de apatia é indolencia. No que carezca enteramente de enerjia: al contrario, para hombre cuyo principal placer se reduce á refocilarse en excelente mesa, es bastante placentero y vijilante; mas esto hace mas cómica aun su faccicia negligencia. En tales ocasiones, Jobson, semejante á un viejo caballo hijadeador que se vé condenado á arrastrar una pesada carreta, se hipa y revuelve para mover al juez, mientras que el peso del carruaje se resiste á los reiterados esfuerzos del impotente cuadrúpedo que no puede conseguir el menearle: mas lo que desespera al pobre jaco, es que aquella misma máquina que tanto le cuesta poner en movimiento, rueda algunas veces por sí sola, á pesar de las coces del animal, cuando se trata de favorecer á algunos de los *antiguos* amigos del Squire Inglewood. El señor Jobson se encoleriza mucho entonces, y repite por todas partes que denunciaria al juez ante el consejo de estado cerca del despacho del interior, sin el afecto particular que profesa al señor Inglewood y á su familia.

Terminaba *miss* Vernon esta singular descripción, cuando nos hallamos delante de Inglewood-Place, antiguo y gótico edificio de imponente aspecto.

#### CAPITULO VIII.

HALLAMOS en el patio un criado con la librea de Sir Hildebrando, que detuvo nuestros caballos, y entramos en la casa. No poca hubo de ser

mi admiracion, sin que fuese menor la de mi bella compañera, al encontrar en el peristilo á Rashleigh Osbaldiston, quien por su parte no parecia menos sorprendido de vernos.

—Rashleigh, dijo *miss* Vernon, sin darle tiempo para hacer ninguna pregunta, habréis oido hablar del asunto del señor Frank Osbaldiston, y sin duda vinisteis á mover en favor suyo al juez de paz.

—Sí, dijo Rashleigh con su ordinaria flema, á esto vine. Me esfuerzo, añadió saludándome, por hacer á mi primo cuantos servicios dependan de mí, pero siento encontrarle en este lugar.

—Antes debierais alegraros como pariente y amigo, señor Osbaldiston, de verme en este lugar, cuando mi reputacion exige mi presencia en él.

—Es verdad; pero, segun lo que decia mi padre, creyera que retirándoos momentáneamente á Escocia hasta que se aquietase el negocio...

Respondí con ardor que no necesitaba tales efujios, y que, lejos de querer calmar el negocio, iba á hacer patente una insigne calumnia, y estaba resuelto á examinar á fondo la causa.

—El señor Frank es inocente, Rashleigh; desea en gran manera disculparse, y yo vengo á defenderle.

—¿Vos, mi linda prima? A mi ver, mejor abogado fuera yo del señor Frank, abogado, si no tan elocuente, al menos tan celoso, y tal vez mas adecuado.

—Sí, pero dos cabezas valen mas que una, como sabeis.

—Y sobre todo una cabeza tal como la vuestra, encantadora Diana, contestó Rashleigh adelantándose y tomándole la mano con una tierna familiaridad que le hizo parecer á mis ojos mil veces mas horrible de lo que naturalmente fuera. *Miss* Vernon le llamó aparte, y hablaron en voz baja; ella parecia pedirle una cosa, á la cual no queria ó no podia acceder su

primo: no espero ver contraste mas notable que el que presentaba la expresion de las dos figuras. Pintóse en breve la ira en las facciones de miss Vernon, animáronse sus ojos, subieron á su rostro vivísimos colores, y dando una patada, escuchaba al parecer con tanto desprecio como indignacion las excusas que le daba Rashleigh, segun juzgué por su ademán de deferencia, y por su respetuosa y afectada sonrisa. Separóse ella por último, diciéndole con tono de autoridad: —Lo quiero absolutamente.

—Me es imposible. ¿Lo creeréis, señor Osbaldiston?.. dijo dirigiéndose á mí.

—¿Estáis loco? exclamó ella interrumpiéndole.

—¿Lo creeréis? repitió Rashleigh sin escucharla; miss Vernon pretende, no solo que sé vuestra inocencia, de la cual nadie en efecto puede estar mas convencido que yo, sino que no me son desconocidos á mas los verdaderos autores del robo hecho á ese Morris. ¿Está esto puesto en razon, señor Osbaldiston?

—El señor Osbaldiston no puede juzgar el caso, Rashleigh, dijo miss Vernon, puesto que ignora toda la estension de las noticias que sois capaz de obtener.

—En verdad que me haceis mas honor del que merezco.

Justicia, Rashleigh, justicia, y ved aquí todo lo que pido.

Obráis como un déspota, Diana, respondió con una especie de suspiro; como tirana caprichosa, y gobernáis á vuestros vasallos con vara de hierro. Preciso será hacer lo que deseais; empero vos no debéis permanecer aquí, harto lo sabeis.

Dejando entonces á Diana, que parecia indecisa, y volviéndose hácia mí, me dijo con tono afectuoso.—No dudeis que me intereso en cuanto os concierne, señor Osbaldiston; si os dejo en este momento, es para ir á

trabajar eficazmente por vos. Pero es preciso que empleeis vuestro influjo sobre mi prima para hacerla volver al castillo; su presencia no os puede ser provechosa, y perjudicaria sin duda á su opinion.

—De eso estoy convencido como vos, señor mio, respondí yo; y he rogado muchas veces á miss Vernon que me dejara solo, pero han sido vanas todas mis instancias.

—Lo he reflexionado, dijo miss Vernon, despues de un momento de silencio, y no he de dejaros hasta veros libre de las garras de los Filisteos. Rashleigh tiene sus razones para hablar de esa suerte, pero ambos nos conocemos uno á otro. Rashleigh, no me iré.... Sé, añadió con tono mas suave, que el permanecer yo aquí será un motivo mas para que os apresureis.

—Quedaos pues, terca muchacha, dijo Rashleigh; harto cierto es que no ignorais el poder que ejercéis sobre mí. Salíose diciendo esto, montó á caballo, y partió.

—¡Gracias al cielo! por fin partió, dijo Diana. Ahora vamos en busca del juez de paz.

—¿No sería mejor llamar un criado?

—No, no, sé la vereda: fuerza nos es franqueárnosla de improviso, y así seguidme.

Asióme de la mano, subió algunos escalones, atravesó un oscuro corredor, y entró en una especie de antesala entapizada de rancios mapamundis, de planos de arquitectura y de árboles jenealójicos. Una grande puerta partida en dos conducia de esta estancia á la sala de comer del señor Inglewood, donde oímos este refrán de una antigua cancion, entonando por una voz cuyo metal convenia perfectamente á las canciones de sobremesa: *A quien dice que no á una linda chica, vuélvasele veneno el vino.*

—¡Gran Dios! dijo miss Vernon, ya ha comido el juez. No creia en

verdad que fuese tan tarde.

Acababa en efecto de comer. Dispertárasele en este dia el apetito mas presto de lo que solia, y adelantó la comida una hora, de suerte que se sentó á la mesa á medio dia, pues era entonces uso en Inglaterra comer á la una.—Hemos hecho tarde, dijo Diana, pero esperad aquí, porque yo conozco la casa, y llamaré un criado: vuestra repentina aparicion pudiera incomodar ahora al viejo Inglewood, que no gusta de que le estorben cuando habla con su botella. Y dichas estas palabras, se escapó, dejándome incierto sobre si debía retirarme ó pasar adelante. Me era imposible no oír parte de lo que se decia en el contiguo aposento, y entre otras cosas, diversas excusas para no cantar, pronunciadas por una voz que no me era enteramente desconocida.—¿Qué no cantaréis, señor mio? Por la Virgen, que habeis de cantar. ¡Cómo! ¡os bebisteis todo el aguardiente de mi nuez de coco con adornos de plata, y salir ahora con que no podeis cantar!.... Amigo, el aguardiente hará hablar y cantar á un gato; con que así, listo una cancion, ó idos de mi casa al punto.... ¿Creeis que ha de seros dable venir á fastidiarme con vuestras pesadas declaraciones, para negar los acentos de esa voz?

—La decision es muy justa, dijo otra voz que, por su tono chillador y metódico, presumí no fuese la del escribano; y la parte debe conformarse á ella; la ley ha pronunciado *canet*, y á de cantar.

—Ejecútela pues, dijo el juez, ó por San Cristóbal, que le he de hacer tragar mi nuez de coco llena de agua salada, segun prescriben los estatutos establecidos ó por establecer sobre la materia.

El temor del agua salada hizo lo que no habian podido conseguir los ruegos; y mi antiguo compañero de viaje, pues no dudaba ya que lo fuese, entonó unas lamentables coplas con

voz muy semejante á la de un reo que canta su último salmo.

Cansado de esperar que viniese un criado para anunciarme, y no queriendo que si salia alguien, presumiese que estaba yo escuchando á la puerta, entré en la sala en el momento en que mi amigo el señor Morris, puesto que así dijeron que se llamaba, principiaba la cuarta copla de su triste balada. La sonora nota trocóse en tal momento en sordo rumor de consternacion, cuando vió tan cerca de sí á un hombre cuyo carácter le parecia tan sospechoso; y al verle con sus ojos fijos, sus estendidas mejillas, y abierta boca, cualquiera hubiera dicho que tenia yo en la mano la cabeza de Gorgona.

El juez, cuyos ojos se habian cerrado por la soporífera influencia de la cancion, despertóse sobresaltado cuando cesó esta de golpe; y arrojóse de la silla altamente admirado al ver que se habia aumentado su compañía, durante su momentáneo recojimiento. El escribano, á quien conocí en su facha, no estaba menos ajitado, porque el temblor convulsivo de Morris, frente al cual se hallaba sentado, pegárase como por contagio á todos sus miembros, aunque ignoraba la causa.

Viendo que ninguno de ellos tenia fuerzas para hablar, rompí el silencio: —Yo me llamo Francisco Osbaldiston, señor Inglewood: he sabido que un fatuo os ha presentado una querrela contra mí, y que se atreve á acusarme de haber tomado parte en un robo que le han hecho.

—Señor mio, dijo el juez con alguna sequedad, no trato de esos asuntos en la mesa; tiempo hay para todo, y razon es que un juez de paz coma como cualquiera otro.

Sea dicho de paso que la rotundidad del señor Inglewood probaba, al parecer, que el amor del bien público no le habia hecho olvidar muchas veces semejante cuidado.

—Perdonad, señor, que os importune: pero como mi reputacion se halla comprometida, y como parece que habeis acabado de comer....

—No he acabado, señor mio, repuso el magistrado; la disjestion es tan necesaria al hombre como el alimento, y os protesto que es imposible que me haga provecho la comida, si no se me dan dos horas de perfecta tranquilidad para entregarme á inocente alegría, y hacer circular moderadamente la botella.

—Perdone su Señoría, dijo el señor Jobson, quien, mientras nosotros hablábamos, habia sacado su pluma; pero como ese señor parece que se da prisa, y como á mas es caso de felonía.... porque el susodicho atentado es *contra pacem domini regis*....

—¡Eh! Vaya al diablo el *domini regis*! dijo el impacientado juez: creo que no será un delito de lesa-majestad hablar así, pero en verdad que hay para volverse loco, viéndose uno perseguido de esta suerte.... Con vuestras asignaciones é informaciones, y apremios y capturas, no me dejais un momento de descanso. Digoos, Jobson, que á vos, á los porteros, y á la justicia de paz, os enviaré á todos al diablo cualquier dia de estos.

—Tenga á bien considerar su Señoría la dignidad del cargo que ejerce, ¡es uno de los jueces del *Quorum* y de los *Custos Rotularum*! Cargo, del cual decia con razon Sir Eduardo Coke (1): «En toda la cristiandad no hay nada que se le pueda comparar, con tal que sea bien desempeñado.»

—Vamos, dijo el juez lisonjeado de este elogio sobre la importancia de su cargo, y ahogando el resto de su enfado en un vaso de vino de España que apuré de un sorbo; terminemos presto el negocio, y no se hable mas de ello. Acercaos, señor mio. Vos, Morris, caballero de la triste figura, ¿es esta la persona que acusais de ser

(1) Jurisconsulto que ha dejado apreciables comentarios.

cómplice en el robo que os han hecho?

—¿Yo, señor? respondió Morris, que todavía no habia vuelto casi en sí de su sorpresa. Yo no le acuso... Yo no digo nada contra el señor.

—En ese caso, anulamos vuestra querrela, señor mio; punto redondo, y un embarazo menos. Dadme la botella: bebed un trago, señor Osbaldiston.

Jobson miraba demasiado por sus intereses para permitir que se terminase tan friamente el negocio. —¿Qué quereis decir, señor Morris? Ved vuestra propia declaracion... ¿todavía no está seca la tinta, y os retractariais de un modo tan escandaloso?

—¿Y sé yo acaso, tartamudeó el mandria temblando de piés á cabeza, cuantos bandidos hay ocultos en la casa para sostenerle? ¡He leído tantas cosas sobre esto en *las vidas de los ladrones* de Johnson! ¡Y aguardad... la puer.... la puerta abren.

Abrióse en efecto, y entró miss Vernon:

—¡En verdad, magistrado, que está ordenadísima vuestra casa! ni un criado á la legua á quien poder decir dos palabras.

—¡Ah! exclamó el juez en un arrebatado de gozo que probaba que ni Témis ni Baco le hacian olvidar lo que debia á la belleza; ¡ah! la encantadora miss Vernon, la flor del Cheviot y de las fronteras, viene á ver cómo conduce su casa el añejo mozo. Seas bien venida, querida mia, como las flores en el mes de mayo.

—¡A fe que la conducis muy bien! ni una alma para introducir á los que vengán.

—¡Ah! bergantes, se aprovechan de la ocasion de verme ocupado.... ¿Mas porqué no habeis venido mas pronto? Vuestro Rashleigh ha comido con nosotros, y se afuó como un mandria antes de que apurásemos la primera botella. Vos no ha-

beis comido, y voy á hacer que os sirvan algun plato bueno y delicado, como vuestra personilla toda: en un momento lo tencis en la mesa.

—No me es posible detenerme, señor Inglewood: he venido con mi primo Francisco Osbaldiston, que tencis presente; y es preciso que le enseñe el camino para volver al alcázar, ó se perderá infaliblemente en las montañas.

—¡Hum! ¿por esta parte sopla el viento? contestó el juez: ¿y no hay nada para los mozos de antaño, peregrina rosa del desierto?

—Hoy no; pero si os place ser buen juez, y arreglar muy en breve el asunto de Frank, traeré á mi tio á comer con vos la semana que viene y reirémos de gana.

—Accedo, perla del Tina: mas ya que me prometeis volver, no quiero deteneros por mas tiempo. Estoy enteramente satisfecho de la esplicacion del señor Frank: ha habido en esto alguna equivocacion que aclararémos mas adelante.

—Perdonad, señor, le dije, yo ignoro la naturaleza de la acusacion que han presentado.

—Sí, señor, dijo el escribano, á quien la llegada de Diana habia consternado, pero que tornó á animarse viéndose apoyado por la persona de quien menos debiera esperar socorro; sí, señor, y Dullon dice que cualquiera que sea acusado de crimen capital sufrirá infaliblemente un juicio en forma, y que ante todas cosas, dará caucion ó será metido en la cárcel, pagando al escribano del juez de paz los estipendios de costumbre por el testimonio de fianza ó por el mandato de arresto.

Viéndose el juez tan vivamente estrechado, me dió por fin alguna esplicacion.

Parece que las diferentes burlas que imaginara yo para escitar los pánicos terrores de Morris, habian hecho viva impresion en su fantasía; tal

era la base en que se apoyaba la acusacion, y creyó que una mera chanza era una trama premeditada. Parece tambien que el día mismo en que le dejé, le detuvieron en paraje solitario dos hombres enmascarados, bien montados y armados de piés á cabeza, que le quitaron á su querido é inseparable compañero de viaje, la maletilla.

Uno de ellos, segun le pareció, se me daba á mí cierto aire, y mientras que consultaban entre sí, creyó que el otro le llamaba Osbaldiston. La declaracion decia á mas que, habiéndose informado sobre los principios de la familia que llevaba este nombre, supo el dicho declarante que eran muy sospechosos; el ministro presbiteriano, en cuya casa paró despues de su funesto encuentro, le habia dicho que todos los miembros de esta familia no habian cesado de ser papistas y jacobitas desde el tiempo de Guillermo el Conquistador.

Por todas estas poderosas razones, acusábame de ser cómplice del atentado cometido en su persona, añadiendo que viajaba entonces con comision del gobierno, que llevaba consigo papeles importantes y una suma crecida cuya mayor parte consistia en cédulas de cambio que debia entregar, segun sus instrucciones, á ciertas personas nombradas, y que poseian la confianza del ministerio en Escocia.

Despues de oir tan extraordinaria acusacion, respondí que las circunstancias en que se fundaba no eran suficientes para autorizar á ningun magistrado á privarme de la libertad. Convine en que me habia divertido un poco con el terror del señor Morris; pero dije que si él tuviera un grano de juicio, viera mas bien en la burla motivo de seguridad que de temor. Añadí que no le volví á encontrar despues del instante de nuestra separacion, y que si realmente le habia acontecido la desgracia de que se

lamentaba, no había tenido yo la menor parte en una acción harto indigna de mi carácter y del puesto que ocupaba en la sociedad: que uno de los ladrones se llamase Osbaldiston, ó que pronunciaran este nombre en el curso de la conversación que tuvieron juntos, era una circunstancia sin peso alguno. En cuanto al descrédito que se imputaba á mis principios, ofrecí probar á satisfacción del juez, del escribano, y del propio testigo, que era de la misma religión que su amigo el ministro presbiteriano, y que había sido educado como fiel vasallo en los principios de la revolución; y añadí que como á tal pedía la protección de las leyes, protección que afianzaba aquel grande acacimiento.

Ajítábase en la silla el juez, abría su caja, y mostrábase muy embarazado, cuando el viejo escribano Jobson leyó con toda la volubilidad de su profesión el reglamento formado en el año treinta y cuatro del reinado de Eduardo III, en el cual autoriza á los jueces de paz para arrestar todas las personas sospechosas, y para meterlas en la cárcel. El bellaco añadió que ya que confesaba yo haber tomado el carácter de ladrón ó de malhechor, me había voluntariamente sometido á las sospechas de que me quejaba, y espuesto á la susodicha acusación, revistiendo mi conducta de los colores y de la librea del delito.

Yo combatí su jerigonza y argumentos con tanta indignación como desprecio, y acabé diciendo que si no bastaba mi palabra, estaba pronto á dar fianza, y que el juez no podía rehusar mi demanda sin incurrir en grave responsabilidad.

—Perdonadme, señor mío, perdonadme, dijo el insaciable escribano; pero el acusado no puede en este caso dar caución, porque el decreto expedido en el tercer año del reinado de Eduardo III dice espresamente....

El señor Jobson iba á cansarnos

aun más con sus citas judiciales, cuando entró un criado, y le entregó una carta. Aun no la habría ojeado toda, cuando exclamó con el tono de importancia de un hombre abrumado de negocios:

— ¡Válgame Dios! ¿no he de tener ni un instante de descanso?... ¿He de estar aquí y allá y acullá á un mismo tiempo?... En verdad que no es vivir... Quisiera encontrar alguna persona íntegra para que me ayudase en el ejercicio de mis funciones.

— Dios me libre, dijo el juez entre dientes, de otra sanguijuela como tú.

— La carta que acabo de recibir es para un asunto urgente...

— ¡Aun más asuntos! exclamó asustado el juez.

— Este me añade á mí, repuso gravemente el señor Jobson: el anciano Gaffer Rutledge de Grimes-Hill es citado á comparecer en el otro mundo, y me ruega que pase á arreglar sus negocios en este.

— Partid, partid al punto, exclamó Inglewood, contento con el plazo que le daría la ausencia de su escribano.

— Mas con todo, dijo Jobson volviendo atrás, si mi presencia es necesaria aquí, despacho en un minuto el mandato de arresto, y el alguacil está abajo. Ya oísteis, añadió bajando la voz, la opinión del señor Rashleigh... Hablaba tan quedito, que no entendí el fin de la frase.

— Os digo que no, no, y mil veces no, exclamó el juez: no haré nada hasta que volvais... Vamos, alargad la botella, señor Morris. No os acobardeis, señor Osbaldiston.... y vos, rosa del desierto, tomad un vasito de lo bueno para reanimar los colores de vuestras hermosas mejillas.

Diana salió del embecimiento en que había estado sumerjida durante esta discusión: — No, juez, respondió afectando una juguetera alegría que desmentía su tono; temo hacer pasar mis colores á un lugar de mi

rostro donde no me favorecerían mucho: mas no quiero tampoco desairaros. Y en esto lleno un vaso de agua, que bebió precipitadamente.

Aunque era visible su ajitación, y daba frecuentes señales de impaciencia, á penas hice alto en ello, pues me tenían en gran manera desazonado los nuevos obstáculos que impedían examinar al punto la impertinente acusación presentada. Pero el juez no quería que le hablasen de negocios, estando ausente su escribano, cuyo incidente le causaba al parecer tanto gozo como un día de asueto á un estudiante. Continuó haciendo cuantos esfuerzos pudo para distraer á sus huéspedes, los cuales, cada cual por distintas razones, no deseaban mucho seguirle el buen humor. — Vamos, señor Morris, no sois el primero que haya sido robado.... Los suspiros no os volverán lo que habeis perdido... Y vos, señor Osbaldiston, no sois el primero que haya dicho *ahí* á un hombre de bien. Vivía en tiempo de mi juventud Jack Winterfield, que era el mejor amigo del condado: siempre le encontraba en las corridas de caballos y en las riñas de gallos, y era Jack compañero y compañero mio... Dadme la botella, señor Morris: se altera uno á fuerza de hablar... No había día que no apurase con él una botella; buena familia, buen corazón, guapo y honrado muchacho, si se exceptúa el pecadillo que causó su muerte... Bebamos á su memoria, amigo; ¡pobre Jack Winterfield! Y ya que hablamos de él y de cosas de este jaez, y ya que nos vemos libres de la presencia del demonio del escribano, y que podemos hablar libremente entre nosotros, señor Osbaldiston, si me creyeseis, yo, en lugar vuestro, arreglaría el asunto de un modo amistoso; la ley es severa, muy severa... Ello no obstante los protectores que tenía, el pobre Jack fué ahorcado; ¿y porqué diréis que lo fué? Tan solo por haber alijerado á

un robusto arrendador de las cercanías, que volvía del mercado vecino, del precio en que vendiera algunos ganados... ¡Y bien! Aquí teneis al señor Morris que es un buen compañero, volvedle su maletilla, y no se hable ya más del asunto.

Animáronse, al oír esta proposición, los ojos de Morris, y principiaba á tartamudear que no deseaba la muerte de nadie, cuando atajé yo toda composición, quejándome amargamente del insulto que el juez me hacía suponiéndome al parecer culpable del crimen que injustamente se me imputaba. Casi no sabía el juez que responder, cuando un criado anunció á un extranjero que deseaba hablar á su Señoría; y el sujeto así indicado entró sin más ceremonias en la sala.

## CAPITULO IX.

¡Un extranjero! repitió el juez: ¡que no me venga con asuntos, ó...!

El mismo extranjero atajó sus protestas.

— El negocio que me trae es urgente, contestó el señor Campbell, porque era este el mismo Escocés en cuerpo y alma que yo había visto en Northallerton. — Ruego á su Señoría que le oiga sin demora con toda la atención que se merece. — Creo, señor Morris, añadió lanzándole firme y casi amenazadora mirada; creo que sabeis muy bien quien soy; sin duda no habréis olvidado lo que pasó entre nosotros cuando nos encontramos últimamente en el camino.

Morris estaba otra vez petrificado: experimentó un violento temblor, y dió las señales todas de la mayor consternación.

— Vamos, animaos, dijo el señor Campbell, y no hagais crujir los dientes como castañuelas: no sé que os pueda impedir que digais al señor juez como me conocéis, y como sabeis que soy un hombre de honor:

vendréis algun dia á mi pais, y quizás tendré entonces ocasion de haceros á mi vez algun servicio.

— Señor mio, señor mio, creo que sois hombre de honor, y á mas, como decís, muy favorecido de la fortuna. Sí, señor Inglewood, añadió esforzándose en vano por reentonar su voz; creo realmente que este hombre es tal como acabo de decir.

— ¿Y qué quiere? Preguntó el juez con alguna sequedad: un hombre conduce á otro, como las rimas en «la casa que ha fabricado Jack», y resulta que no me dejan un momento de sosiego.

— Al contrario, señor, repuso Campbell, vengo para abreviar un procedimiento que os atormenta sin duda.

— Entonces seais, por mi alma, tan bien venido como lo haya sido jamás cualquier Escocés á Inglaterra: continuad, y decidme sin demora cuanto tengais que comunicarme.

— Presumo que os ha dicho este hombre que estaba con él un tal Campbell, cuando tuvo la desgracia de perder su maleta.

— No, dijo el juez, nunca ha mentado tal nombre.

— ¡ Ah! estoy, estoy, señor Morris, repuso Campbell; temeis comprometer á un extranjero que no entiende una jota en las fórmulas judiciales de este pais, y os lo agradezco; mas como sé que es necesario mi testimonio para la justificacion del señor Francisco Osbaldiston, de quien se sospecha injustamente, os dispenso semejante precaucion. Así, pues, decid al señor Inglewood si es verdad que hemos viajado juntos por espacio de algunas millas, á consecuencia de lo mucho que me lo pedisteis en Northallerton, y aunque no quise en un principio daros oídos, tanto me lo rogasteis cuando os encontré en el camino cerca de Cloberry-Allers, que últimamente me decidí por mi desgracia á hacer largo rodeo solo por

acompañaros en vuestra ruta.

— Es la exacta y triste verdad, respondió Morris, inclinada la cabeza como apoyando esta larga declaracion, á la cual se sometió con taciturna docilidad.

— Tampoco tendréis dificultad en manifestar á su Señoría que nadie puede declarar mejor que yo en el caso, puesto que me hallaba junto á vos cuando sucedió.

— Tampoco la tengo, replicó Morris ahogando un profundo suspiro.

— ¿Y cómo diablos no le socorristeis, dijo el juez, puesto que, segun la deposicion del señor Morris, no eran sino dos los ladrones? Erais dos á dos, y uno y otro pareceis robustos.

— Observad, señor, dijo Campbell, que yo he sido toda mi vida amante de la paz y de la tranquilidad: el señor Morris, que, segun me han dicho, sirve ó ha servido en los ejércitos de su Majestad, y que llevaba, segun collejí, una crecida suma, pudiera haberse divertido defendiéndose, si tal hubiese sido su gusto; pero yo, que no llevaba mas que poquísimos equipajes, siendo de natural mas pacífico, no pensé en arriesgar mi vida oponiendo resistencia alguna.

Miré á Campbell mientras que pronunciaba estas palabras, y no espero ver mas notable contraste que el que ofrecia la espresion de osadía é intrepidez que animaba sus miradas, y el aire de sencillez y de dulzura que respiraba su lenguaje. Hasta eché de ver en sus labios una lijera é irónica sonrisa con que manifestaba involuntariamente su desprecio al pacífico carácter que tomaba entonces: y no pude menos de creer que si habia sido testigo de la violencia hecha á Morris, no seria como compañero de desgracia, ni tampoco como mero espectador.

Quizás el juez concibió tambien semejante sospecha, porque exclamó al instante. — ¡Vaya por vida mia un cuento peregrino!

Pareció adivinar el Escocés lo que pasaba en su interior, porque mudó de tono y maneras, y desterrando la hipócrita afectacion de humildad que tan mal habia finjido, dijo con mas franqueza y naturalidad. — Hablando con toda verdad, soy de aquellos que no gustan de habérselas con nadie, como no defiendan alguna cosa suya, y mi bagaje era muy lijero cuando encontramos á aquellos miserables. Mas á fin de que su Señoría dé mas crédito á mi declaracion, conociendo mejor mi carácter, tened la bondad de ojear este papel.

El señor Inglewood tomó el papel, y leyó á media voz: — Certifico que el portador de este escrito, Roberto Campbell de... (de un lugar que no puedo pronunciar, dijo el juez interrumpiéndose) ... es persona de buena familia, y de reputacion sin mancha, que va á Inglaterra por negocios particulares, etc. Dado y sellado por nuestra mano, en nuestro alcázar de Inver... Invera... rara...

ARGYLE.

— Es un certificado que creí deber pedir al digno caballero (y llegó la mano á la cabeza como tocando á su sombrero) Mac-Callum-More.

— ¿Cuál Mac-Callum, señor mio? preguntó el juez.

— Mac-Callum-More (1), á quien llaman en Inglaterra el duque de Argyle.

— Me consta que el duque de Argyle es un caballero del mayor mérito, que ama verdaderamente á su patria. Yo fui uno de los que se pusieron á su lado en 1714, cuando echó de su comandancia al duque de Marlborough: ojalá hubiese muchos señores que se le pareciesen. Entonces era un honrado tory que profesaba los mismos principios que Ormond; hoy dia hase sometido al gobierno ac-

(1) El hijo de Colin el grande. Este sir Colin Campbell era un paladin de las cruzadas que dió principio á la ilustracion de su familia.

tual, lo mismo que yo propio, en obsequio á la tranquilidad pública; porque no creo que tuviese este grande hombre por motivo, como quieren sus enemigos, el temor de perder su destino y rejimiento. Su testimonio, señor Campbell, es mas que suficiente; ¿y qué os resta que decirnos respecto al robo?

— Dos palabras únicamente, señor Inglewood; y es que Morris no acusara con mas razon á un niño recién nacido, ó á mí mismo, que á este jóven caballero. Vengo libremente á haceros mi deposicion, y juro que es sincera. Declaro pues, no solamente que la persona que tomó por el señor Osbaldiston era un hombre mas bajito y mas grueso que el señor, sino que tenia tambien facciones muy diferentes; pues por casualidad percibí su rostro en un momento en que se le desató la mascarilla. Y creo, añadió mirando fijamente al señor Morris con una espresion que hizo temblar al pobre acusador; creo que confesará Morris que conservaba yo mas serenidad que él para examinar á los que nos asaltaron, y de consiguiente para poder dar mas exacta razon de los mismos.

— Convengo en ello, señor mio, convengo en un todo, dijo Morris, haciéndose atrás así que vió que se le acercaba Campbell para apoyar con espresivo ademán lo que decia. Estoy pronto, señor, añadió, dirijiéndose á Inglewood, á retractarme de mi deposicion contra el señor Osbaldiston, y os ruego que le permitais vaya á sus negocios, y á mí, señor, que vaya á entretenerme con los míos. El señor Campbell desea quizás hablaros en particular, y á mas tengo yo bastante prisa.

— ¡Loado sea Dios! un negocio menos, dijo el juez arrojando al fuego las declaraciones: ya estáis enteramente libre, señor Osbaldiston; y vos, señor Morris, quedad tranquilo.

— Sí, dijo Campbell, mirando á

Morris que aprobaba las observaciones del juez con lastimoso ademán; tranquilo como un sapo bajo la reja del arado. Pero no temais nada, señor Morris, partiremos juntos, os escoltaré hasta el camino real, donde nos separaremos, y si no nos volvemos á ver otra vez en Escocia como amigos, vuestra será la culpa.

Levantóse Morris con aquella mirada de consternación y de angustia que despide el reo condenado á muerte, cuando le anuncian que le espera el carro; mas cuando estuvo en pié, pareció como que vacilaba.

—Os digo que nada temais, repitió Campbell; os cumpliré la palabra. ¿Quién sabe si adquiriremos en alguna parte noticias de vuestra maleta, si seguís mis consejos en vez de quedaros ahí plantado como un poste? Los caballos están prevenidos; despedidos del señor Inglewood, y partamos.

Despidióse Morris, escoltado por el señor Campbell, mas parece que se renovaron sus temores en la antecámara, porque oyó como le reiteraba Campbell su ofrecimiento de protegerle. — Válgame el alma de mi cuerpo, que estáis tan seguro como un niño en el seno de su madre... ¡Qué diablos! con tan negras barbas, y no teneis mas ánimo que una perdiz! Vamos, venid conmigo, y mostraos hombre siquiera una vez.

Perdióse á lo lejos la voz, y un momento despues, oímos los pasos de los caballos que salían del patio.

El gozo que sintió el señor Inglewood viendo terminar tan fácilmente un negocio que le hubiera dado no poca desazon y embarazo, se agitó algun tanto con la reflexión de que su escribano no quedaria muy contento á su vuelta. — Paréceme que oigo ya los latinazos de Jobson que me pide sus papeles: quizás no debiera haberlos quemado; pero, ¡vaya! saldremos del paso pagándole lo que le valiera el proceso, y acabóse la comi-

sion. Ahora, miss Vernon, aunque sea hoy día de indulgencia, y sin embargo de que no he querido arrestar á nadie, deseo decretar una captura contra vos, y confiaros á la custodia de la buena Blakes, mi vieja ama de gobierno: enviaremos á buscar á mi vecina mistress Musgrave, á las miss Dawkins, y á vuestros vecinos; y mientras templen el violín, apuraremos algunas botellas Frank Osbaldiston y yo para ponernos alegres.

—Muchas gracias, honorabilísimo juez, repuso miss Vernon; pero será fuerza que nos volvamos al punto á Osbaldiston-Hall, donde no sabrán qué nos hemos hecho, para sacar á mi tío de la inquietud que le causa la suerte de mi primo, por quien se interesa como por uno de sus hijos.

—Lo creo muy mucho, dijo el juez, porque cuando Archie, su hijo primojénito, acabó de un modo tan deplorable en el desgraciado negocio de John Fenwick, el viejo Hildebrando confundía siempre su nombre con los de los otros hijos, y lamentábase de no poder acordarse nunca de cuál de sus hijos habia sido ahorcado. Con que así, apresuraos á ir á consolar su solicitud paternal. Mas oid, flor encantadora de la primavera, dijo asiendo de la mano á Diana, y atrayéndola hácia sí: otra vez dejad que siga su curso la justicia, y no metais vuestro lindo dedo en su rancio pastel relleno de fragmentos de latin de escribano, como tambien de las mas añejas autoridades. Diana, *bella mia*, cuidado con extravíaros enseñando el camino á los otros, cuidado, hermosa hada.

Volvióse entonces el juez á mí, y apretándome la mano con mucha cordialidad:

—Vos pareceis un buen muchacho, señor Frank, me dijo, y me acuerdo muy bien de vuestro padre, pues estuvimos juntos en el colegio. Escuchad, jóven, de hoy mas no charleis tanto con los viajeros que

encontréis en el camino real: ¡qué diablos! todos los vasallos del rey no están obligados á oír chanzas, y no es bueno andarse á chuscadas con la justicia... Atended, señor mio, os recomiendo á Diana: esta pobre niña se encuentra casi aislada en este mundo, y con libertad para cabalgar y correr por donde le da la gana. Cuidado con ella, ó voto á tal que me he de batir con vos, aunque confieso que no me vendria poco cuesta arriba. Con que, adios; idos y dejadme con mi pipa y mis meditaciones.

Admiréme de las chispas del injenio y sensibilidad que se le escapaban al juez en medio de su sensual indolencia; asegúrele que no caerian en saco roto sus consejos, y despedíme del honrado majistrado y de su techo hospedador.

En el patio hallamos al criado de Sir Hildebrando que habíamos encontrado al llegar, y á quien dijo Rashleigh que nos aguardase. Partimos al punto, y guardamos silencio; porque, á decir verdad, estaba todavía tan aturdido de los extraordinarios acontecimientos que se sucedieran unos á otros en el discurso de la mañana, que no tenia ganas de romperle. Por fin, como si no pudiera ya contener las reflexiones que la ajitaban, exclamó miss Vernon.

—¡Rashleigh es un hombre extraordinario, misterioso y temible sobre todo! Hace cuanto quiere; cuantos le rodean no son mas que títeres que hace mover á su antojo: tiene un actor dispuesto á representar todos los papeles que imagina, y su inventiva le ofrece expedientes que rara vez se frustran.

—Luego creéis, le dije respondiendo mas bien á lo que queria dar á entender que á lo que decia realmente, luego creéis que ese Campbell que llegó tan á tiempo; y que se ha llevado á mí acusador como se lleva un halcón á la perdiz, era un agente del señor Osbaldiston.

—Lo presumo, repuso Diana, y mucho dudo que viniera tan á propósito, á no haber encontrado á Rashleigh en el patio del señor Inglewood.

—En ese caso, á vos es á quien únicamente debo dar las gracias, mi linda libertadora.

—Tambien en esotro caso he de merecer de vos que guardéis esas señoras gracias para cuando se os pidan, añadió con graciosa sonrisa, porque no tengo ganas de que me las deis; ó bien, si quereis, reservadlas para mi primer desvelo, y yo respondo de su efecto. En una palabra, señor Frank, deseaba hallar ocasion de seros útil; me alegro infinito de que se me haya ofrecido, y no os pido mas que un favor en pago, y es que no se hable mas de ello. — ¿Mas quién es aquel hombre que viene hácia nosotros á galope tendido montado en una jaquilla? ¡Ah! perdonéme Dios, es el escribano, el honrado José Jobson.

En efecto era el mismo señor Jobson, que venia á todo escape, y segun vímos en breve, de muy mal humor; acercósenos, y detuvo su caballo para hablarnos.

—Bravo, señor mio, me gusta miss Vernon... Sí... ya veo lo que ha sido. Ha aceptado la caucion durante mi ausencia..... Quisiera saber quien ha estendido el testimonio. Si el señor juez emplea muchas veces tal forma judicial, le aconsejo que busque otro escribano, porque á buen seguro que haré mi dimision.

¡Oh! no hagais tal, señor Jobson, repuso Diana, porque es hombre que os tomará la palabra. ¿Mas cómo se encuentra el arrendador Rutledge? Sin duda le habeis hallado en estado de dictaros su testamento.

Esta pregunta pareció aumentar el rabioso resuello del cansado escribano, y miró á miss Vernon con tanto resentimiento y despecho, que me dieron violentas tentaciones de aplicarle mi látigo á las espaldas; pude empero contenerme por dicha pen-

sando en la ninguna importancia de semejante individuo.

—El arrendador Rutledge, señora, dijo el escribano á quien la indignacion quitaba casi el uso de la palabra; el arrendador Rutledge está tan sano como vos, nunca ha estado enfermo, y ha sido una horrible burla que han querido jugarme.

—¿Es posible? repuso miss Vernon afectando el mayor asombro.

—Sí, miss, continuó enfurecido el escribano; y ese bruto de arrendador me ha llamado trapacero..... ¡Trapacero, señora!. Y me ha dicho que no buscaba mas que sacar dinero! y no sé porqué me han de dirigir á mí esta reconvencion mas que á cualquiera otro de mi oficio, señora; á mí que soy escribano de la justicia de paz, en virtud de las leyes espeditas en el año treinta y tres del reinado de Enrique VII, y en el primero del de Guillermo..... del rey Guillermo, señora, de gloriosa y eterna memoria, de aquel gran monarca que nos libró de papistas y de pretendientes, *item mas*, de los calentadores de Escocia (1), miss Vernon.

—¡Triste cosa son esos calentadores! repuso la dama que se divertía en hacerle rabiar: mas lo que al menos debe consolaros, es que, segun parece, no necesitais en este momento calentador, señor Jobson. Mucho me temo que Gaffer Rutledge os haya maltratado: ¿estais cierto de que no os dió?

—¡Darme! señora, repuso con viveza; no, no, nadie del mundo me da á mí, os lo aseguro, señora.

—Eso será si no lo mereceis, señor mio; porque os tomáis la licen-

(1) Es decir, de los partidarios escoceses de los Estuardos, jente indigente y hambrienta. Vulgarmente llaman calentadores de Escocia á las Escocesas, porque dicen que en las casas en que habian de calentar la cama á un huésped, se acostaba en ella la criada, ó aun la señora de la casa, todo el tiempo necesario para suplir la falta de calentador, utensilio desconocido en Escocia.

cia de hablar de un modo tan grosero á miss Vernon, le dije yo interrumpiéndole, que si no mudais de tono, puede que os castigue yo mismo.

—¡Castigarme vos á mí, señor mio!... ¡A mí, señor mio! ¿sabeis con quién hablais?

—Sí, señor, lo sé muy bien: á no engañarme, dijisteis ser escribano de la justicia de paz; Gaffer Rutledge dice que sois un enredador, y no veo en todo esto nada que os autorice á ser impolítico con una dama.

Miss Vernon me detuvo del brazo y exclamó.—No, señor Frank, no sufriré que maltrateis al señor Jobson: no me inspira bastante caridad para permitir que le toqueis tan solamente con la punta del látigo. Por otra parte, habeis ya herido suficientemente su sensibilidad, llamándole descortés.

—Se me da un bledo de lo que dice miss, replicó el escribano con tono algo mas comedido; descortés no es una palabra que pueda dar materia á un proceso; pero trapacero es voz altamente injuriosa, y Gaffer Rutledge lo sabrá á su costa, él y cuantos la repitan desgraciadamente para turbar la paz pública y quitarme mi buena fama.

—¡Qué decís, señor Jobson! repuso Diana; ¿no sabeis que donde no hay maravedí, el mismo rey pierde sus derechos? Y por lo que toca á vuestra reputacion, si á alguien se le antojase quitársela, dejadle hacer, que ha de adquirir gran cosa; por cierto que os felicite yo por veros libre de ella.

—Muy bien, señora... Buenas tardes, señora. Acordaos que por acá tenemos leyes contra los papistas; á buen seguro que si se ejecutasen, seríamos mas dichosos. El estatuto trigesimo tercio de Eduardo VI establece castigos contra cualquiera que posea misales, graduales, manuales, libros de misa y otros objetos prohibidos; tambien hay penas contra los

papistas que se niegan á prestar juramento... Las hay además contra los que oyen misa; ó sino, leed el estatuto trigesimo tercio de la reina Isabel, y el tercero del rey Jacobo. Cualquiera católico ha de pagar doble catastro, hacerse registrar....

—Véase la nueva edicion de los estatutos, revistos, corregidos y aumentados por José Jobson, escribano del juez de paz, dijo miss Vernon.

—Así pues, prosiguió Jobson,—pues á vos me dirijo; vos, Diana Vernon, soltera y papista, tenéis que encaminaros á vuestro domicilio, por la senda mas corta, so pena de quedar degradada como culpable de felonía contra vuestro rey y señor. Estáis obligada á pedir permiso para pasar los rios, y si no hallais barca, tenéis que pasarlos de rodillas.

—Eso será, repuso miss Vernon, en clase de penitencia protestante para purgar mis yerros de católica. Os agradezco el aviso, señor Jobson, y voyme al punto con el firme propósito de no salir de mi aposento. Adios, honrado Jobson, espejo de cortesía judicial.

—Buenas tardes, buenas tardes, señora, y no os chanceeis con la ley.

Y en esto continuamos nuestro camino.

—Mirad como vuela ese agente de disensiones y desgracias, dijo miss Vernon dirigiéndole la última ojeada: ¿no es cosa cruel que las personas honradas y bien nacidas se vean espuestas á las picardías de ese infame soplón? ¿Y porqué? porque nuestra creencia es la que profesaba todo el mundo cien años atrás... Porque nuestra religion tiene al menos la ventaja de ser mas antigua.

—Diéronme terribles tentaciones de romperle la cabeza.

—Hubierais obrado muy de lijero; sin embargo, á ser algo mas pesado mi puño, creo que se lo descargara. ¡Ah! de tres cosas me lamento.

—¿Y cuáles son esas tres cosas,

miss Vernon?

—¿Me prometeis compadecerme, si os las digo?

—¿Y lo dudais? exclamé acercando mi caballo al suyo, y experimentando un interés que no traté de ocultar.

—¡Y bien! ved ahí las tres cosas de que me quejo, pues es grato, prescindiendo de todo lo demás, inspirar compasion. La primera es ser doncella y no hombre, porque pasaria en verdad por loca si hiciera la mitad de lo que me pasa por la cabeza; mientras que con vuestra feliz prerogativa de hacer cuanto os viene en gana, podria entregarme á mis caprichos, y aun escitar la admiracion.

—Sobre el particular no os compadeceré tanto como deseais; porque es tan jeneral esa desgracia, que la sufre la mitad del género humano, mientras la otra mitad....

—Está tan bien dotada, que envidia sus prerogativas, interrumpió miss Vernon; me olvidaba de que sois parte interesada. ¡Chiton! añadió viendo que iba yo á hablar: no dudo que esa suave sonrisa es el prefacio de un bello cumplimento que prepararais sobre las ventajas que sacan los amigos y parientes de Diana Vernon de que haya nacido uno de sus ilotas; dispensaos empero del trabajo de pronunciarlo, mi querido primo, y veamos si nos entenderemos mejor acerca del segundo punto de mi lamentacion contra la suerte. Como dijera ese vil escribano que acabamos de dejar, soy de una secta oprimida y de una religion proscrita, y lejos de honrarme mi devocion, porque adoro á Dios como le adoraban mis antepasados, mi querido amigo el juez Inglewood puede enviarme á la casa de correccion, y decirme lo que dijo el viejo Pembroke á la abadesa de Wilton cuando se apoderó de su convento:—Id á hilar, vieja comadre, id á hilar.

—Ese no es mal sin remedio, dije

gravemente: consultad con algunos de nuestros mas sabios pastores, ó consultad mas bien con vuestra razon, miss Vernon, y veréis que los puntos en que se diferencia nuestra relijion de aquella en que habeis sido educada....

—¡Chiton! dijo mis Vernon poniéndose un dedo en la boca, ¡chiton! no menteis semejante propuesta. ¡Abandonar yo la fe de mis padres!... ¿Me aconsejarais, si fuera hombre, que abandonara mis banderas, cuando se declarase contra ellas la suerte de los combates, por ir, cual vil cobarde, á reunirme con el enemigo triunfante?

—Alabo vuestra firmeza, miss Vernon, y por lo que mira á los inconvenientes á que os espone, todo lo que puedo deciros es que las heridas que recibimos por no cometer una cobardía llevan su bálsamo consigo.

—Vamos, veo que no hay que esperar mucha piedad de vos, hombre insensible. El capricho de un majistrado me enviará tal vez de un día á otro á hilar cáñamo ó lino, y ¡mirais esto con la mas alta indiferencia!... Yo me lamento de llevar cofia y encajes, en vez de sombrero y escarpela, y vos os reis en vez de tomar parte en mis penas. En verdad que es por demás deciros la tercera causa de mis pesares.

—No, mi querida miss Vernon, no me quiteis vuestra confianza, y os prometo pagaros fielmente y al total el triple tributo de simpatía que os debo, con tal que la tercera desgracia no la sufran todas las mujeres, ni todos los católicos de Inglaterra, que son por desgracia mas de lo que deseáramos los protestantes, por el bien de la iglesia y del estado.

—Es una desgracia, dijo miss Vernon con voz alterada y con una seriedad de que no me diera aun muestra; es una desgracia que merece no poco la compasion. Yo soy naturalmente,

como lo habréis quizás observado, franca y nada reservada; una buena doncella nada desconfiada, que quisiera no guardar secreto con nadie y conversar libremente con mis amigos: sin embargo tal es la singular posicion en que ha querido colocarme el destino, que apenas me atrevo á decir una palabra por temor de las consecuencias que puede tener, no para mí, sino para otros.

—Es en efecto una desgracia que siento con toda mi alma, miss Vernon, pero que nunca hubiera sospechado.

—¡Oh! señor Osbaldiston, si supierais, si alguien supiera cuán difícil es algunas veces ocultar con risueña frente un corazon desesperado, me compadeceriais... Quizás hago mal en hablaros con tanta franqueza sobre mi situacion... No os falta sin embargo sagacidad y penetracion; no dejaréis de hacerme mil preguntas acerca de los acontecimientos de hoy, sobre la parte que ha tenido Rashleigh en vuestra libertad, y sobre otros mil puntos que fijarán necesariamente vuestra atencion. Yo no tendria ánimo para responderos con la sutileza y falsedad necesarias; vierais fácilmente que os engañaba, creyéraisme falsa y disimulada, y perdiera vuestra estimacion y la mia. Prefiero deciros anticipadamente: No me preguntéis nada, porque no me es posible responderos.

Miss Vernon pronunció estas palabras con un tono de penetracion que no podia menos de causar en mí la impresion mas viva. Aseguréla que no debia temer que la molestase con impertinentes preguntas, ni que tomase yo á mal el que se negase á responderme á las que me pareciesen razonables, ó al menos naturales. Estaba muy agradecido, añadí, al interés que la habia visto tomar en mis negocios, para abusar de la ocasion que me ofreciese su bondad de penetrar los suyos: únicamente creia serme dado

esperar que si mis servicios podian servirle de algo, no vacilaria en emplearlos.

—Os doy gracias, repuso ella, y creo que hablais con toda sinceridad: vuestra voz no tiene el metal del monótono repique que llaman cumplimientos; es la de una persona que sabe á lo que se obliga. Sí..., pero es imposible: sin embargo, si se presenta ocasion, os preguntaré si habeis echado en olvido esta promesa, y aunque la hayais olvidado, no por esto os quedaré menos agradecida, porque basta que procedais al presente con sinceridad. Muchas circunstancias pueden cambiar vuestros sentimientos antes de que os ruegue, puesto que llegue el caso, que socorrais á Diana como si fuerais su hermano.

—¡Aunque fuese su hermano, exclamé, no desearia con mas ardor el servirla! Y ahora sin duda no debo preguntar si Rashleigh ha trabajado voluntariamente y por amistad en mi justificacion.

—No á mí, pero preguntádselo á él mismo; estad cierto de que os responderá sí, porque cuantas veces puede apropiarse una buena accion, no deja de hacerlo.

—Tampoco me será probablemente permitido preguntar si es Campbell quien robó la maleta al señor Morris, ni si la carta que recibió el señor Jobson, cuando nos hallábamos en casa del juez Inglewood, no era mas que una astucia para apartarle del lugar del juicio, é impedir que se opusiese á mi libertad, ni si...

—A mí no me preguntéis nada, dijo miss Vernon, y no os canséis en poner estos ó los otros límites. Pensad de mí tan favorablemente como si hubiese contestado á todas esas preguntas y á veinte mas con aquel tono libre y despejado que con tanta facilidad toma Rashleigh, pero que á mí me es imposible remedar. Escuchad: todas las veces que me ponga la mano en la barba, es señal de que no puedo

explicarme en la materia que ocupe entonces vuestra atencion. Ello es fuerza establecer señales de correspondencia entre nosotros; porque desde este momento vais á ser mi confidente y consejero, con la condicion de por medio de que no sabréis nada de mis negocios.

—Nada mas razonable, repuse yo riendo; y contad con que la sagacidad de mis consejos corresponderá á la estension de vuestra confianza.

Tal fué poco mas poco menos la conversacion que nos ocupó durante el camino, y llegamos á Osbaldiston-Hall en el momento en que la familia acababa de entregarse á su gastronómica barahunda.

—Que nos sirvan la comida en la biblioteca, dijo miss Vernon á un criado. Menester es que me apiade de vos, añadió volviéndose á mí, y que cuide de que no os murais de hambre en esta casa brutalmente hospedadora; fuera de esto, no sé si debiera enseñaros mi retiro. La biblioteca es mi cueva favorita; es el único rincón de la casa donde esté al abrigo de los orangutanes, mis primos, quienes nunca ponen los piés en ella, temerosos, á mi entender, de que les caigan encima los en folio y les rompan el cráneo, única impresion que pueden hacer en su cabeza. Seguidme.

Seguíla por una larga revuelta de corredores y pasillos, de galerías y escaleras, y entré por último con ella en la biblioteca.

## CAPITULO X.

LA biblioteca de Osbaldiston-Hall era un oscuro aposento donde se doblaban varios estantes viejos de roble bajo el enorme peso de los en folio, tan caros en el siglo diez y siete, y de los cuales podemos decir que hemos destilado la materia de nuestros en cuarto y en octavo, que, pasados otra vez por el alambique, quedarán reducidos á dozavo y folletos, si nues-

tros hijos son aun mas frívolos que nosotros. Campearan en ella principalmente los autores clásicos, libros de historia, y sobre todo de teología: estaba en gran manera desordenada. Los clérigos que habian llenado sucesivamente las funciones de capellan del alcázar, habian sido, durante muchos años, las únicas personas que entraran en la biblioteca, hasta que el amor de Rashleigh é la lectura le indujo á destruir la obra de los venerables insectos que habian tendido sus tapices delante de los estantes. Como le destinaban para el estado eclesiástico, su conducta parecia menos absurda á su padre que si cualquiera de sus otros hijos manifestara afición tan estraña; y Sir Hildebrando accedió gustoso á hacer algunos reparos en aquel aposento, á fin de que fuera posible al menos habitarle.

Sin embargo reinaba todavía en él cierto aire de desórden y de vejez, siendo de notar que los tesoros del saber se veían cubiertos aun de espeso polvo que los robaba á la vista. Los tapices hechos jirones, los estantes y los libros carcomidos, las sillas desvencijadas, los atriles y las mesas estremeciéndose sobre su punto de apoyo, el suelo de la chimenea desgastado por el orin, y rara vez animado con el fuego de carbon ó la llama de un fogote: todo indicaba el desprecio de los señores del castillo al saber y á los volúmenes que encierran sus tesoros.

Os parecerá sin duda algo triste esta estancia, dijo miss Vernon viendo que echaba una mirada de sorpresa al aposento; ella es sin embargo para mí un pequeño paraíso, porque aquí estoy tranquila, y no temo que nadie venga á molestarme. Rashleigh fué su propietario conmigo cuando podía contarme en el número de sus amigos, si es que algunos tenga.

—¿Y no lo sois ya? pregunté naturalmente.

Al punto se puso el dedo en el

hoyuelo encantador de su barba, dándome á conocer la indiscrecion de mi pregunta.

—Aun somos *aliados*, me respondió; y permaneceremos unidos, como todos los poderes confederados, por circunstancias de mutuo interés: témome no obstante que el tratado de alianza no sobreviva, como suele suceder, á las amistosas disposiciones que lo produjeron. Como sea, no nos hallamos juntos tan á menudo como antes, y cuando él entra por esta puerta, sálgome yo por estotra: así, viendo que de dos personas en esta estancia, por grande que parezca, sobra la mitad, le he merecido la jenerosidad de desprenderse de sus derechos en favor mio, y yo hago cuanto puedo por continuar los estudios en que me dirigia él en otro tiempo.

—¿Y me será lícito preguntaros cuáles sean esos estudios?

—¡Ah! podeis hacerlo con libertad, sin que temais que levante por esta vez el dedo. La historia y la literatura me ocupan principalmente; pero estudio tambien la poesía y los autores clásicos.

—¡Los autores clásicos! ¿Y los leéis en su orijinal?

—Los leo bien ó mal; Rashleigh, que no carece de instruccion, me ha dado una tintura de las lenguas antiguas y de las que se han jeneralizado al presente en Europa. Os aseguro que mi educacion no ha sido enteramente descuidada, sin embargo de que no sepa coser una valona, ni bordar, ni en fin, como gusta decir de mí la mujer del vicario con tanta elegancia, gracia y cortesía como verdad, aunque no sepa hacer ninguna cosa útil en este miserable mundo.

—¿Y la eleccion del curso de estudios es vuestra, miss Vernon, ó de Rashleigh?

¡Hum! dijo como si vacilase en responder á mi pregunta: tan lijera pregunta no merece la pena de que

levante el dedo. Así pues, os diré que por gusto y parte por consejo suyo, al tiempo que aprendia á montar un caballo, y aun á ensillarle en caso necesario, á saltar una barrera ó disparar un fusil sin menear las cejas, á adquirir en fin todos los conocimientos que poseen mis muy amables primos, placíame, tras estos penosos ejercicios, leer los autores antiguos con Rashleigh, y acercarme al árbol de la ciencia, cuyos frutos quisierais, vosotros los sabios, cojer solos para desagaviaros, á mi entender, de la parte que tuvo nuestra madre comun en la gran transgresion orijinal.

—¿Y gustaba Rashleigh de cultivar vuestra afición al estudio?

—Sí, y con verdad puedo decir que era yo su alumna, pero como no podia enseñarme mas que lo que él sabia, signióse de esto que no aprendí la ciencia de lavar los encajes ó de repulgar los pañuelos.

—Supongo que el placer de contar con semejante discípula debió ser de mucho aprecio para el maestro.

—¡Oh! si os meteis á querer sondear los motivos de Rashleigh, os prevengo que levantaré el dedo: únicamente sobre cuanto me concierne, puedo responderos con franqueza. En resolucion, Rashleigh me ha cedido el goce esclusivo de la biblioteca, y no entra jamás en ella sin haber pedido y obtenido licencia mia: así me he tomado la libertad de depositar en esta estancia algunos de los objetos que me pertenecen, y que veréis, si miráis á vuestro rededor.

—Perdonadme, miss Vernon, pero miro á uno y otro lado sin ver nada que probablemente pueda llamarse vuestro.

—Así debe pareceros sin duda, porque no veis cuadros de pastores y zagalejas, un papagayo relleno de paja, ó una jaula llena de canarios, ó un cofrecillo con adornos de oro, ó una fina toalla, ó un clavicordio, ó un laud de tres cuerdas, ó un perrito

faldero; no poseo yo ninguno de estos ricos tesoros, añadió tomando aliento despues de enumeracion tan larga; mas ved la espada de mi antepasado, Sir Ricardo Vernon, muerto en Shrewsbury, y cruelmente calumniado por un tal Shakspeare, á quien no faltaba talento, y que siendo partidario del duque de Lancaster y de sus allegados, ha desnaturalizado la historia en favor suyo. Cerca de esa temible espada está colgada la cota de armas de otro Vernon, escudero del príncipe Negro, cuya suerte ha sido muy diferente de la de Sir Ricardo. Mirad una gamarra que he inventado yo propia, y en la que he dado la última mano á la del duque de Newcastle.—Ved el capillo y los cascabeles de mi halcon Cheviot, que se arrojó sobre el pico de una garza real en Horsely-Moss.—Pobre Cheviot, no hay ningun halcon en la percha que no sea un milano despreciable, comparado con él;—y ved aquí mi escopeta con una llave y un gatillo de nueva invencion; ved por fin varias cosas preciosas, y entre otras una que habla por sí misma.

Y diciendo estas palabras, me enseñó un retrato, obra de Vandick, en el cual se veia escrito en letras góticas: *Vernon semper viret*.

Miréla yo como pidiendo una esplicacion.

—¡Luego no conoceis, me dijo con cierta sorpresa, nuestra divisa, la divisa de Vernon que entraña dos conceptos (1)! ¿Tampoco nuestras armas, las flautas? añadió señalando los emblemas esculpidos en el escudo de madera alrededor del cual se veia grabada la leyenda.

—¡Flautas! pensara que eran chí-

(1) A causa sin duda de los dos sentidos que ofrece esta divisa latina:

*Vernon semper viret,*

Vernon es siempre verde (ó siempre fuerte).

*Ver non semper viret,*

No siempre es verde la primavera.

Es muy comun en el blason el juego de vocablos.

fios de á cuarto; pero no interpreteis mal mi ignorancia, añadí viendo que se abochornaba; donoso fuera en mí por cierto despreciar vuestras armas, cuando no conozco las mías propias.

— ¡ Vos! un Osbaldiston!... ¡ y lo confesais! exclamó: y bien, Percy, Thorncliff, John, Dick, el mismo Wilfredo, pudiera ser maestro nuestro: la ignorancia sabe mas que vos.

— Lo confieso avergonzado, queda miss Vernon: los jeroglíficos del blason son misterios tan ininteligibles para mí como los de las pirámides de Egipto.

— ¡ Cómo! ¿ es posible? Mi tío, mi tío mismo, á quien causan horror toda suerte de libros, se hace leer algunas veces á Gwillim en las largas veladas del invierno.... ¡ No conocer las figuras del blason! ¿ en qué pensaba pues vuestro padre?

— En las combinaciones de la aritmética, de las cuales la mas sencilla le parece mas importante que todo el blason de la caballería; pero si he sido tan torpe que no he reconocido las armas, tengo por lo menos bastante gusto para admirar ese hermoso retrato en el cual trasluzco con vos cierta semejanza de familia. ¡ Qué soltura, qué dignidad en su actitud! ¡ qué riqueza de colores! ¡ qué feliz distribucion de sombras y de luz!

— ¡ En realidad es hermoso el cuadro? añadió.

— He visto muchas obras de este famoso artista, respondí, y ninguna me ha agradado mas que esta.

— Es que no soy yo mas conocedora en pintura que vos en blason, replicó miss Vernon; llévoos sin embargo ventaja, porque he admirado siempre el retrato sin conocer su mérito.

— Aunque he descuidado las flautas, los tamboriles y todos los emblemas de la caballería, sé al menos que estaban pintados en los estandartes que ondeaban antiguamente en los campos de la gloria. — Pero con-

fesaréis que la representacion de esas armas no es tan interesante para un espectador no instruido, como puede serlo un hermoso cuadro. — ¿ Quién es el personaje que representa este? interrumpíla yo con muestras de gran curiosidad.

— Mi abuelo, que tomó parte en las desgracias de Cárlos I, y, me avergüenzo de decirlo, en los excesos de su hijo: su prodigalidad decentara ya por decirlo así nuestro dominio patrimonial, que echó enteramente á perder su heredero: mi desgraciado padre vendió lo único que le quedara á los que lo poseen hoy día, arruinándose de esta suerte por la causa de la lealtad.

— ¿ Padeció vuestro padre durante las disensiones políticas?

— ¡ Si padeció! Hubo de perder en ellas cuanto tenia. Su hija, huérfana desgraciada, come el pan de los extraños, sometida á sus caprichos y obligada á darles gusto.... Pero mas me vanaglorio de tener tal padre, que sí, sacrificando sus principios á las circunstancias, mas cuerdo, pero menos leal, me hubiera dejado heredera de todas las ricas baronías que poseía en otro tiempo su familia.

La llegada de los criados que nos traian la comida nos obligó á mudar de conversacion. No fué larga la comida. Cuando levantaron la mesa, y colocaron en ella los vinos, nos informó un criado de que el señor Rashleigh habia dicho que le avisasen cuando hubiésemos acabado de comer.

— Decidle, contestó miss Vernon, que si gusta bajar aquí, nos alegraremos de verle; poned otro vaso, silla, y dejadnos. Preciso será que os retireis con él cuando se vaya, añadió dirigiéndose á mí: á pesar de toda mi liberalidad, no puedo conceder á un jóven mas de ocho horas de las que tengo mías en las veinte y cuatro; y creo que han trascurrido ya las ocho horas y aun mas.

— El anciano de la guadaña ha corrido con tanta rapidez hoy, le respondí yo, que me ha sido imposible contar sus pasos.

— ¡ Chiton! dijo miss Vernon, ya está aquí Rashleigh; y en esto hizo atrás su silla, que casi se rozaba con la mía, dejando buen espacio entre los dos.

Un golpe dado modestamente á la puerta, una delicada atencion en abrir con suavidad cuando se le rogó que entrase, un paso humilde á la par que agraciado, anunciaban que la educacion que recibiera Rashleigh en el colegio de Saint-Omer correspondia enteramente á la idea que me tenia formada de las maneras de un jesuita acabado.

— ¿ Y á qué, dijo miss Vernon, la ceremonia de llamar á la puerta, cuando sabiais que no estaba sola?

Pronunció estas palabras con tono de impaciencia, como si creyese que el aire reservado y discreto de Rashleigh ocultaba alguna impertinente sospecha.

— Me habeis enseñado tan perfectamente el modo de llamar á esta puerta, hermosa prima, respondió Rashleigh con la misma calma y dulzura, que la costumbre es ya en mí otra naturaleza.

— Señor mio, replicó miss Vernon, yo hago mas caso de la sinceridad que de la cortesía.

— La cortesía, contestó Rashleigh, en el estilo de Amadís, es un caballero valiente, amable, cortejante de nombre y profesion, y muy á propósito para confidente de una dama.

— Pero la sinceridad es el verdadero caballero, replicó miss Vernon, y con ese titulo sea bien venido mi primo. Demos si os place fin á este debate, que no debe divertir mucho á vuestro primo Francisco; sentaos, y llenad vuestro vaso para darle ejemplo: he dispuesto este brindis á fin de sostener la reputacion hospedadora de Osbaldiston-Hall.

Sentóse Rashleigh, y llenó su vaso, dirijiendo sucesivamente hácia nosotros sus miradas, con una turbacion que no podian sus esfuerzos ocultar enteramente. Parecióme que trataba de adivinar hasta qué grado me habia concedido la jóven su confianza; apresuréme sin embargo á tomar en la conversacion un papel que le soscogó, haciéndole ver que Diana no habia vendido sus secretos.

— Señor Rashleigh, le dije yo, miss Vernon me ha encargado que os dé las gracias por la feliz conclusion del ridículo asunto que habia suscitado ese Morris; y haciéndome la injusticia de temer que no fuese bastante vivo mi reconocimiento para acordarme de este deber, ha movido al propio tiempo mi curiosidad, remitiéndome á vos para que me espliqueis el misterio á que parece que debo mi libertad.

— En verdad, respondió Rashleigh (echando penetrante ojeada á Diana), creia que miss Vernon me habia servido de intérprete; y fijándose entonces en mí sus ojos, querian, segun visos, reconocer en la expresion de mi fisonomía si lo que ella me comunicara era tan limitado como yo decia. Miss Vernon respondió á su muda pregunta con firme mirada de desprecio, mientras que incierto yo sobre si debía rechazar sus sospechas ú ofenderme, respondia: — Si gustais, señor Rashleigh, de dejarme en la ignorancia, debo someterme á ello; pero no me negueis vuestra explicacion hajo el pretexto de que la haya ya oido, porque en mi alma os juro que nada se me alcanza relativamente á los acontecimientos de que fué testigo esta mañana; y cuanto he podido saber de miss Vernon, es que trabajasteis vos vivamente en mi favor.

— Harto ha ponderado miss Vernon mis humildes esfuerzos, repuso Rashleigh, aunque nada he perdonado para seros útil. Volvia precipita-

damente al alcázar á fin de empeñar á alguno de nuestra familia á salir conmigo fianza por vuestra persona, lo que me parecía el medio mas eficaz de serviros, cuando encontré á Cawmil... Colville.. Campbell, ó como se llame, que poco nos importa su nombre. Sabía por Morris que este hombre se hallaba presente al efectuarse el robo, y tuve la fortuna de decidirle, no sin mucha dificultad, á hacer su deposicion á fin de sacaros al punto de la embarazosa situacion en que os hallabais.

— Quédoos en extremo agradecido por haber decidido á aquel hombre á dar testimonio en favor mio; pero si, como dice, fué testigo del robo, no sé porqué puso tantas dificultades en ir á denunciar á su verdadero autor, ó al menos á disculpar á un inocente.

— Debe seros sin duda desconocido el carácter escocés, contestó Rashleigh; la discrecion, la prudencia y la prevision son sus prendas descolantes, sin que las modifique mas que un mal entendido, pero ardiente patriotismo, que forma el exterior del baluarte moral con que se fortalece el Escocés contra los asaltos del sublime principio de la filantropía. Superad este obstáculo, y hallaréis una valla aun mas difícil de salvar: el amor á su provincia, á su villorrio, ó mas bien á su tribu. Venced esta segunda trinchera, y una tercera os ataja: su estimacion á su propia familia, á su padre, á su madre, á sus hijos, hijas, tíos, tias y primos hasta el noveno grado. Tales son los límites en que se esplaya el afecto social del Escocés, sin que nunca los traspase: tales son los límites en que reconcentra los mas halagüeños sentimientos de la naturaleza, sentimientos que se apocan y consumen é medida que se acercan á los extremos del círculo donde están como encerrados. Y si lograsedis vencer todas estas barreras, robustecidas á mas por la inclinacion y el hábito, os detuviera una

ciudadela mas fuerte y elevada, que miro yo como inespugnable: el egoísmo del Escocés.

— Todo eso es muy elocuente, y sobre todo metafórico á maravilla, Rashleigh, dijo miss Vernon que no podia ya contener su impaciencia; únicamente dos objeciones puedo hacer á tan bella disertacion; la primera que es falsa, y que aun cuando no lo fuera, ninguna relacion tiene con el asunto de que tratamos.

— La descripcion es exacta, encantadora Diana, opuso Rashleigh, y lo que es mas, tiene directa relacion con el asunto. Es exacta, porque no es sino el resultado de profundas y reiteradas observaciones hechas sobre el carácter de un pueblo que puedo, y vos misma lo sabeis, conocer mejor que nadie; y tiene directa relacion con el asunto, puesto que responde á la pregunta del Señor Frank, y demuestra porque ese circunspecto Escocés, considerando que nuestro pariente no es ni compatriota suyo, ni un Campbell, ni aun primo suyo en ninguno de los grados por los cuales distinguen su jencaloja; y aparte de esto, no columbrando ninguna ventaja personal, sino al contrario que tenia que perder mucho tiempo, y tomarse mucho trabajo...

— Y con otros muchos inconvenientes, tan formidables sin duda como esos, interrumpió miss Vernon con cierta ironía reconcentrada que encubriera mal su impaciencia.

— Sí, otros muchos á mas, dijo Rashleigh con imperturbable serenidad. En una palabra, mi teoría demuestra porqué ese hombre, no esperando provecho alguno, y temiendo algunos disgustos, cedió con dificultad á mis instancias, y se hizo mucho de rogar antes de consentir en ir á deponer en favor del señor Frank.

— Incomprensible me parece, observé yo, que el señor Morris no dijera nunca al juez que Campbell se hallaba con él cuando le saltaron los

ladrones.

— Supe por Campbell cómo le habia hecho prometer solemnemente que no mentaria tal circunstancia, y segun lo que os dije antes, adivináis fácilmente los motivos que para ello tenia. Deseaba volverse al punto á su pais, sin detenerse en procedimientos judiciales que le obligaran entonces á seguir: por otra parte, como los negocios de Campbell son muy estensos, y necesita á menudo pasar con crecidos ganados por nuestro condado, no quiere tener nada que ver con los bandidos del Northumberland, que son los mas vengativos del mundo.

— No dudaria en afirmarlo, dijo miss Vernon con un tono que indicaba algo mas que un mero aserto.

— Convengo, dije resumiendo la cuestion, en la fuerza de las razones que hicieran desear á Campbell que guardase Morris silencio; pero no se me alcanza cómo obtuvo tanto influjo sobre este hombre para inducirle á callar tan importante circunstancia, con manifesto riesgo de hacer sospechosa la verdad de su historia, si llegaba á descubrirse mas tarde.

Rashleigh convino conmigo en que esto era muy extraordinario, y manifestó que sentia no haber hecho mas preguntas á Campbell sobre este asunto, que le parecia muy misterioso. — ¿Pero estáis cierto, añadió un momento despues, de que Morris no dijo en su declaracion como se hallaba con él Campbell?

— Yo la leí muy precipitadamente, repuse; pero como estaba convencido de que no se habia hecho mencion de semejante circunstancia, ó al menos que se habia mentado muy lijeramente, no puse atencion en ello.

— Eso será, respondió Rashleigh cojiendo el espediente que le ofrecia; se hizo mencion de tal circunstancia, pero como decís, muy lijeramente; por lo demás no le seria difícil á Campbell el intimidar á Morris. Se-

gun me han informado, va este cobarde á llenar en Escocia un destiello dependiente del gobierno; y poseyendo todo el valor de la paloma ó del raton, temeria descontentar á un hombre como Campbell cuya sola vista es suficiente para dejar su cuerpo hecho carne de gallina, y quitarle la pequeña dosis de juicio que le diera naturaleza. Sin duda notasteis que el señor Campbell tiene traza marcial.

— Confieso que eché de ver en él cierto aire de sequedad y altivez que contrasta al parecer con su profesion. ¿ Ha servido en el ejército?

— Sí... no... no ha servido absolutamente; pero me parece que aprendió á manejar el mosquete, como todos sus compatriotas. Todos los Escoceses son soldados, y llevan armas desde su infancia hasta su muerte. Por poco que conozcais á vuestro compañero de viaje, juzgaréis fácilmente que, yendo á un pais donde los habitantes se hacen justicia por sus manos, debió evitar cuidadosamente el ofender á un Escocés. Pero vuestro vaso está lleno todavía, y veo que en lo tocante á la botella no honrais mas que yo el nombre que llevamos. Si os place venir á mi sala, juzgarémos juntos á los cientos.

Levantámonos para despedirnos de miss Vernon, quien interin hablaba Rashleigh, mostró muchas veces violentas tentaciones de interrumpirle; empero en el momento en que íbamos á salir, estalló de golpe el fuego que habia permanecido oculto.

— Señor Osbaldiston, me dijo, consentid si gustais en que las insinuaciones de Rashleigh respecto á los señores Campbell y Morris sean justas y fundadas. Mas lo que dice de los Escoceses es una atroz impostura; calumnia indignamente á la Escocia, y os ruego que no deis crédito á su testimonio.

— Quizás me será difícil obedeceros, miss Vernon; porque he de con-

tesaros que me han inspirado en mi educacion sentimientos nada favorables á nuestros vecinos del norte.

—Olvidad pues, señor mio, esa parte de vuestra educacion, repuso con calor, y permitid que la hija de una Escocesa os conjure que respeteis el pais que dió vida á su madre, hasta que podais fundar vuestras preocupaciones. Guardad el odio y el desprecio para la hipocresía, la doblez y la bajeza; esto es lo que se debe odiar y despreciar, y esto es lo que podeis encontrar sin salir de Inglaterra. Adios, señores, felices noches.

Y en esto hizo un ademán enseñándonos la puerta, con el aire de una princesa que despide su comitiva.

Retirámonos á la sala de Rashleigh, donde nos trajo un criado el café y los naipes. Viendo que Rashleigh no queria darme sino vagas aclaraciones, resolví no preguntarle mas: su conducta parecia envuelta en un misterio que yo queria profundizar; empero no era favorable el momento, y era preciso esperar tiempo en que no estuviera tan preocupado. Principiamos nuestra partida, y aunque apenas se cruzaba algun interés, dábase á conocer el fiero y ambicioso carácter de mi adversario hasta en tan fútil pasatiempo. Manifestaba cabal conocimiento en las reglas del juego; pero en vez de seguirlas y jugar *prudentemente*, avizoraba siempre las grandes jugadas, y lo arriesgaba todo con la esperanza de dar á su adversario pique, repique ó capote. Así que una ó dos partidas hubieron interrumpido, como la música de los intermedios en el teatro, el curso que tomara la conversacion, Rashleigh pareció cansarse de un juego que quizás no me habia propuesto sino por política, y principiamos á hablar juntos de cosas indiferentes.

Aunque poseía él mas instruccion que verdadera sabiduría, y aunque conocia mejor el espíritu de los hombres que los principios de moral que

deben dirigirlos, no habia tenido aun en mi vida conversacion mas agradable ni mas halagüeña. La eleccion de espresiones variadas aumentaba el prestigio de una voz pura y melodiosa: nunca hablaba con énfasis ni con jactancia, y jamás cansaba la paciencia ni fatigaba la atencion de los que le escuchaban. Habia visto yo á todos los que querian brillar en la sociedad acumular penosamente sus ideas, y, como aquellas nubes que se amontonan encima de nuestras cabezas y estallan luego con estrépito, inundar á sus oyentes con una riada científica que se agota tanto mas presto, cuanto es al principio mas rápida y majestuosa. Pero las ideas de Rashleigh se sucedian una á otra, é insinuábanse en el alma del oyente, semejantes á aquellas aguas puras y fecundas que, saliendo de fuente inagotable, riegan la pradera siguiendo suave cuesta. Detenido á su lado por irresistible embeleso, no pude resolverme á separarme de él hasta despues de media noche; y cuando me encontré en mi estancia, costóme no poco recordar el carácter de Rashleigh, tal como me le habia representado antes de aquella conferencia.

Es tal, mi querido Tresham, el efecto del placer que embota nuestra penetracion y adormece nuestro juicio, que no sé á qué compararle, si no es al gusto de ciertas frutas agrídulces, que nos impiden el apreciar los platos que nos presentan despues.

## CAPITULO XI.

El dia siguiente era domingo, dia que parecia muy largo á los habitantes de Osbaldiston-Hall; porque despues de la celebracion del oficio divino, al cual no dejaba nunca de asistir toda la familia, todos sus individuos, á escepcion de Rashleigh y de miss Vernon, parecian poseidos del demonio del fastidio. La relacion del contratiempo en que me habia encon-

trado la víspera divirtió á Sir Hildebrando durante algunos minutos, y felicítome de no haber dormido en la torre de Morpeth, como me felicitara de no haberme roto una pierna al caer de caballo.

—Todo ha parado en bien, muchacho; pero otra vez no te arriesgues tanto. ¡Qué diablos! el camino del rey ha de estar seguro para todos los viajeros, sean Wighs, ó Torys.

¿Y creéis acaso, señor, que he pensado jamás en destruir esa seguridad? En verdad que es lo mas insostenible del mundo el que quieran mirarme todos como reo de un crimen que desprecio, que abomino, y por el cual me hubiera espuesto á perder justamente la vida, puesto que quebranta las leyes de mi pais.

—Está bien, está bien, muchacho, no se hable mas del caso: nadie está obligado á acusarse á sí mismo. Pardiez, tú haces bien en despolvorearte; ¡lléveme el diablo, si no hiciera otro tanto en tu lugar!

Rashleigh acudió en socorro mio; pero me pareció que sus argumentos tendian mas á aconsejar á su padre que fingiese le persuadian mis protestas de inocencia que á justificarme completamente.

—¡En vuestra casa, mi querido señor..... y siendo vuestro propio sobriño! Vamos, no ofendais sus sentimientos, poniendo al parecer en duda lo que afirma con tanto interés. A buen seguro que vos merecis toda su confianza, y estad cierto que á necesitar de vos algun servicio en tan extraño negocio, hubiera recurrido á vuestra bondad. Mas mi primo Frank ha sido declarado inocente, y nadie tiene derecho para suponerle culpable. En cuanto á mí, no me queda la menor duda de su inocencia, y el honor de nuestra familia exige que lo defendamos con todos y contra todos.

—Rashleigh, dijo su padre mirándole fijamente, siempre has sido para mí demasiado ladino... ¡cuidado

que todas tus sutilezas tengan mal paradero: dos cabezas bajo un mismo gorro no es cosa conforme á las reglas del blason..... y ahora que hablo de blason, voy á leer á Gwillim.

Anunció esta resolucion con un largo bostezo tan irresistible como el de la diosa en la Dunciada; el bostezo fué repetido muchas veces por sus ajigantados hijos, á medida que se disponian á buscar pasatiempos análogos á su carácter: —Percy, á horadar un tonel de cerveza con el despensero: —Thornclyff, á cortar varas de mimbre: —John, á cebar los sedales: —Dick, á jugar solo á *Pitch and toss* (1), la mano derecha contra la mano izquierda; —y Wilfredo, á morderse los pulgares y hacer por dormirse canturiando á media voz hasta la hora de comer. Miss Vernon se habia retirado á la biblioteca.

Quedé solo con Rashleigh en la sala vieja de comer de donde los criados, haciendo tanto ruido y tan poca faena como de ordinario, acababan de llevarse los restos de nuestro sustancioso desayuno. Aprovechéme de esta ocasion para reconvenirle por el modo como habia tomado mi defensa con su padre, y manifestarle francamente que me parecia muy extraño que moviese á Sir Hildebrando á ocultar sus sospechas antes que tratar de desarraigarlas.

—¿Qué queréis, mi querido amigo? repuso Rashleigh: cuando mi padre se mete una cosa en la cabeza, es imposible sacársela, y he observado que en vez de exasperarle aun mas discutiendo con él, era mas cuerdo desviar sus ideas. Así, no pudiendo arrancar de cuajo las profundas raices que ha echado en su espíritu la preocupacion, las corto al menos todas las veces que vuelven á retoñar, persuadido de que por último morirán por sí mismas. No es de cuerdos, ni se adelanta la menor cosa en discutir con un hombre del temple de

(1) Juego de bolos.

Sir Hildebrando, que se endurece contra el convencimiento, y que cree tan firmemente en sus inspiraciones, como nosotros los buenos católicos creemos en las del santo padre de Roma.

—No es por eso menos cruel para mí el vivir en casa de un hombre que persiste en reputarme salteador.

—La ridícula opinion de Sir Hildebrando, si me es dado calificar con emejante epíteto la de un padre; su opinion, por falsa que sea, no perjudica á vuestra inocencia; y en cuanto al temor que os atormenta de que la idea de ese supuesto crimen os degrade á sus ojos, desechadlo enteramente, y quedad persuadido de que Sir Hildebrando mira interiormente ese delito como accion meritoria, bajo su aspecto moral y político: á su modo de ver, eso es debilitar al enemigo, es despojar á los Amalecitas; y la parte que supone tomasteis en ello es causa de que os estime mucho mas.

—No deseo la estimacion de nadie, señor Rashleigh, si para adquirirla tengo que perder la mia; y tan injuriosas sospechas me darán excelente razon para irme de Osbaldiston-Hall, así que pueda escribir á mi padre sobre el asunto.

Era cosa para que la fisonomía de Rashleigh descubriese sus sentimientos; sin embargo creí ver una lijera sonrisa en sus labios, mientras que afectaba despedir un profundo suspiro.

—¿Cuán feliz sois, señor Frank! vais, venis como os place, y sois libre como el ambiente. Con vuestra habilidad, vuestro gusto y vuestros conocimientos, hallaréis sociedades que sabrán apreciarlos mejor que los estúpidos habitantes de este alcázar, mientras que yo... En esto se detuvo.

—¿Qué hay pues en la suerte que os ha cabido, qué hay que sea capaz de haceros envidiar la de uno que está desterrado de la casa y del corazón

de su padre?

—Sí, respondió Rashleigh, pero considerad todo el precio de la independencia que os ha proporcionado un sacrificio momentáneo; porque estoy cierto de que vuestro padre no tardará en restituiros su cariño; considerad la ventaja de obrar libremente, de seguir la amena carrera de la literatura, carrera que preferis justamente á todas las demás, y en la cual os aseguran vuestras luces el mas brillante porvenir. Con una residencia de algunas semanas en el norte, os afianzais para siempre la celebridad y la independencia: este sacrificio es muy leve en cotejo de las ventajas que os proporciona, aunque sea el lugar de vuestro destierro Osbaldiston-Hall. Nuevo Ovidio desterrado en Tracia, no teneis sus razones para escribir *Tristes*.

—¿Cómo cabe, dije yo con el modesto rubor de un autor jóven, que sepais vos...?

—¿No hemos tenido aquí, algunos dias antes de vuestra llegada, á un emisario de vuestro padre, un factor jóven llamado Twineall, quien me dijo que vos os consagrabais á las musas, añadiendo que muchas de vuestras poesías habian escitado el pasmo de los mas ínclitos escritores?

Tresham, vos quizás no os habeis entretenido nunca en reunir renglones rimados; pero habréis conocido á no pocos aprendices de Apolo: la vanidad es su lado mas flaco, desde el poeta que sopla la trompeta hasta el miserable versista que se limita á la churumbela; desde el poeta que embelleció las florestas de Twinckenhams hasta el último de los rimadores á quien sacudió con el látigo de su sátira la Dunciada. —Tenia yo mi tantico de ella, como cualquiera otro, y sin detenerme á considerar que era poco probable que Twineall tuviese noticia de dos ó tres poesías cortas que habia embocado furtivamente en un periódico, con el velo del anóni-

mo, caí en el anzuelo, y contento Rashleigh viendo que podia sacar gran partido de mi amor propio, lisonjeóle aun mas, rogándome con las mayores instancias que le permitiese ver algunas de mis producciones manuscritas.

—Preciso es que me concedais una velada, añadió, porque en breve perderé los embelesos de la sociedad literaria por las serviles tareas del comercio y los fastidiosos placeres del mundo. Mi padre exige de mí un cruel sacrificio, haciéndome abandonar, en ventaja de mi familia, la sosegada y apacible profesion á que me destinaba.

Era yo vano, mas no enteramente necio, y esta hipocresía era sobrado clara para que se me escapase. —Nunca me persuadiréis, le respondí, que orillais con sentimiento la perspectiva de un pobre clérigo, obligado á imponerse mil privaciones, por ir á vivir en la opulencia y gozar de los atractivos de la sociedad.

Rashleigh conoció que habia fingido demasiado desinterés; y despues de un minuto de silencio, que supongo emplearía en calcular el grado de franqueza que era necesario usar conmigo (porque no prodigaba él nunca esta virtud sin gran motivo), respondióme sonriéndose: —Verse condenado á mi edad, como decis, á vivir en el mundo y en la opulencia, es verdad que no es perspectiva muy triste: pero permitidme que os diga que vos despreciáis la suerte que me estaba reservada. Hubiera yo sido clérigo, pero no pobre y oscuro: no, señor mio, Rashleigh Osbaldiston será mucho menos célebre, aunque llegue á ser el comerciante mas rico de Lóndres, que hubiera podido serlo como miembro de una Iglesia cuyos ministros, como dice un autor, caminan á la par de los reyes. Mi familia goza del favor de cierta corte desterrada, y el influjo que posee esta corte en Roma es aun mucho mayor. Mis cono-

cimientos no son inferiores á la educacion que he recibido; sin presunción, hubiera podido aspirar á una dignidad eminente en la Iglesia, y con alguna ilusion y amor propio, pudiera decir que á la mas elevada. ¿Y porqué, añadió riéndose, pues su mayor arte consistia en distraer la atencion con un chiste cuando temia haber causado alguna impresion poco favorable; porqué el cardenal Osbaldiston, de familia antigua y noble, no dispondria tal vez de la suerte de los imperios, como un Mazarino, nacido de padres oscuros y vulgares, y como un Alberoni, hijo de un jardinero italiano?

—En verdad que pudiera ser así; pero yo en lugar vuestro renunciaria gustoso á la arriesgada esperanza de encumbramiento tan precario como espuesto á la envidia.

—Tambien lo hiciera yo, repuso él, si fuera mas cierta la carrera en que voy á entrar; pero ¿cuántas cosas hay en ella cuyo resultado ignoro! En primer lugar, las disposiciones de vuestro padre respecto á mí, como no conozco su carácter, me es imposible...

—Confesad la verdad, Rashleigh; vos quisierais que os le pintara, ¿no es así?

—Ya que como Diana Vernon, recurris á mi sinceridad, os responderé francamente: sí.

—Está bien: hallaréis en mi padre un hombre que entró en el comercio no tanto con deseos de enriquecerse, como porque esta carrera le presentaba la ocasion de desenvolver su inteligencia; y si ha acumulado riquezas, ha sido porque, educado en la escuela de la sobriedad y de la templanza, no se han aumentado sus gastos con su caudal. Es hombre que aborrece el disimulo en los demás, no lo emplea nunca él, y sabe descubrir la verdad, por denso que sea el velo con que quieran cubrirla. Silencioso por hábito, no le gustan

los muy habladores, sobre todo si no se habla de su materia predilecta. Es rígido en cumplir los deberes de su religión; pero no temáis que os incomode porque la vuestra sea diferente, pues mira la tolerancia como un principio sagrado de economía política. No obstante, si sois del número de los partidarios del rey Jacobo, como presumo naturalmente en vista de vuestra religión, haréis bien en ocultárselo, porque los detesta á todos. Esclavo de su palabra, no sufre que nadie falte á ella; cumple escrupulosamente sus deberes, y quiere que todos sigan su ejemplo: para granjearse su voluntad no es menester aprobar sus órdenes, sino ejecutarlas. Su lado mas flaco es su predilección exclusiva á su estado, pasión que le impide encomiar nada que no tenga alguna relación con el comercio.

— ¡Admirable retrato! exclamó Rashleigh; Vandyck, mi querido Frank, no era mas que un embadurnador comparado con vos. Veo á vuestro señor y dueño con sus virtudes y flaquezas, amando y honrando al rey como á una especie de lord-corregidor y jefe de negocios; venerando la cámara de los Comunes por las leyes que adopta sobre la exportación, y respetando á los pares porque se sienta el lord-canciller (1) encima de un saco de lana.

— Yo hice un retrato, Rashleigh, y vos haceis una caricatura. Mas si os he descrito el mapa del país que os importaba conocer, espero que me daréis en pago algunas luces sobre la geografía de las tierras desconocidas...

— En que os hallais, me interrumpió Rashleigh: en verdad que es inútil; esto no es la isla de Calipso, plantada de floridos tilos, y ofreciendo todo el año la imájen de una eterna primavera; sino una especie de

(1) El presidente de la Cámara de los Lores.

desierto del norte, tan ajeno de escitar la curiosidad como de halagar la vista, y el cual conoceréis en toda su desnudez al cabo de media hora, como si os hiciera la mas minuciosa descripción.

— Paréceme sin embargo que alguna cosa hay en él que merece fijar la atención. ¿Qué me decís de miss Vernon? ¿No forma interesante contraste con el resto del cuadro?

Fácilmente columbré que Rashleigh quisiera dispensarse de responderme; pero las noticias que me habia pedido me daban derecho para hacerle preguntas á mi vez. No lo ignoraba Rashleigh; y obligado á seguir la senda que acababa de abrirle, procuró al menos andar por ella del mejor modo posible.—Al presente tengo menos ocasiones para estudiar el carácter de miss Vernon de las que tenia en otro tiempo, me dijo: cuando mas jóven, era yo su maestro; pero al rayar en aquella edad en que comienza nueva carrera para su débil sexo, mis diferentes ocupaciones, la gravedad del estado á que me destinaban, la naturaleza particular de sus obligaciones, en una palabra, nuestra mutua posición daba á tan constante intimidad un viso peligroso. Macho me temo que miss Vernon haya mirado mi reserva como prueba de indiferencia, mas era para mí un deber: no me costó poco dar oídos á la voz de la prudencia, y los pesares que sentia ella tal vez, á penas igualarian á los míos. ¿Pero cómo habia de continuar viviendo en la mayor familiaridad con una jóven encantadora y sensible que ha de entrar, como sabéis, en un claustro, ó aceptar la persona que le está destinada?

— ¡El claustro, ó el esposo que le está destinado! exclamé yo; ¿se halla reducida miss Vernon á semejante alternativa?

— ¡Ah! sí, dijo Rashleigh ahogando un suspiro: sin duda no necesito

preveniros contra el peligro de cultivar demasiado la amistad de miss Vernon; conocéis el mundo, y sabéis hasta qué punto os podeis entregar al encanto de su compañía sin comprometer vuestro sosiego. Pero debo advertiros que celeis sus sentimientos con tanto cuidado como los vuestros: sé por experiencia que miss Vernon es de índole ardiente y sensible, y vos mismo visteis ayer hasta donde llegan su irreflexión y desprecio á las atenciones que debemos guardar.

Por mas que pudiera haber alguna verdad en lo que decia, y que no tenia yo derecho para interpretar mal los consejos que me daba bajo el velo de la amistad, sentia en mi interior que me alegrara de batirme con él.

¡Insolente! ¡qué arrogancia en el habla! ¿acaso queria persuadirme que miss Vernon se habia prendado de su feísima estampa, y degradádose hasta el punto de necesitar la reserva y circunspección de un Rashleigh para orillar su imprudente pasión? Contúveme no obstante, y remedando por un instante su hipocresía, lamentéme con él de que una persona ajuciada y del mérito de miss Vernon tuviera una conducta tan inconveniente como decia.

—Inconveniente no, dijo Rashleigh, sino tan franca, que dejenera algunas veces en inconsecuente: y por lo demás, creedme, posee excelente corazón. Hablando francamente, si persiste en su aversión al claustro y al marido que le destinan, y me es Pluto bastante propicio para asegurarme honrada independencia, tal vez renueve entonces nuestras antiguas relaciones, y ofrezca á Diana la mitad de mi fortuna.

— Con su sonora voz y elegantes períodos, dije para mí, el tal Rashleigh es el fatuo mas feo y rematado que he visto en mi vida.

— Aunque no gustaria tampoco,

añadió Rashleigh, como hablándose á sí mismo, de suplantarlo á Thorncliff.

— ¡Suplantar á Thorncliff! exclamé con la mayor sorpresa; ¿acaso es vuestro hermano Thorncliff el marido que destinan á Diana Vernon?

— Ciertamente: por orden de su padre, y á consecuencia de cierto pacto de familia, ha de casarse con uno de los hijos de Sir Hildebrando. La corte de Roma ha concedido á Diana Vernon dispensa para enlazarse con su primo.... Osbaldiston; el nombre de bautismo está en blanco, por manera que no falta mas que elegir el feliz mortal cuyo nombre ha de llenar el claro. Así pues, como Percy, que no piensa mas que en beber, no parecia marido muy conforme, mi padre eligió á Thorncliff, y á este segundo vástago de la familia ha confiado el cuidado de no dejar extinguir la estirpe de los Osbaldistons.

— La muchacha, dije yo esforzándome por tomar un aire de chanza que me sentaba muy mal, á mi entender, hubiera podido elegir algo mas abajo en el árbol de la familia, la rama á que deseaba unirse.

— Lo dificulto, repuso él, en razón de que no hay mucho que escoger en nuestra familia. Dick es bestial, John un bruto, y Wilfredo un asno; con que me parece que mi padre no podia escoger mejor para la pobre Diana.

— Exceptuando por supuesto las personas presentes.

— ¡Oh! el estado eclesiástico al que me habian destinado, no me permitia ponerme en las filas; por lo demás no negaré que, habiendo recibido al menos una buena educación, pudiera elegirme Sir Hildebrando con preferencia á mis demás hermanos.

— ¿Y sin duda la niña tambien, eh?

— No hay que suponerlo, respondió Rashleigh, desechando esta idea con una afectación que la con-

firmaba aun mas; la amistad, la amistad sola habia estrechado los lazos que nos unian: el tierno afecto de una alma sensible para con su preceptor: el amor no se acercó á nosotros, ó por lo menos no entró en nuestros corazones, porque ya os dije que fuí prudente con tiempo.

No me hallaba muy dispuesto á seguir la conversacion; y valiéndome de un pretexto para desembarazarme de Rashleigh, retiréme á mi estancia, donde me paseaba á largos pasos, repitiendo en alta voz las espresiones que mas me habian picado. ¡Sensible!... ardiente!... tierno afecto!... amor!... ¡Diana Vernon, la persona mas encantadora que haya visto jamás, prendada de ese Rashleigh, aborto de fealdad, á quien no falta mas que una joroba para ser tan horrible como Ricardo III?... Y sin embargo, las ocasiones que tenia para hablarla durante sus malditas lecciones, la seducción de su language, su condicion, su destreza... la necedad y nulidad de sus hermanos que le dejaban el campo libre... la admiracion de miss Vernon por sus conocimientos, aunque parezca en gran manera irritada contra él; ¡sin duda á causa de la frialdad del preceptor! ¿Y qué me importa todo esto? ¿porqué me atormento y me enfurezco? ¿Acaso es Diana Vernon la primera de su sexo que haya amado y se haya casado con un hombre feo? y aun cuando fuera libre, aun cuando su mano no estuviera ya prometida, ¿qué se me da á mí tampoco? Fuera locura pensar tan solamente en enlazar mi suerte con la de ese dragon con guardapiés.

Tales reflexiones, lejos de calmar el fuego que me devoraba, no hicieron mas que abizarle, y cuando hube de bajar á comer, llevé á la mesa todo mi mal humor.

## CAPITULO XII.

Os he dicho, mi querido Tresham.

lo que ya sabiais, que mi principal defecto era un invencible orgullo que me esponia á menudo á crueles mortificaciones. Nunca habia pensado que amase á miss Vernon; no obstante, apenas me hablara Rashleigh de ella como de una mujer caprichosa que él podia tomar ó dejar á su antojo, cuando todos los pasos que habia dado esta pobre doncella, en la inocencia de su corazon, para trabar amistad conmigo, me parecieron efecto de la veleidad mas insultante. — ¡Sin duda quisiera asegurarse de mí para el caso de que el Señor Rashleigh Osbaldiston la desdeñe! pero yo le haré ver que no soy hombre que me deje embaucar... que conozco sus artificios, y los desprecio.

No reflexioné que esta indignacion, tan ridícula como impertinente, probaba no serme indiferente los atractivos de miss Vernon, y me senté á la mesa, muy irritado contra ella y contra todas las hijas de Eva.

Sorprendióse miss Vernon de oirme responder secamente á las agudezas que le ocurrían y á los rasgos satíricos que soltaba de continuo contra sus caros primos con su libertad acostumbrada; pero no sospechando que mi intencion fuese ofenderla, contentóse con burlarse de mis groseras respuestas con réplicas casi semejantes á ellas, aunque mas finas, mas corteses, y al mismo tiempo mas picantes. Por fin conoció que estaba realmente de mal humor, y ved aquí la respuesta que dió á mis arranques: — Dicen, Señor Francisco, que se puede sacar algo de bueno hasta de los discursos de un necio: oí el otro dia al primo Wilfredo que rehusaba jugar mas al palo con el primo John, porque se habia este encolerizado, y daba mas fuerte de lo que permiten las reglas del juego. No es justo, decia el honrado Wilfredo, que reciba yo palos fuertes, mientras que los que doy son únicamente para entretenernos. ¿Calais la moral de esta

historieta, Frank?

— Nunca he tenido necesidad, señora, de extraer la menor dosis de juicio que puedan tener las personas de esta familia.

— ¡Necesidad! y señora!... Me admirais, señor Osbaldiston.

— Lo siento, señora.

— ¡Que nuevo capricho es ese! ¿Hablais seriamente, ó tomais ese tono para hacer mas apreciable vuestro buen humor?

— Teneis derecho á la atencion de tantos señores en esta familia, miss Vernon, que no es cosa digna de vos el preguntar la causa de mi nulidad y de mi grosería.

— ¿Cómo? ¿luego habeis abandonado mi partido pasándoos el enemigo?

En esto echó una mirada á Rashleigh, que se habia colocado en frente de ella; y viendo que nos observaba con maligna sonrisa, añadió:

¡Harta verdad será: Rashleigh triunfa de haberme arrebatado otro amigo. Gracias al cielo, y merced al estado de dependencia en que me he hallado siempre y que me ha enseñado á sufrir sin quejarme, no me ofendo fácilmente. A fin de que no arrememos alguna disputa, me retiro mas presto de lo ordinario, y deseo que aventeis el mal humor en cuanto os levanteis de la mesa.

Dichas estas palabras, desapareció.

Apenas hubo partido, me avergonzé de mi conducta. Habia desechado ásperamente los testimonios de su benevolencia, y llegado casi á injuriar al sér encantador que no temiera esponer su reputacion por servirme, y á quien su solo sexo debiera poner al abrigo de mi brutalidad. Para combatir ó desvanecer tan penosas reflexiones, llené maquinalmente el vaso todas las veces que pasaba por delante de mí la botella.

Acostumbrado á la templanza, no tardé en sentir, en el estado en que

me hallaba ya, los funestos efectos del vino. Los bebedores de profesion, que se han como embrutecido con el frecuente uso de los licores fuertes, pueden entregarse sin temor á tales excesos, que no hacen mas que turbarles un poco la cabeza, muy débil ya antes de beber: pero los hombres que no han hecho un hábito de este espantoso vicio, que nos humilla á la par de los brutos, experimentan en un instante su terrible influencia. Mi cabeza se exaltó en breve de un modo estravagante; hablabá sin cesar; discutía lo que no sabía; contaba historias cuyo hilo perdía, y luego reía yo mismo á carcajada suelta de mi falta de memoria. Aceptaba apuestas á bulto; desafiaba á la lucha al gigante John, aunque era uno de los primeros luchadores de la comarca, y yo un aprendiz en este ejercicio.

Mi tío tuvo la bondad de precaver el resultado de mi loca embriaguez, que acabara á mi entender por romperme el pescuezo.

Ha llegado á decir la malignidad que entoné una cancion báquica; pero como no me acuerdo, y como creo que en mi vida he probado á formar un sonido, me lisonjeo de que era infundada tal calumnia: bastantes locuras hice durante mi embriaguez, y no hay para qué añadir otras en que no pensé. Sin perder enteramente el uso de la razon, perdí todo comedimiento, y la impetuosa pasion que me ajitaba se manifestó con los mas ruidosos arrebatos. Me habia sentado á la mesa triste, descontento, y decidido á guardar silencio, y el vino me puso hablador, pendenciero y colérico: disputaba con todos, contradecia cuanto decian, y sin respeto al decoro, atacaba, en la misma mesa de mi tío, sus sentimientos políticos y su religion. La moderacion que afectaba Rashleigh, sin duda para aumentar mi frenético furor, me encendió mil veces mas que los gritos.

y denuestos de sus hermanos. Debo decir, en honor de mi tío, que hizo no pocos esfuerzos para apaciguarnos; pero desconoció su autoridad en medio de la gritería que se aumentaba por momentos. Por último mi cólera desconoció todo límite, y furioso por alguna injuriosa insinuación, real ó supuesta, me arrojé de mi sitio, corrí á Rashleigh, y le di un bofetón. El filósofo mas estoico no recibiera tal insulto con mas serenidad y paciencia: contentóse con echarme una mirada de desprecio; pero Thorncliff no fué tan moderado, y viendo que su hermano no se disponía á pedir satisfaccion del ultraje, gritó que quería lavar con mi sangre la mancha hecha á su honor. Desenvainamos las espadas, y apenas nos habíamos atacado uno á otro, nos separaron los otros hermanos. No olvidaré nunca la infernal risa que encojió las facciones de Rashleigh cuando me arrastraron por fuerza dos de aquellos jóvenes titanes; encerráronme en mi sala, atrancaron la puerta con gruesas barras de hierro, y los oí con inexplicable rabia, reír á carcajadas al bajar la escalera. Probé en mi furor á romper la puerta; pero la precaucion que habian tomado hizo inútiles todos mis esfuerzos. Por fin me eché en la cama, y me dormí revolviendo proyectos terribles de venganza.

Mas el tardío arrepentimiento llegó con el día, conocí con amargura la violencia y lo absurdo de mi conducta, y tuve que reconocer que el vino me habia hecho inferior á Wilfredo Osbaldiston, á quien tan profundamente despreciaba. No templaba tan crueles reflexiones la idea de haber de disculparme de mi intempestiva cólera, y esto en presencia de miss Vernon. Las reprobaciones que tenia que hacerme por la conducta poco jenerosa que habia observado con ella durante la comida, y respecto de lo cual no podia

alegar ni aun la miserable excusa de la embriaguez, aumentaban la amargura de tales consideraciones.

Abrumado con el peso de mi vergüenza y de mi humillacion, bajé á la sala de comer, como un reo que va á oír pronunciar su sentencia. Una fuerte helada imposibilitaba la caza, y tuve la mortificacion de hallar ya toda la familia reunida al rededor de un enorme jamón, á escepcion de Rashleigh y miss Vernon. Era estremada la alegría cuando entré, y no dudaba que fuese yo el objeto de la risa: en efecto, lo que era para mí materia de pena y sentimiento parecia á los ojos de mi tío y de la mayor parte de mis primos un rasgo de alegría muy divertida. Sir Hildebrando, aunque burlándose de mis heroicas hazañas, juró que á mi edad valía mas embriagarse dos ó tres veces al día que no ir á acostarse en seco como un presbiteriano. Y para apoyar esta consoladora reflexion, llenó un descomunal vaso de aguardiente, exhortándome á tragarme el pelo de la bestia que me habia mordido.

— Déjalos que se ríen, sobrino, añadió mirando á sus hijos, déjalos que se ríen; ellos serian verdaderas sopas de leche, como tú, si yo no les hubiese enseñado á apurar las botellas.

Apesar de todas sus ridiculeces, mis primos no tenían en jeneral mal corazón; vieron que sus burlas me mortificaban, y se esforzaron, aunque con su torpeza ordinaria, en disipar la penosa impresion que habian producido en mí. Solo Thorncliff permanecía á parte, y parecia taciturno y pensativo: este jóven me habia mostrado siempre cierto desapego, y nunca me habia manifestado aquellas atenciones toscas, pero benévolas, que recibiera algunas veces de sus hermanos. Si era verdad, lo que principiaba á dudar, que le destinaban para esposo de miss Vernon, quizás le habia puesto en cuidado la

predileccion que me mostraba al parecer esta muchacha, y teniendo que llegase á ser un rival peligroso, debió de concebir celos y cobrarme ojeriza.

Entró por fin Rashleigh, con aire ceñudo y meditabundo: un no sé qué lóbrego y opaco esparcido en su fisonomía probaba que no habia olvidado el deshonoroso insulto que le hiciera. Habia pensado ya en la conducta que debia guardar en tal ocasion, y habiendo logrado moderarme, creía que el verdadero honor no consistia en batirme para probar que tenia razon, cuando era demasiado evidente que habia procedido mal, sino en escusarme noblemente de una injuria tan desproporcionada á todas las provocaciones que pudiera alegar.

Alí pues al encuentro á Rashleigh, y le manifesté lo mucho que sentia la violencia de que me habia dejado llevar la víspera.

— Nada en el mundo, dije, fuera capaz de arrancarme una sola palabra de disculpa; nada mas que la voz de mi conciencia que me afea mi conducta. Espero que mi primo aceptará la sincera seguridad de mi sentimiento, y tendrá á bien considerar que mis faltas provenian en gran parte de la excesiva hospitalidad de Osbaldiston-Hall.

— Será amigo tuyo, muchacho, exclamó el bueno de Sir Hildebrando en la sinceridad de su corazón; será amigo tuyo, ó lléveme el diablo si te llamo mas hijo mio. Rashleigh, ¿por qué te has quedado ahí plantado como un tronco? *Lo siento*: vaya, por todos los diablos, que es cuanto puede hacer un hidalgo, si causa algun desmán despues de beber algun traguillo: yo he servido, y creo que algo se me ha de alcanzar en negocios de honor. No se hable mas de ello, é irémos todos juntos á cazar el tejón en Birkenwood-Bank.

El semblante de Rashleigh, como he dicho ya, tenia un carácter parti-

cular, y en mi vida habia visto fisonomía semejante: pero esta singularidad no tanto consistia en las facciones como en el modo de cambiar su expresion. En el tránsito de la alegría al dolor, del resentimiento á la satisfaccion, hay un leve intervalo, antes que la pasión dominante respire en todas las facciones, con esclusión absoluta de aquella á la cual reemplaza. Así como la dudosa luz del crepúsculo separa el fin de la noche del nacimiento del sol, así hay una especie de indecision en el carácter de la fisonomía, mientras que los músculos se deshinchán, que se despeja la frente, que vuelven los ojos á tomar su brillo, y que todo el rostro echando las nubes que lo encapotaban, recobra un aire sosegado y sereno. La de Rashleigh no pasaba por tales gradaciones, sino que tomaba sucesivamente y de golpe la expresion de aquellas dos pasiones contrapuestas; como mudan á la vista una decoracion, cuando á un silbido del maquinista, desaparece una roca, y se alza un palacio.

Noté particularmente en esta ocasion semejante singularidad. Cuando entró Rashleigh, estaban pintadas en su rostro todas las pasiones rencorosas; oyó mis disculpas y la exhortacion de su padre sin que hiciera la menor mudanza su fisonomía: pero en cuanto acabó de hablar Sir Hildebrando, desapareció de repente la lóbrega nube que cubría la frente de Rashleigh, y me manifestó con el tono mas cortés y afable que estaba perfectamente satisfecho de las disculpas que queria darle.

— ¡Dios mio! dijo, á mí mismo se me pone una cabeza tan débil cuando bebo mas de lo que suelo, que no tengo, como el buen Casio (1), mas que una idea muy vaga de la confusion que reinó ayer tarde. Me acuerdo

(1) Uno de los personajes de la tragedia *Otelo*.

así por encima, pero distintamente de nada. — Una querella, y no otra cosa. Así, mi querido primo, añadió apretándome amistosamente la mano, imaginad la grata sorpresa que me cabe al ver que recibo disculpas en vez de tener que darlas. No hablemos mas de esto; sería muy loco en querer examinar minuciosamente una cuenta cuyo saldo, que podía estar contra mí, se halla tan inopinadamente á mi favor. Estáis viendo, señor Frank, que tomo ya el lenguaje de Lombard-Street, y que me preparo á llenar dignamente mi nueva profesion.

Iba á responder, y levantaba los ojos que la vergüenza me habia hecho bajar, cuando encontré los de miss Vernon, que, habiendo entrado silenciosamente durante la conversacion, la habia estado escuchando. Aturdido, confuso, incliné la cabeza sin decir una sola palabra, y fui á tomar tristemente mi lugar al lado de mis primos, á quienes no habia cesado de ocupar exclusivamente el desayuno.

Mi tio no desperdió esta ocasion de darme, así como á Rashleigh, una leccion moral, y nos aconsejó seriamente que nos corrijiésemos de nuestros ridículos hábitos de sopa de leche, segun su espresion, que nos acostumbraríamos á los efectos del vino, á fin de evitar las disputas y los golpes, y que principiásemos por apurar regularmente un azumbre de porto; lo que con la ayuda de la cerveza de marzo y algunos vasos de aguardiente, bastaba para novicios en el arte de beber. Para alentarnos, nos aseguró que habia conocido muchos hombres que llegaran á nuestra edad sin haber bebido jamás tres vasos de vino, y que sin embargo, juntándose con buena compañía, y siguiendo los buenos ejemplos, habian llegado á adquirir brillante reputacion en este jénero, pues apuraban tranquilamente sus seis botellas sin

perder la razon, y sin hallarse incomodados á la mañana siguiente.

A pesar de la sabiduria de este consejo, y de la brillante perspectiva que me hacia vislumbrar, lo utilicé muy poco, y aunque parecia escuchar á mi tio, mi atencion estaba en otra parte. Cuantas veces me arriesgaba á volver los ojos al lado de miss Vernon, observaba que sus miradas estaban fijas en mí, y leia en su fisonomía la espresion de la compasion, y al mismo tiempo del disgusto. Buscaba modo de entrar en explicacion con ella, y darle mis disculpas, cuando me dió á entender que estaba determinada á ahorrarme el trabajo de solicitar una entrevista: — Primo Frank, dijo ella, llamándome con el mismo título que solia dar á los otros Osbaldistons, aunque hablando propiamente no fuese prima mía; se me ha presentado una dificultad esta mañana en un pasaje de *la Divina comedia* del Dante; ¿tendréis la bondad de subir á la biblioteca para explicármelo? Cuando me hayais descubierto el sentido del oscuro Florentino, os juntaréis con estos señores, y veréis si sois igualmente feliz en descubrir la guarida del tejón.

Respondíle que estaba dispuesto á seguirla al punto, y Rashleigh ofreció acompañarnos. — Soy mas apto, nos dijo, para buscar el sentido del Dante al través de las metáforas y de la oscuridad de su estilo, que para echar á un pobre anacoreta de su madriguera.

— Perdonad, Rashleigh, dijo miss Vernon; mas como vais á ocupar el lugar del señor Frank en la casa de banco de Londres, debéis cederle la educacion de vuestra alumna en Osbaldiston-Hall. Sin embargo os llamaremos si es necesario; con que no os pongáis tan serio: por otra parte es una vergüenza que no conozcáis mejor la caza. ¿Qué haréis si os pregunta vuestro tio cómo cazais el tejón?

— ¡ Ah! Diana, es mucha verdad, dijo sir Hildebrando despidiendo un suspiro: si Rashleigh hubiera querido adquirir, como sus hermanos, los conocimientos útiles, pareceme que en buena escuela se hallaba; pero las gramáticas francesas, los libros y los hanoverianos, lo han trastornado todo en la antigua Inglaterra. Vamos, Rashie (1), vamos, vente con nosotros, y lleva mi venablo: tu prima no necesita de tí por ahora, y no quiero que contradigan á mi Diana; no quiero que se diga que no habia mas que una mujer en Osbaldiston-Hall, y que murió por no hacer su voluntad.

Rashleigh obedeció á su padre, y le siguió despues de decir á media voz á Diana: — Supongo que será discrecion no olvidar hoy que me acompañe la cortesana *ceremonia*, y tocar á la puerta de la biblioteca antes de entrar.

— ¡ No, no, Rashleigh, dijo miss Vernon, dejad el falso atavío llamado *disimulo*, pues es el medio mas seguro para que consigais libre entrada en nuestras clásicas conferencias.

Dichas estas palabras, tomó el camino de la biblioteca, y yo la seguí... iba á decir, como un reo á quien llevan al cadalso; pero me parece que he empleado ya esta comparacion una ó dos veces, y así la suprimo: digo pues, sin comparacion, que la seguí temblando, y con una turbacion que diera cuanto hay en el mundo por poder vencer. Muy inoportuna debió de parecerme en tal ocasion; porque habia respirado bastante tiempo el aire del continente para saber que la lijereza, el galanteo y la resolucion son las tres prendas necesarias que deben distinguir al feliz mortal á quien honra con una conferencia particular una doncella hermosa.

Mas por esta vez pudieron mas mis sentimientos ingleses que mi educa-

cion francesa; y creo que hice tristísima figura, cuando, sentándose majestuosamente miss Vernon en el sitial de la biblioteca, como un juez que va á oír importante causa, me hizo señal de que tomase una silla frontera á ella, lo cual ejecuté, temblando como el pobre diablo que se ve en el banquillo del patibulo; y principió ella la conversacion con amarga ironía.

### CAPITULO XIII.

— En verdad, señor Frank Osbaldiston, dijo miss Vernon con el aire de una persona que creia haber adquirido el privilegio de chancearse; en verdad que nos habeis vencido á todos. No creyera que fueseis tan digno de vuestra noble familia, y la jornada de ayer os ha cubierto de gloria: habeis dado pruebas de mereceis entrar en la distinguida corporacion de Osbaldiston-Hall: son irrevocables, y vuestro ensayo ha sido un golpe maestro.

— Conozco mis faltas, miss Vernon, y cuanto puedo decir para justificar mi impertinencia; es que habia recibido noticias que ajitaron mi ánimo: no niego que me porté del modo mas absurdo y descortés.

— ¿Cómo es eso? repuso el inflexible juez; no os haceis justicia. Por lo que he visto y lo que oí despues, habeis manifestado en una sola tarde todas las prendas peregrinas que distinguen á vuestros primos: la dulzura y la urbanidad de Rashleigh, la serenidad de Thorncliff, la templanza de Percy, la paciencia de John, el arte de las apuestas de Dickon; y sobre todo lo mas admirable, es haber escojido el tiempo, el lugar y las circunstancias para mostrar tan raras dotes, con una sagacidad digna de Wilfredo.

— Compadeceos un poco de mí, miss Vernon, le dije; confieso que miro como bien merecida la leccion, considerando sobre todo de que parte

(1) Diminutivo de Rashleigh.

me viene. Perdonadme, si para disculpar una extravagancia de que no soy habitualmente culpable, me atrevo á citaros la costumbre de la casa y del pais; estoy lejos de aprobarla; pero tenemos la autoridad de Shakspear, quien dice que el buen vino es una amable criatura, y que tarde ó temprano engaña á todos los hombres.

— Sí, señor Francisco: pero Shakspear pone ese panejirico ú ápolojía en boca del mayor malvado que ha trazado su pincel. No quiero sin embargo abusar de la ventaja que me da vuestra cita, abrumándoos con la respuesta con que Casio refuta á Yago (1): solamente no quiero que ignoreis que sentia este ver á un jóven lleno de luces y esperanzas sumergirse en un lodazal donde se zambullen todos los dias los habitantes de esta casa.

— Os aseguro que no hice mas que meter por un instante el pié, miss Vernon, y reconozco sobrado á costa mia cuán asqueroso es para no dar ya ni un paso en él.

Si tal es vuestra resolucíon, repuso, es prudente, y no puedo menos de aprobarla: hallábame sin embargo tan atormentada de lo que habia oido decir, que no he podido prescindir de esplicarme con vos, antes de hablaros de lo que me atañe particularmente. Os condujisteis ayer conmigo durante la comida de un modo que me hizo creer que os han dicho algunas cosas respecto á mi persona, que quizá han disminuido la estimacion que me mostrarais. ¿Tendréis la bondad de esplicaros claramente acerca de esto?

Yo me quedé atónito, porque me hacia esta pregunta tan clara y terminante con el tono de un hombre que pide á otro la esplicacion de su conducta de un modo fuerte, pero político, mas bien que con el de una

(1) En el Ocelo.

doncella de diez y ocho años que se dirige á un jóven: estaba despojada de circunloquios, de aquellos rodeos y perifrasis que acompañan de ordinario á las esplicaciones entre personas de diferentes sexos.

Hallábame en el mayor embarazo; porque acordándome con serenidad de los discursos de Rashleigh, veíame obligado á confesar que, aun suponiendo que fuesen fundados, hubieran debido escitar en mi alma un sentimiento de compasion hácia miss Vernon, antes que pueril resentimiento; y aun cuando pudiera justificar completamente mi conducta, seríame arduo repetir lo que debia herir tan vivamente la altivez de Diana. Vió esta que vacilaba en responder, y me dijo con tono decidido y resuelto, aunque con moderacion:

— Me parece que el señor Osbaldiston convendrá en que tengo derecho para pedir tal esplicacion: faltanme parientes; no tengo amigos que me defiendan, y es justo que me permitan defenderme á mí misma.

Esforzéme con muy poca maña á achacar mi grosera conducta á cierta indisposicion que me causaron unas cartas muy duras que habia recibido de Londres: ella me dejó acabar mis excusas, sin apiadarse de mi embarazo y confusion, y las escuchó con la sonrisa de la incredulidad.

— Ahora que habeis recitado, señor Frank, vuestro prefacio de excusas con la poca gracia de todos los prólogos, tened á bien levantar la cortina y enseñarme lo que deseo ver. En una palabra, hacedme saber lo que ha dicho de mí Rashleigh, porque él es quien mueve siempre todas las máquinas de Osbaldiston-Hall.

— Mas suponed que me haya dicho algo, miss Vernon: ¿qué no merece el que vende los secretos de una potencia revelándolos á otra potencia aliada?... Porque vos misma me dijisteis que Rashleigh era aun alia-

do vuestro, aunque no fuese amigo.

— Ruégoos que os dejéis de evasiones y de chanzas tocante á esta materia, porque no tengo ni paciencia, ni gana de escucharlas. Rashleigh no puede, ni debe, ni se atreveria á decir de Diana Vernon cosas que no pueda yo escuchar: es verdad que hay secretos entre nosotros, pero de estos secretos no os habré hablado, porque no es á mí á quien interesan personalmente.

Mientras que hablaba, habia yo recobrado mi serenidad, y tomé al punto la determinacion de no revelar lo que me habia dicho Rashleigh como en confianza, pareciéndome que era bajeza repetir una conversacion particular; mucho mas cuando miss Vernon no podia sacar ninguna ventaja de mi indiscrecion, y al contrario, la hubiera aflijido en vano. Respondí pues gravemente que no habia tenido con el señor Rashleigh mas que una plática familiar, y le protesté que no me habia dicho nada que me dejara contra ella impresion alguna poco favorable. Añadí que esperaba que se contentaria con esta seguridad, y no exijiria de mí pormenores que el honor me obligaba á pasar en silencio.

— ¡ El honor! exclamó lanzándose de su silla con el temblor y la viveza de una Camila pronta á volar al combate; ¡ el honor! el mio es el que se halla comprometido: dejaos de rodeos, porque serán inútiles; lo que necesito es una respuesta positiva.— Tenia las mejillas coloradas, el rostro encendido, y sus ojos centelleaban...— Pido, añadió con una voz que despedazaba el corazon; pido una esplicacion, que una mujer bajamente calumniada tiene derecho para pedir á un hombre que se llama pundonoroso; que una criatura sin madre, sin amigos, sin guía ni proteccion, sola en el mundo, tiene derecho para exigir de un sér mas venturoso que ella, en nombre del Dios que los ha envia-

do á este suelo, á él para gozar, y á ella para padecer. No me neguéis mi demanda, ó, añadió levantando los ojos al cielo, quedaré vengada de vuestra denegacion, si hay alguna justicia en la tierra ó en el cielo.

Aturdióme su vehemencia: pero conocí que despues de semejante apelacion, debia desterrar mi escrupulosa delicadeza, y le repetí en pocas palabras la conversacion que habia tenido con Rashleigh.

Así que vió que consentia en satisfacerla, sentóse y me escuchó con sosiego, y cuando yo me detenia para buscar algun modo delicado de darle á entender lo que debia al parecer causarle demasiada impresion, me decia al punto:

— Continúad, os ruego que continúeis; la palabra primera que se presenta á la imaginacion es la mas clara, y de consiguiente, la mejor. No os dé cuidado ser yo á quien os dirijís; habladme como hablarais á un tercero desinteresado en el asunto.

Tanto me instó, que le repetí lo que me habia dicho Rashleigh de un arreglo de familia que la obligaba á casarse con un Osbaldiston, y la eleccion que hicieran de Thorncliff. Hubiera querido no decir mas; pero su penetracion descubrió que le ocultaba todavía alguna cosa, y aun pareció adivinar lo que era.

— No está ahí todo: Rashleigh os ha dicho algo mas, algo que le concierne particularmente, ¿no es así?

— Me dió á entender que, sin la repugnancia que sentia á suplantar á su hermano, deseara, ahora que su nueva carrera le permitia tomar estado, que el nombre de Rashleigh llenase el blanco que se encuentra en la dispensa, en vez del de Thorncliff.

— ¡ De veras! repuso; ¿tan condescendiente fué? Eso es demasiado honor para su humilde criada..... y sin duda supondrá que se alegraria Diana Vernon de que se efectuase

esa sustitucion.

— Hablando con franqueza, así me lo dió á entender, y aun llegó á decir...

— ¿Qué?... ¡decídmelo, todo! exclamó precipitadamente.

— Que atajó la intimidad que reinaba entre vos y él, por temor de que orijinase un afecto del cual no le permitia aprovecharse el ir para la iglesia,

— Le agradezco su prevision, repuso miss Vernon, cuyas facciones todas manifestaban el mas profundo desprecio. Reflexionó por un instante, y continuó con la mayor serenidad: — No me admira nada de cuanto habeis dicho; y esperaba poco mas ó menos la relacion que acabais de hacerme, porque, á escepcion de una sola circunstancia, es la pura verdad. Mas así como existen venenos tan activos, que bastan algunas gotas para corromper toda una fuente, así hay en las revelaciones de Rashleigh una horrible impostura capaz de inficionar el mismo pozo donde se oculta la verdad. Conociendo á Rashleigh, y teniendo para ello sobrados motivos, nada en el mundo fuera capaz de inspirarme la idea de enlazarme con él. — No, exclamó estremeciéndose de horror, no, todo, todo antes que enlazarme con Rashleigh; antes con el borracho, con el quere-llista, con el imbécil; los prefiero mil veces á él; y mas antes el convento, mas antes la cárcel, mas antes la tumba que ninguno de los seis.

Entrañaba el sonido de su voz cierto acento melancólico que correspondia con la agitacion de su alma y con la singularidad de su situacion: tan jóven, tan hermosa, sin esperiencia, abandonada á sí misma, no teniendo ni una sola amiga cuya presencia pudiera servirle de proteccion, privada hasta de aquella especie de defensa que saca su sexo de los modales y atenciones que se usan en el mundo, apenas será una

metáfora si digo que se me derretia por ella el corazon. Sin embargo habia una especie de dignidad en su desden por las vanas ceremonias, de grandeza en su desprecio á la impostura, de resolucion y valor en el modo como contemplaba los peligros que la rodeaban; una especie en fin de heroísmo en su conducta, que me inspiraba al mismo tiempo la mas viva admiracion. Diríase que era una princesa abandonada por sus vasallos y privada de su poder, pero despreciando todavía aquellas atenciones, aquellas reglas de sociedad establecidas para las personas de nacimiento inferior, y conservando, en medio de todos los obstáculos, una alma firme, una constancia inalterable, y poniendo su confianza en la justicia del cielo.

Quise manifestarle el sentimiento de pasmo y compasion que me inspiraban sus desgracias y su constancia; pero me interrumpió:

— Os dije chanceándome que no me gustaban los cumplimientos, me dijo; y hoy os digo seriamente que desdeno los consuelos. Lo que he tenido que sufrir, ya lo he sufrido; y lo que me resta que sufrir, sufrirlo si puedo. La estéril piedad no alijera la carga que pesa sobre el infeliz esclavo; no existia en el mundo mas que un solo sér que pudiera socorrerme, y es el que prefirió aumentar aun mi miseria, Rashleigh Osbaldiston.... Sí, hubo un tiempo en que hubiera podido amar á este hombre; pero, ¡gran Dios! el motivo por el cual se insinuó en la confianza de una pobre criatura enteramente aislada; el ahínco con que se esforzó en arastrarme al precipicio que ahondaba bajo mis piés, sin dar un solo instante oídos á la voz de los remordimientos ó de la piedad; el horrible motivo que le movia á querer convertir en ponzoña el alimento que daba á mi alma.... ¡ó Dios mio! ¿qué fuera de mí en este mundo y en el otro, si

ayera en los lazos de este infame malvado?

Hicieronme tanta impresion estas palabras y la nueva perfidia que descubrian á mis ojos, que me levanté sin saber casi lo que hacia; puse la mano en el puño de mi espada, y corrí á la puerta de la sala en busca de aquel en quien debia descargar mi justa indignacion. Respirando apenas y con unas miradas en que habia reemplazado á la espresion del resentimiento y del desprecio la de la mas viva conmocion, precipitóse mis Vernon entre la puerta y mi persona.

— ¡Deteneos, exclamó, deteneos! Por justo que sea vuestro resentimiento, no sabeis aun la mitad de los secretos de esta peligrosa cárcel. Miró con zozobrosa vista en torno de la sala, y bajando la voz: Hay aquí un encanto que protege su vida, me dijo; y no podeis atacarle sin comprometer la existencia de otras personas: á no ser por esto, en algun momento terrible, en alguna hora señalada por la justicia, esta mano, tan débil como es, se hubiera tal vez vengado por sí propia. Os he dicho, añadió reconduciéndome á mi sitio, que no necesitaba de consolador; os digo que no necesito de vengador.

Sentéme, reflexionando maquinalmente en lo que me decia, y acordándome tambien de que no habia considerado en el primer arrebato, como no poseia ningun título para constituirme campeón de mis Vernon. Detúvose esta un momento para que ambosuviésemos tiempo de sosegarnos, y luego continuó en tono mas tranquilo:

— Os he dicho ya que hay aquí un arcano de fatal y peligrosa naturaleza que concierne á Rashleigh: por mas infame que sea, y aunque sabe él que no me es desconocida su maldad, no puedo, no me atrevó á romper con él, ni aun á despreciarle. Vos tambien, señor Frank, debeis armaros de paciencia, inutilizar sus artificios, o-

niéndoles la prudencia, ir siempre alerta; pero sin estrépito, sin violencia, y evitando sobre todo escenas tales como las de ayer tarde, porque serian para él peligrosas ventajas de que no dejaria de aprovecharse. Este era el consejo que queria daros, y con tal intento deseaba tener plática con vos; pero he estendido mi confianza mas allá de lo que me habia propuesto.

Aseguróle que no tendria motivo para arrepentirse de ello.

— Lo creo, repuso; vuestro tono, vuestras palabras, autorizan al parecer la confianza. Continuemos siendo amigos; no temais que la amistad sea entre nosotros un nombre especioso para ocultar otro sentimiento: educada siempre con hombres, avezada á pensar y obrar como ellos, me cabe mas de vuestro sexo que del mio. Por otra parte, el claustro es mi herencia; el velo fatal está suspendido sobre mi cabeza, y podeis creer que para desviarlo no me someteré jamás á la odiosa condicion que me han prescrito. No ha llegado todavía el tiempo en que debo declararme, y si no he rehusado ya abiertamente el esposo que me proponen, ha sido por gozar de mi libertad todo el tiempo que me sea posible. — Y ahora que está aclarado ya el pasaje del Daute, os ruego que vayais á ver qué ha sido de nuestros intrépidos cazadores, porque mi débil cabeza me incomoda tanto, que no me es posible acompañaros.

Salió de la biblioteca, pero no para ir en busca de mis primos: necesitaba tomar el aire y calmar mi espíritu antes de encontrarme con Rashleigh, cuyo horrible carácter me acababan de desembozar, y cuya profunda perversidad me habia inspirado un horror que me fuera imposible vencer en el primer momento. El plan de emprender la educacion de una desgraciada huérfana, de su propia familia, y privada de protectores, con

el pérfido deseo de seducirla; este plan, espuesto á mis propios ojos con todo el calor de un virtuoso resentimiento por la inocente criatura á quien queria hacer víctima de su brutalidad; este plan me parecia mil veces mas atroz que la mas horrible de las historias que habia oido contar en Burdeos, y conocia que me seria muy difícil encontrar á Rashleigh y contener la indignacion que hervia en mi pecho. Sin embargo era absolutamente necesario que la tuviese á raya, no solamente á causa de las misteriosas palabras de Diana, que me habia dicho que no podia asechar contra su existencia sin comprometer la de otros, sino tambien porque carecia de motivo aparente para moverle la pendencia.

Resolví pues imitar el disimulo de Rashleigh durante el tiempo que siguiere él viviendo con nosotros, y cuando estuviere en vísperas de partir para Lóndres, escribir á Owen á fin de trazarle un ligero bosquejo de su carácter, y advertirle que anduviese alerta y celase los intereses de mi padre. No dudaba que la avaricia y la ambicion debian de dominar aun mas que la disolucion en una alma corrompida como la de Rashleigh. La enjerfa de su carácter, y la facilidad con que sabia cubrirse con la máscara de todas las virtudes, asegurábanle, de parte de mi padre un grado de confianza del cual no era probable que dejase de abusar por buena fe ó reconocimiento. La comision que me imponia el deber era muy delicada, particularmente en mi posicion, pues el descrédito en que queria poner á Rashleigh pudiera atribuirse á la envidia ó al despecho de verle tomar mi puesto en los bufetes y en el cariño de mi padre. No obstante, como tal carta era absolutamente necesaria para precaver funestas consecuencias, y como por otra parte conocia la prudencia y discre-

ción de Owen á quien estaba resuelto á dirigirla, apresuréme á escribirla, y la envié al correo por la primera ocasion.

Cuando volví á ver á Rashleigh, me pareció que se hallaba alerta como yo y dispuesto á evitar todo pretexto de disputa entre nosotros. Recelábase sin duda que la conversacion que habia yo tenido con miss Vernon no le habia sido muy favorable, aunque ignoraba si me habia revelado la infamia de sus procedimientos y del proyecto que formara. Durante los pocos dias que permaneció aun en Osbaldiston-Hall, advertí dos circunstancias que me admiraron. La primera fué la facilidad casi increíble con que aprendió los principios elementales de su nueva profesion; principios que estudiaba sin tregua, haciendo de cuando en cuando alarde de sus progresos, como indicándome que baltaba muy leve la carga que no me habia yo creído capaz de sostener. La segunda circunstancia notable fué que, á pesar de cuanto me dijera miss Vernon de Rashleigh, solian tener juntos largas conferencias en la biblioteca, aunque apenas se hablaban cuando estaban con nosotros, y aunque no reinase al parecer entre ellos mas intimidad que de ordinario.

Cuando llegó el dia de la partida de Rashleigh, su padre se despidió él con indiferencia, sus hermanos con la alegría mal disfrazada de estudiantes que ven partir á su preceptor y que experimentan un placer que no se atreven á manifestar, y yo mismo con fria política. Cuando se acercó á miss Vernon para abrazarla, retrocedió ella con aire altivo y desdeñoso, pero le tendió la mano diciéndole: — Adios, Rashleigh; el cielo os recompense el bien que habeis hecho, y os perdone el mal que habeis meditado.

— Amen, hermosa prima, repuso él con la traza de hipócrita que sacó

del colejio de *Saint-Omer* (1): ¡dichoso aquel cuyos buenos fines llegaron á sazón, y cuyas malas intenciones murieron apenas nacidas!

Y partió pronunciando estas palabras. — ¡Hipócrita rematado! dijo miss Vernon cuando, cerrando la puerta, se quedó conmigo: ¡qué semejanza exterior puede haber entre lo que despreciamos y lo que mas apreciamos!

Habia entregado á Rashleigh una carta para mi padre y algunas líneas para Owen, prescindiendo de la carta particular de que he hablado, y que creí mas prudente enviar por el correo. En estas cartas hubiera sido natural que diese á entender á mi padre y á mi amigo como no sacaba mas provecho de mi residencia en casa de mi tío que aprender la caza, y olvidar, en medio de lacayos y criados de caballeriza, los conocimientos ó luces que pudiera tener. Hubiera sido natural que manifestase el fastidio y disgusto que experimentaba entre unos entes que no se ocupaban mas que de perros y caballos; que me quejase de la destemplanza habitual de la familia, y de las persecuciones de Sir Hildebrando para hacerme seguir su ejemplo.

Este último punto en particular no hubiera dejado de poner en cuidado á mi padre, cuya primera virtud era la sobriedad; y tocar esta cuerda fuera ciertamente abrirme las puertas de mi prision y abreviar mi destierro, ó al menos asegurar una mudanza de residencia; y no obstante es mucha verdad que no dije ni una sola palabra de todo esto en las cartas que escribia á mi padre y á Owen. Aunque fuera Osbaldiston-Hall Atenas en toda su gloria y esplendor, y aunque estuviera poblado de héroes, de sabios y de poetas, no manifestara menos deseos de abandonarle.

Por pocas que sean las chispas

(1) Rashleigh fué criado por los Jesuitas en Saint Omer.

que os queden, mi querido Tresham, del ardor y entusiasmo de la juventud, fácil os será esplicar mi silencio. La estremada belleza de miss Vernon, de la cual se envanece tan poco; su situacion novelesca y misteriosa; las desgracias que al parecer habia experimentado, y que todavía la perseguían; el valor con que las sufría; sus modales mas francos de lo que lo son regularmente los de su sexo, pero probando por esto mismo la inocencia y el candor de su alma; y sobre todo, la distincion lisonjera con que me honraba: todo se aunaba á un tiempo mismo para escitar mi interés, mover mi curiosidad, ejercitar mi imaginacion, y lisonjear mi vanidad. No osaba confesarme á mí mismo todo el interés que me inspiraba; ni la impresion que habia hecho en mi pecho. Lefamos, paseábamos juntos: tareas, placeres, diversiones, todo era comun entre nosotros. Volvió á tomar el curso de estudios que se viera obligada á interrumpir cuando su rompimiento con Rashleigh, bajo los auspicios de un maestro cuyas miras eran mas acendradas, aunque mas limitadas sus luces.

No me hallaba en estado de dirigirla en algunos estudios profundos que habia principiado con Rashleigh, y que cuadraban á mi entender mucho mas con un eclesiástico que con una mujer. No concibo con qué objeto quiso que corriese Diana el laberinto oscuro y sin salida que han llamado filosofía, y el círculo de las ciencias igualmente abstractas, aunque mas ciertas, de las matemáticas y de la astronomía, á menos que no fuese para confundir en su mente la diferencia entre los sexos, y acostumbrarla á las sutilezas del racionio, de lo cual podia servirse luego para conducirla á sus miras. Con el mismo intento, aunque con menos finura y disimulo, habian animado las lecciones de Rashleigh á miss Vernon á hacerse superior á aquellas atenciones, y

á desdeñar aquellas vanas formas de que se rodea su sexo como de una valla. Es verdad que, separada de la sociedad de las mujeres, y careciendo hasta de una compañera, no podía ni rejirse por el ejemplo de las otras, ni aprender las reglas ordinarias de conducta que el uso prescribe á su sexo. Mas era tal sin embargo su natural modestia y la delicadeza de su alma para distinguir lo bueno de lo malo, que no hubiera nunca adoptado las osadas y caballerescas maneras que tanta sorpresa me causarían en el primer momento, si no le hicieran creer que el desprecio á los estilos comunes indicaba á la vez superioridad de juicio y la noble confianza de la inocencia. Su vil preceptor dirigía sin duda sus intentos á minar las murallas que el recato y la prudencia levantan en derredor de la virtud; pero no descubramos todos sus crímenes; ya hace tiempo que ha respondido al merecido cargo ante el tribunal supremo.

A mas de los progresos que miss Vernon, cuyo vivo y penetrante discurso comprendía al punto cuanto querían explicarle, habia hecho en las ciencias abstractas, no la encontraba menos versada en la antigua y moderna literatura. Si no fuese sabido que los injenios descollantes se perfeccionan muchas veces con tanta mayor presteza cuanto menos tienen que esperar del estado que los rodea, seria casi imposible el creer la rapidez de los progresos de miss Vernon; y aun parecían mas extraordinarios, cuando se comparaba la instruccion que habia sacado de los libros, con su total ignorancia del mundo y de la sociedad. Diríase que lo sabia, que lo conocia todo, á escepcion de lo que pasaba á su rededor en el mundo; y creo que esta misma ignorancia en las materias mas sencillas, contrastando de un modo tan notable con los estensos conocimientos que poseía, era lo que hacia tan embelesan-

te su conversacion y fijaba la atencion en cuanto decia; porque era imposible prever si la palabra que iba á pronunciar manifestaría la penetracion mas sutil ó la singularidad mas profunda. Hallarse sin cesar con objeto tan amable, tan interesante, y vivir con él en la mayor intimidad, era para mi edad situacion muy crítica, aunque tratase yo de apartar el riesgo de mi vista.

#### CAPÍTULO XIV.

LA vida que llevábamos en Osbaldiston-Hall era sobrado uniforme para que merezca describirse. Diana Vernon y yo dedicábamos la mayor parte del tiempo al estudio: el resto de la familia pasaba todo el día cazando, y algunas veces nos reuníamos nosotros con ellos. Mi tío todo lo hacia por costumbre, y por costumbre tambien se hizo tanto á mi presencia y á mi jénero de vida, que creo que me amaba tal cual era: sin duda me granjeara mas fácilmente su aprecio, si empleara para ello los mismos artificios que Rashleigh, quien prevaleándose de la aversion de su padre á los negocios, se habia insinuado insensiblemente en la administracion de sus bienes. Mas aunque prestaba de buena gana á mi tío el socorro de mi pluma y de mis conocimientos en aritmética cuantas veces deseaba escribir una carta á un vecino, ó arreglar cuentas con algun arrendador, sin embargo no queria por delicadeza encargarme enteramente del manejo de los negocios; por manera que el buen caballero, aunque convenia en que el sobrino Frank era un jóven hábil y zeloso, no dejaba nunca de observar al mismo tiempo que no creyera que le fuese tan necesario Rashleigh.

Como es cosa muy desagradable vivir en una familia, y estar desavenido con los miembros que la componen, hice algunos esfuerzos para

granjearme la amistad de mis primos. Cambié mi sombrero con presilla de oro por un gorro de caza, de lo cual se alegraron: domé un caballo jóven con tal brio que me capté en gran parte la estimacion de la familia. Dos ó tres apuestas perdidas con Dick, y una ó dos botellas apuradas con Percy, me conciliaron por fin la amistad de todos los jóvenes *Squires*, á escepcion de Thorncliff.

He hablado ya del desapego que me mostraba este jóven, que poseyendo un poco mas de juicio que sus hermanos, tenia tambien peor carácter que ellos. Aspero, taciturno y querellista, mostrábase descontento de mi residencia en Osbaldiston-Hall, y miraba con envidia y zelos mi intimidad con Diana Vernon, la que, á consecuencia de cierto pacto de familia, le estaba destinada por esposa. Decir que la amaba, seria profanar esta palabra; pero la miraba en algun modo como propiedad suya, y no queria, empleando su estilo, que nadie fuese á cazar en sus tierras. Probé no pocas veces á ver de reconciliarme con Thorncliff; pero él desechó mis tentativas de un modo tan gracioso casi como el de un alano que gruñe sordamente y parece pronto á morder cuando un forastero quiere acariciarle. Abandonéle pues á su mal humor, y no me tomé la molestia de sosegarle.

Tal era mi situacion respecto de los diferentes miembros de la familia; mas debo hablar tambien de otro habitante del alcázar con quien conversaba de cuando en cuando; era Andrés Listo-á-todo, el jardinero, quien desde que habia sabido que era yo protestante, no me dejaba pasar nunca sin abrimme amistosamente su caja escocesa. Sacaba él muchas ventajas de semejante política; en primer lugar no le costaba nada, porque yo nunca tomaba tabaco; y á mas era excelente excusa para Andrés, que gustaba de interrumpir de cuando en

cuando su trabajo para apoyarse durante algunos minutos sobre su azada, y sobre todo para hallar ocasion, en las cortas paradas que hacia cerca de él, de divulgar las noticias que habia adquirido ó las satiricas observaciones que le sujeria su carácter mordaz.

Digoos pues, señor mio, me repitió una tarde con el aire de importancia que tomaba siempre cuando tenia que anunciarme algun noticion; dígoos que estuve esta mañana en Trinlay-Knowe.

— Y bien, Andrés, ¿ sin duda adquiristeis alguna nueva en la taberna?

— Yo no voy nunca á la taberna, ¡ Dios me libre!... es decir, á no ser que me convide algun vecino; porque para ir allí y meter yo mismo la mano en la faltriquera, es sobrado dura la vida que llevo, y me cuesta demasiado el dinero que gano.... Pero fui, como decia, á Trinlay-Knowe por un negocio de poca entidad que tengo con la vieja Marta Simpson, quien necesita una cuartilla de peras; sobras, como supondréis, de lo que se desecha en el alcázar. Mientras que estábamos concluyendo nuestro trato, cálate que entra Patrick Macready, el viajero mercader.

— ¿ El buhonero, querréis decir?

— ¡ Oh! como plazca á vuestra señoría llamarle; pero su oficio es honroso y lucrativo.... Patrick es en algun modo primo mio, y nos hemos alegrado de encontrarnos.

— Y bebisteis juntos un vaso de cerveza, ¿ no es así, Andrés?... Porque en nombre del cielo, abreviad vuestra historia.

— ¡ Esperad pues, esperad pues! ¡ La jente del mediodia es tan viva! Dadme tiempo para respirar; es cosa que os concierne, y debéis tener paciencia... ¡ Un vaso de cerveza! Lléveme el diablo si Patrick ofreció pagarme ninguno; pero la vieja Simpson nos dió á cada uno un lazon de leche y una de sus galletas tan duras. ¡ Ah!

vivan las buenas galletas de Escocia! Estando sentados principiamos á hablar de cosas varias.

— Por favor, sed breve, Andrés: decidme las noticias, si es que tenéis algunas que decirme, porque no me he de estar aquí toda la noche.

— Y bien pues, las jentes de Londres son todos *clean wud* respecto de esta jugada.

— ¡*Clean wud!* ¿qué viene á ser esto?

— ¡Oh! quise decir que son locos, locos de atar, locos de piés á cabeza; el diablo tiene en el cuerpo Juanillo Wabster.

— ¿Mas qué significa todo eso? ¿qué tengo yo que ver con el diablo ni con Juanillo Wabster?

— ¡Hum! dijo Andrés con aire muy misterioso, por lo que toca á aquella maleta....

— ¿Qué maleta? esplicaos.

— La maleta de Morris, que dijo habia perdido allá: pero este negocio no tañe á vuestra señoría, ni me tañe tampoco á mí, y no quiero perder tan hermosa noche.

Y sobrecojido repentinamente de un violento rebato de actividad, se puso Andrés á cavar con afán.

Con esto escitó mi curiosidad, como habia previsto el ladino; pero no queriendo que notase el interés que tomaba en el negocio, esperé que su habladoría le hiciese emprender de nuevo la materia que acababa de dejar. Andrés continuó trabajando con ardor, hablando á intervalos, mas sin mentar nunca las noticias de Macready; permanecía yo escuchándole, maldiciéndole en mis adentros, pero queriendo ver al mismo tiempo hasta que punto avasallaría su espíritu de contradicción el prurito de contarme el fin de su historia.

— Voy á plantar espárragos, y á sembrar despues habichuelas. Preciso es que tengan alguna cosa en el alcázar para sus estómagos de puerços; gran favor les hago.— ¡Y qué

estiércol me ha enviado el mayordomo! debía ser á lo menos de paja de avena, y es de vainas de guisantes secos; pero aquí cada uno hace lo que le pasa por las mientes, y á mi entender el cazador vende la mejor basura de la caballeriza. Sin embargo es preciso que me aproveche de esta noche de sábado. Ello es verdad que el buen tiempo durará quizás hasta el lunes por la mañana, y entonces ¿para qué me he de cansar en tanto estremo? vámonos que ya se oye la campana de retiro.

Aquí clavó Andrés su azada en la tierra; y mirándome con el aire de superioridad de un hombre que sabe una importante noticia que puede callar ó comunicar á su antojo, quitó en parte las manchas de su camisa, y buscó su chupa que habia plegado cuidadosamente y dejado sobre una tabla que allí cerca se veía.

— Me habré de resignar, dije para mí, y decidirme á oír la historia de Listo-á-todo, del modo que guste contarla. Y bien, Andrés, le dije, ¿qué noticias supisteis por vuestro primo el viajero mercader?

— ¡O buhonero, querréis decir! replicó Andrés con ademan malicioso; pero llamadle como os dé gana, lo cierto es que son muy útiles en un país en que son tan raras las ciudades como en este Northumberland. No sucede así en Escocia; hoy día hay, por ejemplo, el reino de Fife, en el cual de uno á otro estremo, á derecha y á izquierda, no se ven mas que villas grandes que se tocan unas con otras, y se hallan situadas á manera de una ringlera de cebollas, de suerte que todo el condado no hace al parecer mas que una sola ciudad. Kirkcaldy, por ejemplo, la capital, es mas grande que ninguna ciudad de Inglaterra (1).

— ¡Oh! no lo dudo: pero habla-

(1) Le gusta á Listo-a-todo exajerar la importancia de su patria.

bais ahora poco de noticias de Londres, Andrés.

— Sí, repuso Andrés; mas creia que no se curaba de fábulas vuestra señoría. Patrick Macready dijo pues, añadió haciendo un visaje que á él le parecia sin duda maligna sonrisa, que hubo mucho ruido en Londres en su *Parliament House* (1), sobre el robo hecho á ese Morris, si tal es su nombre.

— ¿En el parlamento, Andrés? ¿Y para qué eso?

— Eso es justamente lo que preguntaba yo á Patrick. Por no ocultar nada á vuestra señoría, Patrick, le decia, ¿qué diablos tienen que ver ellos con la maleta? Cuando teníamos parlamento en Escocia (mal año para los que nos le quitaron), dictaba este leyes para el país, y no se entremetia nunca en los negocios pertenecientes á los tribunales ordinarios; pero creo, ¡Dios me libre! que si una mujer echase la olla de su vecina, la harian comparecer ante su parlamento de Londres. Eso se llama, dije yo, ser tan necios como nuestro viejo y loco *laird* y sus imbeciles hijos con sus perros, sus caballos, sus trompas de caza, que corren todo un día tras un animal que no pesa seis libras cuando le cojen.

— Muy bien dicho, Andrés, repuso yo, á fin de conducirle á una esplicacion mas estensa; ¿y qué decia Patrick?

— ¡Oh! me dijo: ¿qué se puede esperar de esos enredadores de Ingleses? — Mas en cuanto al robo, parece que mientras andaban en sarracina *Whigs* y *Torys*, diciéndose palabras de villanos, se levantó un hombre de mucho pico, quien dijo que en el norte de Inglaterra no hay mas que jacobitas (y no se engañaba); que casi estaban en guerra abierta; que un mensajero del rey habia

sido detenido en el camino real; que las primeras familias del Northumberland se habian entremetido en el asunto; y que... ¿qué sé yo cuánta cosa? que le habian robado dinero, y á mas papeles importantes, y á mas otras cosas; y que cuando el mensajero fué á quejarse al juez de paz del lugar, halló á sus dos ladrones mancomunados con él, ¡Dios mio! ni mas ni menos que compadres y compañeros, y que á fuerza de entruuchadas y amenazas, le obligaron á retractarse, y por fin que en resumidas cuentas el pobre hombre que fuera robado se habia visto en la precision de abandonar el país, por temor de que le saliese mas caro.

— ¿De veras que todo eso es verdad, Andrés?

— Patrick jura que es ello tanta verdad como justa su medida. ¡Dios me libre! Pero volviendo á nuestro asunto, cuando el del pico hubo agotado su arenga, le preguntaron á grandes voces los nombres del hombre robado, de los ladrones y del juez, y nombró á Morris, y á nuestro tio, y al señor Inglewood, y á otras personas tambien, añadió Andrés mirándome malignamente. Y luego despues, levantóse otro dragon, y preguntó si era permitido acusar á los señores mas distinguidos del reino, sin mas apoyo que la deposicion de un cobarde que habia sido despedido de su regimiento por haberse huido en medio de una batalla y pasado á Flándes: y dijo que era probable que hubiesen concertado aquel cuento el ministro y él, antes de dejar á Londres. Entonces mandaron que se presentase Morris en la... barra creo que llaman, y quisieron que hablase; pero ¡qué! temia tanto que volviesen á mentar la desercion, que Patrick dijo que mas parecia un desenterrado que un vivo; y fué imposible sacarle dos palabras seguidas, ¡tanto le habia atemorizado la grita! Preciso es que no valga.

(1) Edificio donde se celebran las sesiones del parlamento de Escocia.

su cabeza mas que un nabo helado, porque el diablo me lleve, ¡Dios me libre! si todo esto hubiera impedido á Andrés Listo-á-todo decir lo que sentia.

—¿Y cómo paró el asunto, Andrés? ¿Lo supo vuestro amigo?

—¡Si lo supo! Difirió su viaje una semana para poder traer la noticia á sus parroquianos. El que habló primero principió á desistir un poco de su intento, y dijo que aunque creyó que el hombre habia sido robado, convenia no obstante en que pudiera engañarse sobre las particularidades del robo. El del partido contrario respondió que le importaba poco fuese ó no fuese robado Morris, con tal que no atacasen el honor de los principales hidalgos del Northumberland. Y ved lo que llaman ellos esplicarse: el uno cede un pelo, el otro una migaja, y cátaelos amigos. ¿Creeréis quizás que ya se ha acabado? Pues no señor. ¿Acaso la cámara de los lores no ha querido meter tambien la mano en el plato como la cámara de los comunes? En nuestro pobre parlamento de Escocia, los pares, los representantes, todos se sentaban juntos, y no habia necesidad de ventilar un asunto dos veces: mas como en Lóndres no es así, volvieron á principiar de nuevo el asunto en la una cámara, como si no se hubiese hablado de él en la otra. En esta no hubo mas que uno que dijo que estaba implicado en el robo un tal Campbell, y que este habia enseñado para justificarse un certificado firmado por el duque de Argyle. Cuando oyó esto el duque, ya presumiréis que tomó á pechos el caso, diciendo que todos los Campbells eran hombres valientes y honrados: pero si vuestra señoría no es mas pariente de los Campbells que yo, al menos que sepa, le diré lo que pienso acerca de esto.

—Estad seguro que no me une ningun lazo de parentesco con los Campbells.

—¡Oh! entonces podemos hablar francamente. El nombre de Campbell encierra cosas buenas y malas como todos los nombres. Pero ese Mac-Callum More goza de crédito é inspira frialdad y calor, por no pertenecer á ningun partido, y porque nadie quiere ser contrario suyo en Lóndres. Reputaron pues por calumnia la historia de Morris, y si no pusiera los piés en polvorosa, es probable que fuera á tomar el aire al rollo por haber hecho una deposicion falsa.

En diciendo estas palabras, el honrado Andrés juntó las azadas, las mielgas y demás instrumentos de jardinería, y los echó en un carretón que arrastro hacía el invernadero, pero con una lentitud que me dejaba tiempo para hacerle cuantas preguntas pudiera desear. Viendo que las habia con un bellaco malicioso, creí que lo mejor era dejarse de misterios con él, y decirle la cosa tal cual era, temiendo que mi reserva le inspirase sospechas, y fuera para mí ocasion de nuevos disgustos.

—Me alegraría de ver á vuestro compatriota, Andrés; sin duda habréis oido decir cómo me comprometió la impertinente locura de ese Morris (Andrés me respondió con un jesto muy significativo), y quisiera ver, si fuese posible, á vuestro primo el negociante á fin de pedirle pormenores mas circunstanciados aun de lo que supo en Lóndres.

—¡Oh! nada mas fácil, repuso Andrés; no tengo mas que decir á mi primo que necesitais un par ó dos de medias, y se vendrá al punto.

—¡Oh! sí, asegúradle que será buen parroquiano; y como la noche es, segun deciais, serena y hermosa, me pasearé por el jardín hasta que llegue. La luna va en breve á salir, conducidle por la puertecilla de detrás, y mientras tanto, tendré el placer de contemplar los árboles y los céspedes á la claridad de la luna.

—Muy bien, muy bien. — Eso es lo que tengo dicho tantas veces; una coliflor es tan brillante á la claridad de la luna, que se parece á una dama adornada de diamantes.

Dichas estas palabras, Andrés Listo-á-todo partió alegre sobre manera; tenia que andar mas de una milla, y emprendió el viaje con el mayor placer, por procurar á su primo la venta de algunos artículos de su comercio, aunque fuese probable que no diera él seis pasos por convidarle á un vaso de cerveza. — La buena voluntad de un Inglés se hubiera manifestado del modo opuesto, decia yo para mí, recorriendo las largas sendas adornadas de tejos y de acebos que dividian el antiguo jardín de Osbaldiston-Hall.

Cuando llegué al cabo de la calle que conducia al alcázar, percibí una luz en la biblioteca, cuyas ventanas daban al jardín: no me admiré de ello porque sabia que miss Vernon solia retirarse allí por las noches, aunque mi delicadeza me obligaba á no ir á gozar de su compañía. En unos momentos en que el resto de la familia estaba entregado á sus banquetes ordinarios, nuestras visitas hubieran sido realmente citas: por la mañana era diferente; entraban á menudo en la biblioteca varios criados que iban á buscar algunos libros para atacar las escopetas de los jóvenes Squires, ó á llevar á Diana algun mensaje de parte de Sir Hildebrando. En una palabra, hasta la hora de comer era la biblioteca una especie de terreno neutral, que, aunque poco frecuentado, podía sin embargo mirarse como punto de reunion general. No sucedia lo mismo por la noche; y educado en un país donde se guardan muchas atenciones al buen parecer, deseaba observarlas tanto mas escrupulosamente, cuanto menos alto hacia en el miss Vernon. Declaréle pues con toda la delicadeza posible que cuando íbamos juntos por

la noche, sería conveniente la presencia de un tercero.

Rióse al pronto miss Vernon, luego se abochornó; y estaba á punto de amostazarse; pero cambiando súbitamente de idea: —Creo que teneis razon, me dijo, y el dia que me halle con muchas ganas de trabajar, haré que venga aquí la vieja Marta á tomar una taza de té, y me servirá de mampara.

Marta, la vieja ama de gobierno, tenia el mismo gusto que toda la familia, y preferia un buen vaso de vino á todo el té de la China: no obstante, como entonces no tomaban el té mas que las personas bien nacidas, semejante invitacion lisonjeaba la vanidad de Marta, y nos acompañaba algunas veces. Por lo demás, todos los criados evitaban el acercarse á la biblioteca despues de puesto el sol, porque dos ó tres de los mas cobardes decian que habian oido ruido en aquella parte de la casa cuando estaban todos acostados, y los mismos jóvenes Squires estaban muy lejos de desear el entrar por la noche en aquel temible recinto.

La idea de que la biblioteca habia sido por largo tiempo el sitio que con preferencia habitaba Rashleigh, y de que una puerta secreta comunicaba de esta sala al solitario aposento que escogiera para sí mismo, aumentaba el terror, muy lejos de disminuirlo. Las estensas relaciones que tenia en el mundo, su instruccion, sus conocimientos que abrazaban toda especie de ciencias; algunos experimentos de física que hiciera por divertirse, eran para espíritus de tal calaña razones suficientes para que le creyesen en comunicacion con las almas del otro mundo. Sabia griego, latin y hebreo, y por consiguiente, como manifestaba en su pavor el primo Willfredo, no podia temer á las almas, á las fantasmas, ni al mismo diablo. Sostenian los sirvientes que le habian oido hablar en voz alta en

la biblioteca cuando todo el mundo estaba acostado en el alcázar; que pasaba la noche velando con los duendes, y la mañana durmiendo, en vez de conducir la jauría como verdadero Osbaldiston.

Habíanme contado una y otra vez todos estos rumores absurdos, y el ademán de injenuidad y credulidad del narrador no me divertiera poco. Despreciaba yo altamente tan ridículos cuentos; mas la estremada soledad á que se hallaba condenada aquella temible sala todas las noches despues del toque de retiro, era para mí otra razon para no asistir á ella, cuando placia á miss Vernon el retirarse allá.

Resumiendo lo que decia, no me sorprendió ver luz en la biblioteca; mas no pude menos de admirarme al ver la sombra de dos personas que pasaban entre la luz y la primera ventana. Creí haberme engañado, y tomado la sombra de Diana por una segunda persona: pero no, hételas que pasan por delante de la segunda ventana, y ciertamente que son dos personas distintas: vuelven á desaparecer, y ved que su sombra se dibuja otra vez en la tercera ventana, y despues en la cuarta. ¿Quién estará á tal hora con Diana? Las dos sombras tornaron á pasar sucesivamente por delante de las ventanas, como para convencerme de que no me engañaba; despues de lo cual apagaron las luces, y todo volvió á sumerjirse en la oscuridad.

Tan fútil como fuese esta circunstancia, permanecí largo rato sin que me fuera posible desterrarla de mi imaginacion. No queria suponer que mi amistad á miss Vernon llegara hasta el punto de tener zelos: sin embargo no es dable que pinte el disgusto que esperimenté al pensar que concedia ella á alguno conferencias particulares, á hora y lugar en que habia tenido yo la delicadeza de de-

cirle que no era conforme que me recibiese.

— ¡Imprudente é incorregible Diana, decia yo para mí; eres una loca que no quieres dar oídos á ningun buen consejo! Me ha engañado la sencillez de sus modales, y estoy seguro de que toma modos tan francos como se pondria un gorro de paja, si se estilasen, para llamar la atencion. Creo en verdad que á pesar de su escelente juicio, le daria mas gusto la compañía de cinco ú seis rústicos para jugar al *whisk*, que la del mismo Ariosto si volviese al mundo.

Lo que aumentaba todavía la amargura de estas reflexiones, es que habiéndome resuelto á enseñar á Diana la traduccion en verso de los primeros cantos del Ariosto, le habia rogado que invitase á Marta á que fuese á tomar el té con ella aquella noche, y miss Vernon me dijo que seria para otro dia, alegando no sé qué excusa que me pareciera bastante frívola. Reflexionaba acerca de estas diferentes circunstancias, cuando oí que abrian la puercecilla de las espaldas del jardin: era Andrés que entraba; y su compatriota, encorvado bajo el peso de su fardo, caminaba tras de él.

Hallé en Macready un Escocés malicioso é inteligente, hombre de noticias, si los hay, tanto por inclinacion como por estado. Me hizo una relacion exacta de lo acontecido en la cámara de los comunes y en la de los pares respecto al asunto de Morris, del cual se habian servido como de una piedra de toque para conocer el espíritu del parlamento. Participóme, como me habia dado á entender Andrés, que viéndose vencido el ministerio, le fué preciso dejar de apoyar una relacion que comprometia personas de categoría, y hecha tan solo por un individuo que no merecia crédito, y que por otra parte se contradecia á cada instante en el

modo de contar su historia. Macready me dió un ejemplar de un diario impreso que contenia la sustancia de los debates; y me entregó tambien una copia del discurso del duque de Argyle, pues habia traído muchas para venderlas á sus partidarios en Escocia. El diario no traia nada de nuevo, y no sirvió mas que para confirmarme lo que me dijera el Escocés; el discurso del duque, aunque elocuente y enérgico, contenia principalmente el elogio de su familia y de su tribu, con algunos cumplimientos no menos sinceros, aunque mas moderados, que con tal ocasion se dirijia á sí mismo. No me fué posible saber si habia sido comprometida directamente mi reputacion, aunque ví claramente que lo estaba en gran manera el honor de la familia de mi tío; porque Morris habia declarado en parlamento pleno que Campbell era uno de los dos ladrones, y que tuvo la desvergüenza de ir á declarar por sí mismo en favor de un señor Osbaldiston, que era su cómplice, y cuya libertad habia ajenciado de acuerdo con el juez, obligando al acusador á desistir de su perseguiamiento. Esta parte de la historia de Morris concordaba con mis propias sospechas, que recayeran en Campbell desde el punto en que le habia visto aparecer en casa del juez Inglewood. Atormentado hasta lo sumo por el jiro que habia tomado este negocio, despaché á los dos Escoceses despues de comprar algunas bagatelas á Macready, y me retiré á mi estancia para reflexionar en lo que habia de practicar para defender mi reputacion tan públicamente ajada.

#### CAPITULO XV.

DESPUES de pasar la noche meditando sobre la nueva que habia recibido, creí al principio que debia volver á Lóndres con la mayor presteza, y rebatir la calumnia con mi presen-

cia; pero reflexioné en seguida que esto no serviria quizás mas que para aumentar el resentimiento de mi padre, que era absoluto en sus decisiones sobre todo lo que concernia á su familia. Su esperiencia le ponía en estado de trazarme la conducta que debia yo seguir, y sus relaciones con los mas poderosos Whigs le daban facilidad para obligarles á hacerme justicia. Todas estas razones me decidieron á escribir á mi padre las diferentes circunstancias de mi historia; y aunque el correo mas inmediato distaba cerca de diez millas, resolví llevar yo propio la carta, para tener la seguridad de que no se extravalaria.

Me parecia extraordinario que, habiendo trascurrido ya muchos meses desde mi partida de Lóndres, y á pesar de que Rashleigh hubiese escrito á Sir Eildebrando para participarle su feliz llegada y la amistosa acogida que le habia hecho su tío, no hubiese recibido todavía ninguna carta ni de Owen ni de mi padre: concediendo que mi conducta fuese vituperable, no merecia á mi entender tan completo olvido. Al fin de la carta que escribia á mi padre relativamente al asunto de Morris, no dejé de manifestar el mas vivo deseo de que me honrase con algunos renglones por respuesta, aunque no fuera mas que para darme algun consejo en unas circunstancias que eran sobrado delicadas para que me resolviese á nada antes de saber su dictámen. No teniendo valor para solicitar mi vuelta á Lóndres, oculté con el velo de la sumision á la voluntad de mi padre las verdaderas razones que me hacian desear el permanecer en Osbaldiston-Hall, y me limité á pedir permiso para pasar algunos dias en la capital para refutar las infames calumnias que tan públicamente habian hecho circular contra mí. Despues de terminar mi epístola, cuya composicion me habia costado tanto mas cuanto

que me combatian el deseo de restablecer mi reputacion, y el sentimiento de dejar momentaneamente el lugar actual de mi residencia, fué á llevar yo mismo la carta al correo, segun me habia propuesto. Quedé premiado del trabajo que me habia tomado, pues encontré allí una carta para mí, que no recibiera hasta mas tarde. Era de mi amigo Owen, y decia así:

«Mi querido Frank,

«Recibí la vuestra del 10 del corriente, que me ha entregado el señor Rashleigh Osbaldiston, y quedo muy enterado de su contenido. Guardaré á vuestro señor primo todas las atenciones posibles, y le he llevado ya á ver la Bolsa y el Banco: parece sobrio, metódico y estudioso; sabe perfectamente la aritmética, y conoce el manejo de los libros. Quisiera que otro que yo dirijiese sus estudios en esta parte; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Como el dinero os será quizás útil en el pais en que os hallais, me tomo la libertad de dirijiros adjunta una letra de cambio de cien libras esterlinas, á seis dias vista, contra los Sres. Hooper y Girder de Newcastle, quienes la aceptarán al punto. Soy, mi querido señor Frank, con el mas profundo respeto,

*Vuestro muy humilde y muy obediente servidor*

«JOSE OWEN.»

«P. D. Acusadme recibo de la presente. Vuestro padre dice que sigue como de ordinario, pero está muy mudado.»

Despues de leer este billete, escrito con la limpieza que distinguía al bueno de Owen, me admiré de que no mentase en modo alguno la carta particular que yo le habia escrito con la mira de darle á conocer el verdadero carácter de Rashleigh. Habia enviado mi carta al correo por un criado del alcázar, y no tenia ninguna razon para creer que no hubiese llegado mi carta. Acuséle el recibo de su letra

de cambio, y le prometí que me serviría de ella si necesitaba dinero: me parecia muy extraordinario que mi padre dejase á su factor el cuidado de atender á mis gastos; pero concluí de aquí que era un arreglo hecho entre ellos. Por otra parte, de todos modos Owen era soltero, estaba acomodado, y me habia tenido siempre mucho afecto: así, no vacilé en aceptar tan corta suma, resuelto á volvérsela de los primeros fondos que tocase, en caso que mi padre no se la hubiese abonado ya. Un negociante, á quien me dirigió el administrador del correo, me dió en oro el valor de la letra de cambio contra los Sres. Hooper y Girder, de suerte que volví á Osbaldiston-Hall mucho mas rico que cuando habia salido. Este aumento de moneda venia muy á propósito; porque el dinero que trajera de Londres comenzaba á disminuir sensiblemente, y no dejaba de tener de vez en cuando algunos gastos que no tardaran en apurar mi bolsillo.

A mi vuelta al alcázar, supe que Sir Hildebrando habia ido con sus dignos vástagos á una aldehuella llamada Trinlay-Knowe, para ver, segun me dijo Andrés, como se desplumaban mutuamente la cabeza una docena de gallos.

—Es una diversion muy bárbara, Andrés; ¿sin duda no las tendréis en Escocia?

—¡No, no, Dios me libre! respondió Andrés, como no sea la víspera de alguna fiesta: pero en resumidas cuentas, hagan cuanto quieran de esas aves, que no hacen mas que escarvar y raer el patio, y que vienen sin decir ojo ni mojete á hundir todos mis acirates. Dios me perdone, pero cuantas menos habrá, menos trabajo para los pobres jardineros. Mas ya que estáis aquí, decidme quién se deja siempre abierta la puerta de esa torre: ahora que ha partido el señor Rashleigh, me parece que no será él.

La puerta de la torre de que hablabla, daba al jardin, y conducía á la escalera de caracol por la cual se subia al aposento de Rashleigh: este aposento, segun dije ya, estaba como aislado de lo demás del alcázar, y comunicaba con la biblioteca por medio de una puerta secreta, y con el resto de la casa por un pasadizo largo y oscuro. Una senda muy angosta, cercada de vallado por ambos lados, conducía desde la puerta de la torre á una puertecilla á las espaldas del jardin: por medio de estas comunicaciones, Rashleigh, que no estaba casi nunca con su familia, podia entrar y salir cuando queria, sin verse obligado á pasar por el alcázar. Pero en su ausencia nadie bajaba nunca por aquella escalera, y esto hacia mas notable la observacion de Andrés.

—¡Qué! ¿habeis visto á menudo abierta esa puerta? le pregunté.

—A menudo, ¡ó Dios! sí: es decir, dos ó tres veces. A mi entender, será ese monje, el padre Vaughan, como le llaman; porque en cuanto á los criados, no los atraparéis en esa escalera. ¡Ah! sí, ¡Dios me libre! esos paganos tienen mucho miedo á los aparecidos, y á todo sér del otro mundo. El padre Vaughan se reputa un sér privilegiado, y hablándoos con verdad, me parece que no habla latin, se entiende, buen latin; porque se me figura que no me comprende cuando le digo los nombres sabios de las plantas.

Este padre Vaughan partia su tiempo y ocupaciones entre Osbaldiston-Hall y cinco ó seis casas católicas de los alrededores; no os le he mentado aun, porque le veia pocas veces. Era un hombre de cerca de sesenta años, de buena familia, segun habia oido decir, de exterior grave é impo- nente, y que gozaba de la mayor consideracion entre los católicos del Northumberland, quienes le miraban como hombre íntegro y justo. Los *naturales* de Osbaldiston-Hall (pues

así debiera haber llamado á los habitantes del alcázar) le tenian mas respeto que afecto. Era evidente que condenaba sus banquetes, porque eran en parte interrumpidos cuando el monje pasaba algun tiempo en el alcázar: el mismo Sir Hildebrando se imponia cierta sujecion en sus palabras y conducta, lo que hacia quizás la presencia del padre Vaughan mas embarazosa que agradable.

El padre Vaughan era amigo particular de Rashleigh; á él le debía principalmente la acogida que recibia en el alcázar, lo que no me inspiraba deseos de cultivar su amistad; y como por su parte no mostraba él muchas ganas de granjearse la mia, las relaciones que mediaban entre nosotros se limitaban á mutua y mera política. Me parecia bastante natural que el señor Vaughan ocupase la sala de Rashleigh cuando dormia por casualidad en el alcázar, porque era la mas contigua á la biblioteca, donde sin duda iria á gozar del solaz de la lectura. Era pues muy probable que fuese su luz la que habia fijado mi atencion la noche anterior. Esta idea me recordó involuntariamente que reinaba al parecer entre miss Vernon y él el mismo misterio que caracterizaba su conducta con Rashleigh. Nunca le habia oido pronunciar el nombre de Vaughan, ni aun hablar directamente de él, á escepcion del primer dia en que la encontré, y en que me dijo que Rashleigh, el viejo monje y ella propia, eran las únicas personas del alcázar con quienes fuese posible conversar. Sin embargo, aunque no me habia hablado desde entonces del padre Vaughan, noté que todas las veces que venia al alcázar, parecia experimentar miss Vernon una especie de terror y ansiedad que duraba hasta que se habian dirijido mutuamente dos ó tres miradas significativas.

Cualquiera que fuera el misterio que cubria el destino de esta bella é

interesante niña, era evidente que lo sabía el padre Vaughan: quizás, decía para mí, es él quien debe meterla en el convento, en caso de que rehuse casarse con uno de mis primos, y entonces no es estraña la conmoción que le causa su presencia.

Por lo demás, se hablaban pocas veces, y aun huían al parecer de hallarse juntos: su intimidad, si alguna había entre ellos, era tácita y convencional, y dirigía sus acciones sin exigir el auxilio de las palabras. Con todo me acordaba entonces de haber notado una ó dos veces que el padre Vaughan dijo algunas palabras al oído á miss Vernon; y aunque supuse entonces que se referían á religión, creo ahora que serían relativas á aquel arcano que trataba yo de profundizar inútilmente. ¿Tenía conferencias particulares con miss Vernon en la biblioteca? y si las tenía, ¿cuál era su objeto? ¿Y porqué miss Vernon concedía toda su confianza á un amigo del pérfido Rashleigh?

Todas estas preguntas y otras mil semejantes se acumulaban de tropel en mi imaginación, y escitaban en ella un interés tanto mas vivo, cuanto que me era imposible aclararlas. Principiaba ya á sospechar que el afecto que profesaba á miss Vernon no era tan desinteresado como había creído en un principio: habíanme devorado los zelos al saber que tenía á Thorncliff por rival, y había rechazado con mas calor del que debiera, por atención siquiera á miss Vernon, los indirectos insultos que me hacia. Al presente atisbaba la conducta de miss Vernon con la atención mas escrupulosa, atención que en vano quería atribuir á mera curiosidad. A pesar de todos mis esfuerzos y ratiocinios, estos indicios anunciaban sobrado cariño, y mientras que mi corazón no quería allanarse á formar tan inconsiderado afecto, parecíase en esto á aquellos guías ignorantes que, despues de estraviar á los viaje-

ros por un camino que ignoran ellos mismos, y del cual no saber cómo salir, se aferran en sostener que es imposible que hayan equivocado la senda.

#### CAPITULO XVI.

INDECISO entre la curiosidad y los zelos, observaba tan minuciosamente las miradas y acciones de miss Vernon, que no tardó ella en advertirlo, á pesar de todos mis esfuerzos para ocultárselo. La certidumbre de que escudriñaba yo á cada instante su conducta parecia embarazarla, darle cuidado y repugnarle á un tiempo mismo: tan pronto diríase que buscaba ocasión de manifestarme su descontento por una conducta que no podia menos de parecerle ofensiva, despues de haberme confesado con franqueza la crítica situación en que se hallaba: tan pronto parecia dispuesta á echar mano de las súplicas; pero, ó le faltaba el ánimo, ó alguna otra razón le impedía el explicarse. Su disgusto solo se manifestaba en sus réplicas, y los ruegos espiraban en sus labios. Nos hallábamos ambos en una posición relativa bastante singular, estando casi siempre juntos por gusto, y ocultándonos mutuamente los sentimientos que nos agitaban, yo mis zelos, y ella su descontento.

Reinaba entre nosotros intimidad sin confianza: por una parte, amor sin esperanza y sin fin, y curiosidad sin un motivo razonable; por otra, turbación, dudas y algunas veces disgusto. Mas es tal la naturaleza del corazón humano, que, á mi entender, esta zozobra de pasiones, sostenida por una multitud de pequeñas circunstancias que nos forzaban, por decirlo así, á pensar mutuamente el uno en el otro, contribuía á aumentar el afecto que nos teníamos. Pero aunque mi vanidad no hubiese tardado en descubrir que mi residencia

en Osbaldiston-Hall habia dado á Diana algunas razones mas para que detestase el claustro, no podia contar con un afecto al parecer enteramente subordinado á los misterios de su estraña posición. Miss Vernon poseía un carácter sobrado resuelto para posponer el deber al amor; y dióme de esto una prueba terminante en cierta conversacion que tuvimos juntos por aquel tiempo poco mas ó menos.

Estábamos en la biblioteca de la cual os he hablado distintas veces. Ojeando miss Vernon un ejemplar de Rolando Furioso, hizo caer una hoja de papel escrita de mano: quise recogerla, pero lo impidió.

—Son versos, me dijo echando una ojeada al papel; ¿me permitís que me tome la libertad....? ¡Oh! ya que os abochornais, ya que tartamudeais, debo violentar vuestra modestia, y dar por concedido el permiso.

—Es un ensayo, un principio de traducción, un bosquejo que no merece ocuparos un solo instante; temería un fallo sobrado severo, si tuviese por juez á una persona que entiende tan bien el orijinal, y que conoce tan bien sus bellezas.

—Mi querido poeta, repuso Diana, si quereis creerme, guardad vuestros elogios y vuestra humildad para mejor ocasión; porque os aseguro que todo eso no os valdrá un solo cumplimiento: soy, como sabeis, de la familia nada popular de los Francos-Habladores, y no adularia al mismo Apolo.

Leyó la primera estrofa, y dijo ojeando el papel, é interrumpiendo los mas dulces sonidos que pueden herir el oído de un joven poeta, esto es, sus versos leídos por la que adora: —Muy bien.

—Muy bien, sin duda, ya que merecen fijar vuestra atención, dije yo algun tanto mortificado tomando el papel que quería guardarse. —Sin embargo, añadí, encerrado en este

retiro, y obligado á buscar ocupaciones, creí que no podia emplear mejor mis ocios que continuando, únicamente, por divertirme; la traducción de este autor peregrino, que principié algunos meses ha en las riberas del Garona.

—La dificultad está en saber, dijo gravemente Diana, si hubierais podido emplear mejor el tiempo.

—Quereis decir en composiciones orijinales, respondí yo sobre manera lisonjeado; pero á decir verdad, mi ingenio halla con mucha mas facilidad palabras y consonancias que ideas; y en lugar de devanarme los sesos buscándolas, me reputo muy feliz apropiándome las del Ariosto. No obstante, miss Vernon, puesto que teneis á bien alentarme....

—Perdonad, señor Frank; pero ese aliento no soy yo quien os lo da, que vos os le tomáis: no quise hablar ni de composiciones orijinales, ni de traducciones; á objetos mas graves pudierais, á mi entender, dedicar el tiempo. —Estais mortificado, añadió, y siento haber sido yo la causa.

—¿Mortificado? ¡oh! no..., no en verdad, dije del mejor modo que me fué posible; agradezco mucho el interés que tomáis por mí.

—¡Ah! sabéis disimularlo, repuso la inflexible Diana; pero hay su parte de mortificación y hasta su granito de cólera en ese tono serio y afectado; finalmente, perdonadme la contrariedad que os he hecho sentir sondeándoos así, porque lo que me resta que deciros os repugnará aun mas.

Conocí lo pueril de mi conducta, y le aseguré que no tenía que temerme resintiese de una crítica que atribuía tan solo á la amistad que me profesaba.

—¡Ah! eso es mucho mejor, me dijo; ya presumía yo que los residuos de la irritabilidad poética desaparecerían con la tosita que ha servido como de prelude á vuestra declara-

cion. Mas ahora hablemos seriamente: ¿habeis recibido alguna carta de vuestro padre?

—Ni media, contesté; no me ha favorecido con un solo renglon desde que salí de Londres.

—¡Es extraño! ¡Sois una familia rara, los Osbaldistons! Entonces no sabréis que ha ido á Holanda por algunos negocios urgentes que exijan inmediatamente su presencia.

—Esta es la primera noticia que oigo de semejante novedad.

—¿Y sin duda ignoraréis tambien, y os será poco agradable el saberlo, cómo ha confiado á Rashleigh la administracion de sus negocios hasta su vuelta?

—¡A Rashleigh! exclamé pudiendo apenas ocultar mi sorpresa é inquietud.

—Teneis razon para sobresaltaros, dijo miss Vernon con tono muy grave; y si yo fuera vos, me esforzaria por precaver las funestas consecuencias que resultarán de semejante arreglo.

—Mas no es posible impedir....

—Todo le es posible á quien tiene valor y actividad; al que teme, al que vacila, nada le es posible, porque nada le parece tal.

Miss Vernon pronunció estas palabras con una exaltacion heroica; y mientras hablaba, creia ver una de aquellas heroínas del siglo de la caballería, de las cuales una palabra, una mirada electrizaba á los valientes, y doblaba su valor en los trances.

—¿Y qué de hacer pues, miss Vernon? respondí, deseando y temiendo á un mismo tiempo oír su respuesta.

—Partir al punto, dijo con voz firme, y volver á Londres.—Quizás, añadió con tono mas sosegado, quizás habeis permanecido aquí demasiado tiempo, aunque no teneis vos la culpa; pero cada momento que os detengais, será un delito, sí, un de-

lito, porque os digo sin rodeos, que si los intereses de vuestro padre están mucho tiempo en manos de Rashleigh, podeis tener por cierta su ruina.

—¡Cómo! ¿Es posible...?

—No me hagais tantas preguntas, dijo interrumpiéndome; pero, creedme, temed á Rashleigh: en vez de dedicar á las operaciones mercantiles el caudal de vuestro padre, lo empleará en la ejecucion de sus ambiciosas miras. Cuando el señor Osbaldiston estaba en Inglaterra, Rashleigh no podia llevar á efecto sus deseos; durante su ausencia, hallará mil ocasiones para ello, y estad cierto de que no dejará de aprovecharlas.

—¿Mas cómo podré, privado de la gracia de mi padre y sin ningun poder en su casa, impedir el peligro con mi presencia?

—Vuestra presencia sola hará mucho: vuestro nacimiento os da el derecho de cuidar de los intereses de vuestro padre; tendréis el apoyo de su primer factor, de sus amigos, de sus socios. Por otra parte, los proyectos de Rashleigh son de una naturaleza...! detúvose de golpe, como si temiese explicarse demasiado; son, en una palabra, siguió, de la naturaleza de todos los planes sórdidos é interesados, que los abandonan que los meditan al punto que ven descubiertos sus artificios, y columbran que los observan. Así pues, en el lenguaje de vuestro poeta favorito:

*A caballo, á caballo,  
quien delibera teme.*

—¡Ah, Diana! exclamé impelido por un sentimiento irresistible, ¿y me aconsejais que parta? ¡Ah! quizás pensaréis que he permanecido demasiado tiempo.

Ruborizóse miss Vernon; pero respondió con la mayor firmeza:—Sí, os aconsejo, no solamente que os vayais de Osbaldiston-Hall, sino que no volvais nunca. No echaréis menos, añadió con una sonrisa forzada, mas

que una amiga acostumbrada hace mucho tiempo á sacrificar su felicidad á la ajena: hallaréis en el mundo mil personas cuya amistad será tan desinteresada, mas útil, menos sujeta á circunstancias desgraciadas, menos sumida bajo el influjo de lenguas perversas y de inevitables contrariedades.

—¡Imposible, exclamé, imposible! El mundo no puede ofrecerme nada que compense lo que es forzoso que abandone. Y en esto coji su mano y la apreté contra mis labios.

—¡Qué locura! exclamó retirándola. Escuchad, y sed hombre: yo soy, por un pacto solemne, esposa de Dios, á menos que me case con un Thorncliff: soy pues esposa de Dios, y el velo y el convento son mi herencia. Moderad vuestros arrebatos, pues no sirven sino para probar aun mas la necesidad de vuestra partida. Dichas estas palabras, retiró atropelladamente la mano, y añadió bajando la voz: Dejadme al punto.... Nos veremos aun aquí, pero será por la vez postrera.

Noté en esto que se estremecia, mis ojos siguieron la direccion de los suyos, y creí que se meneaba el tapiz que cubria la puerta del paso secreto que de la biblioteca conducia á la sala de Rashleigh. No dudé que nos escuchaba alguien, y miré á miss Vernon.

—No es nada, dijo con voz apocada, algun raton que andará tras de los tapices.

Hubiérale dado la respuesta de Hamlet (1), si no tuviera á raya la indignacion que me arrebatara con la idea de que me observaba en semejante ocasion un testigo. Pero la prudencia, ó mas bien los reiterados ruegos de miss Vernon, que me gritaba

con voz apagada:—¡Dejadme, dejadme! me impidieron entregarme á mis impulsos, y me precipité fuera de la sala con una especie de frenesí que en vano traté de calmar.

Mi espíritu estaba sumergido en un caos de ideas que se destruian y se impelían unas á otras, á manera de aquellas nieblas que descienden á los sitios montuosos en densas moles, y desfiguran ó hacen desaparecer las señales ordinarias por las cuales reconoce el viajero su camino por medio de los desiértos. La idea confusa é imperfecta del peligro que amenazaba á mi padre, la semi-declaracion que habia hecho á miss Vernon sin que se diese ella por entendida, el conflicto de su posicion, obligada como estaba á sacrificarse á un enlace aborrecido, ó á tomar el velo: todo se agolpaba á un tiempo en mi imaginacion, abrumándola con las mas extrañas ideas. Mas lo que sobre todo me despedazaba el corazon, era la manera con que miss Vernon habia correspondido á la espresion de mi ternura; esta mezcla de simpatía y de firmeza, parecia indicar que poseia yo un lugar en su corazon, pero un lugar sobrado pequeño para hacerle trascorrer los obstáculos que se oponian á la confesion de un mutuo cariño. La espresion de terror mas bien que de sorpresa con que habia notado el movimiento de los tapices, anunciaba al parecer el temor de algun peligro, temor que yo no podia menos de creer fundado; porque Diana Vernon no adolecia de los achaques nerviosos de su sexo, y no era su carácter para entregarse á vanos terrores. ¿De qué naturaleza eran pues los misterios que la rodeaban como un círculo mágico, y que influían sin tregua en sus pensamientos y acciones, aunque no eran nunca visibles sus agentes? Detíveme en esta reflexion, olvidé los negocios de mi padre, á Rashleigh y su perfidia, para no pensar mas que en miss Vernon, y resolví no salir de

(1) Véase la escena en que mata Hamlet á Polonio tras de unos tapices, y preguntando la causa del ruido que oye, recibe la misma respuesta que da aquí Diana á Francisco Osbaldiston.

Osbaldiston-Hall hasta que supiese algo cierto y positivo sobre aquel sér encantador, cuya vida parecía dividida entre el misterio y la franqueza: la franqueza que presidía á sus discursos y sentimientos; y el misterio que esparcía su lóbrego influjo sobre todas sus acciones.

Como si no fuera bastante el interés de la curiosidad y del amor, sentía á mas, como he observado ya, un sentimiento profundo, aunque confuso de celos. Este sentimiento, que iba á mas con el amor, como la zizaña con el buen grano, lo escitaba el respeto que guardaba Diana para con los séres invisibles que dirijian sus acciones. Cuanto mas reflexionaba sobre su carácter, mas me convenia interiormente de que no era capaz de rendirse á ninguna sujecion que no le cuadrara, y de que no reconocia otro poder que el del afecto: dí cabida á una violenta sospecha, cuyo fundamento era aquel influjo que la intimidaba.

Tales dudas, mil veces mas horribles que la certidumbre, aumentaron mi deseo de calar el arcano de su conducta, y para lograrlo formé una resolucion, cuyo resultado veréis en el siguiente capítulo, si es que no os cansa la lectura de estos pormenores.

### CAPITULO XVII.

YA os he dicho, mi querido Tresham, si teneis á bien recordarlo, que era muy raro el que subiese yo por la noche á la biblioteca á ver á miss Vernon, como no fuese en presencia de la vieja Marta; sin embargo este arreglo no era mas que un convenio espontáneo, y yo mismo era quien lo habia propuesto. De algun tiempo á esta parte, habiéndose aumentado los apuros de nuestra situacion respectiva, cesaron enteramente las conferencias nocturnas: miss Vernon no tenia pues ninguna razon para

creer que quisiese renovarlas sin advertírselo anticipadamente, para invitar á Marta á que fuese á tomar, segun costumbre, una taza de té con ella; pero por otra parte esta prudencia no era ley espresa. La biblioteca me estaba abierta, así como á todos los demás miembros de la familia, á todas las horas del día y de la noche, y podia entrar en ella inopinadamente sin que lo llevase á mal miss Vernon. Estaba cierto de que recibia algunas veces en este aposento ó al padre Vaughan, ó á alguna otra persona cuyos consejos dirijian su conducta, y de que escojia para estas conferencias los instantes en que se creia mas segura de que no la interrumpiesen. La luz que habia observado por la noche en la biblioteca, las dos sombras que viera distintamente, las huellas de muchos pasos impresos por la mañana en la arena desde la puerta de la torre hasta la del jardin, el ruido que habian oido muchos criados, y que ellos esplicaban á su modo; todo probaba al parecer que alguna persona de fuera del alcázar entraba secretamente en aquella sala. Persuadido de que esta persona ejercia algun influjo en el destino de Diana, no vacié en formar el proyecto de descubrir cuál era, y de dónde provenia su autoridad sobre ella; pero sobretodo, aunque hacia por creer que esto no era mas que una consideracion muy accesoria, queria saber por qué medios conservaba esta persona su influjo sobre Diana, y si la gobernaba con el temor ó con el cariño. Lo que probaba que esta zelosa curiosidad ocupaba el primer lugar en mi ánimo, es que, á pesar de todos mis esfuerzos para rechazar esta idea, y aunque me fuese imposible darme razon de mis sospechas, me figuraba que era hombre, y sin duda hombre mozo y bien parecido quien dirijia á su antojo á miss Vernon: con la impaciencia de descubrir á este rival, habia bajado al jardin para atisbar e

trance en que apareciese la luz en la biblioteca.

Era tal el fuego que me devoraba, que me hallaba ya en mi puesto, esperando un fenómeno que no podia aparecer antes de que anocheciese, una hora larga antes de ponerse el sol: era sábado, y todas las calles estaban desiertas y solitarias. Paseéme un rato, pensando en las consecuencias probables de mi empresa; el ambiente era fresco y fragante, y su grata influencia logró calmar un poco la sangre que hervia en mis venas. La efervescencia de la pasion principió á disminuir gradualmente, y me pregunté con qué derecho queria penetrar los secretos de miss Vernon, ó los de la familia de mi tio. ¿Qué me importaba que Sir Hildebrando ocultase á alguno en su casa donde yo mismo no tenia mas derechos que los de un huésped extraño? ¿Debia entrometerme en los negocios de miss Vernon, y correr el velo á un arcano que me habia rogado no profundizase?

La pasion, el interés y la curiosidad, sofistas especiosos, respondieron en breve á estos escrúpulos. Descubriendo á aquel huésped secreto, hacia probablemente un servicio á Sir Hildebrando, quien sin duda ignoraba las maquinaciones que se tramaban en su familia, y aun mas á miss Vernon, á quien, con su franqueza é ingenua sencillez, esponian á tantos peligros aquellas relaciones reservadas con una persona cuyo carácter quizás no conocia. Si quebrantaba su confianza, era con la intencion generosa y desinteresada (sí, llegué á llamarla desinteresada) de guiarla, protegerla y defenderla contra el consejero secreto que habia elegido por confidente. Tales eran los argumentos que mi imaginacion presentaba osadamente á mi conciencia, y con los cuales le parecia que debía darse por satisfecha, mientras que mi conciencia imitaba al mercader

que, sabiendo lo que le está bien, se resigna á tomar una moneda que le parece no ser de buena ley, antes que perder un parroquiano.

Caminando á pasos largos, y debatiendo el pro y el contra, me hallé de repente con Andrés Listo-á-todo, que estaba plantando como un poste delante de una hilera de colmenas, en actitud de devota contemplacion, espiando con un ojo los movimientos de aquellos activos ciudadanos que volvian á entrar zumbando en sus pequeños dominios, y teniendo fijo el otro en un libro de oraciones, al que una devocion constante habia privado de sus ángulos y dado casi la figura de óvalo; lo que junto al color del volúmen le daba cierto aire muy respectable de antigüedad.

—Leia para mí *la Flor de dulce sabor sembrada en el valle de este mundo* del digno señor John Quackleben, dijo Andrés, cerrando el libro á mi llegada, y poniendo, como para manifestarme su respeto, sus anteojos de cuerno en el lugar donde habia interrumpido su lectura.

—¿Parece que las abejas llaman; tambien vuestra atencion, Andrés?

—Es una raza impía, repuso el jardinero: tienen seis dias en la semana para enjambrar; pues no señor, es preciso que aguarden el sábado y que le impidan á uno oír el sermón ó la misa que barbullá el Padre Docharty.

—¡Docharty! le dije (era el nombre de un viejo clérigo irlandés que oficiaba algunas veces en Osbaldiston-Hall); creía que el Padre Vaughan estaba todavia en el alcázar, pues le ví ayer mañana.

—Sí, repuso Andrés, pero partió por la noche á Greystock, ó no sé donde. Hay movimiento por ese lado, y están tan atareados como mis abejas. Pero á propósito de abejas, ¿sabéis que es el segundo enjambre que parte hoy? ¡ah! Dios mio, sí; el

primero partió al amanecer, porque habeis de saber que estoy en pié desde las cinco de la mañana. Mas vedlas todas dentro; con que deseo á su señoría buenas noches y las bendiciones del cielo.

Dichas estas palabras, retiróse Andrés, pero al irse volviése muchas veces para echar una mirada á las *sheps*, como llamaba él á las colmenas.

Habia obtenido indirectamente de Andrés una noticia importante, esto es, que el padre Vaughan no estaba ya en el alcázar. Si percibía luz en la biblioteca, no podía ser pues la suya, ó guardaba una conducta muy reservada, y por consiguiente sospechosa: esperé con impaciencia que se pusiera el sol y comenzase el crepúsculo. La tarde declinaba apenas, cuando vi brillar una débil claridad en las ventanas de la biblioteca; con dificultad se distinguía esta pálida luz, que se confundía con los últimos rayos del sol poniente. No obstante la descubrí tan pronto como el marinero extraviado columbra á lo lejos el primer resplandor de un fanal amigo. La duda, la irresolucion, el sentimiento del bien parecer, que hasta entonces habian combatido mi curiosidad y mis zelos, desvaneciéronse así que se presentó la ocasion de satisfacer la una y de fundar los otros, ó de recobrar el sosiego de mi pechos si veía que mis sospechas eran injustas. Entré al punto en la casa, y evitando los aposentos mas frecuentados con la precaucion de un hombre que medita un crimen, llegué delante de la biblioteca; puesta la mano en la cerraja, vacilé un momento;... oigo pasos;... abro la puerta... y hallo á miss Vernon sola.

Diana parecia sorprendida, ó bien de mi repentina é imprevista llegada, ó bien por otra causa, que no podía adivinar; lo cierto es que su agitacion procedia de una conmocion extraordinaria: pero en un instante se sose-

gó; y es tal la fuerza de la conciencia, que yo, que iba á sorprenderla y confundirla, quedé cortado y confuso.

—¿Qué novedad hay? dijo miss Vernon: ¿ha venido alguno al alcázar?

—Nadie que yo sepa, respondí tartamudeando; venia á buscar el Rolando Furioso.

—Encima de esta mesa está, me dijo Diana, cuya serenidad acrecentaba mi turbacion.

Removiendo dos ó tres libros para tomar el que supuse buscaba, pensaba en algun medio para una retirada honrosa, lo que en mi posicion y con adversario tan penetrante como Diana, no era cosa muy fácil, cuando reparé un guante de hombre en la mesa. Mis ojos se encontraron con los de miss Vernon, que se abochornó al punto.

—Esta es una de mis reliquias, dijo vacilando; es uno de los guantes de mi abuelo, el original del soberbio retrato de Vandyck que vos admirabais.

Como si pensase que era necesario algo mas de un mero aserto para vencer todas mis dudas, abrió uno de los cajones de la mesa, y sacó otro guante que me echó. Cuando una persona naturalmente franca y sincera quiere cubrirse con el velo de la doblez y del disimulo, la torpeza con que lo hace y el quebranto que padece para ocultar su turbacion, inspiran muchas veces sospechas, y provocan el deseo de escudriñar un cuento que recita con voz apocada. Eché una mirada á los dos guantes, y respondí gravemente: —Estos guantes se parecen en el bordado, pero miss Vernon confesará que no pueden formar un par, pues ambos son de la mano derecha.

Miss Vernon se mordió los labios de despecho, y abochornóse de nuevo.

—Haceis bien en confundirme, en descubrirme, repuso ella con amar-

gura: algunos hubieran juzgado, por lo que decia, que no queria dar esplicaciones particulares de una circunstancia que no tañe á nadie, mucho menos á un estraño. Vos habeis juzgado mejor, y me habeis dado á conocer la bajeza de la doblez, que siempre he mirado con horror, y que abjuro para siempre. No soy adecuada para el disimulo; este papel es indigno de mí, y sola la necesidad ha sido poderosa á hacérmelo tomar por un instante. No, segun ha observado vuestra sagacidad, este guante no es el compañero del que os he enseñado; pertenece á un amigo que me es todavía mas apreciable que el cuadro de Vandyck, ... un amigo cuyos consejos me guiarán siempre, ... un amigo á quien respeto, ... un amigo á quien... En esto se detuvo.

—*A quien amo*, querrá decir sin duda miss Vernon, exclamé esforzándome por ocultar bajo cierto tono irónico el despecho que me roía.

—Y aunque lo dijese, replicó ella con arrogancia, ¿quién tiene derecho de censurar mis afectos? ¿quién pretenderá pedirme cuenta de ellos?

—Seguramente que no seré yo, miss Vernon, repuse con énfasis, pues me habia picado á mi vez; os ruego que no me supongais semejante presuncion; mas espero que miss Vernon perdonará á un amigo, á una persona á quien honra al menos con este título, el que se tome la libertad de advertirla...

—No me advertiais nada, señor mio, dijo con vehemencia, ni me veniais con preguntas. ¿Quereis constituirme mi juez? no lo consentiré; y si no habeis venido aquí mas que para escudriñar mi conducta, la amistad que decís me teneis es muy insuficiente excusa de vuestra descortés curiosidad.

—Os libro de mi presencia, dije con una arrogancia semejante á la suya; he tenido un sueño muy agradable, ¡oh! sí, muy agradable, pero

muy fementido tambien, y.... mas ahora ya nos entendemos.

Iba á salir, cuando miss Vernon, cuyos movimientos eran algunas veces tan rápidos que parecian casi producidos por un instinto, se precipitó delante de la puerta; asíndome del brazo, me detuvo con aquel ademan aseñorado que le cuadraba tan bien, y que formaba tan singular contraste con la injentuidad y sencillez de sus modales.

—Deteneos, señor Frank, me dijo; no debemos separarnos así, ni tengo bastantes amigos para que pueda resolverme á borrar de este número ni aun á los ingratos y egoistas. Escuchadme, señor Frank, no sabréis nada acerca de este misterioso guante. Y en esto lo tomó en la mano. No, nada; ni una sílaba mas de lo que sabeis ya; pero no sea esto causa de discordia entre nosotros. El tiempo que debo permanecer aquí, añadió con tono mas suave, será necesariamente muy corto; y el vuestro lo será aun mas: nos separaremos pues en breve para no vernos mas; no riñamos pues, ni mis misteriosos infortunios sean un pretexto para acibarar las pocas horas que nos quedan aun que pasar juntos antes de encontrarnos á la otra orilla de la eternidad.

No sé, Tresham, con qué encanto, con qué sortilejo lograba esta encantadora criatura tan completo predominio sobre un carácter que yo mismo no podia algunas veces señorear. Al entrar en la biblioteca, iba decidido á pedir á miss Vernon una esplicacion cabal: me la habia negado con una arrogancia insultante, me habia confesado que preferia á un rival mio; porque ¿qué otra interpretacion podia dar á la preferencia que daba á su misterioso confidente? y sin embargo, cuando estaba á punto de salir de la sala y de romper para siempre con ella, no necesitó mas que cambiar de tono, y pasar del acento de la arrogancia y resentimiento al de la auto-

ridad y despotismo, templados luego con la espresion de la dulzura y de la melancolía, para volver á su lugar á su humilde vasallo, y someterle á las duras condiciones que le imponia.

—¿De qué sirve que vuelva? dije sentándome; ¿porqué queréis que sea festigo de desgracias que no puedo aliviar, y de misterios que es ofenderos el tratar de descubrir? Aunque no conocéis todavía el mundo, es imposible que ignoreis que una persona joven no puede tener mas que un amigo: si supiera que uno de mis amigos concedia secretamente á un tercero una confianza que me negaba á mí, no podría menos de tener zelos; pero de vos, miss Vernon, de vos...

—Teneis zelos en toda la estension del término, ¿no es así? Pero, mi querido amigo, en eso no haceis mas que repetir lo que aprenden de memoria los mentecatos en las comedias y novelas, hasta que dan á su necia parlería un influjo real sobre su entendimiento. Mozos, doncellas, todos charlan hasta que están enamorados, y cuando su amor está á punto de apagarse, vuelven á charlar y á atormentarse, hasta que tienen zelos. Pero nosotros, Frank, que somos seres racionales, no debemos hablar mas que el lenguaje de la buena y franca amistad: cualquiera otra union entre nosotros es tan imposible como si fuese yo hombre ó vos mujer. Hablando sin rodeos, añadió despues de vacilar un momento, y dejando á un lado por esta vez el bien parecer, aunque me avergüenze un poco la claridad de mi esplicacion, nosotros no podríamos casarnos, si quisiésemos; y aun cuando pudiéramos, no deberíamos hacerlo.

Un rubor celeste teñia su frente cuando me hizo esta cruel declaracion: yo me disponia á combatir sus argumentos, olvidando hasta mis sospechas que acababan de confirmarse; pero ella lo previó, y añadió

con una fria firmeza que tenia visos de severidad: —Lo que digo es una verdad incontrastable que no cabe refutar; con que por favor dejémonos de cuestiones;... somos amigos, señor Osbaldiston, ¿no es así? En esto me alargó la mano, y tomando la mía: —Amigos y nada mas, nada mas que amigos.

Soltó mi mano, y yo bajé la cabeza, domado, como dijera Spencer, por la mezcla de dulzura y de firmeza que reinaba en sus maneras; apresuróse ella á mudar de asunto.

—Ved aquí, me dijo, una carta dirigida á vos, pero que, á pesar de las prevenciones de la persona que os la escribe, no os llegara probablemente nunca, si no hubiese caído en manos de mi Paolito, ó enano mágico, que guardo secretamente á mi servicio, como todas las señoritas desgraciadas de las novelas.

La carta estaba cerrada, la abrí y eché una ojeada á su contenido. El papel se me cayó de las manos, y exclamé involuntariamente: —¡Gran Dios! mi locura y mi desobediencia han arruinado á mi padre!

Miss Vernon se sobresaltó vivamente; pero serenándose al punto: —Estáis pálido, me dijo; ¿os sentís malo? os traeré un vaso de agua. Vamos, señor Osbaldiston, sed hombre; ¿qué ha sucedido? ¿Ha muerto vuestro padre?

—Vive, ¡gracias al cielo! mas ¡en qué apuro, en qué angustia se encuentra...!

—¿No es mas que eso? No os desesperéis. ¿Puedo leer esta carta? dijo recojiéndola.

Díjela que sí, sabiendo apenas lo que me decía, y ella la leyó con la mayor atencion.

—¿Quién es este Tresham que firma la carta?

—El socio de mi padre (vuestro buen padre, mi querido Guillermo); pero no suele tomar la menor parte en los asuntos del comercio.

—Habla aquí de muchas cartas que os han escrito.

—Yo no he recibido ninguna, contesté.

—Y parece, añadió, que Rashleigh, á quien dejó vuestro padre al frente de todos sus negocios antes de partir á Holanda, ha salido de Londres hace algunos días con direccion á Escocia, llevándose consigo varios créditos que ascienden á una suma considerable, y que estaban destinados para pagar algunos vales firmados por vuestro padre en favor de diferentes personas de aquel pais.

—Harta verdad es.

—Dice tambien la carta que, no habiendo oido hablar mas de Rashleigh, han enviado al primer factor, un tal Owen, á Glasgow, á fin de descubrirle, y acaba rogándoos que vayais tambien á aquella ciudad, y le ayudeis en sus pesquisas.

—Sí, y es preciso que parta al punto.

—Escuchad, dijo miss Vernon, me parece que la mayor desgracia que puede resultar de todo esto será la pérdida de cierta cantidad de dinero, y ¡reparo lágrimas en vuestros ojos! ¡vaya, señor Osbaldiston!

— Vos me injuriais, miss Vernon, respondí; no es la pérdida de mi caudal la que me arranca lágrimas; es el efecto que producirá en el ánimo y en la salud de mi padre, que aprecia mas el honor que la vida. Si se ve en la imposibilidad de satisfacer sus empeños, sentirá el mismo pesar, la misma desesperacion, que un valiente soldado que huye una vez á vista del enemigo, que un hombre de bien que pierde su puesto y su reputacion en la sociedad. Yo precaviera todas sus desgracias si no diera oídos á un vano orgullo, á una culpable indolencia que ha sido causa de que no le ayudase en sus tareas y siguiese como él una carrera tan útil como honrosa. ¡Gran Dios! ¿cómo cabe reparar

ahora las funestas consecuencias de mi error?

—Yéndooos á Glasgow, como os ruega encarecidamente el amigo que os escribe esta carta.

—Mas si Rasleigh ha formado realmente el infame proyecto de arruinar á su bienhechor, ¿cómo podré frustrar un plan tan profundamente combinado?

—El éxito no es cierto, lo confieso; pero por otra parte, aquí es imposible que hagais ningun servicio á vuestro padre: tened presente que si os hubieseis hallado en el lugar que os estaba señalado, no se efectuara tal desastre; corred pues ahora al que os destinan, y tal vez se remediará todo; esperad, no salgais de esta sala antes de que vuelva.

Dejóme entregado al asombro y á la confusion, en medio de la cual hallaba no obstante un lucido intervalo para admirar la firmeza y serenidad que poseia siempre miss Vernon, hasta en las crisis violentas é inesperadas.

Volvió algunos minutos despues, trayendo en mano un papel doblado y sellado como una carta, pero sin sobre: —Os entrego, me dijo, esta prueba de mi amistad, porque tengo la mas perfecta confianza en vuestro honor. He comprendido bien la carta que os han escrito; los fondos que están en poder de Rashleigh han de recobrase el 12 de setiembre, para que puedan aplicarse al pago de los vales consabidos; y si lo lograis antes de aquella época, no corre ningun peligro el crédito de vuestro padre.

—Es verdad; la carta del señor Tresham es muy clara. La leí aun otra vez, y añadí: —No hay sombra de duda.

—¡Y bien! dijo miss Vernon, en ese caso, podrá seros útil mi Paolito. Habréis oido hablar de un eucanto mágico contenido en una carta, pues tomad este pliego; si os es po-

sible lograr lo perdido por otros medios y alcanzar la devolucion de los créditos que se ha llevado Rashleigh, cuento con vuestro honor en que lo quemaréis sin abrirlo; si no, romped la nema diez días antes del vencimiento de los vales que firmó vuestro padre, y hallaréis en él indicios que os serán tal vez útiles. Adios, Frank, ya no nos volveremos á ver; pero pensad algunas veces en vuestra amiga Diana Vernon.

Alargóme la mano, pero yo la apreté á ella misma contra mi pecho; suspiró al desahirse de mis brazos, escapóse por la puertecilla que conducía á su aposento, y ya no la ví mas.

### CAPITULO XVIII.

CUANDO estamos abrumados de desgracias cuya causa y carácter son diferentes, hallamos al menos la ventaja de que la distraccion que producen en nosotros sus efectos contrapuestos nos da fuerzas para no sucumbir bajo el peso de ninguna. Me aflijia profundamente el separarme de miss Vernon; pero aun me aflijiera mas, si las penosas circunstancias en que se encontraba mi padre no exijiesen mi atencion. Así mismo, las tristes noticias que acababa de participarme el señor Tresham me hubieran anonadado, si mi corazon no estuviera poseido del sentimiento que me inspiraba la necesidad de abandonar á aquella á quien tanto amaba. Mi amor á Diana era tan ardiente, como vivo y tierno el afecto que á mi padre tenia; mas conocí que es posible dividir la sensibilidad cuando la mueven á un tiempo mismo dos causas diferentes. Tales eran mis reflexiones al dirigirme á mi aposento.

Volví á leer con suma atencion la carta de vuestro padre, que era bastante lacónica; y me dirigia á Owen para que me diera los pormenores

de lo ocurrido, rogándome que fuera á buscarle sin perder un momento á una ciudad de Escocia llamada Glasgow. Añadia que tendria noticias de mi viejo amigo en casa de los señores Marvillie Macfin y compañía, comerciantes de aquella ciudad, en el barrio de Gallowgate. Me hablaba de varias cartas que me habian escrito, y que yo no habia recibido, porque sin duda habian sido interceptadas, y se quejaba de mi silencio en unos términos que fueran sobre manera injustos, si mis cartas hubiesen llegado á su destino. Cuanto mas leia esta carta, iba á mas mi admiracion: no dudé un instante que el jenio de Rashleigh velaba en derredor mio, y me cercaba de tinieblas y dificultades; ni vislumbraba sin espanto la estension de los medios que su fecunda maldad habia empleado para lograr su intento. Preciso es que me haga justicia á mí mismo; el sentimiento de separarme de miss Vernon, por vivo que fuese, por intolerable que me pareciera en cualquier otra ocasion, no llegó á ser para mí mas que una consideracion secundaria al pensar en los peligros que amenazaban á mi padre. No es que diera mucho precio á los caudales: inajinaba, como casi todos los jóvenes de ardiente imaginacion, que es mas fácil pasar sin riquezas que consagrar el tiempo y la aplicacion á los medios de adquirirlas. Pero en la situacion en que se hallaba mi padre, sabia yo que miraria una suspension de pagos como una mancha indeleble, que la vida no tendria atractivos para él, y que contemplaria la muerte como su única esperanza.

Mi imaginacion no se ocupaba pues mas que en buscar medios de desviar la catástrofe, y lo hacia con un ardor de que fuera incapaz si no se tratara mas que de mí haber personal. El resultado de mis reflexiones fué una firme resolucion de partir de Osbaldiston-Hall al dia siguiente,

te, y de dirigirme á Glasgow para juntarme con Owen. Juzgué del caso participar mi partida á mi tio dejándole una carta en la que le daba las gracias por la buena acogida que habia recibido, y me escusaba con términos jenerales en un negocio urgente é imprevisto que me obligaba á separarme de él sin ofrecérselas de palabra. Conocia bastante al viejo caballero para saber que me perdonaria esta falta aparente de cortesía, y habia concebido tan terrible idea de las pérdidas combinaciones de Rashleigh, que me temia no hubiese preparado algunos resortes secretos para impedir un viaje que emprendia únicamente con el fin de frustrar sus proyectos, si anunciaba públicamente mi partida de Osbaldiston-Hall.

Estaba pues muy resuelto á partir al siguiente dia al amanecer, y á salvar las fronteras de Escocia antes de que sospecharan que habia salido del alcázar; pero existia un obstáculo poderoso que debia perjudicar á la celeridad de mi viaje: no solamente ignoraba cuál era el camino mas corto para ir á Glasgow, sino que no sabia absolutamente la ruta. Como importaba muchísimo la presteza, resolví consultar el caso con Andrés Listo-á-todo, como que era competente autoridad para sacarme del apuro sin demora.

Aunque era ya tarde, quise ocuparme al punto de este interesante objeto, y me fuí al instante mismo á casa del jardinero. Su morada se hallaba á corta distancia de las tapias del jardin: era una choza construida enteramente al estilo de arquitectura del Northumberland. Las ventanas y puertas estaban decoradas de pesados arquiteabos y macizos dinteles de piedra sin labrar, y el techo cubierto de juncos en lugar de bálago, tejas ó pizarras. Por un lado corria un arroyo de agua cristalina: un antiguo peral sombreaba con sus ramas

un cuadrecillo que se veia delante de la casa: por detrás habia una huerta, un cercado para pacer una vaca, y un campo sembrado. En una palabra, todo anunciaba la comodidad que la antigua Inglaterra proporciona á sus habitantes hasta en sus mas remotas provincias.

Al acercarme á la casa del prudente Andrés, oí hablar con tono gangoso y solemne, lo que me persuadió de que, segun la meritoria costumbre de sus conciudadanos, habria reunido algunos de sus vecinos para entregarse con ellos á sus devociones nocturnas, pues no tenia ni esposa, ni hijas, ni hermanas, ni persona alguna del sexo femenino que viviese con él. Pero escuchando con mas atencion, reconocí que el ruido que oía no le producian mas que los pulmones de Andrés; y cuando abrí la puerta para entrar, le hallé solo, leyendo en alta voz, para su propia edificacion, un libro de controversias teológicas, y batallando con todo su valor contra palabras que no comprendia.

—¿Sois vos, señor Frank? me dijo dejando su enorme en folio; estaba leyendo un rato al digno doctor Lightfoot (1).

—¡Lightfoot! repetí echando una ojeada al pesado volumen; no se puede dar autor mas impropriamente llamado.

—Sin embargo tal era su nombre, señor mio, y era un teólogo sin igual. Mas perdonad el haberos dejado de pié á la puerta; me atormentaron tanto los duendes la noche anterior, ¡Dios me libre! que no queria abrir hasta despues de haber leído todo el servicio de la noche, y ahora cabalmente acabo de dar fin al capítulo quinto de Nehemías. Si esto no basta para intimidarlos, no sé qué es lo que hay que hacer.

—¡Qué! ¡os atormentaron los

(1) Lijero de piés.

duendes, Andrés! ¿qué quereis decir con eso?

—Que he estado toda la noche combatiendo con ellos, pues querian, ¡Dios me libre! hacerme salir de mi piel sin tomarse el trabajo de desollarme como á una anguila.

—Orillad vuestros terrores por un momento, Andrés: desee saber si me enseñaréis el camino mas corto para ir á una ciudad de vuestra Escocia llamada Glasgow.

—¡El camino de Glasgow! ¿decis si lo sé? ¿y cómo no lo he de saber? No dista mas que algunas millas de mi lugar, de la parroquia de Drecpdayly, que es un piñollo del oeste. Mas ¡Dios me libre! ¿á qué va su señoría á Glasgow?

—A negocios particulares.

—Eso es lo mismo que decir: No me hagais preguntas, y no os responderé con mentiras. ¡A Glasgow! ¿Y daréis alguna recompensa al que os conduzca allá?

—Ciertamente que sí.

—¿Y tendréis en consideración el tiempo y el trabajo que emplee?

—¿Quién lo duda? si sabeis alguno que quiera acompañarme, se lo pagaré generosamente.

—Hoy es domingo, dijo Andrés alzando los ojos al cielo, y no es dia de hablar de negocios carnales; sino os preguntara cuánto le daríais al que buenamente os acompañase en el camino, os dijese el nombre de todos los castillos que vieseis, y toda la parentela de sus propietarios.

—No necesito mas que saber el camino, el camino mas corto, y le daré al que me lo enseñe todo lo que esté puesto en razon.

—Todo, repitió Andrés, es como decir nada; el mozo de que os hablo sabe todas las sendas, todos los recodos de las montañas, todos...

—Tengo prisa, Andrés, y no estoy para perder tiempo; ajustad el trato por mí, y queda cerrado.

—¡Ah! eso se llama explicarse:

pues entonces, ¡Dios me libre! el mozo que os conducirá será yo.

—¿Vos, Andrés? ¿luego quereis iros de aquí?

—Ya os he dicho, señor Frank, que hace mucho tiempo que pienso en dejar el alcázar; desde el momento en que entré en él: mas ahora estoy resuelto, y cuanto mas presto mejor.

—¿Y os arriesgais á perder vuestros pecances?

—Sin duda que habré de perderlos: pero he vendido las manzanas del viejo verjel, y todavía tengo dinero, aunque Sir Hildebrando, es decir, su procurador, me ha instado á que se lo entregase, como si fuera una mina de oro; y á mas he recibido algun dinerillo para comprar semillas, y á mas... Por fin esto será una especie de *compensacion*. Por otra parte, su señoría se hará cargo de mi pérdida y riesgo cuando lleguemos á Glasgow. ¿Y cuándo piensa partir su señoría?

—Mañana por la mañana al amanecer.

—¡Pronto es! ¿y dónde hallaré un jaco? ¡Esperad...! sí, ya sé donde hallaré el animal que me conviene.

—Con que, Andrés, mañana á las cinco estaréis sin falta al cabo de la calle.

—No temais, señor Frank, ¡lléveme el diablo, si os faltó á la palabra! Pero si quereis seguir mi consejo, partiremos dos horas mas presto: yo sé los atajos lo mismo de noche que de dia, é iré de aquí á Glasgow con los ojos vendados, por el camino mas corto, y sin estraviarme una vez.

Los muchos deseos que tenia de partir me hicieron adoptar la mudanza de Andrés, y nos convenimos en estar en el paraje indicado el dia siguiente á las tres de la madrugada.

No obstante se presentó una reflexion á la mente de mi futuro compañero de viaje.

—Mas ¿y los duendes? exclamó,

¿y los duendes? ¡si vienen á perseguirnos á las tres de la mañana! poco caso haria de que me visitasen dos veces en veinte y cuatro horas.

—No tengais miedo, le dije yéndome; bastantes espíritus malignos existen en la tierra que saben hacer de las suyas, mejor que si tuviera á sus órdenes todos los secuaces de Lucifer.

Después de esta exclamacion, que me arrancó el sentimiento de la situacion en que me hallaba, salí de la choza de Andrés y me volví al alcázar.

Hice los pocos preparativos que eran indispensables; cargué mis pistolas, y me eché enteramente vestido sobre la cama para prepararme, con algunas horas de sueño, á sufrir la fatiga del viaje que iba á emprender, y las inquietudes que debian acompañarme hasta el fin de la ruta. La naturaleza, postrada por las zozobras que habia experimentado en el discurso del dia, me fué mas favorable de lo que me atrevia á esperar, y gozé de un sueño apacible hasta que oí tocar las dos del reloj del alcázar, colocado en lo alto de una torre que estaba próxima á mi estancia. Habia tenido el cuidado de guardar luz; me levanté al instante, y escribí la carta que trataba de dejar á mi tio. Terminada esta, llené una maleta con los vestidos que mas necesitaba, dejando en mi sala lo restante de mi guarda-ropa; bajé la escalera sin hacer ruido, me fuí á la cuadra sin hallar óbice alguno, y donde, sin ser tan hábil palafrenero como mis primos, ensillé y embredé mi caballo y me puse en camino.

Al entrar en la calle que conducia á la puerta del parque, me detuve un instante, y me volví para ver por la vez postrera las paredes que encerraban á Diana Vernon. Parecia que una voz secreta me decia que me separaba de ella para no verla ya mas. Era imposible, en la fila larga é irre-

gular de las ventanas góticas del alcázar, alumbradas apenas por los pálidos rayos de la luna, reconocer las del aposento que ella ocupaba. La he perdido para siempre, dije para mí esforzándome inútilmente por distinguirlas; ¡la he perdido aun antes de salir del recinto que habita! ¿Qué esperanza me queda de seguir con ella ninguna correspondencia cuando nos hayamos separado?

Estaba absorto en una meditacion de naturaleza poco agradable, cuando el reloj del alcázar dió la tres, y trajo á mi memoria un individuo mucho menos interesante para mí, y una cita á que me importaba ser exacto.

Al llegar al cabo de la calle, ví á un hombre á caballo, oculto en la sombra que trazaba la cerca del parque. Tosí muchas veces, pero hasta que pronuncié el nombre de Andrés en voz baja, no me respondió el jardinerero: —Sí, sí, Andrés soy.

—Caminad delante, le dije; y guardad profundo silencio, si es posible, hasta que hayamos atravesado la aldea que hay en el valle.

Andrés no dió lugar á que le repitiese esta orden; partió al instante mismo y á un paso mucho mas rápido de lo que yo deseara. Obedeció tan escrupulosamente á mi mandato de guardar silencio, que no respondió á ninguna de las preguntas que sin cesar le dirigia sobre la causa de una marcha tan rápida; y que me parecia tan imprudente como poco necesaria al principio de un viaje largo, puesto que pondria tal vez á los caballos en estado de no poderle continuar. No cruzamos la aldea, sino que, llevándome por sendas estraviadas, llegamos á una estensa llanura, y en seguida nos hallamos en medio de las montañas que separan la Inglaterra de la Escocia, en lo que llaman las *Marcas medias* (1). El camino, ó mas

(1) Las fronteras mas centrales.

bien la mala senda que seguíamos entonces, estaba llena ya de malezas, ya de pantanos; sin embargo Andrés no aflojaba el paso, y andábamos sus nueve ó diez millas por hora.

Me sorprendía y descontentaba el capricho del bellaco, y con todo tenía que seguirle, ó perder la ventaja de llevar un guía. No hallamos mas que subidas y bajadas rápidas en un terreno en que nos arriesgábamos á rompernos la cabeza á cada instante; y pasábamos de cuando en cuando por el borde de unos precipicios donde el menor tropiezo de los caballos nos hiciera encontrar una muerte infalible. La luna nos prestaba algunas veces una escasa claridad, pero á menudo una nube ó una montaña nos sumergía en profundas tinieblas: entonces perdía de vista á mi guía, y me dirigía tan solo por el ruido de los pasos de su caballo, y las chispas que sacaban de las rocas sobre las cuales caminábamos. La rapidez de nuestra marcha y el cuidado con que había de dirigir mi caballo atendiendo á mi seguridad, me fueron al pronto útiles en algun modo para distraerme de las penosas reflexiones á que me abandonara. Grité de nuevo á Andrés que no anduviese tan á prisa, y me encolericé seriamente cuando ví que no hacia ningun caso de mis repetidas órdenes, y que no le podía sacar ninguna respuesta. Mas la cólera no me servía de nada. Hice dos ó tres veces lo posible para alcanzarle, determinadísimo á calentarle las espaldas con el mango de mi látigo; pero él iba mejor montado que yo, y sea que dudase de mis buenas intenciones, ó sea que á su caballo le aguijonease una noble emulación, así que lograba acercarme á él, no tardaba en ganar otra vez el terreno perdido. Por último, no pudiendo tener á raya mi cólera, gritéle que iba á recurrir á mis pistolas, y enviar á Hotspur Andrés (1) una bala que le obligaría á

(1) *El fogoso Andrés.* Hotspur, personaje

detener la impetuosidad de su carrera. Es probable que oyó esta amenaza, y que le hizo alguna impresion; porque mudó de paso al punto, y en pocos momentos me hallé á su lado.

— ¡No es cordura correr de este modo! dijo con la mayor serenidad.

— ¿Y porqué correis así, bellaco?

— Creía que su señoría llevaba prisa, me replicó con imperturbable gravedad.

— Hace dos horas que os estoy gritando que vayais mas despacio. ¿Estáis borracho? ¿Estáis loco?

— Es que tengo el oído un poco delicado, señor Frank, y á mas el ruido que hacen los caballos andando sobre estas peñas, y á mas... es verdad que bebí el trago de partida antes de salir; y como no tenía nadie que me acompañase en mi brindis, ha sido fuerza secundarlo.

Todo esto podia ser verdad; sin embargo no creía ni una palabra: pero como la situación en que me hallaba exigía que mantuviese buena armonía con él, me contenté con prescribirle que caminase desde entonces á mi lado.

Animado con mi tono pacífico, Andrés levantó el suyo una octava, segun su costumbre ordinaria de pedantería.

— Su señoría no me persuadirá nunca, ni nadie del mundo tampoco, que sea de cuerdos esponerse al aire de la noche sin alentar el estómago con un buen vaso de aguardiente ó de nebrina, ó de algun otro corroborante; y yo hablo por experiencia, porque, ¡Dios me libre! he atravesado no pocas veces estas montañas, durante la noche, llevando á cada lado de mi silla un barrilito de aguardiente.

— Que en otros términos es decir que tratabais en contrabando, Andrés: ¿y cómo cabe que un hombre de principios tan rijidos como los

histórico de Shakspeare, cuyo nombre puede traducirse *espuela-caltante*.

vuestros se resolviese á defraudar los derechos del erario?

— Eso no son mas que los despojos de los Ejipticos: bastante ha padecido la pobre Escocia, desde su malhadada union con Inglaterra, de esos bellacos de aforadores de la sisa que se han echado sobre ella como un nublado de langostas; no es extraño que un buen ciudadano quiera proporcionarle alguna cosilla para alegrarle el corazon.

Preguntándole mas, supe que había pasado á menudo estas montañas tratando en contrabando antes y despues de establecerse en Osbaldiston-Hall: esta circunstancia no era indiferente para mí, pues me probaba que era muy capaz de servirme de guía.

Viajábamos entonces con menos precipitacion; y sin embargo el caballo de Andrés, ó mas bien el mismo Andrés, se inclinaba en gran manera á acelerar el paso, y yo me veía muchas veces obligado á moderarle. Había salido el sol, y mi guía se volvía con frecuencia á mirar atrás, como si temiese que le persiguieran. Por fin llegamos á la falda de una elevadísima montaña que nos costó media hora de trépar, y desde la cual se descubria toda la estension del pais que acabábamos de correr. Detúvose Andrés, dirijió la vista hácia este lado, y no viendo en los campos ni en los caminos ningun sér viviente, tomó su fisonomía cierto aire de satisfaccion; se puso á silbar, y luego cantó una cancion de su pais. Al mismo tiempo pasaba la mano por el cuello de su caballo, le contemplaba y le acariciaba, lo que llamó mi atencion y me hizo reconocer al instante la yegua favorita de Thorncliff Osbaldiston.

— ¿Qué es eso, Andrés? le dije frunciendo las cejas; esta jaca es del señor Thorncliff.

— No digo que no le haya pertenecido en otro tiempo, señor Frank, pero ahora es mia.

— ¡Es un robo, bellaco!

— ¡Un robo! ¡Dios me libre! señor Frank, nadie tiene derecho para llamarme ladrón. — Ved lo que es: el señor Thorncliff me pidió prestadas diez libras para ir á las corridas de caballos de York, y lléveme el diablo si ha pensado nunca en volvérmelas; muy al contrario, cuando le hablaba de mi crédito, decia que me molería á palos. Mas ahora me habrá de pagar hasta un maravedí, si es que quiere volver á ver su jaca, y sino, no tendrá nunca una crin de su cola. Conozco un astuto escribano en Loughmaben, iré de paso, y él arreglará el negocio. ¡Un robo! no, no: nunca se ha calentado Andrés á semejante fuego. Esto es una prenda que he cojido: no hay mas diferencia sino que en vez de hacerla tomar á un alguacil, la he tomado yo propio: es cosa arreglada á la ley, y he ahorrado gastos por economía.

— Esa economía os costará tal vez mas cara de lo que pensais, si continuais cobrandoos así por vuestras manos y sin autoridad legal.

— ¡Ta, ta, ta! ahora estamos en Escocia, y hay aqui abogados, escribanos y jueces que me defenderán á mí lo mismo que á todos los Osbaldistons de Inglaterra. El primo en tercer grado de la tia de mi madre es primo de la mujer del preboste de Dumfries, y no sufriria que agraviasen una sola gota de su sangre. Aquí las leyes son iguales para todos; no es como en vuestro pais, donde un mandato del escribano Jobson puede enviaros al rollo antes que sepais siquiera porqué: mas esperaos un poco, y aun habrá menos justicia en el Northumberland; y ved aquí porqué me he despedido de él.

No hay para que os diga, mi querido Tresham, que los principios de Andrés no estaban en manera alguna acorde con los míos; y así formé el proyecto de rescatarle la jaca cuando llegásemos á Glasgow, y de enviar

otra vez á mi primo. Resolví tambien escribir á mi tío por el correo; para informarle de lo ocurrido, en la primera ciudad que hallásemos en Escocia: pero necesitaba á Andrés, y la ocasion no me pareció favorable ni para darle parte de mi proyecto, ni para afearle una accion que su ignorancia le hacia quizás mirar como muy natural. Mudé pues de conversacion, y le pregunté porqué decia que habria en breve menos justicia en el Northumberland.

— ¡Ah! ah! dijo, habrá justicia, pero será con el mosquete en la mano: ¿acaso no se hallan reunidos en todo el condado los oficiales irlandeses y todo el ganado que han ido á buscar á los países extranjeros por no encontrar bastantes parciales en el nuestro? Estos cuervos han ido allá porque husmean la carroña: tan cierto como vivo, que Sir Hildebrando no permanecerá con los brazos cruzados. Ví como traian al alcázar fusiles, sables y espadas: ¿creeis que esto sea para nada? Estos jóvenes Osbaldistons son diablos rabiosos; ¡Dios me libre!

Este discurso me trajo á la memoria la sospecha que habia ya concebido de que los jacobitas estaban en vísperas de hacer alguna arriesgada tentativa. Mas sabiendo que no me convenia erigirme ni espía ni censor de los discursos y acciones de mi tío, evité toda ocasion de ponerme al corriente de lo que pasaba en el alcázar. Andrés no tenia los mismos escrúpulos, y hablaba sin duda como pensaba, diciendo que allí se tramaba alguna maquinacion, y que este era uno de los motivos que le habian determinado á ausentarse.

— Han alistado y pasado revista, añadió, á todos los criados, campesinos y vasallos: querian meterme á mí tambien en la danza, pero conoian muy poco á Andrés Listo-á-todo. Yo me batiré como cualquiera otro cuando me convenga, pero no será

ni por la prostituta de Babilonia, ni por ninguna prostituta de Inglaterra.

### CAPITULO XIX.

En la primera ciudad de Escocia donde nos detuvimos, fué á buscar mi guia á su amigo el escribano, para consultarle los medios de apropiarse de un modo legal la jaca de Thorncliff, que todavía no le pertenecia mas que á consecuencia de lo que me contentaré con llamar sutil burla. No sin cierto placer conocí en su rostro prolongado y en su aire contrito, cuando estubo de vuelta, que su consulta no habia tenido el feliz resultado que esperaba. Como el señor Tonthope le habia sacado ya de mas de un mal paso en sus operaciones de contrabando, tenia en él entera confianza, y le contó todo el caso francamente y sin reserva. Mas despues que se vieran la última vez, habian nombrado al señor Tonthope escribano de la justicia de paz del condado, y á pesar de todo el interés que tomaba en su antiguo amigo Andrés Listo-á-todo, le dijo que su deber y su conciencia exigian que informase á la justicia de semejantes hazafñas, cuando llegaban á su noticia; que no podia menos de retener la jaca y de meterla en la cuadra del baile Trumbull, hasta que se decidiese á quién tocaba la propiedad; que aun debiera arrestarle á él mismo; pero que no podia resolverse á tratar con tanto rigor á un conocido antiguo; que así le permitia retirarse, y le invitaba á salir de la ciudad lo mas pronto posible. Hasta fué tan generoso que le regaló un caballo viejo, agitado y asmático, á fin de que pudiese continuar su viaje. Es verdad que exigió en pago una cesion absoluta y muy en forma de todos sus derechos sobre la jaca: cesion que le representó como una mera formalidad, puesto que lo mas que podia esperar Andrés era el cabestro.

No sin dificultad me contó Andrés estos pormenores, porque estaba corrido, y su orgullo nacional sufría no poco al verse obligado á confesar que los escribanos de Escocia eran como los escribanos de todos los demás países del universo, y que el escribano Tonthope no era de mejor calaña que el escribano Jobson.

— Si esto me hubiese sucedido en Inglaterra, no sintiera la mitad que me robasen lo que habia adquirido á riesgo de mi vida, segun él pretende. ¿Pero se habrá visto nunca echarse un halcon sobre otro halcon? ¿no es una vergüenza que un honrado Escocés robe á otro compatriota suyo? Seguramente ha variado todo en este país, y creo que ha sido, ¡Dios me libre! desde aquella desdichada Union.

Es de advertir que Andrés atribuía siempre á la union de Escocia con Inglaterra todos los síntomas de menoscabo y depravacion que observaba en sus compatriotas, sobre todo la disminucion de la capacidad de las medidas, el aumento de precio de los géneros, y otras muchas cosas que tuvo cuidado de explicarme durante el curso de nuestro viaje.

En cuanto á mí, me consideré, en vista del jiro que habian tomado las cosas, como libre de toda responsabilidad respecto á la jaca. Contentéme con escribir á mi tío el modo como se la habian llevado de su casa, y con informarle de que estaba en manos de la justicia, ó de sus dignos representantes el baile Trumbull, y el escribano Tonthope, á los cuales le decia que se dirigiese reclamándola. ¿Volvió á casa del cazador de zorras del Northumberland? ¿continuó sirviendo de cabalgadura al escribano escocés? es por demás que tratemos ahora de averiguarlo.

Continuamos nuestra ruta hácia el noroeste, pero no con la misma celeridad que al principio de nuestro viaje. Andrés sabia perfectamente los

caminos, segun me habia dicho, pero eran caminos frecuentados por los contrabandistas, que tienen sus razones para no escojer ni los mejores ni los mas directos. Las cordilleras de desnudas y estériles montañas que se sucedian sin cesar, no ofrecian variedad, ni interés; por fin entramos en el fértil valle del Clyde, y llegamos á Glasgow.

No poseia todavía esta ciudad la importancia que ha adquirido despues. Un comercio estenso y siempre creciente con las Indias occidentales y las colonias americanas ha sido el fundamento de su riqueza y de su prosperidad; y si se trabaja con cuidado sobre esta base sólida; será quizás con el tiempo una de las ciudades mas importantes de la Gran-Bretaña (1). Mas en la época de que hablo, todavía no brillaba la aurora de su esplendor. La Union habia en verdad abierto á la Escocia cierto comercio con las colonias inglesas; pero la falta de fondos y la envidia de los negociantes ingleses privaban todavía, en gran parte, á los Escoceses de las ventajas que les debian resultar, ejerciendo los privilejios que les aseguraba aquel memorable tratado. Glasgow, situada en la parte occidental de la isla, no podia participar del poco comercio que la parte oriental hacia con el continente, y que era su único recurso. Sin embargo, aunque no prometia entonces alcanzar la altura mercantil á la cual todo anuncia al parecer que llegará algun dia, su situacion central en el oeste de Escocia la constituía una de las plazas mas importantes de estereino. El Clyde, que corría á corta distancia de sus murallas, le abría una navegacion interior que no carecia de utilidad: no solamente las llanuras fértiles situadas en su inmediata vecindad, sino los condados de Ayr y de Dumfries, la miraban como su capital, enviaban allá sus pro-

(1) Ya se ha verificado esta prediccion.

ductos, y sacaban de ella diversos objetos que necesitaban.

Las sombrías montañas de la Escocia occidental enviaban á menudo sus salvajes habitantes á los mercados de la ciudad predilecta de San Mungo (1). Atravesaban no pocas veces las calles de Glasgow varias piaras de bueyes y jacas de herizado pelo, conduciendo á otros tantos Highlanders ó montañeses tan salvajes y vello-sos, y algunas veces tan desmedrados como los animales confiados á su custodia. No sin sorpresa miraban los extranjeros sus vestidos antiguos y raros, y oían los duros y ásperos sonidos de un lenguaje que les era desconocido. Los mismos montañeses armados de mosquetes, pistolas, anchas espadas y puñales, hasta en las apacibles operaciones del comercio, veían con igual admiración unos objetos de lujo cuyo uso apenas concebían, y con una codicia á las veces asustante á aquellos cuya propiedad envidiaban. El Highlander siempre sale con repugnancia de sus desiertos, y es tan difícil connaturalizarle en otra parte como arrancar un pino de su montaña para trasplantarle en otro suelo. Pero aun entonces era superabundante la población de los Highlanders, y de ahí resultaban algunas emigraciones casi forzadas. Avanzaron algunas de sus colonias hasta Glasgow, buscando y encontrando trabajo, aunque diferente del que los ocupaba en sus montañas, y este suplemento de brazos laboriosos no dejó de ser útil para la prosperidad de esta ciudad; pues proporcionó medios para sostener las pocas manufacturas que tenían ya establecidas, y echó los fundamentos de su futuro esplendor.

El exterior de la ciudad corres-

(1) A este santo atribuyen las crónicas la civilización de los primeros habitantes del Strathclyde. Su nombre era Kentigern, hijo de Owain, apellidado Mungo, esto es el cortés: antes de la reforma le estaba dedicada la catedral.

pondía con este porvenir. La calle principal era ancha y hermosa, la adornaban varios edificios públicos cuya arquitectura era mas agradable á la vista que correcta por lo tocante al gusto, y la guarnecian por ambos lados casas de sillería, sobrecargaras de adornos de mampostería, lo que le daba cierto aire de grandeza y de dignidad que falta á la mayor parte de las ciudades de Inglaterra, fabricadas de frágiles ladrillos y de un rojo apagado.

Un domingo por la mañana fué cuando llegamos mi guía y yo á la metrópoli occidental de Escocia. Todas las campanas de la ciudad tocaban á vuicio, y el pueblo que llenaba las calles yendo á las iglesias, anunciaba que este dia estaba consagrado á la religión. Nos apeamos á la puerta de una alegre posadera, á quien Andrés llamó *hostler-wife*, palabra que me recordó la *otelere* del viejo Chaucer: nos recibió ella muy cortesmente. Mi primer pensamiento fué buscar al punto á Owen; pero supe que sería imposible encontrarle antes que se acabara el servicio divino. Aseguróme mi huésped que no hallaría á nadie en casa de los Sres. Macvittie, Masfin y compañía, donde la carta de vuestro padre, Tresham, me anunciaba que tendría noticias; porque era jente religiosa, y estaban donde debían estar los buenos cristianos, es decir, en la iglesia de la baronía.

Como el disgusto que concibiera recientemente Andrés respecto de las leyes de su país no se extendía á su culto religioso, preguntó á nuestra huésped el nombre del predicador que habia de distribuir el pasto espiritual entre los fieles reunidos en la iglesia de la baronía. Apenas habia pronunciado su nombre, cuando entonó Andrés un cántico de alabanzas en honor suyo, y á cada elojio repetía la huésped un *amen* de aprobación. Yo me decidí á ir á aquella iglesia, mas bien con la esperanza de

saber si Owen habia llegado á Glasgow, que con el fin de salir de ella muy edificado. Redoblóse mi esperanza cuando me dijo la huésped que si el señor Ephraim Macvittie permanecía todavía en la tierra de los vivos, honraria ciertamente aquella iglesia con su presencia, y que si tenia un extranjero alojado en su casa, no le quedaba ninguna duda de que lo conduciría allá. Esta probabilidad acabó de decidirme, y escoltado del fiel Andrés, me dirijí á la iglesia de la baronía.

No necesitaba por cierto un guía en esta ocasion; pues el jentío que se agolpaba en una calle estrecha, escarpada y mal empedrada, para ir á oír al predicador mas popular de toda la Escocia occidental, me hubiera arrastrado tras sí. Al llegar á la cima de la altura, volvimos á la izquierda, y una enorme puerta, cuyas dos hojas estaban abiertas, nos dió entrada al estenso cementerio que rodea la iglesia catedral de Glasgow. Este edificio es de un estilo de arquitectura gótico mas lóbrego y macizo que elegante; pero tiene un carácter particular, y está tan bien conservado y en tanta armonía con los objetos que lo circuyen, que la impresión que produce en los que le ven por vez primera es imponente y respetable en sumo grado. A mí me sorprendió tanto, que resistí algunos instantes á todos los esfuerzos que hacia Andrés para arrastrarme al interior de la iglesia: tan ocupado me hallaba en examinarla por defuera.

Situado en el centro de una ciudad tan grande como poblada, parecia yacer este edificio en la soledad mas profunda. Altas paredes le separan por un lado de las casas; por el otro está rodeado de una arroyada ó fondo del cual sale un arroyo no percibido y cuyo murmurío aumenta todavía la magnificencia de aquellos sitios. En la otra orilla de la arroyada se levanta una calle cerrada de abetos, cuyas ramas estienden

hasta el cementerio melancólicas sombras. El mismo cementerio ofrece un carácter particular, porque puesto que sea en verdad muy dilatado, no lo es á proporción del número de habitantes que se entierran en él, mucho mas cuando todos los sepulcros están cubiertos de una piedra sepulcral. No se ven allí aquellas mazorcas de césped que decoran por lo comun gran parte de la superficie de estos sitios, donde el malvado cesa de hacer daño, y donde el desgraciado halla por último el descanso. Las piedras funerarias están tan próximas unas á otras, que forman al parecer una especie de enlosado, y aunque la bóveda celeste sea el único techo que le protege, se parece al de nuestras antiguas iglesias de Inglaterra, donde se ve tanto número de inscripciones. El contenido de aquellos tristes registros de la muerte, los inútiles pesares que representan, el testimonio que dan á la nada de la vida humana, la estension del terreno que cubren, la melancólica uniformidad de su estilo: todo me recordó el cuadro desarrollado del profeta, escrito por dentro y por fuera, y en el cual se leía. lamentos, penas y desgracias.

La magestad de la catedral aumenta la impresión causada por tales accesorios. Se echa de ver que la nave es algo pesada, pero se conoce al mismo tiempo que si la hubieran construido en estilo de arquitectura mas lijero y decorado, destruyeran su efecto: esta es la única iglesia catedral de Escocia, si exceptuamos la de Kirkwall en las islas Orcades, que haya perdonado la reforma.

Andrés vió con orgullo la impresión que me causaba la vista de este edificio.—Es una hermosa iglesia, me dijo, un edificio sólido, bien construido, y que durará tanto como el mundo, si no se echa mano de la pólvora.—Y en diciendo esto, me precedió en el templo.

## CAPITULO XX.

A PESAR de la impaciencia de mi guía, no pude menos de detenerme á contemplar durante algunos minutos el exterior del edificio, que quedó mas imponente con la soledad en que nos dejaron las puertas cerrándose despues de haber devorado, por decirlo así, la multitud que un momento antes llenaba el cementerio; y cuyas voces, barajándose en coro, nos anunciaban los piadosos ejercicios del culto. El concierto de tantas voces, á las cuales prestaba la distancia grave armonía, sin que llegasen á mi oído las disonancias que le hirieran de mas cerca; el arroyo que mezclaba con ellas su murmurío, y el viento que jemía entre los viejos abetos: todo me parecia sublime. La naturaleza, tal como la invoca el rey-profeta en los salmos que cantaban, juntábase tambien al parecer á los fieles para ofrecer á su Criador aquella solemne alabanza en que se confunden el temor y el gozo.

Como permanecía yo escuchando tan respetuosos acentos, Andrés, cuya impaciencia rayaba en importuna, me tiró de la manga: — Venid, señor, venid, que turbarémos el servicio si entramos mas tarde, y si los pertigueros nos encuentran paseando el cementerio durante el oficio divino, nos arrestarán como vagamundos, y nos conducirán al cuerpo de guardia.

Así que oí este aviso, seguí á mi guía; pero cuando me disponia á entrar en el coro de la catedral: — Por aquí, señor, exclamó, por esta puerta. — Entonces me condujo hácia una puertecilla cimbrada, custodiada por un hombre de continente grave, que parecia á punto de cerrarla y correr el cerrojo; y bajamos una escalera por la cual llegamos bajo de la iglesia, sitio estrañamente escogido, no sé porqué, para el ejercicio del culto presbiteriano.

Figuraos, Tresham, una larga serie de bóvedas lóbregas y bajas, semejantes á las que cubren los sepulcros en otros países, y consagradas aquí por espacio de mucho tiempo á este uso. Una parte de ellas habia sido convertida en iglesia, y habian colocado allí bancos: la parte de las bóvedas ocupada de este modo, aunque capaz de contener una reunion de mas de mil personas, no era proporcionada á las otras bóvedas mas sombrías y mas vastas que rodeaban lo que pudiera llamarse el espacio habitado. En estas rejiones desiertas del olvido, lígübres banderas y escudos de armas rotos indicaban las tumbas de los que sin duda habian sido en otro tiempo príncipes en Israel; y varias inscripciones que apenas podia descifrar el laborioso anticuario, invitaban al transeunte á rogar á Dios por las almas de aquellos cuyos despojos mortales cubrian.

En estas fúnebres rejiones, donde todo estampa la imájen de la muerte, encontré una numerosa asamblea dedicada al ejercicio de la oracion. Los hombres estaban de pié y con la cabeza descubierta; habia en todo mas de dos mil personas de ambos sexos y de todas edades oyendo con atencion y respeto la oracion que dirigia al cielo un sacerdote de edad ya avanzada y muy estimado en la ciudad; no sé si estaba compuesto de repente, pero al menos no estaba escrita (1).

Al concluirse la oracion, la mayor parte de los hombres se pusieron su sombrero ó gorra, y todo el mundo se sentó, es decir, todos los que tenían la fortuna de pillar banco, pues

(1) En vano he buscado el nombre de este eclesiástico: sin embargo no desconfío de ver aclarados este punto y algunos otros que se ocultan á mi sagacidad, por periódicos que han consagrado sus pájinas á comentar estos volúmenes, y cuyas investigaciones y buena intencion merecen mi gratitud particular, pues han descubierto muchas personas y hechos enlazados con mis narraciones, en los cuales no habia siquiera pensado.

Andrés y yo, que habíamos llegado demasiado tarde, permanecimos de pié, así como gran número de personas, formando una especie de círculo en derredor de los que se hallaban sentados. Detrás de nosotros estaban las bóvedas de que he hablado ya, y dábamos el rostro á los fieles congregados, cuyos rostros, vueltos hácia el predicador, se veian algun tanto á la claridad de dos ó tres ventanas bajas de forma gótica.

Distinguíase á favor de esta claridad la diversidad comun de rostros que se vuelven hácia un pastor escocés en ocasion semejante; casi todos llevaban el carácter de la atencion, á no ser cuando un padre ó una madre atraia las miradas distraidas de un niño sobrado vivo, ó interrumpia el sueño del que se habia dormido. La fisonomia algo dura y característica de la nacion, manifestando por lo jeneral intelijencia y finura, se ofrece al observador con mas ventaja en los actos de piedad ó en las filas de un combate, que no en las reuniones de interés menos grave. Entre otras cosas noté que las viejas oian con la mayor atencion el discurso del predicador, mientras que las jóvenes paseaban modestamente sus miradas, una que otra vez, por toda la asamblea; aun creí, Tresham, si no me engañaba mi vanidad, que algunas de ellas reconocieron á vuestro amigo por un Inglés, y le distinguieron como á un mozo de mediana presencia. Noté tambien que habia en la congregacion algunos montañeses, cuyos ojos se dirigian sucesivamente á todo el auditorio, con cierto aire de salvaje curiosidad; sin atender á lo que decia el ministro, pues no entendian la lengua en que hablaba, lo cual me parece que era suficiente disculpa. El talante marcial y resuelto de estos forasteros daba á la reunion un carácter que no tuviera sin su presencia: Andrés me dijo luego que habia en este momento mas número del

que solia encontrarse en Glasgow, por haber en las cercanias una feria de ganado.

Tales se ofrecian á mi vista algunas de las personas que llenaban la iglesia subterránea de Glasgow, alumbrada por algunos rayos estraviados que, penetrando por medio de angostas vidrieras, se perdian en el vacío de las últimas bóvedas, esparcian en los espacios mas contiguos una como imperfecta semi-luz, y dejaban los rincones mas apartados de aquel laberinto en una oscuridad que los hacia al parecer interminables.

He dicho ya que estaba de pié en el círculo exterior, con los ojos fijos en el ministro, y vuelto de espaldas á las bóvedas de que he hablado mas de una vez. Esta posicion me esponia á frecuentes distracciones, porque el mas leve ruido que hacian bajo de aquellos sombríos arcos, era repetido por mil ecos. Mas de una vez volví la cabeza hácia este lado; y cuando mis ojos tomaban tal direccion, con dificultad podia dirijirlos á otra parte; tanto es el placer que encuentra nuestra imaginacion en descubrir los objetos que se le ocultan, y que no tienen muchas veces mas interés que el ser desconocidos ó dudosos. Por último acostumbré mi vista á la oscuridad donde, la dirigia, é insensiblemente tomé mas interés en los descubrimientos que hacia en aquellos lóbregos retiros que en ninguna otra cosa.

Mi padre me habia reprendido mas de una vez esta lijereza, cuyo origen nacia tal vez de una vivacidad de imaginacion ajena de su carácter. Acordéme de que siendo niño, cuando me conducia á la capilla para oír allí las instrucciones del señor Shower, me encargaba siempre que las oyese bien y me aprovechase de ellas. Pero en este momento la memoria de los consejos de mi padre me daba nuevas distracciones, recordándome sus negocios y los peligros que le

amenazaban. Dije á Andrés, con la voz mas baja que me fué posible, que se informase de los que tenia al lado si el señor Ephraim Macvittie se hallaba en la iglesia; pero Andrés, muy atento al sermón, solo me respondia rechazándome con el codo, como advirtiéndome que guardase silencio. Volví pues á dirigir la vista á los oyentes, para ver si entre todas las figuras que con estirado cuello miraban al púlpito como á un centro de atracción, podia distinguir el rostro apacible y los imperturbables rasgos de Owen; pero bajo los anchos sombreros de los ciudadanos de Glasgow, y bajo los gorros mas anchos todavía de los Lowlanders (1) del Lanarkshire, no ví nada que se pareciese á la peluca bien empolvada, á los almidonados manguitos y al vestido completo color de avellana, insignias características del primer factor de la casa de banco Osbaldiston y Tresham. Redobláronse mis inquietudes con mayor fuerza, y resolví salir de la iglesia, á fin de preguntar á las primeras personas que saliesen si habian visto al señor Ephraim Macvittie. Tiré de la manga á Andrés, y le dije que queria partir: mas Andrés mostró en la iglesia de Glasgow la misma terquedad de que diera pruebas en las montañas de Cheviot; y hasta que hubo reconocido la imposibilidad de hacerme callar sin responderme, no quiso informarme de que una vez entrados en la iglesia ya no podíamos salir antes de acabarse el oficio, en atención á que cerraban la puerta al principio de las oraciones, á fin de que los fieles no fuesen distraídos en su devoción. Despues de darme este aviso en pocas palabras y con muy mal jesto, volvió á tomar su aire de importancia y atención.

Esforcéme á hacer de la necesidad virtud, cuando fui interrumpido de

un modo muy singular. Uno me dijo en voz baja por detrás: — Correis peligro en esta ciudad.

Me hallaba yo apoyado por el un lado contra un pilar, y tenia á Andrés al otro; volvíme precipitadamente, y no ví detrás de mí mas que algunos menestrales de talle y traza adocenada. Una sola mirada que les eché me persuadió que no era ninguno de ellos quien me habia hablado; estaban enteramente absortos en el sermón, y ni aun notaron el ademan de inquietud y de admiración con que los miraba. El macizo pilar cerca del cual me hallaba, habia ocultado quizás al que me hablara y diera tan misterioso aviso. ¿Pero quién era? ¿porqué escogia aquel lugar? ¿qué peligros podia yo correr? En la solución de todas estas preguntas, perdiase en conjeturas mi imaginación. Volviéndome al lado del predicador, hice como que le escuchaba con la mayor atención, por ver si la misteriosa voz repetiría el aviso, por temor de que no le hubiese oído la primera vez.

Antes de que trascurriesen cinco minutos sucedió como me pensaba, pues me dijo pasito la misma voz. — Escuchad, pero no os volvais. Yo permanecí inmóvil.

— Correis peligro en esta ciudad, repuso la voz, y yo mismo no estoy seguro. Iréis á media noche al puente, donde me encontraréis: hasta entonces permaneced metido en casa y no os dejéis ver de nadie.

La voz cesó de hablar, y al punto volví la cabeza: pero el que hablaba habia hecho un movimiento aun mas veloz, y metidose probablemente detrás de la columna. Estaba resuelto á descubrirle si era posible, y saliendo de la última fila de los oyentes, pasé por detrás del pilar; pero no hallé á nadie, y tan solo percibí á uno que atravesaba como espectro la soledad de las bóvedas ya descritas: estaba embozado; pero no pude distinguir si en un *plaid* de los Lowlands

ó en un *plaid* de los Highlands.

Adelantéme á fin de perseguir al misterioso sér, que se coló y desapareció por bajo de las bóvedas, como el espectro de uno de los numerosos muertos que descansaban en aquel recinto. Pocas esperanzas me restaban de alcanzar en su huida al que iba determinado á huir el cuerpo á una esplicación conmigo; pero acabé de perder toda esperanza cuando huí dado tres pasos, pues tropezaron mis piés en un obstáculo no percibido, y caí. La oscuridad, causa de mi caída, me fué al menos favorable en mi desgracia; porque el predicador interrumpió su discurso para mandar á los pertigueros que detuviesen al que habia alterado el órden de la congregación: y como el ruido no duró mas que un instante, y probablemente no juzgaron necesario ejecutar con rigor la órden, la oscuridad que habia causado mi accidente cubrió mi retirada, y me volví al pilar sin que nadie lo echase de ver. El predicador continuó su sermón, y le terminó sin otro caso notable.

Cuando saliamos de la iglesia con el resto de la congregación: Mirad, me dijo Andrés, que habia encontrado otra vez su labia; mirad al respectable señor Macvittie, á mistress Macvittie, á miss Alison Macvittie, y al señor Thomas Macfin, quien dicen que va á casarse con miss Alison, si hace bien su papel: no es bonita, pero tendrá buena dote.

Mis ojos, siguiendo la dirección que me indicaba, se fijaron en el señor Macvittie. Era hombre de edad, alto, seco, de ojos azules muy metidos en la cabeza, de pobladas cejas de color oscuro, y, segun me pareció, de cierto aire duro y siniestra fisonomía que me preocuparon á pesar mio contra él. Acordéme del aviso que me habian dado en la iglesia de no dejarme ver de nadie, y no quise dirigirme á él, aunque no tenia ningun motivo razonable para temer

nada de su parte, ni para mirarle como sospechoso.

Todavía estaba indeciso, cuando Andrés, que tomó mi incertidumbre por timidez, se puso á animarme. — Habladle, señor Francisco, habladle: aun no es preboste de Glasgow, aunque dicen que lo será el año que viene. Habladle, os digo; os responderá cortésmente, con tal que no le pidais dinero, porque dicen que es bastante tacaño.

Ocurrióme al punto la reflexion de que si este comerciante era tan interesado y avariento como me le representaba Andrés, debia tomar algunas precauciones antes de darme á conocer, pues que ignoraba si mi padre era deudor ó acreedor suyo. Esta consideración, unida al misterioso aviso que habia recibido y á la repugnancia que me inspiraba su fisonomía, me decidió á aguardar al menos al día siguiente para dirigirme á él. Me limité pues á encargar á Andrés que pasase á casa del señor Macvittie, y preguntase por un tal Owen, que debia haber llegado á Glasgow algunos dias hacia, reiterándole mucho que no dijera quien le habia dado tal encargo, y ordenándole que me trajese la respuesta á la posada donde parábamos. En el camino, me habló de la obligación que tiene todo buen cristiano de asistir al oficio de la tarde; — pero, ¡Dios me libre! añadió con su malicia acostumbrada, de los que no saben estarse quietos, y van á romperse las piernas contra las piedras de los sepulcros como si quisieran hacer salir á los muertos; para los tales habrian de tener los templos chimenea.

## CAPITULO XXI.

AITADO de tristes presentimientos, sin poder darles causa razonable, me encerré en mi aposento, y envié á Andrés; quien me propuso inútilmente que le acompañase á la

(1) Habitantes de la tierra baja.

iglesia de San Enoch, donde me dijo que debía perorar un predicador, cuyas palabras penetraban hasta lo íntimo de las almas. Púsemme á reflexionar seriamente acerca del partido que habia de tomar. Yo no habia sido nunca lo que llaman supersticioso; pero creo que todos los hombres, en situacion ardua y critica, y despues de haber consultado inútilmente su razon para trazarse la línea de su conducta, son bastante dados, como por desesperacion, á soltar la rienda á su fantasía y á dejarse guiar enteramente, ya por la casualidad, ya por alguna estraña impresion que se graba en su mente, y á la cual se abandonan como por involuntario impulso. Echabase de ver un no sé qué tan repugnante en los rasgos y fisonomía del comerciante escocés, que me parecia no poder fiarme de él sin quebrantar todas las reglas de la prudencia. Por otra parte, aquella voz misteriosa que habia oido, aquella especie de fantasma que viera desaparecer bajo las sombrías bóvedas que pudieran llamarse propiamente *el funebre valle de la muerte*; todo esto no podia menos de obrar en la imaginacion de un jóven, que, segun recordaréis, era tambien poeta.

Si me hallaba verdaderamente rodeado de peligros, segun me habian advertido secretamente, ¿cómo podia conocer su naturaleza y saber los medios de guardarme de ellos sin recurrir al que me habia dado tal aviso, y á quien no podia menos de suponer buenas intenciones? Las maquinaciones de Rashleigh se presentaron mas de una vez á mi mente; pero habia yo partido de Osbaldiston-Hall, y llegado á Glasgow con tanta precipitacion, que no suponía supiese ya mi residencia en esta ciudad, y mucho menos que hubiese tenido tiempo para urdir alguna trama péfida contra mí. No me faltaba osadía ni confianza en mí propio; era activo y robusto, y mi permanencia en Francia me ha-

bia dado cierta destreza en el manejo de las armas, lo cual compone parte, en aquella nacion, de la educacion de la juventud: no tenia miedo á nadie cuerpo á cuerpo; el asesinato no era de temer en el siglo ni en el pais en que vivia, y el lugar de la cita, aunque poco frecuentado durante la noche, estaba inmediato á calles demasado pobladas para que me pusiese pavor ninguna violencia. Resolví pues ir allá á la hora indicada, y dejarme guiar luego por lo que sabria y por las circunstancias. No os ocultaré, Tresham, lo que entonces trataba yo de ocultarme á mí mismo; y es, que creia en mi interior y casi con placer que debia de existir alguna trabazon, aunque no sabia cómo ni por qué medios, entre Diana Vernon y el estraño aviso que me habian dado. Ella sola sabia el fin y objeto de mi viaje: ella me habia confesado que tenia amigos é influjo en Escocia: ella me habia entregado un talisman cuya virtud debia reconocer cuando no me quedase otro recurso.... ¿Quién sino Diana Vernon podia saber los peligros que, segun el aviso, me rodeaban, desear preservarme de ellos, y poseer medios para conseguirlo? Este lisonjero punto de vista no cesaba de presentarse á mi mente, en mi engañosa situacion. Tal idea me ocupó antes de comer, no me abandonó durante mi frugal comida, y me dominó de semejante modo en la última media hora, ayudada tal vez de algunos vasos de excelente vino, que para desasirme de lo que miraba como ilusion engañosa, aparté lejos de mí el vaso, me levanté de la mesa; cogí mi sombrero, y salí de la casa como un hombre que huye de sus propios pensamientos. Sin embargo cedí á ellos aun en este momento, sin saberlo; porque mis pasos me condujeron insensiblemente al puente sobre el Clyde, lugar de la cita señalada por mi invisible consejero.

No habia comido hasta despues

del servicio de la tarde, porque mi devota huésped tenia escrúpulo de disponer la comida durante las horas destinadas al oficio divino, y yo vine á bien en ello tanto por condescendencia como por cumplir el aviso que me dieran *de permanecer en casa*. Mas la oscuridad que reinaba á la sazón no me dejaba temer que me conociese nadie, si es que existia alguno en la ciudad de Glasgow capaz de conocerme: no obstante aun habian de trascurrir algunas horas antes del momento fijado para mi cita. Figuraos cuán largo y fastidioso debió de parecerme este intervalo. Muchos grupos de personas de todas edades, y que llevaban la santidad del día estampada en el rostro, atravesaban la dilatada pradera que se halla en la ribera del Clyde, y que sirve de paseo á los habitantes de Glasgow. Poco á poco pensé que yendo y volviendo sin cesar por lo largo del río corría riesgo de que me observasen los transeuntes, lo que no me seria quizás muy conveniente. Me alejé pues del lugar que estaba mas frecuentado, y me entretuve buscando sucesivamente por toda la pradera el sitio en que estaria menos espuesto á ser visto. Como la pradera estaba plantada de árboles que formaban diferentes calles, á semejanza del parque de Saint-James en Lóndres, no era difícil ejecutar esta pueril operacion.

En tanto que me paseaba por una de estas calles, oí en la vecina una voz destemplada que reconocí por la de Andrés Listo-á-todo. Agacharme tras de un árbol, era quizás comprometer algun tanto mi dignidad; pero era el medio mas sencillo de evitar el ser visto y huir de su curiosidad. Habíase detenido para hablar con un hombre vestido de negro, y cubierto con un sombrero de anchas alas; y oyendo su conversacion, caí en la mente de que hablaba de mí, y que hacia mi retrato. Indignado mi amor propio, me decia que aquello

era una caricatura; mas no pude menos de encontrar algunos rasgos de semejanza.

— Sí, sí, señor Hammorgaw, decia, es como os lo digo: no es que le falte juicio, pues conoce bastante lo razonable, es decir, de un modo ú de otro: en una palabra, un relámpago. Pero tiene la cabeza perdida, por estar llena de pataratas poéticas: preferirá un viejo y sombrío bosque al mas hermoso cuadro de un jardín, y la mejor huerta no es nada para él en cotejo de un arroyo y de un peñasco. Pasará dias enteros conversando con una doncella, llamada Diana Vernon, que es ni mas ni menos que una Diana de Efeso... ¡Dios me libre! y se estará con ella mas gustoso que oyendo salir de vuestros labios, Señor Hammorgaw, ó de los míos, cosas que tal vez le serian útiles toda su vida y aun en la otra.

No estrañaréis que al escuchar este retrato de mí mismo, me sintiese muy dispuesto á sorprender á Listo-á-todo, y castigar su osadía. Su interlocutor no le interrumpió sino con algunos monosílabos que no tenian al parecer mas objeto que probar su atencion, como: ¡Verdaderamente! ¡ah! ¡ah! Sin embargo hizo una observacion algo mas larga, que no pude oír, porque hablaba en voz mucho mas baja que Andrés, y este exclamó:

— ¿Que le diga lo que pienso, decís? y ¿quién lo pagaria sino Andrés? ¿Sabéis que es iracundo? Enseñadle un vestido colorado á un toro, y veréis como le traspasa de una cornada. Y no obstante es un buen jóven; no quisiera abandonarle, porque necesita un hombre cuidadoso y cuerdo que le guarde. Y á mas no tiene la mano muy cerrada; el dinero cuela por entre sus dedos como el agua por los agujeros de una regadera, y no es malo estar junto á uno cuyo bolsillo está siempre abierto. Oh, sí, yo le tengo grande afecto; es una lástima, señor Hammorgaw, que tenga

tan poca reflexion el pobre mozo.

Al llegar á esta parte de la conversacion, echaron á andar los dos interlocutores, y no me fué posible oír lo demás. El primer impulso que sentí fué el de la indignacion, al ver que un hombre que estaba á mi servicio se esplicase de un modo tan libre respecto de mi persona; pero pronto me sosegué pensando que quizás no hay un amo que, si escuchase la lengua de sus criados en la antesala, no se hallase sometido al escalpelo de algun anatomista semejante á Listo-á-todo. Este encuentro no me fué inútil, pues me hizo parecer menos larga una parte del tiempo que habia todavía de esperar.

Principiaba á avanzar la noche, y sus opacas tinieblas daban al río un tinte sombrío y uniforme que cuadraba perfectamente con la disposicion de mi ánimo. Apenas divisaba el macizo y antiguo puente echado sobre el Clyde, y eso que me hallaba á corta distancia de él: sus arcos estrechos y bajos, que con dificultad descubria, se me antojaban otras tantas cuevas donde se abismaban las aguas del río, mas bien que aberturas construidas para darles paso. Todavía se veía brillar de vez en cuando á lo largo del Clyde una linterna alumbrando algunas familias que se volvian á sus casas: y oía tambien una que otra vez los pasos de un caballo que reconducia sin duda al amo al campo, despues de haber pasado el domingo en Glasgow. Un silencio profundo, una completa soledad me iban rodeando, y tan solo interrumpia mi paseo por las riberas del Clyde, el ruido de las campanas que tocaban las horas.

¡Cuán lentas eran para mí impaciencia! ¡Qué de veces me afeé una necia credulidad! ¿No podia haberme dado la cita algun insensato, algun enemigo? ¿no me esponia á ser juguete del uno, ó víctima del otro? Y esto no obstante por nada del mundo

me retirara sin ver el fin de tal aventura.

Por último la torre de la iglesia metropolitana me anunció la primer campanada de las doce, y en breve repitieron esta señal todos los relojes de la ciudad, como responde una congregacion de fieles al versículo que entona el sacerdote. Me adelanté por el muelle que conduce al puente, con un temor y agitacion que no trataré de describir; y apenas habia llegado allá, ví á corta distancia una figura humana que avanzaba hácia mí. Era la única que habia visto hacia mas de una hora, y sin embargo nada me aseguraba que fuese el ente que me diera la cita. Caminé á su encuentro con la misma conmocion que si hubiera sido él el árbitro de mi destino; ¡tanto habian exaltado mis ideas la zozobra é impaciencia! Cuanto pude distinguir al acercarme, fué que era de mediana estatura, pero nervudo y vigoroso al parecer, embozado en luenga capa. Cuando estuve cerca de él, amainé el paso, y me detuve con la esperanza de que me dirijiria la palabra: pero ¡cután admirado quedé viéndole continuar su camino sin hablarme! No tenia ninguna pretextos para trabar conversacion: pues aunque se hallaba en el puente cabalmente en la hora que me habian señalado, podia no ser mi desconocido. Volvíme para ver qué hácia: anduvo hasta el cabo del puente, se detuvo, mostró reconocer si veía á alguien en el puente, y volvió atrás. Salíle á encontrar, muy decidido á no darle pasar por esta vez sin hablarme.

— Os paseais algo tarde, señor mio, le dije así que estuve cerca de él.

— Vengo á una cita, señor Osbaldiston, y creo que vos haceis otro tanto.

— ¿Luego sois quien me habló esta mañana en la iglesia? Y bien, ¿qué tenéis que decirme?

— Seguidme y lo sabréis.

— Antes de seguirlos he de saber

quién sois y qué me queréis.

— Soy un hombre, y quiero ser-viros.

— ¡Un hombre! eso es hablar muy lacónicamente.

— Es cuanto puedo deciros: quien no tiene nombre, ni amigos, ni dinero, ni patria, es al menos hombre, y el que tiene todo esto no es mas tampoco.

— Eso es hablar en términos muy generales, y no basta para inspirarme confianza en un desconocido.

— Sabréis mas, y lo veréis si queréis seguirme y aprovecharos del servicio que puedo hacerlos.

— ¿Porqué no me decís aquí lo que tenéis que comunicarme?

— No tengo nada que deciros: vuestros ojos son los que os han de instruir. Preciso es que os resolvais á seguirme ó á permanecer en la ignorancia.

Hablaba el forastero con tono tan firme, tan resuelto, tan frio, que parecia serle indiferente le concediese ó no mi confianza.

— ¿Qué es lo que teméis? me dijo con impaciencia? ¿de tanta importancia creéis que sea vuestra vida para que quieran arrebatárosla?

— Yo no temo nada, repuse con entereza: marchad, que os sigo.

Contra lo que esperaba, me hizo entrar en lo interior de la ciudad; y parecíamos dos espectros mudos que recorrían las silenciosas calles: últimamente me impacientaba de ver que no llegábamos, y mi conductor lo echó de ver.

— ¿Tenéis miedo? me dijo.

— ¡Miedo! repuse: os repetiré vuestras mismas palabras: ¿qué puedo temer?

— El ser forastero, y el hallaros en una ciudad donde no tenéis ningun amigo, y sí algunos enemigos.

— No los temo ni á ellos ni á vos: soy mozo, activo, y voy armado.

— Yo no traigo armas, pero un brazo resuelto siempre salió airoso.

¿Decís que no teméis nada? Si supierais con quien vais, puede que no estuviérais tan sosegado.

— ¿Y porqué no? Os repito que no me inspirais ningun temor.

— ¡Ninguno!... puede ser: ¿pero no teméis las consecuencias que pudieran resultar si os hallaran acompañado con un hombre cuyo nombre pronunciado en voz baja en esta calle haria levantar las piedras contra él para detenerle, y sobre cuya cabeza levantarían el edificio de su fortuna la mitad de los habitantes de Glasgow, como sobre un tesoro hallado, si llegasen á pillarme; con un hombre en fin cuyo arresto seria una noticia tan agradable para Edimburgo como la de una batalla ganada en Flándes?

— ¿Y quién sois, que inspira tanto terror vuestro nombre?

— Un hombre que no es enemigo vuestro, puesto que se espone á conducirlos á un lugar donde, si fuese conocido, no tardaria en tener los grillos á los piés y la soga al cuello.

Detúveme y dí un paso hácia atrás á fin de examinar á mi compañero con mas atencion y guardarme de él, pues la capa que le cubria no me permitia ver si iba armado.

— O me habeis dicho demasiado ó poco, le dije: demasiado para incitarme á poner mi confianza en un extraño que confiesa tener que temer la severidad de las leyes del pais en que nos hallamos; poco, si no me probais que su rigor os persigue injustamente.

El dió un paso hácia mí: yo retrocedí involuntariamente, y puse la mano en el puño de mi espada.

— ¡Cómo! dijo, ¡contra un hombre sin armas, contra un amigo!

— Todavía no sé si sois amigo ú enemigo, y, hablándoos con verdad, vuestros discursos y modales no me convencen.

— Eso se llama hablar como hombre: respeto á aquel cuyo brazo sabe

protejer la cabeza, y así seré franco con vos: os conduzco á la cárcel.

—¡A la cárcel! exclamé: ¿con qué derecho? ¿con qué orden? ¿por qué delito? Antes tendréis mi vida que no me privaréis de la libertad: no doy un paso mas con vos.

—No os conduzco allí como preso: ¿acaso creéis, añadió con tono altanero, que sea un mensajero de armas, un oficial del jerife?... Os llevo á ver á un preso de cuyos labios sabréis los peligros que os amenazan aquí. Vuestra libertad no corre ningun riesgo en esta visita, pero no sucede lo mismo conmigo: sé que la aventuro, mas se me da muy poco, y arrostro tal peligro con gusto por vos, porque aprecio á un jóven que no conoce mas seguro protector que su espada.

Nos hallábamos entonces en la calle principal de la ciudad. Mi guia se detuvo delante de un grande edificio construido con gruesas piedras, y cuyas ventanas estaban todas guarnecidas de rejas de hierro.

—¿Cuánto darian el preboste y los bailes de Glasgow, dijo el forastero, por tenerme en esta jaula, con los piés y las manos encadenadas! ¿Y sin embargo qué resultaria? Si me encerraban esta noche con un peso de cien libras en cada pierna, encontrarían mañana el puesto vacío, y su inquilino desalojado; ¡mas venid! ¿qué aguardais?

Así hablando tocó pasito á una especie de postigo, y una voz semejante á la de un hombre que se despierta gritó desde dentro: — ¿Quién es? ¿Quién va? ¿qué quieren á semejante hora? No abriré: es contra las reglas establecidas.

El tono con que fueron pronunciadas estas últimas palabras y el silencio que á ellas se siguió, probaron que el que acababa de hablar no pensaba mas que en volverse á dormir. Mi guia se acercó á la puerta, y le dijo á media voz:—Dougal, amigo,

¿habeis olvidado á Gregarach?

—¿Qué diablos, todo menos eso! respondieron vivamente: y oí que el guardia interior se levantó con precipitacion. Aun tuvo una corta conversacion con mi guia en voz baja y en un idioma que me era desconocido, despues de lo cual percibí que corrían los cerrojos, pero con precauciones que indicaban el temor de mover demasiado ruido. Por fin nos hallamos en lo que llamaban la sala de guardia de la cárcel de Glasgow: una angosta escalera conducía á los pisos superiores, y otras dos puertas servían de entrada al interior de la prision. Todas estaban guarnecidas de gruesos cerrojos y de pesadas barras de hierro: las paredes aparecian desnudas, salvo un agradable tapiz de hierros destinados para los presos que allí conducían, y al que se añadían algunas pistolas, mosquetes y otras armas defensivas.

Hallándome introducido inopinadamente y como por engaño en una de las fortalezas legales de Escocia, no pude menos de recordar mi aventura del Northumberland, y de horrorizarme al considerar los estraños incidentes que, sin culpa mia, iban á esponerme otra vez á una desagradable y peligrosa oposicion á las leyes de un pais que visitaba tan solo como extranjero.

#### CAPITULO XXII.

Así que entré eché una inquieta mirada á mi guia; pero la lámpara del vestibulo esparcía muy poca claridad para permitirme distinguir enteramente su fisonomía. Como el carcelero tenia en la mano la lámpara, sus rayos daban directamente sobre su rostro, el cual pude examinar, aunque me interesaba mucho menos. Era una especie de animal bravío, de esquivo mirar, y cuya frente y parte del rostro se veían sombreadas por largos y rojos cabellos: animaba-

sus facciones una como estravagante alegría que le arrebató á la vista de mi guia. Nunca he encontrado cosa alguna que ofreciese á mi imaginacion tan perfecta imájen de un diforme salvaje adorando el ídolo de su tribu: jستهابا, reía, lloraba tambien: toda su fisonomía manifestaba un ciego rendimiento que seria imposible pintar. Al principio no se esplicó mas que con algunos jestos é interjecciones, como: — ¡Oh! ¡hai! sí, sí; ¡mucho tiempo hace que no os había visto! — con otras exclamaciones no menos breves, enunciadas en la misma lengua que había servido á mi guia y á él cuando se esplicaron juntos en el umbral de la puerta. Mi guia recibió este homenaje con la serenidad de un príncipe acostumbrado á los respetos de sus vasallos, y que cree que los debe recompensar con alguna muestra de bondad: alargó la mano al llavero, y le dijo: — ¿Qué os parece esto, Dougal?

— ¡Oh! ¡hai! exclamó Dougal bajando con precaucion la voz, y mirando en derredor con ademan desfavorido; ¡es posible! ¡Veros aquí! ¡Vos aquí! ¿Y qué sucedería si los bailes viniesen rondando por acá, ellos que son tan bellacos?

Mi guia se puso un dedo en la boca. — No temais nada, Dougal; vuestras manos no correrán un cerrojo para mí.

— ¡Estas manos! ¡no, no, jamás! ¡primero me las cortaría ambas! ¿Mas cuándo volveréis allá? No os olvidéis de hacérmelo saber, aunque no soy mas que vuestro pobre primo en séptimo grado.

— Cuando tenga arreglados mis planes, os lo advertiré, Dougal.

— Y á fe mia que en cuanto lo hagais, mas que sea un sábado, le espeto las llaves de la cárcel en la cabeza al preboste, ó le juego otra pasada peor; y habeis de ver si tengo osadía para ello, con tal que principie la cosa el domingo por la mañana.

El misterioso extranjero atajó el éxtasis del llavero, dirijiéndole de nuevo la palabra en la lengua desconocida de que se había servido á la puerta de la cárcel, y que despues supe era el irlandés, ó el gaélico, esplicándole probablemente lo que exigía de él.

— Cuanto querais. — Esta respuesta anunció la disposicion de Dougal de conformarse en un todo con la voluntad de mi guia. Subió la mecha de su lámpara para proporcionarnos mas luz, y me hizo seña que le siguiese.

— ¿No venís con nosotros? pregunté á mi guia.

— No. Yo no os sirviera de nada, y es preciso que me quede aquí para aseguraros la retirada.

— No sospecho que querais arrastrarme á algun peligro.

— A ninguno que yo no parta con vos.

Pronunció estas palabras con tono tan resuelto, que no me quedó duda alguna.

Seguí al llavero, quien, dejando abiertas las puertas por donde pasábamos, me hizo subir por una escalera de caracol, y luego en una estrecha galería, abrió una de las puertas que daban al paso, me hizo entrar en una salita, y mirando una ruínísima cama que había en un rincón:

— *Ella* duerme (1), me dijo en voz baja poniendo la lámpara en una mesita.

— ¡Ella! ¿Quién? dije para mí: ¿cómo! ¿acaso será Diana Vernon quien voy á encontrar en esta mansion de miseria?

Volví los ojos hácia la cama, y una sola mirada me convenció, no sin cierta sensacion de placer, de que mis temores no eran fundados. Una cabeza que no era ni jóven ni agraciada, con barbas canosas que no había

(1) Locucion escocesa: se sobreentiende *criatura*.

tocado en dos ó tres dias la navaja, me quitó toda inquietud respecto de Diana; pero no sin un pesar muy vivo reconocí, mientras que el preso se entregaba los ojos despertándose, unas facciones muy diferentes, pero que poseian tambien para mí poderosísimo interés; las de mi pobre amigo Owen. Me aparté un momento de su vista, temiendo que soltase en el primer momento de sorpresa alguna exclamacion ruidosa que esparciese el espanto en tan triste mansion.

El desgraciado factor, que se habia echado enteramente vestido en la cama, levantándose ayudado de una mano, mientras que se quitaba con la otra un gorro colorado de lana que le cubria la cabeza, dijo bostezando y con un tono que probaba que estaba aun medio dormido:—Os digo, señor Dugwell, ó cualquiera que sea vuestro nombre, que si haceis á mi sueño semejantes restas, me quejaré al lord preboste.

—Hay aquí un *gentleman* que quiere hablarlos, respondió Dougal, que habia tomado otra vez el verdadero tono áspero de un carcelero, en lugar de la alegría y sumision con que habia hablado á mi guia; y dando un brinco, salió de la estancia.

Pasaron algunos instantes antes que el dormido se hubiese despertado lo bastante para reconocermé, y cuando estuvo seguro de que era yo, pintóse en su rostro la consternacion, pues creyó que estaba tambien preso.

—¡Oh! señor Franck, ¡cuántas desgracias habeis causado á la casa y á vos mismo! no hablo de mí, que no soy sino un cero, por decirlo así; ¡pero vos! vos erais la suma total de las esperanzas de vuestro padre, su *omnium*. ¡Vos, que podiais haber sido con el tiempo el primer hombre de la primera casa de banco de la primera ciudad del reino, os hallais encerrado en una miserable prision de Escocia, donde ni aun hay medios para aseptillarse uno la ropa!

Así hablando, entregaba con su manga, con aire de despecho, un faldon de aquel vestido color de ave-lana en otro tiempo sin mancha, que habia recojido algun polvo de las paredes; y su costumbre de minuciosa limpieza contribuia á aumentarle el disgusto de encontrarse preso.

—¡Gran Dios! continuó, ¡qué nueva para la lonja! No han recibido otra semejante desde la batalla de Almanza, en que la suma de los Ingleses muertos y heridos ascendia al total de 5000 hombres, sin tomar en cuenta los prisioneros. ¡Qué se dirá cuando se sepa que la casa Osbaldiston y Tresham ha suspendido sus pagos!

Interrumpí sus lamentaciones para informarle de que no estaba preso, aunque apenas pudiese esplicarle cómo me hallaba con él á semejante hora: ni me fué posible poner fin á sus preguntas sino haciéndole yo mismo las que me sujeria su propia situacion. No con facilidad obtuve de él respuestas muy exactas; porque Owen, como sabeis, mi querido Tresham, puesto que era muy inteligente en todo lo concerniente á la rutina mercantil, no brillaba de modo alguno cuando salia de su esfera.

Logré no obstante saber lo que sigue en suma.

—Mi padre, que hacia muchos negocios con Escocia, tenia en Glasgow dos principales corresponsales. La casa Macvittie, Macfin y compañía le habia parecido siempre, como tambien á Owen, servicial y complaciente: estos señores habian manifestado en todos sus negocios la mas cabal deferencia á la grande casa inglesa, y se habian limitado á hacer el papel del chacal, que, despues de seguir al leon, se contenta con la parte de la presa que quiere señalarle el último. Por módica que fuese su porcion de la utilidad de un negocio, siempre escribian que quedaban satisfechos, y por muchas fatigas, por muchas

tareas que les hubiese ocasionado, decian que nada les era costoso para merecer el aprecio y la proteccion de sus distinguidos amigos de Crane-Alley.

Una palabra de mi padre era para Macvittie y Macfin tan sagrada como todas las leyes de los Medas y de los Persas: ya no cabian ni mudanzas, ni innovaciones, ni observaciones. La quisquillosa exactitud que Owen, gran partidario de las reglas, sobretudo cuando podia hablar *ex cathedra*, exijia en las cuentas y en la correspondencia, no era tampoco menos sagrada á sus ojos. Todas estas demostraciones de sumision y respeto las tomaba Owen por dinero efectivo; pero mi padre, acostumbrado á leer de mas cerca en el corazon de los hombres, hallaba en ellas cierta baja-jeza que le molestaba, y habia rehusado constantemente satisfacer sus deseos de ser sus únicos agentes en Escocia. Al contrario, encargaba una parte considerable de sus negocios á otra casa cuyo jefe era de un carácter enteramente diverso. Era este un hombre que tenia formada de sí mismo opinion tan ventajosa, que rayaba en presuncion; no amaba mas á los Ingleses que mi padre estimaba á los Escoceses; no queria encargarse de ningun negocio sino bajo condicion de que hubiese perfecta igualdad en la reparticion de las utilidades; en fin, respecto á formalidades, seguia sus ideas tanto como Owen las suyas, y no se le daba un ardite de cuanto pudieran decir de él las autoridades de *Lombard-Street*.

Con semejante carácter, no era muy fácil hacer negocios con el señor Nicanor Jarvie; y á veces se suscitaban entre la casa de Londres y la de Glasgow, frialdad y contiendas, que tan solo se aplacaban porque lo exijia su comun interés. El amor propio de Owen habia sido herido mas de una vez en tales discusiones;

no es pues de admirar que en cuantas ocasiones se le presentaban, apoyase con todo su crédito la discreta, cortés y respetuosa casa de Macvittie, Macfin y compañía, ni que hablase de Nicol Jarvie como de un orgulloso é impertinente buhonero escocés con quien no cabia vivir en paz.

No hay que estrañar que con tal modo de pensar, y en las circunstancias en que se hallaba la casa de banco de mi padre por la infidelidad de Rashleigh, creyese Owen, á su llegada á Glasgow, que precedió dos dias á la mia, que debia dirijirse á los corresponsales cuyas reiteradas protestas de obsequio y respeto parecian prometerle la induljencia y los socorros que iba á pedir. Un santo patron que llegase á casa de un católico zeloso no fuera recibido con mas devocion que lo fué Owen en casa de los señores Macvittie y Macfin; mas esto era un rayo del sol que no tardó en oscurecer una lóbrega nube. Conociendo las mejores esperanzas de tan favorable acogida, pintó sin rodeos la situacion de mi padre á unos corresponsales tan zelosos y fieles. Sobrecojióse Macvittie al oír la noticia, y Macfin, antes de saber todos los pormenores, ojeaba ya su libro de cuentas, para ver sin demora la situacion respectiva de las dos casas. Faltaba mucho para que estuviese igual la balanza, y mi padre se hallaba debiendo una suma considerable. Sus rostros, ya muy aturridos, tomaron al punto un aspecto aun mas sombrío; y mientras que Owen les rogaba que cubriesen con su crédito el de la casa Osbaldiston y Tresham, ellos le pidieron que les pusiese al punto á cubierto del riesgo de perder su crédito; por fin esplicándose con mas claridad, exijieron que les entregase efectos que valiesen una suma doble de la que se les debia. Owen rechazó con entereza la proposicion, como injuriosa para su casa, é injusta

para los otros acreedores, y concluyó haciendo exclamaciones contra su ingratitude.

Los asociados escoceses hallaron en esta ocasion pié para airarse, para encolerizarse violentamente, y para autorizarse á tomar unas medidas que su conciencia, ó al menos cierto sentimiento de delicadeza, debiera atajar.

Owen, en calidad de primer factor de una casa de banco, tenia, como es bastante comun, una pequeña parte en las utilidades, y por consiguiente estaba rigurosamente responsable de las obligaciones que contraia. No lo ignoraban los señores Macvittie y Macfin; y para determinarle á que consintiese en las propuestas que tanto le indignaran, recurrieron á un medio sumario que les ofrecian las leyes de Escocia, y del cual es al parecer facilísimo el abusar. Macvittie se presentó á un magistrado, hizo juramento de que Owen era deudor suyo, y que deseaba pasar á pais extranjero: en consecuencia obtuvo al punto un mandato de arresto contra él, y el pobre Owen estaba desde la vispera encerrado en la cárcel donde acababa yo de ser conducido de tan estraña manera.

Enterado de todo, la única cosa que nos quedaba por examinar era la marcha que yo debía seguir, y esta cuestion no era fácil de resolver. Veia los peligros que nos rodeaban, pero la dificultad consistia en ponerles remedio: el aviso que me habian dado parecia anunciar que mi seguridad personal corria riesgo si daba algunos pasos públicos en favor de Owen. Este tenia el mismo temor; y como su espanto le hacia exajerar las cosas, me aseguré que un Escocés, antes que perder un ochavo con un Inglés, hallaria medios para hacerle arrestar á él, á su muger, á sus hijos, á sus criados de ambos sexos, y hasta á sus huéspedes extranjeros. Las leyes son tan severas, y

aun tan crueles en casi todos los países, y yo estaba tan poco versado en los negocios mercantiles y judiciales, que no podia negarme enteramente á creer su aserto: mi arresto hubiera volcado de remate los asuntos de mi padre. En tal embarazo, me ocurrió preguntar á mi viejo amigo si se habia dirigido al segundo corresponsal de mi padre en Glasgow.

Le he escrito esta mañana, me respondió; pero si el pico dorado de Gallowgate me ha tratado así, ¿qué podemos esperar del quisquilloso negociante de Salt-Market? Eso seria pedir á un corredor de cambios que renunciase á *su tanto por ciento*; y todo lo que ganaré en esto será quizás una oposicion á mi libertad, si Macvittie consiente en ella. Ni aun ha contestado Nicol Jarvie á mi carta, aunque me han asegurado que se la entregaron en sus propias manos yendo á la iglesia. Echándose entonces en su cama y cubriéndose la cabeza con ambas manos: — ¡Pobre señor mio! exclamó, ¡pobre señor mio! Vuestra terquedad, señor Frank, ha sido la causa.... ¡Mas Dios me perdone el hablaros así en vuestra desgracia! Es la voluntad de Dios, hay que someterse á ella.

Toda mi filosofía, Tresham, no pudo impedirme el tomar parte en la angustia del buen anciano, y confundimos nuestras lágrimas: las mías eran de las mas amargas, pues mi conciencia me advertia que las convenciones que me escusaba Owen eran harto fundadas, y que mi resistencia á la voluntad de mi padre era la causa de todas estas pesadumbres.

Mis lloros cesaron de repente cuando oí dar redoblados golpes á la puerta exterior de la cárcel. Lanzéme fuera de la estancia, y corrí á la boca de la escalera para saber qué venia á ser aquello; no oí mas que al llavero que hablaba alternativamente en voz alta y en voz baja. — Ya van, ya van, gritó: y luego dirijiéndose á mi guía:

;*O hon-a-ri! o hon-a-ri* (1)! ¿qué haréis ahora? Subid arriba y ocultaos tras la cama del hidalgo. — Voy con toda la presteza posible. — Es el milord preboste, con dos bailes, dos guardias y el gobernador de la cárcel. — Dios los bendiga. — Subid, ú os van á encontrar. — Ya van, ya van.... La cerraja está embarazada.

Mientras que Dougal abria, muy á pesar suyo, la puerta de la prision, y despasaba lentamente los cerrojos uno tras de otro, subia mi conductor la escalera, y llegó á la estancia de Owen donde acababa yo de entrar. Echó una ojeada en derredor, para ver si ofrecia algun lugar donde pudiera ocultarse; pero no percibiendo ninguno: — Dejadme vuestras pistolas, me dijo.... Pero no, no las quiero, no las necesito.... A todo trance, no os metais en nada, ni os encargueis de la defensa ajena; esto me tañe solo á mí, y yo me sacaré del apuro: mas apretado me he visto algunas veces, mucho mas todavía que ahora.

Así hablando, echó en un rincon de la estancia la capa que le cubria, y se colocó al otro extremo en frente de la puerta, á la cual no cesaba de mirar con ojos fijos y penetrantes, recojiendo un poco el cuerpo hácia atrás, como un caballo fogoso que percibe la barrera que quieren hacerle salvar. No dudé un momento que fuese su proyecto defenderse contra el peligro, de cualquiera parte que llegase, lanzándose precipitadamente sobre los que parecieran cuando abriesen la puerta, para coger el portante por la calle á pesar de toda resistencia.

Era de prever, por su talante ágil y robusto, que lograria su proyecto, á menos que no las hubiese con jente armada, y que quisiesen hacer uso de sus armas. Pasó un momento de solemne espera entre la abertura de la puerta exterior y la del aposento,

(1) ¡Ah, mi jefe!

donde entró.... no tropa alguna con bayoneta calada, ni guardias nocturnas con mazas, hachas de armas ó partesanas, sino una doncella de bastante buena traza, teniendo todavía en la una mano su zagalejo que se habia quitado para no ensuciarle en la calle, y llevando en la otra un farol de ronda. Otro personaje mas importante apareció en seguida: era un magistrado, segun supimos poco despues, grueso y pequeño de cuerpo, con una inmensa peluca, muy henchido de su dignidad, y jadeando de impaciencia y despecho.

— ¡Linda cosa, y muy decente, tenerme á la puerta media hora! capitán Stanchels, dijo dirijiéndose al carcelero en jefe que acababa de acercarse como acompañando respetuosamente á la autoridad: — he tenido que tocar tan fuerte á la puerta de la cárcel para entrar en ella, como cualquiera de estos pobres que quisiera salir, si esto les sirviera de algo! — ¿Y qué es lo que veo? ¿qué es esto? exclamó; ¡extranjeros en la cárcel, á tal hora de la noche! Llaverero, yo aclararé esto; Stanchels, contad con eso. Cerrad la puerta, y hablaré con esos señores: pero antes quiero decir dos palabras á un conocido antiguo, á un tal Owen. ¿Y bien, señor Owen, cómo va?

— De salud va bien, señor Jarvie, pero de espíritu muy mal, respondió el pobre Owen.

— Sin duda, sin duda, lo creo: es un caso pesado, y sobre todo para un hombre que tenia la cabeza tan erguida; pero todos estamos sujetos á altos y bajos, señor Owen. ¡Mundo, mundo!.. El señor Osbaldiston es un hombre muy de bien; mas siempre dije que era de aquellos que ó hacen una hermosa cachara ó echan á perder el euerno, como decia mi padre. Solia repetirme: Nick, hijo Nick (se llamaba Nicol como yo, de suerte que los que gustaban de apodosos nos apellidaban, á él el viejo Nick, y á mí

el joven Nick), Nick, decía, no alargues nunca el brazo tanto que no puedas retirarle. — Lo mismo dije al señor Osbaldiston; pero hacia poco caso de mis consejos, y sin embargo se los daba con buena intención, con muy buena intención.

Este discurso anunciado con mucha volubilidad, y con el ademán de uno que se envanece de haber dado un buen consejo no admitido, no me daba esperanzas de hallar grandes auxilios en el señor Jarvie. No obstante conocí en breve que si faltaba á sus modales alguna delicadeza, lo íntimo de su corazón no era menos excelente; porque mostrándose ofendido Owen de que usase este lenguaje en su situación presente, el banquero de Glasgow le tomó la mano, se la sacudió fuertemente, y le dijo: — ¡Vamos, vamos, señor Owen, buen ánimo! ¡Creeis que hubiese venido á veros á las dos de la noche, de la noche del domingo, y que hubiera casi olvidado el respeto debido á este santo día, si solo quisiera reprender á un hombre caído el no haber mirado por donde caminaba? ¡No, no! no suele hacerlo así el baile Jarvie, ni procedía de este modo su digno antecesor y padre. He pensado hoy más de una vez en la carta que me escribisteis esta mañana, á pesar de que tengo por costumbre invariable no hacer ningún negocio mundano en semejante día. Suelo también acostarme todas las noches á las diez, en mi cama con cortinas amarillas, como no sea que coma un bacalao en casa de un vecino, ó que un vecino me acompañe en la cena. Preguntad á esa avispada moza si no es esta una regla fundamental en mi casa. ¡Pues bien! He pasado toda la noche leyendo buenos libros, libros de devoción, y bostezando de cuando en cuando, hasta que he oído la última campanada de media noche: entonces me era lícito echar una ojeada á mi libro de cuentas, para ver como está-

bamos; y como ni el viento ni la marea oyen á nadie, he dicho á Mattie: — Toma el farol, hija: — y me he puesto en marcha para venir á ver lo que puedo hacer por vos. El baile tiene á toda hora abiertas las puertas de la cárcel, como su digno padre, que en paz haya.

Aunque un profundo suspiro de Owen, cuando oyó hablar del libro de cuentas, me dió á entender que la balanza no estaba tampoco allí en favor nuestro; y aunque el discurso del digno magistrado anunciase un hombre que, lleno de su mérito, triunfaba de la superioridad de su juicio; no obstante la franqueza y sencillez que notaba en él indicaban un buen corazón, y me dieron alguna esperanza. Invítóle Owen á que viese algunos papeles que le arrancó casi de la mano; habiéndose sentado en la cama para descansar sus piernas, según dijo, declaró que se hallaba muy bien, y haciendo que se acercase la criada para alumbrarle con el farol, se puso á leerlos con atención, pronunciando de tiempo en tiempo algunas palabras á media voz, y entremezclando con su lectura algunas interjecciones:

Viéndole ocupado de este modo mi misterioso guía, pareció dispuesto á aprovecharse de la ocasión para despedirse de nosotros sin ceremonia: llegóse un dedo á los labios mirándome, y se adelantó insensiblemente hacia la puerta, de modo que llamase lo menos posible la atención. No se le escapó este movimiento al vigilante magistrado, que no se parecía á mi antiguo conocido el juez Inglewood: sospechó su proyecto, y lo frustró al punto. — ¡Stanchels, exclamó, cuidado con la puerta! ó sino cerradla, pasad los cerrojos, y vijilad por fuera.

Oscurecióse la frente del forastero, y al parecer pensó de nuevo en efectuar su retirada á viva fuerza; mas se oyó el ruido de los cerrojos, probablemente antes que se hubiese de-

cidido: tomando entonces un aire sosegado, y cruzando los brazos, volvió al fondo de la sala, y sentóse sobre una mesa.

El señor Jarvie, que parecía espedido en negocios, concluyó en breve el exámen de los papeles que le había entregado Owen: — ¡Y bien! señor Owen, le dijo entonces, vuestra casa debe ciertas sumas á los Sres. Macvittie y Masfin, en atención á los empeños que han contraído por el negocio de las maderas de Glen-Cailziechat, el cual me lo quitaron de entre manos, señor Owen; pero ahora no se trata de esto. Así pues vuestra casa les debe estas sumas, y por razón de esta deuda os han alojado aquí bajo el poder de Stanchels: les debéis la tal suma, y quizás también otras; quizás también debéis á otras personas, y quizás también al baile Nicol Jarvie.

— Convengo, señor mio, dijo Owen, que la balanza de la cuenta está en este momento en favor vuestro, pero advertid...

— No tengo tiempo para advertir nada á semejante hora, señor Owen: pensad que estamos todavía muy cerca del domingo, que yo debiera estar en un lecho muy caliente, y que el aire es algo húmedo... No es esta ocasión de hacer observaciones... Por fin, vos me debéis dinero: no lo neguéis, me debéis poco ó mucho; sin embargo, señor Owen, no me gusta ver que un hombre activo como vos, y que entiende de negocios, se halle detenido en una cárcel, mientras que si anduviese suelto y se ocupase en las tareas que le han encargado, arreglaría las cosas de modo que sacaría quizás del apuro á deudores y acreedores. Espero que lo conseguiréis, si no se os deja consumir en esta cárcel: el hecho es, que si encontraseis alguno que firmase por vos una caución en la que salga garante de *judicio sisti*, es decir, de que no saldréis de este país, y que compareceréis ante el tribunal de justicia cuando se os llame legalmente, seriais puesto en liber-

tad esta mañana misma.

— A buen seguro, Señor Jarvie, dijo Owen, que si hallase un amigo que quisiese hacerme ese favor, emplearía mi libertad en beneficio de mi casa, y de los que tienen relaciones con ella.

— ¿Y en verdad, no faltaréis tampoco á comparecer en caso de necesidad, y á sacar á ese amigo del empeño?

— Lo haría aunque me hallase á las puertas del sepulcro, tan cierto como dos y dos son cuatro.

— Bien, señor Owen, no lo dudo, y os daré pruebas de ello. Yo soy un hombre diligente, cosa es sabida, industrioso, público es en la ciudad: sé ganar guineas, sé conservarlas, sé negociar, y no temo á ninguna casa de Salt-Market, ni aun de Gallowgate. Soy prudente, como lo era mi padre; pero no puedo sufrir que un hombre honrado que entiende de negocios, que puede reparar ó precaver una desgracia, se encuentre como clavado contra una puerta, sin poder socorrerse á sí mismo ni ayudar á los demás. Así pues, señor Owen, yo saldré fiador de vos, fiador *judicio sisti*, es decir, que no quedaréis *judicatum solvi*, sino que pagaréis: acordaos de esto, porque hay mucha diferencia de una cosa á otra.

Owen le respondió que en el actual estado de los negocios de la casa de Osbaldiston y Tresham, no esperaba que quisiese nadie afianzar sus pagos; que sobre todo no había que temer ninguna pérdida definitivamente; y que no se trataba más que de un retardo á lo más: que en cuanto á él, no dejaría ciertamente de presentarse ante el tribunal así que le citasen.

— Os creo, os creo, y basta. Esta mañana, á hora de desayunarse, os hallaréis libre. Veamos ahora quiénes son vuestros compañeros de sala, y por qué casualidad se encuentran en la cárcel á estas horas.

## CAPITULO XXIII.

TOMANDO el majistrado la luz de manos de su criada, avanzó por la sala con la linterna en la mano, como Diógenes, y no teniendo probablemente mas esperanzas que este famoso cínico de topar un tesoro en el curso de sus inquisiciones. Acercóse en breve á mi misterioso guia, que permanecía en una inmovilidad perfecta, sentado sobre la mesa, fijos los ojos en la pared, con la cabeza levantada, los brazos cruzados, sin manifestar ninguna inquietud, y golpeando con el talon, contra uno de los piés de la mesa, el compás de un aire que tarareaba. Su ademán sosegado y sereno trastornó por un momento la memoria y la sagacidad del majistrado.

Por fin, pasando el farol por delante del rostro del desconocido: — ¡Ah, ah!... ¡eh, eh!... ¡oh, oh! exclamó el baile, ¡no es posible!... pero con todo... no, no; me engaño.... no me engaño, ¡á fe mia!... ¡cómo! ¿sois vos? ¡bandido! ¡cateran! (1) ¿Qué mal viento os ha traído por aquí? ¿Es posible que seais vos?

— Ya lo estais viendo, baile; fué la respuesta lacónica de mi guia.

— De veras que creo estar deslumbrado. ¡Cómo! hombre perdido, ¡y os encuentro en la cárcel de Glasgow!... ¿Sabeis lo que vale vuestra cabeza?

— ¡Hum! bien pesada, podrá valer tanto como la de un preboste, las de cuatro bailes, la de un secretario de ayuntamiento, y las de seis autoridades mas, sin contar las de los agentes del fisco.

— ¡Desvergonzado! arrepentíos de vuestros pecados, porque si digo una palabra...

— Es verdad, baile, respondió el desconocido levantándose y plegando las manos detrás con ademán negli-

jente; pero no diréis esa palabra.

— ¿Qué no la diré, señor mio?.... ¿Y porqué no la diré? respondedme. ¿Porqué no la diré?

— Por tres razones suficientes, baile Jarvie... La primera, por causa de nuestra antigua amistad. La segunda, porque existió en otro tiempo en Stuckallachan una mujer que mezcló nuestra sangre; con vergüenza lo digo, porque me avergüenzo de tener un primo que no piensa mas que en despreciables ganancias, en arreglar cuentas, en armar telares y en pasar la lanzadera, como un desgraciado artesano... Por fin la última, porque si haceis tan solo un jesto para venderme, os mato antes que nadie pueda socorreros.

— Sois un bellaco resuelto, dijo el intrépido baile; os conozco, y vos lo sabeis muy bien: no está uno seguro cerca de vos.

— Tambien sé, baile, que circula la buena sangre por vuestras venas, y que sintiera haceros el menor daño. Mas es fuerza que yo salga de aquí libre como entré, ó pasados diez años, se hablará todavía de lo sucedido esta noche en la cárcel de Glasgow.

— La sangre no se puede volver agua, como dice el proverbio, repuso Jarvie, y ya sé lo que son parentescos y alianzas: ni es menester arrancarse los ojos unos á otros, cuando se puede evitar. Buena noticia sería para la muger de Stuckallachan, el decirle que su marido ha roto la cabeza á su primo, ó que su primo ha hecho guindar á su marido: pero habeis de confesar, demonio ruin, que si no fuerais vos, hiciera colgar hoy al mas terrible de los Highlands.

— Lo intentariais, primo, convengo en esto; pero dudo que lo consiguiséis: vosotros los de la baja Escocia no sabeis forjar hierros tan pesados y tan sólidos como nosotros los montañeses.

— ¡Ah! os digo que supiera hallar manillas y ligas que os sentarian.

muy bien, y una corbata de cáñamo hien apretada al gaznate.... Nadie en un pais civilizado hace lo que vos habeis hecho: sois hombre que os robariais á vos mismo, con tal que robaseis algo: os lo he dicho otras veces.

— ¡Y bien, primo! tendriais que poner os de luto para mi entierro.

— El diablo no dejaria de vestirse de negro, Robin, y á mas os aseguro que todos los cuervos y grájos.... Mas decidme, ¿qué habeis hecho de las mil libras de Escocia que os presté en otro tiempo? ¿cuándo me las volveréis?

— ¿Qué, qué hice de ellas? replicó mi guia despues de hacer como que reflexionaba un instante; á fe mia que no sabré decirlo... ¿Qué se ha hecho la nieve del año pasado?

— Aun hay alguna en la cima del Schehallion; perro, no vivís tan lejos; ¿habré de ir yo á buscar mi dinero?

— Probablemente que sí, repuso el Highlander, porque no llevo ni nieve ni moneda en mi bolsillo; pero en cuanto á la época, será cuando el rey recobrará sus derechos, como dice la cancion.

— ¡Peor que peor, Robin! replicó el baile de Glasgow; eso es una traicion. ¡Un traidor desleal! no se puede dar cosa peor.... ¿Querriais que volviésemos al estado de antaño? Mas vale robar vacas que perder las naciones.

— ¡Hola! amigo, dejaos de hablarías, repuso el Celta: ya hace mucho tiempo que nos conocemos uno á otro. Cuidaré de que perdonen vuestro banco, cuando vengan armados los Highlanders á barrer las tiendas y los viejos almacenes de Glasgow: hasta entonces no me veréis, á menos que sea muy necesario, ó que quiera yo dejarme ver.

— Sois un osado, Rob, y pararéis en la horca; os lo predigo otra vez. Pero no quiero imitar al pájaro ruin

que ensucia su propio nido, como una necesidad forzosa no me obligue á ello. ¿Y quién es este? añadió volviéndose hácia mí; ¿algun perillan que habeis enganchado? Tiene trazas de poseer excelentes piernas para correr por los caminos reales, y un cuello estirado que huele á rollo.

— Señor Jarvie, dijo Owen, que, lo mismo que yo, habia permanecido mudo de admiracion durante este reconocimiento y este singular diálogo entre los dos extraordinarios primos; es el señor Frank Osbaldiston, el hijo único del jefe de nuestra casa, y quien ocupara el lugar que se le confió despues al miserable Rashleigh, si su obstinacion, añadió dando un profundo suspiro, no hubiera...

— Sí, sí, dijo el banquero escocés, he oido hablar de este jóven... ¿No es este el que vuestro viejo queria que entrase de buen ó mal grado en el comercio; y el que, por no darse á un trabajo honrado que basta para mantener á un hombre, se ha asociado á una compañía de cómicos ambulantes? Y bien, mozo, decidme; ¿vendrá ahora Hamlet el Danés, ó el espectro de su padre, á salir fiador por Owen?

— No merezco esa reconvenccion, señor mio, le dije, pero respeto el pretexto que la ha escitado; y el favor que os dignais hacer á mi antiguo y apreciable amigo me inspira sobrado reconocimiento para que pueda ofenderme. El único motivo que me ha conducido aquí, era ver si podia hacer algo para ayudar á Owen á arreglar los asuntos de mi padre: en cuanto á mi separacion del comercio, á nadie le importa sino á mí.

— ¡Bien dicho, amigo! exclamó el Highlander: os queria ya, mas ahora os respeto, sabiendo que despreciais el mostrador, la lanzadera y todas las viles ocupaciones que solo cuadran con las almas ruines.

— Estais loco, Rob, dijo el baile, tan loco como una liebre en marzo;

(1) Pillo de los Highlands.

¿y porqué está la liebre mas loca en el mes de marzo que por San Martín? lo ignoro. ¡La lanzadera! respetadla, pues á ella deberéis vuestra última corbata. Respecto de ese jóven á quien desbocais con sus versos y comedias en ancas, ¿creeis que todo esto le sacará del apuro, ni tampoco vuestros juramentos, ni la hoja de vuestro *dirk*, réprobo que sois? ¿*Ti-tyre, tu patulæ*, como dicen, le enseñará donde está Rashleigh Osbaldiston? ¿Macbeth con sus *kernes* (1) le traerá las 12.000 libras esterlinas que necesita su padre para pagar los vales que vencen de hoy en diez dias, segun acabo de ver en los papeles del señor Owen? Decid: ¿se las facilitarán todos ellos con sus sables, sus espadas, sus *Andrés-Ferrara*, sus tablachinas de cuero, sus *brogues*, sus *brochan* (2), y sus *sporrans*?

—¡De hoy en diez dias! exclamé. Saqué al instante de mi bolsillo la carta que me había dado Diana Vernon, y como pasara ya el término durante el cual me había prohibido abrirla, me apresuré á romper su nema: contenia otra carta cerrada, que en mi precipitación se me escapó de las manos. Recojióla el señor Jarvie, leyó el sobre con ademan de admiración, y con gran sorpresa mía la presentó á su primo el montañés, diciendo: —Vaya un buen viento el que ha conducido esta carta á su destino, porque se podia apostar diez mil contra uno á que no llegara jamás.

Echando el Highlander una ojeada al papel, rompió el sello sin ceremonias, y se dispuso á leerle.

Yo le detuve al punto. —Para que os permita leer esa carta, señor mio, es preciso que me probeis antes que está dirijida á vos.

(1) *Kernes*, soldados, antigua palabra celta.

(2) *Brochan*, papillas de harina de avena.— El baile indica irónicamente á los soldados de Macbeth (los Highlanders) por su traje de guerra; las *brogues* son los horceguines de los montañeses, etc.

—Tranquilizaos, señor Osbaldiston, me respondió con la mayor serenidad; acordaos tan solo del juez Inglewood, del escribano Jobson, de Morris, y sobre todo de vuestro servidor Roberto Campbell, y de la hermosa Diana Vernon: acordaos de todo esto, y no dudareis que sea mía la carta.

Yo me quedé atónito de mi falta de penetración. Durante toda la noche, me había parecido que su voz no me era desconocida, ni tampoco lo que había visto de sus facciones; y no obstante no podia recordar donde le había visto ú oído: pero en este momento un rayo de luz brilló de repente á mis ojos. Era el mismo Campbell; ni era posible desconocer su orgulloso mirar, sus espresivas facciones, su ademan reflexivo, su voz robusta, el acento de Escocia con su dialecto y sus modismos escoceses que disfrazaba como queria, pero que se le escapaban cuando conmovido, y que daban cierto aire punzante á su sarcasmo, y una vehemencia particular á sus discursos: todo acababa de convencerme. Aunque apenas era de mediana estatura, sus miembros anunciaban tanta robustez como agilidad, y pudieran pasar por un modelo de perfección, si no careciesen de proporción bajo dos aspectos. Sus hombros eran tan anchos, que, aunque no era demasiado grueso, destruian la regularidad de su talle; y sus brazos, puesto que nervudos y bien formados, eran tan largos, que casi le afeaban. Despues supe que se envanecía de este último defecto, y que se jactaba de que cuando llevaba el traje de los montañeses, podia atarse las ligas sin inclinarse: pretendia tambien que poseia de este modo mas facilidad para manejar la *claymore*, y en verdad que nadie podia servirse mejor de ella. Sin esta falta de simetría en su conjunto, pudiera considerársele un hombre bien formado; pero estos dos defectos le daban cier-

to aire montaraz, extraordinario, casi sobrenatural, y este aspecto me recordaba los cuentos que solía referirme la vieja Mabel sobre los Pictos que talaron en otro tiempo el Northumberland; raza que guardaba un medio entre los hombres y el diablo; y que, añadía ella, eran (como Campbell) notables por su fuerza, valor, agilidad, largura de sus brazos y anchura de sus hombros.

Trayendo á la memoria todas las circunstancias de la entrevista que había tenido con él en casa del juez Inglewood, no dudé un momento que era para él la carta de Diana Vernon.

Sin duda componia parte de los misteriosos personajes en quienes ejercia secreto influjo, y los que á su vez ejercian otro sobre ella. Era penoso el imaginar que el destino de una persona tan amable se hallara en algun modo ligado con el de jentes de la especie del hombre que tenia ante los ojos; sin embargo me parecia imposible dudar de ello. ¿Pero qué podia hacer este Campbell en favor de los negocios de mi padre? Así como Rashleigh había hallado medios, á ruegos de miss Vernon, de hacerle comparecer cuando fuera necesaria su presencia para justificarme de la acusacion de Morris, ¿no podia tener ella bastante crédito con Campbell para que este hiciese comparecer á su vez á Rashleigh? Supuesto esto, le pregunté si sabia por donde andaba mi pérfido primo, y si hacia mucho tiempo que no le había visto.

Respondióme indirectamente.

—Lo que se me pregunta es algo espinoso: mas no importa, habré de hacerlo. Señor Osbaldiston, yo no habito lejos de aquí, y mi pariente os enseñará el camino: venid á verme á mis montañas; os recibiré en ellas con placer, y es probable que pueda ser útil á vuestro padre. Soy pobre; pero el ingenio vale mas que las riquezas..... Primo, si no os da miedo una vuelta por nuestras montañas, y

quereis comer buenas tajadas de carnero á la escocesa, ó una pierna de gamo, venid con este hidalgo hasta Drymen ó Bucklivie; ó mas bien hasta la *clachan* (1) de Aberfoil; cuidaré de que se encuentre allí alguno que os conduzca á donde esté yo entonces... ¿Qué decís á esto? Dadme la mano, en señal de que no os engañaré nunca.

—No, no, Rob, respondió el prudente majistrado, yo no me ausento así de los Gorbals: no tengo deseos de ir á vuestras montañas, á ver piernas coloradas; pues esto desdice de mi jerarquía y destino.

—¡Llévese el diablo á vuestra jerarquía y vuestro destino! La única gota de buena sangre que corre por vuestras venas procede de la bisabuela de vuestro tío, que fué colgado en Durbarton. ¿Y pensais que dejeneraríais hallándoos entre nosotros?.. Escuchadme, yo os debo mil libras de Escocia; está bien; como sois un hombre de bien, podeis venir con este hidalgo, y os pagaré hasta un ochavo.

—Dejad vuestra nobleza, repuso el majistrado; llevad vuestra sangre noble al mercado, y veréis cuanto os dan por ella.—¿Pero si os hiciese esa visita, me pagaríais en verdad?

—Os lo juro, dijo el Highlander, por la tumba de aquel que descansa bajo la piedra de Cailleach (2).

—Basta, Rob, basta: verémos lo que podemos hacer... Mas no esperéis que vaya al centro de los Highlands: preciso es que os llegueis vos al *clachan* de Aberfoil: ó al menos á Bucklivie..... y sobre todo no olvideis lo necesario.

—No temais nada, no temais nada, seré fiel á mi palabra, como la hoja de mi *claymore*, que no me ha faltado nunca..... Pero es fuerza que

(1) Nombre que dan los montañeses á sus aldeas.

(2) Una de las islas del Loch Lomond, donde tienen su sepultura los Mac Gregor.

mude de aires, primo; los de Glasgow no se avienen con la constitucion de un Highlander.

— ¡Lo creo, á fe mia!... Si yo cumpliera mi deber, no mudariais tan pronto de atmosfera; y aun cuando lo hicieseis, no ganariais nada en la mudanza..... ¿Quién dijera que yo habia de ayudaros á que os escapaseis del poder de la justicia? Esto será un desdoro eterno para mi memoria y la de mi padre...

— ¡Ta, ta, ta, ta! No os pique esa mosca, primo; cuando el lodo está seco, se limpia con facilidad: vuestro padre sabia como cualquier otro cerrar los ojos á las faltas de un amigo.

— Sin duda teneis razon, Rob, respondió el baile despues de reflexionar un momento: mi padre, que en paz haya... era un hombre sensato, sabia que todos tenemos nuestros defectos, y gustaba de favorecer á sus amigos. ¿Luego no le habeis olvidado?

Hizo esta pregunta á media voz, y con un tono tan burlesco como patético.

— ¡Olvidarle! ¿porqué he de olvidar? Era un gran tejedor, y él fué quien me hizo mi primer par de medias... Mas, primo, me voy.

— ¡Silencio, señor mio, silencio! exclamó el majistrado con tono de autoridad. — Stanchels, abridle la puerta.

Abrióse la puerta, y salimos Campbell y yo: el carcelero vió con sorpresa que habian entrado dos extranjeros; pero el señor Jarvie previno sus preguntas, diciéndole: — Son dos amigos míos, Stanchels, dos amigos míos. Bajamos la escalera, y entramos en el vestibulo, donde llamaron á Dougal mas de una vez, pero Dougal no parecia ni respondia. — Yo conozco bien á Dougal, observó Campbell con sardónica sonrisa, y sin duda no ha querido aguardar á que le diera las gracias por lo que ha hecho esta noche, y andará ya cor-

riendo por el desfiladero de Ballamah (1).

— ¡Cómo! ¡cómo! exclamó encolerizado el baile: y nos deja á todos, y á mí principalmente, en la cárcel por toda la noche. Pedid martillos, palancas, tenazas, y barras de hierro; mandad por Yetlin el herrero; sepa que el baile Jarvie ha sido encerrado en la cárcel por un vil Highlander á quien hará guindar tan alto como á Aman.

— Cuando le tengais en vuestro poder, dijo gravemente Campbell: mas la puerta no está seguramente cerrada.

Efectivamente se echó de ver, no solamente que la puerta estaba abierta, sino que Dougal al llevarse las llaves habia cuidado de que nadie pudiera ejercer en su ausencia las funciones de portero.

— Esta criatura tiene rasgos de juicio, murmuró Campbell: bien sabia él que una puerta abierta podia serme útil en caso de necesidad.

En esto nos hallamos en la calle.

— Os aconsejo, segun mis cortos alcances, Rob, dijo el señor Jarvie, que si continuais llevandó la misma vida, hariais bien en poner uno de vuestros confidentes en cada prision de Escocia.

— Si uno de mis parientes fuese baile en cada ciudad, primo, me seria bastante útil. Pero buenas noches ó buen dia, y no olvidéis el camino de Aberfoil.

Sin esperar respuesta se entró en una calle que cruzaba por el sitio en que nos hallábamos, y la oscuridad nos le hizo perder de vista. Al instante mismo oimos un silbido de naturaleza muy particular, y otro que le respondia.

— ¿Oís á los diablos de los Highlands? dijo el señor Jarvie; ellos

(1) En el camino de Glasgow á Aberfoil.

creen que están ya en los flancos del Ben Lomond, donde pueden silbar y jurar sin pensar en que sea domingo, ¡pero!..

Cierta cosa que cayó con estrépito á sus piés le interrumpió en este momento. — ¡Dios me proteja!.... ¿qué quiere decir esto? Mattie, acercad el farol. De veras que son las llaves de la cárcel..... No es malo esto, porque hubiera costado dinero el hacer otras, y luego las preguntas que se hubieran seguido: ¿cómo es que se han perdido? vaya, me hubieran molido..... ¡Ah! si el baile Grahame supiera lo que ha acontecido esta noche, no lo pasaria yo muy bien.

Como no distábamos mas que algunos pasos de la cárcel, volvimos á ella para dar las llaves al alcaide, á quien hallamos en el vestibulo donde montaba la guardia, no atreviéndose á abandonar aquel sitio antes de que llegase el que habia enviado á llamar á fin de que reemplazase al Celta fujitivo.

Llenado este deber con la ciudad, como la casa del digno majistrado estaba en el camino que debía yo seguir para entrar en mi posada, me aproveché de la luz de su farol, y él se aprovechó de mi brazo, socorro que no le era inútil yendo por calles oscuras y mal empedradas. El hombre anciano es de ordinario sensible á las menores atenciones que recibe del hombre jóven. El baile se me mostró agradecido, y me dijo que puesto que no era de aquella raza de comediantes á quienes detestaba en lo íntimo de su alma, se alegraria de que fuese si gustaba, al dia siguiente, ó mas bien aquel mismo dia, á almorzar con él y á comer un arenque fresco ó una tajada de ternera á las parrillas, añadiendo que encontraria en su casa al señor Owen, el cual gozaria entonces de libertad.

— Pero, querido señor mio, le dije despues de haber aceptado su invitacion y dádole gracias; ¿qué razon te-

niais para creer que yo me hubiese echado á cómico?

— Fué porque un imbécil hablador, llamado Listo-á-todo, que vino á mi casa poco antes de media noche rogándome que mandase al pregonero público proclamase por toda la ciudad una buena recompensa á cualquiera que diese noticias de vos, me dijo quien erais, y me aseguró que vuestro padre os habia despachado de su casa porque no queriais trabajar en sus negocios, y porque componiais versos, y porque queriais hacerlos comediante. Me lo envié á casa un tal Hammorgaw, nuestro chantre, quien me dijo que era uno de sus conocidos. Yo los eché á uno y á otro de casa, diciéndoles que no era hora de venir á hacer semejante peticion: ahora veo lo que viene á ser, y conozco que Listo-á-todo está medio demente y que se halla mal informado de vuestras cosas. — Os estimo, jóven, continuó el baile, estimo á un mozo que socorre á sus amigos en sus aflicciones: es lo que hice yo siempre, y lo que hacia mi padre que en paz haya. Mas no os acompañeis con esos Highlanders, que es mal ganado: no se puede meter la mano en la brea sin ensuciarse los dedos; acordaos de esto. Sin duda que el hombre mas sabio, mas prudente, puede cometer yerros: ¿yo mismo no he cometido algunos esta noche? Veamos cuántos: uno, dos, tres. Sí, tres cosas he hecho que no creyera mi padre, aunque las viera por sus propios ojos.

En esto llegamos á su puerta, él se detuvo antes de entrar, y continuó con tono contrito y solemne.

— En primer lugar he pensado en mis asuntos temporales en dia de fiesta: luego he salido fiador por un Inglés, por fin he dejado escapar á un malhechor: pero hay algun bálsamo en Galaad, señor Osbaldiston. Mattie, yo me sabré entrar solo; conducid al señor á casa de la Flyter al extremo de esa callejuela. Y luego

añadió en voz baja: espero que os portaréis bien con Mattie: pensad que Mattie es hija de un hombre de bien, y prima del *laird* de Limmerfield.

#### CAPITULO XXIV.

No eché en olvido la recomendación del buen baile al despedirse de mí, pero creí que no cometa una grande impolítica acompañando con un beso la media-corona que presenté á Mattie para recompensarla del trabajo que se habia tomado; y el *vaya! vaya! señor*, que me dirigió, no fué pronunciado con tono que manifestase mucha cólera. Toqué redoblados golpes á la puerta de mistress Flyter, mi huésped, y desperté sucesivamente uno ó dos perros que principiaron á ladrar, y dos ó tres cabezas con gorros de noche, que se asomaron á las ventanas vecinas para afearme el violar la santidad de la noche del domingo moviendo semejante alboroto. Mientras que temblaba de que el fervor de su zelo no rociase mi cabeza con una lluvia semejante á la que dicen que dejó caer Jantipa sobre su esposo, despertóse tambien mistress Flyter, y principió á regañar, con un tono que no era indigno de la mujer de Sócrates, á dos ó tres rezagados que andaban todavía por la cocina, diciéndoles que si hubiesen abierto la puerta al primer golpe, no se hubiera metido tanto ruido.

Estos dignos personajes no tomaban ninguna parte en la bataola; eran el fiel Andrés Listo-á-todo, su amigo Hammorgaw y otro individuo, que despues supe que era el pregonero público de la ciudad. Estaban sentados bebiendo un vaso de cerveza á mi salud, segun me lo hizo ver despues la cuenta, y se ocupaban en arreglar los términos de un bando que debian hacer al dia siguiente por todas las calles, por ver si adquirian noticias del *desgraciado joven gentleman*, porque de este modo tenian la bondad de calificarme.

Es de creer que no oculté cuanto me disgustaba el que se barajasen así en mis asuntos; pero los arrebatos de alegría á que se entregó Andrés viéndome no le permitieron notar la espresion de mi resentimiento: habia quizás en ellos algo de fingido; como fuese, la tumultuosa alegría que esperimentaba ó que fingia experimentar le ahorró la reprension manual que le destinaba, en primer lugar por lo que habia dicho acerca de mi persona hablando con el chantre, y luego por la impertinente historia que habia ido á contar al Señor Jarvie. Me contenté con echarle la puerta en los hocicos cuando me siguió para entrar conmigo en mi sala, despues de haber bendecido en la escalera veinte veces al cielo por mi vuelta, y haberme aconsejado que no saliese mas sin su compañía. Yo me acosté muy cansado, y muy determinado á despedir al dia siguiente á un bellaco pedante y lleno de amor propio, que parecia dispuesto á llenar las funciones de pedagogo, mas bien que las de criado.

En su consecuencia, le mandé venir así que amaneció, y le pregunté cuánto le debia por haberme conducido á Glasgow. Andrés Listo-á-todo se puso pálido al oír esta pregunta, creyendo sin duda con razon que era el preludio de su despedida.

—Su señoría, me dijo despues de vacilar algunos instantes, no piense, ..... no piense, ..... que..... que.....

—Hablad, miserable, ú os rompo la cabeza.

Pero Andrés, fluctuando entre el temor de aumentar la cólera con que me veia, pidiéndome una cantidad demasiado exajerada, y el de perder una parte del provecho que esperaba, limitando su pretension á una suma inferior á la que tal vez le hubiera dado, se hallaba en un embarazo cruel entre sus dudas y sus cálculos.

En fin su respuesta salió por efecto de mi amenaza, como vemos que la saludable influencia de un golpe

dado entre los dos hombros libra el gaznate de un bocado que acababa de atravesarse.

—¿Le parece á su señoría que estará bien en diez y ocho *pennys per diem*, esto es, por cada dia?

—Eso es el doble del precio ordinario, y el triple de lo que vos mereceis: mas no importa, tomad una guinea, y ahora ocupaos en vuestros negocios, que ya nada teneis que ver con los míos.

—¡Dios me libre! exclamó Andrés; ¿estáis loco?

¡Vos me pondréis tal! ¡con que os doy un tercio mas de lo que pedís, y abris unos ojazos como si se os negara la justo! Tomad vuestro dinero, y retiraos.

Mas, ¡Dios me libre! ¿en qué he ofendido á su señoría?..... En verdad que los hombres son frágiles como la flor de los campos: ¡mas pensad que Listo-á-todo es mas necesario que una tabla de manzanilla en un jardin de boticario! Por nada del mundo debierais consentir en separaros de mí.

—A fe que no sé si sois mas tuno que loco: ¿deseais quedaros conmigo, que quiera yo ú que no?

—Cabalmente eso es lo que pensaba: si su señoría no sabe lo que es tener un buen criado, yo sé muy bien lo que es tener un buen amo, y éntreseme el diablo por las piernas, ¡Dios me libre! si mis piés me separan de vos. Tal es mi intencion clara y monda: por otra parte, vos no me habeis ordenado espresamente dejar mi puesto.

—¿A qué llamis vuestro puesto? vos nunca habeis sido criado mio con salario; solo me habeis servido de guia, y no os pedí otra cosa mas que me condujeseis hasta aquí.

—Ya sé, dijo con tono dogmático, que no soy criado ordinario: pero no ignora su señoría que á ruegos suyos dejé una buena colocacion en una hora de tiempo. Yo ganaba honrada-

mente y con toda conciencia veinte libras esterlinas anuales en el jardin de Osbaldiston-Hall, y á buen seguro que no hubiera renunciado á ellas por una guinea: yo creí siempre que me quedaria con vos, y que en comida, salario, gratificaciones y provechos no sacaria nada menos.

—¡Vamos! vamos! repuse, esas necias pretensiones no os servirán de nada, y si las repetís, os probaré que Thorncliff Osbaldiston no es el único de su nombre que sabe usar de la fuerza de sus brazos.

Así hablando, me parecia tan ridícula toda esta escena, que apenas podia conservar mi seriedad apesar de la cólera que me animaba. El bellaco vió en la espresion de mi fisonomía la impresion que habia producido, y esto le alentó; sin embargo creyó que le traia cuenta mudar de tono, y dirigir un ataque contra mi sensibilidad.

—Aunque supongamos, continuó, que su señoría pueda desprenderse de un criado fiel, que os ha servido á vos y á vuestros parientes por espacio de veinte años, estoy muy cierto que no es capaz vuestro corazon de despedirle al momento, y en pais extranjero; ni querréis meter en apuros á un pobre diablo que se ha desviado de su camino cuarenta, cincuenta, cien millas quizás, únicamente por acompañaros, y que no posee en el mundo otra cosa mas que lo que le acabais de dar.

Creo que fuisteis vos, Tresham, quien me dijo un dia que era yo un terco, y que era fácil hacer de mí en ciertos casos cuanto se quisiese. El hecho es que no son las contradicciones las que me hacen antojadizo, y cuando no me veo obligado á combatir una proposicion, estoy siempre dispuesto á darle crédito por ahorrararme el trabajo de luchar con ella. Sabia que Andrés era interesado, lleno de un necio amor propio; pero no podia pasar sin un criado, y estaba ya

tan acostumbrado á sus modales, que algunas veces solia divertirme con él.

En la idecision en que me tenian estas reflexiones, pregunté á Andrés si sabia los caminos y las aldeas del norte de la Escocia, donde habia de ir por negocios de mi padre con los propietarios de los bosques de aquella nacion. A mi entender, si le hubiese preguntado por el camino del paraíso terrenal, se encargara en este momento de conducirme allá; de manera que no fué poco si conoció despues algo de lo que pretendia saber perfectamente. Fijé el precio de su salario, y me reservé espresamente el derecho de despedirle cuando quisiera pagándole una semana además del tiempo vencido á título de indemnizacion: por último le encajé una viva reprimenda sobre su conducta de la víspera, y se separó de mí medio confuso y medio triunfante, sin duda para ir á contar á su amigo el chantre, que le esperaba en la cocina humedeciendo sus pulmones, como habia salido con el joven Inglés.

En seguida me fuí á casa del baile Nicol Jarvie, como se lo tenia prometido. Un sazonado almuerzo me esperaba en el salon, que servia tambien de comedor y de sala de audiencia al digno majistrado. Este habia cumplido su palabra, pues hallé en su casa á mi amigo Owen, quien habiendo hecho largo uso del cepillo, de la palangana y de la navaja, era un hombre enteramente distinto de Owen preso, sucio, triste y abatido. No obstante, no se habian disipado las zozobras y el embarazo que experimentaba la casa Osbaldiston y Tresham, y el cordial abrazo que recibí de su primer factor fué acompañado de un profundo suspiro. Sus ojos fijos y su ademan serio y reflexivo anunciaban que se ocupaba en calcular el número de dias, de horas y de minutos que trascurririan antes del instante crítico que debia decidir de la suerte de un grande estableci-

miento mercantil, y las probabilidades que habia en pro y en contra de su caída ó de su conservacion. Tuve pues que honrar el desayuno de nuestro huésped, su té que venia directamente de la China, y que habia recibido por regalo de un aficionado de Wapping, su café de la Jamaica cojido en un gran cafetal suyo, llamado Salt-Grove, segun nos dijo él con aire malicioso, su cerveza de Inglaterra, su salmon salado de Escocia, sus arenques de Lochfine, y por fin, sus manteles labrados por las propias manos de su difunto padre. Habiéndolo elojado todo, y viéndolo ya de buen humor á consecuencia de esta corta atencion, tan poderosa para granjearse el afecto de muchos hombres, traté de sacar de ella algunas observaciones que podian serme útiles para rejir mi conducta, y que debian satisfacer mi curiosidad. Hasta entonces no habiamos hecho ninguna alusion á los acontecimientos de la noche anterior; pero viendo que no pensaba en introducir este asunto en la conversacion, me aproveché de una pausa que siguió á la historia de los manteles trabajados por su padre, para preguntarle sin exordio alguno, si me diria quién era aquel Roberto Campbell con quien estuvimos la víspera.

Esta pregunta pareció que hacia caer de su altura al majistrado: en vez de responder á ella, la repitió.

— ¿Qué, quién es Roberto Campbell?... ¡Cómo!... ¿Qué, quién es Roberto Campbell?

— Sí señor, ¿quién es, cuál es su estado?

— Es... ¡Hem! Es.... ¿Mas dónde conocisteis á Roberto Campbell, como le llamais?

— Le encontré por casualidad, hace algunos meses, en el norte de Inglaterra.

— Entonces, señor Osbaldiston, le conoceis tan bien como yo.

— No es posible, señor Jarvie,

pues parece que vos sois amigo suyo y pariente.

— Hay entre nosotros algun parentesco, me dijo con el tono de un hombre á quien le sacan las palabras á su pesar; pero despues que Rob ha dejado el comercio del ganado, raras veces le he visto. El pobre diablo ha sido muy mal tratado por jentes que lo acertaran si le dejasen quieto, y que no han ganado nada en ello. Ellos no se han arrepentido aun, y mas quisieran verle á la cola de trescientos bueyes que á la cabeza de treinta bribones.

— Pero todo esto, mi querido señor Jarvie, no me da á conocer á Roberto Campbell, sus costumbres, sus medios de existencia.

— ¿Sus costumbres? dijo el señor Jarvie, es un hidalgo de los Highlands: no hay otro mas noble que él. Sus costumbres son vestir á lo montañés cuando está en su pais, y llevar calzones cuando viene á Glascew. En cuanto á sus medios de existencia, ¿qué se nos da á nosotros, puesto que no nos pide nada? Pero no tengo tiempo para hablaros mas de él: los negocios de vuestro padre exigen toda nuestra atencion en este momento.

Así hablando, sentóse delante de un bufete para examinar la situacion de los negocios y todos los papeles concernientes á ellos, que Owen creyó deber comunicarle sin reserva. Aunque mis conocimientos eran muy cortos en tales asuntos, poseia los bastantes para conocer que todas sus observaciones eran juiciosas; y si le he de hacer justicia, debo añadir que anunciaban de cuando en cuando nobles y liberales sentimientos. Rascóse la oreja mas de una vez viendo la balanza de la cuenta establecida entre su casa y la de mi padre.

— Quizás es una pérdida, dijo, una pérdida importante para un comerciante de Salt-Market de Glascew, piensen lo que quieran vuestros negociantes de Lombard-Street en Lón-

dres: pero no imitaré nunca á esos cuervos de Gallowgate, y no por eso andaré menos derecho. Si me haceis perder dinero, me acordaré de que tambien me licisteis ganar, y lo peor que podrá suceder, será que tenga que atar la cabeza de la marrana á la cola del puerco.

No esperaba este último proverbio; pero bien claramente veia que el señor Jarvie tomaba un interés verdadero en los negocios de mi padre. Snjirió diversos expedientes, aprobó varias disposiciones que propuso Owen, y logró disipar algun tanto la sombría nube que cubria la frente del fiel delegado de la casa de mi padre.

Como yo era en esta ocasion espectador casi inútil, y como habia probado mas de una vez á volver á entablar conversacion sobre Roberto Campbell, asunto que no parecia agradable al señor Jarvie, despidióme este sin muchas ceremonias, induciéndome á ir á ver la biblioteca del colejio.

— Allí hallaréis, me dijo, hombres que os hablarán en griego y en latin; al menos se ha gastado no poco dinero para ponerles en estado de hacerlo; además, podeis leer allí versos; por ejemplo, la traduccion de las Santas Escrituras por el digno Zacarías Boyd: son los mejores versos que se han compuesto, segun dicen personas que lo entienden ó que deben entenderlo. Mas sobre todo volved á comer conigo á una hora fija: tendremos una pierna de carnero y quizás tambien una cabeza. Con qué á la una, no lo olvideis: tal es la hora en que hemos comido siempre mi padre y yo, y nunca la hemos retardado por ninguna razon ni persona.

#### CAPITULO XXV.

DIRIJIME al colejio, á imitacion del señor Jarvie, menos con la intencion de hallar allí algun objeto que pudiera interesarme ó divertirme, que para

ordenar mis ideas y meditar acerca de mi conducta venidera. Vagucaba por este antiguo edificio de un cuadro á otro (1) y de aquí á los *colleges-yards* (2), ó paseo, y admirado de la soledad que allí reinaba, pues la mayor parte de los estudiantes estaban en las aulas, di no pocas vueltas reflexionando en lo extraño de mi destino.

Recordando todas las circunstancias que habian acompañado mi primera entrevista con Campbell, no me era posible dudar de que se hallaba metido en alguna empresa, y la escena de la noche anterior, junta con la repugnancia del señor Jarvie á hablar de él y de su modo de vivir, tendia á confirmar sospecha. Sin embargo parecia que á aquel hombre era á quien no habia vacilado Diana Vernon en dirigirse en mi favor; y la conducta del magistrado respecto de él ofrecia singular mezcla de censura y de compasion, de respeto y desprecio. Con todo era preciso que hubiese algo muy extraordinario en la posicion y en el carácter de Campbell; pero lo que me semejaba mas extraño era que su destino parecia influir en el mio, y enlazarse con él estrechamente. Resolví atacar al señor Jarvie en la primera ocasion, y sacarle del buche todos los pormenores que pudiera obtener acerca de este misterioso personaje, á fin de ver si, sin comprometer mi honor, podia trabar con él las relaciones que debian al parecer establecerse entre nosotros.

Mientras que me entregaba á estas reflexiones, descubrí al cabo de la calle en que me paseaba, tres personas que parecian tener una conversacion muy animada. La especie de presentimiento, que nos anuncia á menudo la cercanía de aquellos á quienes amamos ó aborrecemos en gran manera, convenció á mi imaginacion antes que á mis ojos de que el indi-

viduo que se hallaba en medio era el detestable Rashleigh. Mi primer impulso fué ir á encontrarle al punto, y el segundo, esperar que estuviere solo, ó al menos tratar de ver quienes eran sus compañeros. Estaban tan distantes de mí, y tan ocupados en el negocio que discutian, que tuve tiempo para pasar detrás de un vallado sin que me echasen de ver.

Era entonces moda entre los jóvenes el llevar por encima de los vestidos, en sus paseos de la mañana, una capa de escarlata bordada y galoneada muchas veces, y embozarse de modo que les encubria parte del rostro. Gracias á esta moda que habia yo adoptado, y á favor del vallado tras del cual me hallaba, y que separaba las dos calles donde nos paseábamos, pasé casi por junto á mi primo, sin que notase en mí mas que á un extranjero que la casualidad habia conducido al mismo lugar. Mas ¡cuál fué mi sorpresa, reconociendo en sus dos compañeros á aquel mismo Morris, que me denunció é hizo comparecer ante el juez de paz Inglewood, y al banquero Macvittie, cuyo aspecto me habia preocupado la vispera de un modo tan desagradable!

No pudiera formarme idea de una reunion de peor agüero para mis negocios y los de mi padre. No habia olvidado la falsa acusacion de Morris contra mí, é imaginaba que intimidándole no seria mas difícil el determinarle á renovarla que lo habia sido el decidirle á retirarla. Macvittie, furioso de ver que se le habia escapado el preso, se hallaria sin duda dispuesto á entrar en todas las conspiraciones, y mirábalos á entrambos reunidos con un hombre cuyo talento para dañar no era á mi entender inferior al del espíritu maligno, y el cual me inspiraba un horror que no acertaria á describir.

Cuando estuvieron algunos pasos distantes, me volví para seguirlos. Al cabo de la calle se separaron: Morris

y Macvittie se fueron juntos, y Rashleigh volvió atrás. Me hallaba muy resuelto á juntarme con él, y á pedirle reparacion de haber abusado de la confianza de mi padre, aunque ignoraba todavía de que manera podia repararlo. No me detuve en reflexiones acerca de la materia: entré en la calle por donde se paseaba con aire meditabundo, y me mostré inopinadamente á sus ojos.

Rashleigh no era hombre que se dejase sorprender ni intimidar por ningun acontecimiento imprevisto: sin embargo, al verme de repente delante de sí con el rostro inflamado por la indignacion que me animaba, no pudo menos de estreñecerse.

—Os hallo á propósito, le dije, en el instante en que iba á principiar un largo viaje con la incierta esperanza de encontraros.

—Conocéis pues muy poco al que buscáis, me respondió Rashleigh con su flema ordinaria; mis amigos me encuentran con facilidad, y mis enemigos mas fácilmente todavía. Vuestro tono me obliga á preguntaros: ¿en cuál de estas dos clases debo poner al señor Francisco Osbaldiston?

—En la de vuestros enemigos, en la de vuestros enemigos mortales, como no hagais justicia al punto á vuestro bienhechor, á mi padre; y como no restituyais lo que le habeis robado.

—Y yo que tengo interés en la casa de comercio de vuestro padre, ¿á quién he de dar cuenta de mis operaciones, señor Osbaldiston, en negocios que son ya míos? A buen seguro que no será á un joven á quien su esquisita aficion á la literatura haria tales discusiones pesadas é ininteligibles.

—Una ironía no es una respuesta. No me separaré de vos hasta que me hayais dado cabal satisfaccion: es preciso que me sigais á casa de un magistrado.

—De muy buena gana.

I.

Dió algunos pasos como si desease acompañarme allá, y luego deteniéndose de golpe:

—Si quisiera hacer lo que deseais, veriais en breve cuál de nosotros tiene mas razones para temer la presencia de un magistrado: pero no quiero acelerar vuestro destino. Andad, joven, divertíos con vuestras visiones poéticas, y dejad el cuidado de los negocios á los que los entienden y son capaces de conducirlos.

A mi entender, era su intencion provocarme, y lo logró. —Rashleigh, le dije, ese tono sosegado é insolente os servirá de poco: habeis de saber que el nombre que llevamos ambos nunca sufre voluntariamente ninguna humillacion, y por consiguiente no penseis que tolere yo una.

—Ahora me recordais que sufrí yo una, exclamó lanzándome una mirada feroz, y de parte de quien me vino. ¿Creeis que he olvidado la tarde en que me ultrajasteis impunemente en Osbaldiston-Hall? Me daréis satisfaccion de este ultraje, que no puede lavarse sino con sangre; me explicareis tambien la obstinacion con que os habeis opuesto siempre á mis deseos, y la loca perseverancia que os induce en este momento á contrarrestar proyectos que os son desconocidos, y cuya importancia sois incapaz de valuar. Llegará el dia en que tendréis que darme cuenta de todo esto.

—Cuando llegue ese dia, me hallaréis muy dispuesto á ello. Pero entre vuestras reconvencciones olvidais la mas importante: he ayudado el juicio y la virtud de miss Vernon para que desentendase vuestros artificios, para que conociese vuestra infamia.

Creo que hubiera querido anন্দarme con los rayos que despedian sus ojos: sin embargo el sonido de su voz no perdió nada de la tranquilidad que habia afectado durante esta conversacion.

(1) Los patios cuadrangulares del colegio.

(2) El jardín ó parque de la universidad.

— Yo tenia otras miras respecto de vos, jóven; miras menos arriesgadas, mas conformes á vuestro carácter y á vuestra educacion: mas veo que quereis atraer sobre vos el castigo que merece vuestra pueril insolencia. Seguidme pues á un sitio mas apartado, donde no correremos riesgo de que nos interrumpan.

Seguile, avizorando todos sus movimientos, porque le creia capaz de todo. Me condujo á una especie de jardin plantado á la manera holandesa, rodeado en parte de vallado, y en el cual se veian dos ó tres estatuas. Iba con precaucion, y no me faltaban razones para ello, porque su espada llegó á dos dedos de mi pecho antes que yo tuviese tiempo para sacar la mia, y solo debí la vida á algunos pasos que dí hácia atrás. Me llevaba ventaja en las armas, pues su espada era mas larga que la mia, y de tres filos, como las usan generalmente hoy dia, mientras que la mia era lo que llamaban entonces una hoja sajona estrecha, llana, y menos fácil de manejar que la de mi enemigo. Bajo otros aspectos el lance era igual, porque si yo le aventajaba en destreza y agilidad, él tenia mas serenidad y mas vigor. Reñia no obstante con mas furor que valentía, con un despecho reconcentrado y una sed de sangre oculta bajo un aire sosegado que da á los mayores delitos nuevo carácter de atrocidad, haciendo que parecian el resultado de una fría premeditacion. El deseo que tenia de triunfar no fué parte para que se descuidase un instante, y nunca olvidó estar á la defensiva, al propio tiempo que meditaba los mas vivos ataques.

Yo peleé al principio con moderacion. Mis pasiones eran violentas, pero no rencorosas, y un intervalo de tres ó cuatro minutos me habia dado tiempo para reflexionar que Rashleigh era sobrino de mi padre, que el suyo me habia mostrado afecto á

su modo, y que si le pasaba de mortal estocada, sumerjia en el duelo á toda su familia. Mi primer proyecto fué pues tratar de desarmar á mi adversario; y lleno de confianza en las lecciones de esgrima que me habian dado en Francia, creia poder ejecutar esta maniobra sin mucha dificultad. Pero no tardé en reconocer que las habia con un espadachin; y habiéndome visto dos veces á punto de ser herido, tuve que pensar en la defensiva. La rabia con que Rashleigh trataba de arrancarme la vida inflamó poco á poco mi cólera, y ya no pensé en usar de miramiento alguno: en fin, como el coraje era igual por ambos lados, parecia que no debia concluirse nuestro combate sino con la muerte de uno de los dos. Poco faltó para que no fuese yo la victima. Me resbaló un pié, no pude parar un bote que Rashleigh me dió en este momento, y su espada atravesó mis vestidos y rozó lijeramente mis costillas; pero habia tirado el golpe con tal fuerza, que el puño de la espada dándome violentamente en el pecho, me causó un vivo dolor, y me hizo creer que estaba herido de muerte. Sediento de venganza, y convencido de que no me restaba mas que un instante para satisfacerla, cojé con la mano izquierda el puño de su espada, y levantando la mia con la derecha, iba á pasarle, cuando apareció en la escena un nuevo actor.

Súbitamente se echó entre nosotros un hombre, y separándonos, exclamó con voz imponente: — ¡Cómo! ¡los hijos de los que mamaron la misma leche quieren derramar su sangre, como si no fuese la misma la que circula por sus venas! ¡Por el brazo de mi padre! el primero que dé otro golpe perece á mis manos.

Miréle con sorpresa, y era Campbell. Así hablando blandia en torno suyo su hoja escocesa como anunciándonos una mediacion armada. Rashleigh y yo enmudecimos: enton-

ces Campbell nos dirijió la palabra sucesivamente.

— Señor Francisco, ¿creeis que restableceréis el crédito y compondréis los asuntos de vuestro padre quitando la vida á vuestro primo, ó quedando tendido en el parque del colegio de Glasgow? — Y vos, señor Rashleigh, ¿creeis que los hombres sensatos confien su vida y su fortuna á uno que, teniendo á su cargo los mayores intereses políticos, se mete en una reyerta como un borracho? No me miréis de reajo, señor Rashleigh, y si llevais á mal lo que os digo, ya sabeis que sois dueño de saliros del partido.

— Vos abusais de mi situacion, respondió Rashleigh; sin eso no osarais tomar parte en un negocio en que se interesa mi honor.

— ¡No osaria! ¿porqué no? Vos seréis mas rico que yo, lo confieso; mas sabio, no lo niego; pero no sois ni mas bien formado, ni mas valiente, ni mas noble; y se me haria extraño el que me manifestasen que valeis mas que yo... ¡No osaria! ¡tantas cosas he osado! á mi entender, he hecho tantas como vosotros dos, y no me acuerdo por la tarde de lo que hice por la mañana.

Durante este discurso habia dominado Rashleigh su cólera, y vuelta á tomar su sosiego y serenidad de costumbre. — Mi primo conocerá, dijo, que ha sido él quien ha promovido esta pendencia, y que yo no he dado lugar á ella: me alegro que nos hayais separado antes de haberle dado una leccion severa.

— ¿Estais herido? me preguntó Campbell con cierta apariencia de interés.

— No es mas que un araño, respondí; y mi digno primo no se hubiera lisonjeado mucho tiempo de él, si vos no hubieseis llegado.

— En verdad, señor Rashleigh, dijo Campbell, que es así, porque el acero iba á trabar conocimiento con lo

mas puro de vuestra sangre, cuando detuve el brazo del señor Frank: con que no os vanaglorieis mucho de vuestra victoria, y cuidado con la marrana tocando la trompeta. Pero vamos, no se hable mas de eso; seguidme, pues tengo que comunicaros algunas noticias, y os enfriaréis como la sopa de Mac-Gibbon cuando la pone á la ventana.

— Perdonad, señor mio, exclamé yo; me habeis manifestado afecto y servido en mas de una ocasion; mas no puedo consentir en perder de vista á este miserable que no me haya vuelto los papeles que robó á mi padre, poniéndole de este modo en estado de cumplir sus empeños.

— Estáis loco, jóven, dijo Campbell: ahora mismo os defendiais contra un hombre solo, ¿acaso quereis defenderos en este momento contra dos?

— Contra veinte, si fuere menester. Me habrá de seguir.

Diciendo estas palabras, así á Rashleigh del cuello, quien no opuso ninguna resistencia, y volviéndose hácia Campbell, le dijo con desden: — Ya lo veis, Mac-Gregor, ¡quiere precipitarse contra su destino! ¿Es culpa mia, si no puedo detenerle? Los mandatos están ya entregados y todo se halla dispuesto.

El montañés se mostró confuso: miró hácia atrás, á izquierda, á derecha, y dijo: — Nunca consentiré que le atormenten por haberle quitado los caudales á su padre; y caiga la maldicion de Dios y la mia sobre todos los magistrados, jueces de paz, prebostes, hailes, jefes, oficiales de jefes, *constables*, en fin sobre todo el ganado negro que es, ya hace un siglo, la peste de Escocia. Feliz tiempo aquel cuando se encargaba cada uno de hacer respetar sus derechos, y no estaba emponzoñada la nacion por esta maldita ralca. Pero os lo repito, mi conciencia no me permite sufrir que sea vejado, y mu-

cho menos de esa manera: mas quisiera veros de nuevo empuñar la espada y batiros como hombres de bien.

— ¡Vuestra conciencia, Mac-Gregor! dijo Rashleigh con irónica sonrisa: os olvidáis de que ya hace tiempo que no la conocemos nosotros.

— Sí, mi conciencia, repitió Cambell, ó Mac-Gregor, cualquiera que fuera su nombre: sí, señor Rashleigh, yo tengo conciencia, y ved porque valgo mas que vos. En cuanto á conoceros, si me conocéis, ya sabéis cuales son las causas que me han hecho lo que soy; y, pensad lo que queráis, no cambiaria mi situacion por la del mas orgulloso de los perseguidores que me han reducido á no tener mas techo que la bóveda de los cielos. Yo tambien os conozco á vos, y sé lo que sois; ¿mas porqué sois lo que sois? eso solo lo sabéis vos, y para nosotros será un secreto hasta el dia postrimero. Ahora, señor Frank, soltadle el cuello, porque tiene razon para decir que correriais vos mas peligro que no él ante un majistrado. Estad bien cierto que por blanco que fuerais, hallaria medio de haceros aparecer mas negro que un cuervo: así pues, como os decia, soltadle el cuello.

Junto el ademan con la exhortacion, y tirándole del brazo con vigor y de improviso, dejó libre á Rashleigh, y deteniéndome con sus brazos, me impidió cojerle de nuevo. — Vamos, señor Rashleigh, dijo al mismo tiempo, aprovechaos de este momento: un buen par de piernas vale dos pares de brazos, y no será la primera vez que os habréis servido de ellas.

— Primo, dijo Rashleigh, dad gracias á Mac-Gregor de que no os pago la deuda entera: si os dejo en este momento, es con la esperanza de hallar en breve ocasion mas oportuna para satisfaceros completamente sin correr riesgo de que nos interrumpian.

Esto diciendo, enjugó su espada que estaba manchada con algunas gotas de sangre, la volvió á la vaina y desapareció.

El Escocés empleó así la fuerza como las amonestaciones para impedir que le siguiese, y en verdad que yo mismo principiaba á creer que de nada me serviría.

Cuando vió que ya no trataba de escaparme, y que parecia estar mas sosegado: — Por el pan que nos alimenta, me dijo, que no he visto nunca un hombre mas terco: no sé que me hiciera de cualquiera otro que me hubiera dado la mitad del trabajo que vos para detenerle. ¿Qué queriais hacer? ¿Hubierais seguido al lobo á su cueva? Os digo que ha tendido sus redes para prenderos: volvió á encontrar al colector Morris, le ha hecho presentar una nueva queja contra vos, y aqui no puedo socoreros, como en casa del juez de paz Inglewood, porque no conviene á mi salud que me encuentre en el camino de los bailes *whigamores*. Retiraos pues como mozo honrado, y sacad el mejor partido de las circunstancias, cediendo con tiempo á ellas. Evitad la presencia de Rashleigh, de Morris, y del animal Macvittie. Pensad en la *clachan* de Aberfoil, y segun os he dicho, os doy palabra de hidalgo de que se os hará justicia. Mas permaneced tranquilo hasta que nos volvamos á ver, que será en la cita dada, pues voy á partir. No obstante, despacharé de Glasgow á Rashleigh, pues no tramará por aquí cosa buena. Adios, no olvideis la *clachan* de Aberfoil.

Partió, dejándome abandonado á las reflexiones que me inspiraban los singulares acontecimientos que acababan de sucederme. Tomé otra vez mi capa, que me arreglé de modo que tapase la sangre que habia manchado mis vestidos, y apenas me habia cubierto, abrieron las anlas del colejio, y la muchedumbre de los estudian-

tes llenó la pradera y el parque. Volví al centro de la ciudad, y viendo una tiendecilla encima de cuya puerta se leia esta muestra: *Cristóbal Nelson, Cirujano y Boticario*, entré en ella, y pregunté á un mocito que machacaba algunas drogas en un mortero, si se podia hablar con el sabio farmacópola. Introdújome en la trastienda, donde hallé á un anciano todavía verde que sacudió la cabeza con aire de incredulidad cuando le dije que esgrimiendo con uno de mis amigos, se habia roto su florete y me habia herido lijeramente en el lado. — Es un verdadero araño, me dijo curando la herida, pero ni por pienso os ha tocado ninguna zapatilla ó cabo del florete. ¡ Ah! ¡ sangre jóven, sangre jóven! Pero nosotros los cirujanos somos gente discreta: y á mas, sin la sangre demasiado viva y la mala sangre, ¿qué fuera de las dos sabias facultades?

Despidióme con esta reflexion moral, y no tardó en disiparse el escaso dolor que me habia causado la herida.

#### CAPITULO XXIV.

— ¿PORQUE llegais tan tarde? exclamó el señor Jarvie cuando entraba yo en el comedor del bizarro banquero: ¿ignorais acaso que no se necesitan mas que cinco minutos para echar á perder el mejor plato de una comida? Dos veces ha venido ya Mattie para ponerla en la mesa. La fortuna que habeis tenido es que sea una cabeza de carnero que no pierde nada en esperar un rato; pero una cabeza de oveja demasiado cocida es un verdadero veneno, como decia mi padre, y eso que le gustaban mucho las ovejas.

Escuséme como pude de mi falta de exactitud, y nos sentamos en la mesa. El señor Jarvie hizo sus honores con la mayor gracia del mundo, cargando nuestros platos con todas

las golosinas escocesas que habia mandado disponer para nosotros, y cuyo gusto no era muy agradable para nuestro paladar inglés. Yo salí bastante bien del paso, pues conocia los usos de la sociedad, los cuales permiten desembarazarse de un plato muy lleno, despues de hacer como que se cata. Pero no sucedia así con Owen. Su política era mas rigurosa y formal; y era cosa de ver los esfuerzos que hacia para vencer su repugnancia y tragarse todo lo que le servia nuestro huésped, elojando mal de su grado tajada por tajada, lo cual no servia mas que para doblar su tormento. El majistrado, admirado de su apetito, no consentia que su plato quedase un instante vacio.

Cuando levantaron los manteles, el señor Jarvie preparó con sus propias manos un bol de ponch con aguardiente: esta era la primera vez que le veia hacer de este modo.

— Los limones son de mi pequeña hacienda de allá bajo, nos dijo haciendo un movimiento con el hombro para indicar las Indias occidentales, y aprendí el arte de componer esta bebida del viejo capitan Coffinkey, quien, segun me han asegurado, añadió bajando la voz, la aprendió él mismo de los filibusteros. Es un licor excelente, y esto prueba que pueden salir buenas mercancías hasta de una mala tienda. En cuanto al capitan Coffinkey, era el hombre mas honrado que he conocido, sino es que juraba hasta el punto de hacerle erizar á uno los cabellos; pero murió, se fué á dar cuenta de su vida, y creo que la tendria en buen estado.

El ponch nos pareció muy bueno, y sirvió de transicion á una conversacion larga entre Owen y nuestro huésped, sobre las salidas que la union de Escocia con Inglaterra habia abierto en Glasgow para el comercio con las Indias occidentales y las colonias inglesas en América. Owen dijo que esta ciudad no podia

hacer una mudanza ventajosa para el país sin comprar mercancías en Inglaterra.

— ¡Todo menos eso, señor mío, todo menos eso! esclamo el señor Jarvie con calor: para nada necesitamos á nuestros vecinos, y no tenemos mas que registrar nuestros bolsillos. ¿No poseemos nuestras sargas de Stirling, nuestras medias de Aberdeen, y nuestras telas de lana de Misselbourg y de Edimburgo? nosotros tenemos telas de toda especie, mejores y mas baratas que las vuestras, y las de algodón en nada ceden á las de Inglaterra. No, no, un areque no necesita las nadaderas de su vecino, un carnero se sostiene en sus propias piernas, y Glasgow no espera nada de nadie. Todo esto no os divertirá mucho, señor Osbaldiston, añadió viendo que yo guardaba silencio rato hacia; pero ya sabeis que un carretero no puede dejar de hablar de sus arreos.

Para excusarme, alegué las singulares circunstancias de mi situación, y las nuevas aventuras que me habian acontecido en aquella mañana: de este modo hallé, como deseaba, ocasion de referirlas por menor, y sin que me interrumpiesen. La única cosa que omití en mi narración fué la leve herida que habia recibido, creyendo que no merecía referirse este accidente. El señor Jarvie me escuchó con suma atención y con un interés bien conocido, fijando en mí sus pequeños y pardos ojos llenos de fuego; y no interrumpiéndome sino con algunas cortas interjecciones, ó tomando algun polvo. Cuando llegué al duelo que se habia seguido á mi encuentro con Rashleigh, Owen levantó los ojos y las manos al cielo sin poder pronunciar una sola palabra, y el señor Jarvie me interrumpió exclamando: — ¡Muy mal hecho! ¡muy mal hecho! ¡sacar la espada contra vuestro pariente! esto está prohibido por todas las leyes divinas y humanas;

¡batirse en el recinto de una ciudad real! esto merece el castigo de multa y cárcel.... El parque del colegio no tiene ningun privilegio: por otra parte me parece que allí no se debe alterar la paz y la tranquilidad... ¿Creeis que han dado á los colegios tierras que producian al Obispo en otro tiempo seiscientas libras de renta, limpias de polvo y paja, para que vayan allí á matarse los descabezados? ¿No es bastante que riñan allí los estudiantes con bolas de nieve, de suerte que si pasamos por aquel lado Mattie y yo, nos arriesgamos siempre á que nos espeten una en la cabeza?... Mas veamos, continuad vuestra historia.

Cuando hablé del modo con que habia sido interrumpido nuestro combate, levantóse Jarvie con aire de sorpresa, y paseó la sala á largos pasos exclamando: — ¡Otra vez Rob!... ¡todavía anda por aquí!... Está loco, sin la menor duda, y lo que es peor, hará que le cuelguen con desdoro de toda su parentela. No puede dejar de sucederle así... Mi padre le hizo su primer par de medias, pero Treeple, fabricante de cuerdas, será quien le dé su última corbata... No hay cosa mas segura, pues anda por el camino real del patíbulo... pero continuad, señor Osbaldiston; ¿porqué no continuáis?

Yo acabé mi relación; mas por mucho que procurase especificarla, halló el señor Jarvie algunos pasajes que no estaban suficientemente explicados, y no pude hacérselos comprender sino relatándole toda la historia de Morris, y la de mi encuentro con Campbell en casa del juez Inglewood, de lo cual descaba zafarme. El me escuchó con seriedad, no me interrumpió una sola vez, y guardó silencio cuando hube acabado mi narración.

— Ahora que estáis enterado de todo, señor Jarvie, le dije, no me resta sino rogaros que me aconsejéis

lo que exigen de mí el interés de mi padre y el de mi honor.

— ¡Bien hablado, jóven, muy bien hablado! pedid siempre consejos á los que tienen mas edad y mas experiencia que vos. No hagáis como el impío Roboam, que consultó con jóvenes sin barbas, despreciando los maduros consejos de su padre Salomon, cuya sabiduría, como observó muy bien Meiklejohn perorando sobre este capítulo de la Biblia, se manifestaba seguramente en ellos. Pero ahora no se trata del honor, sino del crédito: Honor es un homicida, un bebedor de sangre, un querellista que altera la quietud pública; Crédito al contrario es una criatura honrada, decente, apacible, que no sale de casa y hace las cosas á propósito.

— Ciertamente, señor Jarvie, dijo nuestro amigo Owen; el crédito es un capital que es preciso conservar con cualquier descuento que sea.

— Teneis razón, señor Owen, teneis razón; habláis bien, con acierto, y creo que vuestra bola llegará á su destino, por muy distante que aparezca ahora. Pero volviendo á Rob, pienso que favorecerá á este jóven, si le es posible: Rob tiene buen corazón, y aunque perdí en otro tiempo con él doscientas libras de Escocia, y aunque no espero volver á ver las mil libras que le presté despues, no por eso dejaré de hacerle justicia.

— Habré pues de mirarle como á hombre de bien, señor Jarvie, le dije.

— Pero... ¡hum! y en esto tosió varias veces. Sin duda.... tiene él.... una honradez montañesa, cierta manera de honradez; como dicen: mi padre, que en paz haya, se reía mucho explicándome el orígen de este proverbio. Un tal capitán Costlett ponderaba en gran manera su lealtad al rey Carlos: el escribano Pettigrew, del cual habréis oído sin duda no pocas anécdotas, le preguntó de qué manera servía al rey, cuando peleaba contra él en Worcester, en el ejército

de Cromwell. Mas el capitán Costlett tenía respuestas para todo; replicó pues que le servía á su modo, y esta palabra ha quedado por proverbio. Mi padre se reía mucho cuantas veces contaba esta historia.

— ¿Pero creéis que ese á quien llamais Rob me servirá á su modo? ¿pensáis que deba ir á la cita que me ha dado?

— Hablándoos con franqueza y con verdad, me parece que debéis ir: por otra parte vos mismo veis que correis algunos riesgos aquí. Ese infame Morris tiene un destino en Greenock, puerto situado cerca de aquí, en la embocadura del Clyde. Nadie ignora que es un animal bípedo, con cabeza de ganso y corazón de gallina, que se pasea por el muelle, atormentando á todo el mundo con *permisos*, *tránsitos* y otras vejaciones semejantes; pero en resumidas cuentas, si presenta una queja contra vos, será preciso que un magistrado haga su deber, seréis quizás encerrado entre cuatro paredes, mientras se aclara el caso, y esto no arreglará los negocios de vuestro padre.

— Todo eso es verdad; ¿pero me he de salir de Glasgow, cuando todo me induce á creer que esta ciudad es el principal teatro de las intrigas y de las tramas de Rashleigh? ¿He de fiarme de la sospechosísima buena fe de un hombre del cual todo lo que sé, es que teme á la justicia, que no le faltan sin duda razones para temerla, y que con algun deseo secreto, probablemente criminal, ha formado íntimas relaciones con el autor de nuestra ruina?

— Juzgais á Rob con severidad, con demasiada severidad; mas la verdad es que no conocéis nuestro montuoso país que nosotros llamamos Highlands, y que es habitado por una raza de gente que no se nos parece en nada. Allí no se encuentran bailes ni magistrados que empuñan la vara de la justicia, como la empuñaba mi

padre, y como la empuño yo ahora. Todo lo hace allí la orden del *laird*: y así que habla este, et obedecen, sin conocer mas leyes que la punta de su puñal: su *claymore* es lo que llamais en Inglaterra el pretendiente ó el querellante, y su escudo el defensor. La cabeza mas dura es la que resiste mas tiempo, y ved como se saca la minuta de un pleito en los Highlands.

Owen levantó suspirando las manos al cielo, y confieso que esta descripción no me dió á mí muchas ganas de visitar á los tales Highlands de Escocia, donde era tan desconocido el imperio de las leyes.

— Nosotros no solemos entrar muchas veces en estos pormenores, continuó el señor Jarvie, en primer lugar porque nos son familiares, y luego porque no se debe desacreditar el pais natal, sobre todo delante de estranjeros: es un pájaro vil el que ensucia su propio nido.

— Está bien, señor mío; pero como no es una curiosidad impertinente, sino una urgente necesidad, la que me obliga á pedir os informaciones, perdonad si os ruego que me deis cuantas os sea posible: por los negocios de mi padre tendré que tratar con muchas personas de ese pais salvaje, y conozco que vuestra experiencia puede servirme de mucho.

Esta pequeña dosis de lisonja no se echó en saco roto.

— ¡Mi experiencia! dijo el baile; sin duda tengo experiencia, y he formado algunos cálculos en mi vida. Tambien os diré, ya que estamos aquí solos, que he adquirido algunas noticias por medio de Andrés Wylie, mi antiguo factor que trabaja al presente en casa de Macvittie, Macfin y compañía, pero que se viene de muy buena gana las noches de las fiestas á beber un vaso de vino con su antiguo amo; pues que quereis gniaros por los consejos de un fabricante de Glasgow, no soy yo hombre que me

niegue á darlos al hijo de mi antiguo corresponsal, y mi padre no le hubiera dicho no. He pensado algunas veces en hacer brillar mi luz delante del duque de Argyle, ó delante de su hermano lord Hay; ¿porqué á qué fin tenerla escondida? ¿Mas tan grandes personjes harian caso de lo que pudiera decirles un pobre fabricante? Mas piensan ellos en la calidad del que les habla que en las cosas que les dicen. No es que quiera yo hablar mal de ese Mac-Cullum-More; de ningún modo. — No maldigis al rico en vuestro dormitorio, dijo el hijo de Sidrach, porque un ave le llevará vuestras palabras atravesando los aires.

Yo interrumpí estos prolegómenos, que eran siempre la parte mas difusa de los discursos del baile, para asegurarle que podia contar con la discrecion de Owen y la mía.

— No es eso, replicó, no es eso: yo no temo nada: ¿qué tengo yo qué temer? yo no digo mal de nadie: sino que esos hombres de los Highlands tienen las manos largas, y como voy algunas veces cerca de sus montañas á ver algunos parientes, no quisiera tener mala fama en ninguna de sus tribus. Como sea, continuan o..... ¡Ah! preciso es que os diga que todas mis observaciones se fundan en el cálculo, en las cifras: Owen os dirá si no es este el verdadero manantial y la única demostracion de todos los conocimientos humanos.

Owen hizo al punto una señal de aprobacion al oír una proposicion tan conforme á sus ideas; y nuestro orador continuó:

— Estos Highlands de Escocia, como los llamamos, son una especie de mundo salvaje lleno de rocas, de cavernas, de bosques, lagos, rios y montañas tan elevadas, que las alas del mismo diablo se fatigarían si quisiera volar á su cima. Así pues en este pais, y en las islas dependientes de él, y que no valen mas tampoco,

ó que, hablando en verdad, son todavía peores, hay cerca de doscientas y treinta parroquias, comprendidas en ellas las Orcades, en las cuales no sabré decir si hablan ó no la lengua gaélica, pero cuyos habitantes están lejos de hallarse civilizados. Supongamos ahora, señores, por un cálculo moderado que la poblacion de cada parroquia, deducidos los niños hasta la edad de nueve años, sea de ochocientas personas; añadamos la cuarta parte á este número, por los niños, y el total de la poblacion será... Veamos, añadamos la cuarta parte á 800 para formar el multiplicador, y el multiplicando será 230...

— El producto, dijo Owen que entraba con el mayor gusto en los cálculos estadísticos del señor Jarvie, será 230,000.

— ¡Justo, Señor Owen, justísimo! El llamamiento para la guerra de todos los montañeses capaces de llevar las armas, de diez y ocho á cincuenta y ocho años, no puede calcularse en menos de la cuarta parte de la poblacion, es decir, en 57,000 hombres. Ahora bien, señores, es una triste verdad que el pais no puede dar ocupacion, ni apariencia de ocupacion, á la mitad de la poblacion; es decir que la agricultura, la cria del ganado, la pesca, toda especie de trabajo honrado, no pueden emplear los brazos de esta mitad, aunque tres de ellos no hagan la faena de un solo hombre; porque cualquiera dirá que la azada y el arado les quemán los dedos. Con que esta mitad de la poblacion sin tarea ninguna, y que asciende á..... — 115,000 almas, dijo Owen, y forman la mitad del producto total. — ¡Caballito, señor Owen, caballito!... Con que esta mitad de poblacion, de la cual supondrémos la cuarta parte en estado de llevar las armas, nos ofrecerá la suma de 28,750 hombres faltos de todo medio honrado de subsistencia, y que

tal vez no recurrieran á ellos, si los hallasen.

— ¡Es posible, señor Jarvie, exclamé yo, que sea eso un cuadro fiel de una porcion tan considerable de la Gran Bretaña!

— Muy fiel, sí señor, voy á probároslo tan claramente como la pica de Pedro Pasley.... Quiero suponer que cada parroquia, una con otra, emplee cincuenta arados, y es mucho para el miserable suelo que cultivan estas desgraciadas criaturas, y admito que haya allí bastantes pastos para sus caballos, buyes y vacas. Además para conducir los arados y cuidar el ganado, pongamos 75 familias de seis personas, y añadamos 50 para hacer cuenta redonda; tendríamos 500 almas, es decir la mitad de la poblacion, que no carecerán enteramente de trabajo, y podrán proporcionarse leche agria y papillas; quisiera que me dijeseis qué hariais de los otros 500.

— Pero, en nombre del cielo, señor Jarvie, ¿cuáles son sus recursos? ¡yo me estremezco al pensar en su situacion!

— Mas os estremeceriais si fueseis su vecino.... Supongamos ahora que la mitad de esta mitad lo pasa honradamente trabajando para los habitantes de los Lowlands, ya en la siega de los granos, ya en la del heno, etc; ¡cuántos centenares y aun millares no quedan todavía de estos Highlanders de piernas largas, que no quieren ni trabajar, ni morirse de hambre, que no piensan mas que en mendigar ó en robar, ó que viven á espensas de su jefe, ejecutando todas sus órdenes cualesquiera que sean! Baján á centenares á las llanuras vecinas, roban por todos lados, y se llevan su botín á las montañas: cosa deplorable en un pais cristiano, mucho mas cuando se jactan de ello, y cuando dicen que es mucho mas digno de un hombre apoderarse de un ganado lanar con la punta de la espada, que ocuparse

mercenariamente en rústicas faenas. Los mismos *lairds* no valen mas que ellos: si no les mandan que roben y despojen, no se lo prohiben, y les dan retirada, ó consienten que se la busquen en sus montañas, en sus bosques, en sus fortalezas, cuando han dado algun mal golpe. Cada jefe mantiene bajo sus órdenes un número muy crecido de holgazanes de su nombre y de su tribu, como decimos nosotros, á los que paga, sin contar los que pueden sostenerse por sí propios, de un modo ú otro. Armados de *dirks*, de escopetas, pistolas y *dowlaches*, siempre hallan dispuestos á turbar la paz del país á la primera señal del jefe. Y ved aquí lo que son hace algunos siglos estos montañeses, miserables vagamundos que no tienen de cristiano mas que el nombre, y que hacen que esté siempre inquieto y alterado un vecindario apacible y tranquilo como el nuestro.

—¿Y ese Rob, amigo, que es pariente vuestro, le pregunté yo, es sin duda uno de los jefes que mantienen las tropas de holgazanes de que acabais de hablar?

—No, no, no es uno de sus grandes jefes, como los llaman; sin embargo es de la mejor sangre montañesa, y descende del anciano Glens-trae; yo conozco su familia, pues somos parientes. No es que déyo grande importancia á esto, porque es como la imájen de la luna en un cubo de agua; pero puedo enseñaros cartas de su padre, que era el tercer descendiente de Glens-trae, escritas al mío que en paz descansa, y que principiaban por: Querido Jarvie, y acababan con: Vuestro afectuoso pariente, que queda á vuestras órdenes. Son relativas á cierto dinero que le había prestado mi padre, y las guardaba como documentos fehacientes: ¡era hombre curioso!

—Pero si no es uno de los jefes de que acabais de hablar, supongo que vuestro primo goza al menos de gran

crédito y de cierta autoridad en los Highlands.

—¡Oh! eso podeis decirlo sin temor de equivocaros: no hay nombre mas conocido que el suyo entre el Lennox y el Breadalbane. Rob llevó en otro tiempo una vida laboriosa, tratando en ganado; daba gusto el verle con su *plaid* y sus *brogues*, la *claymore* al lado, pistola en cinto, la escopeta bajo del brazo, y el escudo á la espalda, como bajaba de sus montañas con diez ó doce mozos á sus órdenes para conducir á nuestros mercados ganados de muchos centenares de bueyes que tenían el aire tan salvaje como sus conductores. Mas hacia todos sus negocios con honor y justicia; y si creía que el comprador había hecho una mala compra, le daba una indemnización: yo le he visto volver, en un caso semejante, cinco *chillings* por cada libra esterlina.

—¡El veinte y cinco por ciento! exclamó Owen: ¡es rebaja considerable!

—No obstante así lo hacia; señor mío, sobre todo si creía que el comprador era pobre y no podia soportar aquella pérdida: pero los tiempos mudaron, y Rob se arriesgó demasiado. ¡No fué por falta mia! ¡no fué por falta mia! bien se lo advertí, y no podrá echármelo en cara. Por fin tuvo algunas pérdidas, se vió obligado á recurrir á los acreedores, á vecinos inhumanos: cojieron sus tierras, sus ganados, todo lo que poseía, y echaron á su mujer de su casa, mientras que él estaba ausente. ¡Fué una insolencia! ¡fue una insolencia! yo soy un hombre apacible, un magistrado; pero si hubieran hecho otro tanto á mi criada Mattie, creo que viera otra vez la luz el sable que llevaba mi padre en la batalla del puente de Bothwell. Rob volvió á su casa, y habiéndola dejado al salir en la abundancia, no encontró en ella mas que miseria y desolacion. Miró hácia el norte, hácia el sur, hácia levante, hácia poniente, y no divisó en ningun

na parte ni albergue, ni recursos, ni esperanzas. ¿Qué habia de hacer? Encasquetóse el gorro hasta los ojos, se ciñó la *claymore*, se fué á las montañas, y volvióse un desesperado.

La voz faltó por un instante al buen ciudadano. Aunque fingia no hacer gran caso de la jenealogía de los Highlands, daba cierta importancia á su parentela, y pintaba la pasada prosperidad de su amigo con una simpatía, que avivaba aun mas su compasion á su desgracia y su pesar por los acontecimientos que habian sido su consecuencia.

—Así pues, dije yo al señor Jarvie, viendo que no continuaba su narracion, la desesperacion indujo á vuestro desdichado pariente á ser uno de los rapiñadores de que me habeis hablado.

—¡No; no, de ningun modo, de ningun modo! Principió á exigir el *black-mail* en todo el Lennox y el Menteith, y hasta las puertas del castillo de Stirling.

—¡*Black-mail* (1)! ¿Qué entendéis por estas palabras?

—¡Oh! Rob reunió en breve en torno suyo una tropa de Gorros-Azules (2), porque era reputado en el país por su valor: el nombre de su familia era antiguo y distinguido, aunque querian envilecerle, perseguirle y estinguirle hacia algun tiempo: habia brillado su apellido en las guerras contra el rey y el parlamento: mi madre era Mac-Gregor, y poco se me da que lo sepan. Presto se vió Rob á la cabeza de una tropa numerosa é intrépida: dijo que sentia los robos de ganado y los estragos del sur por los Highlands, y propuso salir garante de ellos á todo arrendador ó propietario que le pagase el cuatro por ciento de su arrendamiento ó renta; sin duda era este tenue sacrificio para no haber de temer ya el robo y la

rapiña, de que Rob salia garante. Si alguno de ellos perdía un solo carnero, no tenia mas que quejarse á Rob, y este se lo volvía sin falta, ó le pagaba su valor. Rob ha cumplido siempre su palabra, y no puedo decir ni yo ni nadie que haya faltado nunca á ella.

—Es un contrato singular de seguridad, dijo Owen.

—No es legal, repuso el señor Jarvie, convengo en ello. No, no es legal; la ley señala hasta una multa contra el que paga el *black-mail*, así como contra el que lo cobra: pero si la ley no puede proteger mi casa y mi ganado, ¿porqué no he de recurrir yo á un hidalgo de los Highlands capaz de hacerlo? ¡Que me respondan á esto!

—Pero, señor Jarvie, le dije, ese contrato del *black-mail*, como le llamais, es puramente voluntario de parte del arrendador ó del propietario que paga la seguridad. Si alguno se niega á ello, ¿qué le sucede?

—¡Ah! ah! jóven, dijo el baile riéndose y poniendo el dedo índice en lo largo de su nariz; ¿creéis que me habeis pillado? Es mucha verdad que aconsejaria á mis amigos el que se arreglasen con Rob, porque es bueno vijilar, tomar precauciones, y luego cuando las noches son largas, es muy difícil... Los Grahame y los Cohoon no quisieron en un principio aceptar sus condiciones: y ¿qué sucedió? Desde el primer invierno perdieron todos sus ganados: de manera que la mayor parte creyeron que debian aceptar las proposiciones de Rob, quien es el mejor de los hombres cuando se arreglan con él; pero si resistís á sus intentos, haced cuenta que atacais al diablo.

—¡Con esas hazañas ha provocado contra él las leyes de su patria!...

—¿Si las ha provocado contra él? Sí, bien podeis decirlo, porque si le atrapasen, su cuello sentiria el peso de su cuerpo: pero tiene amigos en-

(1) Impuesto de que hablamos en el Waverley.

(2) Escoceses montañeses.

tre la jente poderosa, y pudiera citaros una familia distinguida que le protege con todo su poder, para que sea una espina para los otros. ¡Y luego tiene tantos recursos! ha jugado mas pasadas que caben en un libro, en un libro grueso; le han acontecido tantas aventuras como á Robin Hood ó á William Wallace, y harán de ellas historias eternas para contarlas en el invierno en el rincón de la lumbre. Es cosa muy estraña, señores, que yo que soy un hombre pacífico, yo que soy hijo de un hombre pacífico, porque mi padre jamás tuvo ninguna querrela con nadie, si no es en el ayuntamiento; es cosa muy estraña, digo, que cuando las oigo contar, me parece que la sangre montañesa se me enardece, y encuentro en ello mas placer que no en escuchar discursos edificantes. Pero esto son vanidades, vanidades culpables, faltas contra la ley, faltas contra el Evangelio.

—¿Mas qué influencia puede tener ese Roberto Campbell en los negocios de mi padre y en los míos? dije continuando mis preguntas.

—Habeis de saber..., respondió el señor Jarvie bajando la voz, (yo hablo aquí entre amigos y bajo la rosa): habeis de saber que los Highlands han permanecido quietos desde 1689, el año de Killcankrie (1), ¿pero cómo se ha conseguido? Con dinero, señor Owen, con dinero, señor Osbaldiston. El rey Guillermo mandó á Breadalbane distribuir entre los Highlanders veinte mil libras esterlinas, y aun dicen que el viejo conde guardó un buen pellizco en su *sporran*(2). Luego la difunta reina Ana señaló pensiones á los jefes, de suerte que estos podian atender á las necesidades de los que carecian de trabajo, como os he dicho; permanecian pues

(1) 1689. En este año fué el último combate de Dundee.

(2) Faltriguera.

bastante tranquilos, si no es algunas rapiñas que hacian en los Lowlands, cuya costumbre no pueden perder enteramente, y algunas batallas entre ellos, lo que no da cuidado á sus civilizados vecinos. Pero desde el advenimiento al trono del rey Jorge, que Dios guarde, del rey actual, no les llega ni dinero ni pensiones; los jefes no tienen medios para sostener sus tribus, y un hombre que con un silbido puede reunir mil ó mil y quinientos hombres dispuestos á ejecutar todas sus órdenes, ha de hallar recursos para alimentarlos; así pues la tranquilidad, la especie de tranquilidad que reina, no puede durar mucho. Veréis, y en esto bajó la voz aun mas, veréis como habrá una sublevacion, una sublevacion en favor de los Estuardos. Los montañeses se derramarán por nuestro pais como un torrente, como lo hicieron en las infaustas guerras de Montrose, y oiréis hablar de esto antes que pase un año.

—Mas os repito, señor Jarvie, que no sé qué relacion pueda tener todo eso con los negocios de mi padre.

—Escuchadme, escuchadme pues. Rob puede levantar por lo menos quinientos hombres, y los mas bravos del pais: así es que sin duda se interesa en la guerra, porque hallaría en ella mas provecho que no en la paz: y hablándoos con toda franqueza, sospecho que está encargado de mantener correspondencia entre los jefes de los montañeses y algunos señores del norte de Inglaterra. Hemos oido hablar del robo que hicieron á Morris de los caudales públicos que llevaba, en los montes Cheviot; y si os he de decir la verdad, señor Frank, la voz que se esparció fué que un Osbaldiston era quien habia verificado este robo de concierto con Rob, y pretendian que erais vos... No me digais nada, dejadme hablar, ya sé que todo esto es fal-

so: pero no hay cosa que no creyera de un jóven que se habia hecho comediante, y sentia que el hijo de vuestro padre llevase semejante jénero de vida. Ahora no dudo en manera alguna de que sería Rashleigh, ó algun otro de vuestros primos, porque todos ellos son del mismo metal, esto es *jacobinos*, y creen que los caudales y papeles del gobierno son buena presa. Este Morris es tan cobarde, que, aunque sepa muy bien que fué Rob quien le robó, nunca ha tenido osadía para acusarle públicamente, y quizás no ha hecho del todo mal; porque esos diablos de montañeses son gente que le hubieran jugado mala pasada, sin que todos los aduaneros de Inglaterra fuesen capaces de impedirlo.

—Hace algun tiempo que tenia la misma sospecha, señor Jarvie, y estamos enteramente de acuerdo acerca de este punto; pero en cuanto á los negocios de mi padre...

—¿Sospecha decis? Yo estoy muy cierto de ello: conozco á hombres que han visto algunos de los papeles que iban en la maletilla de Morris, y es inútil que os diga ni quienes, ni donde, ni cuando fué. Mas volviendo á los negocios de vuestro padre, habeis de suponer que de algunos años á esta parte, los jefes de los montañeses no han perdido de vista sus intereses. Vuestro padre compró los bosques de Glen-Duscric, de Glen-Kissoch, de Glen-Cailziechat y otros muckos; dió sus vales en pago, y como la casa Osbaldiston y Tresham gozaba de gran crédito (y lo diré delante y detrás del señor Owen, porque antes de la desgracia que acaba de sucederle, no habia casa mas segura ni mas respetable), los jefes montañeses que habian recibido estos vales por dinero efectivo, han tenido que perder algo de su valor en Edimburgo y en Glasgow. Debiera decir solamente en Glasgow, porque en Edimburgo hay mas orgullo que

dinero: de modo que... ¡ya veis claramente á dónde nos conduce esto?

Aquí tuve que confesar mi falta de inteligencia, y rogarle que siguiese el hilo de sus razonamientos.

—¡Cómo! me dijo, si los vales no están satisfechos, los banqueros y negociantes de Glasgow recurrirán á los jefes montañeses, que no abundan en dinero efectivo, y el diablo no les dará el que se han comido ya. Viéndose perseguidos y sin recursos, se desesperarán; cincuenta jefes que permanecerian muy sosedados en sus casas, se dispondrán á tomar parte en las mas desesperadas empresas; y así, la suspension de pagos de la casa de vuestro padre acelerará la sublevacion que quieren escitar.

—¿Luego pensais, le dije herido del nuevo punto de vista que me presentaba y que me parecia muy singular, que Rashleigh no ha faltado á mi padre, sino para acelerar el momento de una insurreccion, metiendo en apuros á los jefes que recibieron sus vales en pago de los bosques?

—¡Sin duda ninguna, señor Osbaldiston, sin duda ninguna! esa ha sido la principal razon. No dudo que el dinero efectivo que se ha llevado tenga el mismo destino; pero en comparacion de lo demás, es un objeto de poca importancia, aunque sea casi todo lo que ganará Rashleigh en el negocio: los vales no pueden servirle mas que para encender la pipa, porque pienso que el señor Owen ha puesto por todas partes impedimento para su pago.

—Vuestro cálculo es acertado, dijo Owen.

—Quiso ver si podia lograr que descontasen algunos Macvittie, Macfin y compañía: lo he sabido reservadamente por Andrés Wylie: pero son pájaros muy viejos para dejarse prender en tal lazo, y se han hecho los tontos. Rashleigh es demasiado conocido en Glasgow para que nadie

ponga su confianza en él. En 1707, vino aquí á tramar no sé qué conspiracion con los *jacobinos*, y dejó varias deudas. No, no, aquí no hallará un *shilling* con todos sus vales, porque todo el mundo dudará de que le pertenezcan legítimamente, ó temerán el que no sean pagados. Estoy convencido de que el paquete se hallará entero en algun rincón de las montañas, y no dudo de que mi primo Rob sea capaz de desenterrarle, si le da la gana.

—¿Pero le creéis dispuesto á servirnos de ese modo, señor Jarvie? Me lo habeis representado como un agente del partido *jacobino*, y como que toma parte activa en sus maquinaciones; ¿hará pues por mí, ó si quereis por la justicia, semejante acto de restitution, el cual, suponiéndolo posible, se opondría á sus proyectos?

—No puedo responder precisamente á esto, no puedo: los grandes no se fían de Rob, y Rob no se fía de los grandes; á mas, siempre ha tenido el apoyo de la familia del duque de Argyle. Si siguiera enteramente su gusto, mas seria del partido de Argyle que del partido de Breadalbane, porque media cierto odio antiguo entre la familia de este último y la de Rob. Mas la verdad es que Rob es de su propio partido, como Enrique Wynd, quien decia que peleaba por sí mismo; si el diablo fuese *laird*, Rob trataría de ser su teniente; y en el estado á que se encuentra reducido no merece que le vituperen. Sin embargo hay una cosa contra vos, y es que Rob tiene una yegua parda en su caballeriza.

—¿Una yegua parda? ¿y qué tiene que ver?...

—Hablo de su mujer, hombre, de su mujer, ¡y es una mujer terrible! Detesta todo lo que no es de los Highlands, y principalmente todo lo que es Inglés: el único medio de ser bien recibido de ella es gritar ¡viva el

rey Jacobo y fuera el rey Jorge!

—¡Es muy extraño, le dije, que los intereses mercantiles de los ciudadanos de Londres, se encuentren comprometidos en los proyectos de sublevacion tramados en un rincón de la Escocia!

—No lo creais: señor Osbaldiston, no lo creais: es una preocupacion vuestra. Me acuerdo haber leído, durante las noches largas, en la crónica de Baker, que los comerciantes de Londres obligaron en otro tiempo al banco de Génova á faltar á la promesa que había hecho al rey de España de prestarle una suma considerable, lo que retardó un año la salida de la famosa *Armada*. ¿Qué os parece esto; señor mio?

—Que hicieron á su patria un servicio del cual debe hacer honrosa mencion nuestra historia.

—Lo mismo digo yo, y pienso tambien que se haria en este momento un servicio al estado y á la humanidad, si fuera posible impedir que algunos desgraciados jefes montañeses se entregasen á la destruccion, ellos y sus jentes, únicamente porque les faltan los medios de reembolsar una cantidad que debian considerar como propiedad legítima, si se pudiera salvar el crédito de vuestro padre, y además la suma que me debe la casa Osbaldiston y Tresham. Ciertamente que el que hiciese todo esto mereceria del rey honor y recompensa, aunque fuese el infimo de sus vasallos.

—No sabré decir hasta qué punto seria acreedor al reconocimiento público, señor Jarvie, pero el nuestro seria proporcionado al favor que nos hiciera.

—Y en cuanto el señor Osbaldiston estuviere de vuelta de Holanda, dijo Owen, haríamos por establecer la balanza.

—No lo dudo, no lo dudo: es un hombre sólido, y con mis consejos pudiera hacer buenos negocios en

Escocia. Y bien, señores; ¡si fuera posible sacar los vales de manos de los Filisteos! era buen papel, bueno cuando estaba en buenas manos, es decir, en las vuestras, señor Owen. Yo os nombraría tres personas en Glasgow (y pensad lo que querais de mí, señor Owen), Sandie Steenson, John Pirie, y un tercero que no quiero nombrar ahora, los cuales se encargarian de los recobros, y os adelantarian al instante la suma que necesitais para sostener el crédito de vuestro padre, sin pedirnos otra seguridad.

Animáronse los ojos de Owen con la esperanza de salir del apuro; pero en breve volvió á tomar su aire inquieto reflexionando la poca probabilidad que había de que volviessen á nuestro poder aquellos vales.

—¡No os desesperéis, señor mio, no os desesperéis! dijo el banquero escocés; bastante interés he tomado ya en vuestros negocios: estoy en ellos hasta los tobillos, y si es menester, me meteré hasta las rodillas. Yo soy como mi padre, ¡que en paz haya! cuando emprendo alguna cosa por un amigo, acabo siempre por mirarla como negocio mio. Así pues, mañana por la mañana, me calzo las botas, monto en mi jaco, y con el señor Frank que está presente, correré los matorrales de Drymen. Si no obligo á entrar en razon á Rob, y aun á su mujer, no sé lo que me haré, pues les llevo hechos mas de un servicio, sin hablar de la noche última, en la que no tenia mas que pronunciar su nombre para enviarle al cadalso. Quizás oiré algunas palabras sobre este asunto en el ayuntamiento, de parte del baile Grahame, de Macvittie y de algunos otros: ya me han enseñado los dientes mas de una vez, y echádome en cara mi parentesco con Rob. Yo les he dicho que no perdonaba las faltas de nadie, pero que, dejando á parte lo que Rob ha hecho contra las leyes del país,

esto es, algunos robos de ganados, la recaudacion de los *black-mails*, y su desgracia de matar á varias personas en querellas, era hombre mas de bien que los que sostenian sus piernas. ¿Y qué se me da á mí de sus habladurías? Si Rob es un *outlaw* (1), que vayan á decirselo. No hay ninguna ley que prohiba ver á los proscritos, como en los tiempos de los últimos Estuardos: yo tengo en mi boca una lengua escocesa, y si me hablan, sabré contestarles.

Con vivo placer vi como saltaba, por último, el buen majistrado las vallas de la prudencia, merced al influjo de su espíritu público, junto con el interés que tomaba su buen corazón en nuestros negocios, el deseo que tenia de no experimentar pérdida ni tardanza alguna en sus cobros, y un movimiento de vanidad muy disculpable. Operando estos motivos á un mismo tiempo, le hicieron tomar la animosa resolucion de salir él propio á campaña, y ayudarme á recobrar los papeles de mi padre. Todo lo que me había dicho me dió ocasion de pensar que si se hallaban á disposicion de aquel aventurero montañés, seria posible determinarle á entregar unos vales de que no podia sacar ninguna ventaja; y no se me ocultaba que la presencia de su pariente podia ser útil para resolverle á ello. Accedí pues sin vacilar á la proposicion que me hizo el señor Jarvie de partir al dia siguiente, y le manifesté mi reconocimiento.

Tanta fué su lentitud y circunspeccion en decidirse, como su prontitud y vivacidad en ejecutar su resolucion. Mandó venir á Mattie, le ordenó que sacase al aire su redingote, que hiciese untar sus botas, y que cuidase de que comiese avena el caballo y estuviere enjaezado al dia siguiente á las cinco de la madrugada, hora que fijó para nuestra partida.

(1) Proscrito.

Arreglóse que Owen aguardaría nuestra vuelta en Glasgow, pues su presencia de nada nos serviría en nuestra expedición. Despedíme de este zeloso amigo, cuyo encuentro debía á la casualidad; instalé á Owen en mi posada, en un aposento contiguo al mio, y habiendo dado orden á Andrés para que tuviese dispuestos los caballos al día siguiente y hora indicada, me acosté con mas esperanzas de las que tuviera muchos días hacia.

### CAPITULO XXVII.

REINABA la estación del verano. El señor Jarvie vivía á corta distancia de mistress Flyter; yo habia mandado á Andrés que me esperase en su puerta con nuestros caballos á las cinco en punto, y no hice falta. La primera cosa que noté al llegar, fué que el caballo dado tan jenerosamente por el escribano Tonthope á su cliente Listo-á-todo, en cambio de la yegua de Thorncliff, era todavía, por ruin que se le reputase, un Bucéfalo en comparacion de aquel con quien le habia trocado. No tenia menos de cuatro piés; pero era tan cojo, que solamente tres parecían destinados á sostenerle, y el cuarto, meciéndose en el aire, no semejaba estar allí mas que para servirle de colgajo.

—¿En qué pensais trayéndome semejante animal? le pregunté con impaciencia; ¿qué habeis hecho del caballo en que venisteis á Glasgow?

—Le he vendido, señor; era asmático, y hubiera comido mucho si se hubiera quedado en la caballeriza de mistress Flyter. He comprado este por cuenta de su señoría, y ha sido una compra brillante; no cuesta mas que una libra esterlina por pierna, es decir, cuatro: cualquiera dirá que cojea, pero no lo perecerá así que haya andado una milla, porque es muy troton, y le llaman Souple-Tam.

—Por mi alma, Andrés, que no

estaréis contento hasta que mi varilla haya visitado vuestras espaldas: si no vais al instante á buscar otro caballo, os juro que castigaré vuestra desvergüenza.

Andrés, á pesar de mis amenazas, no se daba prisa en obedecer: me dijo que le costaría una guinea de pérdida el deshacer la compra efectuada, y aunque conocí que me la pegaba el bellaco, iba, como verdadero Inglés, á sacrificar el dinero antes que perder tiempo, cuando apareció en su puerta el señor Jarvie. Calzaba botas, y le cubria una capa con capucha, como si se dispusiese á pasar un invierno de Siberia, y estábamos en el tiempo de las mieses. Dos de sus factores, precedidos por Mattie, conducian el avisado y apacible caballo que tenia la honra de llevar en sus escursiones al digno majistrado. Antes de montar en la silla, me preguntó qué motivos tenia para reñir á mi criado, y habiendo sabido la estratajema de Andrés, dió fin á todo altercado, fallando que si no volvía al punto su animal trípodo á aquel de quien pretendia haberlo comprado, y si no presentaba al cuadrúpedo mas útil que habia trocado ú perdido, le enviaria á la cárcel y le condenaria á una multa de la mitad de su salario.— El señor Osbaldiston, le dijo, os paga por vuestro servicio y por el del caballo, por el servicio de dos bestias, ¿lo entendeis, bigardo? Andaré despacio con vos durante el viaje.

—De nada sirviera ponerme una multa, dijo Andrés con enfado, porque no tengo ni un maravedí para pagarla: á un Highlander no le pueden quitar sus calzones.

—Pero al menos teneis un esqueleto que se puede meter en la cárcel, y haré que os traten en ella como mereceis.

Andrés tuvo pues que someterse á las órdenes del señor Jarvie, y partió murmurando entre dientes: — Mala cosa es tener tantos amos, como de-

cia la rana al rastrillo, cuyos dientes la herian.

Parece que no tuvo mucha dificultad en deshacerse de Souple-tam, y en tomar otra vez posesion de su antigua cabalgadura; porque el cambio se efectuó en algunos minutos, y nunca me habló del dinero que pretendia haber pagado á título de pérdida.

Por fin partimos; pero aun no habíamos llegado al cabo de la calle en que vivía el señor Jarvie, cuando oimos detrás grandes gritos: ¡deteneos! ¡deteneos! Hicimos alto al instante, y oimos correr á mas no poder á los dos factores del banquero que le traian dos últimos testimonios del celo y del afecto de Mattie: el uno era un inmenso pañuelo de seda que hubiera podido servir de vela á una de las embarcaciones que enviaba á las Indias occidentales, y que mistress Mattie le encargaba que se pudiese al rededor de su cuello, por encima de la corbata, lo que él no dejó de hacer; el otro era una recomendacion verbal de parte del ama de gobierno, de que cuidase de no fatigarse. Noté que el jóven encargado de esta última comision apenas podia tener la risa al desempeñarla. — ¡Está bien! ¡está bien! respondió el señor Jarvie; dile que ha perdido la cabeza. Esto prueba sin embargo su buen corazon, añadió volviéndose á mí; Mattie es una mujer cuidadosa, aunque sea todavía muy jóven. Así hablando, apretó los hijares á su caballo, y presto nos hallamos fuera de las murallas de Glasgow.

Mientras que caminábamos por un camino bastante agradable que nos conducia al nordeste de la ciudad, tuve ocasion de apreciar y admirar las prendas de mi nuevo amigo. Aunque, lo mismo que mi padre, estimaba el comercio como el objeto mas importante de la vida humana, no obstante no estaba preocupado por él en términos de despreciar to-

dos los demás conocimientos. Al contrario, á pesar del modo extraño y muchas veces trivial con que se producía, á pesar de una vanidad tanto mas ridícula cuanto que trataba de ocultarla bajo un velo de humildad muy trasparente; en fin, aunque desprovisto de todas las ventajas que nacen de una educacion esmerada, el señor Jarvie probaba á cada instante en su conversacion que atesoraba un entendimiento observador, justo, liberal, y aun tan cultivado como se lo permitieran las circunstancias. Conocia bastante bien las antigüedades locales, y me referia los acontecimientos memorables que habian sucedido en los lugares por donde pasábamos. No estaba menos instruido en la historia antigua de su ciudad nativa, y su sagacidad traslucia ya en lo venidero las ventajas de que no habia de gozar hasta pasados no pocos años. Observé tambien, y con placer, que aunque fuese Escocés en la fuerza del término, no por eso estaba meaos dispuesto á hacer justicia á la Inglaterra. Cuando Andrés, á quien el baile, sea dicho de paso, no podia sufrir, imputaba el menor accidente que nos sucedía, como por ejemplo, el desherrarse un caballo, al fatal influjo de la union de la Escocia con la Inglaterra, el señor Jarvie le echaba una severa mirada, y le decia: — ¡Silencio! ¡silencio! Malas lenguas, como la vuestra, son las que esparcen semillas de odio entre los vecinos y las naciones. No hay cosa tan buena que no pueda ser mejor, y eso es lo que se puede decir del convenio de union. En ninguna parte se pronunciaron contra ella de un modo mas resuelto que en Glasgow; tuvimos reuniones, sediciones, alborotos: pero muy malo ha de ser un viento que no sea bueno para nadie, y á mas es menester tomar las cosas como vienen. Desde el tiempo en que San Mungo pescaba arenques en el Clyde, hasta nuestros días, ¿se habia visto

florece el comercio extranjero en Glasgow? No hay pues que maldecir la union, porque ella nos ha abierto la derrota de América.

Andrés Listo-á-todo no era hombre que se dejase convencer por este razonamiento; hizo pues una especie de protesta murmurando entre dientes: —; Es una triste mudanza el ver que hace la Inglaterra leyes para la Escocia! No quisiera que por todos los barriles de arenques de Glasgow, ni por todo el azúcar y todo el café de las colonias, hubiesen renunciado al parlamento de Escocia, y enviado nuestra corona, nuestra espada, nuestro cetro y nuestro dinero á Inglaterra, para que lo guarden en la Torre de Lóndres esos golosos de plum-puddings. ¿Qué dirían pues sir Guillermo Wallace ó el viejo sir David Lyndsay de la union y de los que han consentido en ella?

El camino por donde viajábamos durante estas discusiones, había tomado un aspecto mas agreste á dos millas de Glasgow, y cuanto mas adelantábamos, mas bravío me semejaba el pais. Delante, detrás, y en derredor nuestro, estendíanse dilatados matorrales, cuya desesperante aridez ya ofrecía á los ojos un espacio de terreno llano y cortado por unos aguazales que se ocultaban alevosamente bajo el verdor, ó bajo una turba negra que llaman en Escocia *peat-bogs* (1), ya formaba enormes elevaciones que no ofrecían la magnificencia de las montañas, aunque eran aun mas penosas de trepar para el viajero. No se veía ni un árbol, ni un chaparro donde pudiese descansar la vista fatigada con aquel lóbrego cuadro de uniforme esterilidad. Los mismos matorrales eran de aquella especie achaparrada que no llegan mas que á una imperfecta florescencia, y que, segun presumo, cubren la tierra con su traje mas comun por su ca-

(1) Hoyadas de turbas.

lidad y menoscabo. Tampoco se ofrecía á la vista ningun sér viviente, á no ser algunos carneros, cuya lana era de estraña diversidad de colores, negro, azul y anaranjado: el negro dominaba principalmente en sus cabezas y piernas. Los mismos pájaros parecía que huían de este desierto, donde apenas hubieran podido escapar, y no se oía mas que el grito monotonó y lamentable del gorrion y del chorlito.

Sin embargo, cuando comimos en la mas miserable de las tabernas, tuvimos la fortuna de reconocer que aquellos pájaros vocingleros no eran los únicos habitantes de los matorrales. La vieja casera nos dijo que su marido había estado en la montaña, y de esto no nos alegramos poco nosotros, porque nos sirvió los productos de su *caza*, bajo la forma de alguna ave en carbonada: añadió á ella salmon salado, queso de leche de vaca y pan de avena, que era todo lo que podía dar de sí su casa. Una cerveza muy comun llamada *two-penny*, y un vaso de muy buen aguardiente completaron nuestra comida; y como nuestros caballos habían hecho la suya al mismo tiempo, nos volvimos á poner en camino con nuevo ardor.

Necesitaba toda la alegría que puede inspirar la mejor comida para resistir al desaliento que se apoderaba insensiblemente de mí, cuando coquetejaba la estraña incertidumbre del resultado de mi viaje con el aspecto de desolacion que presentaba el pais por donde caminábamos. En efecto atravesamos desiertos todavía mas opacos, todavía mas tristes y mas salvajes, si cabe, que los que habíamos visto por la mañana. Las miserables chozas que acá y acullá anunciaban la existencia de algunas criaturas humanas, eran mas escasas á medida que avanzábamos, y cuando principiamos á trepar un terreno de progresiva elevacion, desaparecieron enteramente.

Por fin percibimos sobre la izquierda y muy lejos de nosotros, una cadena de montañas que parecían de azul oscuro; estendíanse de norte á noroeste, y ocuparon toda mi fantasía. Allí veía un pais tal vez tan salvaje, pero sin duda mucho mas interesante que aquel en que nos hallábamos entonces. Sus picachos parecían elevarse hasta las nubes, y presentaban á los ojos una variedad de pintorescas copas muy diferentes de la pesada uniformidad de las alturas que habíamos trepado hasta aquel momento. Contemplando aquella rejion alpina, ardía en deseos de conocer los soledades que debía encerrar, y de arrostrar todo peligro para satisfacer mi curiosidad; á la manera que el marino, cansado de la monotonía de una larga bonanza, quisiera trocirla por el movimiento y los riesgos de un combate ó de una tempestad. Hice varias preguntas á mi amigo el señor Jarvie sobre el nombre y situacion de aquellas notables montañas, pero ó no pudo ó no quiso responderme á ellas: solamente me dijo que allí era donde principiaban los Highlands.—No os faltará tiempo para ver á los Highlands, repitió; no os faltará tiempo antes de volver á Glasgow. En cuanto á mí, no las miro nunca de antemano, no me gusta verlas, porque inspiran tristeza á mi alma. No es miedo, no es miedo.... sino compasion que tengo á las pobres criaturas medio muertas de hambre que las habitan; pero no hablemos mas de esto. No se debe hablar de los Highlanders cuando se halla uno tan cerca de ellos: conozco yo mas de un hombre de bien que no viniera hasta aquí sin hacer su testamento. Mattie no estaba muy contenta de verme emprender tal viaje, y lloró, ¡la loca! pero no es mas estraño ver llorar á una mujer que ver andar sin zapatos á una oca.

Traté de que recayese la conver-

sacion sobre la historia y el carácter del hombre que íbamos á ver; pero acerca de esta materia fué impenetrable el señor Jarvie, lo cual atribuí en parte á la presencia de Andrés Listo-á-todo, quien nos seguía de tan cerca, que no podía dejar de oír cuantas palabras pronunciábamos; y su lengua se tomaba la libertad de barajarse en la conversacion todas las veces que hallaba ocasion para ello; pero entonces el señor Jarvie no dejaba de reprenderle.

—Quedaos mas atrás, y á la distancia oportuna, le dijo el baile, cuando se adelantaba para oír mejor la respuesta á una pregunta que le había hecho yo sobre Campbell; si no os dijieran nada, os encajariais al mismo lado. Esta buena pieza se quiere siempre salir de la clase á que pertenece. Ahora que no nos oye, señor Osbaldiston, voy á responderos á vuestra pregunta en cuanto me sea posible á mí, y á vos útil. No os diré mucho bien de Rob, ¡pobre diablo! y no quiero deciros mal de él, en primer lugar porque es mi primo, y luego porque nos hallamos en su pais, y porque no hay una breña tras de la cual no sea capaz de agazaparse alguno de los suyos. Si quereis creerme, cuanto menos hablaremos de él, del lugar á donde vamos, y del motivo de nuestro viaje, mas esperanzas tendremos de lograr un buen resultado. Podemos encontrar á alguno de sus enemigos, pues tiene mas de uno en estos alrededores: él lleva todavía la cabeza erguida, pero tal vez le obligarán á inclinarla: ya sabéis que el cuchillo hiere algunas veces la piel de la zorra mas fina.

—Estoy muy decidido, le respondí, á dejarme guiar enteramente por vuestra esperiencia.

—Muy bien, señor Osbaldiston, muy bien. Mas habré de decir dos palabras á este bergante, porque los niños y los mentecatos suelen repetir al descampado lo que oyeron en el

rincon del hogar. ¡Hola! ¡hé! ¡Andrés! ¿Cómo le llamais? ¿Listo-á todo?

Andrés, que despues de la última reprimenda que habia recibido, iba á respetuosa distancia, creyó á propósito hacerse el sordo.

— ¡Andrés, belitre! repitió el señor Jarvie; ¡venid acá, hombre, venid acá!

— ¡No se le habla peor á un perro! dijo Andrés acercándose con enfado.

— Y yo os daré el salario de un perro, bergante, si no atendeis á lo que os digo. Escuchadme con cuidado. Nosotros vamos á los Highlands...

— Ya me lo pensaba, dijo Andrés.

— Escuchadme, hombre, y no me interrumpais. Os digo que vamos á los Highlands...

— Ya lo dijisteis, y no lo he olvidado, respondió el incorregible Andrés.

— Si no deteneis la lengua, os romperé la cabeza.

— Una lengua detenida pone la boca babosa, replicó Andrés.

Aquí tuve que intervenir, é impuse silencio á Andrés con el tono mas imperioso.

— Estoy mudo, me respondió; mi madre me lo ha repetido mas de una vez: *quien paga manda*. Con que hablad cuanto os plazca uno y otro, que yo no diré esta boca es mía.

Despues de esta docta cita, temiendo el señor Jarvie que no la siguiese otra, se apresuró á tomar la palabra para darle sus instrucciones.

— Atended bien á lo que voy á deciros, si es que apreciáis vuestra cabeza, aunque no valga mucho dinero. En el lugar á donde vamos, y donde pasaremos probablemente la noche, hay jentes de todas las sectas, de todos los partidos, de todas las tribus de los habitantes de las tierras altas, ó Highlands, y de los habitantes de las tierras bajas, ó Lowlands, sus vecinos. Ellos suelen andar de pendencia, y se ven allí menos bi-

lias abiertas que sables desenvainados, sobre todo cuando el *usquebaugh* les enardece la cabeza. No os entremetais en sus negocios, daos un punto en esa boca habladora, oído todo sin chistar, y dejad reñir á los gallos.

— ¿A qué viene decirme todo eso? replicó Andrés con desden: ¿creeis que no he visto en mi vida á un Highlander, para que no sepa como debo portarme con ellos? Yo no necesito lecciones de nadie, pues he traficado con ellos, he comido con ellos, he bebido con ellos...

— ¿Y habeis reñido con ellos tambien?

— No, no; siempre me he guardado de eso. No estaria bien que yo, que soy de oficio artista, un medio sabio, fuese á pelear con iguorantes que no saben decir en buen escocés, y aun menos en latin, el nombre de una sola planta de sus montañas.

— Pues bien, si quereis conservar vuestra lengua y vuestras orejas, puesto que os gusta hacer uso de una y otras, os encargo que no digais tan solo una palabra, ni en bien ni en mal, á nadie de la tribu. Sobre todo cuidad de no charlar acerca de nosotros, ni hagais sonar el nombre de vuestro amo y el mio: no vayais á decir: este es el baile Nicol Jarvie de Glasgow, hijo del digno Nicol Jarvie, de quien todo el mundo ha oído hablar: este otro es el señor Frank Osbaldiston, hijo único del jefe de la respetable casa Osbaldiston y Tresham, de la ciudad de Lóndres.

— ¡Bueno! ¡bueno! ¿porqué he de ir yo á hablar de vuestros nombres? Me parece que cosas mas interesantes tendré que decir.

— Pues, mentecaio, cosas interesantes son las que podeis haber sabido, oído, adivinado ó imaginado, y las que temo que digais sin ton ni son.

— Si no me juzgais en estado de hablar tan bien como otro, dijo An-

drés con tono arrogante, pagadme mi salario y alimentos, y me volveré á Glasgow... No sentiré mucho nuestra separacion, como decia la vieja yegua al carro roto.

Viendo que Andrés tomaba otra vez el tono impertinente que me hacia mas dañoso que útil su servicio, le declaré abiertamente que se volviera, si queria, pero que yo no le pagaria ni un cuarto de su salario. Un argumento *ad crumenam*, como dicen ciertos lójicos chanceándose, causa efecto en casi todos los hombres, y Andrés no afectaba singularidad sobre este punto. El caracol volvió á meter sus cuernos, sirviéndome de la espresion del señor Jarvie, y retirándose algunos pasos detrás, nos siguió con sumision y docilidad.

Restablecida de este modo la concordia, seguimos tranquilamente nuestro camino. Despues de haber subido por espacio de seis ó siete millas de Inglaterra, hallamos una bajada casi de la misma longitud: el pais era siempre tan estéril, la vista tan uniforme como antes. El único objeto que atrajo nuestras miradas eran las montañas, cuyas escarpadas cumbres divisábamos siempre, y que no nos parecian mas próximas que algunas horas antes. Anduvimos sin detenernos; y no obstante, cuando la noche envolvió con sus sombras los salvajes y áridos desiertos que atravesábamos, me dijo el señor Jarvie que aun nos faltaban que andar tres millas y algo mas antes de llegar al lugar donde pasaríamos la noche.

#### CAPITULO XXVIII.

LA noche era hermosa, y la luna favorecia nuestro viaje. Gracias á sus rayos, el pais tomaba un aspecto mas interesante que de dia, cuya luz no hacia mas que descubrir la estéril extension del terreno; los colores de la luz y de las sombras prestaban á es-

tos sitios cierto embeleso que de suyo no ofrecian: así el velo con que se cubre una mujer fea llama nuestra curiosidad, á pesar de no tener nada agradable de suyo.

Seguimos bajando, dando una vuelta, y llegamos á barrancos mas profundos aun que los pasados, y que al parecer conducian á las orillas de algun arroyo. No nos engañó este presajio, pues nos hallamos en breve en las márgenes de un rio que se parecia mas á los de Inglaterra, que ninguno de los que habíamos visto hasta entonces en Escocia: era angosto, profundo, y sus aguas corrian silenciosas. La imperfecta claridad de la luna reflejada por su apacible corriente, nos hizo ver que estábamos en medio de las altas montañas donde tenia su origen. — Es el Forth, me dijo el señor Jarvie, con aquel aire de respeto que he observado siempre en los Escoceses cuando hablan de sus principales rios. Hasta se han visto duelos ocasionados por algunas palabras poco respetuosas pronunciadas sobre el Clyde, el Tweed, el Forth y el Spey: no me era posible criticar este inocente entusiasmo, y recibí la noticia de mi amigo con la misma importancia con que él la daba. Con efecto, me alegraba de acercarme á un pais que prometia distraer mi imaginacion, despues de un viaje tan largo y fastidioso. No sucedió lo mismo á mi fiel escudero, y cuando se pronunció la informacion oficial de — es el Forth, le oí murmurar en voz baja: — ¡Hum! si hubiera dicho: es la posada, mejor noticia fuera.

Como fuese, el Forth, segun pude juzgar á la imperfecta claridad de la luna, me pareció que merecia el tributo de admiracion que le conceden los que habitan no lejos de sus orillas. Una bella altdra de la forma esférica mas regular, cubierta de un soto de avellanos y de pequeños robles, mezclados con algunos árboles que decrépitos elevaban por encima

su majestuosa copa, parecía proteger la cuna donde nacia este rio. Mi digno compañero me participó sobre la materia una opinion esparcida en el vecindario; y aunque me aseguraba que no creía de ella una palabra, el tono bajo y misterioso con que hablaba probaba que su incredulidad no estaba muy fortalecida. Aquella montaña tan bella y tan regular, coronada de semejante variedad de árboles y de sotos, se creía que encerraba en sus invisibles cavernas los palacios de las hadas, seres que guardaban un medio entre el hombre y los demonios, y que, sin ser positivamente malevolos para el género humano, se debía evitar cuidadosamente su vista, á causa de su carácter caprichoso, irritable y vengativo.

— Los llaman, continuó el señor Jarvie bajando aun mas la voz, *Daoine Schie*, lo que quiere decir, segun me esplicaron, hombres de paz. Sin duda les han dado este nombre para granjearse su benevolencia, y no hay motivo para que los llamemos de otro modo, señor Osbaldiston, porque no es prudente hablar mal del *laird* en sus dominios. Percibiendo entonces á lo lejos algunas luces:—Sobre todo, continuó con tono mas seguro, esto no son mas que ilusiones del espíritu maligno, y no temo decirlo... porque ved las luces de la *clachan* de Aberfoil, ya estamos cerca del término de nuestro viaje.

Esta noticia me dió mucho gusto, no tanto porque volvía á mi digno amigo la libertad de manifestar sin riesgo sus verdaderos sentimientos sobre los *Daoine Schie*, como porque nos prometía algunas horas de descanso, del cual necesitábamos en gran manera nosotros y las cabalgaduras, después de haber andado mas de cincuenta millas.

Atravesamos el Forth en su nacimiento por encima de un viejo puente de piedras muy elevado y muy an-

gosto (1). Sin embargo noticiéme mi guía, que, para pasar este rio y todas sus aguas tributarias, el paso jeneral de los Highlands por la parte del sur se verificaba por lo que llamaban los Vados de Frew, que eran siempre mas profundos, mas arduos y muchas veces intransitables. Por bajo de estos vados, no se puede atravesar sino subiendo hácia levante hasta el puente de Stirling; de manera que el Forth forma una barrera natural entre los Highlands y los Lowlands de Escocia, desde su nacimiento hasta el *frith* ó golfo por el cual se pierden en el Océano. Los acontecimientos que voy á referir, y de los cuales fuimos nosotros testigos, me mueven á citar la enérgica y proverbial espression del baile Jarvie, quien me dijo que el Forth era la brida de las montañas.

Cerca de una milla habríamos andado despues de atravesar el puente, cuando nos hallamos á la puerta de la posada donde debíamos pasar la noche. Era una choza mas miserable todavía que aquella en que habíamos comido: pero se veía brillar luz al través de las pequeñas ventanas, se oían diferentes voces del interior, y todo nos prometía que encontraríamos allí cama y cena, lo cual no nos era indiferente.

Andrés fué el primero que observó una rama de sauce despojada de su corteza, colocada en el umbral de la puerta entreabierta, y dió un paso hácia atrás:—No entreis, nos dijo, no entreis: esa rama anuncia que hay aquí algunos jefes ó grandes hombres que están bebiendo el *usquebaugh* (2) y no quieren que se les in-

(1) El autor se acusa á sí mismo, en su prefacio de haber puesto este puente sobre el Forth treinta años antes.

..... *Pictoribus atque poëtis  
Hanc veniam pierumque damus petimus-  
que vicissim.*

(2) El whiskey, aguardiente de grano.

terrumpe. Lo menos que nos puede suceder, si les enseñamos el hocico, es que nos casquen las liendres, como á alguno de ellos no se le antoje introducirnos en el cuerpo la hoja de su *dirk*, lo cual es muy posible.

— Me parece, me dijo el señor Jarvie en voz baja y en respuesta á una mirada que le dirijí, que el cuclillo tiene razon en cantar una vez al año.

Dos ó tres mozas semi-vestidas amanecieron á la puerta de la taberna y de dos ó tres chozas vecinas, al oír el ruido de nuestros caballos, y abrieron grandes ojos al vernos; pero ninguna de ellas se acercó á ofrecernos sus servicios, y á cada pregunta que les dirijíamos, nos respondieron constantemente:— *Hamiel sassenach* (1). El señor Jarvie, que tenía esperiencia, halló modo en breve de hacerles hablar inglés: cogiendo del brazo á un niño de diez á once años, que no llevaba mas vestido que un andrajo de viejo *plaid*, y enseñándole una *bawbie*:

—¿Si te doy esto, le dijo, sabrás el *sassenach*?

—¡ Sí, sí! contestó el chico en buen inglés, ciertamente que sí.

—¡ Pues bien! muchacho, anda y dí á tu madre que hay aquí dos caballeros que desean hablarla.

La huéspedá llegó al punto, llevando en la mano un pedazo de madera de abeto encendido. La trementina de esta especie de tea que sacan jeneralmente de las hoyadas de turba, le da un brillo fogoso que hace que la empleen frecuentemente en los Highlands en vez de candela. La luz aclaraba las facciones inquietas y salvajes de una mujer pálida, seca, y de estatura mas que ordinaria, cuyos vestidos sucios y andrajosos conseguían á lo mas el objeto que se propone la decencia, con la ayuda de un *plaid*, ó capotillo de *tartan*, y no po-

dian serle de ninguna otra utilidad. Sus cabellos negros que se escapaban desordenadamente de su cofia, el aire extraño y confuso con que nos miraba, todo en una palabra daba al verla la idea de una hechicera interrumpida en medio de sus culpables ritos.

Ella rehusó positivamente el recibirnos: nosotros insistimos, ponderamos el largo viaje que acabábamos de hacer, la necesidad que teníamos de descanso y de alimento, nosotros y los caballos, y la imposibilidad de hallar otra cama antes de llegar á Callender, aldea que, segun el señor Jarvie, distaba todavía siete millas de Escocia. Nunca he podido saber de cierto cuantas millas de Inglaterra produce esta distancia; pero creo que se puede calcular un doble, sin riesgo de engañarse mucho. La obstinada huéspedá no tuvo ninguna consideracion á mis exhortaciones.— Mejor será que vayais mas lejos que no que os acarreeis alguna desgracia, nos dijo sirviéndose del dialecto escocés de los Lowlands, porque era hija del condado de Lennox; tengo ocupada la casa con jente que veria con malos ojos á algunos extranjeros. Esperan á otros, quizás á los Soldados-Rojos de la guarnicion. Detúvose con énfasis en estas últimas palabras, al mismo tiempo que bajaba la voz al pronunciarlas.— La noche es hermosa, añadió; una noche pasada al descampado os refrescará la sangre, y dormireis bajo vuestras capas como una alma en el cuerpo. Escojed bien vuestra cama, y atad los caballos á un árbol de las alturas, que nadie los tocará.

— Pero, buena mujer, le dije, mientras que el baile suspiraba y permanecía indeciso, hace seis horas que comimos, no hemos probado nada desde entonces, y yo me muero verdaderamente de hambre; conque pocas ganas tendré de ir á acostarme en vuestras montañas sin cena. Es preciso absolutamente que entre, y

(1) Es decir: No sé el inglés.

así dad una excusa á vuestros huéspedes para introducir dos extranjeros en su compañía. Andrés, conducid los caballos á la cuadra, y venid luego.

La Hécate de este lugar me miró con sorpresa y exclamó: — No es posible impedir á un testarudo que haga lo que le place: los que quieren ir á Cupar que vayan. ¡Cuán glotones son estos ingleses! confiesa que ha hecho ya hoy una buena comida, ¡y arriesgará su pellejo antes que dejar de cenar! Si se pone *rostbeef y pudding* al otro lado del precipicio de Tophet, un Inglés saltará por encima para llegar allá; ¡pero yo me lavo las manos! — Seguidme, señor mio, dijo á Andrés; voy á enseñaros la caballeriza.

Lo confieso, las espresiones de la huéspedada no me sonaron muy bien, pues parecían anunciar algun peligro; pero no quise volver atrás despues de haber declarado mi resolucion, y entré osadamente en la casa. Despues de arriesgarne á romperme las piernas contra una cubeta que habia en un estrecho vestíbulo, abrí una mala puerta de juncos, y me hallé, así como el señor Jarvie que me seguía, en el principal aposento de este parador escocés.

El interior presentaba un aspecto singular para ojos ingleses. La lumbre, alimentada por turbas y ramas de leña seca, ardía en medio del aposento; y como el humo no tenia mas salida que un agujero abierto en el techo, daba vueltas al rededor de la choza, formando negros torbellinos á cinco piés mas arriba del suelo. El espacio inferior estaba bastante libre del humo por las innumerables ráfagas que llegaban á la lumbre por las grietas del tablero de mimbres que servía de puerta, por dos agujeros cuadrados que hacian las veces de ventanas, y tapados solamente, el uno con un *plaid*, el otro con los andrajos de una mantilla, y sobre todo por las rajadas de las paredes,

construidas con guijarros y turbas pegadas con lodo.

Delante una mesa vieja de roble, colocada cerca del fuego, habia sentados tres hombres que era imposible mirar con ojos indiferentes. Dos de ellos llevaban el vestido de los Highlands: el uno, de corta estatura, color moreno, ojos vivos, facciones animadas y de ademan irritable, vestía unos *trews*, calzaczones ajustados de punto de diversos colores. El baile me dijo al oído que sin duda era personaje de alguna importancia, porque solamente los *Duinhéwassels* (1) llevaban *trews*, siendo muy difícil fabricarlos segun el gusto de los Highlanders.

El otro era un hombre alto y vigoroso, de pelo rojo, rostro granujiento, juanetes voleados, y la barba formando un ángulo agudo, especie de caricatura de los rasgos nacionales de la Escocia. La *tartan* de sus vestidos difería de la de su compañero por una cantidad mayor de cuchilladas rojas, mientras que el negro y el verde oscuro dominaban en el tejido del otro.

El tercero vestía al estilo de los Lowlands: sus miradas eran orgullosas y atrevidas, sus miembros robustos y su continente militar. El redingote que llevaba estaba cuajado de galones, y su sombrero era de dimensiones enormes: delante de él se veían en la mesa su sable corto y sus pistolas: los dos Highlanders tenían tambien delante los *dirks* desnudos, con la punta clavada en la mesa. Despues supe que aquello era una señal de que ninguna querrela habia de interrumpir ó turbar sus libaciones. Un grande jarro de estaño colocado en medio de la mesa contendría hasta cuatro medidas de *usquebaugh*, licor casi tan fuerte como el aguardiente, que destilan la Highlanders de la hez de la cebada, y del cual be-

(1) Hidalgos.

ben en gran cantidad. Un vaso roto, y ensamblado sobre un pié de madera, servía de copa y circulaba con maravillosa rapidez. Estos hombres hablaban todos juntos y en voz muy alta, tan pronto en inglés como en gaélico.

Otro Highlander, envuelto en su *plaid*, estaba acostado en el suelo, la cabeza apoyada sobre una piedra, con un manojo de paja por almohada. Dormía ó finjía dormir sin atender á lo que pasaba á su rededor: parecia tambien forastero, porque llevaba la espada y el escudo, armas ordinarias de sus compatriotas cuando viajaban. A lo largo de las paredes se veían algunas camas ó pesebres de diferentes formas, las unas hechas con tablas viejas, las otras con zarzos de mimbres, y en ellas dormía barajada toda la familia, hombres, mujeres y niños, sin mas cortinas que el denso humo que se elevaba por todas partes.

Habíamos hecho tan poco ruido al entrar, y los bebedores que he descrito estaban tan animados en su discusion, que pasaron algunos minutos sin echar de ver nuestra llegada; pero noté que el Highlander recostado cerca de la lumbre hizo como que se levantaba apoyándose en el codo, apartó el *plaid* que le cubría el rostro, y habiéndonos mirado por un instante, volvió á tomar su primera actitud como para entregarse de nuevo al sueño que habíamos interrumpido.

Acercámonos á la lumbre, que no nos disgustaba despues de haber viajado durante una noche muy fria, en medio de las montañas, y llamando á la huéspedada, moví la atencion de la compañía. Aproximóse aquella, echó inquietas miradas ya á nosotros, ya á sus demás huéspedes, y cuando le dije que nos sirviese de comer, nos respondió vacilando y con cierto embarazo que no sabia..... que no creía... que hubiese nada en su casa... nada que pudiera acomodarnos.

Aseguréle que nos era muy indi-

ferente la calidad de los platos que podría ofrecernos, con tal que nos diese algo. Derribando una cubeta y una jaula de pollos vacía, hice dos sillas para el señor Jarvie y para mí, y Andrés, que entró en este momento, quedóse de pié en silencio detrás de nosotros. Los naturales del pais, como puedo propiamente llamarlos, nos miraban de un modo que manifestaba que estaban aturridos de nuestra serenidad, y nosotros ocultamos lo mejor que supimos con cierta indiferencia, la inquietud que nos daba la acojida que nos harían los que nos habian precedido en aquel lugar.

Por fin el menos alto de los Highlanders, dirigiéndose á mí, me dijo en buen inglés y con ademan altanero: — ¡Os meteis como si entraseis en vuestra casa, señor mio!

— Siempre lo hago así, respondí yo, cuando estoy en una casa abierta para el público.

— ¡Y no visteis, dijo el mas alto, por la rama puesta á la puerta, que los *gentlemans* han tomado la casa pública para tratar en ella de sus negocios privados?

— Yo no tengo obligacion de saber los usos del pais; pero falta que me digais, como pueden tres personas tener derecho para escluir á todos los viajeros de la única posada que hay en muchas millas á la redonda.

— Eso no es justo, señores, dijo el señor Jarvie: nosotros no queremos ofenderos, pero en conciencia eso no es justo, ni lo autoriza la ley. No obstante, para establecer la buena intelijencia, si quereis beber con nosotros, que somos jente apacible, un vaso de aguardiente...

— Llévese el diablo vuestro aguardiente, dijo el Lowlander encasquetándose orgullosamente su sombrero en la cabeza; nosotros no queremos para nada ni vuestro aguardiente ni vuestra compañía. Así hablando se

levantó: sus compañeros hicieron otro tanto, y se hablaron con palabras cortadas, componiéndose sus *plaid's*, y resolando con fuerza, como hacen sus compatriotas cuando se encolerizan.

— Ya os dije lo que sucedería, señores, nos dijo la huésped con enfado y debía deciroslo. Salid de mi casa; no se dirá que los hidalgos han reñido en casa de Juana-Mac-Alpine, si ella puede impedirlo... ¡ No faltaba mas sino que los vagamundos ingleses que corren el pais durante la noche, viniesen á turbar á los honrados hidalgos que beben tranquilamente en el rincon de la lumbre!

En cualquiera otra ocasion me hubiera ocurrido aquel proverbio latino:

«*Dat veniam corvis, vexat censura columbas.*»

Pero este momento no era á propósito para hacer una cita clásica, porque me parecia evidente que íbamos á armar una pendencia. A mí se me daba muy poco, pues me habia indignado la insolencia de aquella jente inhospedable; pero lo sentia por causa de mi campañero, cuyas calidades físicas y morales no eran propias para dar fin á semejante aventura. Con todo me levanté cuando ví levantarse á los demás, y me desembarazé de mi capa para estar pronto á ponerme con mas facilidad en defensa.

— Somos tres contra tres, dijo el mas alto de los Highlanders echándonos una mirada; si sois hombres, sacad la espada. Esto diciendo, requirió su *claymore* y se adelantó contra mí. Yo me puse en defensa sin temer mucho el resultado del combate, pues contaba con la superioridad de mi arma y con mis conocimientos en la esgrima.

El baile me imitó con mas resolucion de la que creyera.

Viendo que avanzaba el gigante Highlander contra él con el arma le-

vantada, sacudió una ó dos veces el puño de su hoja, que llamaba *uzona*; y hallándola perezosa en dejar la vaina donde el orin la habia establecido hacia mucho tiempo, cojió una reja de arado de la cual se habian servido en vez de *badila*, y que estaba muy caliente. Blandiéndola con tanto efecto, que enganchó el *plaid* de su adversario y le echó en la lumbre. Este le recojió al punto, y dió algunos instantes de espera al baile, mientras que se ocupaba en apagar el fuego que consumia ya una parte de *plaid*.

Andrés, al contrario, en vez de hacer rostro al campeón de los Lowlands, lo digo con sentimiento, habia hallado modo de desaparecer desde el principio de la pendencia: y su antagonista, viéndole huir, exclamó: — ¡Partes iguales! ¡partes iguales! y contentóse con permanecer cortésmente espectador del combate.

Mi intento era desarmar á mi enemigo; mas no osaba aproximarme demasiado cerca, por temor al *dirk* que tenia en la mano izquierda, y del cual se servia para parar los golpes que yo le dirijia, mientras que me atacaba con la derecha. Sin embargo, el baile, á pesar de su primera ventaja, se defendia con mucho trabajo: el peso del arma de que se servia, su gordura, y aun su cólera, habian agotado ya sus fuerzas; iba á hallarse á merced de su adversario, cuando el que dormia, despertado por el ruido de las armas, se levantó de golpe, y habiendo puesto los ojos en él, echóse con la espada desnuda en la una mano y la tablachina en la otra, entre el majistrado que no podia resollar y su acometedor: — He comido el pan de la ciudad de Glasgow, exclamó, y á fe mia que me batiré por el baile Sharvie en la clachan de Aberfoil. Y juntando las acciones con las palabras, este inesperado auxiliar hizo silbar su hoja á los oidos de su compatriota de alta talla, quien le volvió los golpes con usura. Pero como am-

los estaban armados de tablachinas, escudos de madera forrados de cobre y cubiertos de piel, que oponian con ventaja á sus recíprocos golpes, resultaba de este combate mas ruido que verdadero peligro. Parecia con todo que nuestros agresores nos habian atacado por baladronada mas bien que con el deseo formal de herirnos; porque el habitante de los Lowlands, que no habia hecho hasta entonces mas que el papel de espectador, principió á encargarse del de mediador.

— ¡Vamos, detened los brazos! ¡detened los brazos! ¡basta, basta ya! la querrela no es de muerte. Los extranjeros se han mostrado hombres de honor, y nos han dado satisfaccion: soy tan cosquilloso como el que mas en materias de honor, pero no me gusta ver derramar sangre sin necesidad.

Yo no deseaba en manera alguna prolongar la pendencia, y mi adversario parecia igualmente dispuesto á envainar su espada. El fatigado baile podia considerarse como *inútil para el combate*, y los otros dos campeones del escudo y de la *claymore* acabaron el suyo con tanta indiferencia como le habian principiado.

— Ahora, dijo nuestro pacificador, bebamos de buena armonía como buenos camaradas. La casa es bastante grande, segun me parece, para que quepamos todos en ella. Propongo que el hombrecillo rechoncho, que está sin poder resollar con la pendencia, pague un vaso de aguardiente, yo pagaré otro por represalia, y harémos sonar todos las *bawbies* como hermanos.

— ¡Y quién me pagará á mí el *plaid* nuevo, en el que el fuego ha hecho un agujero por donde puede pasar una olla? dijo el Highlander alto: ¿se ha visto jamás á un hombre de juicio echar mano de semejante arma para reñir?

— No sea esto un obstáculo para

la paz, exclamó el majistrado que respiraba por fin, que parecia dispuesto á gozar del triunfo de haberse portado con valor, y que queria evitar la necesidad de recurrir á dudosa mediacion: puesto que he hecho la herida, sabré aplicarle el emplasto. Tendréis otro *plaid*, uno de los mejores, con los colores de vuestra tribu: decidme solamente á donde debo remitirle desde Glasgow.

— No tengo necesidad de nombraros mi tribu: soy de la tribu del rey, cosa es sabida: pero no teneis mas que tomar una muestra de mi *plaid*... ¡vaya, vaya! huele como una cabeza de carnero cocida al humo: por ella veréis la especie que habeis de escoger. Uno de mis primos, un hidalgo de Glasgow, que irá á vender huevos á San Martin, pasará por él á vuestra casa. Pero, hombre, la otra vez que riñais, tened alguna consideracion á vuestro adversario, y reñid con la espada, ya que la llevais, y no con tizones y hierros candentes, como un Indio salvaje.

— La verdad, respondió el señor Jarvie, cada cual hace lo que puede. Mi tizona no ha visto la luz desde la batalla del puente de Bothwell; mi difunto padre era quien la llevaba entonces, y aun no sé si la desenvainó, porque el combate no fué largo. Como fuese, la hoja ha hecho tanta amistad con la vaina, que no estuvo en mi poder el separarla de ella; y viendo que me atacabais de improviso, cojí para defenderme el primer trebejo que me vino á la mano. Lo digo de veras, se me pasa el tiempo de reñir, y sin embargo no será prudente quien me pise el pié. ¿Mas dónde está el honrado mozo que tomó con tanto ardor mi defensa? Venga á beber un vaso de aguardiente conmigo, aunque sea el último que deba beber en esta vida.

El campeón que buscaba se habia hecho invisible, y habia desaparecido, sin que lo observase nadie, al fin

de la querella; pero en su cabellera roja y en sus rasgos salvajes habia ya reconocido yo en él á nuestro amigo Dougal, el llavero fujitivo de la cárcel de Glasgow. Participé en voz baja al baile, quien me respondió en el mismo tono:—Muy bien, muy bien! Tenia razon en decir el otro día á aquel que sabeis, que el tal Dougal tiene salidas de hombre agudo; habré de pensar en algun medio de favorecerle.

Sentóse entonces sobre la jaula de pollos; y respirando por fin mas libremente:—Ama, dijo á la huéspedada, ahora que veo que mi saco no está agujereado, como tenia bastantes razones para temerlo, quisiera que me dieseis algo que meter en él.

En cuanto la mujer vió apaciguada la querella, mostróse en extremo complaciente, y se dispuso al punto para prepararnos la cena. Nada me sorprendió mas en este negocio que la calma con que ella y toda su familia le presenciaron: tan solo gritó ella á una criada:—Cierra la puerta, cierra la puerta, herido ú muerto, nadie ha de salir sin pagar su escote. En cuanto á los que dormian en las camas puestas á lo largo de las paredes, no hicieron mas que levantar un instante su cuerpo sin camisa, nos miraron, y gritaron: ¡*Oigh!* ¡*oigh!* con el tono proporcionado á su edad y sexo, y creo que se volvieron á dormir, antes que entrasen otra vez las hojas en las vainas.

Sin embargo nuestra huéspedada no perdió tiempo en prepararnos alimentos, y con grande admiracion mia, nos sirvió poco despues un plato de carne de venado aderezada en la sartén, capaz de satisfacer, sino á unos epicúreos, al menos á unos estómagos hambrientos. Entretanto, pusieron en la mesa el aguardiente, y nuestros montañeses, á pesar de su parcialidad por el *usquebaugh*, le festejaron bastante. El de los Lowlands, despues que el vaso dió la vuelta por

primera vez, manifestó deseos de saber nuestra profesion y el motivo de nuestro viaje.

—Somos ciudadanos de Glasgow, dijo el gran baile con ademán de humildad; vamos á Stirling á cobrar allí un dinero que nos deben.

Yo fui bastante necio, mi querido Tresham, para avergonzarme de la cuenta que daba el señor Jarvie de nuestra supuesta situacion; pero me acordé que le habia prometido guardar silencio y dejarle conducir mis negocios como lo tuviese por conveniente: y de veras que era lo menos que podia hacer por un hombre de su edad, que por favorecerme habia emprendido un viaje largo y penoso, viaje que, como acabais de ver, tenia sus peligros.

—Vosotros los de Glasgow, respondió su interlocutor con irónico desentono, no haceis mas que correr la Escocia de un cabo á otro para atormentar á los pobres que se atrasan un poco como yo.

—Si nuestros deudores se os pareciesen, Garschattachin, á buen seguro que nos ahorrarian este trabajo, porque estoy cierto de que ellos mismos vendrian á traernos lo que nos deben.

—¡Cómo! ¡sabeis mi nombre! ¡me conoceis!.... ¡Eh! pero.... ¡eh! ¡sí! no me engaño. Este es mi antiguo amigo Nicol Jarvie, el hombre mas bizarro que haya contado jamás moneda en una mesa, y el que ha prestado cautidades á no pocos hidalgos que se han encontrado en apuros. ¿Y os dirijiais á mi casa, por ventura? ¿Ibais á pasar el monte Endrick para ponerlos en Garschattachin?

—No, á la verdad: no, señor Galbraith, otras moscas me pican.... Ya sé que tenemos una cuentecilla pendiente sobre la renta que....

—¡Llévese el diablo la cuentecilla y la renta! yo no pienso en los negocios cuando tengo el placer de volver

á ver á un amigo.... ¡Pero cómo mudan á un hombre un *trot-cosey* y un *joseph* (1)!.... ¡No haber reconocido á mi antiguo amigo!

—Sin duda me equivocais con mi padre que en paz haya, y que se llamaba Nicol como yo; porque no me acuerdo que me hayais pagado despues de su muerte los atrasos de la renta.

—¡Llévese el diablo los atrasos! repuso Galbraith... Me alegro de que seais baile. ¡Señores, atencion! brindó á la salud de mi excelente amigo, del baile Nicol Jarvie. Hace veinte años que le conozco así como á su padre. ¡Y bien! ¿habeis bebido? Vamos, otro brindis. Bebo al próximo nombramiento de Nicol Jarvie para preboste de Glasgow; ¿lo entendeis? Brindo á la salud del *lord* preboste: y si alguno me dice que hay en toda la ciudad de Glasgow un solo hombre mas capaz que él para desempeñar tal destino, se las habrá conmigo, con Duncan Galbraith de Garschattachin, y no digo mas. Y así hablando, se encasquetó el sombrero de lado, y con ademán de bravata.

El aguardiente que bebian era probablemente lo que mas agradaba á los dos Highlanders en los brindis que se acababan de apurar; y principiaron una conversacion en su lengua con Galbraith, que la hablaba corrientemente, pues vivia cerca de los Highlands.

—Conocile perfectamente al entrar, me dijo en voz baja el señor Jarvie; pero no sabia al pronto como decírselo para que pagase sus deudas: aun transcurrirá mucho tiempo antes que las pague, como no se le obligue á ello. Por lo demás, es un hombre guapo, que tiene buen corazón: no viene muchas veces al mercado de Glasgow, pero me envia de vez en

cuando un gamo con gallos silvestres, y en resumidas cuentas, no me hace falta el dinero. Mi padre guardaba muchas atenciones á la familia de Galbraith.

Como la cena estaba dispuesta, no pensaba entonces mas que en Andrés; pero nadie habia visto á este fiel y valiente criado desde su precipitada partida. Con todo me dijo la huéspedada que creia que estaba en la caballeriza, mas que ella y sus hijos le habian llamado en vano, sin alcanzar respuesta: ofrecióse á aluabrarme si queria ir allá, diciéndome que, en cuanto á ella, poco se le daba ir á semejante hora. Estaba sola, y bien sabido es como el *brownie* de Ben-Ey-Gask extravió al ama de Ardnagowan (1). Decíase que su caballeriza era visitada por un *brownie*, y ved aquí porque no habia podido tener nunca un mozo de cuadra.

Sin embargo tomó una tea, y me condujo hácia la miserable choza, en la cual se regalaban nuestros pobres caballos con un heno cuyas brizas eran mas duras que cañones de plumas: pero en breve me probó que habia tenido otro motivo, para hacerme dejar la compañía, que no quiso dar á conocer.—Leed esto, me dijo al llegar á la puerta de la cuadra, poniéndome en las manos un pedazo de papel doblado. ¡Loado sea Dios! ¡ya estoy fuera de esto! No puede una vivir entre soldados y Sajones, entre *caterans* y ladrones de ganado.—Creo que viviria mas tranquila una mujer honrada en el infierno que en las fronteras de los Highlands.

Esto diciendo, me entregó la tea y se metió en su casa.

## CAPITULO XXIX.

DETUVEME á la entrada de la caballeriza, si se puede dar tal nombre

(1) Un *trot-cosey* es una especie de cnello grande de paño; y un *joseph* un redingote de viaje.

(1) Tradicion popular sobre un duende doméstico de la familia del lindo *Tribby* de Carlos Nodier, mas malicioso que enamorado.

á un lugar donde estaban los caballos con las cabras, las vacas, las gallinas y los lechones, bajo el mismo techo que el resto de la casa, aunque, por un esmero desconocido en el resto de la aldeilla, y el cual, como supe mas tarde, hacia que acusasen de orgullosa á nuestra huéspedea Jeannie Mac-Alpine, esta division del aposento tenia otra entrada diferente de la de los usos bípedos. A la claridad de mi tea, desplegué el billete, que estaba escrito en un papel ruin, sucio y húmedo, llevando por sobrescrito: — Para entregar al señor F. O., jóven hidalgo inglés. — Su contenido era el siguiente:

Muy señor mio:

«Hoy andan muchos pájaros nocturnos de presa por los campos, lo cual me impide ir á juntarme con vos y con mi estimado pariente B. N. J. en la *clachan* de Aberfoil, como me habia propuesto. Os aconsejo que no tengais con las jentes que encontréis mas relaciones que las indispensables. La persona que os entregará este billete es fiel, y os conducirá á un lugar, donde, con el favor de Dios, os veré sin peligro: así podeis fiaros de ella. Espero que mi pariente y vos vendréis á visitar mi humilde casa; yo dispondré la mejor comida que sea posible á un Highlander, y brindarémos solemnemente por una tal D. V. Hablarémos tambien de ciertos negocios en los cuales me lisonjeo poder seros útil. Entretanto soy, como es estilo entre hidalgos, vuestro humilde servidor,

R. M. C.»

Esta carta me satisfizo muy poco, pues aplazaba, para tiempo mas atrasado y lugar mas distante, un servicio que creía recibir sin mas tardanza y en el lugar en que me hallaba. Sin embargo, era un consuelo para mí leer en ella la seguridad de que el que me escribía conservaba siempre deseos de serme útil, porque sin él no me quedaba la menor esperanza

de volver á encontrar los papeles de mi padre. Resolví pues seguir sus instrucciones, conducirme con precaucion delante de los forasteros, y aprovecharme de la primera ocasion favorable para preguntar á la huéspedea cómo podria avistarme con aquel misterioso personaje.

Llamé entonces á Andrés en alta voz sin recibir respuesta; le busqué por todos los rincones de la caballeriza, con la tea en la mano, no sin riesgo de pegarle fuego, si la cantidad de heno húmedo no hubiera sido suficiente preservativo. Por fin, apurada mi paciencia, le llamé de nuevo prodigándole todos los epitetos que me sujiríó la cólera. ¡Andrés Listo-á todo, Andrés! ¡imbécil! ¡asno! ¿por dónde andais? En este momento, oí una especie de jemido lúgubre que pudiera atribuirse al mismo *brownie*: guiado por el sonido, avancé hácia el lugar de donde parecia salir el ruido, y hallé al intrépido Andrés agazapado entre la pared y dos enormes botas llenas de plumas de aves, sacrificadas al bien público y al interés de la huéspedea hacia algunos meses. Tuve que reunir la fuerza con las exhortaciones para sacarle de su escondite y conducirlo afuera.

— Señor, señor, me dijo mientras que yo le llevaba arrastrando; yo soy un mozo honrado.

— ¿Quién diablos duda de tu honradez? vamos á cenar, y es preciso que vengais á servirnos.

— Sí, repitió sin haber oido al parecer lo que acababa de decirle, soy un mozo honrado, diga lo que quiera el señor Jarvie. Convengo en que el mundo y sus bienes me llegan al alma, y á buen seguro que no hay otro como yo: pero soy un mozo honrado, y aunque habré de dejaros en el camino, sabe Dios que estaba muy lejos de hacerlo, y que lo decia, como todo lo que se dice en semejantes ocasiones, para inclinar la balanza á nuestro lado. Sí, me he aficiona-

do á su señoría, aunque seais muy jóven, y no os dejaré por razones de poca monta.

— ¿Qué diablos quieres con eso? ¿No se arregló todo á satisfaccion tuya? ¿Quieres acaso encajarme todas las horas del día que me dejas?

— ¡Oh! hasta ahora hice como que os dejaba, pero en este momento va de veras: en una palabra, pierda ó gane, no me atrevo á acompañar á su señoría mas adelante. Si queréis seguir el consejo de un hombre de cortos alcances, contentaos con una cita no cumplidasin aventuraros mas: os estimo sinceramente, y estoy seguro de que vuestros parientes me quedarán agradecidos, si os ven abandonar vuestro mal humor, y volveros sensato y razonable. Mas no puedo seguiros mas lejos, aunque percieseis en el camino por falta de guia y de consejo; es provocar á la misma Providencia el querer ir al pais de Rob-Roy.

— ¡Rob-Roy! exclamé con sorpresa; no conozco á nadie que lleve tal nombre. ¿Qué significa esta nueva invencion, Andrés?

— Es cosa dura, dijo Andrés, es cosa muy dura que un hombre de bien no sea creído cuando dice la verdad, únicamente porque mintió una ú otra vez cuando tuvo necesidad de hacerlo..... No tenéis necesidad de preguntarme quien es Rob-Roy; ¡es un ladrón!.. ¡Dios me libre! creo que no me oye nadie.... puesto que tenéis una carta suya en el bolsillo. Escuché como uno de su pandilla decia á nuestra descuadernada huéspedea que os la entregase: ellos creyeron que yo no entendia su jergonza; pero sé mas de lo que piensan. Me habia propuesto no deciros nada, y el miedo... la estimacion que os tengo, me saca las palabras del buche. ¡Ah! señor Frank, ¡todas las locuras de vuestro tio, todas las calaveradas de vuestros primos, no son nada en comparacion de lo que vais á hacer! Bebed vino

en abundancia como sir Hildebrando; principiad el día de fiesta apurando una botella de aguardiente como el *Squire* Percy; trabad pendencias con todo el mundo como el *Squire* Thorncliff; andaos tras las muchachas como el *Squire* John; jugad y apostad como el *Squire* Ricardo; entremeteos en danzas arriesgadas como Rashleigh; jurad, robad, no guardeis los dras de fiesta, en fin sed peor que todos vuestros primos juntos, pero por amor del cielo, doleos de vos mismo, y permaneced tan lejos como os sea posible de Rob-Roy.

Andrés manifestaba con sobrada naturalidad su sobresalto, para que pudiera mirarle como una ficcion: contentéme con decirle que hacia cuenta de pasar la noche en esta posada, y que cuidase de nuestros caballos. En cuanto á lo demás, le mandé guardar el mas profundo silencio acerca de sus temores, asegurándole que no me espondria imprudentemente á ningun peligro. Siguióme á casa medio consternado, y murmurando entre dientes: — Hay que pensar en los hombres antes que en los animales: en todo este día no he comido mas que las dos piernas de aquel gamo silvestre.

La buena armonía de la compañía parecia haber sufrido cierta interrupcion despues de mi salida, porque encontré á Galbraith y á mi amigo el señor Jarvie disputando entre sí y muy coléricos.

— No puedo sufrir que hablen de ese modo, decia el banquero cuando entré, ni del duque de Argyll, ni del nombre de Campbell. El duque es un señor noble, lleno de talento, y amigo y bienhechor del comercio de Glasgow.

— Yo no digo nada contra Mac-Callummore ni contra Slioch-nan-Diarmid (1), dijo el menos alto de los

(1) Los hijos de Diarmid, ó la tribu de Diarmid, hijo de Duina, era un título de la tribu de

dos Highlanders: no soy de esa parte de Glencroce donde se querellan con Inverrara.

Nunca nuestra Guindola vió las *Lymphades* (1) de los Campbell, dijo el mas alto: yo puedo erguir la cabeza y hablar sin empacho. No se me da mas de los Cawmil que de los Cowan, y decid, si quereis, á Mac-Callummore que Allan-Iverach es quien le dice: Está muy lejos de aquí Lochow (2).

Galbraith, á quien habia enardecido la cabeza el mucho aguardiente que bebiera, dió una puñada en la mesa, y exclamó:—Esta familia hizo un agravio que pide sangre, y será fuerza que lo pague: los huesos del valiente, del leal Grahame se ajitan y claman venganza desde el fondo del sepulcro contra ese duque: toda su tribu. No ha habido traicion en Escocia que no se hallase entremetido en ella algun Cawmil; y ahora que los malvados andan por encima, los Cawmil son los que los sostienen. Pero esto no durará mucho tiempo, y llegará el dia de aguzar la doncella (3) para cercenar las cabezas de los hombres. Sí, sí, veremos á la vieja doncella desenmohecerse con sangrienta mies.

—¡Callad, Galbraith! exclamó el baile, ¡callad! ¿Osais hablar así delante de un majistrado, arriesgándoos á pasarlo mal? ¿Cómo podréis sostener vuestra familia y satisfacer á los acreedores (á mí y á los otros), si obráis de modo que provoquéis el rigor de las leyes con gran perjuicio de

todos los que tienen relaciones con vos?

—¡Vayan al diablo mis acreedores, y vos el primero, si sois uno de ellos! os digo que en breve habrá mudanzas. Los Cawmil no se encasquetarán tan orgullosamente el sombrero; ni enviarán ya sus perros donde no se atreverán á asomar ellos mismos; ni protegerán á los forajidos, á los asesinos y opresores; ni escitarán á robar y acometer á jentes que valen mas que ellos, á tribus mas leales que la suya.

El señor Jarvie no queria dejar al parecer la discusion; pero el humillo de un plato de jabalí, que la huésped puso en este momento en la mesa, produjo una feliz distraccion: armándose con un afilado cuchillo, dirigió nuevo ataque hácia este lado, y dejó á los estranjeros el cuidado de continuar el debate.

—Y es verdad esto, dijo el mas alto de los dos Highlanders que se apellidaba Estuardo, como supe despues: no estaríamos aquí en acecho para cojer á Rob-Roy, si los Cawmil no le hubiesen dado abrigo. Iba yo un dia con treinta hombres de mi nombre, los unos de Glenfinlas, los otros de Appine: alcizamos á los Mac-Gregor, como á un gamo, hasta que llegamos á la comarca de Glenfalloch. Allí nos detuvieron los Cawmil por orden de Abac-Callummore, y nos impidieron perseguirlos mas lejos, de suerte que perdimos todo el trabajo: mas daria cualquier cosa por hallarme tan cerca de Rob-Roy como lo estaba aquel dia.

Parecia por desgracia que cada nuevo discurso habia de contener algo ofensivo para mi amigo el baile. —Perdonadme si os digo lo que pienso, señor mio, replicó; mas pudierais dar vuestro mejor gorro por estar siempre tan lejos de Rob-Roy como lo estáis en este momento. —¡Ciertamente, el hierro caliente no

es nada en comparacion de su *claymore*!

—Mejor hicierais en no hablar de eso, ó por Dios, que os volveré las palabras al gaznate con dos dedos de este acero, dijo el mas alto de los dos Highlanders, poniendo la mano á su daga con ademan siniestro y amenazador.

—No, no, dijo el mas pequeño, ¡dejaos de querellas, Allan! Si el hombre de Glasgow se interesa por la persona de Rob-Roy, quizás tendrá el placer de verle esta noche atado y agarrotado, y mañana por la mañana dando pernadas al cabo de una cuerda. Bastante atormentado ha sido el pais; acabáronse sus correrías... Mas ya es tiempo de reunirnos con nuestra jente.

—Esperad, esperad, Inverashalloch, exclamó Galbraith; acordaos del viejo proverbio, amigo. —Hace hermosa luna, dice Bennygask; vaya otra, dice Lesley; no partiremos sin apurar otro cuartillo.

—Bastantes hemos apurado, respondió Inverashalloch; nunca desprecio un trago de *usquebaugh* ó de aguardiente; pero lléveme el diablo si bebo mas cuando tengo algun negocio para la mañana siguiente. Y á mi entender, mayor Galbraith, mejor hariais en hacer entrar de noche vuestra tropa en la *clachan*, á fin de que estuviesen todos listos para partir.

—¿Qué diablos tanta prisa? comer y beber bien no perjudica nunca á los negocios: si hubieran sido de mi dictámen, lléveme el diablo si se os hubiera hecho bajar de vuestras montañas para ayudarnos. La guarnicion y nuestra caballería hubieran bastado para aprisionar á Rob-Roy: ved el brazo que le tenderá en el suelo, añadió levantando la mano, y para esto no necesita la ayuda de un Highlander.

—¿Porqué no le dejan á uno donde está? dijo Inverashalloch;

yo no he venido de sesenta millas de distancia sin haber recibido orden para ello. Pero si quereis seguir mi opinion, charlad menos, si deseais salir con la vuestra: un hombre prevenido vale por dos, y eso es lo que puede suceder respecto del que sabeis. El modo de cojer un pájaro no es echarle el sombrero: estos señores han oido cosas que no debieran, á no haber bebido vos algunos tragos de aguardiente de mas. No os encasqueteis el sombrero hasta las orejas, mayor Galbraith; no creais que me poneis miedo.

—He dicho que no quiero mas pendencias hoy, dijo el mayor con aquel aire de gravedad que toma algunas veces un borracho, y cumpliré mi palabra. Cuando no esté de servicio, no os temo ni á vos ni á nadie de los Highlands ó de los Lowlands; mas yo respeto el servicio. Quisiera ver llegar á esos Soldados-Rojos: si se tratase de hacer algo contra el rey Jacobo, ya mucho tiempo que estarían aquí; pero cuando es cosa de mantener la tranquilidad del pais, duermen á rienda suelta.

Todavía hablaba cuando oímos la medida marcha de una tropa de infantería, y un oficial seguido de dos ó tres soldados entró en la estancia en que nos hallábamos. Su voz me hizo oír el acento inglés, que me fué mas grato estando fastidiado de la jeringonza de los Highlands y de los Lowlands:

Presumo, señor mio, que sois Galbraith, mayor de la milicia del condado de Lennox, y que estos señores son dos hidalgos de los Highlands que debo encontrar aquí.

Respondieronle que no se engañaba, y le propusieron tomar algo, lo cual refusó.

—He hecho algo tarde, señores, les dijo, y es preciso reparar el tiempo perdido: llevo orden de buscar y arrestar á dos personas culpables de traicion.—Sobre eso me lavo las ma-

Campbell, que hacia subir su origen hasta Diarmid, uno de los héroes de Fingal.

(1) *Lymphades*: la galera que llevaban en su escudo de armas la familia de Argyle y las otras familias de la tribu de Campbell.

(2) Lochow y las comarcas adyacentes forman el antiguo patrimonio de los Campbell.

(3) *Maiden*: así llaman en Escocia un instrumento que se parece mucho al cuchillo de la guillotina francesa.

nos, dijo Inverashalloch; vine aquí con mi tribu, para batirme con Rob-Roy Mac-Gregor, quien ha muerto á Invernedty, Duncan Maclaren, mi primo en séptimo grado; en cuanto á lo que tengais que ver con los honrados hidalgos que corren el pais por negocios suyos, yo no me meto en eso.

—Ni yo tampoco, dijo Iverach.

El mayor Galbraith tomó el asunto con mas seriedad, y despues de hacer un hipo por exordio, pronunció el discurso siguiente:

—No diré nada contra el rey Jorje, capitan, porque en efecto la comision que traigo es en nombre suyo: pero si mi comision es buena, capitan, esto no es decir que las otras sean malas; y en el decir de no pocas jentes, el nombre de Jacobo es tan bueno como el de Jorje. Por una parte, este es el rey... el rey que es rey de veras; por otra, aquel es á quien le acompaña derecho para serlo; y yo digo que se puede ser leal con el uno y con el otro, capitan. No quiero dar á entender que no soy de vuestro dictámen en el caso, capitan, porque esto no conviene á un mayor de milicias: pero respecto á la traicion y todo lo perteneciente á ella, es tiempo perdido hablar de tal cosa, y peor es meneallo.

—Veo con respeto, señores, dijo el capitan, el modo como habeis empleado el tiempo: los razonamientos del mayor se resienten del licor que ha bebido, y quisiera que en una ocasion tan importante hubieseis procedido de otro modo: lo acertarais si os tendieseis sobre una cama por espacio de una hora. ¿Estos señores son sin duda compañeros vuestros? añadió echando una ojeada al señor Jarvie y á mí, que, ocupados todavia en nuestra cena, no habíamos hecho mucha atencion á la llegada del oficial.

—Son viajeros, capitan, dijo Galbraith, viajeros lejitimos por mar y

por tierra, como dice el libro de oraciones.

El capitan se acercó á nosotros con una luz para vernos mejor:—Estoy encargado, dijo, por mis instrucciones de arrestar un jóven y un hombre de edad; ahora bien estos dos señores me parece que corresponden á la seña dada.

—Mirad lo que decís, señor mio, exclamó el señor Jarvie: no creais que vuestro uniforme colorado y vuestro sombrero galoneado sean bastantes á protejerlos. Yo intentaré contra vos un acto en difamacion, detencion arbitraria: yo soy vecino de Glasgow, señor mio.... soy majistrado, señor mio.... mi nombre es Nicol Jarvie; tal era el de mi padre mi antecesor: yo soy baile, y mi padre, que en paz haya, lo era tambien.

—Era un perro con las orejas cortadas, dijo el mayor Galbraith, y peleó valerosamente contra el rey en Bothwell-Brigg.

—Pagaba lo que debia, señor Galbraith, dijo Jarvie, y pagaba lo que compraba: era un hombre mas de bien que el que sostiene vuestras piernas.

—Ahora no es tiempo de escuchar todo eso, dijo el oficial. Señores, daos por presos, á menos que me presentéis personas respetables que me salgan garantes de que sois vasallos leales.

—Conducidme ante un majistrado civil, replicó el baile, ante el jerife ó el juez de la comarca; yo no estoy obligado á responder á todos los Soldados-Rojos que quieran hacerme preguntas.

—¡Muy bien! señor mio, ya sé como debo conducirme con los que no quieren hablar. Volviéndose entonces hácia mí:—Y vos, señor mio, me dijo, ¿gustais de responderme? ¿cuál es vuestro nombre?

—Frank Osbaldiston, señor mio.

—¡Cómo! ¿hijo de sir Hildebrando Osbaldiston, del Northumberland?

—No, señor, interrumpió el señor Jarvie, sino hijo de William Osbaldiston, jefe de la gran casa de comercio Osbaldiston y Tresham de Crane-Alley en Londres. — Lo sicato, señor mio; pero este nombre aumenta las sospechas que habia ya concebido, y me ponen en la necesidad de rogaros que me entregueis todos los papeles que tengais.

Noté que al oír estas palabras los dos Highlanders se miraron con inquietud.

—No traigo ninguno, le respondí.

El oficial mandó que me desarmasen y registrasen; la resistencia hubiera sido un acto de locura, y así entregué mis armas, y me sometí al registro, que hicieron con toda la política de que es capaz semejante operacion. No me encontraron encima mas que el billete que acababa de recibir.

—No esperaba tal cosa, dijo el oficial, pero hallo aquí un motivo para reteneros preso; porque veo que manteneis correspondencia por escrito con el bandido Roberto Mac-Gregor-Campbell, llamado comunmente Rob-Roy, que desde tanto tiempo es el azote de este distrito. ¿Qué decís á esto, señor mio?

—¡Espías de Rob! exclamó Inverashalloch: si se les ha de hacer justicia, ya se les puede colgar al primer árbol que se encuentre.

—Nosotros salimos de Glasgow, dijo el señor Jarvie, para ir á cobrar cierto dinero que nos deben: no sé que haya ninguna ley que prohiba á un hombre cobrar lo que le deben. Respecto de este billete, cayó por casualidad en manos de mi amigo.

—¿Cómo es que se hallaba esta carta en vuestra faltriguera? me preguntó el oficial.

Yo no podia resolverme á vender la confianza de la buena mujer que me la habia entregado, y guardé silencio.

—¿Me lo diréis vos, camarada? dijo el oficial á Andrés, que estaba en pié detrás de nosotros, y cuyos dientes crujian como castañuelas desde que oyera la amenaza de los Highlanders.

—¡Oh! sin duda, jeneral, sin duda, os lo diré todo. Un hombre de los Highlands fué quien entregó la carta á esa astuta mujer: os puedo jurar que mi amo no sabia nada....

—¡Yo! dijo la huésped: me entregaron una carta para un hombre que estaba en mi casa, y fué preciso que se la diese. A dios gracias, no sé ni leer ni escribir, y....

—Nadie os acusa á vos, buena mujer, callad. Continúad, amigo.

—Ya está todo dicho, señor soldado-rojo; sino que, como sé que mi amo tiene ganas de ir á ver á ese condenado de Rob-Roy, hariais un acto de caridad si se lo impidieseis, y le enviaseis á Glasgow, quierais que no. En cuanto al señor Jarvie, guardadle todo el tiempo que gustéis: es bastante rico para pagar todas las multas á que le condeneis, y mi amo tambien. Respecto á mí, ¡Dios me libre! no soy mas que un pobre jardinero, y no valgo el pan que comeria en la cárcel.

—Lo mejor que puedo hacer, dijo el oficial, es enviar estos tres señores al cuartel jeneral con buena escolta, pues al parecer se hallan en correspondencia directa con el enemigo, y tendria yo que salir responsable de ellos, si los dejase en libertad. Señores, tened la bondad de consideraros presos: en cuanto amanezca, haré que os conduzcan á un lugar seguro. Si sois realmente lo que decís, presto se verá, y un día ó dos de detencion no son gran desgracia. No daré oídos á ninguna representacion, añadió volviendo la espalda al baile, cuyos labios veia que se abrian para responderle; la comision de que estoy encargado no me permite entrar en inútiles discusiones.

— ¡Muy bien, señor mio, muy bien! dijo el señor Jarvie: tocad ahora vuestro violín todo lo que os plazca, pero yo os aseguro que sabré haceros bailar antes que pase mucho tiempo.

El oficial y los Highlanders tuvieron entonces una especie de consejo privado, pero hablaron en voz tan baja que me fué imposible oír lo que decían. Pasados algunos instantes, salieron todos, teniendo la atención de dejarnos á la puerta una guardia de honor.

— Esos montañeses, me dijo el baile despues que partieron, son de las tribus de poniente. Si lo que dicen es verdad, no valen mas que sus vecinos; si vienen á batirse con Rob, es por satisfacer cierto encono antiguo, y por la misma razon ha venido acá Galbraith con los Grahame y los Buchanan del condado de Lennox. No los vitupero mucho, pues nadie gusta de perder sus vacas. Y á mas ved una tropa de soldados; ¡pobres diablos! que se vuelven á derecha y á izquierda, segun les mandan, sin saber porqué. A Rob no le faltará hilo que retorcer así que amanezca: no le está bien á un majistrado desear nada contra el curso de la justicia, pero con dificultad sentiría que se los dejase á todos burlados.

### CAPITULO XXX.

ARREGLAMONOS para pasar la noche tan bien como permitía la miserable estancia en que nos hallábamos. El baile, cansado de su viaje y de las escenas que acababan de suceder, menos interesado en el resultado de nuestra detención, la cual no podía tener para él mas inconveniente que una cortísima retirada; y por otra parte mas contentadizo que yo sobre la comodidad ó limpieza de la cama, echóse en uno de los pesabres que se veían á lo largo de las paredes, y presto me anunció con un sonoro

ronquido que dormía profundamente. Por lo que toca á mí, quedéme sentado junto á la mesa, y apoyando la cabeza sobre mis brazos, no probé mas que un sueño interrumpido. Por los discursos del sarjento y del piquete que se hallaba de facción á la puerta, comprendí que eran dudosos y vacilantes los movimientos de las tropas. Mandaban salir varios destacamentos para obtener noticias, y volvían sin haber podido adquirir-las: el capitán se mostraba inquieto, enviaba nuevas partidas, y algunas no volvían á la *clachan* ó aldea.

Cuando principiaba á amanecer, entraron un cabo y dos soldados con aire de triunfo, arrastrando consigo á un montañés que habían aprisionado y que conducían ante el capitán. En él reconocí al punto á Dougal, nuestro consabido llavero. El señor Jarvie, á quien dispertó el ruido que hicieron al entrar, se restregó los ojos, le reconoció también, y exclamó: — ¡Dios me perdone, es el pobre Dougal á quien han aprisionado! Capitán, salgo fiador competente por Dougal.

Este generoso ofrecimiento era ciertamente dictado por el reconocimiento que conservaba el buen majistrado, del celo con que Dougal había abrazado su partido, en el combate que sostuvo contra Inverasha-loch. Pero el capitán le respondió rogándole que no se mezclase en negocios que no le tocaban, y que pensase que él mismo se hallaba preso en aquel entonces.

— Señor Osbaldiston, exclamó el baile, que sabía mejor las reglas de las leyes civiles que las de la jurisprudencia militar, sédme testigo de que ha rehusado una fianza competente. Es indudable que tendrá que pagar á Dougal los daños y perjuicios que resulten de una detención arbitraria, y á buen seguro que yo procuraré el que le hagan justicia.

El oficial, cuyo nombre supe en-

tonces que era Thornton, no atendió poco ni mucho á los discursos ni amenazas del señor Jarvie, y haciendo sufrir un interrogatorio muy riguroso á su preso, logró sacarle sucesivamente, aunque en apariencia á pesar suyo, la confesión de que conocía á Rob-Roy, que le había visto el año pasado.... tres meses atrás.... la semana anterior.... la víspera.... en fin que no hacía mas que una hora que se había separado de él. Todas estas confesiones se le escaparon una tras otra á Dougal, y al parecer no se las arrancaban sino á la vista de una cuerda que el capitán Thornton juraba que haría servir para colgarle de la rama de un árbol, si no respondía categóricamente á todas sus preguntas.

— Ahora, dijo el oficial, decidme cuantos hombres trae consigo vuestro amo en este momento.

Dougal, paseando sus miradas por todos lados, á escepcion del en que se hallaba el capitán, respondió que no lo sabía de cierto.

— Miradme, perro de Highlander, y acordaos de que os va la vida en la respuesta. ¿Cuántos bellacos tenía en su compañía cuando le dejasteis ese miserable proscrito?

— ¡Ah! no tenía mas que seis sin entrar yo en la cuenta.

— ¿Y qué ha sido del resto de sus bandidos?

— Se fueron con el teniente á una expedición contra las tribus de poniente.

— ¿Contra las tribus de poniente? ¡He! ¡esto es barto probable! ¿y á qué veniais por estos alrededores?

— ¡Yo, Señor! ¡ah! venía paseando á ver lo que hacía su señoría en la *clachan* con los Soldados-Rojos.

— Creo, me dijo el señor Jarvie, que se había puesto detrás de mí, creo que este bellaco va á vender á sus compañeros: mucho me alegro de no haberme comprometido mas por él.

— Con que, amigo, dijo el capitán, entendámonos: acabais de confesar que vinisteis aquí como espía, y por consiguiente mereceis ser colgado al primer árbol; pero si quereis hacerme un servicio, yo os haré otro. Tengo que decir dos palabras á vuestro jefe sobre un negocio grave; conducidme con mi tropa al lugar donde le dejasteis, y entonces os volveré la libertad y os daré á mas cinco guineas.

— ¡Oh! exclamó Dougal torciéndose los brazos con ademan angustioso; no puede ser, mas quiero que me cuelguen.

— Bueno, se os colgará, amigo: ¡caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! Cabo Cramp, sed prebostemayor del campo, y despachadme á este bellaco.

El cabo se había colocado algunos instantes había en frente de Dougal, teniendo en las manos una cuerda que hallara en un rincón del aposento, y que le enseñaba con afectación haciendo un lazo corredizo. Así que le dieron la fatal orden, echóse en derredor del cuello, y con la ayuda de dos soldados, principió á arrastrarle fuera de la estancia.

Dougal, espantado de ver la muerte tan cerca, exclamó, cuando estaba ya en el umbral de la puerta: — Esperad, señores, esperad... ¡Deteneos pues! consiento en hacer lo que exige su señoría.

— ¡Llevaos esa criatura, gritó el baile; merece ser colgado veinte veces! ¡Llevaosla, cabo! ¿porqué no os la lleváis?

— Hombre de barrabás, respondió el cabo, es mi sentir y mi opinión que si tuviera orden de conducirnos al patíbulo, lléveme el diablo si me dabais tanta prisa.

Este á parte me impidió atender á lo que pasaba entre el capitán y su prisionero: mas oí que este decía entonces con tono enteramente sumiso: — ¿Y me asegurais que me solta-

réis en cuanto os haya conducido donde está Rob-Roy?

—Os doy mi palabra; al instante estaréis libre. Cabo, formad la tropa en orden de batalla. Y vosotros, señores, habréis de seguirnos, porque necesito toda mi jente, y no puedo dejar á nadie para que os guarde.

En un abrir y cerrar de ojos se puso la tropa sobre las armas, y se dispuso para marchar. Condujéronnos en clase de presos con Dougal; y al salir de la taberna, oí á nuestro nuevo compañero de cautiverio que recordaba al capitán la promesa que le había hecho de darle cinco guineas.

—Tomadlas, contestó el oficial poniéndole en la mano cinco piezas de oro: pero estad cierto, miserable, que si probais á engañarme, os hago saltar los sesos con mi propia mano.

—Este tuno, me dijo el señor Jarvie, es cien veces peor de lo que creia: es un traidor, una criatura fementida. ¡Oh! ¡la sed del oro! ¡la sed del oro! ¡á cuántas cosas arrastra! Mi difunto padre solia decir que el dinero pierde mas almas que mata cuerpos el acero.

Adelantóse entonces la huéspedada, y pidió que le pagasen el escote, incluso todo lo que habian bebido el mayor Galbraith y los dos montañeses. El capitán dijo que él no tenia nada que ver con eso; pero mistress Mac-Alpine le replicó que á no saber que esperaban á su señoría, no les hubiera fiado; que ella no volveria á ver quizás á Galbraith, ó que si le volvía á ver, no por eso cobraría; que era una pobre viuda, y que no tenia para subsistir mas que el producto de su posada.

El capitán Thornton dió fin á sus lamentos pagándole la cuenta, que solo subia á algunos *shillings* de Inglaterra, aunque presentaba un total formidable de moneda del pais. Aun queria pagar jenerosamente la parte que le tocaba al señor Jarvie y á mí; pero el baile, sin atender al dictámen

de la huéspedada, que le decia en voz baja: —Dejadle hacer, dejadle hacer, dejad que paguen los perros Ingleses; ¡harto nos atormentan! pidió que se le rebajase la parte de la deuda que nos concernia, y la pagó al punto. El capitán se aprovechó de esta ocasion para darnos cortésmente algunas excusas por nuestra detencion. —Si sois, como espero, nos dijo, vasallos del rey, leales y pacíficos, no sentiréis haber perdido un día cuando lo exige su mejor servicio: en el caso contrario, yo no hago mas que mi deber.

Fuerza nos fué contentarnos con esta apolojía, y le seguimos, aunque á pesar nuestro.

No olvidaré nunca la deliciosa sensacion que experimenté, cuando, saliendo de la atmósfera densa, sufocante y ahumada de la choza de los Highlands donde habiamos pasado la noche tan desagradablemente, pude respirar el ambiente fresco de la mañana, y ver los brillantes rayos del sol naciente, que saliendo de un tabernáculo de nubes de oro y púrpura, alumbraba el pais mas pintoresco que haya jamás embelesado mi vista. A la izquierda estaba el valle en el cual serpenteaba el Forth hácia levante, y orlaba una hermosa colina con una especie de guirnalda que formaban los árboles de sus orillas. A la derecha, en medio de una profusion de sotos, de montecillos y de rocas agrestes, se extendia el lecho de un dilatado lago, que la brisa de la mañana movia suavemente en pequeñas ondas, las cuales relumbaban sucesivamente con el reflejo de los rayos del sol. Altas montañas, escarpadas rocas, y vegas en las cuales bamboleaban las movibles ramas del abedul y del roble. servian de límites á aquella maravillosa cascada; el armonioso estremecimiento de las hojas de los árboles, brillando al sol, daba tambien á aquella soledad una especie de vida y movimiento. El

hombre solo parecia hallarse en un estado inferior, en medio de una escena en que todos los atractivos de la naturaleza se mostraban rebosando grandeza y majestad. Las miserables chozas, que llamaba el baile *bourochis*, y que en número de doce, poco mas ó menos, componian la aldea ó *clachan* de Aberfoil, estaban construidas de piedras pegadas con tierra en vez de argamasa y cubiertas de césped derramado á la aventura sobre las ramas de árboles cortados en los vecinos bosques. Los techos hababan casi hasta el suelo, de suerte que Andrés nos dijo que en la noche anterior hubiera sido posible tomar las tales cabañas por montecillos de poca elevacion, y que no hubiéramos percibido que nos hallábamos en medio de casas, hasta que las piernas de nuestros caballos pasasen por encima del techo.

Después de visto todo, juzgamos que la casa de mistress Mac-Alpine, que nos habia parecido tan miserable, era comparativamente la mejor del lugarejo: y si mi descripcion, mi querido Tresham, escita en vos el deseo de juzgar por vuestros propios ojos, presumo que hallaréis todavía las cosas poco mas poco menos en el mismo estado, porque los Escoceses son un pueblo que no se entrega fácilmente á las innovaciones, aun cuando traigan por objeto mejorar su suerte (1).

Nuestra partida llamó la atencion

(1) Ignoro como se hallarian las cosas en tiempo del señor Osbaldiston; mas puedo asegurar al lector á quien la curiosidad conducirá tal vez al teatro de estas aventuras, que la *clachan* de Aberfoil ofrece hoy día una pequeña posada muy decente. Si es anticuario escocés, sabrá con tanto mayor placer que en sus alrededores encontrará al reverendo doctor Graham, ministro del evangelio en Aberfoil, cuya amable cortesania para comunicar sus investigaciones sobre las antigüedades nacionales, no es menos inagotable que sus tesoros en este jénero.

(Nota del Autor.)

de los habitantes de tan tristes moradas, y mas de una vieja salió á hacer un reconocimiento á la puerta entrecabierta. Al ver á estas sibilas, la cabeza cubierta con un gorro de lana del cual salian algunos rizos de cabello cano, su rostro arrugado, sus brazos largos; al oirlas dirijirse unas á otras, en gaélico, ciertas palabras acompañadas de jestos que no pintaban la benevolencia, representóme mi imaginacion las hechiceras de Macbeth, y creí leer en las facciones de estas viejas toda la malicia de las aciagas hermanas. Los mismos niños que salian de las casas, los unos enteramente desnudos, y cubiertos imperfectamente los otros con algunos andrajos de *tartan*, hacian muecas á los soldados Ingleses con una expresion de odio nacional y de malignidad que parecia superior á su edad. Observé particularmente, que aunque la poblacion de esta aldea parecia bastante considerable en razon del número de mujeres y niños que vimos, ni un hombre tau solo, ni un mozo de mas de doce años se ofrecia á nuestra vista. De aquí concluí que era probable recibiésemos de ellos en el curso de nuestra expedicion algunos testimonios de amistad, todavía mas espresivos que los que nos habian dado todas las figuras que habiamos topado.

Hasta que salimos del villorrio no nos fué posible juzgar en toda su estension el afecto que nos tenian. Apenas habia pasado la retaguardia las últimas casas para tomar un sendero que conducia á los bosques que se veian á la otra parte del lago, oímos un ruido confuso de gritos descompasados de mujeres y niños, y aquellos palmoteos con que las matronas de los Highlands acompañan siempre las exclamaciones que les arrancan el odio y la ira.

—¿Qué significa esa grita? pregunté yo á Andrés, que estaba pálido como la muerte.

—Harto pronto lo sabrémos: eso significa que las mujeres de los Highlanders vomitan imprecaciones y maldiciones contra los Soldados-Rojos y contra todos los que hablan la lengua sajona. He oído no pocas veces á las mujeres inglesas y escocesas proferir imprecaciones; esto no es de admirar en ningún país: pero, ¡Dios me libre! nunca he oído otras semejantes á estas en lenguas montañosas. ¿Sabeis lo que dicen? que querrian ver á todos los Soldados-Rojos degollados como carneros; lavarse las manos hasta el codo en su sangre; verlos cortar en pedazos tan menudos que el mas gordo no bastase para la comida de un perro, como sucedió á Gualterio Cumíng de Guiyock, y no sé cuantas otras cosas semejantes que han echado de sus bocas. En fin, como no venga el mismo diablo á darles lecciones, veo que no cabe que se perfeccionen mas en la ciencia de jurar y maldecir. Mas lo peor de todo es que nos dicen que sigamos nuestro camino hácia el lago, y que miremos donde nos acercamos.

Las observaciones que habia hecho, y lo que Andrés acababa de decirme, no me dejaban duda alguna de que proyectaban un ataque contra nosotros. El camino parecia facilitar mas y mas esta desagradable interrupcion, pues se desviaba de la orilla del lago, para atravesar un terreno pantanoso cubierto de sotos, y en el cual habia espesos matorrales y chaparros que parecian espresamente plantados para favorecer una emboscada. De cuando en cuando teníamos que atravesar los torrentes que bajaban de las montañas, y cuya corriente era tan rápida, que los soldados, con agua hasta mas arriba de la rodilla, no podian resistir á su violencia sino cojiéndose tres ó cuatro del brazo. Yo no tenia ninguna esperiencia en el arte militar; pero me parecia que unos guerreros medio salvajes, tales como me habian representado

á los Highlanders, podian en semejantes circunstancias, presentar un ataque con ventaja contra tropas regulares. El buen juicio del baile le habia sugerido las mismas observaciones, sacando las propias consecuencias. Dijo que tenia que hablar con el oficial comandante, lo que hizo poco mas ó menos en estos términos:

—Capitan, le dije, no deseo hablaros para pedir os ningun favor; los desprecio, y aun os protesto que os perseguiré por causa de opresion y detencion arbitraria; pero profesando un sincero afecto al rey Jorje y á su ejército, me tomo la libertad de preguntaros ¿si no fuera mas acertado escojer un momento mas favorable, y tomar mayores fuerzas para trepar ese glen? Si buscáis á Rob-Roy, sabido es que nunca ha estado á la cabeza de una tropa de menos de cincuenta hombres resueltos; y si á ellos junta las jentes de Glengyle, de Glenfinlas y de Balquidder, servirá tal vez á vuestro destacamento un plato que no será de su gusto. Mi sincero dictámen, como amigo del rey, es pues que os volvais á la *clachan*, porque esas mujeres de Aberfoil son como los cuervos y las gavotas de Cumries, que no cantan nunca sino para anunciar una tempestad.

—Tranquilizaos, señor mio, repuso el capitan Thornton: yo debo ejecutar las órdenes que llevo. Mas puesto que decis que sois amigo del rey Jorje, os alegraréis de saber como es imposible que la gavilla de bandidos cuyos latrocinios destruyen el país hace tanto tiempo, se escape de las medidas que acaban de tomarse para esterminarlos. El escuadron de milicias mandado por el mayor Galbraith, y al cual deben rennirse dos compañías de caballería, se apodera en este momento de los desfiladeros inferiores de esta comarca montañosa, y trescientos Highlanders, á las órdenes de los dos jefes que habeis visto

en la posada, guardarán la parte superior. Por último, varios destacamentos de tropas regulares ocupan la entrada de todos los *glens* y de todas las montañas. Las informaciones que hemos recibido acerca de Rob-Roy están de acuerdo con las declaraciones que acaba de hacer este bellaco, y parece cierto que habiendo sabido que se halla cercado por todas partes, ha despedido la mayor parte de su jente, con la esperanza de ocultarse con mas facilidad, ó de evadirse, merced al conocimiento que tiene del terreno.

—Me parece, replicó el señor Jarvie, que esta mañana hay mas aguardiente que juicio en la cabeza de Galbraith; y respecto de vuestros trescientos montañoses, si fuera de vos, no me fiara de ellos. Los halcones no arrancan los ojos á los halcones: se querellarán entre sí, jurarán unos contra otros, se batarán, se matarán; pero se agavillarán siempre contra los que visten calzones y llevan bolsa en la faltriguera.

Parece que este consejo no fué del todo inútil. El capitan mandó á sus soldados que ordenasen sus filas, armasen sus mosquetes y calasen bayoneta: formó vanguardia y retaguardia, cada una á las órdenes de un sarjento, y les mandó estar alerta. Dougal sufrió un interrogatorio, en el cual persistió en todas las declaraciones que ya habia dado; y como le reprendiese el capitan por conducirle por un camino que parecia peligroso: —Yo no le hice, contestó con un desenfado, acompañado al parecer de cierto candor: si os gustan los caminos reales, tomad el que conduce á Glasgow.

Pasó esta respuesta, y nos pusimos otra vez en marcha.

Aunque la ruta nos habia conducido hasta entonces hácia el lago, estaba tan sombreado, que no habíamos podido entrever mas que la cascada al través de algunas rocas; pero

al salir del bosque, le costeaba de golpe, y pudimos contemplarle en toda su estension: espacioso espejo que en profunda calma reflejaba magníficamente las sombrías y altas montañas adornadas de brezos, los antiguos peñascos de pelada cabeza, y el verdor de alguna parte de sus vegas. Las montañas estaban en este lugar tan cerca del lago y eran tan altas y tan escarpadas, que era imposible hallar mas paso que la estrecha senda que seguíamos, dominada por no pocas rocas, de las cuales hubiera bastado que rodasen algunas piedras para aplastarnos, sin que pudiéramos oponer la menor resistencia. Añádase á esto que el camino formaba recodos á cada instante, siguiendo las bahías y promontorios del lago, de suerte que rara vez era dado á la vista el estenderse á cien pasos de distancia por delante y por detrás. Nuestra posicion causó al parecer alguna inquietud al oficial comandante: mandó de nuevo á sus soldados estar en acecho, y andar alerta, y reiteró á Dougal la amenaza de matarle al instante, si le habia conducido á alguna emboscada.

Este escuchó sus amenazas con un aire de impenetrable estupidez, que podia atribuirse igualmente á una conciencia que no tiene nada que temer, ó á una firmísima resolucion de vender á aquellos á quienes estaba encargado de guiar.

—Si los hidalgos buscan á los Gregarach, dijo, á buen seguro que no los encontrarán sin correr algunos riesgos.

Cuando pronunciaba estas palabras, el sarjento que mandaba la vanguardia gritó: ¡Alto! y envió un soldado á anunciar al capitan que habia divisado una partida de Highlanders, encima de una roca que dominaba la senda por donde íbamos á pasar. Casi en el mismo instante vino un soldado de la retaguardia á advertir que se oía en el bosque de la es-

pálda el sonido de una zampoña.

El capitán Thornton, valiente á la par que avisado, resolvió forzar el paso hácia adelante, sin esperar que le atacasen por detrás. Para alentar á sus soldados, les dijo que la zampoña que habian oido pertenecía sin duda al cuerpo de montañeses que avanzaba á las órdenes de Iverach y de Inverashalloch, y les dió á entender que les importaba apoderarse de la persona de Rob-Roy antes de la llegada de aquellos auxiliares, á fin de no tener que partir con nadie ni el honor de la victoria, ni el premio prometido por su cabeza. Mandó á la retaguardia que se reuniese con el centro, acercó su cuerpo de ejército á la vanguardia, y desplegó sus fuerzas de modo que presentasen un frente tan estenso como permitía la estrecha senda en que nos hallábamos. Mandó colocar en el centro á Dougal, renovándole la promesa de hacerle colgar si los habia engañado. Nos señalaron á nosotros el mismo sitio, como aquel en que habia menos peligro; y el capitán Thornton, tomando su media pica de manos de un soldado que la llevaba, se puso á la cabeza de su cuerpo, y dió orden de avanzar.

La tropa marchó hácia delante con la valentía propia de los soldados. El espanto casi habia atontado á Andrés; y si he de decir la verdad, ni el señor Jarvie ni yo estábamos muy tranquilos: no era posible ver con estoica indiferencia arriesgada nuestra vida en una querrela estraña para nosotros; mas habia que hacer de la necesidad virtud.

Avanzamos hasta veinte pasos del sitio donde la vanguardia habia visto á los montañeses. Era un pequeño promontorio que entraba en el lago, y en rededor de cuya base jiraba la senda, como dije ya: pero en este lugar, en vez de seguir la orilla del agua, subia en forma de S encima de la roca, la que, sin esto, fuera inac-

cesible. El sarjento mandó á decirnos que percibia en la cima los gorros y fusiles de muchos montañeses echados boca abajo como para sorprendernos, y cubiertos por los brezos que crecian sobre las rocas. El capitán le ordenó marchar adelante, desalojar al enemigo, y él mismo avanzó con el resto de su tropa para sostenerle.

El ataque que meditaba fué suspendido por la inesperada aparicion de una mujer que se dejó ver de golpe en lo alto de la roca.

— ¡Deteneos! exclamó con autoridad, y decidme qué es lo que buscáis en el país de Mac-Gregor.

Pocas veces he visto una figura mas noble y mas imponente que la de esta mujer. Podia tener de cuarenta á cincuenta años, y su fisonomía debió de ofrecer en otro tiempo rasgos notables de belleza varonil, aunque sus facciones ofrecian cierto aire duro y cierta espresion feroz, y aunque se notaban ya en ella algunas arrugas formadas, ya por la vida errante que llevaba muchos años hacia, acostándose á menudo en el suelo y espuesta á todas las intemperies del aire, ó ya por los pesares que habia sufrido y las pasiones que la agitaban. No llevaba el *plaid* sobre la cabeza y los hombros, segun suelen las mujeres de Escocia, sino que envolvía su cuerpo al estilo de los soldados Highlanders. Cubria su cabeza un gorro de hombre coronado de una pluma; empuñaba la espada desnuda, y llevaba en su cintura un par de pistolas.

— Es Elena Campbell, la esposa de Rob, me dijo en voz muy baja y como sobresaltado el señor Jarvie: no faltarán luego costillas rotas entre nosotros.

— ¿Qué buscáis aquí? preguntó ella por segunda vez al capitán Thornton que avanzaba.

— Buscamos al proscrito Rob-Roy Mac-Gregor Campbell, respondió el oficial: nosotros no guerrea-

mos con las mujeres; nó intentéis pues oponeros al paso de las tropas del rey, y recibiréis de nosotros buen tratamiento.

— ¡Sí! replicó la amazona, ¡ya hace mucho tiempo que conozco vuestros buenos tratamientos! No me habeis dejado ni nombre ni reputacion: los huesos de mi madre se levantarán en el sepulcro, cuando los míos vayan á incorporarse con ellos. No nos habeis dejado á mí y á los míos ni casa, ni cama, ni ganado para alimentarnos, ni lana para cubrirnos: todo nos lo habeis robado, todo, hasta el nombre de nuestros antepasados, ¡y ahora venís á quitarnos la vida!

— Yo no quiero la vida de nadie, dijo el capitán, pero debo ejecutar las órdenes que llevo. Si estáis sola, nada tenéis que temer: si hay con vos jente tan insensata que quiera oponernos una resistencia inútil, nadie sino ellos tendrá la culpa de la suerte que les aguarda. ¡Sarjento, adelante!

— ¡Adelante, marchen! gritó el sarjento. ¡Huzza, hijos! un bolsillo lleno de oro por la cabeza de Rob-Roy.

En esto avanzó á paso de ataque, seguido de seis soldados, y subió por la estrecha senda que conducía al promontorio; pero apenas habian llegado á la primera vuelta de aquel desfiladero, cuando se oyó una descarga de doce tiros. El sarjento, herido en el pecho de un balazo, hizo por tenerse derecho algunos instantes; asíóse de las asperezas de la roca para subir aun mas; pero sus fuerzas le abandonaron, y despues de un último esfuerzo, cayó de peña en peña hasta el lago, donde desapareció. Tres soldados quedaron muertos en el sitio, y los otros tres, mas ó menos heridos, se retiraron al cuerpo de ejército.

— ¡Granaderos, adelante! gritó el capitán. — Ya tendréis presente que los granaderos llevaban en aquella época la destructora arma de la cual

traen su nombre. Los cuatro soldados armados así se pusieron pues al frente de la columna, y Thornton les siguió con toda su tropa para sostenerlos. — Señores, nos dijo entonces, estáis libres, atended á vuestra seguridad. ¡Granaderos, abrid la canana! ¡granada en mano!

El destacamento avanzó dando grandes gritos; los granaderos echaron sus granadas en los zarzales donde estaba oculto el enemigo, y la tropa subió á paso de ataque para desalojarle. Dougal, olvidado en la confusion, se internó prudentemente en las malezas que crecian por la roca, y subió á ella con la lijereza del gato montés. Yo imité su ejemplo, imaginando con acierto que el que siguiere la senda trazada, se hallaria espuesto al fuego de los montañeses. Estaba sin poder resollar, porque el fuego repetido por mil ecos, la esplosion de las granadas, los alaridos de los soldados, y la algazara de sus enemigos no podian menos de escitar en mí el deseo de alcanzar un lugar seguro. Con todo me fué imposible juntarme con Dougal, que saltaba de un pico de roca á otro con tanta agilidad como una ardilla, y últimamente le perdí de vista.

Hallándome entonces harto distante de los combatientes para no tener nada que temer, por lo menos en aquel momento, me detuve para ver de descubrir que habia sido de mis compañeros, y los ví á ambos en situacion muy desagradable.

El señor Jarvie, á quien el miedo habia dado sin duda un grado de agilidad que no le era ordinario, habia logrado subir hasta la altura de cerca de treinta piés sobre la roca; cuando quiso pasar de una punta á otra, faltóle desgraciadamente el pié, de tal manera que sin duda fuera á reunirse con su difunto padre, cuyos hechos gustaba tanto de citar, si por casualidad no se enganchará de un grueso espino el faldon de su redin-

gote, y no le detuviera este nuevo peligro, que no hubiera sido menor, si no hallara medio de conservar una posición casi horizontal, agarrando con la mano derecha otra rama vecina, pero mas baja que la primera. Hubiérase podido creer que volteaba entre el cielo y la tierra, y se parecía bastante á la muestra del toison de oro que se ve en Lóndres encima de la puerta de un tendero en Southgate-Hill.

Andrés no había tomado el mismo camino que Dougal; camino que habíamos seguido el señor Jarvie y yo, aunque con distinto éxito. Escogió otro por dos razones: la primera porque la subida era menos rápida, y luego porque se hallaba mas cerca de él. Efectivamente subió con bastante velocidad hasta una pequeña plataforma que encontró, y que estaba casi al nivel del lugar donde se encontraba suspendido el baile: allí le detuvieron unas rocas perpendiculares que era imposible trepar, y no podía mudar de posición sino volviendo á descender al desfiladero de donde había partido, lo que no era en manera alguna de su gusto. Tenía bajo sus piés el destacamento del capitán Thornton, y encima á los montañeses, de manera que el silbido de las balas que se cruzaban sobre su cabeza, parecía anunciarle á cada momento su hora postrera. Corría por todos lados la estrecha plataforma, dando espantosos gritos, é implorando la piedad de ambos partidos, en inglés y en escocés, siguiendo el lado hacia el cual parecía inclinarse la victoria. El señor Jarvie era el único que respondía á sus exclamaciones con los gemidos que le arrancaban así el miedo como su precaria situación.

Mi primera idea fué correr á socorrerle: pero desde el lugar en que me hallaba, me era materialmente imposible llegar hasta él, pues nos

separaba el precipicio sobre el cual estaba suspendido. Andrés, que no distaba mas que unos cincuenta pasos, hubiera podido fácilmente hacerle este servicio; pero ni mis señas, ni mis súplicas, ni mis órdenes, ni mis amenazas, fueron bastantes á decidirle á aproximarse al lugar del combate; y despues de correr todavía algun rato como un hombre falto de razon, echóse por último boca á bajo, y no se levantó hasta que cesó enteramente el fuego.

Todo esto fué obra de pocos minutos; y no oyendo ya el estruendo de la fusilería, concluí que la victoria se había declarado por uno de los dos partidos. Como no podía ver el campo de batalla desde el lugar en que estaba, trepé á una altura vecina que le dominaba, para implorar la compasión de los vencedores, cualesquiera que fuesen, en favor del pobre baile, muy convencido de que no le verían suspendido en medio de los aires, como el sepulcro de Mahoma, sin prestarle una mano compasiva.

Así que llegué á esta altura, ví que se había acabado el combate, como preveía, con la derrota total del capitán Thornton. Una tropa de Highlanders le desarmaban á él y á una docena de hombres que le quedaban, y que estaban casi todos heridos. La tropa había sufrido un fuego mortífero, del cual no podía guardarse, y que la esterminó casi enteramente; mientras que los montañeses, protegidos por su posición, no tuvieron mas que un muerto y dos heridos por las granadas, segun supe despues: porque en este momento no pude enterarme mas que del resultado de la pelea, viendo al capitán y á los pocos hombres que le quedaban, rodeados por una gavilla de salvajes que pataleaban de feroz alegría, y sometían á sus vencidos enemigos á todas las consecuencias de las leyes de la guerra.

## CAPITULO XXXI.

Lo primero que hice fué ver si veía á Dougal entre los vencedores, no dudando ya de que el papel que había hecho, lo tenía de antemano concertado para conducir á aquel peligroso desfiladero al oficial inglés y su tropa; y no pude menos de admirar la destreza con que el tal semi-salvaje, tan injenuo en apariencia, había ocultado su deseo y héchose arrancar, como por fuerza y temor, las falsas noticias que intentaba dar. Conocía que no nos era posible acercarnos sin peligro á los vencedores en el primer trance de una victoria, mancillada con actos de crueldad; pues ví á los montañeses, ó por mejor decir, á los niños que los habían seguido, dar de puñaladas á algunos soldados moribundos que se esforzaban todavía por levantarse. Deduje de aquí que no fuera prudente presentarnos á ellos sin algun mediador, y como no veía á Campbell, en quien debía reconocer entonces al famoso Rob-Roy, había resuelto reclamar la protección de su emisario Dougal.

Despues de buscarle inútilmente, volví al lugar que acababa de dejar para reflexionar de nuevo sobre los medios de socorrer al honrado banquero: mas con grande satisfacción le ví que había abandonado su aéreo puesto, y que se hallaba sentado al pié de la roca en cuya altura estaba antes suspendido. Me apresuré á reunirme con él, y darle el parabien por su libramiento: al principio no se hallaba muy dispuesto á recibirlo con la misma cordialidad con que yo se lo daba, y una tos violenta interrumpió repetidas veces las dudas que manifestaba acerca de la sinceridad de mi parabien.

—¡Hem! ¡hem! ¡hem!... Dicen que un amigo ¡... ¡hem!.. que un amigo vale mas que un hermano... ¡hem!... ¿A qué vine yo, señor Osbaldiston, á

este pais maldito de Dios y de los hombres?... ¡Hem! ¡hem! ¡hem!..... ¡Dios me perdone el jurar!... ¡Hem!.. Y vos tenéis la culpa: ¿pensáis que estuvo conforme... ¡hem! ¡hem! que estuvo conforme el dejarme colgado como un arcanjel entre el cielo y la tierra, sin que probaseis..... ¡hem!... sin que probaseis á socorrerme?

No escusé las apolojías, y le mostré el lugar en que me hallaba cuando le sucedió el tal accidente; convenciéndose él con sus propios ojos de que me hubiera sido imposible el llegar hasta donde estaba; y como su corazón era tan justo y bondadoso como vivo su espíritu, me tendió la mano y me dió las gracias. Aprovechéme del nuevo goce de su favor para preguntarle como había salido del apuro.

—¡Cómo salí del apuro! Hubiera permanecido colgado hasta el último día del juicio, antes de que me fuera posible sacarme yo mismo de él, pues me colgaba la cabeza por un lado, y los piés por otro. Dougal fué quien me sacó del apuro, como lo hizo ayer. Se llegó á mí con otro Highlander, cortó lindamente con el *dirk* ios dos faldones de mi redingote, y me volvieron á plantar sobre mis piernas, tan sano como si no me hubiese sucedido nada. Ved con todo cuan útil es llevar vestidos de buen paño: si mi redingote hubiera sido de vuestros camelotes ó de vuestros paños lijeros de Francia, se hubiera roto cien veces con un peso como el de mi cuerpo. ¡Dios bendiga al artífice que fabricó su tejido! Estaba allá arriba, nadando en el aire cual el pez por el agua, tan seguro como una gabarra atada á un cable de la playa de Broomielaw.

Preguntéle entonces donde se hallaba su libertador.

—La criatura, respondió continuando en llamarle así, la criatura me ha dicho que no sería muy acertado el presentarme en este momento á la dama, y me ha aconsejado que

permaneciese aquí hasta que volviese, lo que no dejaré de hacer. Tengo para mí que os busca: es muchacho de mucho juicio, y creo que no se engaña respecto á la dama. Elena Campbell, siendo doncella, no brillaba por su dulzura, y no ha mudado de carácter al casarse: dicen muchos que el mismo Rob-Roy la mira con cierto temor respetuoso. Creo que no me conocería, porque hace bastantes años que no nos hemos visto: no, á buen seguro que esperaré á Dougal antes de presentarme á ella.

Yo le dije que este partido me parecía el mas prudente: mas habia decidido el destino que la prudencia del baile no le sirviese esta vez.

Cuando habia cesado el fusileo, levantóse Andrés, y no atreviéndose todavía á bajar de la plataforma, permanecia apoyado contra una roca, posición que le descubrió á los ojos de lince de los montañeses, algunos instantes despues que la victoria se declarara en su favor. Al punto dieron un grito, y apuntándole cinco ú seis de ellos, le significaron con jestos, respecto de los cuales era imposible equivocarse, que se dirijiese adonde ellos estaban al instante, ó tomarian un medio mas pronto para hacerle bajar.

Andrés no era hombre para negarse á semejante invitacion, y el temor del peligro mas inminente le cerró los ojos acerca de lo que parecia inevitable. Al momento bajó pues hácia atrás por el camino mas corto, aunque el menos transitable, andando de rodillas, ó arrastrándose segun las ocasiones, agarrándose de las grietas de la roca, de sus asperezas y de los arbolillos que encontraba, y no olvidando nunca, así que tenia una mano libre, el tenderla hácia los que le amenazaban, como implorando su compasion. Los montañeses se divertian con el terror de Andrés, y echaron por encima de su cabeza dos ó tres tiros, mas bien por recrearse

con su espanto que con intencion de herirle, y á fin de verle redoblar sus esfuerzos para llegar al cabo de un viaje peligroso, que solo el miedo fuera capaz de hacerle emprender.

Por fin llegó al pié de la montaña, ó por mejor decir, cayó allí, porque habiendo resbalado cuando no se hallaba mas que á ocho ú diez piés de distancia, rodó hasta bajo, sin hacerse ningun daño. Algunos montañeses le ayudaron á levantarse; y antes que hubiese afirmado los piés en el suelo, ya le habian desembarazado de su sombrero, de su almilla, de su corbata y de sus medias; en fin le desnudaron con tal celeridad, que se podia decir que cayó completamente vestido, y se levantó en el mismo instante, espantando con su desnudez casi absoluta. En este estado se le llevaron arrastrando, sin considerar que iba descalzo, por medio de las malezas y de las agudas puntas de las rocas, hasta el lugar donde se habia dado la batalla, y donde permanecia todavía la tropa reunida.

Cuando le conducian de este modo, y al pasar por enfrente de la especie de garganta donde estábamos sentados, nos descubrieron desgraciadamente. Al instante corrieron á nosotros cinco ú seis Highlanders armados, amenazándonos con sus *claymores*, puñales y pistolas. Queremos oponer resistencia hubiera sido una locura, mucho mas cuando estábamos sin armas; nos sometimos pues á nuestro destino; y los que se ocuparon en nuestra compostura, se disponian con cierta aspereza á reducirnos *al estado de naturaleza* (sirviéndome de la frase del rey Lear), como al bipedo *desplumado* Andrés. Listo-á-todo, que estaba á pocos pasos de nosotros tiritando tanto de miedo como de frio. Una feliz casualidad nos preservó de aquel ultraje; porque en el momento en que me acababan de desembarazar de mi corbata de verdadera batista y guar-

nicida de encajes, entre paréntesis; y cuando el baile acababa de ceder los restos de su redingote, apareció Dougal, y cambió la escena. Gritó este, amenazó, juró, en cuanto pude juzgar por sus jestos y por el tono con que se producía, y obligó á los pillos, no solamente á dejarnos lo que se disponian á tomar, sino á restituirnos lo que nos habian tomado. Arrancó mi corbata al montañés que se habia apoderado de ella: y en el zelo con que hizo la restitution, la apretó al rededor de mi cuello con fuerza bastante para obligarme á creer que, mientras su residencia en Glasgow, habia servido no solo de sustituto de carcelero, sino que tambien habia tomado algunas lecciones del verdugo. Puso otra vez en los hombros del señor Jarvie los andrajos de su capado redingote, y poniéndose en marcha con nosotros, mandó al parecer á los otros montañeses que nos guardasen el respeto y las atenciones debidas. Andrés deseaba en gran manera que la proteccion que nos concedia Dougal se extendiese hasta él, pero en vano la imploró; ni aun pudo obtener que le volviesen sus zapatos.

—No, no, respondió Dougal, tú no eres hidalgo, y hay aquí mas de uno que vale mas que tú y anda descalzo. Y dejando á Andrés que nos siguiese, ó mas bien, dejando á los montañeses que le rodeaban el cuidado de apresurar su marcha, nos hizo entrar en el desfiladero donde se habia trabado el combate, para conducirnos como prisioneros ante la mujer-jefe de la banda, regañando, reempujando, y aun dando golpes á los que querian acercarse demasiado, como si á él le amenazasen mas que á nosotros los que intentaban tomar un interés mayor que el suyo en nuestra captura.

Por fin nos presentamos á la heroína del dia, cuyos feroces rasgos, como los de las figuras marciales y

y salvajes que nos rodeaban, confieso que me inspiraron verdadero miedo. No sé si Elena habia tomado parte activa en el combate, pero las manchas de sangre que se le veian en las manos, en los brazos, en los vestidos y en la hoja de su espada que empuñaba tambien; su inflamada tez, el desórden de sus cabellos, parte de los cuales se habian desprendido por debajo del gorro colorado, coronado con una pluma que formaba su tocado, todo probaba que no habia permanecido mera espectadora. Sus ojos negros y vivos y toda su fisonomía, anunciaban el orgullo de la victoria, y el placer de la venganza satisfecha. Su traza no era con todo sanguinaria ni cruel, y me recordaba algunos retratos de heroínas del Antiguo Testamento, que habia visto en las iglesias católicas de Francia. No poseia la belleza de una Judith, ni los rasgos inspirados de una Débora, ni los de la mujer de Heber, á cuyos piés el opresor de Israel que habitaba en el Haroseth de los Jentiles bajó la cabeza, y cayó para no volverse á levantar; mas el entusiasmo que se veia pintado en su fisonomía, una especie de dignidad feroz, hubieran podido inspirar á los artistas que han trabajado en estos personajes sagrados.

Casi no sabia con que términos dirigirme á esta extraordinaria mujer; pero el señor Jarvie me sacó del apuro encargándose de la arenga. Despues de toser muchas veces:

—Me tengo por muy feliz, dijo; pero no habiendo podido dar á la palabra *feliz* todo el énfasis que deseaba,—por felicísimo siguió deteniéndose en esta palabra, en tener ocasion de saludar á la esposa de mi primo Rob. ¿Cómo estáis? añadió tomando el tono de importancia y familiaridad que le era ordinario; ¿cómo os ha ido en estos tiempos? Hace mas de un dia que no nos hemos visto, y quizás me habeis olvidado, mistress

Mac-Gregor Campbell: pero al menos os acordaréis de mi difunto padre, Nicol Jarvie de Salt-Market en Glasgow... Era un hombre de bien,... un hombre sólido,... un hombre á quien respetabais vos y los vuestros. Así pues, como os decia, mistress Mac-Gregor Campbell, me tengo por feliz en veros, y os pediría permiso para abrazaros como á mi prima, si no me asiera vuestra jente del brazo de un modo algo incómodo; y hablándos en verdad, como debe hacerlo un magistrado, creo que antes de pensar en dar buena acogida á vuestros huéspedes, no os sería inútil un poco de agua.

El tono familiar de este discurso no guardaba armonía con el estado de exaltacion en que se hallaba el espíritu de una mujer animada por el combate que acababa de verificarse, enardecida con la victoria, y que iba á pronunciar irrevocable sentencia sobre la vida ó la muerte de los prisioneros que habia hecho.

—¿Quién diablos sois? exclamó; ¿vos el que pretendéis ser pariente de los Mac-Gregor, sin vestir á su usanza y sin hablar su idioma? ¿Quién sois? hablad; vos, que, con la lengua y la forma del sabueso, venis á descansar entre los gamos.

—Posible es, prima, contestó el baile sin turbarse, que nunca os hayan explicado nuestro parentesco; mas es cosa segura, y fácil de probar. Mi madre Elspeth Mac-Farlane era esposa de mi padre Nicol Jarvie; ¡en paz descansan sus almas! Elspeth era hija de Farlane Mac-Farlane, que vivia en Loch-Sloy; pues este Farlane Mac-Farlane se habia casado con Jessy Mac-Nab de Struckallachan, que era prima en quinto grado de vuestro marido, porque Duncan....

La amazona interrumpió esta jenealogía preguntándole con altivez, si un arroyo que corría libremente reconocia algun parentesco con el agua que habian sacado de él para

emplearla en los viles y domésticos usos de los que habitaban sus orillas.

—Teneis razon, prima, respondió el señor Jarvie; sin embargo, cuando el arroyo muestra en el verano las piedras blancas de su seco lecho, no sentiria que le volviessen todas las gotas de agua que le sacaron. No se me oculta que en vuestras montañas haceis poco caso del idioma que se habla en Glasgow y del traje que allí se usa; pero cada cual ha de hablar el lenguaje que aprendió en su infancia, y me parece que mi gruesa barriga y mis piernas cortas no figurarian muy bien con la vestimenta de vuestros montañeses (1). Por otra parte, prima, continuó sin atender á las señas que le hacia Dougal, quien veia que la arenga impacientaba á la amazona; puesto que honrais á vuestro valiente marido,.... como deben hacerlo todas las mugeres, ya que lo manda la Escritura,.... puesto que le honrais, como decia, ó acordaréis de que, sin hacer mencion del collar de perlas que os envié el dia de vuestra boda, hice á Rob algunos servicios en el tiempo en que se empleaba en comerciar honradamente en ganado, cuando no se ocupaba ni en pelear, ni en robar, ni en desarmar á los soldados del rey, lo cual está prohibido por las leyes.

Tocaba entonces una cuerda cuyo sonido no era nada agradable para los oidos de su prima, quien levantó la cabeza con altanería, y dijo sonriéndose con desprecio y amargura:

—¡Sí, sin duda! vos y los que se os parecen podiais pretender ser deudos nuestros cuando éramos vuestros miserables esclavos, vuestros azacanes y vuestros leñadores, los proveedores de caza para vuestros banquetes, las victimas de vuestras leyes opre-

(1) Hemos visto con todo en Edimburgo á los cortesanos de Jorge IV ufanarse en 1822 con el traje de los Highlanders; y algunos eran por lo menos tan gordos como el buen Nicol Jarvie.

sivas y tiránicas; pero ahora que nos vemos libres,.. libres á consecuencia del acta que nos ha privado de albergue, de comida, de vestidos, que me ha privado á mí de todo... de todo!.. me estremezco al pensar que no me ocupan mas ideas que las de venganza, y quiero coronar esta gloriosa jornada, con una accion que romperá todos los lazos que existen entre los Mac-Gregor y los palurdos de las tierras bajas. Allan, Dougal, atad juntos á estos tres Ingleses, y precipitadlos en el lago: vayan á buscar allí los parientes que tengan en nuestras montañas.

El baile, atemorizado con esta orden, abria la boca para dirigir á su prima una súplica que probablemente no hubiera servido sino para irritarla mas, cuando Dougal se puso delante de él rechazándole ásperamente, y dirigió á su señora, en su lengua, un vivo y animado discurso que formaba notable contraste con la manera lenta y casi estúpida con que le habia oido producirse en inglés en la *clachan* de Aberfoil. No dudé un momento que intercedia en favor nuestro.

La dama le replicó, ó mas bien interrumpió su arenga, exclamando en inglés, como si quisiera darnos una fruición anticipada de la suerte que nos destinaba:

—¡Perro infame y de raza de perros! ¿vacilas en ejecutar mis órdenes? si te mandase que les arrancases el corazon, para ver en cual de los dos se encuentra mas traicion contra los Mac-Gregor, ¿no debieras obedecerme? ¿no lo harias? Así se hizo en tiempo de la venganza de nuestros padres.

—Ciertamente, ciertamente, respondió él, mi deber es obedecer: está puesto en razon; pero si fuera.... si fuera lo mismo el que echásemos en el lago á este capitán y á algunos de estos Soldados-Rojos, lo haria con mucho mas gusto, pues son amigos de Gregarach, han venido á invitacion

suya, y puedo asegurarlo, puesto que fui yo quien les llevé su carta.

Iba ella á responder, y probablemente á decidir nuestra suerte, cuando se oyó el sonido de un *piibroch* á la entrada del desfiladero: sin duda eran las mismas zampoñas que oyera en el bosque la retaguardia de Thornton, y que le decidieran á forzar el paso hácia adelante, por miedo de que le atacasen por retaguardia. Como el combate no habia durado mas que algunos instantes, los montañeses que seguian esta música militar, no pudieron llegar hasta despues de terminado, aunque habian doblado el paso al oír el fusileo. La victoria habia sido completa sin su socorro, y sus camaradas no esperaban mas que sus parabienes.

Habia notable diferencia entre la partida que llegaba y la que habia derrotado al capitán Thornton, y la ventaja se hallaba enteramente de parte de los recién llegados. Entre los montañeses que rodeaban á la jefa, si me es permitido dar este nombre á la mujer de Rob-Roy, se veian varios ancianos, varios niños que apenas se hallaban en edad de llevar las armas, y hasta mujeres, en fin todos los que no toman parte en las operaciones militares sino en caso de urgente necesidad; y esta circunstancia habia aumentado todavía el sentimiento y la confusion del capitán, al reconocer que sus valientes veteranos habian sido vencidos por enemigos tan despreciables. Pero los treinta ó cuarenta Highlanders que veíamos en este momento, estaban todos en la flor de su edad, eran bien formados, robustos, y el traje que llevaban dejaba ver unos músculos bien marcados. Iban tambien mucho mejor armados; porque la banda que habia combatido bajo las órdenes de la amazona no contaba mas que unos quince fusileros, yendo los otros armados de hachas, de dalles, de nudosos palos, y algunos solamente de un largo cuchillo ú pistolas. Mas los que

llegaban llevaban todos en el cinto pistolas y puñales, *claymore* al lado, fusil en la mano, y un escudo redondo de madera, forrado de cobre y cubierto de piel, y del medio del cual salía una aguda punta de acero. Le llevaban sobre la espalda en sus marchas, y cuando se servían de las armas de fuego; y le tenían en la mano izquierda, cuando peleaban con arma blanca.

Con todo echábase de ver que estos guerreros escogidos no podían jactarse de una victoria semejante á la que sus compañeros acababan de conseguir. La zampoña no sacaba mas que sonidos lúgubres, separados por cortos intervalos, y que no se parecían en manera alguna al alegre canto del triunfo: llegaron silenciosos delante de Elena, con ademan triste y cabizbajos, mientras continuaba la zampoña despidiendo melancólicos sonidos.

Elena se adelantó hácia ellos, y su fisonomía presentaba una mezcla de temor y de cólera. — ¿Qué es eso, Alaster? dijo al que tañía la gaita: ¿á qué esos acentos de tristeza despues de una victoria?.. Roberto, Hamish, ¿dónde está Mac-Gregor? ¿dónde está vuestro padre?

Sus dos hijos, que iban al frente de aquella tropa, avanzaron hácia ella con paso lento y ademan indeciso: dijéronle algunas palabras en su lengua, y al punto despidió ella un agudo grito, que repitieron todas las mujeres y todos los niños palmeando y levantando los brazos al cielo. Los ecos de las montañas, que habian guardado silencio desde el fin del combate, repitieron cien veces aquellos alaridos; y las aves nocturnas huyeron á sus guaridas, espantadas al oír en medio del día gritos mas espantosos y de peor agüero, que los que despiden ellas durante la noche.

— ¡Prisionero! exclamó Elena un instante despues. ¡Prisionero! ¡y viven sus hijos para anunciármelo!....

¡Perros, cobardes! ¿os he alimentado con mi leche para que escaseaseis vuestra sangre cuando se trata de defender á vuestro padre, para verle conducir prisionero, y venir á traerme la noticia?

Los hijos de Mac-Gregor, á quienes se dirigía esta apóstrofe, eran dos mozos, de los cuales el mayor apenas tendria veinte años. Se llamaba Roberto, y los Highlanders, para distinguirle de su padre que llevaba el mismo nombre, añadían al suyo el epíteto de Og, ó el menos alto de estatura: sus cabellos eran negros, su tez morena, pero rosada, y era mas formado y mas vigoroso de lo que requería su edad. Hamish, ó Jaime, aunque de dos años mas jóven, era mucho mas alto que su hermano: sus ojos azules y sus hermosos y rubios cabellos daban á su fisonomía cierta dulzura que rara vez se echa de ver entre los montañeses.

Ambos estaban abatidos y consternados, y escucharon con respetuosa sumision las reconveaciones que les dirigía su madre. Por fin, cuando se apagó el primer fuego de su ira, el mayor, hablando en inglés, sin duda para que no le comprendiesen los que le seguían, trató de justificarse á sí propio y su hermano. Yo me hallaba bastante cerca de él para oír casi todo lo que decía, y estaba muy interesado en todo lo que sucedía en medio de la estraña crisis en que me encontraba, para no escuchar con la mayor atencion.

Mac-Gregor, dijo, estaba citado á una entrevista por un habitante de los Lowlands, que le trajo una carta de parte de... (no oí el nombre, que pronunció á media voz, pero me pareció semejante al mio); consintió Rob, pero nos mandó que guardásemos en rehenes al portador de la carta, para asegurarse de que no le venderían. Dirigióse al lugar de la cita, no llevando consigo mas que á Angus Breck y al pequeño Rory, y

prohibiendo que lo siguiese nadie. Pasada media hora, volvió Angus Breck con la triste nueva de que habia sorprendido á mi padre, en el lugar indicado, un destacamento de milicias del condado de Lennox, mandado por Galbraith de Garschattachin, quien le habia hecho prisionero. Añadió que habiendo dicho mi padre que el que se quedara en rehenes respondería con su cabeza del tratamiento que sufría, Galbraith no hizo mas que reirse de esta amenaza, y dijo: — Pues bien, Rob, cuelgue cada cual al suyo: nosotros guindarémos al forajido, y vuestros *caterans* guindarán al aforador. De este modo quedará libre el pais de dos plagas á un tiempo, de un malvado Highlander y de un agente del fisco. Angus Breck, á quien vigilaban con menos rigor que á su dueño, halló modo de escaparse, despues de haber estado detenido bastante tiempo para oír esta discusion.

— Y al saber esta noticia, cobarde, traidor, exclamó la esposa de Mac-Gregor, ¿no has volado al punto á socorrer á tu padre para salvarle, ó perecer en su defensa?

El jóven Mac-Gregor le respondió con modestia, que como los enemigos se hallaban con fuerzas superiores á las suyas, se habia apresurado á entrar en las montañas, para reunir todos los hombres disponibles y partir al punto al frente de ellos para libertar á Mac-Gregor; que habia sabido como el destacamento de milicias debia pasar la noche con el prisionero en el castillo de Gartartan ó en la fortaleza de Menteith, y que sería posible apoderarse de uno de estos fuertes si se reunía bastante jente.

En seguida supe que el resto de las tropas del merodeador de los Highlands se habia dividido en dos gavillas; la primera estaba destinada á celar los movimientos de la guarnicion de Inversnaid, de la cual una

subdivision acababa de ser derrotada á las órdenes del capitán Thornton; y la segunda á ir al frente de las tribus de los Highlands que se habian unido á las tropas regulares y á los Lowlanders, para invadir á un tiempo lo que entonces llamaban comunmente el pais de Rob-Roy, es decir, el territorio montuoso y desierto situado entre el Loch-Lomond, el Loch-Katrine y el Loch-Ard. Despacháronse apresuradamente varios mensajeros para reconcentrar (como yo suponía) todas las fuerzas de los Mac-Gregor contra los Lowlanders; y el desaliento pintado poco antes en todos los rostros cedió á la esperanza de libertar á su jefe y á la sed de venganza. Bajo el ardiente influjo de esta última pasion, mandó Elena que le condujesen al desgraciado que guardaran en rehenes: á mi entender, sus hijos le habian apartado de su vista por humanidad; como fuese, esta precaucion no hizo mas que retardar su destino algunos instantes. Condujeron ante ella un hombre medio muerto ya de terror, y en cuyas pápidas y desfiguradas facciones reconocí, con no menos horror que sorpresa, á mi antiguo conocido Morris.

Echóse este á los piés de la esposa del Jefe, y esforzóse por abrazar sus rodillas; mas ella se hizo atrás, como si la mancillase aquel contacto, y él no pudo mas que besar los faldones de su *plaid*: no cabe que nadie haya pedido nunca la vida con mas desesperacion. El miedo obraba en su ánimo con tanta fuerza que en vez de embargarle la lengua, como sucede en las ocasiones ordinarias, le infundía viva elocuencia. Con las mejillas cubiertas de mortal palidez, torciéndose las manos en su angustia, y paseando por todos lados unos ojos que parecían despedirse del mundo, protestó con los mas solemnes juramentos, que no era cómplice de la traicion meditada contra Rob-Roy, á quien amaba y veneraba con toda su

alma... Por una inconsecuencia, natural al desorden de su espíritu, dijo que no era mas que el ajente de otro, y pronunció el nombre de Rashleigh.... No pedía mas que la vida; por la vida renunciaba á cuanto poseía en el mundo; la vida sola era lo que deseaba, aunque debiera prolongarse en medio de los tormentos, aunque no respirase ya otro ambiente que el de las cavernas mas lóbregas é infectas.

Es imposible pintar el aire de asco y menosprecio con que escuchaba Elena sus humildes ruegos.

—Te concedería la vida, le dijo, si fuera para tí una carga tan pesada, tan intolerable como lo es para mí, como lo es para toda alma noble y generosa. Pero tú, miserable, insensible á todas las desgracias que arruinan el mundo, te considerarías feliz en andar arrastrándote por la tierra en medio de los crímenes y los pesares ajenos, mientras que la inocencia es vendida y oprimida, mientras que jentes mal nacidas y cobardes huelan á hombres ilustres por su valor y por una larga serie de antepasados. En medio de la mortandad jeneral, te considerarías tan feliz como el perro del matarife, que lame la sangre de los animales degollados... ¡No! ¡no gozarás de esa dicha! ¡morirás, perro vil! y morirás antes que esa nube haya pasado por encima del sol.

Entonces pronunció algunas palabras en *gaélico*; dos Highlanders cogieron al suplicante, y le arrastraron á la orilla de una roca suspendida en el lago. Daba los alaridos mas agudos, los mas espantosos que se hayan oído jamás;... puedo llamarlos espantosos, pues por espacio de muchos años me desperté á menudo sobresaltado, creyendo oírlos todavía. En tanto que los ejecutores ó los asesinos, llámesles como se quiera, le arrastraban hácia el lugar de su suplicio, me conocí, y exclamó con

tono lamentable: — ¡Oh! ¡señor Osbaldiston! ¡salvadme! ¡salvadme! Tales fueron las últimas palabras que le oí pronunciar.

Conmovíome tanto este horrible espectáculo, que aunque por momentos esperaba sufrir la misma suerte, quise hablar en su favor; pero, como ya era de presumir, mi intercesion no produjo efecto, ni obtuvo siquiera respuesta: dos montañeses sostenían la víctima, otro le ataba al cuello una gruesa piedra en un *plaid* viejo, mientras que otros se repartían sus vestidos. En fin, despues de haberle atado de piés y manos, le precipitaron en el lago, que tenía de doce á quince piés de profundidad, despidiendo un alarido de triunfo y de venganza satisfecha, que con todo no pudo cubrir enteramente su postre grito. El ruido de su caída en las aguas del lago llegó hasta nosotros. Los Highlanders atisbaron algunos instantes, para ver si deshacía los lazos y se escapaba á nado; pero harto sujetos estaban los nudos, y la víctima se hundió sin resistencia. Las aguas, turbadas con el peso de su caída, volviéronse á cerrar recobrando su acostumbrado sosiego, y la vida que había pedido con tantas ansias acabó en aquel abismo.

### CAPITULO XXXII.

No sé cómo es que un acto aislado de violencia y de crueldad produce en el alma una impresion mas penosa que mayor número de actos semejantes. Acababa de ver, poco antes, á muchos de mis valientes conciudadanos caer en el campo de batalla, y me había parecido que no hacían mas que pagar la deuda comun de la humanidad. Mi corazón había sentido vivamente su pérdida, pero no le despedazaran tanto la angustia y el horror, como cuando ví al desgraciado Morris muerto á sangre fría. Miré á mi compañero de infortunio el se-

ñor Jarvie, y reconocí en sus ojos los mismos sentimientos que me animaban: su indignacion le hizo olvidar la prudencia, y soltó á media voz estas entrecortadas palabras:

—Protesto.... protesto solemnemente contra este delito.... Es un asesinato.... un asesinato abominable... Dios le vengará en su tiempo y lugar.

—¡Qué! ¿no teméis el seguirle? le dijo la formidable amazona que le había oído, y que le lanzó una mirada tal como la del halcón en el trance de cojer la presa.

—Prima, respondió con bastante serenidad, nadie corta con gusto el hilo de su vida antes de devanar enteramente todo el que hay en la canilla. Tengo muchas cosas que hacer en este mundo, si me dejan la vida: negocios públicos y privados, de magistratura y de comercio. Y á mas existen algunas personas á quienes hago falta, como á la pobre Mattie, que es huérfana y prima del *laird* de Limmerfield: salvo todo esto, la muerte no es en resumidas cuentas mas que el fin de la vida, y una vez hemos de morir.

—Mas si os dejase la vida, ¿qué nombre daríais al baño que ha tomado ese perro sajón?

—¡Hem! ¡hem! dijo el baile tosiendo muchas veces, ¡hem! ¡hem! hablaré de ello lo menos posible: cuanto menos se habla, menos se yerra.

—Pero si fueseis preguntado por los tribunales de *justicia*, como los llamais, ¿qué responderíais?

El baile lo reflexionó, dirigió los ojos á derecha é izquierda, y me pareció un hombre que quiere fugarse en una batalla, y que no hallando medio de escaparse, toma la resolucion de hacer frente al enemigo.

—Veo, prima, que queréis apurarme, le respondió; pero mi deber es hablaros segun mi conciencia. Aunque vuestro marido, quien qui-

siera yo que se hallase aquí, así por él como por mí, pudiera decirnos, como tambien la pobre criatura Dougal, que Nicol Jarvie sabe, lo mismo que su difunto padre, cerrar los ojos á las faltas de un amigo, os diré con todo, prima, que mi lengua no hablará nunca contra lo que piensa mi conciencia; y antes quisiera que me echasen al lado de ese desgraciado, que decir que ha sido condenado y ejecutado con justicia: puesto que, á mi entender, vos seríais quizás la única Highlandesa que tratara de semejante modo á un pariente tan cercano de su marido.

Es probable que el tono de firmeza que tomó el señor Jarvie al hablar así, era mas propio para hacer impresion en el corazón desapiadado de su parienta que no los ruegos y las súplicas; así como el vidrio, que, puesto que resiste á los esfuerzos de todos los metales, se corta fácilmente con la punta de un diamante. Mandó ella que nos acercasen á los dos.

—Vuestro nombre es Osbaldiston, me dijo; el perro cuya muerte acabais de presenciar, oí que os llamó así.

—Sí, le respondí yo, me llamo Osbaldiston.

—Y vuestro nombre de pila es sin duda Rashleigh.

—Mi nombre de pila es Frank.

—¿Pero conocéis á Rashleigh Osbaldiston? Si no me engaño, es hermano vuestro: al menos sois deudo, amigo, íntimo suyo.

—Deudo sí, mas amigo no: hace dos días que reñía con él, cuando se llegó á separarnos vuestro esposo: su espada quizás está aun teñida de mi sangre, y la herida que me hizo en el lado todavía está muy reciente: antes reconocería por amigo al mas vil de los hombres que á él.

—Ya que no teneis parte en sus maquinaciones, ¿os será posible avisarnos con Galbraith sin temor de que os prendan, y llevarle un men-

saje de parte de la esposa de Mac-Gregor?

— No sé que la milicia del condado de Lennox tenga ningun motivo razonable para prenderme, y no temo avistarme con su comandante: así, estoy pronto á eucargarme de vuestro mensaje, y á partir al punto, si quereis estender vuestra proteccion á mi amigo y á mi criado que están prisioneros.

Aprovechéme de esta ocasion para añadir que habia ido á su pais á invitacion de su marido, que me prometió su socorro en un negocio muy importante para mí; y que el señor Jarvie me habia acompañado con el mismo objeto.

— Y ojalá, exclamó el baile, que las botas del señor Jarvie hubiesen estado llenas de agua hirviendo cuando quiso calzárselas para este desgraciado viaje.

— En lo que acaba de decir este jóven Inglés, dijo Elena volviéndose á sus hijos, podeis conocer quien es vuestro padre: no tiene prudencia sino cuando se encasqueta el gorro y empuña la *claymore*, pero cuando se quita su *plaid* para ponerse un vestido, se entromete en todas las intrigas de los Lowlanders, y tras todo lo que ha sufrido, se hace todavia ajente, juguete, esclavo suyo.

— Y bienhechor suyo tambien, señora, le dije yo.

— Sea en buen hora, respondió ella; ese es el título mas insignificante de todos, pues siempre ha sembrado beneficios para cojer ingratitud: mas basta lo dicho. Voy á mandar que os conduzcan á los puestos avanzados de los enemigos: preguntaréis por su comandante, y le diréis de mi parte, de parte de la esposa de Mac-Gregor, que si tocan un solo cabello de su cabeza, y no le ponen en libertad antes de trascurrir doce horas, de aquí á Navidad no se hallará en todo el condado de Lennox una mu-  
 jo, á su hermano ú á su marido; ni un arrendador que no haya visto robar su ganado é incendiar su troj; ni un señor que se acueste sin el temor de no volver á ver al dia siguiente la luz del sol: y que para principiar á realizar mis amenazas, si no veo á mi esposo en el término que acabo de fijar, le enviaré este baile de Glasgow, este capitan inglés, y todos los demás prisioneros, hechos tantos pedazos como hilos tiene este *tartan*.

Así que cesó de hablar, el capitan Thornton, que la habia oido y que habia estado presente á toda esta escena, añadió con la mayor serenidad:

— Saludad al oficial comandante de parte del capitan Thornton, de la guardia real; decidle que cumpla con su deber, y que no pase cuidado de los prisioneros. Si he sido bastante mentecato para dejarme conducir á una emboscada por esos astutos salvajes, soy bastante cuerdo para saber morir sin deshonorarme con una bajeza. Solamente lo siento por mis pobres camaradas, y me hace lástima el ver que han caido en manos de los sayones.

— ¡Silencio! exclamó el señor Jarvie, silencio! si vos estáis cansado de vivir, yo.... Señor Osbaldiston, saludad de mi parte al oficial comandante.... de parte del baile Nicol Jarvie, majistrado de Glasgow, como lo era antes su digno padre. Decidle que se halla aquí con otros hombres de bien en un grande apuro, que puede llegar á ser mayor aun; y que lo mejor que puede hacer él para el bien jeneral, es permitir á Rob que vuelva á sus montañas. Bastantes desgracias hay: no obstante me parece que lo acertarais, si no hablaseis del aforador.

Encargado de estas dos comisiones tan opuestas por las dos personas mas interesadas en el éxito de mi embajada, con las instrucciones de Elena Mac-Gregor, quien me previno que no olvidase ni una sola palabra

de lo que me habia dicho; recibí por último la orden de partir, y aun permitieron á Andrés que me acompañase, para librarse quizás de sus lamentos. Mas sea que temiesen que me sirviera del caballo para escaparme de mis guías, sea que gustasen de conservar una presa de algun valor, me anunciaron que haria el viaje á pié, escoltado por Hamish Mac-Gregor y otros dos montañeses, así para enseñarme el camino como para reconocer la fuerza y posicion del enemigo. Habian elegido á Dougal para este servicio, pero halló modo de dispensarse de él: despues supe que su objeto al quedarse habia sido poder celar por la seguridad del señor Jarvie, pues habiendo estado bajo su dominio cuando era llavero de la cárcel de Glasgow, creia que debia protegerle, segun sus principios de lealtad.

Despues de una hora de rapidísima marcha, llegamos á una altura cubierta de malezas, que dominaba todos los alrededores, y desde donde descubrimos el sitio que ocupaba la milicia del condado de Lennox. Com-puesto principalmente este destacamento de caballería, no se habia internado en el desfiladero en que fué tan desgraciadamente sorprendido el capitan Thornton: la posicion estaba militarmente bien escogida en la pendiente de una colina, en medio del pequeño valle de Aberfoil, donde corria el Forth, cerca de su manantial. Formaban este valle dos cadenas de alturas que presentaban por primeras vallas rocas calizas, entremezcladas con enormes moles de mármoles, ó guijarros incrustados en una tierra blanda, que el tiempo ha endurecido como argamasa; mas lejos descollaban las cumbres de los montes mas elevados. Estos limites dejaban sin embargo entre sí un valle bastante ancho para que no hubiese de temer la caballería sorpresa ninguna de parte de los montañeses. Habian

colocado en todos los lados centinelas y guardias avanzadas, de modo que á la menor alarma la tropa tuviera tiempo para tomar las armas y formarse en batalla: es verdad que no creian entonces que los Highlanders osasen atacar á la caballería en campo abierto, aunque despues se ha sabido que podian hacerlo con ventaja. Los montañeses tenian todavia en aquella época cierto temor supersticioso á la caballería, y creian que los caballos estaban adiestrados á combatir por sí mismos con los pies y con los dientes; mucho mas cuando los caballos de escuadron tenian un aire mas feroz y mas imponente que los pequeños *shelties* ó jacos de sus montañas.

Los caballos atados á algunas estacas y paciendo por el valle; los soldados, unos sentados, otros paseándose por las risueñas orillas del rio en diferentes grupos, y las peladas y pintorescas rocas; límites laterales del pais, formaban el primer término de un cuadro embelesante; mientras que mas lejos, hácia levante, se divisaba el lago de Menteith, y menos distintamente el castillo de Stirling con las montañas azules de Orchill, que terminaban la perspectiva.

Despues de contemplar por un rato esta escena, el jóven Mac-Gregor me dijo que bajase hasta el apostadero de la milicia para desempeñar mi mision con el comandante; y me mandó con un jesto amenazador no decir ni quienes habian sido mis guías, ni en que lugar los habia dejado. Recibidas estas últimas instrucciones, avancé hácia el primer puesto militar, seguido de Andrés, quien, no habiendo conservado del traje inglés mas que sus calzones y su camisa, sin sombrero, en piernas, calzando *brogues*, regalo que le habia hecho Dougal por compasion, y con un viejo *plaid* hecho andrajos, que suplía el vestido que antes cubria sus hombros, parecia haberse escapado de

la casa de locos para representar el papel de montañés. Presto nos divisó un centinela, y gritó que nos detuviésemos presentándonos la boca de su carabina: obedecí al instante, y cuando el soldado estuvo cerca de mí, le rogué que me condujese ante el oficial comandante. Halléme en breve en medio de un círculo de oficiales sentados sobre el césped, entre los cuales había uno al parecer de superior jerarquía: llevaba una coraza de bruñido acero, en la cual estaban grabados los emblemas de la antigua orden escocesa de San-Andrés, vulgarmente llamada del *cardo*. Conocí en este grupo al mayor Galbraith, quien recibía órdenes de aquel personaje, así como un crecido número de oficiales que le rodeaban, los unos de uniforme, y los otros vestidos de campesinos, pero todos bien armados: á algunos pasos de distancia se veían no pocos criados cubiertos de rica librea.

Habiendo saludado á aquel señor con el respeto que su empleo exigía, le dije que la casualidad me había hecho testigo involuntario de la derrota de las tropas del rey, mandadas por el capitán Thornton, en el desfiladero de Loch-Ard, pues había sabido que tal era el nombre del lugar donde se había trabado el combate; que este oficial, muchos de sus soldados y el gran baile de Glasgow, mi compañero de viaje, habían quedado en poder de los Highlanders, y que estos amenazaban de que harían perecer cruelmente á sus prisioneros, y cometerían los mas espantosos estragos en el condado de Lennox, si no les volvían al punto á su Jefe sano y salvo.

El duque, porque con este título designaban á aquel á quien me dirigía, me escuchó sin interrumpirme, y me respondió que sentía muchísimo esponer los desgraciados prisioneros á la crueldad de los bárbaros en cuyas manos habían tenido la des-

gracia de caer; pero que ninguna consideracion podia determinarle á poner en libertad al instigador de todos aquellos desórdenes, y alentarle de este modo á continuar sus latrocinios.—Volved á los que os envían, é informadles de que mañana, al amanecer, haré colgar sin la menor duda á Rob-Roy Campbell, á quien llaman ellos Mac-Gregor, á fuer de proscrito cojido con las armas en la mano, y que merece mil muertes; que me creeria indigno del lugar que ocupo, si procediese de otro modo; que tengo medios para impedir la ejecucion de sus amenazas contra el condado de Lennox, y que si maltratan en manera alguna á los desgraciados que están en su poder, tomaré de ello tan estrepitosa venganza que hasta las piedras de sus rocas despedirán jermidos durante un siglo.

Representéle humildemente el inminente peligro á que me esponía la honrosa comision que se dignaba confiarme; sobre lo cual me respondió que encargase de ella á mi criado.

Así que oyó Andrés estas palabras, sin aguardar mi respuesta, y sin que le detuviese ningun sentimiento de respeto, exclamó:

—Mas quisiera que me cortasen las piernas, ¡Dios me libre! que hacerlas servir para volver á esas malditas montañas ¿Acaso hallaré en mi faltriquera otro cuello, cuando uno de esos perros montañeses me haya cortado el mio? ¿acaso podré nadar como una rana cuando me hayan echado en un lago de los Highlands con los pies y los puños atados? ¡No, no, cada uno cuide de sí, y Dios de todos! Los que se quejen de Rob-Roy, ó tengan negocios con él, hagan sus comisiones por sí propios: él nunca se ha acercado á la parroquia de Deep-Daily, y no me ha robado ni peras ni pepitas.

No sin dificultad pude hacer callar á mi criado: despues representé vivamente al duque el peligro cierto

á que quedaban espuestos el capitán Thornton, sus soldados y el señor Jarvie, y le supliqué que me encargase de un mensaje que pudiera salvarles la vida. Aseguróle que ningun peligro me espantaria cuando se tratase de servirle; pero que, segun todo lo que había presenciado, no me quedaba la menor duda de que serian todos muertos atrozmente en el instante en que los montañeses supiesen la muerte de su Jefe.

El duque se mostró muy aflijido, se levantó, reflexionó un instante, y me dijo:—Es una circunstancia muy penosa: lo siento mucho; mas no puedo transijir con mi deber, y Rob-Roy ha de morir.

No pude oír sin sentimiento esta sentencia de muerte contra Campbell, que me había hecho ya muchos favores, y no era yo el único á quien descontentaba; porque muchos oficiales de la milicia del condado de Lennox hablaron entonces al duque en su favor.—Mejor seria, le dijeron, enviarle al castillo de Stirling, y contentarnos con guardarlo allí en rehenes hasta la dispersion de su tropa. ¿Habremos de esponer el pais al pillaje? Ahora que se acercan las noches largas, será difícil impedirlo, porque es imposible guardar todos los puntos, y los montañeses no dejan nunca de atacar á los que pueden oponer menos resistencia. Por otra parte, ¿dejarémos los desgraciados prisioneros espuestos á la crueldad de esos salvajes? No hay duda de que ejecutarán la amenaza de matarlos atrozmente para satisfacer su venganza. Aun se adelantó mas Galbraith de Garschattachin, fiando, dijo, en el honor de aquel á quien hablaba, aunque sabía muy bien que tenia motivos particulares de resentimiento contra Rob-Roy.

—Aunque sea un mal vecino para las tierras bajas, y principalmente para su señoría, y aunque ha ejercido el oficio de ladrón mas que nadie, sin

embargo Rob-Roy era en otro tiempo un hombre prudente é industrioso, y tal vez será posible hacerle entender la razon: de lo contrario, su mujer y sus hijos, que son unos demonios sin temor ni piedad, causarán mas daño al pais á la cabeza de su gavilla, que causara Rob en su vida.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el duque, el tino y la destreza de ese hombre son cabalmente los que han constituido su fuerza por tanto tiempo: á un bandido montañés ordinario se le hubiera reducido á la desesperacion en menos semanas que años han sido menester para apoderarse de este. Privada de su jefe, su gavilla no será temible por mucho tiempo; y á la manera de una avispa sin cabeza, tendrá poder para picar con su aguijon, pero no tardará en ser aplastada y muerta.

Garschattachin no se dejaba reducir al silencio con tanta facilidad.

—Estoy muy lejos, milord, replicó, de favorecer á Rob: no soy mas amigo suyo que lo es él mio, pues ha vaciado dos veces mis cuadras, sin hablar de las de mis arrendadores; y no obstante...

—Y no obstante, Galbraith, repuso el duque sonriéndose con una expresion particular, perdonais al amigo de vuestros amigos la libertad que se ha tomado; porque dicen que Rob no es enemigo de los amigos que Galbraith tiene en el continente.

—Si eso es así, milord, respondió Galbraith con el mismo tono, no es lo peor que pudieran decir de él. Mas quisiera que tuviéramos noticias de las tribus que tanto hemos aguardado; ojalá nos cumplan la palabra, pues yo no me fio de ella: los osos no atacan á los osos.

—No me da cuidado: Iverach é Inverashalloch son reputados hombres de honor, y aunque tarden, no creo que falten á la cita. Enviad dos soldados de á caballo para ver si llegan: sin ellos no podemos arriesgar

el ataque del desfiladero que tan funesto ha sido al capitán Thornton, y donde, á mi entender, diez infantes harían frente al mejor rejimiento de caballería de toda Europa. Entre tanto, mandad distribuir víveres á la tropa.

Aprovechéme de esta última orden, muy necesaria y muy agradable para mí, pues no había comido nada desde que cenamos la víspera en Aberfoil, y el sol principiaba á acercarse al término de su diaria carrera. Los centinelas despachados volvieron sin haber encontrado á los auxiliares que aguardábamos: pero casi en el mismo instante llegó un Highlander que pertenecía á una de sus tribus, y que era portador de una carta que entregó al duque con ademan respetuoso.

—Apostaría un cuartillo del mejor aguardiente, dijo Galbraith, á que es un mensaje en que nos avisan que esos malditos montañeses, que tanto nos ha costado hacer venir, nos abandonan y nos dejan para que salgamos del paso como podamos.

—Es así mismo, señores, exclamó el duque sonrojándose de indignación, despues de leer la carta, escrita en un pedazo ruin de papel, pero dirijida, con toda la ceremonia de estilo, al *muy alto y muy poderoso príncipe el duque de....* Nuestros aliados nos abandonan, continuó el duque; han hecho separadamente la paz con el enemigo.

—Eso sucede en todas las alianzas, dijo Galbraith: los Holandeses nos hubieran hecho otro tanto, si nosotros no les ganáramos por mano en Utreque.

—Sois chistoso, señor mío, exclamó el duque con un tono que probaba que no le agradaban las chanzas; mas el asunto que nos ocupa es de un jénero muy serio. Creo que nadie será de dictámen que nos internemos por este país, sin ser sostenidos por la infantería.

Todos respondieron al punto que sería rematada locura el intentarlo.

—No fuera mas prudente, repuso el duque, el permanecer aquí espuestos á un ataque nocturno: será preciso pues que nos retiremos hácia el castillo de Duchray y el de Gartartan, y estar allá alerta toda la noche. Pero antes de retirarnos quiero interrogar á Rob-Roy en vuestra presencia, para convencerlos de cuán impolítico sería volverle una libertad de la que solo se serviría para ser el terror y el azote del país.

Mandó que condujesen á su vista al prisionero, y luego llegó Rob-Roy entre dos sarjentos, escoltado por seis soldados con la bayoneta calada. Sus brazos estaban atados hasta el codo, y sujetos á su cuerpo con una cincha de caballo.

Nunca le había visto vestido á la manera de su país. Una espesa mata de pelo rojo que cubría su cabeza, y que ocultaba con una peluca cuando salía de sus montañas, justificaba el sobrenombre de *Roy ó el Rojo* que le habían dado los habitantes del Lowland, y que seguramente no han olvidado todavía. Reconociase mas aun la justicia de este epíteto, echando una ojeada á la parte de sus miembros que dejaba desnuda el *hilt* de los Highlands: sus piernas, sus muslos, y sobre todo sus rodillas, estaban enteramente cubiertas de un pelo rojo, corto y espeso, semejante al de los bueyes de aquel país. El efecto que producía esta mudanza de vestido, y el conocimiento que había adquirido de su verdadero carácter, contribuyeron igualmente á hacerle parecer á mis ojos mas salvaje y mas feroz de lo que me semejara antes, y apenas le hubiera conocido, si no supiera de antemano que era él.

Aunque encadenado, tenía la cabeza erguida, el aire altivo, y un continente lleno de dignidad. Saludó al duque, hizo una inclinación de

cabeza á Galbraith y á algunos otros, y manifestó cierta sorpresa de verme entre ellos.

—Ya hace mucho tiempo que no nos hemos visto, señor Campbell, dijo el duque.

—Es verdad, milord; quisiera, añadió echando una mirada á sus brazos atados y á la vaina de la *claymore*; quisiera que esta entrevista hubiese sido en un momento en que pudiera hacer á su señoría los cumplimientos que le debo: mas no hay que olvidar del todo lo venidero.

—Pensad en lo presente, señor Campbell, porque las horas que os quedan para arreglar vuestras cosas en este mundo pasan con rapidez. No os hablo así para insultaros en medio de vuestra desgracia; pero vos mismo habeis de conocer que llegasteis al fin de vuestra carrera. No niego que en ciertas ocasiones hayais causado menos daño que otros jefes montañeses; ni que hayais dado algunas veces pruebas de talento y hasta de una disposición que hacia concebir mejores esperanzas. Pero habeis sido por tanto tiempo el terror y el azote de un vecindario apacible; habeis usurpado, mantenido y estendido vuestra autoridad con tantos actos de violencia arbitraria, que habeis atraído la proscripción sobre vuestra cabeza. En una palabra sabeis que mereceis la muerte, y es forzoso que os dispongais á recibirla.

—Milord, pudiera rebatiros una parte de las convenciones que me haceis, aunque no diré nunca que vos hayais sido, personal y voluntariamente la causa primera de mis desgracias. Si creyera que lo habiais sido, milord, no os oiría hoy pronunciar una sentencia contra mí: tres veces os he visto á tiro de mi carabina, cuando no pensabais mas que en cazar gamos; y nadie ignora que rara vez yerro la puntería. En cuanto á los que os han engañado, que han escitado vuestro resentimiento contra

un hombre en otro tiempo tan apacible como el primero de vuestras montañas, y que han hecho de vuestro nombre la señal de mi ruina y de mi desventura, ya les he pagado parte de mis deudas; y como os decia, milord, espero que el porvenir me reserva todavía los medios de continuar cumpliendo con ellos.

—Ya sé, exclamó el duque, quien principiaba á encolerizarse, que sois un malvado desvergonzado y atrevido, y que cumpliréis los juramentos que hagáis de causar daño; pero contad con que andaré alerta para impedirlo: vos no teneis mas enemigos que vuestros delitos.

—No hablariais tanto, dijo Rob-Roy con mayor atrevimiento, si llevase el nombre de Grahame en vez del de Campbell (1).

—No sería malo que advirtieseis á vuestra esposa y familia, que anden con cuidado en el modo como traten á los prisioneros que se hallan en este momento en su poder: porque les volveré centuplicado á ellos, á sus parientes y á sus amigos, el daño que les hicieren.

—Solamente mis enemigos, milord, son capaces de decir que he estado nunca sediento de sangre. Si me hallase yo á la cabeza de los míos, haría ejecutar mis órdenes á quinientos montañeses armados, con mas facilidad que os haceis vos obedecer por esos ocho ú diez criados; mas si su señoría está determinado á cortar la cepa de la familia, no cabe ya orden en las ramas. Como sea, hay allá un hombre muy de bien, uno de mis parientes, y no quiero que le suceda ninguna desgracia. ¿Hay aquí alguno que guste de hacer un servicio á Mac-Gregor? Lo pagará bien, aunque tiene las manos atadas.

—Hablad, Mac-Gregor, exclamó el Highlander que había traído la car-

(1) El duque, á quien el autor no nombra, era el de Montrose.

ta; estoy pronto á ir á vuestras montañas, si es menester.

Adelantóse hácia él, y recibió un mensaje verbal para su belicosa mujer: como Rob-Roy se esplicaba en su lengua, no comprendí lo que decia, pero no dudé un momento que tomaba ciertas medidas para la seguridad del señor Jarvie.

—¡Ois la desvergüenza del bellaco! exclamó el duque: él cree que la carta que me ha traído le da el carácter de embajador: su conducta es digna de sus amos, quienes nos invitan á hacer causa comun contra los bandidos, y nos abandonan así que han compuesto su querrela particular con ellos sobre las tierras de Balquidder. *No hay que fiar de los plaidis ni de los treivs de tartan, porque mudan como el camaleon.*

—No lo dijera eso nunca vuestro ilustre antepasado (1), milord, dijo el mayor Galbraith; y salvo vuestro respeto, no lo diria tampoco su señoría, si quisiera ser justo con todos: —dad al hombre de bien lo que le pertenece, lleve cada cabeza *el sombrero* que le es propio, y el Lennox recobrará la tranquilidad.

—¡Silencio, Galbraith, silencio! con nadie debeis usar semejante lenguaje, y mucho menos conmigo; mas presumo que os considerais como privilegiado. Conducid vuestra tropa á Gartartan; yo mismo escoltaré al prisionero hasta Duchray, y os enviaré mañana mis órdenes: no deis permiso para que se ausente ninguno de vuestros soldados.

—Vayan órdenes y contraórdenes murmuró entre dientes Galbraith: pero paciencia, paciencia, ya llegará el dia de hacer uno de las suyas.

Formáronse entonces las dos tropas de caballería, y dispusiéronse á ponerse en marcha, á fin de aprovechar el resto del dia para dirigirse á su acantonamiento. Yo recibí la órden

(1) El Marqués de Montrose.

mas bien que la invitacion de seguir la del duque, y noté que aunque no me trataban como prisionero, me tenian por sospechoso y andaban alerta conmigo. Verdad es que habia entonces muchos peligros que temer: las querellas de partido entre los *jacobinos* y *hanoverianos* dividian todos los ánimos; y reinaba cierto odio entre los Highlands y los Lowlands, sin contar no pocas causas inesplicables de discordia hereditaria que constituian á las familias poderosas de Escocia enemigas unas de otras: todo esto era causa de que un viajero solitario, desconocido y sin proteccion, rara vez terminaba su ruta sin verse espuesto á algun disgusto. Sometíme á mi destino del mejor modo que pude, y me consolé con la esperanza de que durante la marcha obtendria quizás algunas noticias del prisionero acerca de Rashleigh y sus intrigas. Seria no obstante injusto conmigo mismo, si no añadiese que mis miras no eran enteramente las de un egoísta: tomaba hartó interés en la suerte del desgraciado cautivo para no desear el hacerle todos los favores que exijia su situación, y que tal vez pudiera otorgarle.

### CAPITULO XXXIII.

Los ecos de las rocas y de los barrancos de los dos lados del valle respondieron á las trompetas de la caballería, la cual dividiéndose en dos cuerpos distintos, se puso en marcha á mediano trote. El que mandaba el mayor Galbraith no tardó en echar sobre la izquierda atravesando el Forth, para tomar, segun me dijeron, sus cuarteles de noche en un antiguo castillo situado allí cerca. Este cuerpo presentaba, al atravesar el camino, un cuadro animado; mas presto le perdimos de vista en las revueltas de la opuesta ribera, que estaba cubierta de bosques.

El destacamento mandado por el

duque en persona continuó su marcha en muy buen órden. A fin de quitar al prisionero todo medio de escaparse, le hizo poner en grupa tras de un soldado llamado Ewan de Brigglands, el hombre mas alto y mas vigoroso de toda su tropa: una cincha que los rodeaba á los dos, y sujeta por una hebilla sobre el pecho del soldado, quitaba á Rob-Roy la posibilidad de engañar la vijilancia de su guardian. Me habian presentado un caballo, y me mandaron caminar á su lado: formábamos el centro de un peloton encargado especialmente de vijilar al prisionero, y todos los soldados llevaban en la manó una pistola. Andrés, á quien habian dado un poney ó jaca de los Highlands, obtuvo licencia para mezclarse con los criados, que seguian al destacamento en crecido número sin barajarse con la tropa.

Caminamos así durante mas de una hora. Por fin llegamos al vado donde debíamos atravesar tambien el Forth: como forman este rio las abundantes aguas de un lago, tiene un lecho muy profundo, aun en los lugares donde es mas ancho: no se podía llegar á sus orillas sino por una bajada tan rápida como estrecha, y que no permitia á dos caballeros caminar de frente. Detuviéronse pues el centro y la retaguardia, en tanto que las primeras filas efectuaban sucesivamente el paso: resultó de esto cierta demora, y aun alguna confusion, porque algunos de los caballeros que no formaban parte, propiamente hablando, del escuadron, se lanzaron irregularmente hácia el vado, y desordenaron un poco la caballería de la milicia, por muy ejercitada que estuviere en la disciplina militar.

En este momento oí á Rob-Roy que decia en voz baja al caballero con quien se hallaba estrechamente atado: —Vuestro padre, Ewan, no condujera así un antiguo amigo al

matadero, como si fuese un becerro, por todos los duques de la cristianidad.

Ewan no respondió mas que con un movimiento de hombros que parecia decir que muy á pesar suyo obraba de tal suerte.

—Cuando los Mac-Gregors bajen de sus montañas, Ewan, cuando veais vuestras cuadras robadas, derramada la sangre en vuestro hogar, é incendiada vuestra casa, entonces pensaréis que si vuestro amigo Rob fuera á su frente, él os evitara todas estas desgracias.

Ewan de Brigglands no respondió aun sino con el mismo jesto, acompañado de un profundo suspiro.

—¿No es una lástima, continuó Rob bajando la voz de modo que á escepcion de los oidos de Ewan, los mios eran los únicos que podian oírle; no es una lástima ver á Ewan de Brigglands, á quien Rob-Roy Mac-Gregor ha socorrido muchas veces con su brazo y con su bolsa, hacer mas caso de las miradas favorables de un duque que de la vida de un amigo?

Ewan se mostraba muy conmovido, mas guardó siempre silencio.

En este momento oimos al duque que gritaba desde la otra orilla: —Traed al prisionero.

Ewan hizo avanzar su caballo, y oí aun á Rob-Roy que le decia: —No pongais nunca en balanza la sangre de Mac-Gregor con algunos latigazos á que os esponeis por salvarle, porque habréis de dar terrible cuenta de ello en este mundo y en el otro.

Ewan no cesaba de avanzar, y entró en el rio con cierta precipitacion; yo le seguia para atravesarle tras él, cuando muchos soldados me detuvieron gritando: —¡Todavía no, todavía no! y deteniendo al caballo de la brida, me obligaron á permanecer en la orilla.

El sol habia desaparecido del horizonte, y á la escasa luz del crepúsculo veía al duque ocupado en resta-

blecer el orden entre los soldados, á medida que atravesaban el río, los unos mas arriba, los otros mas abajo, segun la mas ó menos fuerza de sus caballos para resistir á la corriente. Súbitamente hirió mis oídos un ruido semejante al de una mole que cae de golpe en el agua, y al punto deduje que la elocuencia de Rob-Roy habia determinado á Ewan á hacer un esfuerzo para librarle de la muerte, y que él habia buscado su salvacion en las aguas del Forth. El duque le oyó como yo, y corriendo á la orilla del río:

— ¡Perro! gritó á Ewan, que acababa de tomar tierra, ¿dónde está el prisionero? Y sin esperar la respuesta que iba á darle este, le tiró un pistoletazo: mas estaban rodeados de un número considerable de caballeros, y nunca pude saber si le acertó. Señores, gritó el duque á su tropa, dispersaos: cien guineas de recompensa al que me traiga á Rob-Roy.

Al instante todo fué confusion en ambas orillas. Rob-Roy, libre de sus lazos, sin duda porque Ewan habia desatado la correa que le retenia, se habia precipitado en el Forth, y nadaba en él debajo del agua; como se vió obligado á aparecer un instante para respirar en la sobrehaz, su *plaid* llamó la atencion de los soldados. Muchos de ellos se metieron al punto con sus caballos en el río, el cual, mas allá del vado, era tan rápido como profundo; los caballos perdieron pié, algunos se ahogaron, y á muchos caballeros les faltó poco para que no sufriesen la misma suerte. Otros, menos zelosos, y mas prudentes, se contentaron con permanecer en la orilla y otear el instante en que el fujitivo saliese del agua para cojerle. Los gritos de los que estaban en riesgo de ahogarse y que imploraban socorro, la vista de un gran número de caballeros que corrían acá y acullá, los esfuerzos de los oficiales para restablecer algun tanto el orden, la os-

curidad que se aumentaba por momentos: todo concurría á formar el espectáculo de confusion mas extraordinario que he visto en mi vida. Yo era el único que me ocupaba en observar; porque toda la caballería estaba dispersa, los unos buscando al fujitivo, los otros viendo si lograba salvarse, y aun algunos favoreciendo su huida: porque, segun supe despues, muchos de los que mostraban mas ardor en apoderarse de su persona, no deseaban en manera alguna detenerle, y no tenían mas objeto que aumentar la confusion general, dar una falsa direccion á las persecuciones de sus camaradas, y acrecer los recursos de salvacion que quedaban á Rob-Roy.

No fué muy difícil á un nadador tan hábil como lo era Mac-Gregor el escaparse de sus enemigos, así que pudo librarse de su primer acosamiento. Sin embargo corria grandes peligros; porque así como la nutria estrechada por los perros, y que por librarse de ellos se zambulle, como lo habia visto mas de una vez en Osbaldiston-Hall, se ve obligada á mostrar de tiempo en tiempo su hocico fuera del agua para renovar su provisión de aire; así Rob-Roy, que, precisado por la necesidad de respirar, habia ya aparecido una vez en la sobrehaz del agua, no podia tardar mucho rato en dejarse ver otra vez, y fijos los ojos en el río, esperaban todos este momento con impaciencia. Mas él recurrió á una estratagemá que la nutria no puede emplear, y que le salió muy bien. Habiendo logrado desembarazarse de su *plaid*, abandonóle á la corriente del agua, y así que fué percibido este incidente, llamó al punto la atencion general, y fué acribillado á balazos: echáronse á nado para apoderarse de él, y mientras tanto Mac-Gregor estaba ya muy lejos.

Así que le perdieron de vista, reconocieron la imposibilidad de cojer al fujitivo. El río era inaccesible en

ciertos lugares, por la altura de sus orillas que estaban en otras cubiertas de espesos matorrales, los cuales no permitían acercarse á los caballos, y presentaban al que buscaban toda la facilidad posible para sustraerse á su perseguimiento: una oscurísima noche vino á aumentar aun mas los obstáculos. Por último las trompetas, tocando á retirar, anunciaron que el oficial comandante, aunque muy á pesar suyo, renunciaba á la esperanza de volver á cojer al prisionero que acababa de escaparse tan inopinadamente. Los soldados principiaron á reunirse lentamente, denostándose unos á otros, y lamentándose de la rica presa que habían perdido: á mas ví que los que estaban á la otra parte del río formaron sus filas, y los que no le habían atravesado aun tomaron el camino del vado para verificarlo.

Hasta entonces no habia hecho mas que el papel de espectador, aunque estaba muy lejos de serne indiferente lo que pasaba: pero de repente oí á algunos pasos de mí una voz ronca que exclamaba:

— ¿Dónde está el extranjero inglés? El es quien ha dado á Rob-Roy un cuchillo para cortar la correa.

— No hay sino pasarle el cráneo de parte á parte, gritó una voz.

— No hay sino espetarle un par de balas en los sesos, repuso otro.

— O meterle tres pulgadas de acero en el corazón, dijo el cuarto.

Oía los pasos de los caballos que se acercaban por todos lados, y este ruido me recordó el peligro de mi situación. No dudé de ningun modo que unos hombres armados, cuyas irritadas pasiones no tenían freno, ejecutarían sus amenazas, y me castigarían de un crimen imaginario, dejando para despues el examinar si le habia cometido. Poseido de esta idea, me dejé caer del caballo, y me interné en un soto, esperando que las tinieblas me robasen á los ojos de los que querían seguirme: si me hu-

biese encontrado bastante cerca del duque para recurrir á su proteccion, no hubiera tomado el partido de ocultarme; pero caminaba ya á la cabeza de su vanguardia por la otra parte del río, y no veía en la orilla en que me hallaba ningun oficial de quien osase reclamar la mediacion. En semejantes circunstancias, creí que no faltaba al honor evitando el esponer inútilmente mi vida.

Cuando se apaciguó el bullicio, y cuando oí el ruido de los caballos á lo lejos, lo primero que me ocurrió fué dirijirme al cuartel general del duque, donde, con el restablecimiento de la tranquilidad y de la disciplina, no tendria nada que temer del primer furor soldadesco, y ponerme en sus manos como un vasallo leal á quien ningun temor ponía la justicia, y como un forastero que tenia derecho á su proteccion y á la hospitalidad.

Con este deseo dejé mi retiro. La oscuridad era completa; todos los soldados habían pasado el Forth, y el sonido de las trompetas, que oía á lo lejos, podia guiar mi marcha hácia aquella parte. Sin embargo hallé grandes obstáculos en la ejecucion de mi intento: carecia ya de caballo, y no era caso de atravesar á pié un vado donde el agua llegaba á los caballos á la silla, y donde habia visto á muchos arrastrados por la fuerza de la corriente. Si no tomaba con todo este partido, no me quedaba mas recurso que terminar las fatigas de este dia y de la noche que le habia precedido entrando otra vez en el país de los montañeses.

Despues de reflexionarlo un momento, pensé que Andrés Listo-á-todo, siguiendo su laudable costumbre de atender á su seguridad ante todas cosas, habria atravesado el vado con los demás criados, y sin duda uno de los primeros; que no dejaria de participar al duque y á cualquiera que le prestase oídos, mi nombre, mi si-

tuacion en el mundo, y todo lo que sabia de mi historia; que á consecuencia de ello mi reputacion no exijia que me presentase al punto, á riesgo de ahogarme al cruzar el Forth, ó que me matase algun rezagado creyendo compensar con tal servicio el no haberse reunido mas presto á sus filas; ó bien si escapaba de estos dos peligros, tener que andar errando toda la noche, pues ya entonces no se oia el sonido de las trompetas.

Resolví pues volverme á la miserable posada donde habia pasado la noche precedente: nada tenia que temer de Rob-Roy, quien sin duda gozaba de libertad, y si caia en manos de algunos de los suyos, me aseguraba ciertamente de su proteccion con participarles esta nueva. Por otra parte no podía pensar en abandonar al señor Jarvie en la delicada situacion en que se hallaba, y cuando se encontraba comprometido en ella en gran parte por causa mia. En fin si no veia otra vez á Rob-Roy, no sabria noticias de Rashleigh, ni podria recobrar los papeles de mi padre, único motivo que me habia determinado á una expedicion tan arriesgada: abandoné pues toda idea de atravesar el Forth, y volví á tomar el camino de la aldeilla de Aberfoil.

Un viento muy recio, que se oia y sentia de cuando en cuando, desvió la espesa niebla que de otro modo durmiera quizás inmóvil sobre el valle hasta la mañana; y aunque no dispersó completamente aquellas nubes de vapor, dividiólas sin embargo en confusas moles, que ya se amontonaban rodeando la cima de los montes, ya llenaban como olas de humo las diversas hondonadas adonde se habian precipitado no pocos trozos de peñas desprendidos de las alturas, dejando en el valle, profundamente lastimado con su paso, las huellas de un destrozo semejante al que producen las embravecidas aguas de un

torrente. La luna, que estaba en su lleno, y que brillaba con todo el resplandor que le presta una atmósfera glacial, plateaba las revueltas del rio, y los vuelos y los picos de las rocas que no ocultaba la niebla; mientras que los rayos parecian como absorbidos en el blanco tejido de los vapores, en los lugares en que estaban todavía espesos y condensados estos; aquí y allí algunas partes mas ligeras se dejaban penetrar mas por aquellas suaves claridades que les daban la apariencia de un velo de gasa trasparente.

A pesar de la incertidumbre de mi situacion, un espectáculo tan romántico, junto con la activa influencia del frío de la noche, levantó mi abatido espíritu y dió vigor á mis miembros; sentíme dispuesto á olvidar mis cuidados, á despreciar los peligros que pudieran esperarme todavía, y me puse á silbar sin pensar en ello, como para acompañar la cadencia de mis pasos, que me hizo acelerar la impresion del frío. Gozaba mas del sentimiento de la vida, á medida que daba mas confianza á mi valor y á mis propias fuerzas; y estaba de tal modo absorto en mis pensamientos, que llegaron tras de mí dos personas montadas antes que percibiese la menor cosa.

— ¡Hola! amigo, me dijo uno de ellos aflojando la andadura de su caballo, ¿adónde vais tan tarde?

— A buscar cena y cama á Aberfoil.

— ¿Los pasos están libres? me preguntó con tono de autoridad.

— Lo ignoro: en llegando allá lo veremos: pero si sois forasteros, os aconsejo que esperéis el día para continuar vuestro camino; estos contornos no están seguros, pues han sido esta mañana teatro de una sangrienta escena.

— ¿No han sido vencidos los soldados?

— Sí, todos los que componian el destacamento han sido muertos ó hechos prisioneros.

— ¿Estáis cierto de eso?

— Tan cierto como que os hablo: yo he sido testigo involuntario del combate.

— ¡Involuntario! ¿Luego no tomasteis parte en él?

— No: me tenia preso el capitán de las tropas reales.

— ¿Y por qué motivo? ¿Quién sois? ¿cuál es vuestro nombre? ¿Qué hacéis en este país?

— No tengo necesidad, señor mío, de responder á tantas preguntas á un desconocido: bastante os he dicho para convenceros de que no podeis atravesar este país sin correr algunos peligros. Si quereis continuar vuestro camino, haced lo que gustéis; pero como yo no os hago pregunta alguna sobre vuestro nombre, ni sobre los motivos de vuestro viaje, estimaré que no me dirijais ninguna á mí.

— El señor Francisco Osbaldiston, dijo el otro caballero con una voz que me hizo estremecer hasta lo íntimo de mi alma, no debiera silbar sus aires favoritos cuando desea no ser conocido.

Y Diana Vernon, porque era ella, envuelta en una gran capa, quien me acababa de hablar, principió á silbar, como imitándome y riéndose, la segunda parte del aire que habia interrumpido su llegada.

— ¡Justo cielo! exclamé, no pudiendo contener la expresion de mi sorpresa; ¿es posible que sea miss Vernon, á quien encuentro en semejante país, á tal hora y con ese?...

— Con este disfraz masculino, ibais á decir; mas ¿qué quereis? la filosofía del cabo Nym (1) es la mejor de todas. — Es fuerza dejar andar las cosas, *pauca verba*.

Mientras que así hablaba, hacia yo

por distinguir las facciones de su compañero, á favor de los rayos de la luna, que desgraciadamente estaba entonces cubierta con una nube; porque fácil es suponer que el viajar Diana por un país desierto y peligroso, á mitad de la noche y bajo la proteccion de un solo hombre eran circunstancias propias para despertar así mis zelos como mi estrañeza. No era posible que equivocase con Rashleigh al que la acompañaba; pues tenia mas estatura, voz mas fuerte y tono mas imperioso que aquel primer objeto de mi odio y de mis sospechas: ni se parecia mas á ninguno de mis primos; echábase de ver en él cierta cosa indefinible que le daba á conocer á primera vista por hombre que habia recibido una buena educacion.

Notó él que yo examinaba su persona, y casi se mostró ofendido.

— Diana, dijo con un tono de autoridad templado por la dulzura, dad á vuestro primo lo que le pertenece, y continuemos nuestro camino.

Miss Vernon, sacando una cartera de su maleta, é inclinándose sobre su caballo para presentármela, me dijo con un tono en que se veia que un sentimiento mas grave y mas profundo luchaba con su acostumbrada jovialidad:

— Ya veis, querido primo, que nací para ser vuestro ángel tutelar. Rashleigh se ha visto obligado á dejar su presa, y si hubiéramos llegado la noche última á Aberfoil, como nos proponíamos, encargara á alguna sílfida de los Highlands que os entregase estos emblemas de riqueza mercantil. Mas habia en el camino jigantes y dragones, y aunque los caballeros andantes y las señoritas no deben carecer hoy día del valor que les acompañaba en otro tiempo, no les está bien arrojarlos inútilmente al peligro: observad la misma prudencia, querido primo.

— Diana, le dijo su compañero, pensad que la noche se adelanta, y

(1) Personaje de Enrique V de Shakspeare.

que no hemos llegado al término de nuestro viaje.

—Voy, respondió ella, voy: pensad vos que me despidió por última vez de mi primo..... Sí, Frank, por última vez.... Una sima se ha abierto entre nosotros..... una sima de perdición absoluta..... No podeis seguirnos á donde vamos..... no podeis tomar parte en lo que hacemos..... ¡Adios, ojalá seais feliz!

Inclinándose sobre su caballo, que era una jaca de los Highlands, su mejilla tocó la mia, y esto no fué quizás casualidad; apretéme la mano, y una lágrima de sus ojos cayó sobre mis mejillas. Este era uno de aquellos momentos que es imposible olvidar jamás; en que el corazón, dividido entre el placer mas dulce y la mas cruel amargura, no sabe si debe entregarse al gozo ó si al dolor. Sin embargo fué muy corto; porque dominando al punto el sentimiento á que se habia abandonado, dijo á su compañero que estaba dispuesta á seguirle, y dando de espuelas á sus caballos, desaparecieron en breve de mi vista.

Me hallaba sumergido en una especie de pasmo que no me permitió contestar al despido de Diana: las expresiones que me dictaba mi corazón no podían llegar hasta mis labios. Suspenso, desesperado, permanecía inmóvil, teniendo en la mano la cartera que me habia entregado, y mirándolos como se ausentaban, cual si quisiera contar las chispas que hacían saltar los piés de sus caballos. Todavía quería verlos cuando eran invisibles para mí, y todavía quería oír el ruido de su marcha cuando no podia llegar ya á mis oídos. Por fin sentí que se humedecían mis ojos, como si se hallasen fatigados de los esfuerzos que hacia para percibir unos objetos que me era imposible ya descubrir; mi pecho estaba oprimido, experimentaba la angustia del infeliz rey Lear, y sentándome á la

orilla del camino, derramé las lágrimas mas amargas que habian salido de mis ojos desde la infancia.

#### CAPITULO XXXIV.

APENAS me abandonara á este arrebatado de sensibilidad, cuando me avergonzé de mi flaqueza: recordé que de algun tiempo á esta parte no habia considerado en Diana Vernon, cuando se presentaba su imájen á mi memoria, mas que una amiga en cuya felicidad no cesaba nunca de tomar el mas vivo interés, y con la que ya no habia de tener intimas relaciones. Mas la ternura que acababa de manifestarme casi sin disfraz, nuestro encuentro súbito y casi romántico en un desierto en que no esperaba verla, eran circunstancias que me habian sobrecojido. No obstante volví en mí mas presto de lo que se creyera, y sin darme tiempo para examinar el estado de mi corazón, continué caminando por la senda en que se habia presentado á mis ojos tan estraña aparición.

Ella me habia prohibido que la siguiese.—Mas no es seguirla, dije para mí, el continuar mi viaje por el único camino que veo abierto. Aunque tengo ya los papeles de mi padre, debo asegurarme de que el señor Jarvie se halla libre de la peligrosa situación en que le he dejado, y en la que está á consecuencia de su amistad para conmigo. Por otra parte, ¿dónde hallaré un asilo para esta noche, sino es en la choza de Aberfoil? Ellos sin duda se detendrán tambien allí, porque es imposible que sus caballos los conduzcan mas lejos por esta noche. Aun la veré pues, ¡aunque por la última vez quizás! pero la veré, oiré su voz, sabré quien es ese dichoso mortal que ejerce sobre ella la autoridad de un esposo: sabré si hay en sus proyectos alguna dificultad que yo pueda vencer, si me es dado hacer algo para probarle el reco-

nocimiento que me inspiran su jenerosidad y su amistad desinteresada.

Razonando así conmigo mismo, buscaba los mas plausibles pretextos para disculpar el deseo que experimentaba de ver por última vez á mi prima, cuando me tocó en el hombro un viajero, que, aunque yo caminaba á buen paso, andaba mas aprisa todavía.

—¡ Hermosa noche, señor Osbaldiston! me dijo; mas oscura estaba cuando nos separamos.

Al punto reconocí la voz de MacGregor que se habia escapado de las persecuciones de sus enemigos y volvía á las montañas. Hallara medio de procurarse armas, sin duda en casa de alguno de sus secretos partidarios, porque llevaba una escopeta al hombro, y en la cintura las otras piezas de la armadura nacional de los Highlands, segun tenia de costumbre. En cualquiera otra ocasion, semejante encuentro no me hubiera parecido muy agradable; pues aunque tuviera con él relaciones amistosas, nunca le habia oído hablar sin experimentar un terror involuntario. Las entonaciones de los montañeses dan á su voz cierto sonido duro y ronco, á causa de la espresion gutural tan comun á su lengua; y á mas de esto, hablan de ordinario con una especie de énfasis. A esta particularidad nacional reunia Rob-Roy un tono de indiferencia en su acento, que le pertenecia esclusivamente á él, y que era la espresion de una alma á la que nada puede asombrar ni abatir, y á la que no conmovia ninguno de los acontecimientos de la vida, por imprevistos, por desgraciados, por terribles que fuesen. Acostumbrado á los peligros, lleno de confianza en su fuerza y destreza, era inaccesible al temor; y su vida precaria y desordenada le habia espuesto á tantos riesgos, que habia embotado, aunque no destruido enteramente, su compasión hácia los que corrían sus seme-

jantes. Hay que recordar tambien que yo habia visto á su tropa en el mismo dia quitar la vida sin piedad á un individuo rendido y desarmado.

Sin embargo era tal entonces el estado de mi espíritu, que me alegré de que la compañía de este jefe proscrito divirtiese mis pensamientos: ni dejaba de tener alguna esperanza de que me diera él un hilo para salir del laberinto de ideas en que me hallaba embrollado. Respondíle pues amistosamente, y le felicité de haber escapado de sus enemigos en un momento en que parecia imposible la huida.

—¡ Ah! ¡ ah! me dijo, hay tanta distancia desde la horca al cuello como desde la copa á los labios: pero no corría tantos peligros como vuestra calidad, y en la cintura las otras piezas de la armadura nacional de los Highlands reunido para cojerme, custodiarme y volverme á cojer, la mitad de ellos no tenían, como dice mi primo Nicol Jarvie, ganas de pillarme, ni de custodiarme, ni de volverme á pillar; y una cuarta parte de ellos no se hubiera atrevido á tocarme, ni aun á acercarse á mí. Así pues solo tenia que habérmelas con una cuarta parte de toda la tropa.

—¿ Y no os parece bastante eso?

—No lo sé: mas solamente diré que si quieren venir al valle de la *clachan* de Aberfoil, yo me encargo de hablarles á todos, uno tras de otro, con sable en mano.

Preguntóme entonces si me habia sucedido algo de particular desde mi entrada en las montañas, y dióle mucho gusto la relacion que le hice del combate que habiamos sostenido en la posada, y del modo con que se defendiera el señor Jarvie con una reja de arado encendida.

—¡ Viva Glasgow! exclamó: ¡ caiga la maldición de Gromwell sobre mí, si deseara mayor placer en el mundo que ver al primo Jarvie sacudiendo con el extremo de un hierro

encendido el *plaid* de Iverach, y echándolo al fuego! Ciertamente, añadió con tono mas grave, que la sangre que corre por las venas del primo es sangre noble: es una desgracia que le criaran en unas tareas viles que solo pueden degradar el alma y el espíritu. Ahora habeis de saber la razon que me impidió recibiros en la *clachan* de Aberfoil, segun me propusiera. Habíanme tendido una bien dispuesta red en los dos ó tres dias que me detuve en Glasgow por negocios del rey; mas sin duda quedarán burlados, y no pasará poco tiempo antes que puedan armar las tribus de los montañeses unas contra otras: espero ver en breve el dia en que todos los montañeses seguirán las mismas banderas. ¿Pero qué os sucedió despues?

Hablé de la llegada del capitán Thornton y de su destacamento, y de la manera con que nos habia retenido socolor de que le parecíamos sospechosos. Algunas preguntas que me hizo el capitán me recordaron que mi nombre le habia dado nuevas sospechas, y por fin, que tenia orden de arrestar á un hombre de mediana edad y á un jóven. Esta noticia escitó nuevamente la risa del *outlaw* montañés.

— ¡Por mi alma! exclamó, los avestruces tomaron á mi amigo el baile por su Escelencia: ¿mas si pensarían que erais vos Diana Vernon? ¡Buenos podencos! fuerza es convenir en que tienen un olfato muy fino.

— ¡Diana Vernon! le dije vacilando y temblando de oír su respuesta, ¿ lleva todavía este nombre? Acabo de encontrarla con un hombre que se tomaba con ella cierto tono de autoridad.

— Sí, sí, dijo Rob-Roy, autoridad legítima: ya era tiempo, porque esta dama sabia hacerse obedecer muy bien, aunque por otra parte es muy linda. Su viaje no es muy alegre, pues

su Escelencia no es jóven: un compañero como vos, ó como uno de mis hijos, Rob ó Hamish, hubiera sido mas conforme para ella en cuanto á la edad.

Aquí ví derribarse todos los castillos de naipes que mi fantasía, á despecho de mi razon, se habia divertido en construir. Y debia esperarlo; no podia creer que Diana viajase á semejante hora, por tal país y acompañada de un solo hombre, si este hombre no tuviese legal derecho para ser su protector. No obstante, la confirmacion de mis temores fué un golpe muy cruel para mí, y la voz de Mac-Gregor, que me invitaba á continuar la relacion de mis aventuras, heria mis oídos sin llegar hasta el alma.

— ¿Teneis alguna novedad? me dijo en fin despues de dirijirme inútilmente la palabra dos ó tres veces; la fatiga de esta jornada ha sido demasiado para vos que no estáis acostumbrado á tales cosas.

El interés con que pronunció estas palabras me volvió mi serenidad, y continué mi relacion como pude. Rob-Roy tomó un aire triunfante al saber el resultado del combate en el desfiladero.

— Dicen, exclamó, que la paja del rey vale mas que el grano de los demás: mucho lo dudo, y creo que se puede decir lo contrario de los soldados del rey, puesto que se dejan vencer por ancianos que pasan ya de la edad de empuñar las armas, por niños que no saben todavía manejarlas, y por mujeres que se han separado momentáneamente de su rueda. ¡Todo el desecho de nuestras montañas! ¿Y Dougal Gregor? ¿Hubierais creído que cupiese tanta sutileza en aquella cabeza? ¿no es un golpe maestro el que ha dado? Pero continuad, aunque temo saber lo demás, porque mi Elena es el mismo demonio cuando se monta en cólera: ¡y esta vez tenia sobrada razon para ello!

Referle con toda la delicadeza posible la manera con que habíamos sido recibidos, y no me fué difícil ver que esta relacion le disgustaba vivamente.

— ¡Hubiera dado mil marcos por hallarme allí! ¡Acojer así á los forasteros, y sobre todo á mi pobre primo, á un hombre á quien debo tantos servicios! mas quisiera que hubiese pegado fuego á la mitad del condado de Lennox. ¡Ved lo que es fiarse de mujeres y de niños, jente ajena de medida y de razon! El pícaro aforador es quien tuvo la culpa, pues él fué quien me vendió trajéndome un mensaje finjido de Rashleigh vuestro primo, á fin de que me avistase con él para asuntos del rey. Me parecia bastante verosímil que estuviese en compañía de Galbraith y otros hidalgos del condado de Lennox que deben declararse en favor del rey Jacobo. No pensé que me engañaran, hasta que me ví en presencia del duque, y cuando mandó que me atasen y desarmasen, no me fué difícil preveer la suerte que me destinaba. Gracias á Dios, conozco á vuestro pariente, y sé de lo que es capaz; es hombre que no perdona á nadie, pero pobre de él si se ha metido en esta danza: no sabré decirlos cuan turbado me pareció el tal Morris, cuando mandé que le guardasen en rehenes, hasta que yo volviese. Mas vedme ya de vuelta, contra la voluntad suya y la de los que le emplearon, y os aseguro que el recaudador del fisco no saldrá de mi poder sin pagar un buen rescate.

— Ya ha pagado el mas fuerte y el postrero que se puede exigir de un hombre.

— ¡Cómo! ¿qué ha muerto? ¿le mataron en la escaramuza?

— ¡No, señor Campbell! sino despues del combate, y á sangre fria.

— ¡A sangre fria! ¡qué castigo! exclamó rechinando los dientes; ¿y cómo fué eso? Hablad, hombre, hablad, y no me llameis ni señor, ni

Campbell: piso ya mis matorrales nativos, y mi nombre es Mac-Gregor.

Sus pasiones habian subido evidentemente á un alto grado de irritacion. Sin hacer alto en la asperza de su tono, le relaté claramente y en pocas palabras la muerte de Morris. Dando entonces un terrible culatazo contra el suelo: — ¡Juro á Dios, exclamó, que semejante accion merecia que abandonase esposa, hijos, tribu y patria! Y no obstante el miserable merecia tal suerte; ¿porqué qué diferencia hay entre arrojarle al agua con una piedra al cuello, ó colgarle del gaznate con una cuerda? Lo mismo es una cosa que otra, y sin embargo hubiera preferido yo que le echasen un balazo en los sesos, ó que le despachasen con un buen sablazo: la manera como ha perecido dará lugar á no pocas hablillas; sobre todo cada uno tiene su dia fijado, y cuando llega, no hay remedio, hay que partir. Nadie negará que Elena Mac-Gregor tiene que vengar muchos ultrajes.

Así hablando, parecia que queria desviar de su espíritu unas reflexiones que le eran desagradables, y me preguntó cómo me habia separado de la tropa del duque, que me retenia prisionero.

Esta relacion no fué larga, y acabé diciéndole que me habian entregado los papeles de mi padre; mas no me sentí con fuerzas para pronunciar segunda vez el nombre de Diana Vernon.

— Ya sabia yo que los tendriais: la carta que traiais para mí contenia órdenes de S. E. sobre la materia, y á buen seguro que mi intencion era contribuir á hacéroslos volver, pues para esto os invité á venir á nuestras montañas: mas probablemente S. E. los ha obtenido de Rashleigh en este intervalo.

La primera parte de esta respuesta fué la que mas me admiró.

— ¿La carta que os traje estaba es-

cita por esa persona, á quien llamáis S. E.?... ¿Cuál es su nombre?.. ¿Cuál su jerarquía?

— Si no sabeis ya todos estos pormenores, no necesitaréis mucho el saberlos, y así no os diré cosa alguna. Mas es mucha verdad que la carta estaba escrita de su propio puño; porque sin este requisito, teniendo ya tantos negocios míos, como veis, no puedo decir si me habria ocupado tanto en los vuestros.

En este momento recordé las luces que habia visto en la biblioteca, el guante que encontré en ella, el movimiento que noté en los tapices que cubrían el paso secreto que conducía al aposento de Rashleigh, en fin todas las circunstancias que despertaran mis zelos. Traje sobre todo á la memoria que Diana se habia retirado para escribir, como imaginaba entonces, el billete á que debia recurrir en la última necesidad: no consagraba pues el tiempo á la soledad, sino á escuchar las protestas de amor de algun agente revolucionario. Viéranse algunas doncellas que se habian vendido á peso de oro, y sacrificado á la vanidad sus primeras inclinaciones; ¿pero habia podido consentir Diana en partir la suerte de algun miserable aventurero, en andar errando con él en las tinieblas por medio de las guaridas de los saltadores, sin mas esperanzas que las que ofrecía la supuesta corte de los Estuardos en San-Jerman?

— La veré, dije para mí, la veré otra vez, si es posible: le hablaré de los riesgos que corre, como amigo, como dendo: le facilitaré un retiro en Francia, donde podrá, con mas decencia y seguridad, esperar el resultado de las intrigas políticas á que ha enlazado su destino.

— Deduzco de todo esto, dije á Mac-Gregor despues de un silencio que guardamos ambos por espacio de cinco minutos, que S. E., pues no le conozco mas que por esta denomina-

cion, residia al mismo tiempo que yo en Osbaldiston-Hall.

— Sin duda, sin duda.... ¡ En el aposento de la señorita, como correspondia! — Esta gratuita informacion echaba aceite al fuego que me consumia. — Pero pocas personas, añadió Mac-Gregor, estaban instruidas de este secreto, á escepcion de sir Hildebrando y de Rashleigh; porque no habia necesidad de comunicárselo á vos, y los jóvenes no tienen bastante destreza para impedir que el gato se coma la nata... Aquella es una buena casa, construida á la antigua: lo que mas admiro en ella es la multitud de escondrijos, de escaleras y de pasos secretos que tiene; allí se podrian ocultar veinte ó treinta hombres en un rincon, y aunque se asentara una familia en el alcázar, apostaba á que no los encontraba, lo cual puede ser útil en ciertas ocasiones. Ya quisiera yo que tuviéramos un castillo semejante en nuestras montañas; pero hay que contentarnos con nuestros bosques y cavernas.

— Supongo que S. E. no ignoraba el primer accidente que sucedió....

No pude menos de vacilar un momento.

— ¿Queréis hablar de Morris? dijo Rob-Roy con la mayor serenidad; porque estaba demasiado acostumbrado á los actos de violencia, para que la conmocion que habia sentido al saber el deplorable fin del aforador pudiera durarle mucho: no pocas veces me he reido al recordar aquella burla, pero ahora ya no me atrevo á hacerlo por la maldita historia del lago... No, no, S. E. no sabia nada: todo fué concertado entre Rashleigh y yo. ¡ Mas á esto se siguieron tantas cosas!.... Rashleigh halló medio de hacer que recayesen las sospechas en vos, pues desde un principio os habia mirado con malos ojos; pero Diana nos obligó á destorcer los hilos con que os habíamos envuelto, y á sacarnos de las garras de la justicia; luego

el cobarde Morris perdió el poco juicio que tenia al ver que se le presentaba osadamente el verdadero ladrón, en el mismo instante en que acusaba á otro; luego aquel cuclillo de escribano; luego aquel borracho de juez; no, ¡ nada me ha dado tanta risa en mi vida! Y ahora todo lo que puedo hacer por el pobre diablo, es mandar que oigan algunas misas por el descanso de su alma.

— ¿Tendréis á bien decirme cómo fué que miss Vernon tuvo bastante influjo sobre vos y sobre Rashleigh para lograr que renunciaseis á vuestro proyecto?

— ¿Mi proyecto? El proyecto no era mio; á mí nunca me ha agradado echar mis culpas á nadie; mas la verdad es que Rashleigh era el único fraguador de él... En cuanto á miss Vernon, ciertamente que poseía mucho influjo sobre él y sobre mí por causa del afecto de S. E., y porque estaba instruida en muchos secretos que nos convenia permaneciesen ocultos.... Llévase el diablo al que confia un secreto á una mujer, ó un poder del cual pueda abusar.... No se debe poner un palo herrado en manos de un loco.

No distábamos mas que un cuarto de hora de la *clachan*, cuando amanecieron tres montañeses, y presentándonos la boca de sus carabinas, nos mandaron detenernos, y nos preguntaron quienes éramos. El solo nombre *Gregorach* pronunciado con una voz que fué reconocida al instante, les hizo despedir alaridos de alegría: el que iba al frente, dejando caer su mosquete, se precipitó sobre mi compañero, y le apretó tan estrechamente en sus brazos, que Rob-Roy estuvo en ellos un buen rato sin desprenderse. Pasado el primer raudal de los parabienes, dos de ellos corrieron á la *clachan*, donde se encontraba un destacamento considerable de Highlanders, con tanta rapidez como los gamos de sus monta-

ñas, para divulgar la feliz noticia de la vuelta de su jefe. Celebróse allí con alegres gritos que hicieron resonar de nuevo todas las rocas de los alrededores; y todos, hombres, mujeres, ancianos, niños, sin distincion de sexo y edad, nos salieron al encuentro con la impetuosidad de un río detenido por un dique que acaba de romperse. Cuando oí que se acercaba á nosotros el bullicio de aquella multitud embriagada de gozo, creí del caso recordar á Mac-Gregor que era forastero, y que estaba bajo su proteccion. Al punto me tomé del brazo, y mientras que la muchedumbre que llegaba se entregaba á unos raptos que enternecian verdaderamente, y mientras que todos se esforzaban en llegarse á tocarle la mano, no la presentó á nadie antes de haber explicado que yo era amigo suyo, y que debian tratarme con afecto y respeto.

No seria obedecido con mas prontitud un mandato del sultan de Delhi; y las atenciones de que fuí objeto me fueron tan molestas como hubieran podido serlo su aspereza. Apenas querian consentir que el amigo del jefe se sirviese de sus piernas, tanto se apresuraban á ofrecerme el brazo y ayudarme á andar: por fin, aprovechándose de la ocasion de que tropezase en una piedra que no habia podido ver, en atencion á la mucha jente que se agolpaba en rededor de nosotros, algunos de los Highlanders se apoderaron de mí, y me llevaron como en triunfo hasta la puerta de mistress Mac-Alpine.

Al llegar delante de aquella posada, ví que el poder y la popularidad tenian sus inconvenientes en medio de los Highlands, como en el resto del mundo: porque antes que pudiese entrar Mac-Gregor en la casa para descansar y tomar el alimento que necesitaba, vióse obligado á contar una docena de veces á diversos corros de oyentes que se sucedian unos á

otros, la manera como habia escapado de sus enemigos; lo cual supe de un anciano muy cortés que se tomaba el trabajo de explicar á los que le preguntaban todo lo concerniente á Rob-Roy, y cuya política me obligaba á escucharle con cierta atencion. Satisfecho por fin el auditorio, dispersáronse los grupos para pasar la noche, los unos con la hermosa estrella, los otros en las chozas inmediatas, algunos maldiciendo al duque y á Galbraith, otros lamentándose de la desgracia de Ewan, á quien le habian pagado mal al parecer el servicio que hiciera á Mac-Gregor, y conviniendo todos en que la manera con que Rob-Roy se habia librado de las manos de sus enemigos podia compararse con las mas gloriosas hazañas de todos los jefes de su tribu, principiando por Dougal-Ciar, que fué su fundador.

Asiéndome entonces del brazo, el *outlaw* mi amigo me hizo entrar en la grande sala de la choza. Mis ojos traspasaron la nube de humo que la llenaba para ver de hallar á Diana y á su compañero de viaje; mas no los percibí, y me pareció que no debía hacer ninguna pregunta sobre esto, por no manifestar los secretos motivos que me era conveniente ocultar. La única figura conocida que encontré allí, fué la del baile, quien, sentado en un taburete junto á la lumbrera, recibia con aire de reserva y dignidad los agasajos de Rob-Roy, las excusas que le daba de no poderle recibir mejor, y las preguntas que le dirigia sobre el estado de su salud.

—Va bien, primo, dijo el majistrado, va bien, y os doy gracias por vuestra atencion. En cuanto á la manera como se está aquí, no hay que hablar de eso, pues no es posible que se traiga uno á cuestras á vuestras montañas la casa de Salt-Market, como un caracol lleva su concha. Sobre todo me alegro de que escapais de vuestros enemigos.

—¡Bueno! ¡bueno! ¿os atormenta alguna cosa? Todo lo que tiene buen fin se puede tolerar. El mundo durará tanto como nosotros. Vamos, tomad un vaso de aguardiente, y esta es cosa que no rehusaba nunca vuestro padre.

—Puede ser, Rob, principalmente cuando estaba cansado, ¡y sabe Dios que he sufrido hoy mas de una clase de fatigas! Pero, añadió llenando una taza de madera que contendria unos tres vasos, mi padre era siempre muy sobrio en el beber, y yo quiero imitarle. A vuestra salud, Rob, á la de mi prima Elena y á la de vuestros dos hijos, de los cuales os hablaré despues: á la felicidad de todos en este mundo y en el otro.

En acabando estas palabras, apuró su copa con aire grave y resuelto, mientras que Mac-Gregor me dirigia disimuladamente una ojeada, sonriéndose, como haciéndome notar la autoridad majistrada del baile, quien parecia que queria ejercerla sobre Mac-Gregor á la cabeza de su tribu armada, como cuando estaba á disposicion suya en la cárcel de Glasgow. En mi concepto Rob-Roy queria darme á entender con esto, que si sufría el tono que tomaba el señor Jarvie, era por consideracion á los derechos de la hospitalidad, y sobre todo para distraerse un poco.

Al poner otra vez la taza en la mesa, me conoció el buen negociante; me manifestó el placer que tenia en verme, me apretó la mano con amistad, pero no me hizo ninguna pregunta acerca de mi viaje.

—Hablarémos mas tarde de vuestros negocios, me dijo; debo, como es razon, principiari por los del primo. Presumo, Rob, añadió deteniendo sus miradas en un número bastante considerable de montañeses que habian entrado con nosotros, presumo que no hay aquí nadie capaz de ir á contar al ayuntamiento de la ciudad, en perjuicio vuestro y

de hoy mas este último nombre, porque no han hecho cosa buena los Hamish, los Eachine y los Angus, y son nombres que se encuentran escritos en todas las causas criminales de Escocia por robos de ganados y otros delitos de igual naturaleza. Mas volviendo á vuestros dos mozos, no han recibido los primeros principios de una educacion liberal, ni aun saben la tabla de multiplicar, que es el fundamento de todas las ciencias útiles. No han hecho mas que reirse y burlarse de mí cuando les he dicho mi modo de pensar sobre su ignorancia; en verdad creo que no saben ni leer ni escribir, aunque es muy sensible haber de pensar así de deudos cristianos.

—A tener ellos ciencia, primo, dijo Mac-Gregor con la mayor indiferencia, fuera preciso que ella hubiese venido á buscarlos por sí propia. ¿Quién diablos quereis que les enseñe nada? ¿Habré de poner un anuncio en la puerta del colejio de Glasgow que diga: *Se busca un preceptor para los hijos de Rob-Roy?*

—No, primo, pero hubierais podido poner á vuestros hijos en un lugar donde aprendiesen el temor de Dios y las costumbres de los hombres civilizados. Son tan ignorantes como los bueyes que conduciais en otro tiempo al mercado, ó como los palaridos ingleses á quienes los vendiais, y nunca harán nada que valga un bledo.

—¡Ah! ¡ah! Hamish está en disposicion de matar una perdiz volando con un tiro de escopeta cargada de una sola bala, y Rob pasa con su puñal una tabla de dos pulgadas de grueso.

—¡Peor que peor, primo, tanto peor! dijo el banquero de Glasgow con tono resuelto; si no saben mas que eso, mas valiera que no supiesen nada. Decidme, Rob, ¿no os hallais vos en estado de hacer otro tanto? Y bien, ¿de qué os han servi-

(1) Personaje de Shakspeare en *la Velada de los reyes*.

do esos conocimientos? ¿no erais mas feliz cuando cazabais delante de vuestro ganado, haciendo honrosos negocios, que no ahora que os hallais al frente de quinientos desesperados montañeses?

Noté que Mac-Gregor sentia cierta mortificacion, mientras que su pariente le dirigia esta advertencia, animado sin duda por intenciones laudables, como un hombre que sufre un vivo dolor, pero que está determinado á no soltar queja alguna. Deseaba yo hallar ocasion de interrumpir un discurso que, aunque razonable en sí, me parecia poco oportuno para las circunstancias; pero la conversacion se acabó sin que fuese necesaria mi intervencion.

—He pensado pues, Rob, continuó el señor Jarvie, que vuestro nombre está tal vez escrito con letras demasiado negras en el libro de la justicia, para que sea posible borrarle, y que por otra parte teneis ya mucha edad para mudar devida; pero que seria una lástima que dos mozos que dan buenas esperanzas como los vuestros, continuasen practicando el mismo oficio que su padre, y yo me encargaria gustosamente de tomarlos por aprendices de tejedor, como principié mi digno padre que en paz descansa, como he principiado yo mismo, aunque, á Dios gracias, no comercio ya sino por mayor, y... y...

El baile vió amontonarse en la frente de Rob una nube que le determinó á añadir al punto, como paliativo de una proposicion que parecia disgustarle, un ofrecimiento que reservaba para coronar su jenerosidad, si era acogido su proyecto.

—¿Mas á qué ese aire lóbrego, Rob? Yo pagaré todos los gastos del aprendizaje, y... y nunca os hablaré de las mil libras consabidas.

—¡*Ceade millia diaoul!* ¡cien mil diablos! exclamó Rob-Roy dando un terrible puñetazo en la mesa que nos hizo estremecer; ¡mis hijos tejedo-

res! ¡*millia mouigheart*, mil muertes! ¡mas quisiera ver todos los telares, todo el hilo, todo el algodón, todas las lanzaderas de Glasgow en medio del fuego de los infiernos!

Mientras que se paseaba á largos pasos por la sala, logré, no sin alguna dificultad, hacer comprender al baile, quien se disponia á responder, que no convenia estrechar mas á nuestro huésped acerca de un asunto que le era evidentemente desagradable, y al cabo de un minuto, recobró ó hizo como que recobraba su serenidad Mac-Gregor.

—Con todo, Nicol, vuestras intenciones son buenas, son buenas; con que así, dadme la mano: si alguna vez pongo á mis hijos en aprendizaje, os daré la preferencia. Mas, como dijisteis, tenemos que arreglar aquello de las mil libras. Hola, Eachine Mac-Analeister, tráeme mi bolsa.

Un montañés alto y vigoroso, que ejercia las funciones de primer lugarteniente de Mac-Gregor, le presentó una especie de saco grande de piel de nutria marina, semejante á los que llevan los principales jefes de los montañeses cuando visten de gala.

—No aconsejo á nadie que pruebe á abrir esta bolsa sin saber el secreto, dijo Rob-Roy: apretando entonces y sacando sucesivamente algunos botones y clavos, la bolsa, cuya abertura estaba guarnecida de maciza plata, abrióse por sí misma, y ofreció libre paso á la mano. Enseñóme, sin duda para dar fin á la conversacion del señor Jarvie, una pequeña pistola de acero que habia oculta en el trabajo interior de la bolsa, y me dijo que los resortes artísticamente dispuestos no podian dejar de tocar la llave, si probaban á abrirla por otro medio que el que acababa de emplear su dueño: de modo que la curiosidad, la indiscrecion ó la pillería sufririan al instante su castigo.

—Ved, me dijo tocando el pistolete, el tesoro de mi caja privada.

La sencillez de esta invencion, destinada á defender una bolsa que podia fácilmente abrirse sin tocar el resorte, me recordó aquel pasaje de la Odisea, en que Ulises, en un siglo todavía mas grosero, se contenta con proteger su tesoro con los complicados nudos de las cuerdas con que rodea la cajita donde le ha depositado.

El baile se puso los anteojos para examinar aquel mecanismo, y cuando hubo acabado, le dejó suspirando y sonriéndose al mismo tiempo.

—¡Ah! Rob, dijo á su primo, si la bolsa de los demás hubiera estado tan bien guardada, dudo que se hallase esta tan bien provista como lo está, si juzgamos por el peso.

—No os dé cuidado, primo, respondió riendo Rob-Roy; esta bolsa se abrirá siempre para socorrer á los amigos, y para pagar las deudas legítimas. Aquí teneis, añadió sacando un cucurucho de piezas de oro, aquí teneis las mil libras: contadlas, y ved si falta algo.

El señor Jarvie tomó el cucurucho sin hablar, le pesó un instante en su mano, y poniéndole en la mesa:—No le tomaré, Rob, dijo, no puedo tomarlo: harto he visto hoy como adquiris el dinero, y bienes mal adquiridos no prosperan nunca. No, Rob, no lo tocaré, pues está manchado con sangre.

—¡Bueno! dijo Rob-Roy con una indiferencia tal vez afectada: mirad las monedas; es oro de Francia, oro que no ha entrado nunca en otra faltriquera escocesa mas que en la mia: son luses de oro, tan nuevecitos, tan brillantes como el día en que fueron acuñados.

—Peor que peor, Rob, peor que peor, repitió el baile apartando los ojos del cucurucho, mientras que, semejante á César en los Lupercales, los dedos le picaban de ganas de tocarlos. La rebelion es mas mala que

el robo y que la brujería; tal es la ley del Evangelio.

—Dejaos de leyes, respondió el jefe de los montañeses; ¿este oro no llega á vuestro poder de un modo honroso? ¿no os lo debo legítimamente? si sale de la faltriquera de un rey, podeis meterlo vos, si os da la gana, en la de otro, y será un refuerzo para sus enemigos. ¡Pobre rey Jacobo! no le falta ni ánimo ni amigos, sábelo Dios; pero sin duda le falta dinero.

—No le aconsejaria que contase con los montañeses, Rob, dijo el señor Jarvie calándose los anteojos; y deshaciendo el cucurucho, principió á contar las monedas que contenia.

—Ni tampoco con los habitantes de las tierras bajas; y echándome una mirada, me hizo seña de que reparase en el baile, quien, á consecuencia de una costumbre antigua, y sin pensar en lo ridículo que parecia en este momento, examinaba escrupulosamente pieza por pieza; contó dos veces la suma, y viendo que era igual á la que se le debia en capital é intereses, dió á Rob-Roy tres monedas, una para que comprase, le dijo, un vestido á su prima, y otras dos para sus hijos, y que las empleasen en lo que quisiesen.—Con tal, añadió, que no las gastasen en pólvora.

El montañés abrió grandes ojos al oír esta inesperada jenerosidad; pero aceptó cortésmente su regalo, y volvió á meter las tres piezas en el lugar de seguridad de donde acababan de salir.

El baile tomó entonces la apuntes de la deuda, y sacando de su faltriquera un tinterillo de que iba provisto para todo evento, escribió el saldo á la espalda, me suplicó que firmase como testigo, y dijo á Rob-Roy que llamase otro, pues las leyes de Escocia exijian dos para que fuese válida una carta de pago.

—¡Oigan! dijo Mac-Gregor; ¿caso ignorais que, á escepcion de nosotros

tres, no hallaríais quizás en tres millas á la redonda un hombre que sepa escribir? Mas no os dé cuidado, yo arreglaré el negocio bien y presto.

Al mismo tiempo tomó el papel y le arrojó al fuego. El señor Jarvie se quedó medio atónito.

— Así arreglamos las cuentas en nuestras montañas, dijo Mac-Gregor: ¿ no veis, primo, que si guardase semejantes papeles, llegaría tal vez un día en que mis amigos sentirían que me hubiese empeñado?

El baile no creyo á propósito resistir á este argumento, y nos sirvieron la cena en la que reinaba una abundancia y aun cierto esmero que no era de esperar en tal sitio. La mayor parte de las provisiones eran frías, lo que probaba al parecer que las habían preparado á alguna distancia de allí: no pocas botellas de excelente vino de Francia acompañaban los pasteles de venado y otros platos muy bien aderezados. Mac-Gregor hacia perfectamente los honores de la mesa, y nos rogó que disimulásemos el que algunos de los platos que servían hubiesen sido empezados antes de sacarlos. — Habéis de saber, dijo al señor Jarvie sin mirarme, que no sois los únicos huéspedes que he tenido que recibir esta noche; y no lo dudeis, pues si así no fuese, mi esposa y mis hijos se hallarían presentes aquí en obsequio vuestro, como debían.

El señor Jarvie no sintió mucho, á mi entender, que alguna circunstancia les hubiese impedido llenar aquel deber; y yo fuera ciertamente del mismo dictámen, si las excusas que Rob-Roy acababa de dar no me hicieran pensar que los huéspedes de que hablaba eran Diana y su compañero de viaje, á quien mi imaginación me representaba siempre como esposo suyo.

En tanto que estas desagradables ideas me quitaban el apetito que me habían movido mis correrías, una mesa excelente y una buena acogida,

noté que Rob-Roy había mandado que nos preparasen mejores camas que las que tuviéramos la noche anterior. Habían llenado de hojas frescas de matorral, cuajadas entonces de flor, las dos malas camas que había arrimadas á lo largo de las paredes, y que ofrecían un colchon suave y perfumado; las habían cubierto con sábanas toscas, pero muy blancas, y con los mejores cobertores que encontrarán. Como el señor Jarvie parecía estar muy cansado, le dije que remitía para el día siguiente todo lo que tenía que hablarle; y así que acabó de cenar, no se hizo de rogar para meterse en la cama.

Aunque yo también me hallaba muy cansado, no me sentía con ganas de dormir: me ajitaba una especie de calentura, de inquietud, y me quedé en la mesa con Rob-Roy.

#### CAPITULO XXXV.

— Yo no sé qué hacer de vos, señor Osbaldiston, me dijo Mac-Gregor dándome la botella: no comeis, no tencis al parecer ganas de dormir, y no bebeis, aunque este vino de Burdeos vale tanto como el mejor que haya salido de la bodega de sir Hildebrando. Si hubierais sido siempre tan sobrio, hubierais evitado quizás el odio mortal de vuestro primo Rastleigh.

— Si hubiera sido siempre cuerdo, le respondí abochornado con la escena que me recordaba, evitara una desgracia mayor todavía, las reconvencciones de mi conciencia.

Mac-Gregor me echó una mirada altiva y penetrante, como para ver si hablaba con él; mas conocí que yo no pensaba en este momento sino en mí, y volvió la silla de frente á la lumbre despidiendo un profundo suspiro: yo hice otro tanto, y permanecimos ambos por algunos minutos en profunda meditacion.

El rompió el silencio el primero,

con el tono de uno que ha tomado la resolucion de entablar una conversacion que le es desagradable.

— Mi primo Nicol tiene buenas intenciones, me dijo; pero no reflexiona bastante acerca del carácter y la situacion de un hombre como yo, ni considera lo que fui, ni lo que me han obligado á ser, ni, lo peor, las causas que á este estado me han traído.

Detúvose aquí, y puesto que no se me ocultaba que principiaba una conversacion de naturaleza delicada, no pude menos de responderle que no dudaba de que su situacion actual debía de disgustarle en gran manera, y que me alegraría de saber que le quedaba algun arbitrio honroso para salir de ella.

— Hablais como un niño, repuso Mac-Gregor con una voz sorda semejante al ruido de un trueno distante; hablais como un niño que cree que el viejo roble puede doblegarse con tanta facilidad como un arbolillo. ¿ Cabe que olvide que me han proscrito, que han puesto á talla mi cabeza como la de un lobo, que en mi ausencia trataron á mi familia como á la de una zorra de las montañas á quien todos pueden perseguir, envilecer, degradar, insultar; que me prohibieron á mí y á mi tribu llevar el nombre glorioso de Mac-Gregor que había recibido de una larga serie de belicosos antepasados, como si fuera un talisman para conjurar los espíritus malignos?

Mientras que así hablaba, fácilmente conocí que enumeraba sus agravios para acalorar su imaginacion, inflamar su cólera, y justificar á sus ojos el jénero de vida á que había sido arrastrado. Y lo consiguió completamente: sus ojos pardos contrayendo y dilatando alternativamente sus niñas, parecía que lanzaban torrentes de llamas: cerró el puño, rechinó los dientes, puso la mano en el puño de

su *claymore*, y se levantó precipitadamente.

— Y han de ver, exclamó con una voz medio ahogada por la violencia de sus pasiones, han de ver que el nombre de Mac-Gregor, que osaron proscibir, es en efecto un talisman para conjurar los infiernos. Los que hoy día se sonrien al oír la relacion de las injurias que me han hecho, se estremecerán de mi venganza: el miserable montañés tratante de bueyes, el que andaba descalzo, el que está despojado de todo, deshonorado, perseguido como una fiera, caerá de golpe sobre ellos en un momento terrible como el halcon sobre su presa. Los que despreciaron al gusano de tierra y le hollaron, darán alaridos de desesperacion cuando le vean trocado en monstruosa serpiente de centellantes ojos. ¿ Mas á qué hablar de esto? añadió serenándose y tomando un tono mas sosegado: considerad que la paciencia de un hombre se apura cuando se ve cazar como un lobo, un oso ó un jabalí; cuando ve que sus amigos y vecinos corren tras él con el sable en la una mano y la pistola en la otra, como habeis visto hoy en el vado de Avondow: la paciencia de un sauto no bastaria, ni mucho menos la de un Highlander, porque ya sabréis, señor Osbaldiston, que, segun pública voz, no poseemos en muy alto grado este admirable presente del cielo. Y sin embargo, es verdad lo que decia Nicol: siento mucho que mis hijos, que Rob y Hamish hayan de llevar la misma vida que su padre. — Y abismándole la suerte de sus hijos en una afliccion que no le causaba la propia, puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza sobre las dos manos.

No puedo esplicaros, Tresham, cuan enternecido me sentia en este momento. Los pesares á que tiene que abandonarse una alma altiva, noble y vigorosa, me han conmovido

siempre mas profundamente que los de los espíritus mas apocados; pero nunca habia sido testigo de ellos; ¡y cuán diferente es leer su relacion, ó tener el cuadro á la vista! Esperimenté el mas vivo deseo de consolar á Mac-Gregor, aunque preveía lo arduo y casi imposible del empeño.

—Nosotros tenemos estensas relaciones en el continente, le dije; ¿no podrian pues vuestros hijos, con algun favor, y tienen derecho á todo el de la casa de mi padre, hallar un recurso honroso en el extranjero?

Creo que mis facciones anunciaban la sincera conmocion que sentia, porque mi compañero la notó al parecer.—Gracias, me dijo apretándome fuertemente la mano; no creyera que ningun hombre llegase á ver los párpados de Mac-Gregor humedecidos con una lágrima. Y así hablando enjugaba con el dorso de su mano las que brillaban á pesar suyo entre sus pobladas pestañas. Mañana por la mañana, continuó, hablaremos, y trataremos tambien de vuestros negocios; porque nosotros nos levantamos temprano en nuestras montañas, aun cuando por casualidad tengamos buena cama. ¿Quereis beber conmigo la copa de gracias?

Yo le rogué que me dispensase.

—¡Válgame el alma de San Maronoch! yo la beberé por los dos. Y echando lo menos un cuartillo de vino, lo apuró de un trago.

Acostéme en la cama que me estaba destinada, resuelto á aplazar las preguntas que me proponia hacerle para un momento en que estuviese mas sosegado su espíritu. Cuajaba tanto mi imaginacion este hombre extraordinario, que despues de haberme acostado, no pude menos de seguir todos sus movimientos durante algunos minutos. Andaba por toda la estancia á pasos lentos, hacia de cuando en cuando la señal de la cruz, pronunciaba con voz baja y en latin algunas oraciones de la iglesia católi-

ca: por fin, envolviéndose en su *plaid*; echóse en una cama, puso su *claymore* desnuda á un lado, sus pistolas cargadas al otro, y preparóse á gozar de algun descanso, de manera que al menor ruido pudiera echar mano de las armas. Al cabo de algunos minutos, vi que dormia profundamente. Abrumado de cansancio, y apartando de mi mente la memoria de todas las escenas de que habia sido testigo en aquel dia memorable, no tardé en abandonarme tambien al sueño; y aunque tuviese mas de un motivo para despertarme temprano, era ya bastante tarde, cuando abrí los ojos al dia siguiente. Mac-Gregor habia ya partido. Disperté al señor Jarvie, quien, despues de bostezar, estregarse los ojos, y quejarse de que tenia todavia molidos los huesos de las fatigas de la víspera, se halló en fin en estado de oír la feliz noticia de que las letras robadas á mi padre me habian sido devueltas. Hízomela repetir dos veces para estar cierto de que no se habia equivocado; y olvidando al punto todos sus dolores, sentóse junto á la mesa, y principió á comparar las letras que me habian entregado con la nota que le diera Owen.

—¡Muy bien, muy bien! dijo haciendo su exámen: ¡pero veamos, veamos! Baillie y Wittington 700 libras 6 *shillings* 8 *pence*. Cabalito. ¡Hum! hum! hum! Grub y Grunder, 800 libras. Esto es oro en tejos. Pohllock y Predman, 500 libras 10 *shillings*. Lo mismo Sliperytongue... ¡Ah! ¡ah! aquí hay quiebra, mas es una bagatela: faltan tambien algunas letras cuyo valor ascendia á una corta suma. Vamos, vamos, loado sea Dios. Ved terminado ya nuestro negocio, terminado perfectamente, y nada impide que nos despedamos de este maldito pais: en cuanto á mí, nunca pensaré sin temblar en el Loch-Ard.

Mac-Gregor entraba en este mo-

mento.—Siento, primo, no poder recibiros tan bien como deseara; sin embargo, si teneis la bondad de venir á visitar mi pobre morada...

—¡Lo agradezco, primo, exclamó precipitadamente el señor Jarvie, lo agradezco! Pero es preciso que partamos, que partamos al punto: el señor Osbaldiston y yo tenemos ciertos negocios, ciertos negocios que corren prisa.

—Y bien, primo, ya sabeis nuestra máxima: recibid bien al huésped que llega, y abrid la puerta al que quiera partir. Mas no os podeis ir por Drymen: haré que os conduzcan por el lago hasta O' Balloch, y mandaré que os tengan dispuestos allá los caballos: es una máxima de los sabios, que no se ha de volver por el mismo camino cuando hay otro mejor.

—Sí, sí, esa era una de vuestras máximas: cuando tratabais en ganado, nunca volvais por el mismo camino que habiais seguido al ir, y Dios sabe porque: no teniais muchas ganas de volver á ver á los arrendadores cuyos henos se habia comido de paso vuestro ganado: y mucho me temo, Rob, que hoy dia no esté peor aun vuestro camino.

—Otra razon mas para que no le pase muy á menudo. Con que en O' Balloch hallaréis los caballos; los conducirá Dougal, que entra para esto al servicio del baile, y el cual no es ya montañés, ni del pais de Rob-Roy, sino un apacible habitante del condado de Stirling. Y aguardad, ya está aquí.

—No hubiera conocido nunca á la criatura, exclamó el señor Jarvie; y con efecto fuera difícil reconocer al salvaje Highlander viéndole cubierto con el sombrero, las medias y el redingote que pertenecieron en otro tiempo á Andrés Listo-a-todo. Venia montado en el caballo del baile, y conducia al mio de la brida: recibió de su dueño las últimas instrucciones para evitar el pasar por algunos

lugares donde pudiera ser sospechoso, para tomar diversas informaciones en el camino, y en fin para esperarnos en el lugar indicado, cerca del lago de O' Balloch.

Quiso acompañarnos Mac-Gregor, y como habíamos de andar algunas millas antes de desayunarnos, nos hizo beber un vaso de aguardiente, como un excelente preparativo de viaje, y sobre este punto estuvo perfectamente de acuerdo con él el señor Jarvie.

—Mi padre, que en paz haya, exclamó, me decia siempre que es una costumbre mala, una costumbre perniciosa, el beber desde la madrugada licores espirituosos, como no sea cuando se tiene que hacer algun viaje, para fortalecer el estómago, que es parte delicada, y preservarle del efecto de la niebla; y en semejantes casos siempre le he visto juntar el ejemplo con el precepto.

—Tenia razon, primo, dijo Rob-Roy; y como nosotros somos los Hijos de la Niebla, nos es lícito beber todo el dia.

El baile, despues que hubo tomado esta saludable precaucion, montó en un jaco montañés que le habian conducido; ofreciéronme á mí otro, pero preferí andar á pié con la escolta, que se componia de Mac-Gregor y de seis jóvenes montañeses de atlética talla, ágiles, robustos y bien armados; estos venian á ser sus guardias de corps ordinarias.

Cuando nos acercamos al desfilaro en que se habia trabado el combate, y que habia sido testigo de una accion mas horrible todavia, Mac-Gregor tomó la palabra como para responder, no á lo que le decia, pues guardaba silencio, sino á las reflexiones á que con razon me creia entregado.

—Vos nos juzgaréis con alguna severidad, señor Osbaldiston; no puedo pensar otra cosa: mas no olvidéis que hemos sido provocados: somos un pueblo ignorante y grosero, vio-

lento quizás é impetuoso; pero no somos crueles. Viviríamos en paz y sumisos á las leyes, si no nos hubieran privado de la paz y de la protección de las leyes. Hemos sido un pueblo perseguido...

— Y la persecucion, dijo el baile, enloquece á los hombres mas avisados.

— ¿Qué queréis que hiciéramos unos hombres como nosotros, viviendo como vivian nuestros padres mil años ha, y no siendo mas ilustrados que ellos? Los sanguinarios edictos expedidos contra nosotros, la prohibicion de que llevásemos un nombre antiguo y honorífico, los cadalsos levantados para nosotros, el modo con que nos cazan como bestias feroces: ¿todo esto no exijia una represalia? Tal cual me veis, me he encontrado en veinte combates como el que presenciasteis ayer, pero nunca he mandado matar á nadie á sangre fría; y á pesar de esto, me colgarian de buena gana como un perro rabioso, á la puerta del primer señor que gustara de adornar su alcázar con tal trofeo.

Yo le respondí que la proscripcion de su nombre y de su familia era, segun mis ideas inglesas, una providencia tiránica y arbitraria; y viendo que estas palabras le contentaban, reiteréle mi proposicion de que entrase á servir él y sus hijos en pais extranjero: apretóme cordialmente la mano, y alojando algun tanto el paso para que pasase delante el señor Jarvie, lo que era tanto mas fácil cuanto que la senda se estrechaba en aquel lugar, me dijo:

— Sois un buen jóven, y comprendéis ciertamente lo que corresponde á un hombre de honor; mas es preciso que los matorrales que he hollado con mis plantas durante mi vida, me cubran despues de muerto. Todo mi valor me abandonara, mis brazos se marchitaran como el helado con la helada, si perdiera de vis-

ta las montañas que me han visto nacer. El mundo entero no ofrece nada que pueda indemnizarme la pérdida de los *cairns* (1) y de las rocas que nos rodean, por mas salvajes que sean. ¿Y qué seria de Elena? ¿Permanecería aquí para verse espuesta á nuevos ultrajes, á nuevas atrocidades? ¿Consentiría en apartarse de unos sitios donde la memoria de los insultos que tiene recibidos queda suavizada con la venganza que ha tomado y que tomará todavía de ellos? Una vez me estrechó en tanto extremo el duque, mi grande enemigo, como puedo llamarlo, que tuve que ceder á la borrasca, y abandoné mi morada del pais nativo, con mi estirpe y familia, para refugiamos por algun tiempo en el pais de Mac-Callum-More. — Elena compuso sobre nuestra partida un canto lamentable, que no lo hiciera mejor el mismo Mac-Rimmon (2). Este canto era tan lastimoso y tan tierno, que se nos destrozaba el corazon oyéndoselo cantar; era como los gemidos de un hijo que llora á la madre que le llevó en su regazo. Las lágrimas corrían por las curtidas mejillas de nuestros Highlanders. No, no quisiera presenciar semejante escena, por todas las tierras que poseyeron en otro tiempo los Mac-Gregors (3).

— Mas vuestros hijos, le dije, se

(1) Llamán *cairns* á aquellos toscos monumentos que se ofrecen á menudo á las miradas del viajero en las montañas de Escocia, y que consisten en piedras apiladas en forma cónica. Se cree que son monumentos fúnebres que formaban los transeúntes, los cuales, en señal de respeto á la muerte, cogían una piedra y la agregaban á las otras. Un proverbio galés dice: — ; Mal haya quien pasa por delante de un *cairn* sin depositar en él la piedra del postrer adios! —

(2) Bardo de la tribu de Mac-Leod, cuyo canto ha imitado en las baladas sir Walter-Scott.

(3) Esta poesia ha llegado hasta nosotros, lo cual no deja de dar cierta autoridad á estas memorias (\*).

\* Sir Walter Scott ha compuesto tambien, para la antología escocesa, el canto guerrero de Rob-Roy.

hallan todavía en una edad en que vuestros mismos compatriotas no re pugnan correr mundo.

— Tambien yo me alegrara de que entrasen al servicio de Francia ó de España, como hacen tantos hidalgos escoceses. Ayer noche me parecia asequible vuestro plan; pero he visto esta mañana á su Escelencia antes de que os levantaseis, y no me es posible pensar ya en ello.

— ¿Tan cerca de nosotros estaba alojado? exclamé vivamente.

— Mas cerca de lo que imagináis; pero no quería que vieséis á la jóven dama, y ved porque.....

— Ni necesitaba estar en cuidado por eso, dije yo con altivez: no me gusta ver á nadie á pesar suyo.

— No hay que ofenderos así, ni tomar el aire de un gato montés encima de un tejo caduco; porque habeis de saber que os quiere bien, y de ello os ha dado pruebas, pues él fué quien pegó fuego á los matorrales.

— ¿Quien pegó fuego á los matorrales? No os comprendo.

— ¡Cómo! ¿no sabeis que todo el mal que sucede en este mundo lo causan las mujeres y el dinero? Desconfié de Rashleigh desde que ví que no podia casarse con miss Vernon, y creo que de ahí fecha su primera querrela con su Escelencia. Sobrevino en seguida el negocio de vuestros papeles; y así que se vió obligado á entregarlos, sabemos ahora que se fué en posta á Stirling, y declaró al gobierno todo lo que sucedía en nuestras montañas, y aun mas. Esto fué causa de que tomasen al punto medidas para arrestar á su Escelencia y á la jóven dama, y á mí tambien; y no dudo de que fuera Rashleigh quien determinó al pobre Morris á entrar en la trama para cojerme, pues le hacia creer cuanto queria. Mas aunque fuera Rashleigh Osbaldiston el último y el mas bravo de su estirpe, como nos lleguemos á encontrar, ¡embístame

el mismo diablo con espada en mano, si mi *dirk* no traba amistad con el corazon del traidor!

Pronunció esta amenaza frunciendo las cejas con aire siniestro, y echando mano al puñal.

— Casi me alegrara de cuanto ha pasado, le dije, si pudiera esperar que la traicion de Rashleigh fuera capaz de impedir la esplosion que va en breve á estallar, segun se cree, y pusiera un término á las intrigas políticas en que pienso que haceis uno de los principales papeles.

— No lo creais. La lengua de un traidor no puede causar mucho daño á la justa causa. Verdad es que sabia nuestros secretos, porque, á no ser por esto, los castillos de Stirling y de Edimburgo serian ya nuestros. Mas nuestra empresa es muy justa, y toma parte en ella mucha jente, para que una traicion sea poderosa á frustrarla; y en breve veréis el resultado. Volviendo á vuestros obsequiosos ofrecimientos para con mis hijos, os doy muchas gracias, y, como decia, deseaba ayer noche aceptarlos: pero veo que la perfidia de Rashleigh obligará á todos los señores á declararse al punto, á menos que quieran dejarse prender en sus alcázares, para que los arrastren como perros, y se los lleven para ajusticiarlos en Lóndres, como hicieron con tantos nobles é hidalgos en 1707. La guerra civil es como el basilisco. Hemos empollado por espacio de diez años el huevo que la cobija; podíamos empollarlo todavía mucho tiempo; pero Rashleigh ha roto la cáscara, y ha acelerado de este modo el nacimiento de la serpiente. En semejante crisis, necesario toda mi jente; sin faltar á los reyes de Francia y de España, á quienes deseo toda especie de prosperidad, pero creo que el rey Jacobo no les quiere mal, y que tiene derecho á los servicios de Rob y de Hamish, puesto que nacieron vasallos suyos.

No me fué difícil preveer que es-

tas palabras anunciaban una convulsion nacional, jeneral y próxima; y como hubiera sido inútil y tal vez peligroso combatir las opiniones políticas de mi guía, en el lugar y en las circunstancias en que me hallaba, me contenté con hacer algunas observaciones jenerales sobre las desgracias que serian forzoso resultado de cuanto emprendiese en favor de la familia real desterrada.

— ¡ Bueno! ¡ bueno! repuso Mac-Gregor, eso pasará presto: nunca es tan hermoso el cielo como despues de una tormenta. Si el mundo se vuelve de arriba abajo, los hombres de bien variarán de estado, y no se verán reducidos á morir de hambre.

Probé á reentablar la conversacion sobre Diana; mas aunque á menudo hablaba de otras materias con mas libertad de la que yo deseara, Mac-Gregor guardaba siempre cierta reserva acerca de la que mas ansiaba yo profundizar. Todo lo mas que quiso decirme, fué que esperaba que la jóven dama se hallaria en breve en un pais más tranquilo que no lo seria probablemente el nuestro durante algun tiempo. Tuve pues que contentarme con esta respuesta, esperando que me favoreciera todavía alguna feliz casualidad, y me proporcionase al menos el triste consuelo de decir el postrer adios al objeto que reinaba en mi corazon, con mucho mas poder del que creía antes de separarme de él para siempre.

Seguimos las orillas del lago por espacio de cerca de seis millas de Inglaterra, por una angosta senda que dibujaba todas las sinuosidades, y que nos ofrecia una multitud de hermosos puntos de vista. Llegamos despues á una especie de lugarejo, ó mas bien á un agregado de chozas cerca del nacimiento de aquella abundante mole de agua, llamada, si no me engaño, Diard, ó algun otro nombre semejante á este. Allí nos aguardaba una tropa de Highlanders,

á las órdenes de Mac-Gregor.

El gusto no menos que la elocuencia de las castas salvajes ó no civilizadas, para hablar de una manera mas correcta, es de ordinario conciso, porque está desprendido de toda afectacion y de todo espíritu sistemático. Tuve una prueba de ello en el local que escogieron aquellos montañeses para recibir á sus huéspedes. Se ha dicho que un monarca inglés debia recibir á los embajadores de las potencias á bordo de un navio de línea, de la misma manera que un jefe de los Highlands debia escoger una situacion en que los rasgos de grandeza propios de su pais pudieran producir mayor efecto en el ánimo de los que van á visitarle.

Subimos á una altura distante cerca de doscientos piés de las orillas del lago, siguiendo un arroyuelo, y dejando sobre la derecha cuatro ó cinco chozas rodeadas de pequeños trozos de tierra de labor que parecia haber sido desmontados del bosque que los cercaba, y que estaban todavía cubiertos de cebada y avena. La colina era mas lejos mas escarpada, y en la cima vimos brillar las armas de unos cincuenta partidarios de Mac-Gregor que estaban allí apostados, con las banderas desplegadas, y en buen orden. El arroyo que descendia de la montaña encontraba en este lugar una valla de rocas, las cuales oponian á su curso redoblados obstáculos, que venia formando dos cascadas distintas.

La primera caia de la altura de cerca de doce piés; sombreábala un roble decrepito con sus torcidas ramas, cubriendo al parecer con un velo sus lóbregas ondas que se estrellaban en una especie de pilon de piedra casi tan regular como si le hubiera cortado el cincel del escultor. Las aguas, estrechándose en seguida en un lecho mas angosto, hacian una segunda cascada de cerca de cincuenta piés hasta una como sima formada

por las peladas y estériles rocas, de donde se escapaban luego para llevar sosedadamente su tributo al lago.

Con el gusto natural de los montañeses, y sobre todo de los Escoceses, cuya imaginacion es muchas veces poética y romántica, habia mandado disponer nuestro desayuno la esposa de Rob-Roy en un lugar bien escogido, para producir en los forasteros cierta impresion de pasmo respetuoso. Los Highlanders son un pueblo tan reflexivo como altanero; y aunque le miramos como inculto, usa de cortesania y política en un grado que pareciera excesivo, si no cuidase de desplegar al propio tiempo grande superioridad de fuerzas. Así es que el saludo militar, que semejara ridículo hecho por un tosco labrador, tiene un carácter marcial é imponente, cuando lo hace un Highlander completamente armado. Nos recibieron pues con bastante ceremonia.

Los Highlanders que estaban escarpados en lo alto de la montaña, formaron sus filas así que nos vieron, y se dejaron ver en columnas cerradas, á cuya cabeza iban tres personas que en breve descubrí ser Elena y sus dos hijos. Mac-Gregor hizo entonces que se quedase atrás nuestra escolta, y habiendo invitado al señor Jarvie á que se apease, pues la subida era demasiado rápida, se colocó entre nosotros dos, y continuamos nuestra marcha con lentitud. A medida que avanzábamos, distinguíamos el salvaje y disonante sonido de las zampoñas, al que quitaba parte de su dureza el estruendo de las cascadas.

Cuando solo distábamos algunos pasos, salíonos al encuentro Elena Mac-Gregor: iba vestida con mas esmero que la víspera, y su aire era por consiguiente mas femenino; pero sus facciones ofrecian el mismo carácter de resolucion y de altivez inflexibles. Cuando abrió los brazos para estrechar en ellos al señor Jarvie, que estaba lejos de esperar y so-

bre todo de desear este tierno abrazo, ví en la convulsiva agitacion de todos los nervios de mi amigo, que sentia la misma sensacion que un hombre, que, apretado entre las patas de un oso, no sabe si el animal quiere acariciarle ó ahogarle.

— Primo, le dijo mientras que él se hacia dos pasos atrás para recomponerse la peluca, seais bien venido; y vos tambien, jóven forastero, añadió volviéndose á mí: perdonad la dureza con que os acojé ayer, y no culpeis á nuestro corazon, sino á las circunstancias. Llegasteis á nuestro desgraciado pais en un momento en que la sangre teñia nuestras manos y hervia en nuestras venas. Pronunció estas pocas palabras con el ademan y el tono que tomara una princesa en medio de su corte: no se servia de expresiones vulgares, como se tilda á los Escoceses de los Lowlands, sino que usaba un acento provincial bastante notable: habiendo aprendido el inglés como aprendemos las lenguas muertas, le hablaba con gracia y facilidad, pero con cierto tono declamatorio; porque nunca se habia servido de él para los usos diarios de la vida. Su marido, que en su juventud habia ejercido mas de un oficio, usaba un dialecto menos elegante, menos enfático; y sin embargo, como tal vez habréis echado de ver, si he logrado referiros fielmente sus discursos, sus expresiones eran mas puras y mas escogidas, y no carecian ni de dignidad ni de cierta nobleza, cuando hablaba de algun negocio importante ó en que tomaba vivo interés. Parecióme tambien que, como otros Highlanders que he conocido, se servia del dialecto escocés de los Lowlands en la conversacion familiar y cuando estaba de buen humor; pero que al tratar asuntos graves y de momento, las ideas se arreglaban en su cabeza en su lengua natural, y la traduccion que hacia en inglés daba á su estilo un carácter de elevacion

casí poética. Con efecto, el lenguaje de las pasiones atesora siempre pureza y fuerza, y no es extraordinario oír á un Escocés que no encuentra nada que replicar á las amargas convenciones de uno de sus conciudadanos decirle como escusándose: —Vos recurrísteis al inglés.

Como fuere, la esposa de Mac-Gregor nos convidó á un almuerzo que sirvieron sobre el césped, y que consistía en todo lo mejor que ofrecía su país: mas el aire sombrío é imperturbable gravedad de nuestra huéspeda, y la memoria del papel que le habíamos visto hacer la vispera, bastaban para oscurecer la mas brillante atmósfera. El jefe hizo vanos esfuerzos para inspirar la alegría: parecia que asistíamos á una comida fúnebre; no podíamos desprendernos de la sujecion, y nos sentimos aliviados de un gran peso cuando se acabó.

—Adios, primo, dijo ella al señor Jarvie cuando nos levantamos para partir: lo mejor que Elena Mac-Gregor puede desear á sus amigos, es no volverlos á ver.

El baile principiaba á tartamudear una respuesta que probablemente hubiera contenido algun lugar comun de moral; pero el aire grave, las miradas sombrías y melancólicas de aquella á quien queria dirijirla, le confundieron en términos que, olvidando su importancia majistral, tosió varias veces, la saludó, y guardó silencio.

—En cuanto á vos, jóven, me dijo ella, tengo que entregaros una memoria de parte de cierta persona á quien vos...

—¡Elena! gritó Mac-Gregor frunciendo las cejas, ¿qué significa eso? ¿Acaso has olvidado?..

—No me he olvidado de nada que deba tener presente, Mac-Gregor. Manos como las mias, añadió estendiendo sus brazos desnudos, largos y robustos, no serian á propósito para

presentar una prenda de cariño, si esta prenda no fuese acompañada de miseria y desesperacion. Jóven, continuó presentándome una sortija que me acordé de haber visto en uno de los dedos de miss Vernon, esto os ofrece una persona á quien ya no veréis mas. Si es una prenda de infortunio, nadie mejor para entregársela que la mano de una mujer para quien se acabaron toda clase de felicidades. Las últimas palabras que me dirigió fueron estas: — Decidle que me olvide para siempre!

—¿Y acaso cree que esto sea posible? exclamé yo casi sin saber lo que hablaba.

—Todo puede olvidarse, repuso esta mujer extraordinaria, todo menos los agravios que tocan al honor, y los deseos de venganza.

—¡*Seid suas* (1)! gritó Mac-Gregor dando de impaciencia una patada al suelo.

El disonante sonido del instrumento favorito de los montañeses dió fin á la conferencia: despedímonos silenciosamente de nuestra huéspeda, y nos pusimos otra vez en camino, mientras que reflexionaba acerca de la nueva prueba que acababa de adquirir de que, amado de Diana, estaba separado de ella para siempre.

### CAPITULO XXXVI.

ATRAVESAMOS una comarca pintoresca aunque árida; pero absorto en mis reflexiones, no me fué posible admirarla despacio, y por consiguiente no podría describirla. La elevada cumbre del Ben-Lomond, el monarca de todas aquellas montañas, se presentaba á mano derecha, cual límite imponente: no salí de mi apatía hasta que, despues de una larga y fatigosa marcha, dejamos detrás un desfiladero de las montañas, y el lago Lomond apareció ante nuestra vista. No trataré de pintaros lo que difícilmen-

(1) Tocad, zampoñas!—

te comprenderiais sin haberlo visto; pero este noble lago, sembrado de tantas islas embelesantes cuyo aspecto y formas varian de un modo mas agradable de lo que la imaginacion acierta á figurarse; su estremidad, por la parte del norte, estrechándose hasta que se pierde á lo lejos entre sombrías montañas, mientras que ensanchándose mas y mas hácia el sur, dibuja su mas dilatada estension al derredor de las ensenadas y promontorios de una orilla fértil: todo esto forma uno de los espectáculos mas peregrinos de la naturaleza. La ribera oriental, muy agreste y salvaje, era aquella en que la tribu de Mac-Gregor residia particularmente entonces. Habian puesto guarnicion en un punto central entre el lago Lomond y otro lago, para defender el país fronterizo contra sus incursiones; pero las fortificaciones naturales del país, con sus numerosos desfiladeros, sus cavernas, sus rocas y sus pantanos, hacian que la construccion del pequeño fuerte que habian establecido allí, semejase mas bien una confesion del peligro que una medida para precaverle.

En mas de una escaramuza semejante á la que habia presenciado, la guarnicion habia sufrido no poco por el espíritu emprendedor del *Outlaw* y de su jente. Cuando Mac-Gregor mandaba en persona, no era mancillada nunca la victoria con actos de ferocidad: la crueldad no le era natural, y poseia bastante sagacidad para no querer escitar contra sí inútiles odios. Supe con placer que habia dado libertad al capitán Thornton y á los otros prisioneros hechos el dia anterior; y refiérense de este hombre notable no pocos rasgos semejantes de clemencia y aun de jenerosidad.

Una barca nos aguardaba en un ancon guarecido por una roca, y hallamos cuatro vigorosos remeros

montañeses. Nuestro huésped se despidió de nosotros con todas las señas de un verdadero afecto: diríase que existía entre el señor Jarvie y él una especie de recíproca estimacion que formaba notable contraste con la diferencia de sus caracteres y su modo de vivir. Despues de abrazarse cordialmente, díjole el señor Jarvie en la plenitud de su corazon y con una sensibilidad que le embargaba la voz, que si un millar de libras le servian alguna vez para echar él y su familia por buen camino, no tenia mas que escribir dos palabras á Salt-Market, seguro de que no se volveria sin dinero su enviado; y Rob apoyando una mano en el puño de su *claymore*, y apretando con la otra la del señor Jarvie, le aseguró que si alguna vez sufría su primo un insulto, y queria hacérselo saber, cortaria las orejas al insolente, aunque fuese el hombre mas poderoso de Glasgow.

Dadas estas seguridades de socorrerse mutua y buenamente, nos dirijimos al extremo sud-oeste del lago, donde tiene su oríjen el rio Leven. Rob-Roy se quedó un rato de pié en la roca donde le habíamos dejado; y aun cuando no podíamos distinguir ya sus facciones, era fácil conocerle por la larga escopeta que llevaba, por su *tartan* que ajitaba el viento, y por la pluma que coronaba su gorro, emblema que, en aquella época, designaba al hidalgo y al guerrero de los Highlands. Es de observar que hoy dia adornan este gorro con una porcion de plumas negras, semejantes á los penachos de que se sirven para los funerales. Por fin, cuando estábamos á punto de perderle de vista, le vimos que bajaba lentamente la montaña, seguido de su comitiva, es decir, de sus confidentes ó guardias-de-corps.

Viajamos largo rato sin hablarnos: tan solo interrumpia nuestro silencio el canto gaélico de uno de los remeros, marcado por un compás lento é

irregular, y cortado de tiempo en tiempo por el coro salvaje de sus compañeros.

Aunque entregado á ideas tristes, hallaba un consuelo en la magnificencia del país que me rodeaba. En el entusiasmo que me arrebatava, parecíame que si hubiera profesado la fe de Roma, consintiera tal vez en vivir y morir ermitaño en una de las islas pintorescas por medio de las cuales viajábamos (1).

También se entregaba el señor Jarvie á sus pensamientos, pero eran de un género enteramente diverso, como lo observé cuando, después de haber pasado en la barca una hora que empleara en hacer grandes cálculos, quiso probarme la posibilidad de secar el lago y de arar tantos centenares, tantos miles de aranzadas de tierra, que no producian, me dijo, nada de útil para el hombre, sino es algun plato de sollo.

De una larga disertacion que entabló sin que yo pusiera mucha atencion, solo me acuerdo de que entraba en su proyecto conservar una parte del lago, con la anchura y profundidad suficiente para formar una espe-

(1) El lector habrá observado ya como nosotros, que al poner sus héroes en la misma comarca en que colocara sir Walter-Scott la *Dama del Lago*, el autor de Rob-Roy reproduce en su prosa el color del estilo, y algunas veces los pensamientos, levemente modificados, del poeta. En prueba de esto citarémos un fragmento del párrafo XV del canto primero de la *Dama del Lago*. — « ¡Qué no diera yo por ver encima de esa pelada cumbre la torre de un castellano, y en aqueoso risueño valle la morada de una amable hieldad, y mas lejos, en medio de aquella pradera, las torrecillas de un antiguo monasterio! ¡Cuál resonara alegremente la boeina por las ondas de ese lago acusando la pereza de la aurora! ¡Cuán dulce no sería escuchar por las tardes el laud de un amante en el silencio de esas apacibles florestas! Y cuando la luna bañase su frente en las plateadas ondas, ¡cuán solemne no fuera el lejano sonido de la campana tocando á maitines, cuya religiosa voz despertara al viejo ermitaño que á cada campanada contaría un grano de su rosario! » etc.

cie de canal que facilitaría tanto el transporte de carbon entre Dunbarton y Glenfalloch, como lo es entre Glasgow y Greenock.

Por fin llegamos al lugar en que debíamos desembarcar, cerca de las minas de un castillo antiguo, en el sitio en que el lago desagua lo superfluo de su caudal en el Leven: hallamos allí á Dougal con nuestros caballos. El señor Jarvie habia formado un plan relativo á la criatura, así como para el desague del lago; y quizás en ambos casos habia atendido mas á la utilidad de sus proyectos que á la posibilidad de ejecutarlos.

— Dougal, le dijo, sois una buena criatura, y sabeis lo que se debe á los superiores. Pero siento, Dougal, que la vida que llevais no puede menos de conducirnos tarde ó temprano á mal fin el día menos pensado. Me prometo que, en atencion á mis servicios como majistrado, y á los que hizo anteriormente mi digno padre que en paz haya, tengo bastante crédito en el ayuntamiento para obtener que se cierran los ojos á faltas mas graves aun que las vuestras; por manera que si quereis seguirnos á Glasgow, robusta criatura, os emplearé en mi almacén hasta que os proporcione alguna otra ocupacion.

— Quedo muy agradecido á su señoría, respondió Dougal; pero rómpame el diablo las piernas, si me sirvo de ellas para andar por ninguna calle empedrada, á menos que no me arastren por ella con los piés y las manos atadas, como me ha sucedido ya.

Supe con efecto que Dougal habia sido conducido á Glasgow, acusado de ciertos robos, y condenado á algunos meses de cárcel; su aire de franqueza y de sencillez sedujo al alcaide, quien obrando quizás con alguna lijereza, le confió últimamente las importantes funciones de llavero. Sin embargo no le faltaban á Dougal algunas nociones de honor, y habia llenado su cargo con fidelidad, hasta

que la voz de Rob-Roy no le dejó atender mas que á su afecto á su antiguo jefe.

Sorprendido de ver que rehusaba redondamente una proposicion tan favorable, el señor Jarvie se volvió á mí diciéndome: — Ciertamente que la criatura es un idiota.

Yo manifesté mi reconocimiento á Dougal de una manera que le plugo infinitamente mas, poniéndole en la mano un par de guineas: apenas reconoció que era oro lo que tenia en la mano, dió un brinco con la agilidad de un corzo, y tocó los talones uno contra otro, de modo que dejara sorprendido á un maestro de baile francés. Despidióse de nosotros, corrió á la barca, y mientras que esta tomaba viento, le ví que enseñaba á los remeros lo que debia á mi liberalidad, y una porcion que les distribuyó escitó en ellos iguales arrebatos. Entonces, sirviéndome de una espresion favorita del dramático John Bunyan (1), « continuó su camino, y ya no le ví. »

El baile y yo montamos en nuestros caballos, y tomamos el camino de Glasgow. Cuando perdimos de vista el lago Lomond y su soberbio anfiteatro de montañas, no pude menos de manifestar con entusiasmo los sentimientos que me habian inspirado aquellos portentos de la naturaleza, aunque bien preveia que el banquero de Glasgow no era hombre para admirarlos.

— Sois jóven, me respondió, y sois Inglés. Todo eso podrá pareceros muy hermoso; pero yo que no soy muy simple, y que entiendo algo la diferencia de las tierras, daría todas las montañas que acabamos de ver por una aranzada de tierra á una milla de Glasgow. No sé si llegaré á verlo, pero permitidme que os diga, señor Osbaldiston, que no sin graves motivos perderé de vista de hoy

en adelante el campanario de San Mungo.

El honrado baile quedó en breve satisfecho; porque viajando no pocas horas después de puesto el sol, llegamos á su casa aquella misma noche, ó mas bien al día siguiente por la madrugada. Habiendo confiado mi compañero de viaje á los cuidados de la oficiosa y atenta Mattie, dirijíme á mi posada en casa de mistress Fleyter; y aunque era muy tarde, vi todavía por medio de una ventana que brillaba la luz en una estancia. Llamé, y vino á abrimme el mismo Andrés; dió un gran grito de alegría al verme, y sin pronunciar una sola palabra, subió precipitadamente la escalera. Seguíle, presumiendo que queria anunciar mi llegada á Owen: hallé con efecto á Owen, pero no estaba solo; habia con él uno en el aposento, y este era mi padre.

Su primer movimiento fué conservar su dignidad y su serenidad acostumbradas. — Me alegro de verte, Francisco. El segundo fué abrazarme tiernamente — ¡Mi querido hijo! ¡pobre chico! Owen tomó una de mis manos y la bañó con sus lágrimas, felicitándose por mi vuelta. Fué esta una de aquellas escenas que se pueden ver y comprender, pero que no cabe contar: después de un intervalo de tantos años, mis ojos se me empañan todavía en llanto al recordar este momento; y vos os le representaréis, mi querido Tresham, mucho mejor de lo que yo acertara describiroslo.

Quando se calmaron los tumultuosos arrebatos de nuestro gozo, supe que mi padre habia vuelto de Holanda y llegado á Lóndres dos días después de partir Owen para Escocia. No menos pronto en formar una resolucion que activo en ejecutarla, solo permaneció en la capital el tiempo necesario para arreglar sus negocios: sus recursos, su crédito, sus estensas relaciones, le propor-

(1) El místico autor del *Viaje del peregrino*.

cionaron casi de repente la cantidad que por la traicion de Rashleigh necesitaba, y que por sola su ausencia pareciera quizás imposible de reunir. Partió entonces para Escocia, así para comenzar los perseguimientos judiciales contra Rashleigh, como para arreglar los cuantiosos negocios que tenia en aquel pais; y queriendo restablecer completamente el crédito de su casa, que tal vez habia sufrido algun menoscabo en tan adversas circunstancias, llevóse las cantidades necesarias para arreglar y saldar todas sus cuentas corrientes. Su llegada fué una centella para Macvittie Macfin y compañía, quienes al verle aparecer en situacion tan floreciente como siempre, sintieron que no se hubiese eclipsado su estrella: pero mi padre estaba irritado por el tratamiento que dieran á su primer factor, al hombre que poseia toda su confianza; rehusó sus viles disculpas, saldó las cuentas con ellos, y les anunció que los habia ya borrado del número de sus corresponsales.

En tanto que gozaba de este pequeño triunfo sobre unos amigos fermentidos, no dejaban de incomodarle vivas inquietudes. acerca de mi paradero. Owen, que no conocia mas que las cercanías de Lóndres, no imaginara nunca que un viaje de cincuenta ó sesenta millas, que se pudiera hacer por toda la Inglaterra con comodidad, fuera capaz de esponer á uno al menor peligro: mas la inquietud es un mal contagioso, y á Owen se la pegó mi padre, que conocia mejor el pais adonde yo habia ido, y el carácter de sus habitantes. Algunos momentos antes de mi llegada aumentáronse todavía sus temores, porque Andrés Listo-á-todo amaneció en la posada, é hizo una relacion desastrosa y exajerada de la situacion en que debia yo de encontrarme, no pudiendo ni aun decir qué habia sido de mí. El duque, que nos tenia en algun modo prisioneros,

despues de interrogarle, le permitió que se retirase, y él no habia perdido un instante en tomar el camino de Glasgow.

Era Andrés uno de aquellos hombres que se alegran de hacer papel y de llamar la atencion que escita naturalmente el portador de una mala noticia. Así pues no trató de disminuir la impresion que debian producir los diversos acontecimientos que nos habian sucedido, sobre todo cuando supo que uno de sus oyentes era el rico comerciante de Lóndres: hizo una relacion circunstanciada de todos los peligros de que habia yo escapado, gracias, añadió, á su esperiencia, destreza y fidelidad.

¿Mas qué seria de mí, ahora que no estaba á mi lado mi ánjel custodio, en la persona de Listo-á-todo? Acerca de esto, decia, solo cabe formar conjeturas tan tristes como inciertas. En cuanto al baile, poco cuidado pasaba por un hombre que se daba siempre tanta importancia, y á Andrés no le agradaban esta clase de hombres. Ciertamente que en medio de las carabinas y de las pistolas, de los soldados de la milicia de caballería que hacian llover balas como granizo, de los *dirks* y de las *claymores* de los montañeses, no era fácil preveer cual seria la suerte del pobre jóven, y eso si no se ahogaba al pasar el vado de Avondow.

Esta relacion desesperara al bueno de Owen, si hubiera estado solo: pero mi padre, que conocia mucho á los hombres, dió al punto al carácter de Andrés su justo valor; no obstante, despojando de toda exajeracion el cuento que les habia referido, aun quedaba algo que los tenia en zozobra. Al punto resolvió pues partir en persona para tomar informaciones mas exactas; y si me tenian prisionero, bien los Highlanders, bien los de la milicia, tratar de obtener mi libertad por negociacion á por rescate. Habia dado á Owen las instruc-

ciones necesarias para que siguiese sus negocios en Glasgow durante su ausencia; y he aquí el motivo porque los hallara todavía de pié á semejante hora.

No nos separamos hasta muy tarde para acostarnos; mas yo estaba todavía muy ajitado para dormir mucho, y así es que me levanté muy temprano. Andrés entró en mi sala así que oyó pasos, pero ya no ví á Andrés despojado de todo, á la espantosa figura de Aberfoil: llevaba un vestido negro y muy decente, como si tuviese que seguir un entierro en aquella mañana, y hasta despues de muchas preguntas, que en cuanto pudo aparentó no comprender, no quiso participarme como no esperando ya verme vivo, habia creido oportuno vestirse de luto; y como su amigo el sochantre Hammorgaw tenia tambien una tienda de prendería, habia comprado aquel vestido de su casa por cuenta mia, añadiendo que era muy justo, puesto que perdiera el suyo sirviéndome á mí; y que ciertamente si la Providencia no me hubiera conservado, mi digno padre no permitiera que un pobre diablo, un antiguo criado de su familia, llevase una pérdida tan grande. Un vestido completo era poca cosa para un Osbaldiston (loado sea Dios) sobre todo cuando se trataba de un criado antiguo y leal.

Alguna justicia habia en este razonamiento de Andrés; su sutileza le salió bien, y ganó un buen vestido completo, con un sombrero y los otros accesorios á proporcion, señales exteriores del luto que se habia puesto por un amolleno de vida y de salud.

El primer cuidado de mi padre al levantarse fué ir á ver al señor Jarvie, cuya jenerosa conducta le habia inspirado el mas vivo reconocimiento, y se lo manifestó en pocas palabras, pero de una manera espresiva. Esplicóle en seguida la situacion

de sus negocios, y le ofreció que le confiaria la continuacion de los que habian estado hasta entonces á cargo de Macvittie y compañía. El señor Jarvie felicitó á mi padre de haber salido tan felizmente del momentáneo embarazo en que su ausencia habia puesto á su casa, y sin afectar rebajar el mérito de lo que emprendiera por servirle, díjole que solo habia hecho lo que quisiera que hiciesen por él; que en cuanto á los nuevos negocios de que proponia encargarle, era un ofrecimiento que aceptaba con placer, y del que le daba las gracias. Si Macvittie y compañía se hubiesen conducido con honor, no quisiera sustituirlos ni causarles el menor perjuicio; pero tras el modo como habian obrado, suya propia era la culpa.

El baile, tirándome entonces de la manga, me dijo con tono algo corrido:—Quisiera, mi querido señor Francisco, que hablásemos lo menos posible de todo lo que hemos visto allá. ¿A qué vendrá contar la deplorable historia de Morris, á menos que no se nos llame á declarar con juramento ante un tribunal? Y á mas los miembros del ayuntamiento no sabrian con gusto que uno de sus compañeros peleó con un montañés y le echó el *plaid* al fuego. Y sobre todo, aunque yo sea tan hombre como cualquiera otro cuando estoy en pié, ciertamente que el baile de Glasgow no hacia muy buena figura cuando estaba sin sombrero y sin peluca, colgándole la mitad del cuerpo, como un gato en una cuerda: el baile Grahame daria cualquiera cosa por saber este lance.

No pude menos de sonreirme al recordar la situacion á que aludia mi digno amigo, aunque no tenia ciertamente nada risible en el momento en que ocurrió. Sonrióse él tambien algo confuso, y me dijo meneando la cabeza:— ¡Ya lo veis! ¡ya lo veis! con que no digamos nada, para no hacer reir á los demás. Sobre todo

haced que calle esa lengua siempre en movimiento que teneis á vuestro servicio, prohibidle espresamente el hablar de ello; porque ni aun querria que llegase á oidos de la picarilla de Mattie, quien siempre me lo estaria encajando.

Sintiósse mas aliviado del temor de verse espuesto á la risa, cuando le informé de que la intencion de mi padre era salir de Glasgow al dia siguiente, y que pensábamos llevarnos á Andrés. Con efecto, puesto que mi padre habia recobrado casi todos los efectos que quitara Rashleigh de su caja, no tenia ya motivo para permanecer mas tiempo en aquella ciudad: en cuanto á los que mi respetable primo se habia llevado consigo, era preciso proseguir el recobro por las vias judiciales, y mi padre dejó poderes al efecto á un abogado que le prometió dar los pasos necesarios á fin de que le administrasen pronta justicia.

Pasamos el dia con nuestro amigo el señor Jarvie, quien no perdonó cosa alguna para tratarnos dignamente; y luego nos despedimos de él, como yo voy á hacerlo de esta narracion. Continuó prosperando, vió acumularse sobre su cabeza las riquezas y los honores, y llegó al primer grado de la magistratura de Glasgow. Cerca de dos años despues de la época de que hablo, hallándose cansado de un largo celibato, sacó á Mattie de la cocina para sentarla en la cabecera de su mesa, en calidad de mistress Jarvie. El baile Grahame, los Macvittie y algunos otros (porque no hay nadie que no tenga sus enemigos, sobre todo en el ayuntamiento de una ciudad de provincia) ridiculizaron esta metamórfosis. Mas dejémoslos hablar, decia el señor Jarvie; no me daré por entendido, ni perderé la felicidad del resto de mis dias por una semana de habladorías. Mi digno padre, que en paz haya, solia decir:

« Cejas negras, blanca tez,  
« Alegría y jentileza,  
« Y donaire, valen mas  
« Que diocro y que nobleza. »

Por otra parte Mattie (conclusion predilecta del baile) no era una criada adocenada: ¿acaso dejaba de ser prima del *laird* de Limmerfield?

Algunos amigos del baile pensaron que semejante matrimonio era una prueba algo arriesgada; mas ya fuese efecto de la noble sangre que circulaba por sus venas, ya consecuencia de sus prendas, lo cual no trataré de decidir, lo cierto es que Mattie se condujo perfectamente en el puesto á que la habia elevado el señor Jarvie, y que este nunca tuvo motivo para arrepentirse.

#### CAPITULO XXXVII.

AL dia siguiente por la mañana, estábamos para partir de Glasgow, cuando se precipitó Andrés en mi sala todo azorado, recorriéndola á largos pasos, jesticulando como un loco, y cantando y gritando:

« ¡ El horno se quema,  
« El horno se quema!  
« ¡ Cuidado, señora,  
« Que el horno se quema! »

No sin trabajo pude hacerle callar, y obligarle á que me explicase que venia á ser aquello. Informóme entonces, como si fuera la cosa mejor del mundo, que los Highlanders habian salido en masa de sus montañas, todos sin quedar uno; y que Rob-Roy, á la cabeza de aquella gaviilla de diablos rabiosos, llegaria á Glasgow antes de veinte y cuatro horas.

— ¡ Callad, embustero! le dije; debeis de estar beodo ú demente; y aunque fuese verdad, ¿es cosa para decirlo gritando, mentecato?

— ¡ Beodo ú demente! repuso: ¡ oh! sin duda; porque, ¡ Dios me libre! cuando uno anuncia á los de-

más noticias que no esperaban, ya se sabe, está beodo ú demente. Sobre todo, no me creais; ya veréis lo que resultará cuando lleguen á la ciudad las iribus, si estamos tan dementes ó beodos que las aguardemos.

A pesar de que era muy temprano todavía, pasé al punto al aposento de mi padre: estaba ya de pié, Owen con él, y ambos parecian muy sobresaltados.

La nueva de Andrés era sobrado verdadera; pues acababa de estallar la gran rebelion que despedazó á la Gran Bretaña en 1715. El desgraciado conde de Marr habia levantado ya el estandarte de los Estuardos, ¡ rebelion aciaga que costó la ruina de tantas familias distinguidas de Inglaterra y de Escocia! La traicion de algunos agentes *jacobinos*, entre otras, la de Rashleigh, y el arresto de algunos otros, habian revelado al gobierno de Jorje I la existencia de una conspiracion tramada mucho tiempo hacia, y cuyas ramificaciones eran muy extensas. Este descubrimiento aceleró la esplosion, y aunque se verificó en un punto sobrado distante del centro para que pudieran resultar consecuencias funestas para el pais, no por eso dejó de esparcirse la confusion en una parte de Escocia é Inglaterra.

Este grande acontecimiento me esplicó varias palabras que habia soltado Mac-Gregor: también conocí entonces el motivo porque las dos tribus de poniente que se reunieran para marchar contra él, se habian últimamente retirado. Era claro que habian cedido sus resentimientos particulares á la consideracion de que iban inmediatamente á combatir bajo las mismas banderas, y en defensa de la misma causa. Por fin, recordé diversas espresiones de Galbraith que me habian parecido oscuras cuando hablaba al duque, y que ahora comprendia perfectamente. Pero la mas cruel de mis reflexiones

era el pensar que Diana Vernon era entonces esposa de uno de aquellos hombres ocupados en turbar el reposo de mi patria, y que ella misma iba á hallarse espuesta á todas las privaciones y á todos los peligros que acompañarian la arriesgada vida de su marido.

Despues de una corta consulta acerca de lo que debíamos hacer en tales circunstancias, adoptamos el plan de mi padre, que consistia en partir al punto para Lóndres. Participé los deseos que tenia de ofrecer mis servicios al gobierno para entrar en un cuerpo de voluntarios, de los cuales se formaban ya muchos; y consintió en ello, porque, aunque enemigo por principios del estado militar, nadie hubiera espuesto su vida de mejor gana que él por la defensa de la libertad civil y relijiosa.

Atravesamos de prisa, y no sin correr algunos peligros, el condado de Dumfries y todos los condados del mediodia de Escocia y del norte de la Inglaterra. Todos los señores de aquellos alrededores, del partido de los *Torys*, habian tomado ya las armas y las habian hecho tomar á sus vasallos, mientras que los *Whigs*, reuniéndose en las principales ciudades, armaban á los habitantes, y se disponian para la guerra civil. Poco faltó para que nos arrestasen repetidas veces, y á menudo tuvimos que tomar caminos desviados para evitar el pasar por puntos de reunion.

Cuando llegamos á Lóndres, mi padre se asoció con los banqueros y comerciantes que habian determinado sostener al gobierno y atajar la baja de los fondos públicos, con la cual contarán los conspiradores para el buen éxito de su empresa, obligando al gobierno á una quiebra. Nombráronle presidente de este cuerpo formidable de capitalistas, cuyos miembros todos tenian entera confianza en sus conocimientos, en su zelo y actividad. De este modo vino á

ser el órgano de sus comunicaciones con el gobierno, y halló medio de comprar, así con sus propios fondos como con los de la sociedad, la inmensa cantidad de efectos públicos que á la primera noticia de la revuelta trataron de presentar en la bolsa para que llegasen á desestimarlos, lo que no sucedió, gracias al feliz efecto de la asociacion de que acabo de hablar.

Yo tampoco permanecí en la inaccion: obtuve una comision, levanté doscientos hombres á espensas de mi padre, y me incorporé con el ejército del general Carpenter.

Sin embargo la rebelion se habia estendido hasta Inglaterra. El conde de Derwentwater habia tomado las armas en favor de los Estuardos con el jeneral Foster. Mi pobre tío, sir Hildebrando, cuya hacienda estaba reducida á casi nada á consecuencia de su indolencia, de la falta de conducta de sus hijos y del desorden habitual que reinaba en su casa, habia tenido la flaqueza de seguir este desgraciado estandarte; pero antes de abrazar tal partido, tuvo una precaucion que nadie le supusiera, la de hacer su testamento.

En este testamento, legaba su dominio de Osbaldiston-Hall y todos sus bienes, á todos sus hijos sucesivamente y á sus herederos varones, principiando por el mayor, hasta que llegaba á Rashleigh, á quien detestaba con toda su alma por causa de la variacion de sus sentimientos políticos: legábale un chelin á título de legítima, y me nombraba á mí por heredero suyo en caso de morir los otros cinco hijos sin posteridad masculina, directa y legítima. El buen anciano me habia estimado á mí siempre; por otra parte es probable que viendo á su rededor cinco hijos robustos, creia que el legado no podia llegarme, y lo habia hecho principalmente para dejar una prueba auténtica de su descontento contra Rash-

leigh. En el último artículo legaba á la sobrina de su difunta esposa Diana Vernon, á quien llamaba lady Diana Vernon Beauchamp, algunos diamantes que habian pertenecido á su tía, y un gran vaso de plata en el cual estaban grabadas las armas de las familias Vernon y Osbaldiston.

Empero habia decretado el cielo que se acabase su estirpe mas presto de lo que presumia. En la primera revista que pasaron los conspiradores en un lugar llamado Green-Rigg, Thorncliff tuvo una querella sobre la precedencia con un hidalgo de las fronteras del Northumberland, tan feroz y tan intratable como él mismo. A pesar de todas las exhortaciones que les hicieron, dieron á su comandante una prueba de la buena disciplina que reinaba en su cuerpo, batiéndose en duelo, y Thorncliff quedó muerto en el sitio. Su muerte fué una pérdida muy sentida por sir Hildebrando, porque, á pesar de su carácter quimerista, tenia un grano ú dos de juicio mas que los otros hermanos, exceptuando á Rashleigh.

Percy, el borrachon, tuvo un fin digno de su carácter: desafió á uno de sus hermanos de armas, famoso por sus hazañas en este jénero, y apellidado Brandy-Swalloweeel, á quien beberia mas aguardiente cuando proclamasen los insurgentes al rey Jacobo en Morpeth. Se me ha olvidado la cantidad exacta de este pernicioso licor que apuró Percy, pero le ocasionó una calentura inflamatoria, de la cual murió al tercer dia, gritando á cada instante: — ¡Agua! ¡agua!

Dick se rompió la cabeza cerca de Warrington-Bridge: deseando vender muy cara una mala yegua á uno de sus camaradas, quiso probarle que se hallaba en estado de hacer proezas; trató de hacerla saltar por encima de una barrera; el animal tropezó y derribó á su picador, quien se estrelló la cabeza contra un árbol contiguo.

El imbécil Wilfredo tuvo, como

sucede á menudo, la mejor suerte de toda la familia. Matáronle en Proud-Preston, en el Lancashire, el dia en que el jeneral Carpenter atacó los atrincheramientos: habia peleado con gran valor, aunque me han asegurado que nunca habia podido comprender bien la causa de la querella, y aunque no se acordaba siempre por cuál de los dos reyes peleaba. Su hermano John se encontraba en el mismo sitio: portóse con denuedo, y recibió muchas heridas peligrosas de las cuales no tuvo la dicha de morir en el campo de batalla.

El ejército de los insurgentes se rindió á discrecion al dia siguiente; y el viejo sir Hildebrando, abrumado ya por las desgracias acaecidas á su familia en tan poco tiempo, fué conducido prisionero á Newgate con su hijo John.

En cuanto me ví libre de mis deberes militares, no perdí un instante en socorrer á estos dos desgraciados parientes. El crédito de mi padre con el gobierno, y la compasion que inspiraba jeneralmente un anciano que habia perdido sucesivamente cuatro hijos, salvaron á mi tío y á mi primo del peligro de ser juzgados como reos de alta traicion; pero su sentencia fué pronunciada por un tribunal supremo y sin apelacion. John murió de sus heridas en Newgate, recomendándome en sus últimos suspiros un par de halcones de caza que habia adiestrado él mismo, y que habia dejado en Osbaldiston-Hall, y una perra faldera llamada Lucy.

Mi pobre tío parecia agobiado por sus desgracias domésticas y por las circunstancias que las habian acarreado: hablaba poco, pero mostraba que me agradecia las atenciones que usaba y debia usar con él. No fuí testigo de su primera entrevista con mi padre, á quien hacia muchos años que no habia visto: debió de ser penosa para ambos, si juzgo por el estado en que hallé á mi padre despues

de verificada. Sir Hildebrando no hablaba nunca de Rashleigh, el único hijo que le quedaba, sino con cierto sentimiento de amargura: acusábale de la ruina de su casa, y de la muerte de sus hermanos, declarando que ni él ni sus hijos hubieran tomado parte en todas aquellas intrigas políticas, si no fuera por las sugestiones de este fementido, que habia sido el primero en venderlos. Hablaba algunas veces de Diana, y siempre mostrándole mucho afecto: un dia que estaba yo sentado cerca de su lecho, me dijo: Sobrino, ya que han muerto Thorncliff y todos los otros, siento que no puedas casarte con ella.

Esta espresion *todos los otros* me conmovió vivamente, porque era una frase de que se servia por lo comun el pobre *baronnet* cuando partia alegremente á la caza con sus hijos; distinguia á Thorncliff llamándole por su nombre, pues era su privado, y designaba siempre á sus hermanos de un modo jeneral: — ¡Hola! ¡he! gritaba con ruidosa alegría, ¡llamad á Thorncliff, llamad á todos los otros! ¡Qué diferencia entre aquel tono y el taciturno y lúgubre con que acababa de pronunciar las mismas palabras! Entonces fué cuando me habló de su testamento: comunicóme su contenido, me entregó una copia, y me participó que el orijinal estaba depositado en poder de mi antiguo conocido, el juez Inglewood. Este majistrado, sin ser temido de nadie, era mirado como una especie de poder neutral; ambos partidos tenian en él igual confianza, y creo que en aquella época era depositario de la mitad de los testamentos del Northumberland.

Mi tío empleó sus postreros momentos en cumplir los deberes prescritos por la religion que profesaba, y obtuvimos del gobierno, no sin algun trabajo, permiso para que el capellan del embajador de Cerdeña le diese los consuelos de la fe. Ni mis

propias observaciones, ni las respuestas que los médicos dieron á mis preguntas, pudieron hacerme saber el nombre de la enfermedad que terminó sus días. Su temperamento, gastado por sus excesos en el beber y por las fatigas de la caza, á la cual se daba sin descanso, habia recibido el último choque en los pesares que acababa de sufrir; consumiéndose mas bien que no murió, á la manera que un bajel, despues de haber sido largo rato juguete de los vientos y de la tempestad, abre paso al agua por mil hendiduras imperceptibles, y va á pique sin causa aparente de destrucción.

Es bastante extraño que mi padre, despues de cumplir los últimos deberes con su hermano, mostrase vivos deseos de que no perdiera yo un instante en tomar posesion de Osbaldiston-Hall, y en ser el representante de la casa de su padre, lo que hasta entonces habia sido al parecer la cosa que menos atractivos tenia para él; pero habia hecho como la zorra de la fábula, que aparentaba despreciar lo que no estaba á su alcance: no dudo por otra parte que su resentimiento contra Rashleigh (al presente sir Rashleigh Osbaldiston), quien daba grandes voces y amenazaba que acudiria contra el testamento de su padre, debió de contribuir á aumentar su deseo de mantener su validez.

—Yo fui injustamente desheredado por mi padre, me dijo, porque habia seguido el comercio. Mi hermano ha reparado aquella injusticia, dejándote los residuos de sus arruinados bienes: serás su heredero natural, y gastaré diez veces el valor del legado antes que dejarte renunciar á él.

Rashleigh no era á la sazón un personaje de poco bulto, cuyas amenazas pudieran despreciarse: las revelaciones que habia hecho al gobierno en circunstancias críticas, la estension de las informaciones que

diera, la destreza con que supo hacer valer las menores noticias y los mas leves servicios, habianle alcanzado protectores bastante poderosos en el ministerio. Pleiteábamos ya con él por el negocio de los vales que habia sacado de nuestra caja, y si se habia de juzgar por los pocos progresos que hacia un pleito tan sencillo en apariencia, era de temer que el segundo, que era mas arduo, se prolongase mas allá del término natural de nuestra vida.

Para abreviar estas dilaciones en cuanto fuera posible, mi padre aconsejado de su abogado, compró en mi nombre todos los créditos que estaban hipotecados sobre el dominio de Osbaldiston: tal vez quiso tambien utilizar esta ocasion para realizar una parte de los lucros considerables que habia sacado de la alza de los fondos, despues de la dispersion de los rebeldes. Como quiera, resultó que cuando dejé la espada y el cinturón, en vez de mandarme sentar en el bufete, como esperaba, porque le habia declarado que me someteria á cuanto ordenase, me hizo partir para Osbaldiston-Hall, para que tomase posesion de él, como representante actual de aquella familia. Me encargó que me avistase con el juez Inglewood, que le reclamase la entrega del testamento de mi tío, y que tomase todas las medidas necesarias para hacerle ejecutar.

Esta mudanza de destino no me dió todo el gusto que era de creer: Osbaldiston-Hall se presentaba á mi ánimo acompañado de penosas memorias; sin embargo pensé que únicamente en aquellos contornos era probable que obtuviese algunas luces sobre el destino de Diana Vernon. Todo me hacia temer que fuese muy diferente del que yo le hubiera deseado; pero hasta entonces nada habia podido saber. En vano traté, cuando hacia frecuentes visitas á mi tío en Newgate, de granjearme la confianza

de diversos presos, prestándoles cuantos servicios me era dable; las sospechas que escitaba naturalmente un hombre que habia llevado las armas contra ellos, un primo del traidor Rashleigh, cerraba todos los corazones y todas las bocas, y no recibia por todas mis atenciones mas que unas frias gracias, que aun parecia que me las dirijian á su pesar. El brazo de la ley habia ya caido sobre muchos de los presos, y los que les habian sobrevivido concebian mayor aversion á todos los que miraban como enlazados con el gobierno existente. Como los conducian sucesivamente al suplicio, los últimos no tomaban ya ningun interés en el género humano, y perdian hasta el deseo de tener con los hombres comunicacion alguna. No olvidaré tan fácilmente que, habiendo preguntado á uno de ellos, llamado Eduardo Shafton, si deseaba alguna cosa que yo pudiera darle para variar la tosca comida de la cárcel:

—Señor Frank Osbaldiston, me respondió, supongo que vuestro ofrecimiento es sincero, y os doy las gracias; pero ¡por Dios! ¿creeis que se ceban los hombres como las aves? Cuando vemos que se llevan todos los días á algunos de nuestros compañeros, ¿no debemos preveer que no ha de tardar nuestro turno?

Todo bien considerado pues, no sentí salir de Lóndres, é ir á respirar el ambiente mas puro del Northumberland. Andrés se habia quedado á mi servicio, gracias en parte á la proteccion de mi padre, quien mostró deseos de que le conservase por criado. Los conocimientos locales que tenia en Osbaldiston-Hall y sus cercanías podian serme útiles en este momento; díjele pues que se vendria conmigo, y á fin de que me fuera posible desembarazarme de él, tuve el gusto de prevenirle que le restableceria en las funciones de hortelano que llenaba en otro tiempo. No sé

como hizo para que mi padre se interesase en su favor; yo lo atribuyo al arte, que poseia en grado eminente, de aparentar sumo cariño á su amo: este cariño no existia no obstante mas que en teoría, y no le impedía en manera alguna buscar todos los medios de llenar su bolsillo á espensas del mio; mas fuerza es convenir tambien en que era un privilegio que queria gozar solo, y en que defendia mis intereses con zelo cuantas veces no estaban en oposicion con los suyos.

Hicimos nuestro viaje hácia el norte sin que nos ocurriese ningun lance notable, y hallamos aquel pais, tan agitado no hacia mucho por los furores de la rebelion, gozando de cabal sosiego. Quanto mas nos acercábamos á Osbaldiston-Hall, mas se helaba mi corazón con la idea de volver á ver este alcázar, tan ruidoso en otro tiempo y tan desierto hoy día: por fin, para retardar mi llegada allí veinte y cuatro horas, resolví ir á visitar antes al juez Inglewood.

Este venerable personaje, durante las turbulencias que acababan de estallar, reflexionó mucho lo que habia sido en otro tiempo, y lo que era entonces: sus consideraciones sobre lo pasado no habian tenido poco influjo para entibiar la actividad que debia emplear en semejantes circunstancias, y de esto le resultó una fortuna. Su escribano Jobson, cansado de su indolencia, le dejó para trabajar en casa de cierto señor Standish, nombrado nuevamente juez de paz, y el que daba las pruebas menos equívocas de un zelo ardiente por el rey Jorge y por la sucesion protestante. Era tan estremado en esto, que Jobson, muy lejos de tener que estimularle como á su antiguo patron, se veia algunas veces obligado á contenerle en justos límites.

El viejo juez Inglewood me recibió con mucha cortesania, y me entregó sin dificultad el testamento de

mi tío, que estaba al parecer perfectamente arreglado. Al principio se mostraba algo confuso, por ignorar en que sentido debía hablar en mi presencia; mas cuando vió que, aunque partidario decidido, por principios, del gobierno actual, compadecía á aquellos á quienes un deber y una lealtad mal dirigida habian arrastrado al partido opuesto, me encajó una relacion muy divertida de lo que habia hecho y de lo que no habia hecho, nombrándome á los que habia determinado con sus consejos á no juntarse con los rebeldes, y los que huyeron, sin que él les dijese nada, cuando se apaciguó la revuelta en que habia tenido la desgracia de hacer un papel activo.

Estábamos los dos solos, y habíamos ya apurado no pocos brindis por espreso mandato del juez, cuando de repente me invitó á llenar el vaso hasta el borde, *bona fide*, para echar un *toast* á la pobre miss Diana Vernon, á la rosa del desierto, al brezo del Cheviot, á aquella flor que iba á ser trasplantada en un maldito claustro.

— ¿No está casada miss Vernon? exclamé yo: creía que su Escelencia.....

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah! Su Escelencia, Su Señoría! ¡puras pamplinas, títulos de la corte de San-Jerrián! Es el conde de Beauchamp, sir Federico Vernon, á quien el duque de Orleans, el rejente, habia nombrado su ministro plenipotenciario, sin saber tal vez que existia. Pero vos le veriais en el alcázar, cuando haria allí el papel del padre Vaughan.

— ¡Del padre Vaughan! ¿es posible? ¿Luego sir Federico Vernon era el padre de miss Diana?

— Ciertamente. No hay para que guardar ahora el sijilo, pues ha salido del país, sin lo cual me seria forzoso arrestarle. Vamos, ¿llenasteis el vaso? A brindar ahora, á brindar por esta querida miss Diana que he-

mos perdido. Ya sabeis la cancion:

A su salud bebamos, etc.

El lector (1) creará sin dificultad que yo no estaba dispuesto á tomar parte en la alegría del juez, aturcido con la noticia que acababa de darme. — No sabia, le dije, que viviese todavía el padre de miss Vernon.

— No es por culpa del gobierno, dijo Inglewood, porque á fe mía que no existe ningun hombre por cuya cabeza diera mas dinero que por la suya. En otro tiempo fué condenado á muerte por la conspiracion de Fenwick, lo que no le impidió dirigir la trama de Knight-Bridge en el reinado de Guillermo, y como habia casado con una parienta de la casa de Breadalbane, tenia en Escocia grande influjo. Hasta corrió la voz de que habian querido hacer de su entrega una de las condiciones de paz de Ryswick; pero en aquella época tuvo la precaucion de finjirse enfermo, y hacer anunciar su muerte en la gaceta de Francia.

Por último volvió aquí; y fácilmente le conocimos nosotros los *Caballeros* (2) viejos, es decir que yo mismo, sin ser *Caballero*, le conocí; mas como no me dirijieron ninguna delacion contra él, y como frecuentes ataques de gota me han dejado tan poca memoria, no hubiera podido afirmar su identidad con juramento. ¿Lo entendeis?

— ¿Y en Osbaldiston-Hall no le conocian?

— No le conocian mas que su hija, el viejo hidalgo, y Rashleigh, quien habia descubierto este secreto, como descubria otros muchos, y se servia de él como de una cuerda puesta al rededor del cuello de la pobre Diana. Cien veces la he visto pronta á chocar de frente con él, si

(1) El autor olvida aquí por distraccion que Francisco Osbaldiston se dirije á Trisham.—

(2) Nombre que dan á los *Torys*.

no la detuviera el temor de su padre, cuya vida no hubiera estado segura cinco minutos, á ser descubierto por el gobierno. Pero comprendedme bien, señor Osbaldiston; cuando hablo del gobierno, no quiero decir que no sea bueno, justo y clemente: ha hecho ahorcar sin duda á no pocos rebeldes, ¡pobres diablos! mas todo el mundo confesará que no hubiera tocado á uno solo de ellos, si hubiesen permanecido quietos en sus casas.

Poco deseoso de entrar en una discusion política, hice recaer la conversacion sobre una materia mas interesante para mí, y supe que habiendo declarado positivamente Diana que no se casaria con ninguno de los hermanos Osbaldiston, y habiendo manifestado particularmente su aversion á Rashleigh, este mostró alguna frialdad por la causa del Pretendiente; causa que habia abrazado, porque, siendo el mas jóven de los seis hermanos, y osado, astuto, capaz de todo, esperaba hacer fortuna por tal camino. Cuando creyó hallar medios para llegar al mismo fin por otra senda, no vaciló en variar, y vendió á sus antiguos asociados para alcanzar la privanza del gobierno. Probablemente se determinó tambien á ello por anhelo de venganza, porque sir Federico Vernon y los caudillos montañeses le habian obligado á restituir los vales que quitara de la caja de mi padre; y quiso que pasase este robo por una medida política, como me lo habia explicado estensamente mi amigo el señor Jarvie. Mas lo que probaba que llevaba otras miras, es que habia librado los vales á la vista, que se habia apropiado su importe, y que hasta habia tratado de negociar los otros en Glasgow. Como estaba dotado de grande penetracion, sobre todo cuando se trataba de intereses suyos, quizás reconoció por fin que los conspiradores no tenian ni los medios ni el talento necesario para derribar un gobierno bien estableci-

do; y su norma era seguir el partido que mas ventaja le prometiese. No le costó poco á sir Federico Vernon, ó como le llamaban los *jacobinos*, su Escelencia el conde de Beauchamp, el librarse con su hija de las consecuencias de la delacion de Rashleigh.

A esto se limitaban las informaciones del señor Inglewood; mas no dudaba de que sir Federico y su hija estarian ya seguros en el continente, puesto que no se habia sabido que hubiesen caido en manos del gobierno, el que sin duda no tendria secreta una captura de tal importancia. Diana, habiendo rehusado casarse con uno de los hijos de sir Hildebrando, debía entrar en un convento segun un arreglo cruel hecho entre él y sir Federico Vernon. El señor Inglewood no pudo explicarme enteramente la causa de este tratado singular; pero presumia que era una especie de convenio de familia, cuyo objeto habia sido conservar á sir Federico una parte de sus bienes, que habian pasado á la familia de Osbaldiston cuando se los confiscaron, con alguna estratajema legal: tratado, que, como muchos que se vieron en aquella época, se habia hecho sin atender mas á los sentimientos de las principales partes interesadas, que si estas formasen parte de los animales arejos á un cortijo arrendado á medias.

El corazon humano es tan difícil de analizar, que no sabré decir si esta noticia me dió gusto ó pesar: parecióme con todo que la certidumbre de que Diana estaba separada de mí, no por los lazos del matrimonio, sino por las rejas del claustro, aumentaba el sentimiento de haberla perdido, en vez de suavizarlo. Púseme triste, meditabundo, y no pude seguir la conversacion con el juez Inglewood; comenzó este á bostezar, y yo le pedí licencia para retirarme temprano: despedíme de él aquella tarde misma, con ánimo de partir á la madrugada del dia siguiente para

Osbaldiston-Hall.

—Haréis bien, me dijo, en dejarnos ver allí antes que se esparza la noticia de vuestra llegada, porque sé que sir Rashleigh Osbaldiston está en el país; se hospeda en casa de Jobson, donde sin duda se oculta alguna trama. Son criados el uno para el otro, ¿por qué queréis hombre de honor querria hallarse en su compañía? Mas es imposible que se reúnan dos cabezas semejantes sin urdir alguna trama contra alguno.

Concluyó recomendándome que no partiese al día siguiente sin abrigar el estómago de modo que pudiese tolerar el frío de la mañana, atacando el pastel de venado, y vaciando una botella de vino que al efecto dejó en la mesa en que acabábamos de cenar.

#### CAPITULO XXXVIII.

Pocas sensaciones hay mas tristes que las que sentimos cuando vemos desiertos y abandonados unos lugares que nos ofrecieron en otro tiempo escenas de placer (1). Dirigiéndome á Osbaldiston-Hall, encontré los mismos objetos que viera en aquel memorable día en que volvia con miss Vernon de Inglewood-Place: su memoria me acompañó durante todo el camino, y cuando pasé por junto al sitio en que la ví por la primera vez, creía oír todavía los ladridos de los perros, el ruido de los caballos, el sonido de las cornetas; é involuntariamente dirigí la vista hácia la colina de donde la habia visto descender, como si esperase una nueva aparicion. Mas cuando llegué al alcázar, el profundo silencio que allí reinaba, las ventanas todas cerradas, la yerba que habia crecido en los patios, todo me ofrecia melancólico contraste con la estrepitosa al-

(1) Tal es la idea de estos dos versos del Dante:  
Nessun maggior dolore che ricordarsi  
Del tempo felice nella miseria.

gazara de que tantas veces fuera testigo al partir para la caza. Parecía que un silencio eterno habia sucedido al ladrar de los impacientes perros, al relinchar de los caballos, al gritar de los picadores y á las ruidosas carcajadas del bueno de sir Hildebrando puesto á la cabeza de su numerosa comitiva.

Al esplayar mis miradas por aquella escena desierta y muda, no pude pensar sin dolor, aun en los que entonces fijaban menos mi atencion: era cosa tristísima el recordar que toda aquella familia, compuesta de robustos hijos, habia sido en tan breve tiempo precipitada al sepulcro, con diferentes jéneros de violenta é inesperada muerte. Muy débil consuelo era para mí el decirme que entraba como propietario en un lugar, del que habia salido casi huyendo: no estando acostumbrado á mirarme dueño de todo lo que me rodeaba, considerábame casi como un usurpador, ó al menos como un extraño indiscreto; y apenas podia apartar de mí la idea de que la sombra de alguno de mis primos iba á aparecerse, como un espectro jigante de los de las novelas, para disputarme la entrada del alcázar.

Mientras que me ocupaban estos pensamientos, esforzábame Andrés en dar redoblados golpes á todas las puertas, llamando al propio tiempo con tono bastante alto para indicar la importancia con que debia presentarse como primer escudero del nuevo señor del dominio. Por fin Antonio Syddall, antiguo despensero y mayordomo de mi tío, se asomó á una ventana baja guarnecida con barrotes de hierro, y nos preguntó qué queríamos.

—Venimos á relevaros de guardia, dijo Andrés; con que entregadme las llaves; antiguo amigo, á cada puerco le llega su san Anton. Yo os quitaré el cuidado de la vajilla y de la bodega: no hay haba que no tenga su señal

negra, ni hay senda sin ortiga; así es que tomaréis en el cabo inferior de la mesa el lugar que tenia en otro tiempo Andrés.

Logrado que hube imponer silencio al charlatan, espliqué á Syddall la naturaleza de mis derechos, y le dije que abriese el alcázar que al presente era propiedad mia. El viejo pareció muy ajitado, y aunque de un modo humilde y sumiso, manifestó mucha repugnancia en obedecer: yo atribuí la causa de esto á su afecto á sus antiguos dueños, y este sentimiento le escusaba y honraba á mis ojos. Insistí sin embargo en que me abriese, y le dije que si se negaba á hacerlo, me obligaria á recurrir al *warrant* del juez Inglewood, y á pedir la asistencia de un *constable*.

—Hemos estado esta mañana en casa del juez Inglewood, dijo Andrés, como apoyando mi amenaza, y en el camino encontramos á Archie Rudledle el *constable*. El país se halla al presente sometido á las leyes, señor Syddall, y los *papistas* y los rebeldes no son ya dueños de él como en otro tiempo.

La amenaza de recurrir á una autoridad legal, pareció formidable á un viejo que conocia que la religion que profesaba y su afecto á sir Hildebrando y á sus hijos podian hacerle sospechoso á él mismo. Abrió pues con cierto temblor una puerta guarnecida de cerrojos y de barras de hierro, y me dijo que no tomase á mal la fidelidad con que trataba de desempeñar sus deberes: yo le tranquilicé respondiéndole que era muy apreciable á mis ojos.

—Yo no pienso lo mismo, dijo Andrés; Syddall es piloto viejo, y no estaria pálido como una mortaja, ¡Dios me libre! ni los dientes que le quedan le darian unos con otros, si no hubiese mas de lo que acaba de decirnos.

—¡Perdóneos Dios, señor Listo-á-todo, repuso el viejo despensero,

el hablar así de un antiguo camarada! ¿Dónde quiere su señoría que encienda lumbre? me dijo con el tono mas humilde: temo no os parezca muy triste, muy melancólico el alcázar; ¿volveréis á comer á Inglewood-Place?

—Encended lumbre en la biblioteca.

—¡En la biblioteca! ya hace mucho tiempo que no ha entrado nadie allí.... La chimenea humea.... Los pichones anidaron allí la primavera última; y no tengo aquí á nadie que la limpie.

—Nuestro humo vale mas que el fuego de los otros, dijo Andrés: á su señoría le gusta la biblioteca; no os figureis que es de los que se complacen en la ciega ignorancia, señor Syddall.

El despensero me condujo á la biblioteca con un aire que anunciaba claramente que obraba contra su voluntad: abrióme la puerta, y contra lo que esperaba, hallé el aposento mas aseado que nunca le habia visto. Ardía en la chimenea una excelente lumbre, sin la menor apariciencia de humo: Syddall tomó las tenazas para arreglar los tizones, ó mas bien para ocultar su confusion.

—Cosa estraña, dijo, ahora arde, despues de humear toda la mañana.

Deseando hallarme solo hasta que hubiese dominado los diversos impulsos que me provocaba la vista de todo lo que me rodeaba, dije al viejo despensero que advirtiese á la persona encargada de recibir la renta de las tierras que deseaba hablarle. Vivía cerca de media milla distante, y observé que se disponia á obedecerme otra vez con cierto sentimiento. De seguida mandé á Andrés que buscara en la vecindad un par de jóvenes robustos en quienes tuviese confianza, sabiendo á que extremos era capaz de llegar Rashleigh, que se hallaba en las cercanías: Andrés se encargó con celo de la comision, y me dijo

que hallaría en Trinlay-Knowe dos buenos presbiterianos como él, capaces de hacer frente al *viejo de las siete montañas*, al diablo y al Pretendiente. Yo mismo me alegraría, añadió, de que tuviéramos compañía aquí; porque ¿os acordais de que os dije el día en que partimos, que me había atormentado un duende la noche anterior? Fué en el jardín, á la claridad de la luna. Vos no quisisteis creerme: pues bien, caiga un rayo encima de todas las flores del jardín, si aquel duende no se parecía á este retrato.—Y me señalaba un cuadro que representaba, segun me habían dicho, al abuelo de miss Vernon.—Siempre pensé, continuó, que se valían de brujerías los *papistas*; pero hasta entonces no había visto duendes.

— ¡Vamos, andad! traedme esos que decís; tratad de que tengan mas juicio que vos, y que no les ponga miedo su sombra.

— ¡Ah! dijo Andrés con aire de importancia, todos los vecinos saben que soy tan valiente como el primero; pero, ¡Dios me libre! no quiero habérmelas con duendes.

Apenas salió, entró en la biblioteca el señor Wardlaw, que llevaba las funciones de mayordomo de la hacienda.

Era un hombre íntegro, pues sin esta prenda hubiera sido difícil á mi tío el mantenerse por tanto tiempo en la posesión de Osbaldiston-Hall. Enseñóle el testamento de sir Hildebrando, y reconoció su validez: para cualquiera otro, hubiera sido de poco provecho aquella herencia, atendido el gran número de deudas é hipotecas de que estaba gravada: pero no olvidemos que mi padre había reembolsado en mi nombre una parte de los créditos, y que se ocupaba en comprar los restantes.

Hablé largo rato de negocios con el señor Wardlaw, y le convidé á comer. Mandé que sirviesen la comida

en la biblioteca, á pesar de las instancias de Syddall para que bajase al comedor, que tenía preparado, me dijo, para recibirme. Estando en la comida, llegó Andrés con su recluta de dos verdaderos *azules* (1), á los cuales elojó con calor, dándomelos como hombres sobrios, honrados, de sana doctrina, y sobre todo, bravos como leones: dí orden para que les diesen de comer, y se retiraron. El viejo Syddall meneaba la cabeza disponiéndose á seguirlos; yo le dije que se aguardase y me esplicase lo que significaba el jesto que acababa de hacer.

—No espero, dijo, que su señora dé crédito á lo que voy á decirle; y sin embargo es la pura verdad. Antonio Wingfield es un mozo honrado, tan honrado como el primero del mundo; pero el mayor bellaco que hay en estas cercanías es su hermano Lancy. Todo el país sabe que sirve de espía al escribano Jobson, y que le ha denunciado no pocos hombres de bien que se han visto en apuros en estos últimos tiempos; pero no es católico, y no se necesita mas hoy día.

Fijé poco la atención en estas palabras, atribuyéndolas al espíritu de partido y á la diferencia de opiniones religiosas; y el viejo, despues de poner el vino en la mesa, se retiró con aire satisfecho.

El señor Wardlaw se quedó conmigo hasta que el día principió á declinar; entonces recojió sus papeles, despidióse de mí, y dejómelo en aquella situación de ánimo en que no se sabe, por decirlo así, si quisiera uno tener compañía ó permanecer en la soledad. Finalmente, no tenía libertad para elejir, y me encontré en el aposento del alcázar mas propio para inspirarme reflexiones melancólicas: allí era donde había pasado tantos momentos felices cerca de Diana, y

(1) *True-Blue*, dos verdaderos enemigos de los *jacobinos*.

pensaba tristemente que ya no la volvería á ver.

Cuando el día principiaba á desaparecer, ví asomarse á la puerta de la sala la cabeza de Andrés, no para preguntarme si queria luz, sino para aconsejarme que la tomase, como medida de precaucion para apartar los duendes. Yo le dije con bastante enfado que se retirase, y sentándome en un sitial delante de la grande chimenea gótica, me puse maquinalmente á revolver la lumbre; y siguiendo con los ojos la leña que se volvía carbon, y el carbon que se reducía á cenizas: — ¡Hete aquí, exclamé, hete aquí la imájen y el resultado de los deseos del hombre! un nada los enciende, la esperanza los alimenta, y en breve el hombre, con sus pasiones y sus esperanzas, no es mas que un vil monton de cenizas.

Cuando acababa de hablar, oí al otro extremo de la biblioteca un suspiro que parecia responder á mis reflexiones. Volvíme precipitadamente... y ví delante de mis ojos á Diana Vernon. Apoyábase en el brazo de un hombre tan semejante al retrato de que Andrés me había hablado por la mañana, que eché una mirada al cuadro, como si esperase hallarle vacío. Mi primera idea fué que la agitacion de mi espíritu causaba esta ilusion, ó que veía dos sombras salidas de la noche del sepulcro: una segunda ojeada me convenció no obstante de que no estaban trastornados mis sentidos, y que tenia delante dos sustancias corpóreas. Era sin duda alguna la misma Diana, aunque mas pálida y mas flaca, y su compañero no era otro que el padre Vaughan, ó por mejor decir, sir Federico Vernon, quien llevaba por casualidad un vestido del mismo color y casi de la misma hechura que el del personaje pintado en el mencionado retrato. El fué el primero que rompió el silencio: Diana estaba cabizbaja, y yo mudo de admiracion.

—Aquí teneis, señor Osbaldiston, me dijo, unos suplicantes que os piden asilo y proteccion, hasta que puedan continuar un viaje en que corro el riesgo de encontrar á cada paso los calabozos y la muerte.

—Ciertamente, le respondí haciendo un esfuerzo para recobrar la palabra, que no creeré mis Vernon... ni vos supondréis, señor mio, que haya olvidado vuestras finezas, ó que sea capaz de vender á nadie, y mucho menos á vos.

—Lo sé, dijo sir Federico, y con todo solo con indecible repugnancia os pido un favor quizás desagradable, pero seguramente peligroso. Quisiera poder reclamarle de cualquiera otro: mas el destino que me ha conducido por una vida ajitada y peligrosa, me estrecha de tal modo en este instante, que no me queda otra alternativa.

En este momento oí ruido en la escalera, y el officioso Andrés exclamó abriendo la puerta: — Os traigo las bujías, encendedlas cuando querais.

Yo me precipité hácia la puerta, esperando llegar á tiempo para impedirle que viese como no estaba solo: reempujéle con violencia, cerré la puerta y pasé el cerrojo. Pero recordando al punto sus acostumbradas habladuras, y los dos compañeros que tenia en la cocina; acordándome tambien de la observacion de Syddall de que uno de ellos era reputado por espía de Jobson, bajé de seguida, y los encontré reunidos á los tres. Andrés hablaba en voz alta cuando llegué; mas así que me vió calló.

— ¡Qué teneis, mentecato? le dije; estais azorado como si hubieseis visto un duende.

—No, no, respondió: no, no hay ningun duende allá dentro; sino que me reempujasteis con tanta fuerza, ¡Dios me libre!

—Porque me dispartasteis de un profundo sueño, idiota. Syddall acaba de decirme que no hay camas dis-

puestas para estos hombres, y el señor Wardlaw cree que es inútil estorbarles el atender á sus negocios. Tomad, amigos, tomad media guinea para beber á mi salud, y gracias por el favor. Ahora retiraos.

Diéronme ellos tambien las gracias, tomaron el dinero, y se fueron sin manifestar ni sospechas ni descontento; yo me quedé allí hasta que se hubieron ido, para estar bien cierto de que no habían tenido ninguna otra comunicacion con el honrado Andrés. Siguiérale á este de tan cerca, que, á mi entender, no tuvo tiempo para decirles dos palabras antes de mi llegada; pero muchas veces no se necesitan mas que dos palabras para causar no pocas desgracias, y se verá que en esta ocasion costaron la vida á dos personas.

Hecha esta expedicion, solo pensé en tomar las medidas necesarias para la seguridad de mis huéspedes. Presumiendo con razon, en vista de lo que habia pasado, que Syddall no ignoraba su residencia en el alcázar, le advertí que subiese él mismo á la biblioteca cuantas veces yo llamase, y me volví de seguida á dar cuenta á los dos prófugos de cuanto acababa de hacer.

Los ojos de Diana me agradecieron las precauciones que habia tomado.

— Ahora, me dijo, ya sabeis todos los misterios, ya sabeis sin duda con cuan estrechos lazos me unian la sangre y la ternura al desgraciado que halló aquí un retiro; y ya no os admiraréis de que habiendo penetrado Rashleigh este secreto, osase gobernarme con vara de hierro.

Su padre añadió que su intencion era incomodarme el menos tiempo posible.

Yo les supliqué que no pensasen sino en lo que pudiera contribuir á su seguridad, y les aseguré que todos mis esfuerzos se dirigirian al mismo objeto; lo que movió á sir Federico á

explicarme las circunstancias en que se encontraba.

— Siempre tuve sospechas contra Rashleigh, me dijo; pero su conducta respecto de mi hija, conducta que no me declaró esta sino por obediencia, y el abuso que hizo de la confianza de vuestro padre, me inspiraron aversion y desprecio á su persona. En nuestra última entrevista no le oculté mis sentimientos, aunque la prudencia hubiera debido atajarme este paso. Entonces añadió la traicion y la apostasia á la suma de sus crímenes; mas yo creía que su desercion no tendria consecuencia perjudicial para nuestra causa. Hallábase el conde de Marr en Escocia al frente de un ejército lleno de entusiasmos; lord Derwentwater, Kenmore, Forster, Wirterton y otros, habian tomado las armas en el Northumberland; y yo debia acompañar á los Highlanders que, bajo las órdenes del brigadier jeneral Mac-Intosh de Borlum, atravesaron el Forth, cruzaron los Lowlands, y se reunieron á los insurrectos ingleses. Mi hija sufrió los peligros y las fatigas de este viaje...

— Y no se apartará nunca de un padre tiernamente amado, exclamó miss Vernon apoyándose en su brazo.

— Apenas me junté con mis amigos, desesperé del buen resultado de nuestra empresa. Nuestras fuerzas no se aumentaban, nuestro partido solo se componia de los que seguian nuestras opiniones relijiosas, y los torys protestantes permanecian indecisos, esperando para declararse el éxito de los primeros acontecimientos. Por último nos acometió una fuerza superior en la pequeña villa de Preston: defendímonos con denuevo el primer día, pero desde el segundo tuvieron los jefes por inútil toda resistencia, y resolvieron rendirse á discrecion. Consentir en semejantes condiciones, hubiera sido poner mi cabeza en el cadalso: unos treinta bravos pensaron como yo, que

mas valia morir que rendirse, y Mac-Gregor, á quien conocéis, era de este número. Montamos á caballo, colocamos en medio de nosotros á mi hija, que no quiso apartarse de mi compañía; y admirados mis compañeros de su valor y de su piedad filial, juraron perecer antes que abandonarla. Salimos á galope largo formando un cuerpo, por una calle llamada Fishergate, que conducia á un pantano no ocupado por el enemigo por creerse impracticable, y que estaba rodeado por el rio de Ribble sobre el cual no habia ningun puente. Así es que no encontramos mas que un corto destacamento de dragones de Honeywood, que apenas sostuvo nuestro primer choque; y Mac-Gregor, que sabia un vado del rio, nos condujo allá, y nos le hizo atravesar sin riesgo. Volviendo entonces hácia el lado de Liverpool, nos separamos, y cada uno buscó un retiro. Ignoro lo que fué de mis compañeros: en cuanto á mí, dirijíme con mi hija al pais de Gales, donde conocia á muchas personas que seguian mis opiniones políticas y relijiosas. Esperaba hallar allí medios para pasar al continente, mas me engañé, y las pesquisas que mandaba hacer el gobierno inglés en el pais de Gales, donde sospechaba que se habian retirado muchos jefes de la insurreccion, me obligaron á huir de nuevo hácia el norte. Como sabia que Osbaldiston-Hall estaba á la sazón inhabitado, y que no vivia en él mas que el viejo Syddall, quien me conocia, y con quien podia contar, resolví venir aquí, y permanecer hasta que un amigo seguro me haga aprestar, en un pequeño puerto del Solway, una chalupa que me conduzca á Francia para siempre. Syddall no vaciló en recibirnos, y esperábamos que nos diesen aviso de hallarse terminadas las disposiciones para nuestra partida, cuando vuestra imprevista llegada al alcázar, y el haber escojido este aposento, nos ha puesto

en la necesidad de recurrir á vuestra jenerosidad.

Así terminó sir Federico una relacion que yo habia escuchado como si fuera un sueño: no podia persuadirme que fuese con efecto su hija la que tenia delante de mis ojos, pues los pesares y las fatigas le habian arrebatado algunos de sus atractivos. A la jovialidad y viveza que le viera en otro tiempo, habia reemplazado un carácter de sumision melancólica, y de resignacion mezclada con cierta firmeza. Aunque su padre temió el efecto que podian producir en mi ánimo las alabanzas que daba á su hija, no estuvo en su mano resistir á la paternal ternura que le movia á elojiarla.

Ha sufrido, me dijo, pruebas que honrarian la constancia de un mártir; ha arrostrado todos los peligros, ha visto de cerca la muerte bajo todos sus aspectos; ha soportado fatigas y privaciones que hubieran acabado con el valor de los hombres mas resueltos; ha pasado días enteros en las tinieblas, y noches sin dormir, sin que nunca se le haya oido una queja de flaqueza: en una palabra, señor Osbaldiston, mi hija es una ofrenda digna del Dios á quien voy á consagrarla, como todo lo mejor y mas precioso que queda á Federico Vernon.

Detúvose, dichas estas palabras, echándome una mirada que harto comprendí: su objeto era volcar todas las esperanzas que hubiera podido yo concebir, y queria precaver, como en Escocia, toda nueva conexion entre su hija y yo.

— Ahora, dijo á su hija, no abusemos por mas tiempo de la paciencia del señor Osbaldiston, puesto que está ya enterado de la situacion de los desgraciados que reclaman su proteccion.

Supliquéles que se quedasen allí, y les ofrecí mudar yo mismo de aposento.

—No bagais tal, me dijo, porque quizás escitariais alguna sospecha; por otra parte nada nos falta en el aposento secreto que ocupamos, y cuya existencia no es posible recelar, como no se esté sabedor de ella. Probablemente hubiéramos podido permanecer allí sin que lo sospechaseis, si no mirara como un deber el probaros la confianza que tengo en vuestro honor.

—Me habeis hecho justicia, sir Federico: vos me conoceis á fondo, pero estoy seguro de que miss Vernon os dirá...

—No he menester el testimonio de mi hija, me dijo con política, pero como impidiéndome el dirigirme directamente á ella; estoy muy dispuesto á concebir la mejor opinion del señor Frank Osbaldiston. Mas permitidnos que nos retiremos, porque necesitamos descansar; rara vez gozamos del reposo, y de un instante á otro nos veremos quizás obligados á continuar un viaje peligroso.

Esto diciendo, tomó el brazo de su hija, y despues de saludarme, salióse con ella por la puerta que ocultaban los tapices.

### CAPITULO XXXIX.

Yo me sentí como aturdido y helado viendo que se retiraban. Cuando la imaginacion nos representa un objeto querido cuya ausencia sentimos, nos lo pinta no solamente bajo el punto de vista mas ventajoso, sino tambien con los rasgos con que deseamos verle. Antes de la aparicion tan inesperada de Diana, llenábame la idea de que las lágrimas que habia derramado al despedirse de mí en Escocia, y la sortija que me entregara de su parte Elena Mac-Gregor, eran una prueba de que se llevaba mi memoria á su destierro y hasta á la soledad del claustro: acababa de verla, y su aire frio y reservado, sus ojos, en los que solo habia notado

una sosegada melancolía, casi me habian ofendido. Me atreví á acusarla de indiferencia y de insensibilidad; vituperé á su padre su orgullo, su fanatismo, su crueldad; y me olvidé de que ambos sacrificaban sus intereses, y Diana su inclinacion, á un deber.

Sir Federico Vernon era un católico ríjido, que creia que era demasiado estrecha la senda de la salvacion, para admitir en ella á un hereje: y Diana, para quien la seguridad de su padre habia sido algunos años hacia el único móvil de todas sus acciones, el solo objeto de sus pensamientos y de sus esperanzas, miraba como un deber suyo el someterse en todo á su voluntad, y sacrificarle sus mas caros afectos. Hubiera podido hacer desde entonces estas reflexiones, si hubiese estado sereno; pero en la agitacion que experimentaba, y en medio del desórden de mis pasiones, me era imposible apreciar en este momento tan honrosos impulsos.

— ¡Soy despreciado! exclamé; ¡despreciado, y aun reputado indigno de tener una corta conferencia con ella! Sea así en buena hora; tanto menos tendré que celar por su seguridad: me quedaré en este aposento como en un puesto avanzado; y al menos, mientras que permanezcan en mi casa, ningun peligro les amenazará, si el brazo de un hombre resuelto es bastante para evitarlo.

Mandé que viniese Syddall á la biblioteca, y llegó seguido del eterno Andrés, quien formando brillantes planes para sí mismo por haber tomado yo posesion del alcázar y de sus tierras, parecia que habia jurado no desperdiciar ocasion alguna de ponerse en evidencia y de presentarse á mi memoria. Y como sucede muchas veces á los que no obran sino por egoismo, Andrés pasaba del término que se proponia sin alcanzarle, y solo me inspiraba fastidio y enojo con sus importunidades.

Su presencia me impidió hablar

libremente con Syddall, segun me proponia, y no me atreví á despedirle, por miedo de aumentar las sospechas que pudiera haber concebido, en vista del áspero modo con que le habia echado de la biblioteca una hora antes.— Syddall, le dije, yo pasaré la noche aquí; tengo mucho que trabajar, y descansaré algunas horas en este canapé.

En la manera de mirarle, comprendió que lo sabia ya todo: ofreciome que me dispondria una cama de campo en la biblioteca, y ocupóse de esto con Andrés; despachándoles en seguida, advertíles que no me incomodasen hasta la mañana siguiente á las siete.

Cuando se retiraron, me ví libre para entregarme á mis reflexiones, sin temor de que fuese interrumpido su curso, hasta que cansada la naturaleza, exijiese algun descanso.

No obstante hice lo posible para desviar de mi espíritu la idea que me ocupaba únicamente, pero fueron vanos todos mis esfuerzos. Los sentimientos que habia combatido con valor cuando estaba ausente el objeto que los inspiraba, renacian con mas brio que nunca, ahora que no me separaban de él sino algunos pasos, y que me hallaba en vísperas de perderle para siempre. Si tomaba un libro, me parecia que en todos los renglones estaba escrito el nombre de Diana; y en cualquier objeto que fijase mis pensamientos, no me presentaban otra cosa mas que su imagen: como aquel esclavo diligente del Salomon de Prior.

Abandonéme sucesivamente á estos pensamientos, y hacia por desasirme de ellos, tan pronto cediendo á una coumocion y á una tristeza que no me eran naturales, tan pronto llamando en mi socorro, mi orgullo herido por el injusto ultraje que creia haber recibido. Por fin, despues de pasear mucho rato la biblioteca á largos pasos, me eché vestido en la

cama con una especie de delirio calenturiento. Mas en vano traté por todos los medios posibles de conciliar el sueño; en vano no hacia mas movimiento que un cuerpo exánime; en balde quise dar otro rumbo á mis ideas, ya recitando versos de memoria, ya ocupándome en la resolucion de un problema de álgebra: mis arterias latian con una fuerza y una rapidéz que me admiraban, y sentia circular por mis venas fuego líquido en vez de sangre, y producir en ellas pulsaciones cuyo sonido resonaba á mis oidos como el ruido regular de un batan oido á lo lejos.

Me levanté, abrí la ventana, y permanecí allí algunos instantes; el ambiente de la noche me refrescó un poco, y calmó en parte el desórden de mis sentidos. Volvíme á la cama, y pasado poco rato, se apoderó de mí el sueño; empero este sueño distaba mucho de ser apacible, y le alteraron espantosos ensueños.

De uno de ellos me acuerdo todavía en este momento. Parecíame que Diana y yo nos hallábamos en poder de Elena Mac-Gregor, y que esta habia mandado precipitarnos en el lago desde lo alto de una roca: la señal de nuestro suplicio debia ser un cañonazo disparado por sir Federico Vernon que precedia la ceremonia, vestido de cardenal. No sabré pintar la impresion que me hizo esta escena fantástica: hoy es, y podria delinear todavía, la espresion de valor y resignacion que veia en los rasgos de Diana; los rostros salvajes y horribles que nos rodeaban, y que gozaban anticipadamente de nuestro suplicio; por fin, el fanatismo ríjido é inflexible, grabado en la fisonomía de sir Federico. Víle con la mecha encendida, y oí la señal de nuestra muerte, que repitieron los ecos de un modo espantoso: me desperté sobresaltado, é incorporándome en la cama, con el espíritu todavía lleno de este ensueño, me pareció oír de nuevo la repe-

ticion de tan funesta señal.

Un minuto me bastó para volver en mí, y oí distintamente que daban fuertes aldabazos á la puerta: sobrecojido de temor por mis huéspedes, me levanté precipitadamente, púseme la espada bajo del brazo, y me apresuré á bajar para dar orden de que no abriesen la puerta. Por desgracia era preciso hacer un rodeo, porque la biblioteca daba á una escalera oculta por la que se tenia de bajar para salir á la que servia para el uso jeneral de toda la casa: sin embargo oía todo lo que pasaba. El viejo Syddall respondia con voz débil y apocada á los tumultuosos gritos de los que pedian entrar en nombre del rey, segun las órdenes del juez Stradish, y que hacian al viejo criado las amenazas mas horribles, si no obedecia al punto.

Con grande disgusto mio, oí entonces la agria voz de Andrés, quien gritaba á Syddall que se retirase y le dejase abrir la puerta.

—Si vienen en nombre del rey Jorje, decia, nada tenemos que temer: por él hemos derramado nuestra sangre y gastado nuestro dinero. No tenemos necesidad de ocultarnos como cierta jente, señor Syddall: no somos, ¡Dios me libre! ni papistas ni jacobistas, á lo menos que yo sepa.

Oí como despasaba el oficioso bellaco un cerrojo tras de otro, haciendo alarde de su afecto y del de su amo al rey Jorje, y calculé que me era imposible llegar á tiempo para oponerme á la entrada de los que á la puerta estaban. Ofreciendo á mi palo las espaldas de Listo-á-todo, y prometiéndome no hacerle falta así que tuviera tiempo para pagarle mis deudas, corrí á encerrarme en la biblioteca, cerré la puerta con llave y cerrojo, y tocando de prisa á la puerta secreta que conducia al aposento de mis huéspedes, pedí me dejaran entrar al punto. Abrióme Diana: estaba enteramente vestida, y su rostro no

anunciaba ni pavor ni conmocion.

—El peligro nos es tan familiar, me dijo, que siempre estamos dispuestos para él: hemos oido todo ese ruido, y nos preparábamos para huir. Bajáremos al jardin, saldremos por la puerta de detrás, cuya llave nos dió Syddall por lo que pudiera suceder, y por allí iremos al bosque que no dista mas que dos pasos. Yo sé todas sus revueltas mejor que nadie, y creo que podremos escaparnos. Tratad solamente de detenerlos por algunos instantes. Adios, querido Frank, adios por última vez.

Dicho esto, desapareció como un metéoro, y apenas se habia podido reunir con su padre, cuando oí tocar fuertes golpes á la puerta de la biblioteca.

—Sois ladrones, exclamé yo finjiendo engañarme acerca del motivo de aquella visita, y si no os retirais al instante, no abriré sino para hacerlos fuego con mi carabina.

—¡Dejaos de locuras! exclamó Andrés, ¡dejaos de locuras! no son ladrones, ¡Dios me libre! es el señor escribano Jobson que viene con una orden.

—Para buscar, cojer y aprehender, dijo una voz que reconocí por la del detestable escribano, á diferentes personas espresadas en la orden que traigo, y acusadas de alta traicion, en los términos del capítulo 3 de la ley dada en el año décimotercio del reinado de Guillermo.

Al mismo tiempo redoblaron los golpes á la puerta con tal violencia, que ví que no resistiria mucho rato.

—Aguardad un instante, señores, aguardad un instante, les dije para ganar algunos minutos mas: no recurráis á violencias. Dadme tiempo para levantarme; voy á abrirlos, y si con efecto traeis una orden legal, no os opondré resistencia alguna.

—¡Guarde Dios al gran Jorje, nuestro digno rey! exclamó Andrés: ya os dije que no hallaríais aquí ni

papistas ni jacobistas.

Hubo algunos minutos de silencio. Por fin, principiaron otra vez á golpear la puerta, y tuve que abrirla por miedo de que la hundiesen.

El señor Jobson entró seguido de no pocos hombres, entre los cuales reconocí á Lancy Wingfield, portador sin duda del caritativo aviso que le habia puesto en movimiento. Exhibió la orden que estaba encargado de ejecutar contra Federico Vernon y Diana Vernon su hija, y me manifestó otra dirigida contra Frank Osbaldiston, como su fautor y cómplice. Hubiera sido locura querer resistir: aparenté discutir todavía algunos instantes para ganar tiempo, y luego me dí por preso.

Entonces tuve la mortificacion de ver á Jobson marchar directamente y sin vacilar hácia el lugar que conducia al aposento secreto, levantar los tapices, abrir la puerta y entrarse allí, aunque no permaneció mas que un instante. La cama está todavía caliente, dijo al salir, pero las liebres partieron: á bien que si se escaparon de los cazadores, las cojerán los galgos.

Los gritos que oí en este momento en el jardin, me hicieron pensar que su profecía se habia realizado: al cabo de algunos minutos, entró Rashleigh en la biblioteca, acompañado de algunos satélites, y conduciendo á sir Federico Vernon y á su hija.

—La zorra vieja conocia su maldriguera, dijo, mas no pensaba que guardaba la entrada un buen cazador. No se me habia olvidado la puerta del jardin, sir Federico Vernon, ó noble lord Beauchamp.

—¡Rashleigh, exclamó sir Federico, sois un malvado abominable!

—Merecia ese nombre, señor mio.... ó milord, cuando, bajo la direccion de un maestro hábil, trataba de despedazar, con la guerra civil, el regazo de mi patria. Pero he hecho

todos los esfuerzos posibles, añadió levantando los ojos al cielo, para reparar mis errores y merecer el perdón.

No estuvo en mi mano guardar por mas tiempo silencio, á pesar de la resolucion que habia tomado: habia que hablar ó ahogarse.—Los rasgos mas horribles que el infierno puede producir, exclamé, son los de la hipocresia que cubre la maldad.

—¡Ah! ¡sois vos amable primo! dijo Rashleigh aproximando una luz, y mirándome de piés á cabeza: seais bien venido á Osbaldiston-Hall. Os perdono vuestro enfado: es cosa dura perder en una noche una querida y una buena hacienda, porque vamos á tomar posesion de este alcázar en nombre del heredero lejítimo, sir Rashleigh Osbaldiston.

Mientras que me hablaba con este tono irónico, veia yo el esfuerzo que hacia para ocultar la vergüenza y la ira que sucesivamente le ajitaban: mas aun lo consiguió menos cuando Diana le dirigió la palabra.

—Rashleigh, le dijo, os compadezco, porque á pesar de todo el mal que habeis querido hacerme y que me habeis hecho, no puedo aborreceros todavía tanto como os desprecio. Lo que acabais de hacer es quizás obra de una hora, pero en ello encontraréis materia para reflexionar por toda vuestra vida.—¿De qué naturaleza serán estas reflexiones? Esto os lo dirá vuestra conciencia: algun dia sin duda oiréis su alarido.

Rashleigh no le respondió: dió dos ó tres vueltas por la sala, se acercó á una mesa sobre la cual habia quedado la vispera un frasco de vino, llenó un grande vaso hasta el borde con mano trémula, y como vió que no se nos habia ocultado su temblor, fijó los ojos en nosotros con aire sereno, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, apuró el vaso sin verter una sola gota.

—¡A fe mia que es del viejo Bor-

goña de mi padre! exclamó: me alegro que quede alguno todavía. Lancy, quedaos en el alcázar para cuidar de él en nombre mio, mientras que Jobson y yo conducimos toda esta buena jente á un lugar seguro. En cuanto á este viejo loco, y á este imbécil, añadió señalando á Syddall y á Andrés, no se trata mas que de echarlos puertas afuera. Ahora, partamos, dijo volviéndose á nosotros: he mandado preparar la vieja carroza de la familia para conducirlos, aunque no ignoro que esta señorita sufriria el sereno de la noche á pie y á caballo, si el viaje era de su gusto.

Andrés se torcia las manos de desesperacion.—Solamente dije, exclamó, que mi amo hablaba sin duda con algun duende en la biblioteca. ¡El miserable Lancy! ¡vender á un antiguo amigo que ha cautado con él, por espacio de veinte años, los mismos salmos en el mismo libro!

Echáronle de la casa así como á Syddall, sin darle tiempo para acabar sus lamentaciones. Su espulsion tuvo no obstante consecuencias bastante extraordinarias, segun supe despues; mas no hablaré aqui de ellas, para no interrumpir el órden y el hilo de los hechos.

Habiendo resuelto ir á pasar el resto de la noche á casa de un conocido antiguo que vivia cerca de una milla de allí, acababa de salir de la avenida del alcázar, y se hallaba en un lugar llamado todavía el bosque viejo, aunque servia de pasto, y aunque no se veian en él mas que algunos árboles. Allí encontró un ganado muy numeroso de bueyes de Escocia que estaban echados y que parecian haber pasado la noche en aquel sitio: no le sorprendió esto, porque sabia que sus paisanos que conducian ganado, solian escojer al fin de cada jornada algun buen pasto donde pudiesen cenar sus bueyes con poco gasto, y partir antes de salir el sol para evitar toda querrela con el due-

ño de la pradera. Pasaba tranquilamente por medio del ganado, pero le cobreciojó súbito miedo, cuando levantándose un Highlander, le acusó de que albotaba sus bueyes, y nególe el paso antes de haberle conducido á su amo. El montañés condujo á Andrés á un matorral, tras del cual halló cuatro ó cinco mas. Presto eché de ver, me dijo Andrés refiriéndome esta aventura, que eran mayor número del que se requiere para guiar un ganado vacuno, y no dudé de que tenian otro copo en la rueca.

Hiciéronle varias preguntas sobre todo lo ocurrido en Osbaldiston-Hall, y escucharon sus respuestas con sorpresa é interés.

— Ya presumiréis, me dijo Andrés, que les conté todo cuanto sabia; porque yo no niego ninguna respuesta á los *dirks* y á las pistolas.

Conferenciaron juntos en voz baja, y por fin reunieron su ganado y lo guiaron hácia el cabo de la arboleda que tiene de largo media milla. Allí empezaron á arrastrar algunos troncos de árboles cortados en la intermediacion y los colocaron de modo que formasen una barrera al través del camino, á unas quince toesas mas allá de la arboleda. Comenzaba á despuntar el dia, y con la última claridad de la luna se mezclaba un pálido rayo del alba matutina que permitia divisar bastante los objetos. Oyóse el sordo ruido de un carruaje de cuatro caballos que rodaba por la arboleda, escoltado por seis hombres montados: los Highlanders escucharon con atencion. El carruaje contenia al señor Jobson y á sus desgraciados presos. La escolta se componia de Rashleigh, de los oficiales de paz, y de los ajentes de policia montados.

Apenas salvamos la puerta, la cerró un Highlander apostado allí de intento, despues de pasar la cabalgada. En el mismo instante detuvieron el carruaje los bueyes á derecha é izquierda, y la barrera: dos hom-

bres de la escolta se apearon para echar á un lado los troncos de árboles que tal vez creyeron hallarse allí por casualidad ó descuido: los otros principiaron á zurrigar á los bueyes para apartarlos del camino.

— ¡Quién se atreve á tocar nuestros animales? gritó una voz fuerte: ¡hacedle fuego, Angus!

Rashleigh exclamó al punto: — ¡Socorro! ¡socorro! é hirió con un pistoletazo al que habia hablado.

— ¡Claymore! gritó el jefe de los Highlanders, y se trabó la pelea. Los oficiales de justicia, sorprendidos de tan repentino ataque, y no estando por lo comun dotados de gran valentía, solo opusieron débil defensa á pesar de la superioridad de su número: algunos de ellos quisieron volverse al alcázar; pero un pistoletazo disparado de detrás de la puerta los hizo creer que estaban cercados, y se fugaron últimamente por diferentes lados. Sin embargo Rashleigh se habia apeado, y sostenia á pié y cuerpo á cuerpo un combate desesperado contra el jefe de los acometedores, que podia ver yo desde la puerta del carruaje: por fin cayó Rashleigh.

— Pide perdon, por amor de Dios, del rey Jacobo y de nuestra antigua amistad, le gritó una voz que reconocí al punto.

— ¡No, jamás! respondió Rashleigh con firmeza.

— ¡Pues bien, muere, traidor! exclamó Mac-Gregor, y le pasó su espada por el cuerpo.

En el mismo instante abrió la puertecilla del carruaje, ofreció la mano á miss Vernon, nos ayudó á bajar á sir Federico Vernon y á mí, y arrancando á Jobson que se habia agazapado en un rincon, le precipitó bajo de las ruedas.

— Señor Osbaldiston, me dijo en voz baja, vos os podeis quedar, porque nada teneis que temer; mas es preciso que atienda á los que no se hallan en este caso. No paseis ningun

cuidado por vuestros amigos. ¡Adios; acordaos de Mac-Gregor!

Dió entonces un silbido, y al punto se reunió toda su tropa en derredor suyo: colocó en el centro á sir Federico y á su hija, y los ví internarse en el bosque. El cochero y el postillon habian abandonado sus caballos desde el primer tiro; pero los animales, detenidos por las barreras, permanecieron inmóviles muy felizmente para el señor Jobson, á quien le pasaran las ruedas por encima, si el carruaje hubiera hecho el menor movimiento. Mi primer cuidado fué sacarle de esta peligrosa situacion, y esto fué fineza importante, porque el bellacon estaba tan azorado, que antes se hubiera muerto que levantarse sin ayuda. Hícele presente que atendiese á que yo no habia tenido la menor parte en lo que acababa de suceder, ya que no me servia de tal ocasion para escaparme; y añadí que me consideraba siempre como preso. Le aconsejé volver al alcázar, y mandar venir á Lancy y á algunos de los suyos que se quedaran con él, y que necesitábamos para dar socorro á los heridos; mas estaba perlático de terror, no podia sostenerse en pié, y apenas tuvo fuerzas para conjurarme que fuese yo mismo. Determinéme á ello, pero á algunos pasos tropecé con un cuerpo que tomé por un cadáver: el supuesto muerto se levantó no obstante por sus piés perfectamente sano, y reconocí á Andrés Listo-á-todo, que habia tomado aquella postura para librarse mejor de los golpes de *claymores* y de las balas que silbaron en todas direcciones durante un momento. Me alegré tanto de encontrarle en aquel entonces, que no me detuve á preguntarle por qué casualidad se hallaba allí, y le mandé que me siguiese.

Atendí primeramente á Rashleigh. Cuando me acerqué á él, despidió un jemido, tan semejante á un grito de rabia como á una exclama-

cion de dolor, y cerró los ojos, como si, semejante á Yago (1), hubiera resuelto no soltar una palabra. Dejóse llevar en el carruaje, y prestamos el mismo servicio á otros dos heridos tendidos en el campo de batalla; no sin dificultad pude hacerle comprender á Jobson, que era menester que subiese él tambien para sostener á sir Rashleigh durante el camino. Obedecióme con el aire de un hombre que solo á medias concibe lo que le dicen. Andrés abrió la puerta de la alameda, hizo dar la vuelta á los caballos y los condujo de la brida hasta Osbaldiston-Hall.

Algunos de los fujitivos habian llegado ya allí por diferentes rodeos y esparcido el espanto, diciendo que sir Rashleigh, el escribano Jobson y toda la escolta, á escepcion de los que llevaban la noticia, habian sido atacados y destrozados por un rejimiento de feroces Highlanders. Así es que cuando llegamos, oímos un ruido semejante al susurro de un enjambre de abejas cuando se disponen para el combate. El señor Jobson, que principiaba á recobrar sus sentidos, halló bastante fuerza en su pulmon para llamar de modo que se diese á conocer: tenia tanta mas prisa en salir del carruaje, por cuanto le abrumaba el peso de uno de sus compañeros de viaje que habia despedido el postrer suspiro durante aquella corta caminata, y la aproximacion de un cadáver aumentaba todavía su terror.

Sir Rashleigh Osbaldiston vivia aun, pero habia recibido una herida tan terrible, que el piso del carruaje estaba sin exajeracion lleno de su sangre; y se podia seguir el rastro de ella desde el peristilo hasta la sala, donde le pusieron en un gran sillón, mientras que los unos se empeñaban en detener la hemorragia con vendas, y gritaban los otros que era menester ir por un cirujano, aun-

(1) Otelo, acto 5º.

que nadie se movia para ir á buscarle.

¡No quiero que me atormenten! dijo el herido: conozco que ningun socorro puede salvarme: soy muerto.

Incorporóse en el sillón, volviéndose á mí, y aunque la palidez de la muerte se veia esparcida ya por su rostro, me dijo con una firmeza superior á las fuerzas que debian quedarle: — Primo Francisco, acercaos.

Yo me acerqué.

— Solo quiero deciros que la cercanía de la muerte no muda en nada mis sentimientos respecto á vos. Os aborrezco ahora que muero á vuestra vista, os aborrezco tanto como si vos estuvieseis en lugar mio, y tuviese yo el pié puesto encima de vuestro pecho.

Mientras que así hablaba, veíase todavía centellear la rabia en aquellos ojos que iban en breve á cerrarse para siempre.

— No os he dado ningun motivo para que me aborrezcais; y quisiera por vuestro bien que en semejantes momentos...

— Hartos me habeis dado: en amor, en intereses, en ambicion, siempre me saliais al encuentro. Habia nacido para ser el timbre de la casa de mi padre, y si he sido su baldon, solo vos teneis la culpa. Mi patrimonio será vuestro; gozadle; ¡ojalá le acompañe la maldicion de un moribundo!

Un momento despues de haber proferido esta terrible imprecacion, volvió á caer en el sitial, y se le oscurecieron y empañaron los ojos; pero la siniestra expresion del odio sobrevivió todavía en sus facciones á su postrer suspiro (1).

(1) El *Giaour*, hablando de su enemigo muerto:

*Each feature of the sullen corpse  
Betray'd his rage, but no remorse.*

«Cada rasgo de aquel sombrío cadáver manifestaba su rabia, pero ningun remordimiento.»

Hay otros muchos pasajes de Rob-Roy que parecen inspirados por el enérgico pensamiento de lord Byron.

No me detendré mas tiempo en este horroroso cuadro: bastará que diga que la muerte de Rashleigh me dejó en quieta posesion de la hacienda de mi tío. El mismo Jobson se vió obligado á confesar que la ridícula orden espedida contra mí como reo de alta traicion, habia sido trazada con el intento de favorecer las miras de Rashleigh y apartarme de Osbaldiston-Hall. El nombre del bellaco fué borrado de la lista de los escribanos, y murió pobre y menospreciado.

Despues de arreglar mis negocios en Osbaldiston-Hall, donde restablecí en su destino al viejo Syddall, y á Listo-á-todo en el jardin, partí otra vez á Lóndres, contento de dejar una mansion que solo me ofrecia penosos recuerdos. Deseaba vivamente tener noticias de Diana y de su padre: y pasados cosa de dos meses, un Francés que vino á Inglaterra por asuntos de comercio, me trajo una carta de miss Vernon, que puso fin á mis zozobras, participándome en ella que ambos estaban seguros.

Me esplicaba en esta carta que no era la casualidad la que habia hecho aparecer tan oportunamente á Mac-Gregor y su tropa. La nobleza de Escocia que tomara una parte mas ó menos directa en la última insurreccion, deseaba vivamente favorecer la fuga de sir Federico Vernon, porque, en calidad de agente confidencial de la casa de Estuardo, podia tener en su poder papeles capaces de comprometer la seguridad de la mitad de las familias principales de Escocia; y para favorecer su evasion habian echado mano de Rob-Roy, cuyo valor y destreza conocian. Fijaron la cita para Osbaldiston-Hall, y ya habeis visto como estorbó su plan el desgraciado Rashleigh: sin embargo salieron con la suya; porque cuando fueron libertados sir Federico y su hija, hallaron caballos dispuestos para ellos; y Rob-Roy, muy práctico de todos los ca-

minos del norte de Inglaterra, los condujo á la costa occidental, donde se embarcaron para Francia.

El mismo Francés me participó que sir Federico no podia sobrevivir mucho tiempo á una enfermedad del pecho, resultado de las privaciones y fatigas que habia sufrido últimamente; su hija estaba en un convento, y la intencion de su padre era siempre que tomase el velo.

Decidíme al punto á comunicar francamente á mi padre los secretos sentimientos de mi corazón. Al principio le sobresaltó la idea de verme casado con una católica romana; pero deseaba verme establecido en el mundo, como decia: conocia que ocupándome únicamente en sus negocios mercantiles, como lo habia hecho cerca de un año, le habia sacrificado mis inclinaciones y mis gustos: despues de vacilar, despues de hacerme algunas preguntas á las cuales le respondí de un modo que le satisfizo, me dijo por último: — Nunca hubiera pensado que mi hijo llegara á ser señor del dominio de Osbaldiston; y mucho menos que fuese á buscar esposa á un convento de Francia: pero la que ha sido hija tan sumisa debe ser buena esposa. Has *consultado* mi gusto trabajando en el bufete, Frank; justo es que consultes el tuyo para casarte.

No necesito deciros, Will Tresham, cuanta prisa me di en satisfacer mi amor: sabeis tambien cuanto tiempo he vivido feliz con Diana; sabeis cuanto la he llorado; empero no sabeis, no es posible que sepais cuán digna era de las lágrimas de su esposo.

No me quedan mas aventuras que contaros, ni otra cosa que deciros; sabeis mejor que nadie los pocos incidentes notables de mi vida: como la de los demás hombres, ha sido una serie de placeres y de penas, que vos partisteis conmigo. Muchos viajes he hecho á Escocia; mas nunca he

visto al intrépido Highlander que tanto influyó en los acontecimientos que acabo de referiros : de vez en cuando he sabido que seguia manteniéndose en las montañas del lago Lomond, á despecho de todos sus enemigos; que hasta el gobierno toleraba ya la audacia con que se habia erijido en protector del condado de Lennox, y que en consecuencia, exijia siempre su *black-mail*, con tanto orden como cobra un propietario el pago de sus arriendos. Creyérase imposible que dejara de terminar sus días de un modo violento; sin embargo murió tranquilamente el año 1736: mas su memoria vive todavía en todos los alrededores de sus montañas, como la de Robin-Hood en Inglaterra, apellidado el terror del rico y el amigo del pobre. Es cierto que poseia prendas de corazon y de entendimiento que hubieran honrado una profesion mas arreglada que aquella á que su destino le habia condenado.

El viejo Andrés Listo-á-todo, á quien os acordaréis de haber visto como hortelano de Osbaldiston-Hall, decia muchas veces : — que habia no pocas cosas estremadas en bien y en mal; tales como *Rob-Roy*.

(Aquí acaba desabridamente el

manuscrito : tengo mis razones para pensar que lo que seguia no hablaba mas que de negocios particulares) (1).

(1) Rob-Roy Mac-Gregor es uno de los héroes que suele citar mas á menudo el pueblo de Escocia. La tradicion conserva fielmente los pormenores de la guerra parcial que hizo, por tanto tiempo y con tanto denuedo, al duque de Montrose: cada uno de los habitantes de las cercanías del Loch-Lomond sabe una anecdotilla sobre las hazañas y astucias de este temible proscrito. Nos contentaremos con indicar al lector las páginas que le ha dedicado el coronel Hewart en su obra algo difusa sobre los Highlanders, y principalmente sobre los regimientos regulares de Escocia.

El Rob-Roy de Walter-Scott es fielmente el retrato que han dejado de él los que le conocieron; pero en Escocia es admirada sobre todo esta obra como un segundo punto de vista del cuadro de los Highlanders, tan embalsante en *Waverley*: la *Leyenda de Montrose*, ó el *Oficial aventurero*, acabara de familiarizarnos con estas comarcas, tan pintorescas respecto al país, como respecto á las costumbres y usos locales.

El carácter montaraz, pero poético de Rob-Roy, forma felicísimo contraste con la industria vividora, aunque muy orijinal, de su prosaico primo el baile Nicol Jarvie. Este personaje, constantemente cómico, é inventado por el autor, ha recibido casi una existencia real en el talento de un actor de Edimburgo, llamado Mackray; mas de una vez se le ha visto á sir Walter-Scott, de incógnito, reirse hasta salirle las lágrimas, de los ademanes del hijo *de mi padre que en paz haya*.

